Simbad

N.º 279

LA PRINCESA MUÑECA

$ 10.-



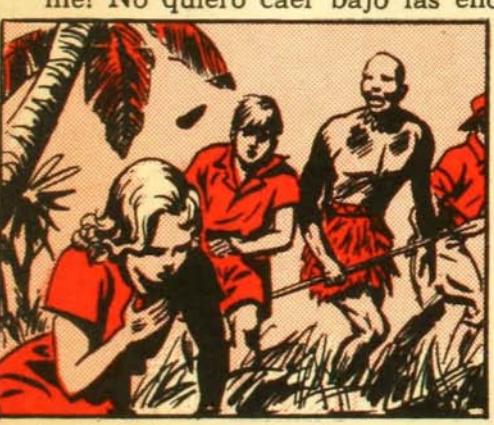
Juan y Juanita

CAPITULO LVII.—EN EL RIO KASAI





1. Juan, Juanita, Mincho y Tilín cruzaban velozmente la jungla, huyendo de una manada de elefantes furiosos. Les guiaba el cazador Tipaya. "—Nuestra única salvación es alcanzar el río", dijo Tipaya. Ricardini, que marchaba prisionero, gemía: "—¡Desátenme! No quiero caer bajo las enormes patas de los elefantes".





2. "—Cállese, cobarde, y siga corriendo. Tiene las piernas libres", indicó Mincho, impaciente. Juanita murmuró: "—Estoy cansada. No puedo más". Tipaya, sin detener su carrera, la alzó en sus brazos. El estruendo del galope y los bramidos penetrantes se oían cada vez más cerca. "—Un esfuerzo más", animaba Tipaya.

(Continúa en la penúltima página.)

Simbad

AÑO VI — 5-I-1955 — N.º 279

Directora: Elvira Santa Cruz (Roxane)
Suscripción anual: $ 490.—
Semestral: $ 250.—
Recargo por vía certificada: Anual: $ 21.—. Semestral: $ 11.—.
Extranjero:
Anual: U.S.$ 2,10
Semestral: U.S.$ 1,05
Recargo por vía certificada: Anual: U.S.$ 0,20
Semestral: U.S.$ 0,10

La Princesa Muñeca

CAPITULO V.—*La curación de Malvina.*



La marquesita Bella obsequió su muñeca a Malvina.

—Qué muñeca tan linda —dijo Flora, la mujer del guardabosque.

—Se la traigo a Malvina, mi hermana de leche — respondió la marquesita Bella—. ¿Cómo está la pobre Malvina?

—Así no más... Las piernas tullidas no le permiten levantarse.

La pequeña inválida se mostró feliz con la muñeca, que era la más linda del mundo, y no se fijó en el traje manchado con las lágrimas de dolor de la princesa Veni.

Como una madrecita, Malvina rodeó de ternuras a la muñeca y no permitió que la apartaran de su lecho.

Malvina hablaba con su muñeca, le hacía confidencias y murmuraba:

—Muñequita, nunca le digo a mi mamacita cuánto sufro, pero a ti te lo digo, preciosa. Soy muy desgraciada.

La princesa Veni permanecía extática, y su rostro de fina porcelana nada manifestaba.

Sin embargo, Veni se hallaba contenta en esa humilde morada y, al advertir que Malvina era tan obediente y bondadosa, pensó que tal vez ya había descubierto a la niña que le ayudaría a recobrar su forma natural.

"La condición que ha señalado mi madrina, el hada Mirtala —se dijo Veni—, es que la niña que se mire en el espejo mágico sea tan perfecta, que no se empañe su luna. Si no resulta perfecta, el mago Silerio la convertirá en muñeca. ¡Pobre Malvina! Yo querría hacerla dichosa."

Una noche que Malvina estaba desvelada a causa de los agudos dolores que sentía en sus tullidas piernas, la princesa-muñeca le habló así:

—Malvina, yo no soy insensible como aparezco. Soy un ser humano como tú...

En vez de manifestar alegría, Malvina quedó atónita y espantada.

—¿Qué brujería es ésa? —preguntó la niña tullida.

—Malvina, no temas —respondió la princesa Veni—. ¿Nunca has oído hablar de hadas y magos?

—Sí —balbuceó la trémula Malvina.

—Pues bien, un hada me transformó en muñeca para castigar mi orgullo y vanidad —confesó Veni—. Yo era la princesa Bienvenida del reino de Giralda. Tenía séquito real, palacios y un novio muy hermoso, el príncipe Fedor. Todo lo perdí porque mi madrina, el hada Mirtala, dijo que no tenía corazón.

—Pobre princesita —murmuró Malvina, cogiendo en sus brazos a la muñeca—. ¿Y así permanecerás siempre?

—No —repuso Veni—. Mi madrina me dijo que tenía que buscar por el mundo una niña que fuera perfecta y que pudiera someterse a la prueba del espejo mágico. Si esa niña logra llegar al palacio del mago Silerio y dejar límpido el espejo después de mirarse en él, yo recobraré mi forma natural, mi palacio y todo lo demás. En recompensa, yo haré de esa niña mi hermana y mi compañera. Ella será como una princesa a mi lado.

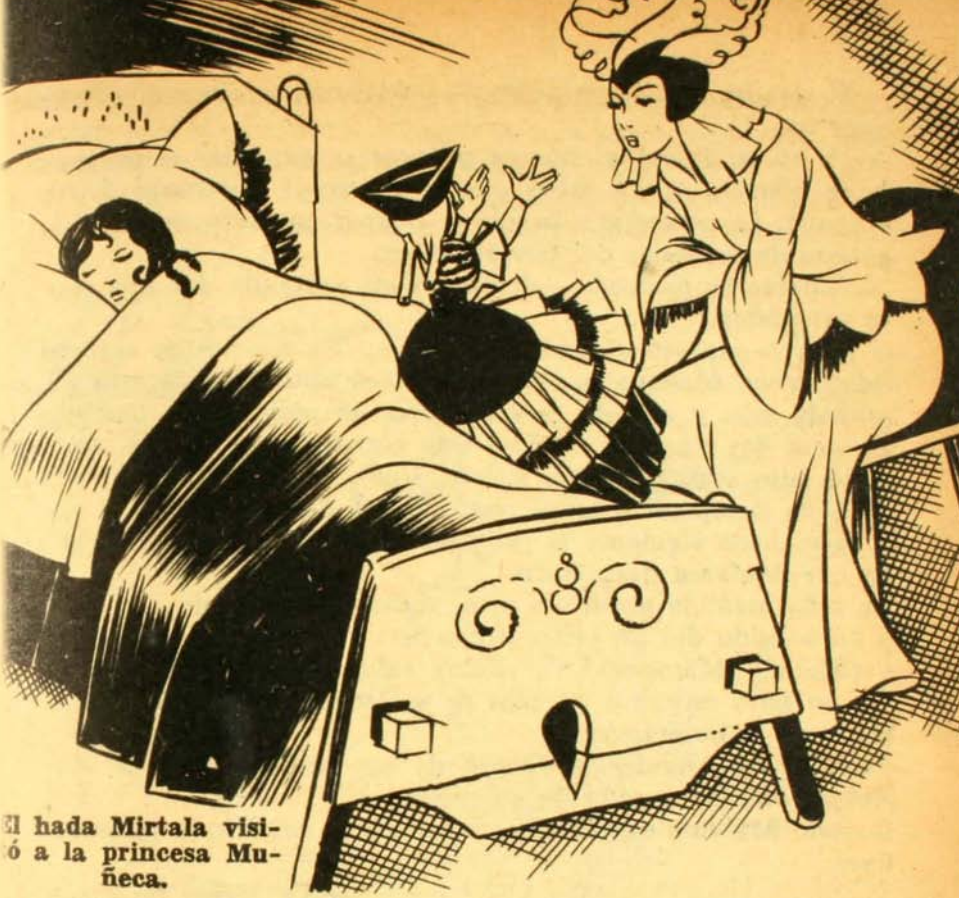
Malvina murmuró encantada:

—Si yo pudiera sanar, iría en busca del espejo mágico.

—¿Consentirías en efectuar esa prueba? —preguntó Veni.

—Ciertamente.

Pero la princesa-muñeca no comunicó á Malvina la suerte que correría si el espejo se empañaba. Veni tenía prisa de salir de



El hada Mirtala visitó a la princesa Muñeca.

su triste situación y sin pensar en que podría hacer la desgracia de Malvina, decidió ocultarle el peligro.

Mientras Malvina dormía, la princesa-muñeca evocó al hada madrina.

Al punto apareció el hada Mirtala rodeada de esplendente luz.

—Has cambiado el lindo palacio de la marquesita Bella por esta choza —dijo el hada—. ¿Por qué me has llamado?

—Madrina —suplicó Veni—, he encontrado a la niña perfecta y ella consiente en ir a casa del mago Silerio; pero para que pueda efectuar este peregrinaje es preciso que Malvina sane de su enfermedad. Está tullida y no puede andar.

—¿Estás segura de que esta chica no tiene defectos? —preguntó el hada Mirtala—. Me parece que en tan corto tiempo no has podido aquilatar sus méritos...

—Sí, madrina —insistió Veni—. Malvina es buena, obediente, generosa...
—¿Y tú le dijiste a cuántos peligros se exponía? —preguntó el hada Mirtala—. Tú sabes que si el espejo del mago Silerio se empaña, tu protectora pasará a ocupar un sitio en la inmensa galería de muñecas del terrible mago.
—Malvina es perfecta —declaró Veni, evitando dar una respuesta categórica.
—Bien —expresó el hada Mirtala—. Tú asumes la responsabilidad, Veni. Mañana tu amiguita estará sana. Guarda este silbato, ahijada mía, y cuando te encuentres en peligro, me llamarás. Si lo tocas dos veces te enviaré una carroza para que te conduzca a un sitio seguro. Buena suerte, Veni.
El hada desapareció entre resplandores de luz.
A la mañana siguiente la princesa-muñeca esperó ansiosa la hora en que Malvina despertaría.
La niña inválida abrió sus ojos, abrazó tiernamente a su muñeca y en seguida dió un grito atronador:
—¡Mamá! ¡Mamacita!... ¡Estoy sana!
De un salto estuvo a los pies de su lecho y bailó como una loca por toda la habitación.
Fácil es comprender la alegría de sus padres al ver a Malvina completamente curada de su invalidez.
Cuando Malvina quedó sola, murmuró al oído de la princesa-muñeca:



—Estoy sana —gritaba la tullida Malvina.

—Te debo mi curación, princesita Veni.
—Se la debes a mi madrina, el hada Mirtala —respondió Veni.
—Ahora yo cumpliré mi promesa de salvarte —dijo Malvina—. Pronto partiremos al palacio del mago Silerio.
Pero era tal el júbilo de Malvina y de sus padres por la milagrosa curación, que pasaron muchos días sin que se volviera a tra-

tar del peregrinaje al castillo del mago Silerio. Ahora le faltaba tiempo a Malvina para conversar con su pobre muñeca y no volvió a mencionar el proyectado viaje.

La casa del guardabosque se llenaba de visitas, y Malvina iba con frecuencia a visitar a su hermana de leche, la marquesita Bella.



—Iremos en busca del espejo mágico —dijo Malvina a Veni.

"Estoy abrigando temores de que en realidad Malvina no sea la niña perfecta —pensaba la solitaria princesa-muñeca—. Ha comenzado por abandonarme como a trapo viejo."

Por fin una tarde, Malvina se sentó en un banco del bosque con su muñeca, y viendo que ésta no respondía a sus confidencias, le dijo:

—¿Cuándo partimos en busca del espejo mágico, princesa? Yo deseo hacer tu felicidad y vivir en el reino de Giralda.

(CONTINUARA)

EL TRINEO FANTASMA

CAPITULO III Y FINAL. ORO MALDITO





1. Adrián Montes había acampado junto a un lago cuando de pronto oyó gemir a sus perros. Se incorporó, amartillando su fusil. Del bosque surgió un oso, que se acercó balanceando su gruesa cabeza. Adrián odiaba a aquellos carniceros degolladores de perros. Con gran cuidado hizo la puntería.





2. Resonó la detonación y el oso cayó sobre la nieve. Instantáneamente, como si el estallido hubiera abierto las puertas de un mundo sobrenatural, apareció el trineo fantasma. Adrián enganchó presuroso a su tiro y huyó, mientras las bestias aullantes avanzaban velozmente.





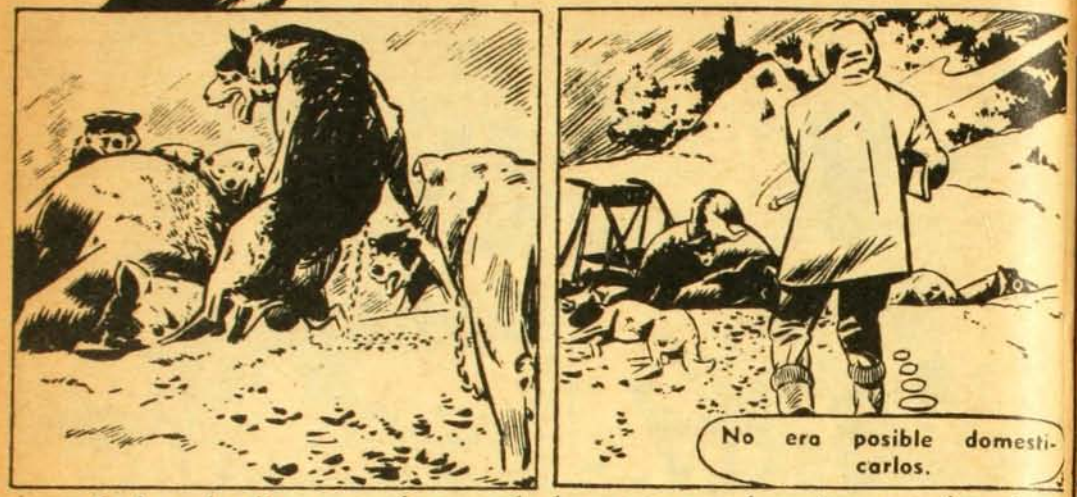
3. "Ahora comprendo el terror de Cecilia", reflexionó el joven, recordando el rostro crispado y pálido de la niña. Súbitamente comprendió que no era perseguido y detuvo su trineo. Al mirar hacia atrás, vió que los perros se habían precipitado sobre el inerte cuerpo del oso.





4. A feroces dentelladas, la jauría destrozó al animal. "—No son perros, sino demonios", murmuró Adrián Montes, con un gesto de desagrado. Preparó el fusil. Los rasgos de su rostro denotaban una firme decisión. Empezó a disparar fríamente, una bala tras otra, mientras decía: "—Esta mala peste debe terminar".

EL TRINEO



5. A cada disparo caía uno de los perros, y los otros seguían devorando al oso, enceguecidos y furiosos. Al detonar el último disparo, el silencio se extendió sobre la nevada llanura. El trineo fantasma ya no se deslizaría como una visión fugaz y aterradora, guiado por un cazador invisible.



6. Al aproximarse, Adrián comprendió por qué los perros jamás se habían separado del trineo. Estaban atados con cadenas de acero. El joven abrió un cofre que contenía sogas, una vieja pistola, algunos cartuchos y un cuaderno. Allí se ocultaba el secreto del trineo fantasma. Adrián empezó a leer.

FANTASMA



7. Era la historia de un cazador que cierto día, en las profundidades de un valle, encontró una veta de oro. Este hallazgo lo enloqueció. Temía que alguien le robara su tesoro e inició entonces una fuga desenfrenada. Evitaba los lugares poblados. Sus perros también enloquecieron... de hambre.



8. Adrián imaginó el trágico final de aquel hombre, asaltado por sus propios perros que, desde entonces, vagaron sembrando el terror y la superstición. Aquel cuaderno señalaba el lugar del yacimiento, pero Adrián rasgó las páginas. No ambicionaba aquel oro maldito.

FIN



EL CORSARIO NEGRO

CAPITULO XIII. — El lago envenenado.

La canoa tripulada por el Corsario Negro y los piratas Stiller y Carmaux perseguía a la embarcación de Van Guld, gobernador de Maracaibo.

Aunque estaban debilitados por la travesía de la terrible selva venezolana, los bucaneros remaban con vigor, imprimiendo a la canoa una velocidad prodigiosa.



—¡Alargad la remada!

Cada vez acortaban más la distancia y el Corsario gritó:

—¡Rendíos o hago fuego!

Nadie respondió. La piragua enemiga viró de bordo bruscamente y se dirigió hacia las lagunas palúdicas de la costa para buscar un refugio en el río Catatumbo.

—¡Ríndete, asesino de mis hermanos! —gritó otra vez el joven filibustero.

Tampoco obtuvo contestación.

—¡Entonces muere, perro!



Resonó una detonación y un hombre cayó al agua. Pero no era el gobernador, sino el indio remero.

—¿Es decir que el infierno protege a mi enemigo? —rugió el Corsario.

Continuó la persecución, y de pronto, desde la bruma, una voz preguntó:

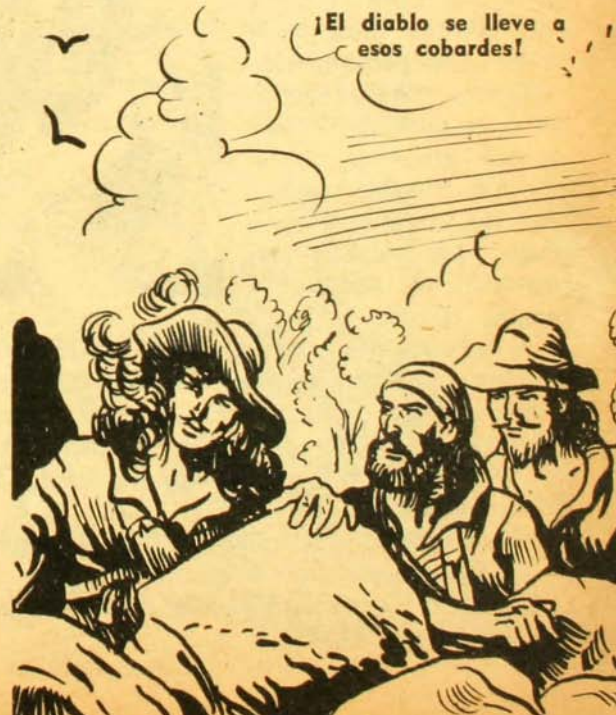
—¿Quién vive?

—¡España! —exclamaron Van Guld y sus compañeros.

—¡Maldición! —exclamó el bucanero, palideciendo de furor—. ¡Es una carabela española! La canoa viró, tomando rumbo hacia un islote cercano. Carmaux y Stiller maniobraron para ponerse a cubierto detrás de los arrecifes. El gobernador y los españoles habían subido ya a bordo. Minutos después las velas eran arriadas a toda prisa.

—Los españoles se disponen a darnos caza —observó Stiller.

—Estamos ya a cien pasos de la playa —repuso Carmaux.



A bordo del barco relampagueó una llamarada y una nube de metralla pasó silbando sobre las cabezas de los bucaneros. Estos remaban hacia el islote, procurando mantenerse a resguardo. Por fin desembarcaron, y se internaron sin vacilar en la selva.

Dos barcas se desprendieron del navío enemigo, enfilando hacia la costa. Pero los marineros no se atrevieron a penetrar en la espesura, temiendo una emboscada, y acamparon en la playa.

Desde una cumbre a la cual habían llegado los filibusteros, divisaron las hogueras del campamento.

—Esperarán el día para venir a buscarnos. ¡El diablo se lleve a esos cobardes! —gruñó Carmaux.

—Será preciso construir una fortaleza en este monte —caviló Stiller—. Lo primero es reunir víveres, para resistir un sitio prolongado.

—Tienes razón, tigrecillo —respondió el Corsario Negro—. Id de caza, mientras yo vigilo.

Casi al amanecer volvieron los piratas, con provisión de cocos, naranjas, dátiles y una gran tortuga que sorprendieron en la orilla de una laguna.



Yo vigilaré.

—Ahora podremos resistir —dijo Carmaux, radiante de satisfacción—. Estas rocas y estos espinos forman un baluarte natural. Tenemos alimentos y agua... A propósito, los españoles también tendrán que beber en el lago del islote. Les prepararé una bebida especial para ellos.

—¿Qué dices? —preguntó Stiller, intrigado.

—Ya verás —replicó el pirata.

—He visto desembarcar más de cuarenta hombres —anunció en ese instante el Corsario.

—Son demasiados, pero cuento con el "niku" —expresó Carmaux—. Capitán, ¿queréis venir conmigo?

Descendieron la colina y se aventuraron en los bosques de cedros, palmeras, simarubas y algodoneros, abriéndose paso a través de millares de lianas.

A la orilla del lago, Carmaux se dedicó a reunir haces de una especie de liana, que trituró contra una roca, mientras decía:

—El líquido que escurrirá de ellas se mezclará al agua del estanque. Cuando los españoles beban, sentirán agudos cólicos. Los indios usan este jugo para emborrachar a los peces. Lo destilan en el agua y en seguida sólo tienen que extender la mano para coger la pesca que flota en la superficie.



Han desembarcado más de cuarenta hombres.

En efecto, no tardaron en surgir multitud de peces que se contorsionaban asfixiados y buscaban la orilla, tal vez para morir sobre la arena. Carmaux cogió cuatro de los más grandes. En ese instante resonó un disparo.

Carmaux no dió un grito ni un gemido al caer, y quedó inmóvil, como si la bala le hubiera dejado seco.

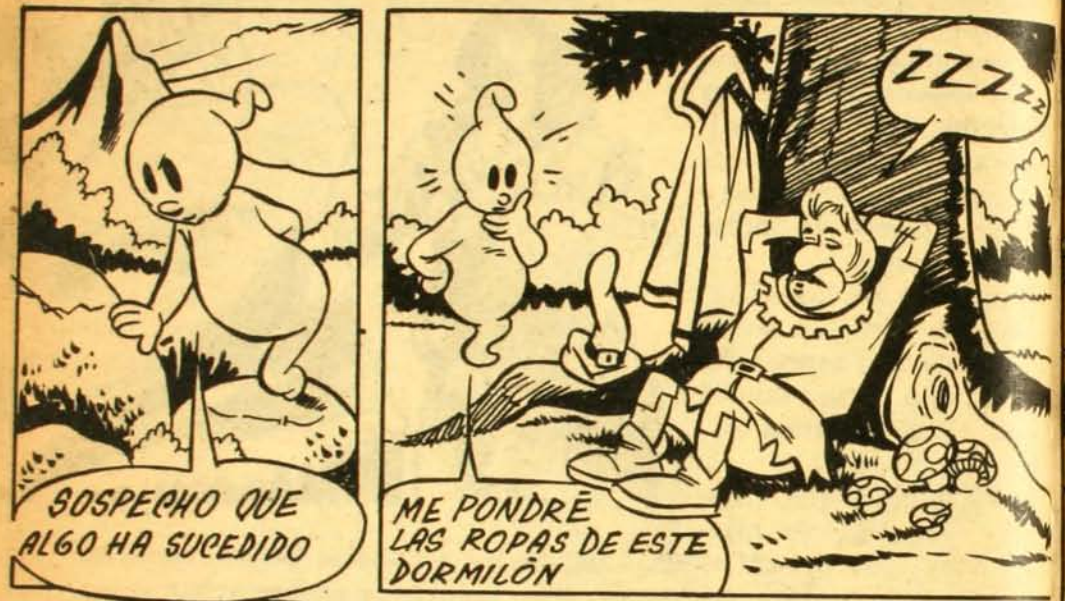
(CONTINUARA)



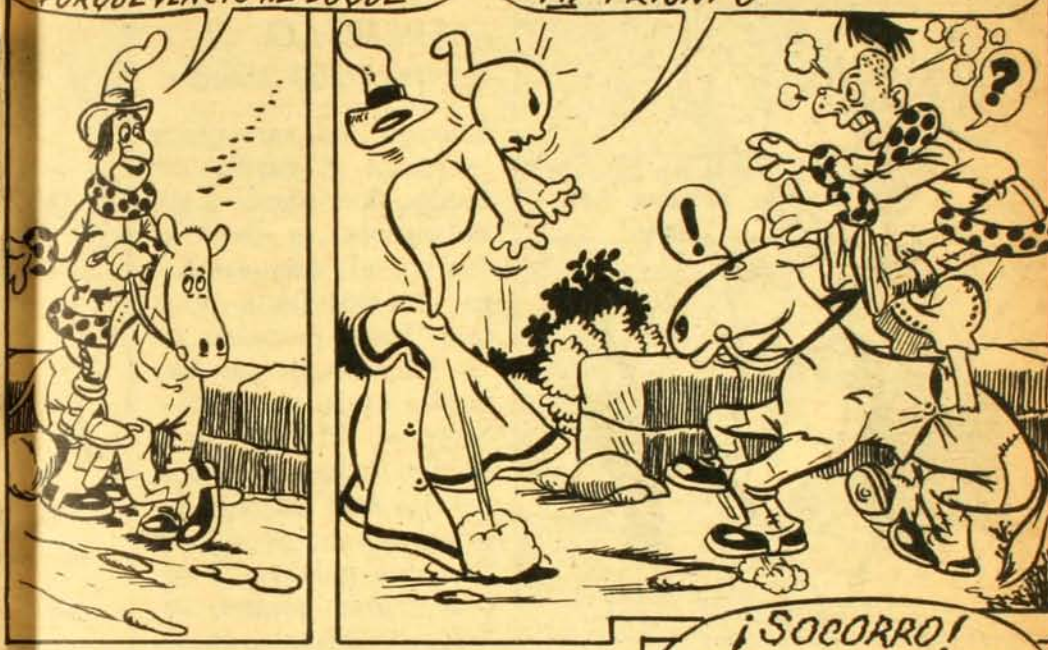
El pirata cayó sin un gemido.

El fantasmita

TERRIBLÍN ESTÁ MUY INTRIGADO PORQUE HA VISTO PASAR UNA CABALGATA DE CABALLEROS.











LA ESCLAVA BLANCAFLOR Y EL PRINCIPE SARRACENO



CAPITULO II.— El pequeño sultán.

Cuando los sarracenos asaltaron el castillo de Sicilia, dominando a sus defensores, se llevaron cautiva a la duquesa Aura. La castellana se sumió desde entonces en un doloroso silencio. Los navíos musulmanes surcaron el Mediterráneo, enfilando hacia las costas del Asia Menor. La prisionera no pronunció una sola palabra y sus ojos azules veíanse velados de tristeza. Inmóvil en cubierta o en la cala, semejaba una visión vaporosa.

Al desembarcar, el sultán la destinó a esclava de la reina Yazmina. La sultana islamita brindó a su nueva sierva un sincero cariño de hermana. Algún tiempo después nació una hija de Aura y un hijo de Yazmina. La madre rubia oprimió contra su corazón a la niña, evocando la noble y gallarda figura del duque de Sicilia.

—No conoces a tu padre —susurró con tristeza—. Ignoro si ha muerto, o si otra horda de sarracenos le llevó prisionero. Hija mía, Dios quiera que un día nos reunamos con él.

Yazmina, alzando en sus brazos al heredero del sultán, exclamó:



—Alá sea mil veces bendito. El te guíe para que seas un rey justo y amado.

Las obscuras pupilas del sultán fulguraban de orgullo al contemplar a su reina y al pequeño príncipe.

Yazmina confió su hijo a Aura.

—Tú lo educarás, junto con tu hijita, hermana blanca.

El príncipe Selim y Blancaflor crecieron como dos hermanos. Aura los acunaba en sus brazos con igual amor. Cantaba para ellos dulces canciones, y a veces sus ojos se inundaban de lágrimas, porque esas trovas habían sido dedicadas a ella por los juglares, cuando vivía feliz en el castillo de Sicilia. Al cantarlas, creía ver que surgía ante su mirada la silueta alta y recia del guerrero. Veía los ojos de expresión profunda y oía la voz amada que preguntaba: "¿Sois feliz?"





Transcurrieron tres años. Selim y Blancaflor eran inseparables. La sultana mora observaba, sonriendo:

—Mi hijo es un esclavo de la princesita blanca.

—Yo soy vuestra sierva humilde y agradecida —protestaba Aura.

Con una cristalina risa la reina decía:





—Entre nosotras no existe la palabra esclavitud. Hablé así únicamente porque sé que Selim adora a Bancaflor. En las estrellas está escrito el destino de los dos. Alá quiera que nunca se separen.

El sultán había advertido también la ternura que se profesaban los niños. Sólo deseaba la felicidad de su hijo, y jamás cruzó por su mente la idea de separarlos de aquella niña que pertenecía a otra raza y a otra religión. Sin embargo, lo inquietaba la idea de quebrantar las leyes del Corán.

Aura nunca olvidaría a su esposo el duque, pero ya no sentíase dominada por la desesperación. Contemplando a su hija, meditaba: "Cuando él la conozca, estos años de ausencia y sufrimiento sólo serán un mal sueño que se desvanece. En nuestro castillo de Sicilia. . ."

Se detenía en sus reflexiones, al pensar que Blancaflor no sería feliz en el castillo medieval, lejos del palacio de Selim.

Mientras tanto, los niños, ignorando las cavilaciones en que se sumían sus madres y el sultán, jugaban con inocente alegría:

—Yo soy una princesa de la Galia —decía Blancaflor—, y tú eres el guerrero que atraviesa cabalgando montes y valles para ir a verme en mi castillo. Estoy rodeada de fosos y mis guardias están armados de terribles ballestas. Pero tú los vences a todos.

—Sí —respondía Selim con entusiasmo—. Y te alzo hasta la montura de mi caballo, para llevarte a mi país, donde todos se arrodillarán a tu paso, porque eres la princesa de cabellos de oro. Te daré un trono y...

—Yo sólo deseo estar cerca de ti. Quizás, en vez de princesa, sea mejor ser una esclava, que limpia tus armas, hila en una rueca de oro tus vestidos, prepara tus alimentos, probándolos para saber que no están envenenados por la mano de un malvado. Y cuando vayas a las guerras, llevarás mi velo atado a tu escudo.

Selim reía.

—Haces una confusión. Las damas y no las esclavas dan sus velos a los caballeros.

Blancaflor también reía.

—Es verdad. Le diré a mamá que me explique mejor las costumbres de mi raza. Y tú hablarás con la sultana para que te describa las usanzas musulmanas. Así jugaremos sin equivocaciones y nunca nos sentiremos aburridos.

Pasaban los años y Blancaflor se convirtió en una hermosa doncella. Selim la adoraba y entonces el sultán Osmán empezó a mirar con aviesa expresión a la esclavita de cabellos dorados.

—Blancaflor debe irse... Tal vez debe morir —murmuró un día con voz tensa de odio.

(CONTINUARA)





Los PRINCIPES FUGITIVOS

CAPITULO XVIII y FINAL.—El rey Igor corona a Rosalinda.

Lulú Milstein se aproximaba a Rosalinda para despojarla de su chal de Manila, gritando, cual enajenada:

—Detente, mujer, quiero saber quién eres.

La mano de Lulú Milstein estaba a veinte centímetros del hombro de Rosalinda, cuando Ricardo, disfrazado de gitanillo, gritó con la estúpida voz de un payaso:

—Miren allá... Parece que dos chicos y una mujer se ocultan entre los árboles. Allá, allá... Esos deben ser los que buscan.

Lulú se volvió apresuradamete para ver de qué se trataba, y Rosalinda aprovechó el momento para avanzar entre la multitud que se dirigía hacia la frontera de Helvecia.

—Sí, sí, allá están —gritó la pérfida Lulú, corriendo hacia el grupo de arbustos.

La traidora muchacha había confundido a los príncipes con dos grandes muñecos que Rosalinda dejó ocultos entre las breñas, precisamente para engañar a su malvada enemiga.

El oficial de la Aduana que entregaba los pasaportes siguió a la villana espía Milstein, olvidando que ya había entregado sus documentos a Carlo Pacini y sus cómicos viajeros. Los demás guardias de Aduana siguieron al oficial y a Lulú Milstein, hasta el macizo de arbustos.

Entretanto Ricardo decía a Rosalinda:

—Corramos... Ahora o nunca... Carlo Pacini, corran ustedes también. Adelante; en la otra frontera tenemos amigos.

Los cómicos y el resto de los refugiados, poseídos de igual pánico, corrieron anhelantes por la zona intermediaria entre las fronteras de Sovinia y Helvecia.

Para apresurar más la fuga, Ricardo empujaba el coche de muecas, en el cual, como ya sabemos, iban los príncipes Igor y Ania, inmóviles y representando a la perfección su papel de Arlequín y Colombina.

—Alguien corre tras nosotros —dijo de pronto Rosalinda.

—Ya no importa —respondió Ricardo Zanetta—. Seguramente s algún émulo de Lulú Milstein, que, al darse cuenta del engaño, uiere capturarnos. No lo conseguirá, porque hemos llegado, amia mía.

En efecto, la caravana de refugiados llegaba al límite de Sovinia eran recibidos allí por soldados helvéticos, con visible alegría.

—Salvados —exclamó Rosalinda, con inmenso regocijo.

Como la línea divisoria estaba sólo a treinta metros de distancia, Ricardo y Rosalinda pudieron divisar a Lulú Milstein dando de puntapiés a los muñecos que la habían engañado. La risa sonora le Ricardo Zanetta debió llegar a los oídos de la furiosa espía.

—Me da pena su decepción —dijo con burla Rosalinda—. El ofiial craciano insulta ahora a Lulú Milstein por su torpeza.

Entretanto, una delegación de sovinianos desterrados llegaba a la duana de Helvecia y saludaba a los príncipes de Sovinia.

—Ricardo, eres bravo entre los bravos —díjole el anciano canciller del reino de Sovinia—. Has salvado a nuestro príncipe herelero y a la bella princesita Ana.

—Señor canciller —respondió Zanetta—, la verdadera heroína le este drama es la institutriz de los príncipes, la señorita Rosainda Nelson. Ella merece todo honor y gloria.

Los guardias aduaneros de Helvecia al darse cuenta de que esos efugiados eran los príncipes reales de Sovinia, les rindieron hoores y les proporcionaron un automóvil para que se dirigieran a a capital de Helvecia.

—Ricardo —murmuró Rosalinda, cuando estaban ya instalados en un lujoso hotel—, a ti te lo debemos todo.

—Ayudé a tu misión, querida mía —dijo el simpático Ricardo—, pero la gloria de haber salvado a nuestros príncipes te pertenece por entero.

Sólo entonces recordó Rosalinda que tenía en su poder el documento secreto que había sustraído de su alcoba al capitán Carlston.

—Otra hazaña que la patria te debe —dijo Ricardo Zanetta, re-

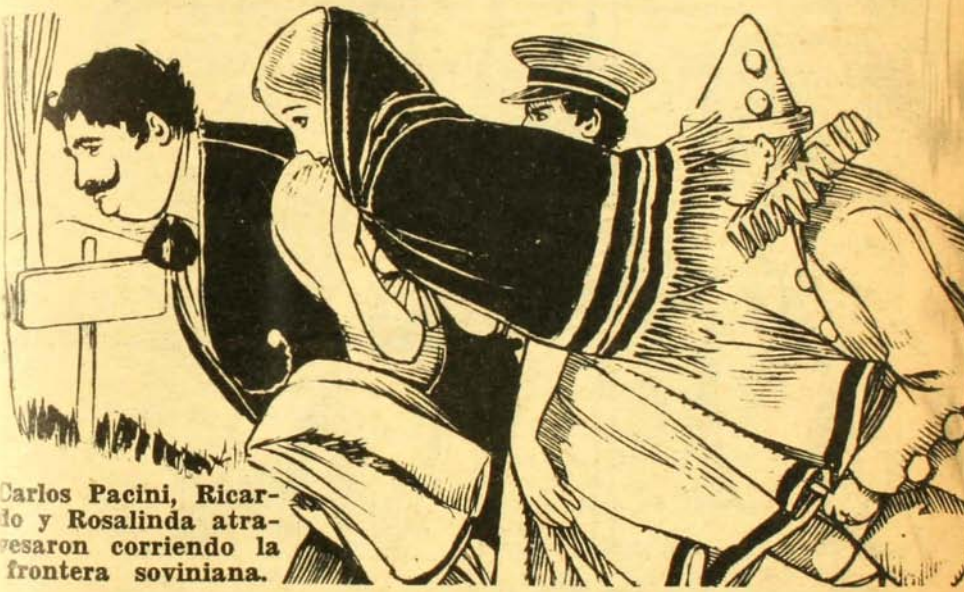
cibiendo el sobre lacrado con el sello azul de Cracia—. Voy a entregárselo inmediatamente al canciller Petruski.
Como ya dijimos, ese importante documento revelaba los propósitos de conquista mundial del dictador de Cracia. En esos papeles se daba instrucción al ejército craciano para continuar la conquista de todos los países carentes de armamentos bélicos y se aseguraba que no quedaría una nación libre en el mundo.
Este documento fué publicado días después en todas las naciones europeas y americanas.
Conocido el peligro, todos los países se aliaron contra el tirano de Cracia, y le declararon guerra a muerte. Pero esta contienda debía durar varios años y provocar inmensas ruinas en el mundo civilizado.
Rosalinda y los príncipes Igor y Anita se refugiaron en un país lejano y amigo. Allí vivieron felices esperando la reconquista de Sovinia.
El príncipe heredero Igor ingresó a un colegio, donde obtuvo siempre las mejores notas. Se le quería por su gentileza, pero también se le respetaba por su dignidad y energía.
—Será un gran rey —decían sus maestros y compañeros.
La princesa Anita, cada día más hermosa y buena, sentía gran atracción por la música y presagiaba ser una cantante extraordinaria.
La única pena de esos niños desterrados eran las continuas ausencias de Ricardo Zanetta y Rosalinda Nelson. Ambos iban de país en país, efectuando una intensa propaganda y predicando la guerra sagrada contra el tirano de Cracia.
Entre victorias y derrotas transcurrieron los años y por fin Sovinia fué reconquistada.
Triunfal fué la entrada del príncipe Igor y de la princesa Anita a la capital de Sovinia. El rey adolescente erguido en la carroza real, iba saludando a su pueblo de aldea en aldea, de ciudad en ciudad. Todo se engalanaba para recibirle como a un triunfador, y los vítores con que el pueblo manifestaba su alborozo se extendían también a los jóvenes héroes Ricardo Zanetta y Rosalinda Nelson. Ambos habían contraído recientemente matrimonio, y el rey Igor les había concedido el título de duques de Korovan.
—Mi primer acto como rey —declaró Igor I a su canciller—, será la coronación del duque Ricardo y de la duquesa Rosalinda.
—Su Majestad —respondió el canciller, inclinándose ante el real

adolescente—. El pueblo de Sovinia aprobará su decisión, pues es a ellos a quien debe Sovinia y el mundo entero la victoria contra el tirano de Cracia...

Una vez que el palacio real de Sovinia fué rehabilitado y engalanado de nuevo, después de la vandálica ocupación de los cracianos, el rey Igor organizó una gran fiesta en palacio.

Los heraldos recorrieron las calles y plazas pregonando la hora y el día en que debía verificarse la coronación de los duques de Korovan.

Carlo Pacini y sus cómicos fueron los primeros en llegar al palacio real como invitados de honor.



Carlos Pacini, Ricardo y Rosalinda atravesaron corriendo la frontera soviniana.

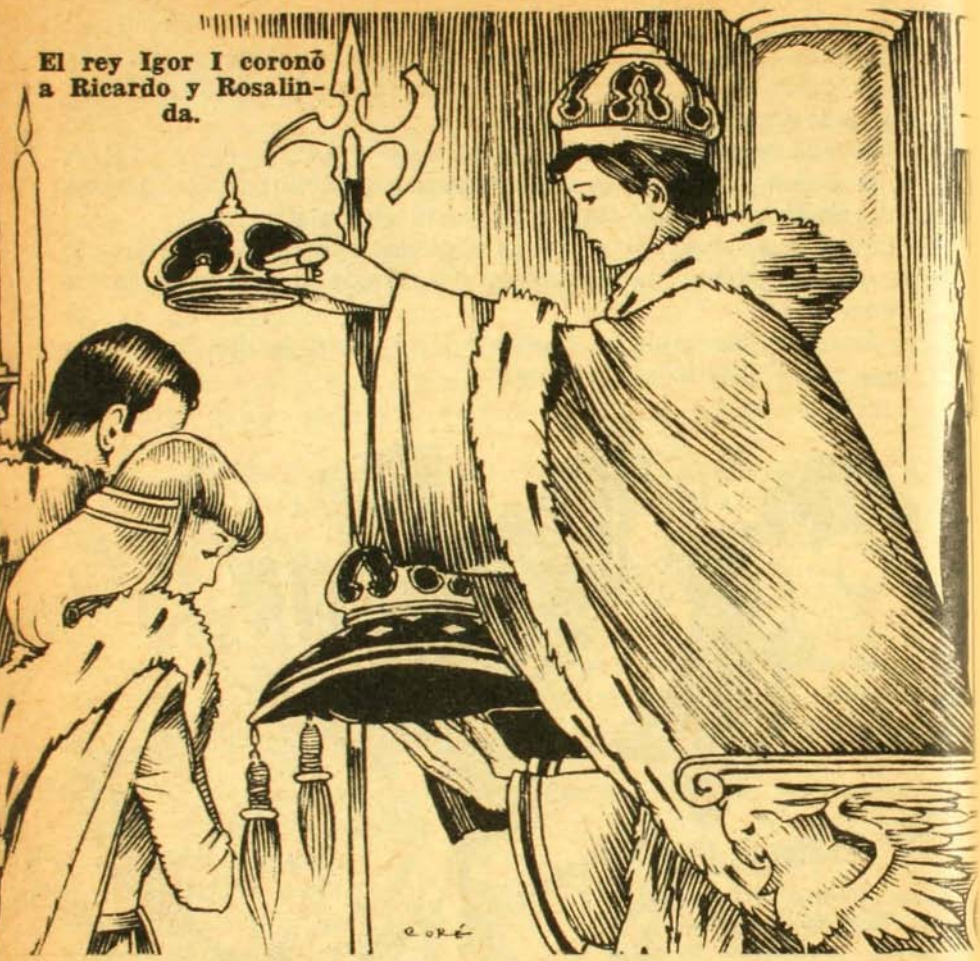
La princesa Anita, con sus radiantes galas, acudió a recibir al Circo Pacini, y sonriendo graciosamente dijo a Carlo:

—Soy la misma Serapia de antes...

—Es un hada, mi cara princesa —exclamó con voz estentórea Carlo Pacini.

—El hada es la duquesa Rosalinda —respondió Anita—. Mírenla... Qué preciosa se ve con su manto de armiño.

—¿Y qué me dicen del duque Ricardo de Korovan? —exclamó Consuelo, la esposa de Pacini—. Pero todo se opaca ante la luz refulgente de nuestro rey.



El rey Igor I coronó a Ricardo y Rosalinda.

—¡Viva Igor I! —gritaron al unísono los cómicos viajeros.

Igor se aproximaba con gran majestad entre sus guardias reales. Luego ocupó su lugar en el trono. En su cabeza lucía la corona de Sovinia, recamada de piedras preciosas y sobre sus hombros caía el manto real de púrpura y armiño.

Tras el séquito real avanzaban emocionados los duques de Korovan.

Arrodillados ante el rey Igor I, inclinaron su frente con gran respeto.

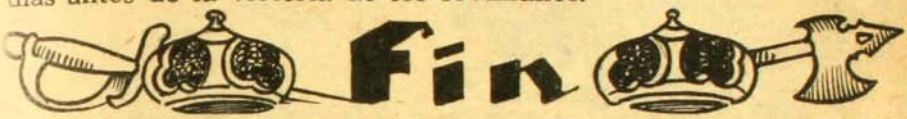
Rosalinda cruzaba las manos sobre su pecho, y lágrimas de emoción caían por sus mejillas.

El rey, igualmente conmovido, balbució algunas palabras y luego colocó sobre las cabezas inclinadas la corona ducal.

—¡Viva Igor I! —gritaron los concurrentes—. ¡Viva la princesa Anita! ¡Vivan los duques de Korovan! ¡Gloria y honor a los héroes de Sovinia!

—¿Y qué fué de la traidora Lulú Milstein? —preguntarán nuestros curiosos lectores.

Los dictadores de Cracia, furiosos por el fracaso de la malvada espía, la encerraron en una mazmorra infecta y allí murió pocos días antes de la victoria de los sovinianos.





ALEJANDRO MAZA.—Sea bien venido este nuevo lector de la pequeña gran revista "SIMBAD". Los porteños son nuestros más fieles amigos.

MARIA ANGELICA DEL CAMPO, MARGARITA GALVEZ, ESTER GLADYS ZELAYA Y ANA OLIVARES, entusiastas admiradoras de Ponchito y Pelusita, dicen que no comen si no tienen primero ante sus ojos la linda revista "SIMBAD".

JOSE GARCIA.—Las seriales que usted solicita se dieron anteriormente en "SIMBAD". Mucho le gustará "La Hija del Sheik Blanco", que es de la índole policial que usted solicita.

LUIS JAQUE, HORTENSIA FUENZALIDA.—Nos complace que tanto les agrade "LA PRINCESA-MUÑECA" que es original de ROXANE.

ANTONIO ROJAS.—Envíe lo que ofrece, pero cuentos, no.

NESTOR LINCOPIL, DARINA GANIDOS.—Acojo muy agradecida sus felicitaciones y les deseo una feliz Pascua y próspero Año Nuevo.

WALTER HERNANDEZ, MARIA PARRA.—Se les enviaron sus premios oportunamente.

CARMEN ALFONSO, NELSON PORTUS.—En verdad, es para mí y para mis redactores y dibujantes un gran placer comprobar cuánto éxito tiene la pequeña gran revista que dirigimos con mucho amor y entusiasmo. Gracias por sus elogios.

ALICIA FUENZALIDA.— Agradece el premio de un tocadiscos y dice que "SIMBAD" es el encanto de todos los niños de Chile y del mundo.

IRMA ZAMBRANO.— Los premios se envían a las direcciones que ustedes indican; por lo tanto, traten de darlas correctas y precisas.

CARLOS AGUILERA, JULIA TRONCOSO.—Nos complace saber que hayan tenido tanta suerte en nuestros concursos.

JORGE RIVAS.—Retribuímos sus buenos deseos para Pascua y Año Nuevo y nos complace saber que tanto le agrada el maravilloso "SIMBAD".

ROXANE.

Ponchito



por nato





EL REINO DESTRUIDO

CAPITULO IV.— Signos en la arena mágica.

El vengativo Cayo Sestilio deseaba acusar de cristiano y de traidor al joven patricio Fulvio Luceri. Pero el capitán de la guardia pretoriana le negó el paso, diciendo que el emperador Nerón había suspendido las audiencias.

A las puertas del palacio imperial, que se cerraban para él, Cayo temblaba de cólera cuando vió llevar a Tigelino, que también odiaba a Luceri. Al saber que Cayo conocía el lugar donde se ocultaba probablemente el rebelde, Tigelino indicó:

—Sígueme. Te conduciré ante el César.

En esos instantes Nerón escuchaba absorto los vaticinios de un nigromante egipcio, a quien secundaban un esclavo y una sacerdotisa. En una gran fuente de plata, el mago había vaciado arenas del Nilo. Con voz cavernosa pronunció:

—¡Oh Thot, gran dios que disipas los fantasmas!

La sacerdotisa permanecía inmóvil como una estatua. Sus ojos bordeados por una línea negra tenían una mirada fija y sin vida. Los labios pintados de azul permanecían cerrados y rígidos. Las manos cruzadas sobre el pecho veíanse deslumbrantes de joyas.



—Sígueme. Te conduciré ante el César.

Para los egipcios, Thot era el dueño de las moradas celestes y conocía los secretos de los demás dioses. Sus discípulos, al saber esos secretos, los utilizaban para encadenar los dioses a su voluntad.

El mago alzó una estela



—¡Oh Thot, gran dios que disipas los fantasmas!

en la cual veíase la figura del dios Horus, de pie sobre dos cocodrilos. Ese era un talismán protector. El egipcio continuó su conjuro, sintiéndose protegido:

—¡Habla, oh señor de las sombras! ¡Habla desde el reino del misterio y de la voluntad que no muere!

Extendió sus manos y bajo ellas se dibujó en la arena una figura. Nerón, inclinándose, la observó asombrado.

—¿Qué representa? —interrogó.

—El escarabajo sagrado, signo de la vida terrena y del mundo del "ka", de los espíritus.

—¿Qué significa?

—¡Oh César! Tú eres rey en la tierra y seguirás imperando cuando cierres los ojos. Eres inmortal.

Cogiendo una serpiente, fijó en ella su mirada, como si deseara hipnotizar al reptil.

—La serpiente que se muerde la cola, formando un anillo es el símbolo de la sabiduría eterna. Míralo, César, es tu símbolo.



En la arena apareció la figura de un escarabajo.



El mago egipcio cogió una serpiente.

Sabiduría y fuerza. Todo cuanto entre en este círculo estará dominado por ti. César, eres invencible.

De pronto lanzó un grito estridente.

Al colocar la serpiente sobre la fuente de plata, la figura del escarabajo desapareció y en su lugar se vió otro signo ánte el cual Nerón palideció de furia: un pez. Ese era el signo de los cristianos, el signo de Pedro el Pescador.

—¡El pez! —gruñó—. El pez de los cristianos. ¡La maldición de Júpiter caiga sobre ellos!

Miraba la arena a través del lente de esmeralda que usaba porque sus ojos eran miopes, y de pronto una especie de bramido furioso se escapó de sus labios.

Sobre la lisa superficie había surgido otra figura. Una cruz.



—Este es el símbolo de la sabiduría eterna.

—¿Qué significa esto? Habla, egipcio, habla claramente o morirás entre las zarpas de los leones.

El sacerdote del Nilo no demostró temor por esa amenaza. Una idea lo obsesionaba. ¿Por qué se lineaban esos signos desconocidos en la arena? El había visto al escarabajo sagrado. Mirándole, pronunció su vaticinio para anunciar al César un futuro de glorias y triunfos. ¿Por qué afloraron

el pez y la aborrecida cruz? No lo comprendía. No sabía explicárselo.

Era un creyente del dios Thot. Con su nombre en los labios pronunciaba los *kikau* (fórmulas mágicas), el *tau* (exorcismos), los *shentiu* (conjuros) y el *hosiu* (encantamientos). Jamás había dudado del poder de Thot, y ahora, ante sus ojos turbados y su mente desorientada, aparecían símbolos extraños.



En la arena se dibujó una cruz.

—¡Clemencia, oh César! —murmuró—. Los buenos augurios han desaparecido. Esa cruz...

Su semblante rígido no demostró emoción alguna, pero estaba seguro de que, después de expresar su pronóstico, la cólera del César caería sobre él. Sabía que los gladiadores del circo romano saludaban al emperador antes de iniciar las luchas, diciendo: "Morituri te salutant" (Los que van a morir te saludan). Quizás él, en ese instante, estaba despidiéndose también de la vida.

(CONTINUARA)



GRAN CONCURSO

Standard Electric

DISCOS pulgarcito

Y SIMBAD

"la mejor revista infantil".

Contesta a esta pregunta: ¿Podrías decirnos en qué países nacen estos tres ríos: Misisipí, Rin y Danubio?

Envía tu respuesta a casilla 84-D, INCLUYENDO EL CUPON, y podrás participar en el Gran Sorteo Semanal de 12 Discos PULGARCITO, irrompibles, en bellos colores, con temas infantiles. ADEMAS, se sorteará UN REGIO TOCADISCOS, Suscripciones a SIMBAD, Libros y Premios en DINERO...

Distribuidores exclusivos

Standard SE Electric

Respaldado por el prestigio técnico mundial de la ITT



Un producto SHYF

Solución a "SIMBAD" 277: Jesús nació en la ciudad de Belén. Entre los lectores que enviaron soluciones exactas, resultaron favorecidos los siguientes: UN TOCADISCOS: Nelly Arellano, Santiago. UN SOBRE DE TRES DISCOS: Fernando Gleiser, Stgo. UN DISCO PULGARCITO: Salvador Garfe, Quintero; Mónica Muñoz, Stgo.; Augusto Contreras, Parral; Ximena Palma, Stgo.; Fernando Pacheco, Coquimbo; Ingrid González, Valparaíso; Felipe Krauss, Stgo.; Ramón Muñoz. Teno; María Teresa Jofré, Temuco. UNA SUSCRIPCION TRIMESTRAL: Elías Befes, Valparaíso; Hugo Núñez, Teno; Juan Rozas, Antofagasta; Agustina Parra, Collipulli; Antonieta Gebria, San Carlos; Marta Méndez, Parral. CON CINCUENTA PESOS: Germán Prosser, Temuco; Enrique Miranda, Santiago; M. Luisa Cortés, Santiago; Silvia Selowsky, Santiago. CON UN LIBRO: Ubaldo Pedemonte, Copiapó; Bárbara Bente, Santiago; David Barrientos, Collipulli; Oscar Torrealba, Cauquenes; M. Méndez, Concepción; Alonso Millán, Osorno; Silvia Kamann, Curicó; Silvia Contreras, Linares; Lily Rabdel, Santiago; E. Molina, La Unión.

CUPON DEL CONCURSO Semanal

Standard SE Electric

SIMBAD N.º 279

Empresa Editora Zig-Zag, S. A. — Santiago de Chile, 1955.

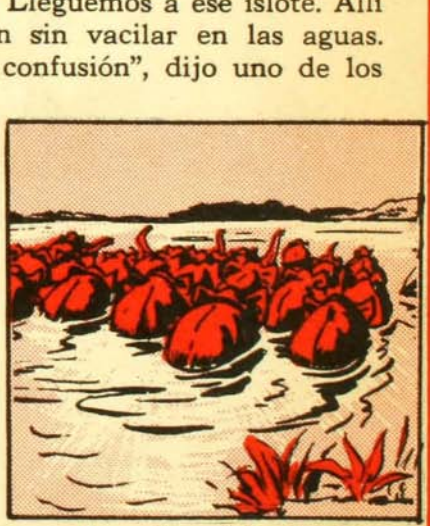
Juan y Juanita





3. Por fin llegaron a las cenagosas riberas del Kasai. "—Hacia la derecha —gritó el cazador africano—. Lleguemos a ese islote. Allí estaremos a salvo." Todos penetraron sin vacilar en las aguas. "—Huyamos ahora, aprovechando la confusión", dijo uno de los prisioneros, pero Ricardini se opuso.





4. Los paquidermos no se detuvieron en la orilla del río. Penetraron en el agua mientras sus estridentes bramidos hendían el aire. Nadaron en un grupo compacto que afortunadamente no bordeó el islote. Minutos después alcanzaban la ribera contraria. "—Se alejan —suspiró Tipaya—. El peligro ha pasado."

(CONTINUARA)

PELUSITA POR NATO



Simbad

EL REINO DESTRUIDO

N.º 280



$10.-

Juan y Juanita

CAPITULO LVIII.—LA AMENAZA DE LA TRIBU SALVAJ





1. El cazador Tipaya y sus acompañantes se refugiaron en un islote del río Kasai para huir de una manada de elefantes furiosos. Ricardini y sus cómplices, que iban prisioneros, decidieron fugarse. Juan dió la voz de alarma y Tipaya ordenó a sus hábiles rastreadores: "—Busquen a los *bwanas* malos".





2. Los hombres, sólidamente maniatados, no podían huir con rapidez. Tropezaban en las raíces, en las lianas entrecruzadas, en los árboles caídos. Les era difícil levantarse de nuevo, y cada vez que daban un paso en falso, lanzaban maldiciones. "—¡Condenada jungla!" Muy pronto sus perseguidores les cogieron.

(Continúa en la penúltima página.)

Visitación de Imp. y Bibl.
11 ENE 1955
Depósito Legal

Simbad

AÑO VI — 12-I-1955 — N.º 280

Directora: Elvira Santa Cruz (Roxane)
Suscripción anual: $ 490.—
Semestral: $ 250.—
Recargo por vía certificada: Anual: $ 21.—. Semestral: $ 11.—.
Extranjero:
Anual: U.S.$ 2,10
Semestral: U.S.$ 1,05
Recargo por vía certificada: Anual: U.S.$ 0,20
Semestral: U.S.$ 0,10

La Princesa Muñeca

CAPITULO VI.—La carroza del mago Focio.

La princesa-muñeca anhelaba partir a la mansión del mago Silerio, pero Malvina, después de su milagrosa curación, iba retardando día por día ese viaje. Por fin un día accedió a partir y preguntó a la princesa-muñeca:

—¿Cuándo realizaremos ese viaje? ¿Y hacia dónde iremos?

—Llévame fuera de este bosque —indicó la princesa Veni—, y todo se arreglará.



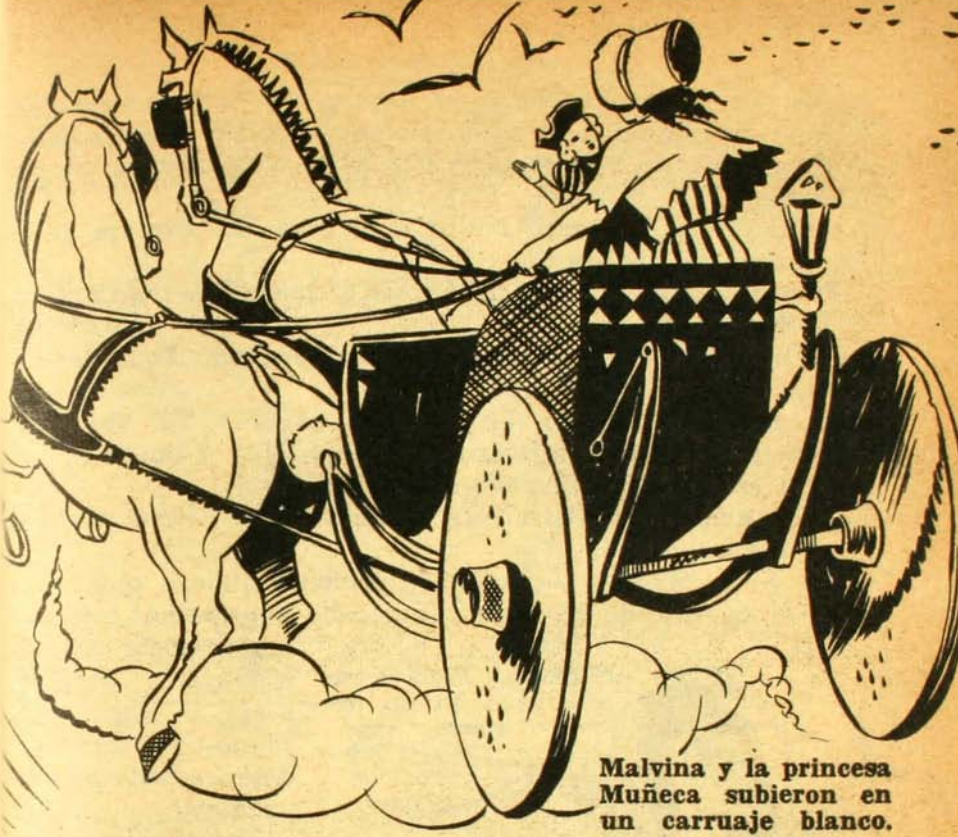
Rodar, convertido en cuervo, vigilaba la cabaña del guardabosque.

En ese momento Malvina alzó la vista hacia un inmenso roble y divisó un enorme cuervo.

—Tengo miedo —murmuró Malvina—, ese cuervo me mira con malos ojos.

Y, temerosa la niña, en vez de salir del bosque como le decía

la princesa-muñeca, corrió a su casa y cerró precipitadamente la puerta.
Entretanto el cuervo, que era el canciller Rodar, transformado en ave de rapiña por el hada Mirtala, volaba hacia la mansión del mago Focio, a quien participó que la princesa Veni había encontrado una niña perfecta que le ayudaría a recobrar su forma natural.
—No es posible hallar así no más una niña perfecta —declaró el mago Focio—, pero de todas maneras es preciso vigilar noche y día la cabaña del guardabosque y ver cuándo parten hacia la mansión del mago Silerio.
—Pero si parten, la princesa Veni tiene un secreto para viajar sin temor a ningún peligro —respondió Rodar—, y no se lo ha revelado ni a la niña Malvina.
El mago Focio reflexionó largamente y en seguida dió órdenes precisas al cuervo Rodar.
El cuervo se instaló en un castaño, frente a la cabaña de Malvina y, al rayar el día, vió abrirse sigilosamente la puerta.
Malvina salía de la cabaña con la princesa-muñeca en sus brazos. A una indicación de la princesa Veni, Malvina torció hacia el confín del bosque. Allí Veni dijo a Malvina:
—Toma este silbato y tócalo dos veces. Mi madrina, el hada Mirtala, resolverá nuestro destino.
Apenas sonó el silbato dos veces, apareció un carruaje pequeñito tirado por dos caballos blancos.
—Sube y coge las riendas —ordenó Veni a Malvina.
Malvina subió con su muñeca al cochecito y los caballos partieron a galope.
"Si me viera la marquesita Bella se moriría de envidia", pensó Malvina.
Pero estos pensamientos se los guardó para sí la hija del guardabosque, temiendo que Veni, al advertir que era vanidosa, no la creyera perfecta.
Después de atravesar una extensa llanura, los caballos comenzaron a trepar una abrupta montaña.
—¿Está muy lejos la mansión del mago Silerio? —preguntó Malvina a Veni.
—Lo ignoro —dijo la princesa-muñeca—, pero los caballos de mi madrina nos llevarán allá.
—Tengo hambre —exclamó Malvina.



Malvina y la princesa Muñeca subieron en un carruaje blanco.

, como por arte de magia, cayó sobre su falda una cesta con anes y frutas.

–Qué dulce es tener por madrina un hada —suspiró Malvina.

–No siempre —suspiró con tristeza Veni—. Mi madrina me convirtió en muñeca, porque dijo que yo no tenía corazón y era muy rgullosa y altanera.

–Consuélate, princesita —replicó Malvina—. Pronto serás feliz.

El camino era cada vez más áspero y solitario. Malvina, fastidiada, murmuraba entre dientes:

–Si no fuera porque la princesa me ha prometido ser su primera dama de honor en el reino de Giralda, con gusto volvería a mi cabaña y la dejaría plantada en el desierto.

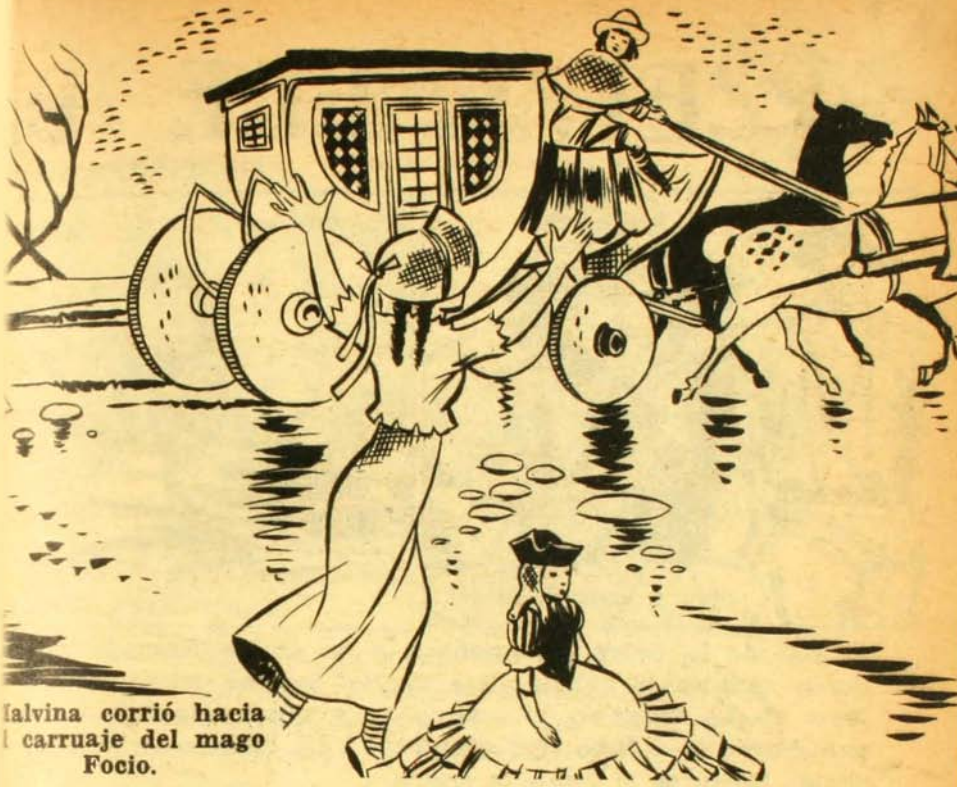
¿No es verdad que estos pensamientos no eran de niña perfecta?

De súbito los caballos blancos se detuvieron bruscamente. Malvina, como cogida por un ser invisible, saltó por encima de los morceles y cayó sentadita sobre el césped con su muñeca en brazos.

—¿Te has lastimado, Malvina? —preguntó la princesa-muñec
—No —dijo Malvina—, pero no comprendo por qué los caball
se detuvieron tan bruscamente. No diviso ninguna casa, ni prec
habitado.
Malvina, llena de terror, corrió a alcanzar el carruaje, pero
desvaneció en la distancia.
—Princesa, ¿qué haremos aquí toda la noche? —murmuró M
vina, desesperada.
—No te aflijas —respondió la princesa-muñeca. Toca dos vec
el silbato y acudirá el hada Mirtala.
—He perdido el silbato —exclamó Malvina—. Tal vez cayó
césped cuando me vi arrojada del coche. Voy a buscarlo.
Pero el viento había borrado toda huella.
—¿Para qué emprendería este maldito viaje? —murmuró M
vina—. Pobre de mí.
—Soy yo la culpable —confesó la princesa-muñeca, quien, al a
vertir el egoísmo de Malvina, comenzaba a sospechar que no e
tan perfecta como el
lo creyó.
Llegó la noche, y par
colmo de terrores,
desencadenó un furios
vendaval.
—Tengo miedo —mu
muró llorando Malv
na—; comienza a llove
y nos moriremos en e
ta soledad.
La hija del guardabos
que dejó a la princesa
muñeca sentada sobr
el césped y caminó al
gunos pasos. De pront
lanzó un grito de júb
lo:
—Princesa Veni, s
acerca una carroza...
—Seguramente es m
madrina, el hada Mirta
la —replicó Veni.



Malvina y Veni se encontraron en un desierto.



Malvina corrió hacia el carruaje del mago Focio.

quella esperanza quedó defraudada, pues la carroza no se detu- cerca de las atribuladas viajeras.

Malvina continuó corriendo y dando agudos gritos. Por fin el co- ero se detuvo y un individuo que ocupaba la carroza sacó la beza por la ventanilla y exclamó compasivo:

-¿Una niñita y su muñeca perdidas en el desierto? Suba a mi rroza, hijita. Llego a tiempo para salvarla.

quel viajero era el mago Focio, enemigo mortal del hada Mir- la. A él se debía el accidente que arrojó a Malvina y a la prin- sa-muñeca fuera del cochecito blanco. También el mago Focio a el causante de la pérdida del silbato mágico.

as viajeras caían en poder del más peligroso enemigo. El mago cio siempre pretendió hacer el mal a la princesa heredera del ino de Giralda. Focio fué el que colocó en la corte al canciller dar, convertido en cuervo por el hada Mirtala, y ese mago vo la culpa de que la princesa Veni maltratara a sus vasallos tuviera el corazón de piedra.

(CONTINUARA)

EL VALLE DE LAS SERPIENTES

CAPITULO I.—LOS RETOS DE LA SELVA





1. Jim de la Selva acompañaba a su amigo Rolando Marvin, quien recorría la jungla para captar escenas selváticas con su lente. "—La lucha de una serpiente y una mangosta! —susurró entusiasmado—. Esto será grandioso." La cámara empezó a funcionar, mientras el reptil se erguía.





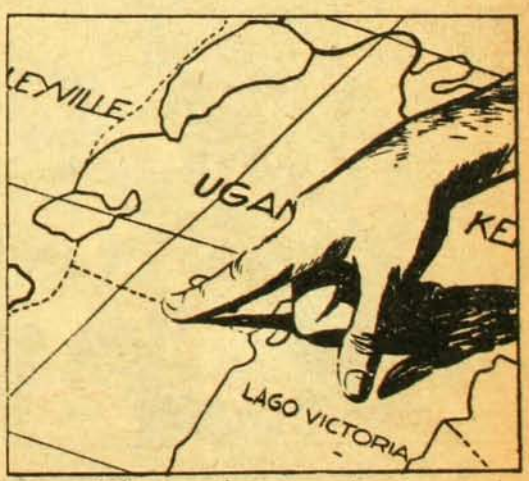
2. Los verdosos ojos de la víbora fulguraron, mientras la cabeza triangular se balanceaba lentamente. De pronto el largo cuerpo se extendió con fulmínea rapidez. Pero la mangosta saltó con mayor agilidad aún y sus dientes de acero se clavaron en el cuello de la serpiente.





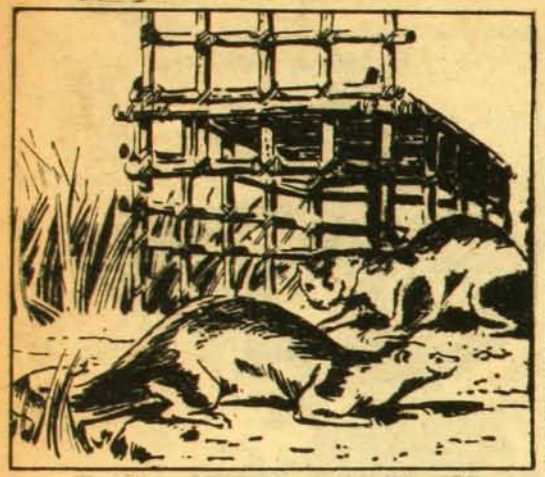
3. El reptil se retorció con furia, tratando de desasirse, pero Ngili, la mangosta, la matadora de serpientes, jamás soltaba su presa. Y de pronto la serpiente quedó inmóvil, como una verdosa liana. Entonces la vencedora se tendió sumisamente entre los pies de su amo, Jim de la Selva.





4. "—Ngili y sus compañeras nos servirán mucho en esta excursión", murmuró el audaz explorador de la selva africana. Ambos jóvenes, acompañados del fiel Gori y de un reducido safari de negros se dirigían al Valle de las Serpientes, situado entre el Congo y el Uganda.

EL VALLE DE LAS SERPIENTES





5. Llevaban una familia de mangostas, auxiliares indispensables para combatir a los temibles reptiles. Rolando estaba feliz con aquel viaje. Era ayudante de un famoso director de cine y había tomado escenas sensacionales. Además, tenía un nuevo y alegre amigo, el chimpancé Kiki.





6. El film de Rolando contenía vistas de combates librados por los monstruos de los pantanos, la ágil y ondulante fuga de las cebras y jirafas, la vida silenciosa y terrible de arañas gigantescas que tejían su tela mortal, el vuelo de pájaros multicolores, las bulliciosas riñas de los pequeños monos, etc.



7. Jim de la Selva se preocupaba de guiar la caravana a través de la intrincada maraña de árboles, lianas y raíces. Elegía los claros para acampar y vigilaba todo con sus ojos azules y penetrantes. "—Si no nos hemos extraviado —anunció un día—, mañana al anochecer estaremos en nuestro valle."







8. "—No digas "nuestro" —sonrió Rolando—. No me considero de ninguna manera un reptil." Esa noche el joven cameraman durmió apaciblemente, sin imaginar que él y sus compañeros estaban próximos a vivir una aventura escalofriante. Al rayar el día reanudaron la marcha, abriéndose camino en la tupida selva.

(CONTINUARA)



E L CORSARIO NEGRO

CAPITULO XIV — E *tercer asalto.*

El pirata Carmaux había mez clado a las aguas del lago e zumo de la planta "niku".

—La bandada de cuervos que nos persigue se sentirá muy ma cuando pruebe esta bebida —murmuró con una plácida sonrisa Los peces del lago brincaban desesperados, y muchos de ellos, en su ciega angustia, caían sobre la ribera. Carmaux recogió vario para la cena, pues el veneno era sólo momentáneo.

De pronto una bala disparada desde la espesura abatió al filibus tero. El Corsario Negro, que estaba a alguna distancia, lanzó una maldición. Su aguda mi rada intentó descubri al asaltante. Luego u débil roce llegó hasta s fino oído.

—¿Viste al que disparó?



Un instante después ante sus atónitos ojos Carmaux se incorpora ba suavemente. Ni una serpiente hubiera podi do deslizarse con mayo silencio y rapidez.

—¿No te hirieron, tu nante? —murmuró e Corsario con una son risa.

—No, capitán. No per dí ni el pellejo ni l pesca.

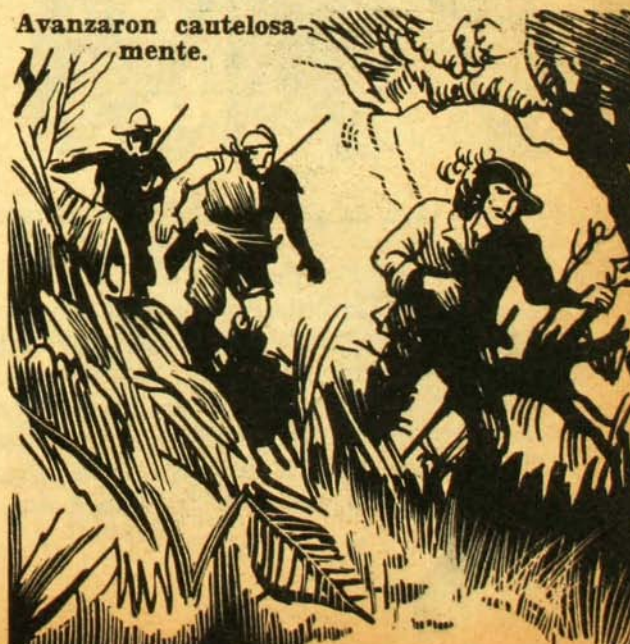
—¿Viste al que disparó

-Sí, era uno solo y ha capado al oír su malción. Ha ido a prever a sus compañeros.
-Volvamos a la cum-e.
l pirata Stiller, que ha-ía quedado de guardia n la colina, informó:
-Los soldados penetra-n en los bosques. El aldito barco español ntinúa anclado y las halupas bloquean la is-. Creo que pronto ha-rá danza.
-Quizás no se atrevan atacarnos de día y esperarán la noche —reflexionó el Corsario egro.



Antes de medianoche abandonaron su improvisada fortaleza.

armaux encendió una hoguera para asar los pescados. Los aven-ureros comían el primer bocado cuando se oyó retumbar en el ar un formidable disparo.
-¡El cañón! —exclamó Carmaux.
o había terminado de ecirlo cuando la parte perior de la roca que s había servido de ob-rvatorio, rota por una ala de grueso calibre, ltó con terrible estré-ito.
-¡Relámpagos! —gritó armaux, levantándose e un salto.
-¡Y truenos! —añadió tiller.
armaux siguió vocife-ando:
-¿No se puede comer anquilamente en este



Avanzaron cautelosamente.

condenado golfo de Maracaibo? ¡El demonio se lleve a Van Guld y a todos los que le obedecen!

Ya más calmado, propuso:

—Bueno, ya que nos bombardean, nosotros también los bombardearemos..., haciendo rodar estos peñascos a través de los bosques. La pendiente es muy rápida y no creo que las rocas se queden a mitad de camino.

—Excelente idea. La pondremos en práctica en el momento oportuno.

Los españoles trepaban animosamente por los costados de la montaña. El Corsario y sus hombres no podían verlos, pero les oían hablar y cortar las lianas o las raíces que les impedían el paso.



De pronto Carmaux se detuvo.

—Se han dividido en dos grupos —indicó Stiller—. Los primeros rodean el estanque. Los demás avanzan por un estrecho valle.

—Sobre ésos lanzaremos las rocas. Después nos ocuparemos de los otros —decidió el joven bucanero.

—Espero que a ésos no sea necesario rechazarlos. Si tienen sed, beberán en el lago y... el "niku" se encargará de dejarlos fuera de combate.

—Bien, empezad el bombardeo.

Ambos piratas empujaron hacia el borde una docena de enormes peñascos. El formidable aluvión se precipitó con el fragor de un huracán. Se oyeron en seguida gritos y maldiciones y los españoles huyeron en desbandada por los declives del valle.

En cuanto al segundo batallón, tampoco pudo asaltar la fortaleza de los piratas, porque, al beber en el lago, los soldados se retorcieron de dolor y, después, reuniendo sus últimas energías, se re-

raron hacia la playa.
ranscurrió el día sin
ue las fuerzas de Van
uld intentaran otro
salto.

—Seguramente ese pe-
o flamenco piensa
endirnos por el hambre
la sed —caviló el Cor-
ario Negro—. Tenemos
ue forzar las líneas
nemigas y apoderarnos
e una embarcación. El
avío no nos perseguirá
orque en el río hay
uchos bancos de arena, y si quiere avanzar demasiado correrá
l riesgo de embarrancar. Esta noche, mis tigrecillos, intentaremos
a maniobra.



—En ese monte nos aguarda un demonio.

—De acuerdo —aprobó Carmaux—. Lo único que lamento es no
aber podido saborear mis pescados.

Hacia las once de la noche descendieron en dirección del estan-
ue. Habían avanzado unos trescientos metros cuando se detu-
ieron. Dos soldados
onversaban en la obs-
uridad.

—No me fío de ese Cor-
ario. Muchos de nos-
tros iremos al otro
undo. Los que sobre-
ivan, tendrán diez mil
iastras en el bolsillo
ara alegrarse y olvidar
los compañeros caí-
os. La recompensa que
frece el gobernador es
enerosa. ¡Ea, olvide-
nos el peligro y arriba,
ese monte, donde nos
guarda un demonio!

(CONTINUARA)



El Corsario Negro dió la orden de reanudar la marcha.

El fantasmita

EL BARÓN BALO ESTÁ MUY PREOCUPADO...





LA ESCLAVA BLANCAFLOR Y EL PRINCIPE SARRACENO



Selim y Blancaflor eran inseparables.

CAPITULO III.— Cruel separación.

El príncipe Selim y Blancaflor, la rubia y blanca hija de una esclava, crecieron juntos en el palacio del sultán de Armenia. Este advirtió la profunda ternura que unía a ambos niños y sentíase preocupado. Con el transcurso de los años, Selim se convirtió en un doncel alto y gallardo. En sus negros ojos destellaba una mirada intensa y dominante, pero su sonrisa era suave, sobre todo en presencia de Blancaflor. La doncella recorría el palacio con la vivacidad de una llama de oro. Sus vestidos flotantes, se destacaban entre las pesadas vestiduras de los orientales recargados de seda y piedras preciosas.

El sultán, que al principio rehusaba meditar sobre la adoración que Blancaflor inspiraba a Selim, se sintió dominado por un supersticioso temor. Pensaba que las leyes del Corán serían quebrantadas si el príncipe musulmán decidía unir su vida a la de una esclava cristiana. La batalla de la cruz contra la media luna había alzado espadas contra yataganes, enfrentó a los cruzados contra los sarracenos, hizo retemblar la tierra con la embestida de los jinetes. Y ahora esa batalla separaría a dos corazones juveniles.

—No permitiré que mi hijo tome por esposa a una esclava —juró Osmán. Siempre había sido un hombre justo y leal. Pero sus cavilaciones sobre el porvenir de su hijo y los celos que sentía, ahogaron sus buenos sentimientos bajo una marea de odio.

—No debo ser débil — decidió.

Llamando al capitán de su guardia, le dijo:

—Quiero que Blancaflor desaparezca para siempre de mi palacio. Llévala a la Torre del Silencio y mátala, para que sea pasto de los buitres.



Osmán se dominado por el los celos.



—Quiero que Blancaflor desaparezca para siempre.

Aquella terrible orden fué escuchada por la reina Yazmina. Pálida de espanto se arrodilló a los pies del soberano para implorar:

—¡Piedad, señor! Esa inocente criatura no ha cometido crimen alguno, y si muere, el dolor destrozará el corazón del príncipe.

Osmán vaciló. Jamás se había negado a cumplir un deseo de la bella reina.

—Está bien —accedió—. Concedo la vida a Blancaflor, pero insisto en que debe alejarse de Selim. Ejerce sobre él una influencia que sólo puede ser nefasta. Enviaré a mi hijo a la corte de su tío, el califa Harun, para que aprenda el oficio de las armas.

La despedida de Selim y Blancaflor fué conmovedora. Con una rodilla en tierra, el doncel murmuró:

—Pensaré siempre en ti. Los maestros de armas de mi

tío el califa me enseñarán a ser un guerrero invencible. Cuand vuelva, mi brazo será rápido y poderoso, para defenderte si amenaza algún enemigo.

Ella sonrió:

—Nadie me amenaza, mi príncipe. Regresa pronto.

El besó la mano blanca y suave.

Yazmina los observaba, conteniendo las lágrimas. Cuando Seli la abrazó, haciéndola sentir frágil y desfallecida entre sus braz juveniles e impulsivos, el llanto se desbordó de sus ojos.



Pálida de espanto, Yazmina se arrodilló a los pies del sultán.

—No llores, reina y madre mía —dij Selim, besándola—. Volveré pronto.

En efecto, aunque la ausencia del jove debía prolongarse por un año, sólo h bían transcurrido tres meses cuand descabalgó frente al palacio de su p dre y atravesó como un huracán l reales aposentos. No encontró a su m dre y, desde la distancia, a través d las celosías, vislumbró la figura inmóv de Aura. Siempre la había visto pálid y triste, dominada por una tristeza inf nita, pero ahora se estremeció al mira la. La desolada expresión de sus ojo la lúgubre sombra que parecía rodearl despertaron en Selim un sombrío pr sentimiento.

Presentándose en la sala del trono, doncel exclamó:

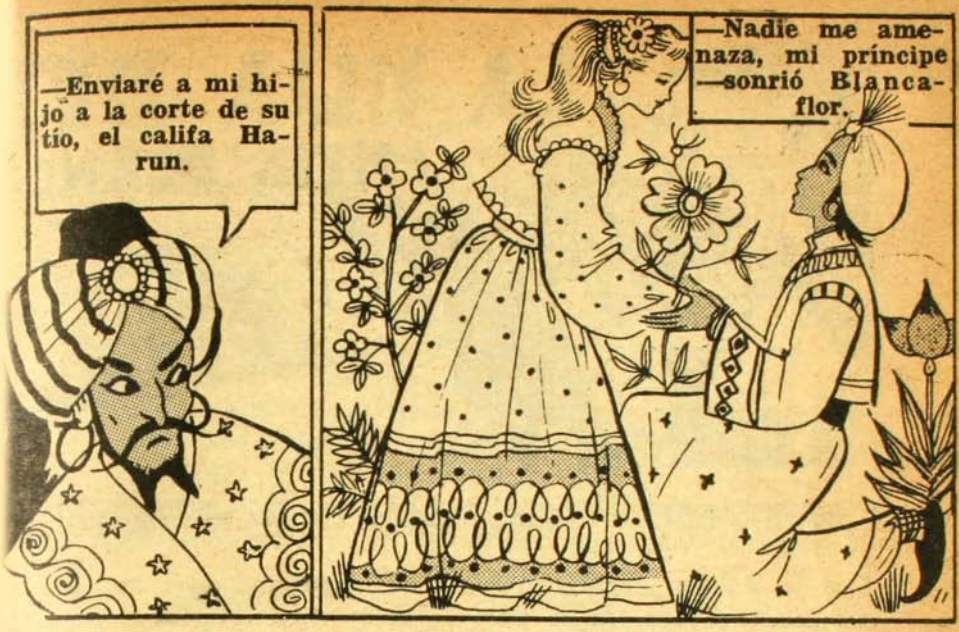
—¡Padre, he regresado!

Una llamarada de cólera se encendió en las pupilas del sultán Selim, comprendiendo aquel impulso de ira, explicó:

—Aprendí el oficio de las armas. Luché contra adversarios tem bles, venciéndolos. ¿Por qué motivo, entonces, permanecer m tiempo en la corte de mi tío?

—Está bien —terminó por aprobar el sultán—. Alá encaminó t pasos hacia aquí. Estás de nuevo en tu reino y nada ha suced do..., excepto una pequeña tragedia... Blancaflor...

Vió palidecer a su hijo.



Perdóname, Selim. Había olvidado que tú apreciabas mucho a pequeña esclava...

levantó con lentitud y, saliendo al jardín, señaló un mausoleo marfil.

Tu madre tiene mejor memoria que yo y, recordando que era amiga de la infancia, ordenó construir ese lecho de marfil nde descansa Blancaflor. Murió hace dos meses.

(CONTINUARA)





LA HIJA DEL SHEIK BLANCO

CAPITULO I.—Juana Varden conoce al Sheik Blanco

Juanita Varden llegaba al reino de Marakand para ser dama de compañía de Jazmín, la única hija del emir Harún el Solitario. Para Juanita era un sueño ese viaje al Oriente. Su padre, un gran explorador del Africa, había desaparecido cinco años atrás en el desierto de Sahara, y ella quedó huérfana y sin recursos. Un viejo amigo de su padre le aconsejó que aceptara el cargo de dama de compañía de la princesa árabe, y ese día arribaba en una caravana a la plaza de Marakand.

Juanita Varden estaba esperando con su equipaje, cuando apareció un apuesto doncel en traje de montar.

—¿La señorita Varden? —preguntó con amable sonrisa—. Perdone mi tardanza, pero el convoy llegó antes de la hora indicada. Mi nombre es Aldo Carol, y soy vecino del emir. Supe que usted venía en una caravana desde el Fuerte Inglés y me ofrecí para recibirla. ¿Tuvo buen viaje?

—¡Oh sí! —dijo Juanita—. ¡Qué maravilloso país! Le agradezco su gentileza.

—Para mí es un placer tener una compañera de raza —observó el simpático Aldo.

—¿No hay otras mujeres blancas en Marakand? —preguntó Juanita.

—Sí —dijo Aldo—; hay otra joven, hija del consejero del emir. Se llama Irma Maxel y es amiga de la princesa Jazmín.

—Háblame de Jazmín —suplicó Juana Varden cuando iba galopando por la llanura.

Jazmín es un verdadero jazmín —expresó Aldo—; una prin-
ita que ha crecido entre las rejas de su palacio y que anhela
ender sus alas. Es linda como una pintura y voluntariosa co-
ella sola. En verdad, apenas ha cumplido 15 años y su padre
idolatra.
s jinetes avanzaban por la quemante llanura.
pronto Aldo Carol dijo a Juanita:
Acérquese a mí... Me parece que algo se mueve entre aquel
upo de palmeras. Estos sitios suelen ser peligrosos.
do llevó su mano a la cartuchera de su revólver.
ese preciso instante cayó de un cocotero un cartel de medio
etro, que ostentaba grandes letras con tinta negra.
do Carol desmontó y cogió el cartel.
Es un letrero en inglés y en árabe —explicó Carol a Juanita—.
ce así: *5.000 piastras de recompensa por la captura del SHEIK*
LANCO.
través del cartel se veía pintada con carbón la garra de un
uila.
Esta garra es la marca del Sheik Blanco —murmuró Carol—.
¿Quién es el Sheik Blanco? —interrogó Juanita.
Un proscrito del desierto —respondió Aldo—. Un bandido re-
gado que aterroriza este distrito. Por tal motivo el cochero del
ir Harún el Solimán se negó a venir hoy en busca suya a Ma-
kand. Los árabes le temen, y sólo acompañan al proscrito las
bus nómades del desierto.
¿El Sheik Blanco es árabe? —preguntó Juanita.
Algunos dicen que es inglés —dijo Carol—, pero lo cierto es
e nunca se le ha visto cara a cara. Cuando yo le encuentre...
semblante de Aldo Carol se tornó adusto y hosco.
se divisaban los minaretes y torres del palacio de Harún el
limán.
emir Harún el Solimán esperaba a sus huéspedes en el gran
stíbulo de finos mosaicos.
Sea usted bienvenida a mi hogar, señorita Varden —dijo el
ir—. Mi hija Jazmín la aguarda con impaciencia.
decir esto, el arrogante magnate, de barba negra y de ojos cen-
llantes, tocó el gong y en el acto apareció una jovencita muy
rmosa, delgada como una gacela y de cara morena como su
dre.
Jazmín —dijo el emir—, ésta es la señorita Juana, quien será

tu compañera y tu guía en materia de educación y de buenos modales.
Los negros ojos de Jazmín brillaron de placer.
—Me gusta usted —observó la hija del emir—. Vamos a pasear mucho. Mañana iremos a los bazares de Marakand.
De súbito se abrió una puerta lateral, dando acceso a un individuo vestido a la europea y seguido por una joven elegantemente ataviada.
—Perdón, Excelencia —dijo el individuo que entraba en el vestíbulo—. Debo comunicarle algo muy urgente. Hay rumores graves...
—Voy con usted a la sala —respondió el emir—. Señorita Varden, mi hija la acompañará a sus aposentos. Aldo, venga usted con nosotros.
Entretanto la otra joven, llamada Irma e hija de Adolfo Maxel, consejero del emir, se tornó hacia Juanita mirándola de alto a bajo.
—¿Esta es la dama de compañía que has contratado para tu servicio? —preguntó Irma a Jazmín, con tono despreciativo.
—Esta es mi nueva amiga Juana Varden —respondió la princesa árabe—. Ha venido a enseñarme inglés y a pasear conmigo. Espérame aquí, Irma. Voy a instalarla en su departamento y luego regreso.
Juana y Jazmín subieron por una escalera de mármol hasta el magnífico departamento reservado a la institutriz de la princesa heredera de Marakand.
—¿Le agrada? —preguntó la tímida Jazmín—. Este es su dormitorio; el otro aposento será su sala de trabajo. Hay también una terraza y un baño.
—Jazmín, Jazmín —gritaba desde el piso bajo la insoportable Irma Maxel—, ¿te has olvidado de mí?
—Voy —respondió Jazmín—. Juanita, usted deseará reposar algunos minutos...
—Lo prefiero... —murmuró Juana.
Jazmín, con simpático impulso, besó la mejilla de la viajera y le dijo:
—Me gusta usted mucho. La voy a querer con todo mi corazón.
Como si ese movimiento impulsivo la avergonzara, Jazmín cerró la puerta y bajó corriendo la escalera.
Juanita suspiró contenta. Le habían brindado una calurosa bien



Aldo Carol examinó el cartel que ofrecía dinero por la captura del Sheik Blanco.

venida y creía que sería feliz en el palacio del emir Harún el Solimán.

Deseosa de inspeccionar el departamento, entró en la salita de reposo, y es de imaginar su espanto al divisar en medio de la habitación a un individuo de alta estatura, ataviado con túnica y capucha blanca, que tenía entre las manos su maletín de viaje. El exótico personaje registraba el maletín examinando su contenido.

—El SHEIK BLANCO —balbuceó Juana Varden.

Con la rapidez de una pantera, el misterioso encapuchado cruzó el aposento y cerró con llave la puerta.

—Nada tema —dijo en seguida con armoniosa voz—. El Sheik Blanco nunca ofende a las mujeres. Tenía algo que hacer en este palacio y me sentí atraído por su bello maletín. ¿Dígame qué la trae aquí?

En vez de contestar, Juanita miró hacia la puerta con ánimo de huir. El Sheik Blanco, sujetando con una mano su capucha, cogió con la diestra a Juana y murmuró bruscamente:

—Le advierto por su propio bien que no trate de traicionarme. Nunca cogerán al Sheik Blanco.

—¿Qué hace usted aquí? —volvió a preguntar Juanita.
—Comenzaré por devolverle su maletín y en seguida repetiré n pregunta —dijo el Sheik Blanco—. ¿A qué ha venido usted Marakand?
Juanita sentía, sin quererlo, honda simpatía por el proscrito. S voz le hacía recordar algo lejano y perdido en su memoria.
De improviso se escucharon gritos y una voz que decía:
—Subió por el balcón. Les juro que yo lo vi...
Era la voz chillona de Irma Maxel.
—Entonces podremos cogerle —replicaba Aldo Carol—. Los ger darmes están en el patio interior. Jazmín, ¿dónde está la señorit Varden?
—La dejé en su dormitorio —expresó Jazmín—. Corran a aux liarla. El bandido puede asesinarla.
Recios golpes sonaron en la puerta.
—Adiós —balbuceó el encapuchado al oído de Juanita—. Algú día nos volveremos a ver.
El encapuchado entreabrió las cortinas del cuarto contiguo y des apareció.
—¡Juana! ¡Juana! —gritaba entretanto Aldo Carol—. Abra l puerta.
El hechizo estaba roto. Juanita se acercó a la puerta y le quitó l llave.
Aldo, Jazmín, Irma y Adolfo Maxel entraron precipitadamente.
—¿Vió usted al Sheik Blanco? —preguntó Aldo Carol a la jo ven—. Es un individuo alto y con blanco albornoz.
—Estaba aquí hace un momento. Habló conmigo y desapareció —dijo Juanita.
—¿Por qué no dió usted la voz de alarma? —protestó furioso Adolfo Maxel—. Pudo tocar la campanilla... Gritar...
Al advertir la turbación de Juana, Aldo dijo:
—No perdamos tiempo... El bandido no puede estar lejos.
Pero, por más que lo buscaron, fué imposible encontrarle en el palacio de Marakand.
El emir esperaba a sus huéspedes en la sala de banquetes.
—Ya pillaremos al Sheik Blanco en otra ocasión —dijo el mag nate árabe—. Por el momento preocupémonos de festejar a l señorita Varden.
Los comensales se sentaron en mullidos cojines en torno a una mesa muy baja y llena de exquisitos manjares.



El encapuchado registraba el maletín de Juanita Varden.

Al término del banquete el emir dijo de pronto a Juanita:

—Señorita, me dicen que usted habló con ese bandido del desierto...

—Sí, Excelencia —dijo Juanita—, pero no me hizo la impresión de un bandolero o malvado. Su actuación fué caballerosa.

Aldo Carol dió un codazo a Juana. El rostro del emir estaba denudado por terrible cólera.

—Perdone, Excelencia —se apresuró a decir Aldo Carol—. Juana nunca oyó hablar del Sheik Blanco. Ese individuo puede engañar cuando le conviene.

Por fin terminó la prolongada cena y Juanita subió a su aposento. Su primera mirada fué para el maletín entreabierto. Quería sacar de allí un prendedor con un viejo camafeo que había pertenecido a su madre y que ella consideraba una reliquia o talismán.

Grande fué su asombro al advertir que esa joya había desaparecido.

—El Sheik Blanco se la llevó —exclamó Juanita, llena de indignación—. Después de todo es un vulgar ladrón.

(CONTINUARA)

Ponchito

por nato







EL REINO DESTRUIDO

CAPITULO V.—El signo de la cruz.

Nerón, el emperador de los romanos, observaba con ojos desorbitados el signo de la cruz que había aparecido sobre la arena.

Fulminando con su mirada al sacerdote egipcio, preguntó con amenazadora lentitud:

—¿Qué significa esto? ¿Estás confabulado con mis enemigos? ¿Por qué surge ese odiado símbolo en la arena del Nilo? ¿Eres un sacerdote de Thot o un maldito aliado de los cristianos?

Teha vacilaba. No sabía cómo lograría calmar la cólera imperial. En su desconcierto miró a la sacerdotisa egipcia. Pero sólo vió su impasible rostro de estatua y sus manos enjoyadas, que permanecían inmóviles, sobre el pecho recubierto de alhajas. Ella no pudo en ningún instante trazar el pez, ni la cruz, los dos signos cristianos. Entonces, ¿quién?

—¡Habla! —rugió Nerón—. Mi paciencia se agota.

—Un grave peligro amenaza al reino. Los cristianos...

En ese momento el comandante de la guardia pretoriana, que tenía el privilegio de entrar en cualquier instante a la estancia imperial, avanzó con su paso marcial y seguro. Viéndolo, Nerón se tranquilizó. Su furia no era en realidad una expresión de verdadera violencia, sino el estallido de temores secretos. Tigelino, con su sonrisa fría e insolente y su mirada dominante, le devolvía el valor.



¡Salve, César! —saludó Tigelino.
rón extendió su mano con un
sto lánguido para señalar al
ipcio.
Este miserable dice que los cris-
nos son una amenaza para el
perio.
gelino repuso:
Las cárceles están llenas de
os. No te inquietes, César. Los
nes terminarán con esa ralea.
peligro está en otra parte.
¿Dónde? ¿Quién es mi enemi-
?



—Las cárceles están llenas de cristianos —dijo Tigelino con desprecio.

egipcio Teha escuchaba con atención. Quizás aquel orgulloso mano le indicaría el medio de desviar la cólera del emperador. a mirada de Tigelino se posó despreocupadamente en la cruz azada sobre la arena.

-Mira esa cruz. Tiene otros partidarios, que no son los plebeyos cogidos de temor, ni los patricios débiles, ni los andrajosos óstoles que recorren los caminos polvorientos. Hay cristianos e pueden imponer esa doctrina con la espada, con la fuerza errera, no socavando pacientemente un trono que se considera lso, sino derribándolo de un golpe.

-¿Hablas de mi imperio con esas palabras despectivas? —gritó erón.

-Hablo de tu poderoimperio tal como lo n tus enemigos. Las uilas romanas domin el mundo, pero hay ienes pretenden que agonía está próxima. a esos enemigos a ienes tienes que desuir.

-¡Nómbralos!

-A uno de ellos, oh ésar: Fulvio Luceri.

-¿El pirata? —inqui-



—Tú lo dejaste escapar —acusó Nerón.



El sacerdote egipcio se retiró dignamente.

rió Nerón, cuyos ojos se estrecharon como los de un tigre en acecho.

—Sí, el hijo de Octavia, el capitán del "Aquila Maris", el que renegó de ti y de Roma.

—Tú lo dejaste escapar. ¿Por qué me hablas de él ahora?

—Porque tal vez podamos capturarlo. Cayo Sestilio sabe dónde se encuentra.

Con un gesto Nerón despidió al egipcio y a sus acompañantes. En seguida ordenó:



—Sí, divino César, yo sé dónde se oculta el traidor Fulvio Luceri.

—Haz pasar a Cayo Sestilio.

Había olvidado por completo su ira contra el sacerdote, quien se retiró con gran dignidad, ocultando su alegría de escapar con vida.

Segundos más tarde Cayo Sestilio comparecía ante el emperador. Este le preguntó:

—¿Sabes dónde se oculta el proscrito Fulvio Luceri?

—Sí, divino César.

Cayo saboreaba aquel instante. Por fin saciaría su sed de venganza. Conocía el refugio de su odiado enemigo y sobre su huella colocaría la implacable jauría de Nerón. Y junto con el patricio, Marcela sería arrestada. La vió en su imaginación, transida de espanto, con los bellos ojos dilatados y los labios pálidos. Vió alzarse hacia él las manos suplicantes, esas manos que volverían a llevar las cadenas de la esclavitud, porque Cayo Sestilio la reclamaría como sierva.

—¡Habla! —dijo el emperador con brusco acento—. ¿En qué piensas? ¿Has venido a hacer una denuncia o a sumirte en tus malditos pensamientos?

Cayo, alarmado, se apresuró a decir:

—Fulvio Luceri se encuentra en Numidia.

(CONTINUARA)

Correspondencia

MARIANELA VILLARROEL, CARLOS SANCHEZ, ARNOLDO MARTINEZ, JORGE RIVAS, JUANA MUÑOZ.—Sus premios de suscripciones trimestrales fueron devueltos en el Correo por mala dirección. Rectifiquen las direcciones para enviárselos de nuevo. Reclámenlos en Rupetua, Acumo, Itahue, Millantú y Rahue.

INES MEZA, IVONNE RUIZ, RAUL SEPULVEDA, AMERICA RODRIGUEZ, gentiles lectores de la pequeña gran revista "SIMBAD", elogian entusiastamente las seriales "Príncipes Fugitivos", "La Hija de las Islas" y "Corsario Negro". Les deseamos muy felices Pascuas y próspero Año Nuevo.

MANUEL MUÑOZ.—Envíe las preguntas que quiera para los concursos.

REBECA AHUMADA y MARIA ANGELICA VENEGAS celebran mucho los chistes de Pelusita y Ponchito.

JULIA ESPINOZA y LUIS MALDONADO.—Nos complace saber que son grandes admiradores de "SIMBAD". Esperamos que mucho les agrade "La Princesa Muñeca" y "El Reino Destruído", que son realmente maravillosas seriales.

NELSON PORTUS, JUAN ROJAS y LUIS GALLINATO aseguran que la mejor revista infantil es "SIMBAD". Estamos de acuerdo, y trataremos de superarnos semana a semana. Les gustará mucho "La Princesa Muñeca". Felices Pascuas y próspero Año Nuevo.

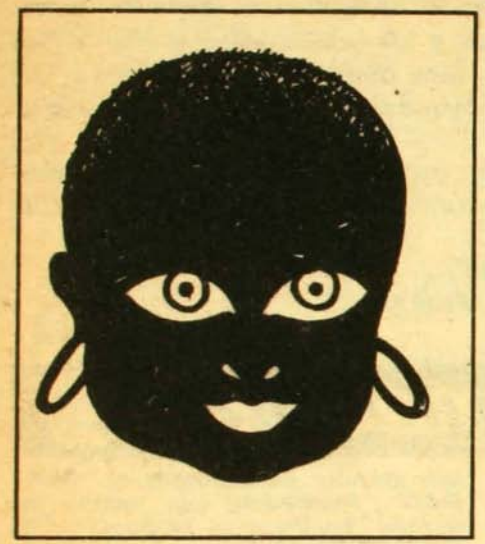
OSCAR HERNANDEZ y ALICIA ANTEQUERA.—Para optar a los concursos deben enviar sus direcciones bien precisas. Muchas cartas han sido devueltas con los premios por no dar la dirección exacta.

JOSE BENILDO PULIDO.—Envió la solución al concurso, pero sin dar su dirección.

ROSA ROJAS y LUIS ROBERTO DINAMARCA.— Agradecemos sus felicitaciones a toda la falange de simbadines que trabajamos en esta gran revista con amor y entusiasmo.

ROXANE.

¿LO SABES TU



CONCURSO SEMANA

¿Podrías decirnos qué se celeb el 6 de enero?

Envía tu respuesta a Casil 84-D, revista "Simbad".

Solución a "Simbad" 278: El a 1955 no es año bisiesto.

Entre los niños que enviar respuestas acertadas sorteam las siguientes: CON UNA SU CRIPCION TRIMESTRAL: Re García, Correo Coronel; Marg rita Ibáñez, Linares; Vict Fuenzalida, San Fernando; A turo Moreira, Victoria; Serg Vidal, El Monte; Rebeca Ahum da, Rancagua. CON CINCUEN TA PESOS: Rosa Moraga, Ten Patricia Iñíguez, Santiago; An drea San Martín, Purén; América Rodríguez, Talcahuano; Irm Gómez, Talcahuano; Hernán Araya, Santiago; Iris Medina, Sa Carlos; Ana Zamudio, Santiago; Eliana Hernández, Temuco; Fe lipe Agraz, Santiago. CON UN LIBRO: Patricia Marchant, Cons titución; Francisco Vial, Santiago; Gastón Valenzuela, Santiago Luis Campos, Temuco; María Estay, Cabildo; Sanda Freire, Lo Angeles; Raúl González, Talcahuano; José Ezquerra, Santiago José Ambrus, Santiago; María Vicuña, San Antonio.

Los lectores de Santiago deben cobrar sus premios en nuestra oficinas de Avda. Santa María 076, 2.º piso. Los de provincias re cibirán sus premios por correo.

CUPON DEL CONCURSO Semanal

SIMBAD N.º 280

¡ATENCION, LECTORES!

Próximamente iniciaremos **un nuevo y extraordinario concurso,** con espléndidos premios, que entusiasmarán a todos los niños. Muy pronto daremos las bases

Empresa Editora Zig-Zag, S. A. -- Santiago de Chile, 1956

Juan y Juanita





Frenético de ira y de terror, Ricardini gritó: "—No quiero ir
campamento de Fox. Rulán pagó a una tribu salvaje para que
ataque. Si nos conducen allá, también moriremos". Tipaya pre-
ntó: "—¿Qué tribu les asaltará?" El traidor repuso: "—Los
anas, que tienen un jefe blanco".





El obscuro semblante de Tipaya expresó una profunda com-
sión: "—¡Pobres *bwanas*! ¡Pobre mi hermano Bozambo! Te-
mos que apresurarnos para advertirles del peligro. Conozco al
fe de los inganas. No tiene piedad". En seguida dió libertad a
cardini y a sus cómplices, a fin de no retrasar la marcha.

(CONTINUARA)

PELUSITA POR NATO

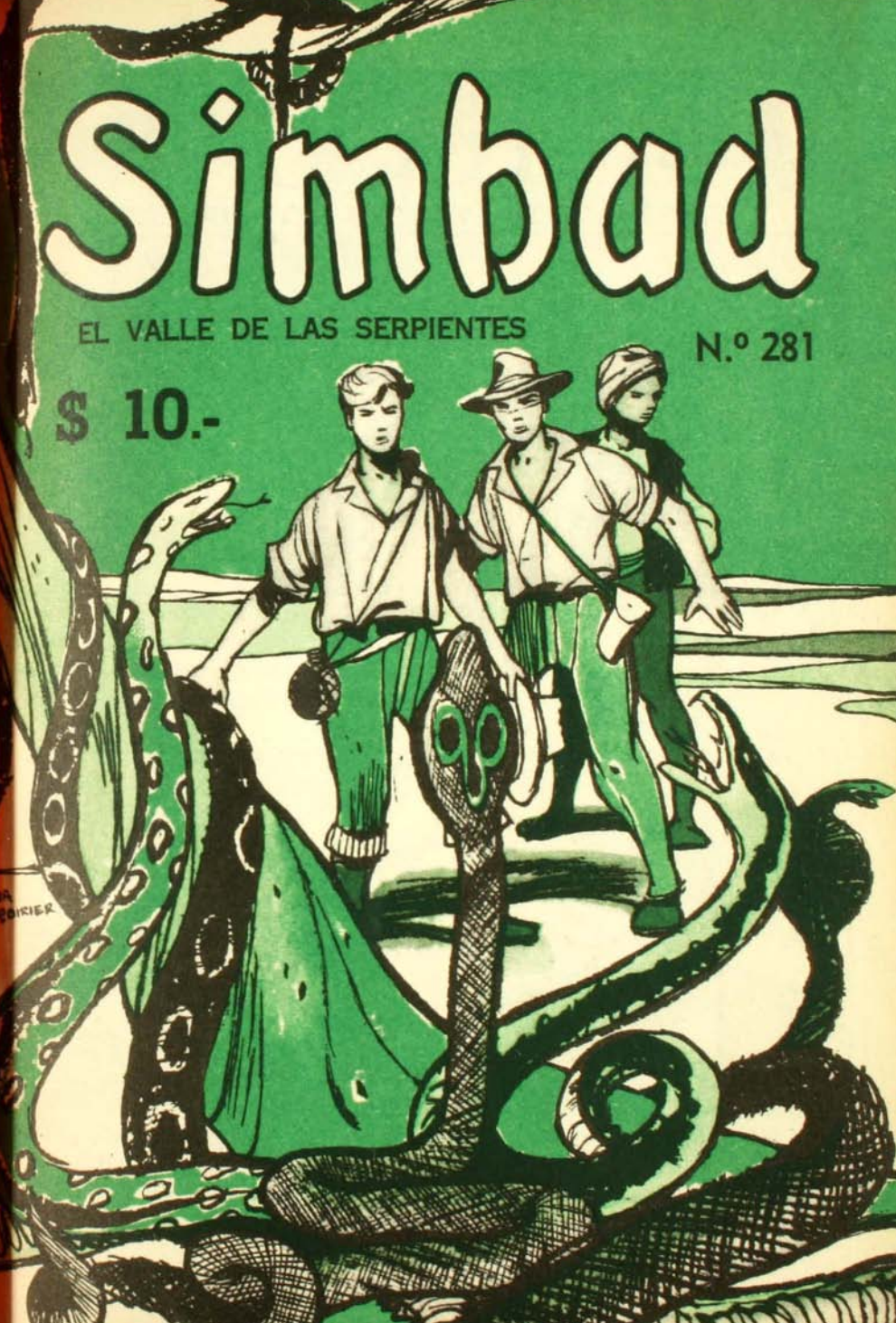


Simbad

EL VALLE DE LAS SERPIENTES

N.º 281

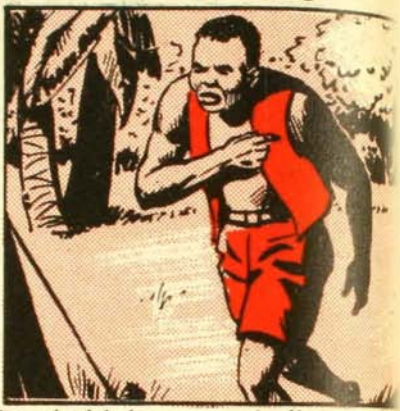
$ 10.-



Juan y Juanito

CAPITULO LIX.—EL TAM-TAM SINIESTRO





1. El productor de cine Samuel Fox hablaba con el director d su compañía: "—El secuestro de nuestros pequeños artistas e una infamia tramada por Leopoldo Rulán. Cuando encuentre a ese miserable..." En aquel instante Bozambo anunció: "—L tribu de los inganas nos tiene rodeados".





2. El africano añadió: "—Les dirige un hombre blanco. Es un asesino prófugo, que se ha convertido en un jefe sanguinario y codicioso". Fox impartió las órdenes necesarias para defender el campamento. No era un hombre que retrocediera ante el peligro. "—Prepárense en silencio", indicó a su personal.

(Continúa en la penúltima página.)

Visitación de Imp. y Bibl.
19 ENE 1955
Depósito Legal

Simbad

AÑO VI — 19-I-1955 — N.º 281

Directora: Elvira Santa Cruz (Roxane)
Suscripción anual: $ 490.—
Semestral: $ 250.—
Recargo por vía certificada: Anual: $ 21.—. Semestral: $ 11.—.
Extranjero:
Anual: U.S.$ 2,10
Semestral: U.S.$ 1,05
Recargo por vía certificada: Anual: U.S.$ 0,20
Semestral: U.S.$ 0,10

La Princesa Muñeca

CAPITULO VII.—En las cavernas del Mago Focio.



—Amigo Cuervo — dijo el Mago Focio—. Hemos vencido.

Apenas subió Malvina a la carroza del mago Focio, se desencadenó una tempestad de lluvia y truenos.

—Mal tiempo, hijita —dijo el mago a Malvina—. ¿A dónde te dirigías?

—A casa del mago Silerio.

—Muy largo el viaje que emprendes —respondió el malvado Focio, que, como sabemos, era el enemigo mortal del hada Mirtala, y, por consiguiente, de la princesa-muñeca.

Malvina temblaba de miedo ante la diabólica mirada de Focio. ¿Por qué habría dejado la casa de sus padres y su bello parque? Sin embargo, la esperanza de llegar a ser casi una princesa en el reino de Giralda le dió valor.

La princesa-muñeca pareció adivinar sus pensamientos y le di con voz apenas perceptible.
—Malvina, si pudieras hacerlo, ¿no es verdad que te agradar volver a casa de tus padres?
—No, princesa —protestó Malvina—. Te quiero demasiado par arrepentirme.
—Eres muy buena —balbuceó Veni—, yo te recompensaré serás la dama de honor más favorita de mi reino.
Por fin ambas niñas se durmieron y la voz ronca y atronador del mago Focio las despertó sobresaltadas.
—Hemos llegado; baja, hijita —dijo el mago a Malvina.
La obscuridad impidió a las niñas ver la casa donde llegaban pero al entrar en una sala alumbrada por el fuego de la chime nea, Malvina lanzó un grito de espanto. Un inmenso cuervo batí sus alas con manifiesto regocijo. Ese cuervo era el pérfido con sejero Rodar, a quien debía la princesa Veni todas sus desgracia
—Ese cuervo es mi amigo —indicó el mago Focio—. Nada te mas. Voy a buscar comida para ti.
Cuando salió el mago, la princesa-muñeca dijo a Malvina:
—Sácame el vestido y el sombrero y ocúltame tras los cojine del diván. En seguida con esos trapos en tus brazos fingirás qu me llevas donde te indique ese hombre.
El mago Focio, viendo en brazos de Malvina el vaporoso traj lleno de vuelos, no se dió cuenta de que no tenía cabeza ni brazos
—Ven conmigo, hijita —ordenó Focio—, ya está preparada t camita.
El mago encerró a Malvina en una habitación obscura.
Después volvió a la sala y frotándose las manos dijo al cuervo
—Ya tengo en mi poder a la princesa Bienvenida. Yo iré a pre sentarla al mago Silerio y me apoderaré del coral encantado. As me vengaré doblemente del hada Mirtala. En cuanto a la prin cesa-muñeca, la encerraré en una jaula. El hada Mirtala tendr que gastar zapatitos de fierro para encontrar a su ahijada.
—También exigirás al hada Mirtala que me devuelva mi form natural y me haga rey de Giralda.
—Por cierto que sí —afirmó Focio.
Oculta entre los cojines del diván, la princesa-muñeca escuchab las villanías de sus enemigos.
—Mi madrina debió protegerme —murmuraba la princesa Ve ni—. Era necesario ser adivina para conocer la carroza del mago

la mañana siguiente el mago entró en la habitación donde dor-
ía Malvina y sólo encontró el vestido rojo.
Se ha escapado —vociferó furioso el mago Focio.
esesperado, comenzó a registrar el cuarto, y al no encontrar la
uñeca, decidió esperar que se levantara Malvina para sorpren-
r dónde la había ocultado.
omo era de esperarlo, Malvina, al despertar, se dirigió con el
aje rojo a la sala donde había ocultado a la princesa-muñeca.
ero antes de que llegara al diván, el mago Focio la cogió brus-
mente de la mano y le dijo:
-Ven a tomar desayuno.
Malvina comprendió que era inútil resistir y fingió seguir alegre-
ente al mago. Pero mientras se servía el desayuno, observaba
puerta de la sala y advirtió que la llave estaba por el lado
terior. Súbitamente corrió a la puerta antes de que el mago
ocio se diera cuenta, Malvina le dejó encerrado y sacó a la
incesa-muñeca del diván, huyendo en dirección a la calle.
or desgracia, allí estaba el cuervo Rodar, quien batiendo las
egras alas y abriendo el filudo pico, la obligó a retroceder.
-Bajemos al subterráneo —ordenó la princesa-muñeca a Malvina.
ra tiempo. El mago Focio empujaba la puerta, y ya cedía ésta
cuando Malvina entró en el sótano. Oculta tras unos barriles la niña temblaba de miedo. Ya se escuchaban los pasos del mago Focio. La pobre fugitiva corría de un lado a otro en el subterráneo hasta que Veni le dijo:
—Malvina, ¿sientes un soplo de viento en el muro a tu izquierda? Seguramente hay allí una brecha por donde podríamos huir.



Malvina huyó hacia la calle, perseguida por el cuervo.

La hija del guardabosque alargó su mano y, en efecto, descubr una hendidura en el muro.

—Hay piedras sueltas —indicó Malvina.

—Trata de sacar algunas —expresó Veni—, y las demás caerá solas.

En pocos instantes Malvina logró abrirse camino y atravesar e muro hasta una cueva subterránea.

—Deja otra vez las piedras donde estaban antes —aconsejó l princesa-muñeca—; de esta manera el mago creerá que es m madrina el hada Mirtala quien nos ha salvado.

A pesar de la obscuridad de la cueva, algo alumbraba el camin de las fugitivas.

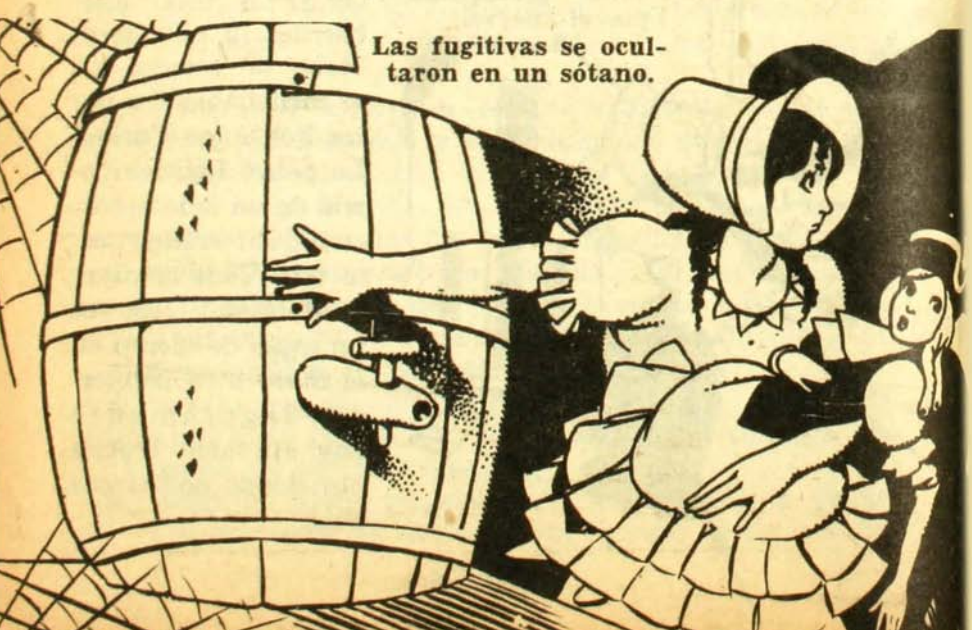
—¿Qué cosa da luz para alumbrar mi senda? —preguntó mara villada Malvina.

—Son las hebillas de mis zapatos —respondió Veni.

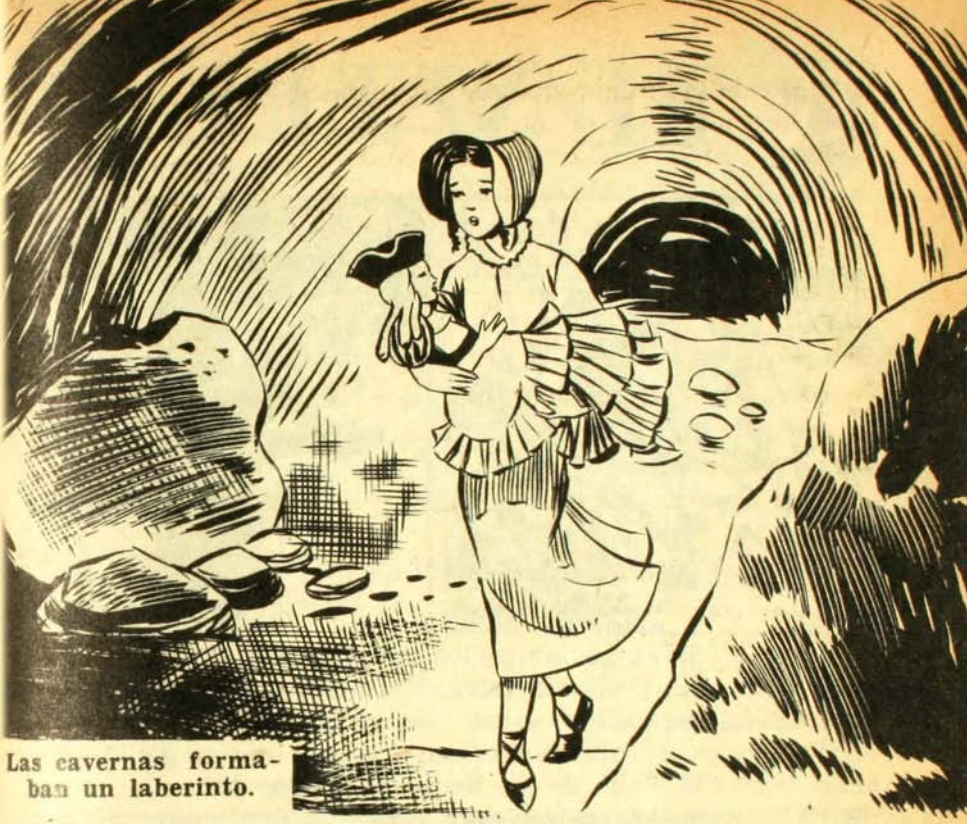
Llena de temor, Malvina continuó avanzando por las caverna que formaban un verdadero laberinto.

Malvina ya no podía más. Sus fuerzas se agotaban y se quejaba amargamente.

—Paciencia, mi querida protectora —suplicaba la princesa-muñe ca—; tu recompensa será grande. Yo te daré fortuna y rango cuan do estemos en mi reino de Giralda.



Las fugitivas se ocultaron en un sótano.



Las cavernas formaban un laberinto.

"Si no fuera por esa esperanza —pensó Malvina—, ya habría lanzado al diablo esta maldita muñeca."
Pero se guardó bien de decir en voz alta su pensamiento.

(CONTINUARA)



¡OJO, LECTORES DE SIMBAD!

Próximamente iniciaremos un EXTRAORDINARIO CONCURSO con estupendos regalos consistentes en dinero, juguetes, libros, suscripciones a Simbad y muchos premios más que enumeraremos en nuestra próxima edición.

¡Miles de pesos en obsequios para repartir entre los lectores de Simbad!

EL VALLE DE LAS SERPIENTES

CAPITULO II.—LA TIERRA DE LAS SERPIENTES





1. Jim de la Selva, su amigo Rolando Marvin y el malayo Gori atravesaban una profunda selva. Resultaba difícil avanzar por la enmarañada vegetación o los viscosos pantanos. El número de reptiles que se cruzaban a su paso era cada vez mayor. "—No estamos lejos del Valle de las Serpientes", dijo Jim.





2. Por fin avistaron el valle, sumido entre altos roquedales. Los exploradores acamparon a la entrada y esa misma tarde advirtieron la fuga de los nativos que les acompañaban. "—El safari ha quedado reducido a nosotros tres", sonrió Rolando. Gori, inmutable, atendía a las mangostas.





3. Sacó a los animalitos de sus jaulas de bambú y no demostró temor ni inquietud. Jim de la Selva, antes de retirarse a dormir, revisó los fusiles. Rolando, el más alegre y despreocupado de los tres, se tendió sobre su lecho. A medianoche resonó en el campamento un grito horripilante.





4. Jim de la Selva se precipitó a la tienda de su amigo y lo vió rígido de espanto mientras el orangután Kiki chillaba desesperadamente. Frente a ellos se erguía una gigantesca serpiente. El joven explorador disparó con seguro pulso y el reptil cayó, desenrollando lentamente su cuerpo.

EL VALLE DE LAS SERPIENTES



5. Después quedó inmóvil. Cuando Rolando pudo hablar, murmuró: "—¡Santo cielo! Menos mal que Kiki no estaba hipnotizado como yo y gritó con todas sus fuerzas". Después de aquel incidente, la calma volvió al campamento, pero esta vez Rolando tardó más en dormirse y no se sentía tan alegre...



6. Al rayar el día, los exploradores se internaron en el valle, deteniéndose en una especie de circo natural, rodeado de elevadas rocas. Jim y Rolando bajaron, y en ese instante oyeron un grito de Gori. ¡Un monstruoso nudo de serpientes se había apoderado de las cajas de mangostas!



7. "—¡Tenemos que recuperar esa caja o estamos perdidos!", exclamó Rolando, disponiéndose a trepar por las lianas entrecruzadas. Jim lo detuvo, obligándolo a retroceder. En ese instante las lianas parecieron adquirir vida y cientos de reptiles se irguieron, silbando furiosamente.



8. "—¡Gran Dios! Era verdad. Aquí hay serpientes de todas las especies", murmuró Jim. Aquel manojo estremecedor de serpientes estaba formado por pitones, crótalos, najas, boas, cobras. Sus colmillos envenenados veíanse en las rojas fauces. Jim de la Selva abrió entonces el fuego.

(CONCLUIRA)



EL CORSARIO NEGRO

CAPITULO XI.—En las garras de Van Guld.

El Corsario Negro y sus dos piratas, ocultos en el bosque, retenían la respiración para no ser descubiertos por los soldados de Van Guld.

Cuando éstos se alejaron en dirección a la colina, reanudaron la marcha hacia la playa, donde lograron apoderarse de una embarcación, pues los centinelas dormían.

Mientras remaban silenciosamente, Carmaux susurró:

—Espero que esos bergantes no se despierten.

Pero cuando los españoles llegaron a la cumbre abrieron el fuego. Con esas detonaciones los centinelas despertaron y al ver que una barca se alejaba tripulada por hombres desconocidos dispararon contra ellos.



—Por fin estás en mi poder —exclamó Van Guld.

—¡Muerte y condenación! —rugió Carmaux.

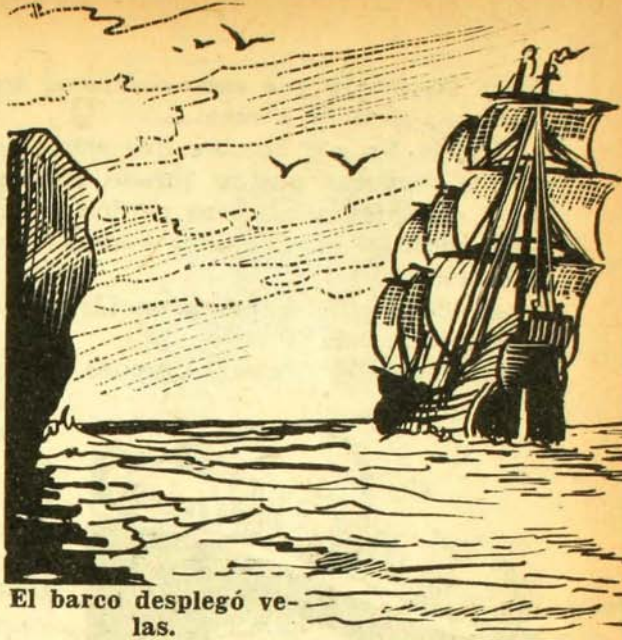
Pronto dos chalupas se deslizaron hacia el mar, en persecución de los fugitivos. Una de ellas iba armada con una culebrina.

—De ésta no escapamos —dijo Stiller—, pero antes de morir enviaremos a alguno delante de nosotros al otro mundo.

Retumbó la culebrina y la embarcación de los filibusteros se inclinó a babor.

—¡A nado! —gritó el Corsario, dejando caer el arcabuz—. ¡Los sables en los dientes y dispuestos para el abordaje! Moriremos en la cubierta de la chalupa enemiga.

Con una sola descarga los españoles hubieran podido enviarlos al fondo del mar, pero deseaban cogerlos vivos. De varias remadas vigorosas cayeron sobre ellos con tal violencia, que los bucaneros se estrellaron unos contra otros.



El barco desplegó velas.

Rápidamente veinte manos los izaron a bordo y los desarmaron y ataron antes de que pudieran reponerse del golpe.

Minutos después el Corsario Negro se hallaba en presencia de su mortal enemigo, el duque Van Guld, gobernador de Maracaibo.

—Por fin está en mi poder el último de los Ventimiglia —pronunció el gobernador con áspera voz—. Por fin destruiré a un testigo del leve error que cometí en Flandes y que no quiero recordar.

—¡Una vil traición! —exclamó el joven bucanero, cuyos ojos relampagueaban de ira—. Una cobarde traición. ¿Qué esperas para ahorcarme y para que no pregone tu villanía?

—¿Por qué tanta prisa? Quisiera conversar con vos. No os odio como



Una sombra abrió cautelosamente la escotilla.

creéis. Preferiría que esta enemistad terminase. Tal vez, si me prometéis guardar silencio...

—¡Jamás! No soy hombre que encubra a un traidor ni que olvide la venganza que ha jurado. Eres el asesino de mis hermanos y esa infamia no tiene perdón.

—Os ahorcaré en Gibraltar —dijo Van Guld, con un gesto de cansancio.

A un ademán del gobernador, los marineros llevaron a los prisioneros a la cala.

El barco desplegó velas y después de bordear la playa del islote se acercó a la boca del río Catatumbo y allí permaneció casi al pairo, a unas tres millas de la costa.



—No apruebo las crueldades de Van Guld.

Cerca de medianoche, el Corsario Negro oyó abrirse la escotilla y alguien bajó cautelosamente.

—¿Quién vive?

—El capitán del barco —respondió una voz profunda.

Una linterna se elevó en la sombra y el filibustero pudo ver un noble rostro.

—Soy el conde de Lerma —añadió el inesperado visitante—. Este barco me pertenece. No apruebo las crueldades de Van Guld y os daré la libertad. Con esta hacha podéis abrir cualquiera de las portas. He aquí dos puñales para que con vuestros compañeros os defendáis de las fieras cuando estéis en tierra. Una de las chalupas nos sigue a remolque. Alcanzadla a nado y remad hacia la costa.

Luego de dar aquellas indicaciones, el capitán desapareció tan silenciosamente como había aparecido.

Con gran cautela se evadieron los piratas, y ya subían a la embarcación cuando la cuerda que la sujetaba a la nave cayó al mar, cortada por una mano amiga.

La carabela se esfumó en las tinieblas, corriendo bordadas. Sólo entonces Carmaux interrogó a su capitán:



Una mano amiga cortó la cuerda que retenía a la barca.

-¿Quién nos salvó del viejo?

-Un noble español, el conde de Lerma.

-Si le encontramos en Gibraltar, le respetaremos, ¿verdad, tiller?

-Por cierto. Lo trataremos como a un hermano de la costa.

l Corsario Negro permanecía en silencio. No era la primera vez ue un enemigo lo trataba con nobleza. Un destino adverso lo abía lanzado a los mares de la piratería, pero era un caballero, los que pertenecían a su linaje lo respetaban instintivamente. demás, Van Guld tenía fama de cruel y desleal. Por estas dos azones el conde de Lerma había libertado a los risioneros de su barco. armaux y Stiller, que maban con gran enería, lanzaron miradas celosas a su capitán. uando lo veían sumirse en sombríos pensamientos, pensaban en s leyendas fantásticas ue rodeaban al joven ucanero. Decíase que ra un espíritu del mar que los aventureros ue habían muerto ahoados se alzaban del bismo para hablar con

(CONTINUARA)



—¿Quién nos salvó del viejo? —inquirió Carmaux, asombrado.

El fantasmita

EL BARÓN BALO ESTÁ FURIOSO PORQUE EL FANTASMITA TERRIBLIN LO HA DESMENTIDO.



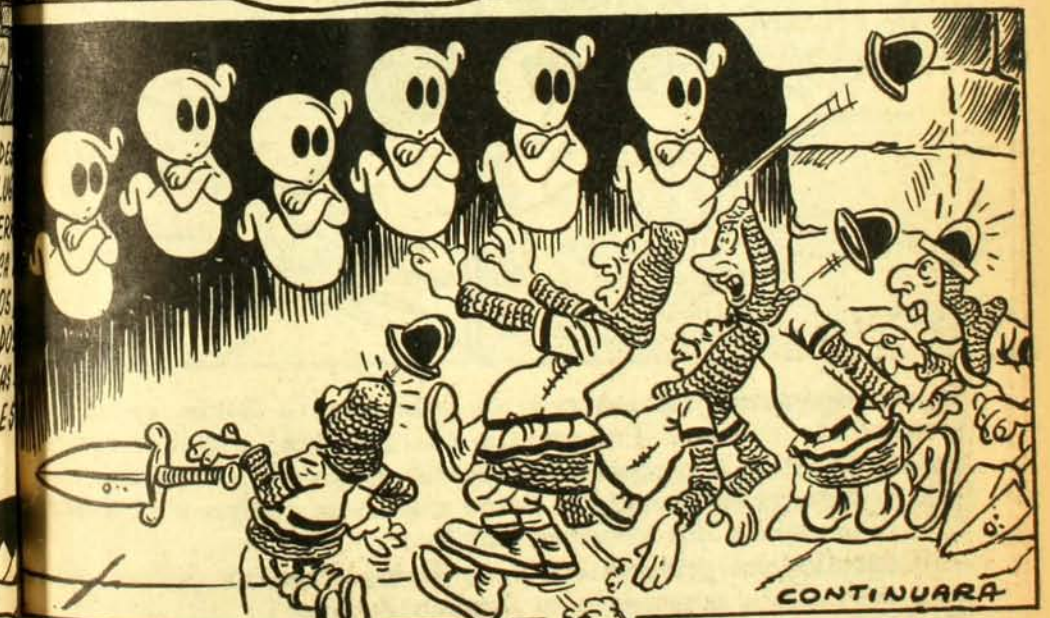












Y DE PRONTO, APARECE UNA MULTITUD DE FANTASMITAS QUE FLOTAN EN EL AIRE. ANTE LOS ATERRORIZADOS GUERREROS,

LA ESCLAVA BLANCAFLOR Y EL PRINCIPE SARRACENO

CAPITULO IV.—La torre de oro.

Cuando el sultán de Armenia dijo a Selim que Blancaflor había muerto durante su ausencia, el príncipe desfalleció de dolor. Su mirada se detuvo en la torre de mármol donde dormía su último sueño la doncella rubia y alegre. La llamarada de oro que recorría el palacio se había apagado para siempre.



La desesperación dominó con tal intensidad a Selim, que cayó gravemente enfermo. Permanecía con los ojos cerrados, negándose a hablar y a probar los alimentos. Cada día estaba más pálido y demacrado. Cuando la fiebre quemó su cuerpo y su mente, sólo pronunciaba dos nombres amados:

—Blancaflor, mi princesa rubia... Reina Yazmina Selima, querida madre mía, consuela a tu desdichado hijo...

El sultán lo observaba con mirada sombría.

—Reacciona, hijo mío —le exigió—. Eres el heredero de un reino poderoso. Olvida tus amargos recuerdos y vive..., ¡vive para ser el sultán de Armenia!

Pero el príncipe continuaba inmóvil.

La reina, comprendiendo que su hijo se moría, decidió traicionar a su señor.



—Selim —susurró junto al oído del doncel—, tu padre no te ha dicho la verdad. Blancaflor está viva.

Un súbito color se extendió por las pálidas mejillas. Los labios temblaron ansiosos. Alzando los párpados, Selim miró a la reina.

—Madre adorada...

—Sí, hijo mío, no es un sueño, no es el delirio. Has oído bien: tu Blancaflor vive. Fué vendida como esclava a una caravana. Sólo pude impedir que mi señor Osmán dictara su sentencia de



Cabalgó por países extraños y lejanos.



Se detuvo ante una torre de oro.

muerte..., y la vi partir, encadenada, siguiendo a un negro gigante... El sultán cedió a mis súplicas, respetando la vida de Blancaflor..., pero se la llevaron y yo no tenía poder para retenerla. No sé el camino que ha seguido ni el destino que la aguarda. Espero que Alá sea misericordioso con ella.

—Le salvaste la vida, madre mía —exclamó Selim, y sus brazos sin fuerzas se alzaron para estrechar a la reina—. ¡Alá te bendiga!

Selim recobró la salud. La esperanza cantaba en su corazón. Aún sentíase débil, pero abandonó el lecho, y luego de besar a la sultana, montó en su caballo con jaeces de oro. Cabalgó por países extraños y lejanos.

Visitó cortes brillantes donde le agasajaban, porque era hijo de Yazmina, la sultana más bella del Oriente, y de Osmán, rey poderoso.

Conoció a compañeros de viaje que a nada temían y que recorrían los caminos del mundo para guerrear y cantar.

Por fin una tarde llegó a Babilonia, la ciudad más rica de la antigua Caldea. Se detuvo ante una torre dorada que resplandecía al sol.

Ese resplandor hizo latir su corazón. Le recordaba el reflejo de los cabellos de Blancaflor.

Ocultando su emoción descabalgó. Un anciano que se acercaba

con los hombros curvados por el peso de los años, lo miró con curiosidad.

—¿De dónde vienes, noble forastero? —le preguntó con su cascada voz.

—De Armenia, buen anciano —repuso el príncipe—. Dime, ¿quién habita esa torre de oro?

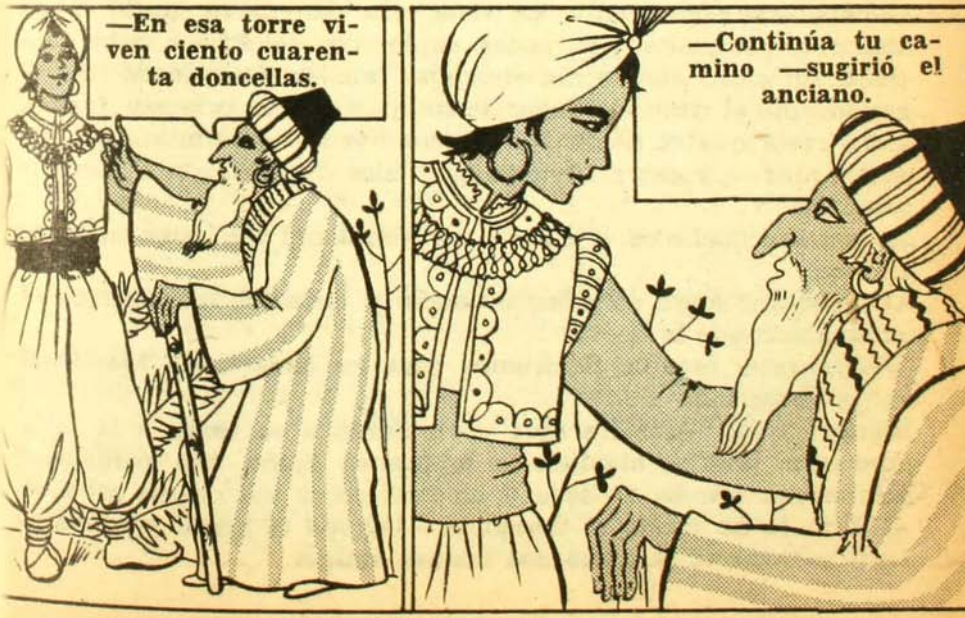
—Allí viven encerradas ciento cuarenta doncellas que son esclavas del sultán de Babilonia. En la parte más alta reside la más bella de todas, una que se llama Blancaflor.

Selim palideció. Su corazón no lo había engañado. Allí estaba la hija de Aura, su inolvidable Blancaflor. Allí estaba, pero..., ¿cómo podría rescatarla?

Cual si adivinara sus pensamientos, el anciano añadió:

—¡No te acerques a la torre dorada, oh forastero! El guardián es feroz y nadie se atreve a desafiarlo. Fuí imprudente al mencionar a Blancaflor. Ahora deseas verla, porque su nombre tiene una magia extraña y la fama de su belleza se extiende por todos los países. Continúa tu camino, hijo de rey. Será inútil que intentes libertar a Blancaflor de su prisión de oro.

(CONTINUARA)





LA HIJA DEL SHEIK BLANCO

RESUMEN: Juana Varden llega al reino árabe de Marakand, para servir de dama de compañía a la princesa Jazmín, hija del Emir Harún el Solimán. Aldo Carol la escolta hasta el palacio y le habla del bandido a quien denominan el Sheik Blanco. Este misterioso encapuchado penetra en el aposento de Juana y le roba un prendedor que es recuerdo de su madre..

CAPITULO II.—Juana Varden descubre a su padre.

Juanita Varden no podía consolarse con la pérdida del prendedor que constituía un verdadero talismán para ella. El Sheik Blanco se lo había robado.

La huérfana rememoraba su triste vida. Su madre murió dejándola muy pequeñita, y su padre, explorador del Africa, había desaparecido cinco años atrás, sin dejar huellas. Careciendo de fortuna aceptó el cargo de dama de compañía de la princesa Jazmín.

—Yo creía que el Sheik Blanco era bueno —murmuraba la insonme niña—, y ahora advierto que todos tienen razón al llamarle bandido.

Su primera noche en el palacio de Marakand fué, pues, muy angustiosa.

Al amanecer logró conciliar el sueño y despertó sobresaltada al oír una voz que le decía:

—Levántate, Juanita. Saldremos para los bazares de Marakand en una hora más.

Juana Varden abrió los ojos y vió junto a su lecho a la linda princesita Jazmín, ataviada a la usanza árabe, con pantalones bombachos, camisa de seda y un velo sobre sus negros cabellos.

—Mirta te ha traído el desayuno —agregó la gentil princesa—. Aquí lo tomaremos como dos buenas amigas.

La locuaz Jazmín continuaba exponiendo sus proyectos.
—Iremos en el coche de mi padre por la ruta del desierto y volveremos a la hora del almuerzo. Tú me ayudarás a comprar un traje de amazona. Aldo Carol pensaba acompañarnos, pero tiene algo urgente que hacer. Dice que debemos ser muy prudentes.
Ambas niñas partieron poco después hacia la ciudad de Marakand. Los vistosos bazares de la feria entusiasmaron a la joven institutriz. Iban de una tienda a otra examinando los tapices, bronces cincelados, estatuillas de marfil, pebeteros de plata, etc. Pero la impaciente Jazmín arrastraba a su amiga hacia el comercio europeo.
Allí encontró la caprichosa princesa un traje de montar que podía ajustarse a su delgada silueta.
—Si su Alteza se digna esperar una hora —dijo el sastre inglés—, podrá llevarse el traje.
—Esperaré —declaró Jazmín, sentándose en un mullido diván—. Juanita, ahora puedes visitar los bazares a tu antojo y también la gran mezquita.
Recorría Juana los bazares, cuando de improviso se encontró con Aldo Carol.
—Juanita —díjole el joven—, necesito hablar con usted en privado y rogarle que me ayude.
Aldo condujo a Juana hasta el recodo de una puerta y prosiguió diciendo:
—Tengo la esperanza de capturar al Sheik Blanco. Kachita, una criada del palacio de Harún el Solimán, ha prometido entregar hoy al Sheik Blanco un plano de las habitaciones del palacio. Por suerte yo sorprendí a esa mujer y confesó su delito. Tenía proyectada una entrevista con el Sheik Blanco esta mañana en el Café del "Loto Rojo", pero Kachita no acudirá a la cita.
—¿Y qué desea usted de mí? —preguntó Juana Varden.
—Que usted reemplace a Kachita en esa cita. Le daré un manto árabe que oculte completamente su traje, un velo que cubra su cabeza y el rostro...
Juanita recordó que el Sheik Blanco le había substraído el día anterior el prendedor de su madre y pensó que en esa cita podría reclamárselo.
—Iré a la cita —decidió la joven.
—Magnífico —murmuró Aldo Carol—. Llevo seis meses persiguiendo a ese bandido y hoy lo capturaremos. Faltan quince mi-

nutos, lo suficiente para disfrazarse y llegar hasta el Café de "Loto Rojo".
Juanita, convertida en una muchacha musulmana, llegó al café cinco minutos antes de la hora fijada.
Aldo Carol, según el plan esbozado, debía quedarse al pie de vecino muro esperando el llamado de Juanita. Varios soldados del emir Harún el Solimán aguardarían en las proximidades del Café del "Loto Rojo".
Juanita aguardaba. Súbitamente se abrieron las cortinas del interior del café y penetró en la sala un individuo alto, envuelto en blanco albornoz.
¿Cómo penetró allí el Sheik Blanco si no existían tras del cortinaje ni puertas ni ventanas?
—Recibí el mensaje —dijo el encapuchado a Juanita—, y tendrá una buena recompensa. ¿Trae los planos?
Juana Varden retrocedió hasta el muro y tiró del cordón de la campanilla, como se lo había ordenado Aldo Carol.
Al oír el metálico sonido, el Sheik Blanco exclamó:
—¿Qué significa esto?
En su turbación dejó entreabrirse el capuchón que cubría su faz y Juanita descubrió quién era el misterioso individuo que perseguía Carol.
—Padre. ¿Es posible que seas tú el Sheik Blanco? —balbuceó aterrada Juanita.
El encapuchado arrancó el velo azul a la joven y murmuró:
—Juanita, ¿tú aquí? Has descubierto mi secreto, hija mía. Algún día te explicaré. Hasta entonces...
—He dado la señal para que vengan a prenderte —expresó Juana—. Escucha las voces de los soldados del emir. Yo misma te he traicionado. Tienes que huir rápidamente.
La voz de Juanita se cortó en un sollozo desesperado.
—No cogerán tan fácilmente al Sheik Blanco —declaró el proscrito, alzando en sus brazos a Juanita y entreabriendo el cortinaje del Café.
Con su preciosa carga, el Sheik Blanco atravesó un obscuro pasadizo y subió al segundo piso del establecimiento. Allí dejó caer a Juanita y cerró la puerta con llave. En seguida se aproximó a la ventana y exclamó con sorna:
—Allí están los sabuesos. Me rodean pero no me cogerán.
El Sheik Blanco continuaba sereno y sonriente. Era una sonrisa



—Juanita, tú reemplazarás a Kachita en la cita con el sheik BLANCO.

casi infantil que daba mayor simpatía a su rostro de finas facciones; sin embargo, parecía fatigado y enfermo.

—Cuatro años —murmuró el proscrito colocando ambas manos sobre los hombros de su hija—. Eras una pequeñuela cuando te vi por última vez y ahora una joven tan hermosa como tu madre y con la valentía de los Varden. ¿Muy mal te han hablado de mí, hijita? ¿Sabes que tu padre es un proscrito de la ley, un ladrón acosado por la policía y que le buscan como a una fiera temible?

—Padre, ellos deben equivocarse —balbuceó Juana—; tú no eres...

—No se equivocan —afirmó el Sheik Blanco—. Soy el bandido de Istar, como me llaman. Lamento que mi hija lo sepa. No hay tiempo para explicarte todo. Dime, ¿por qué has venido a Marakand?

Juanita refirió apresuradamente su misión ante el emir de Marakand.

—Yo creí soñar cuando te vi en el palacio de Harún el Solimán —dijo el Sheik Blanco—, y para estar seguro subí a tu aposento. Perdóname por haberte substraído el prendedor de tu madre. Lo guardaré como un talismán sagrado.

—Padre, dime tu secreto —suplicó Juanita—. ¿Por qué eres...?
Se escucharon pasos en la escalera y un confuso murmullo de voces.
—Juanita, te juro que no tienes motivos para avergonzarte de mí —dijo el proscrito—. Algún día conocerás mi triste historia. Ve esta tarde a la gruta de las Perlas; está a medio camino de Marakand y a un kilómetro del palacio de Marakand. Prométeme que irás...
—Lo prometo —respondió Juana.
Un golpe en la puerta interrumpió el diálogo. Aldo Carol gritaba estentóreamente.
—Juanita, ¿estás ahí? Vamos a derribar la puerta.
El Sheik se despojó de la faja que sostenía su túnica y la ató al alféizar de la ventana.
—Adiós, Juanita —balbuceó el proscrito—, nos veremos esta tarde en la Gruta de las Perlas.
El fugitivo se deslizó con pasmosa agilidad hasta la cornisa del primer piso y, antes de que los árabes que se estacionaban en la calleja dieran la voz de alarma, desapareció por una ventana y se perdió de vista.
Sólo entonces comenzó a gritar Juanita pidiendo auxilio.
—Aldo, Aldo —voceaba la joven—, derriben la puerta. No puedo más...
La astuta Juanita había desatado la faja del alféizar y de rodillas fingía estarla sujetando.
En esa posición la encontró Aldo Carol cuando por fin echó abajo la puerta.
—Se ha escapado —murmuró Juana—. Yo le sujeté por faja, pero ésta quedó en mis manos y el Sheik Blanco huyó.
Y al decir esto, Juanita señalaba la ventana abierta.
Carol no dudó un instante de la lucha que había tenido que trabar su amiga con el feroz bandido.
—¡Qué valentía, mi pobre Juanita! —exclamó Aldo— Estás demacrada. No debí exponerte a tan grave peligro. Desgraciadamente hemos fracasado de nuevo. Bajemos al Café. Necesitas reponer tus fuerzas.
Aldo y Juanita caminaban en silencio hacia los bazares de la feria.
—No se desaliente —decía Aldo, pensando que su amiga lamen-

aba la fuga del proscrito—. Ya le cogeremos otra vez. Ahora vanos en busca de la princesa Jazmín.

La hija del emir les aguardaba en la puerta de la sastrería inglesa.

—Ya tengo listo mi traje —dijo Jazmín—. Juanita, ¿sabes que el Sheik Blanco anda por los bazares? Dicen que ha venido con más de trescientos guerreros de Istar.

—No, Jazmín —dijo Aldo—, ha venido solo y casi le atrapamos. Juanita estuvo a punto de cogerlo. Se portó como una heroína.

—Cuéntame, Juanita —suplicó la vivaracha princesa—. ¿Es verdad que es muy hermoso el Sheik Blanco? Me gustaría encontrarme con él.

—Cuidado, Jazmín —recomendó Carol—; si el emir la oye hablar así del Sheik Blanco, se enfadará mucho. Recuerde que es un forajido.

Juanita apretó la boca para acallar la protesta que venía a sus labios. Era duro oír que su padre era un forajido.

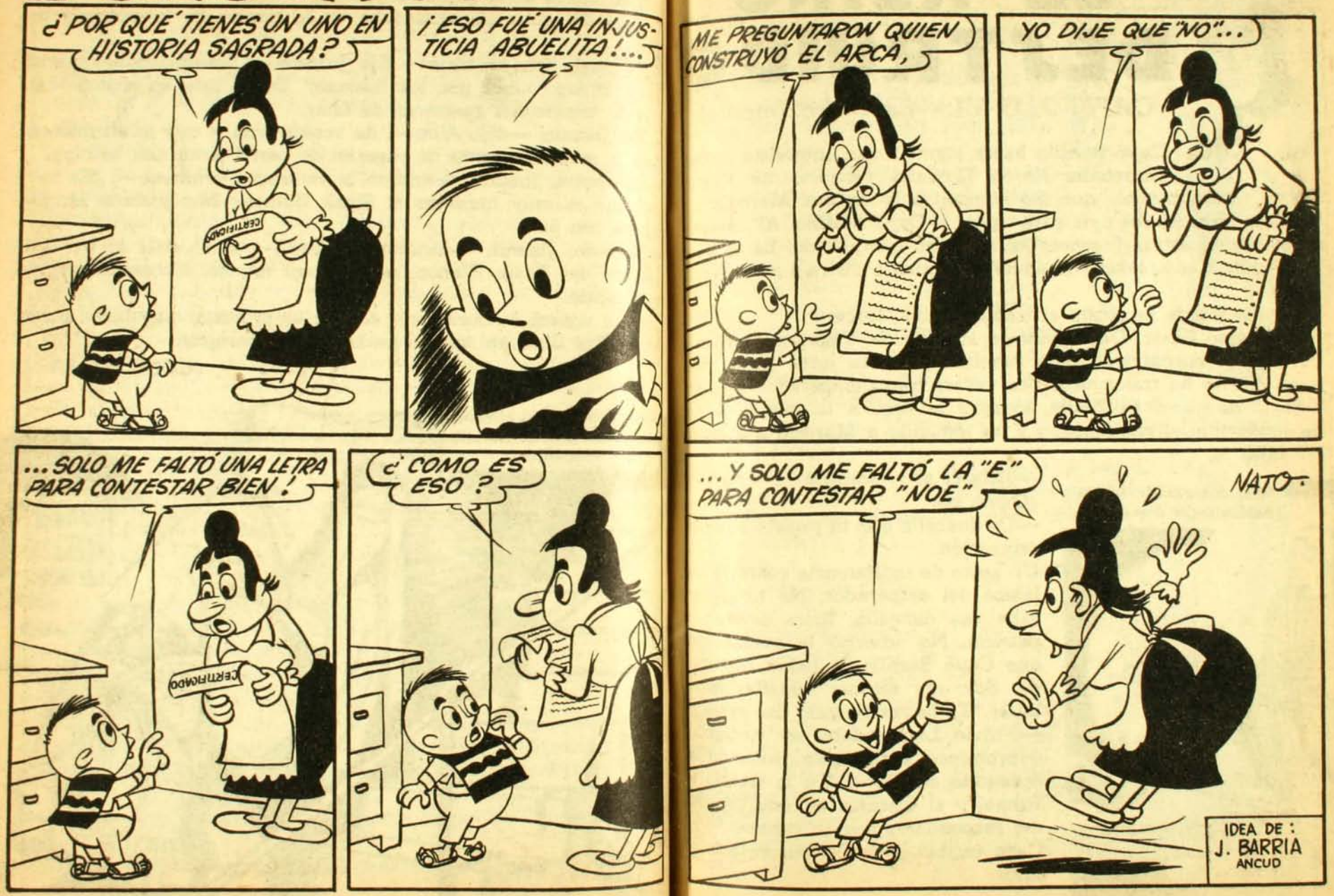
(CONTINUARA)



Con su preciosa carga, el sheik huyó por la escalera.

Ponchito

por nato





EL REINO DESTRUIDO

CAPITULO VI.—La Orden Imperial.

Cayo Sestilio había logrado una entrevista con el emperador Nerón. Deseaba vengarse de Fulvio Luceri, joven patricio que dió libertad a la esclava Marcela.

El César frunció los ojos para mirar a Cayo Sestilio. Al advertir su expresión astuta y rencorosa, se sintió complacido. Le agradaba el odio. La violencia de aquel sentimiento distraía su imperial hastío.

—¿Sabes dónde se oculta el traidor Fulvio Luceri?

—Sí, divino César. Debe estar en su villa de Tagasto, en Numidia. Allí lo encontrarás, para fulminarlo con tu justa cólera. Ese miserable te ha traicionado dos veces: como emperador y como dios.: Y no sólo él te ofende. Arrastra a otros a la iniquidad. Se ha convertido al cristianismo y ha inducido a Marcela a abrazar esa falsa fe.



—Ese miserable te ha traicionado dos veces.

—¿Marcela? —repitió Nerón—. ¿Quién es?

—La doncella que tú pusiste bajo mi protección.

Un gesto de indiferencia contrajo los labios del emperador. No le interesaba esa doncella, fuera esclava o patricia. No advirtió la avidez con que Cayo Sestilio la había nombrado. Sólo oía resonar aquellas palabras: "Te ha traicionado dos veces..."

—Fulvio Luceri debe ser castigado —pronunció agriamente, firmando la orden de arresto—. Tú lo traerás a Roma, y si fracasas en esta misión, me responderás con tu cabeza.

Cayo recibió la orden tan ansiada y dijo:

—No me importa arriesgar mi cabeza, si es para servirte, ¡oh César!

* * *

Una flota de naves romanas, anclada frente al cabo de Misena, esperaba el instante de emprender viaje rumbo a Numidia.

Valerio, el comandante de la escuadra, festejaba a su amigo Silio, capitán de la nave mercante "Minerva".

—Mi barco es más veloz que cualquiera de tu flota —aseguraba Silio—. Fué construído en Cartagena, por los más hábiles armadores. Mírala —añadió con orgullo, acercándose a la borda—. ¿Has visto jamás una galera más esbelta y gallarda? Vuela sobre las olas y resiste las tempestades más recias.



—No me importa arriesgar mi cabeza.

—¡Por Jove! —rió Valerio—. El "Minerva" te tiene hechizado. Veo que tiene treinta y dos remeros y...

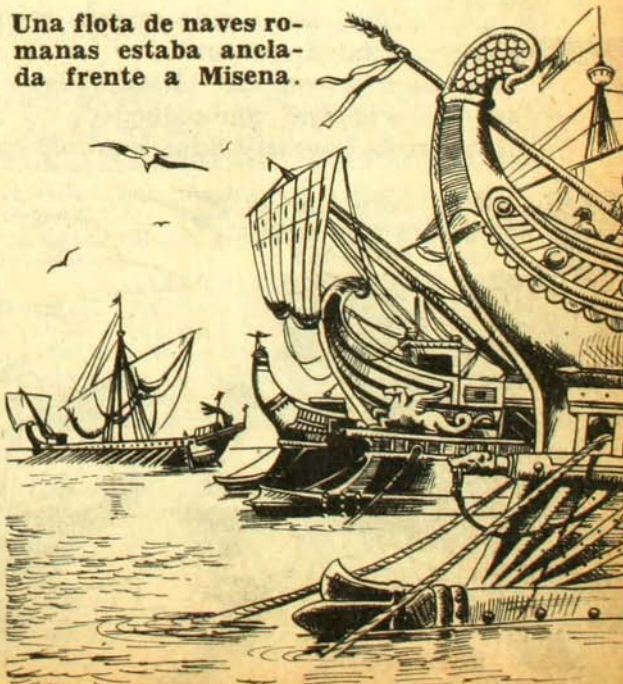
En ese instante un esclavo númida se acercó respetuosamente para anunciar:

—Señor, el cónsul Cayo Sestilio desea verte.

El visitante fué conducido ante Valerio, quien le invitó cordialmente a departir la cena. Cayo Sestilio rehusó.

—Lamento interrumpirte, noble Valerio. Vengo a anunciarte que tu nave debe partir. Traigo una orden del César. Una luz de irónico desa-

Una flota de naves romanas estaba anclada frente a Misena.





—Mi barco es incomparable —aseguraba Silio.

fío cruzó por las pupilas de Silio al decir:

—Una orden del César... Espero que no sea una sentencia de muerte contra mí.

Cayo le dirigió una rápida mirada y experimentó por el mercader una instintiva antipatía.

—Ordena el arresto del pirata Fulvio Luceri y la detención de Marcela —contestó con sequedad.

Con un gran esfuerzo, Silio reprimió un movimiento de alarma.



Valerio, pensativo, observó:
—Sé que Fulvio Luceri es un navegante incansable. ¿Pretende el emperador que le persiga por todos los océanos?
Cayo Sestilio advirtió la resistencia de Valerio.
—No es necesario que recorras los mares. Fulvio Luceri se encuentra en Tagasto. Será fácil apresarle.
—No es tarea para un marino como yo. No pertenezco a la guardia pretoriana. Mi oficio es navegar y combatir en el mar.



—Señor, el cónsul Cayo Sestilio desea verte.

—¿Eso quiere decir que te niegas a cumplir la voluntad del emperador? —inquirió el cónsul.
—No. Pero no puedo partir de inmediato. Dos de mis barcos están en reparaciones.
—Pues es preciso que leves anclas. Estamos perdiendo un tiempo precioso.
Silio, que hasta ese momento había guardado silencio. se levantó y dijo:
—Perdóname, Valerio. Estoy fatigado y deseo regresar a mi nave.

(CONTINUARA)

Correspondencia

BERTA REICKART, la querida porteñita, tan fiel a esta pequeña gran revista y que hace por ella una entusiasta propaganda. Gracias por todo.

LUIS OLEA LEON e IRMA GOMEZ.—Alguna vez daremos otra aventura de "Ives el Lobo". Conviene variar la lectura. Ahora tienen "REINO DESTRUIDO", que es muy bonito.

IRMA ESPINOZA, NANCY OLIVARES y JULIAN ACUÑA.—Nos agradan mucho sus cartas tan llenas de cariño por esta pequeña gran revista "SIMBAD", que va adueñándose de los corazones infantiles. Para ustedes, muy felices Pascuas y próspero Año Nuevo.

GLADYS SEPULVEDA y GLORIA SWETT.—Para la suscripción anual que ustedes quieren hacer envíen $ 490 a Sección Suscripciones, Casilla 84-D, Santiago, o traigan el dinero personalmente a esta Empresa, Avda. Santa María 079.

ADRIANA VILLARREAL y JUAN ROJAS.—Nos congratulamos con sus felicitaciones y las retribuímos para Pascua y Año Nuevo.

ROXANE.

¿LO SABES TU?



CONCURSO SEMANAL

Contesta a esta pregunta:
¿Cuáles son los reinos de la naturaleza?

Solución a "Simbad" N.º 279: El río Misisipí nace en Itaska, Minnesota, EE. UU.; el río Rin, en los Alpes, en el macizo de San Gotardo; y el río Danubio, en la Selva Negra, en Alemania.

Entre los concursantes que enviaron soluciones exactas, se sortearon los siguientes premios: UNA SUSCRIPCION TRIMESTRAL: Noemí Ofermans, Santiago; Orlando Ezquerra, Santiago; Fernando Romero, San Javier; Gabriel Aqueveque, Los Angeles; Leonardo Barrientos, Collipulli; Aída Vargas, Angol. CON $.50: E. D. González, Santiago; Ramón Cabaña, Santiago; Margarita Arancibia, Valparaíso; Héctor Pino, Valparaíso; Elena Fernández, Santiago; Felipe Bunster, Angol; Víctor Opazo, Concepción; María T. Matamala, La Serena; Armando Morales, Santiago; Luis Monje, Temuco. UN LIBRO: Eliana Hernández, Ñuñoa; Gabriel Medina, Concepción; Eugenia Lagunas, Santiago; Iris Verdugo, Talca; Enrique Navarro, Santiago; Ercilia Arriagada, San Carlos; Pato Maraboli, Constitución; Héctor Fuentes, Santiago; Enrique Gabarda, Chépica; Chela Ferrari, Santiago.

CUPON DEL CONCURSO Semanal

SIMBAD N.º 281

¡ATENCION, LECTORES!

Próximamente iniciaremos **un nuevo y extraordinario concurso,** con espléndidos premios, que entusiasmarán a todos los niños. Muy pronto daremos las bases

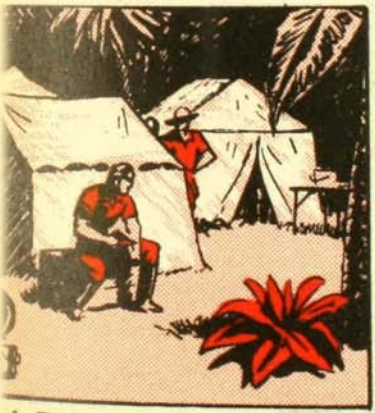
Empresa Editora Zig-Zag, S. A. — Santiago de Chile, 1955.

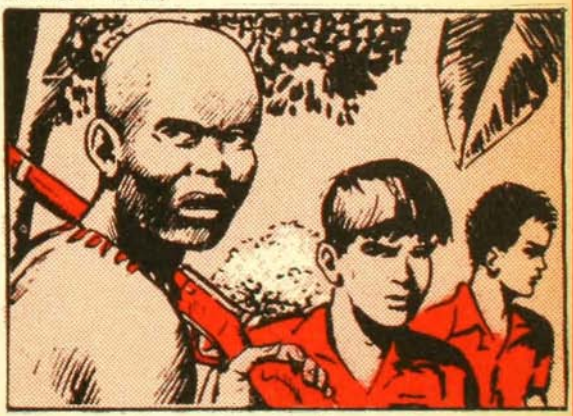
Juan y Juanita





3. "—Si los asaltantes no advierten que estamos alertos, será más fácil derrotarlos", declaró el sagaz productor. Bozambo asintió, sin pronunciar palabra. Cautelosamente se repartieron las armas. "—Atacarán al caer la noche —dijo Bozambo—. Si pudiera parlamentar con ellos... Pero sería inútil."





4. Por cierto que nadie durmió aquella noche. Cada cual permanecía con el oído atento y el cuerpo tenso. Desde la obscuridad de la selva, los inganas acechaban. De súbito vibró en la noche el sonido de un tam-tam. No lejos del campamento, el cazador Tipaya y sus acompañantes oyeron aquel tétrico resonar.

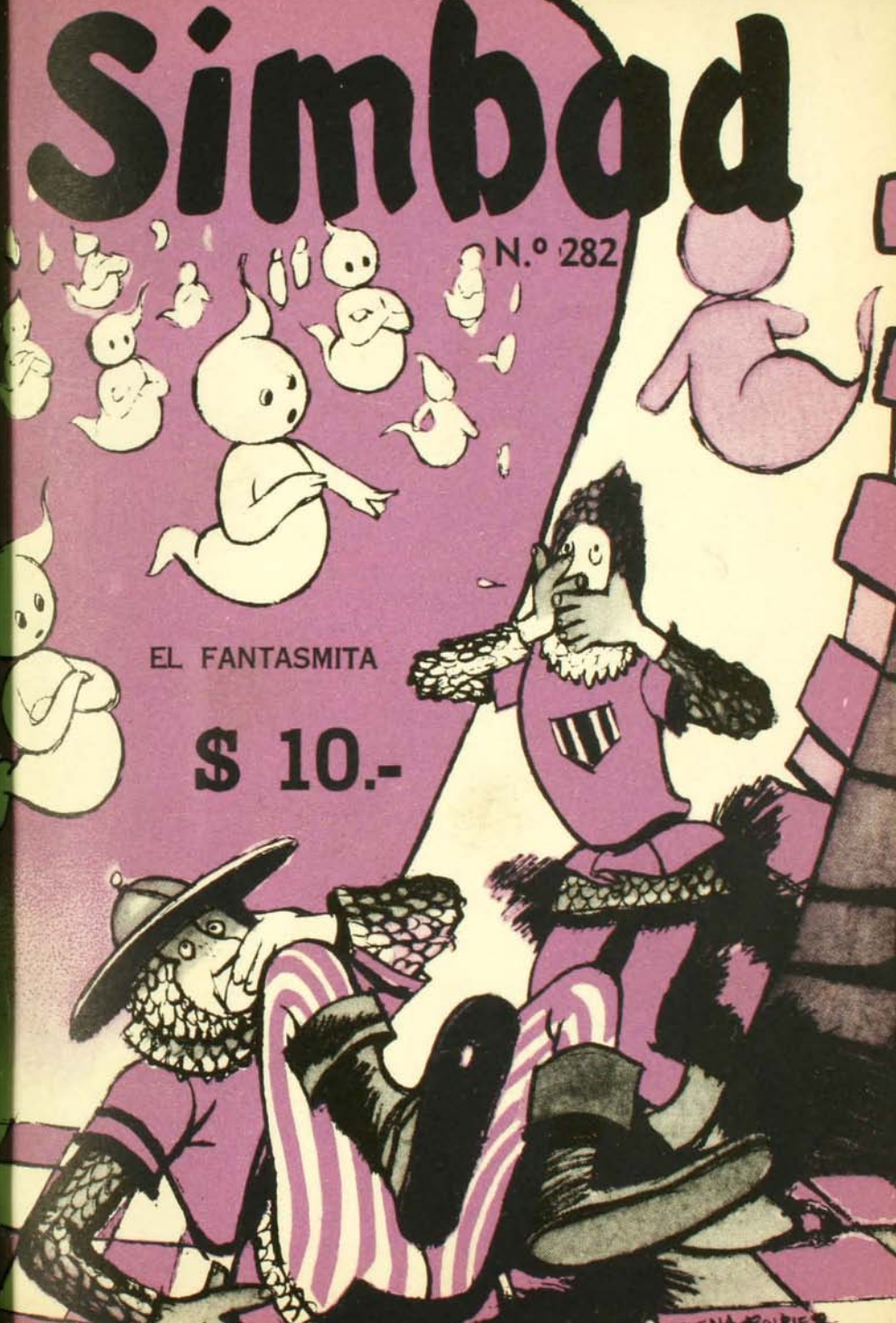
(CONTINUARA)

PELUSITA POR NATO



Simbad

N.º 282



EL FANTASMITA

$ 10.-

Juan y Juanita

CAPITULO LXI.—EL DEMONIO BLANCO





1. Juan, Juanita y sus amigos, guiados por Tipaya, se acercaban al campamento de Samuel Fox. "—Los inganas atacarán al bwana Fox —dijo el africano—. Trataré de parlamentar con ellos. Antes no eran agresivos, pero ahora el demonio blanco los domina. Mira, pequeño bwana. Allí está."





2. Juanito vió a un hombre alto, de barba y cabellos rubios y desordenados. Sus ojos relumbraban con una luz verdosa y siniestra. "—Di la orden de ataque —rugió—. ¿Por qué no obedecen, malditos hijos de hiena?" Un nativo repuso: "—Bozambo es nuestro amigo". El jefe les amenazó: "—Obedezcan o los mataré".

(Continúa en la penúltima página.)

Simbad

AÑO VI — 26-I-1955 — N.º 282

Directora: Elvira Santa Cruz (Roxane)
Suscripción anual: $ 490.—
Semestral: $ 250.—
Recargo por vía certificada: Anual: $ 21.—. Semestral: $ 11.—.
Extranjero:
Anual: U.S.$ 2,10
Semestral: U.S.$ 1,05
Recargo por vía certificada: Anual: U.S.$ 0,20
Semestral: U.S.$ 0,10

La Princesa Muñeca

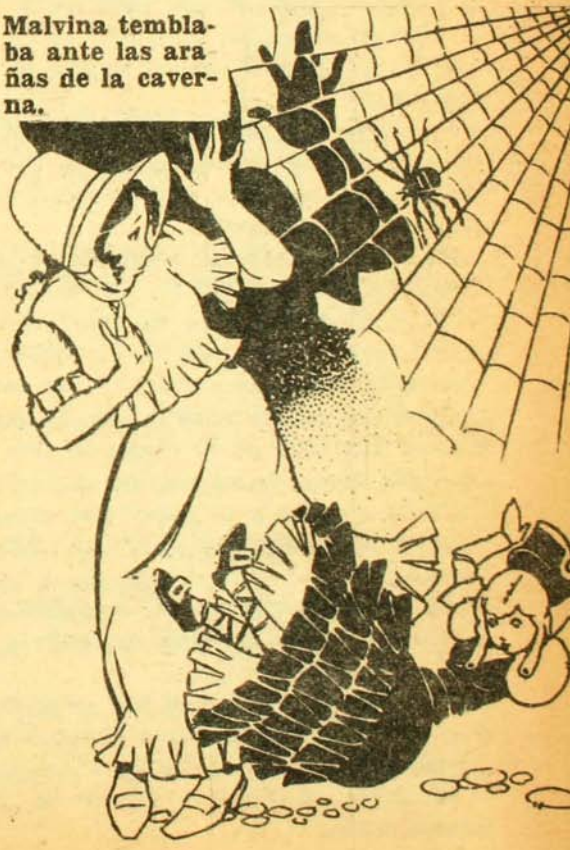
CAPITULO VIII.—El huevo recobra su forma natural.

Malvina, a quien la princesa-muñeca creía una niña perfecta, había aceptado ir a la mansión del mago Silerio a soportar la prueba del espejo mágico; pero en su camino se encontró con las acechanzas del mago Focio, enemigo de la princesa Veni, y también de su madrina, el hada Mirtala.

El mago Focio perseguía a Malvina para quitarle la princesa-muñeca, y ella huyó a los sótanos, donde se perdió en un laberinto.

Poseída de pánico, Malvina soltó la muñeca para evitar a una inmensa araña que le estorbaba el paso.

La princesa-muñeca rodó por el suelo, y Malvina, que en su interior renegaba de ese



Malvina temblaba ante las arañas de la caverna.

maldito viaje, cogió hipócritamente a la pobre muñequita y le dijo:
—Perdóname, princesita, y olvida mi descuido.
Después de largas horas en las cavernas, y viendo que no tenían salida, la princesa Veni imploró así a su hada madrina:
—Hada Mirtala, madrina mía, ¿me has abandonado? El silbato que me diste cayó en poder de mis enemigos. Yo fuí culpable, por frívola y vanidosa, pero la pobre Malvina no tiene culpa. Ten piedad de nosotras.
Esta súplica quedó sin ser atendida. Sólo un ruido atronador repercutió en la caverna. Siguiendo los consejos de Veni, comenzó de nuevo a buscar una salida. Tenía por toda luz el brillo de las hebillas que adornaban los zapatos de su muñeca.
Por fin la hija del guardabosque descubrió un estrecho pasaje que daba acceso a una escalerilla natural. La subida era penosa y escarpada; debía apoyarse en el muro para no resbalar. Una vez las piedras se derrumbaron y cayó otra vez al fondo de la caverna.
Volviendo a remontar la escalinata, logró por último terminar su ascensión y divisar un rayo de luz.
Malvina, extenuada, con su traje destrozado y sus zapatos rotos, descansó un momento.
—Mi pobre Malvina —murmuró la princesa-muñeca—, en qué aventura tan terrible te has metido por favorecerme.
—Cuando estemos en tu real palacio —replicó Malvina—, nos divertiremos refiriendo a los cortesanos nuestras aventuras. Ya hemos escapado del mago Focio, que nos tenía prisioneras, y es preciso continuar nuestro viaje. ¿Qué dirección seguiremos?
Se encontraban en la cima de una altísima montaña y Malvina no sabía cómo bajar por las abruptas peñas. Todo el cerro estaba cortado a pique y el panorama era aterrante.
—¿Qué hacemos? —preguntó Malvina llorando desesperadamente.
—Mi madrina castiga mi culpable vanidad —suspiró la princesa-muñeca—; pero tú eres inocente y buena. Tú eres la niña perfecta.
—Por más perfecta que sea —protestó Malvina—, no puedo volar por el aire y, aunque tengo valor, no veo manera de deslizarme por esos acantilados.
—Madrina, madrina —gimió la princesa-muñeca—. ¿Me has abandonado?

En ese instante una nube dorada apareció en el horizonte y avanzó rápidamente hacia las desconsoladas viajeras.

—No hay viento —musitó Veni—. ¿Será mi...?

No tuvo tiempo para terminar la frase. La nube caía cerca de ellas y depositaba al hada Mirtala sobre una roca.

—Madrina —exclamó la princesa Veni.

Malvina secó sus lágrimas y quedó extasiada ante el hada Mirtala, que refulgía como una estrella.



El hada Mirtala apareció sobre una nube rosada.

Veni refirió al hada su terrible aventura con el mago Focio y cómo éste las había engañado llevándolas a su mansión en una carroza.

—También nos espía el canciller Rodar, que convertiste en cuervo —expresó Veni—. No le basta verme convertida en muñeca por su culpa. Madrina, tú deberías matarle.

—Mucho te quejas de los demás —expresó el hada Mirtala—, pero no recuerdas tus crueldades con los campesinos de Giralda, tu vanidad y tu orgullo.

En ese momento Malvina señaló la presencia del cuervo encantado sobre la cima del monte.

—Si tú no hubieras venido, madrina —dijo la princesa Veni—, ese malvado pájaro nos habría destruído.

El hada Mirtala dijo a sus protegidas:

—Permaneced quietas y dejad que se acerque el cuervo. Nada temáis. Venid conmigo.

Malvina, a pesar del terror que le producía el ave de rapiña, obedeció al hada.

Mirtala condujo a Malvina, con su muñeca en brazos, al interior de una gruta.



El cuervo continuaba persiguiendo a las viajeras.

Inmediatamente el cuervo dejó de revolotear y se paró sobre una roca.

Entonces el hada salió de la gruta y, tocando con su varillita de brillantes al cuervo malvado, le dijo:

—Buenos días, Rodar.

Las plumas del cuervo desaparecieron y el canciller del reino de Giralda recobró su forma natural.

Prosternado a los pies del hada Mirtala, el mal consejero de la princesa Bienvenida murmuró palabras ininteligibles.

—Ya ves tú —agregó el hada Mirtala— que no es necesario que tu protector el mago Focio me obligue a que te devuelva tu forma natural. Aprovecho esta ocasión para hacerte esta gracia. Dime, Rodar, ¿tú persigues a mi ahijada, o la sigues para defenderla? Te advierto que ella no necesita tus servicios.

Rodar no sabía qué responder y, temeroso, continuaba de rodillas y suplicante.

—Siento mucho dejarte solo en esta altísima montaña —prosi-

guió el hada Mirtala—, porque yo me voy con mi ahijada y su compañera. Diviértete como puedas en estas rocas inaccesibles. Si es preciso, te enviaré al mago Focio para que te haga compañía.
—¿Me abandona en estas soledades? —murmuró el canciller Rodar—. Perdóneme, hada Mirtala. La serviré toda mi vida. Si me deja aquí, me comerán los cuervos de la montaña.
—Los rapaces son como los lobos —declaró el hada Mirtala—. No se devoran entre ellos. Rodar, tú has merecido tu suerte.
Y volviendo la espalda al pérfido Rodar, entró en la gruta de la montaña.

(CONTINUARA)

Mirtala devolvió su forma natural a Rodar.



EL VALLE DE LAS SERPIENTES

CAPITULO III Y FINAL — *heroísmo de Kiki.*



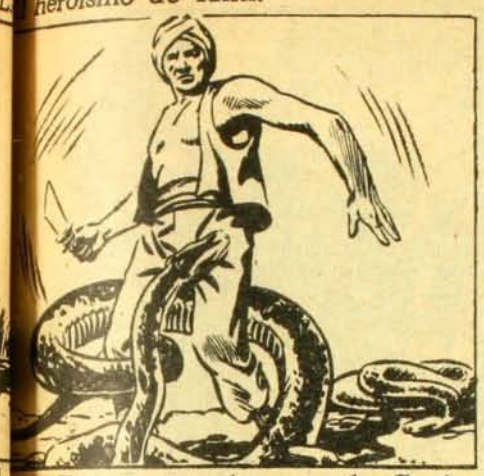


1. Jim de la Selva había guiado a su amigo Rolando Marvin al Valle de las Serpientes. Iba con ellos el joven malayo Gori. Los jóvenes se vieron de pronto frente a un haz de víboras. Mientras Jim hacía fuego contra ellas, Rolando accionaba su cámara. Una cobra se alzó detrás de él.





2. Los largos años de permanencia en la selva habían enseñado a Jim de la Selva a captar los peligros ocultos. Instintivamente presintió la amenaza de la cobra, y disparó cuando la cabeza triangular se balanceaba sobre el hombro de Rolando. Por su parte, Gori se defendía con su machete, dando golpes a diestro y siniestro.





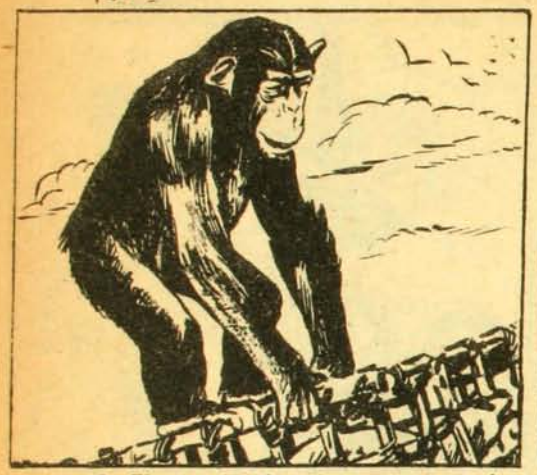
3. De pronto, el arma de Gori se quebró contra una roca. Una enorme boa constrictor se acercaba al cazador y sus anillos envolvieron las piernas desnudas. Jim de la Selva advirtió aquel peligro y apuntó cuidadosamente. Era su última bala y el más leve error significaría la muerte de Gori.





4. Resonó la detonación, y la boa, herida en un punto vital, se desenrolló lentamente. Gori quedó libre, pero otros reptiles se arrastraban hacia él. Jim de la Selva se estremeció. Aquello era el fin. Sin armas ni municiones, ¿cómo lograrían rechazar a las víboras? Gori empezó a lanzar peñascos.

EL VALLE DE LAS SERPIENTES





5. Jim y Rolando permanecieron inmóviles, esperando la muerte. Los esfuerzos de Gori eran inútiles. Y cuando los aventureros se creían definitivamente perdidos, resonó en el valle un grito estridente. Kiki, el orangután, había hallado las jaulas de mangostas y abrió la puerta, entre desapacibles chillidos.





6. Al verse libres, las mangostas bajaron con la velocidad de una flecha al fondo del valle, tapizado de serpientes. Aquellas jaulas, cogidas por un haz de reptiles, cayeron sobre los arbustos y allí habían quedado hasta que Kiki las descubrió. La batalla entre mangostas y serpientes fué breve.





7. Como fulminados por rayos, los reptiles cubrían ahora el valle. Los silbidos furiosos se habían silenciado para siempre. Rolando, filmando la última escena, exclamó: "—Este lugar se llamará ahora "el Valle de las Mangostas". Jim de la Selva preguntó: "—¿Y qué nombre tendrá tu film?"





8. "—"Ngili", repuso sin vacilar el joven *cameraman*. Jim sugirió: "—¿Y por qué no "Kiki"? Tenemos que reconocer que él es el héroe de esta jornada". Comprendiendo que lo elogiaban, Kiki empezó a dar saltos y a hacer mil visajes. Con una alegre carcajada, Rolando acarició a su nuevo astro de cine.

FIN



EL CORSARIO NEGRO

CAPITULO XVI.—Piratas en las cercanías de Gibraltar.

El Corsario Negro había caído en poder de su mortal enemigo el duque Van Guld. Este decidió llevarlo a Gibraltar, junto con los piratas Carmaux y Stiller, para ahorcarlos allí. Pero el conde de Lerma, que desaprobaba la crueldad de Van Guld, facilitó la fuga de los bucaneros.

Remando con vigor, los fugitivos se alejaron del navío español. De pronto los remos quedaron inmóviles, suspendidos sobre el oleaje.

—Dos luces —susurró Carmaux—. Un barco viene por el lago.

—¿Será Pedro el Olonés, que boga hacia Gibraltar? —exclamó el Corsario Negro, mientras sus ojos fulguraban.



—¡Ese condenado Van Guld está protegido por el diablo!

—Sí, capitán; yo creo que es el Olonés.

—Vamos a la playa y encendamos una hoguera para que vengan a recogernos —decidió el joven filibustero.

Ante la idea de que su venganza estaba próxima, sentía su sangre agitada y sus nervios vibrantes.

La embarcación enfiló hacia la costa, que ya no distaba más que

nas tres o cuatro millas.

Media hora después los tres filibusteros desembarcaban, y, luego de cerciorarse de que aquella flota era la del pirata Pedro Nau, encendieron una gran fogata. Atraídos por la señal roja, cuatro barcos echaron anclas en la ensenada. Pedro abrazó al Corsario entre sonoras exclamaciones. Cuando el joven le refirió su reciente aventura, bramó:



—Gracias, Pedro —murmuró el Corsario Negro.

—¡Ese condenado viejo está protegido por el diablo! Pero un día le echaré la zarpa encima y entonces la muerte de tus hermanos quedará vengada.

—Gracias, Pedro; pero espero ser yo quien le castigue.

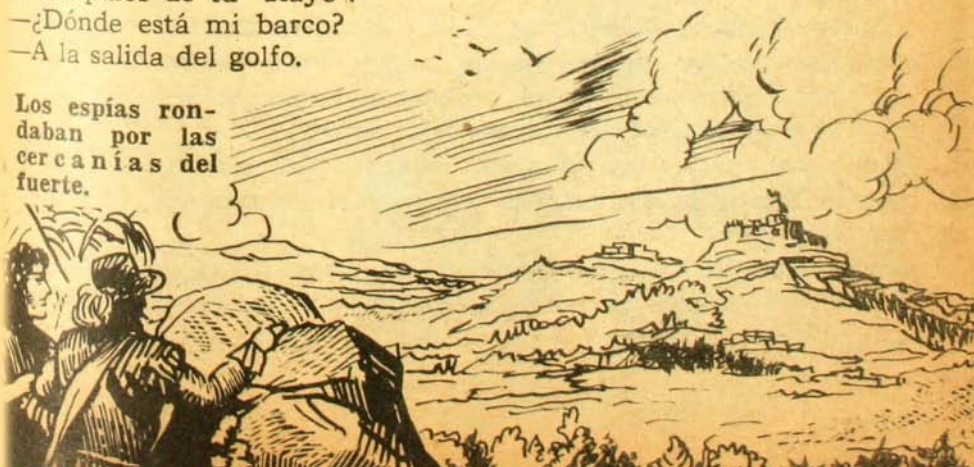
—Lo sitiaremos en Gibraltar.

—Sabe que nos dirigimos hacia allá y es probable que nos rehuya.

—Es verdad —asintió el Olonés, con el rostro desfigurado por el odio—. Ese condenado tiene parientes en Honduras y en Puerto Cabello. Le seguiremos el rastro, y si es preciso irán con nosotros todos los piratas de las Tortugas. El maldito será colgado en uno de los palos de tu "Rayo".

—¿Dónde está mi barco?

—A la salida del golfo.



Los espías rondaban por las cercanías del fuerte.

El joven se estremeció. A bordo estaba Gracia Van Guld, hija del gobernador de Maracaibo. Hasta ese instante había logrado mantenerla alejada de su recuerdo. Con una poderosa voluntad, ahogó sus sentimientos y no permitió que su corazón pronunciara el nombre de ella, sino que lo obligó a que rugiera siempre: ¡Venganza! ¡Venganza!

—¿Cuántos hombres traes? —preguntó con voz sombría.

—Ciento veinte, y esta misma noche llegará el Vasco con otros cuatrocientos. Mañana a primera hora daremos el asalto a Gibraltar.

—¿Será difícil?

—Sí. Los españoles han reunido ochocientos hombres decididos, han dejado intransitables los caminos de la montaña que conducen a la ciudad y levantaron varias baterías. Tendremos que roer un hueso muy duro; pero nosotros venceremos. Y ahora, ven a cenar a bordo de mi barcaza y después descansarás.



El Corsario, que por un milagro de energía se sostenía en pie, lo siguió, mientras los piratas desembarcaban para acampar en las lindes del bosque hasta que llegara el Vasco.

Algunos filibusteros exploraron las cercanías. Los más atrevidos rondaron por los alrededores de los poderosos fuertes de Gibraltar para espiar sus defensas y otros se atrevieron a interrogar a los colonos, fingiéndose pescadores náufragos.

Por todas partes encontraban cortados los caminos con trincheras coronadas de cañones y por enormes empalizadas erizadas de espinos.

Cierta ansiedad se posesionó de los más fieros corsarios. El Olonés, al conocer las noticias traídas por los espías, reunió a sus hombres y rugió:

—¿Os dejaréis amedrentar como cornejas miedosas? ¡Por Belcebú! Al que vacile, lo colgaré.

El Corsario habló a su vez, con una calma terrible, que impresionó más a los piratas que la voz estruendosa del Olonés:

—¡Hombres del mar, hemos vencido a enemigos mucho más formidables! Si alguno retrocede, la maldición de nuestros hermanos caerá sobre él. De todos los que murieron en la horca, o rodaron por la borda para hundirse en el mar. Las almas de esos valientes se alzarán para perseguir al cobarde.



—¡Mil veces maldito el que retroceda!

Un estremecimiento recorrió las filas de piratas. Voces aisladas murmuraron:

—¡Lucharemos como nunca!

Después, ese murmullo se convirtió en un clamor:

—¡Muerte y condenación para los españoles! ¡Gibraltar caerá en nuestras manos!

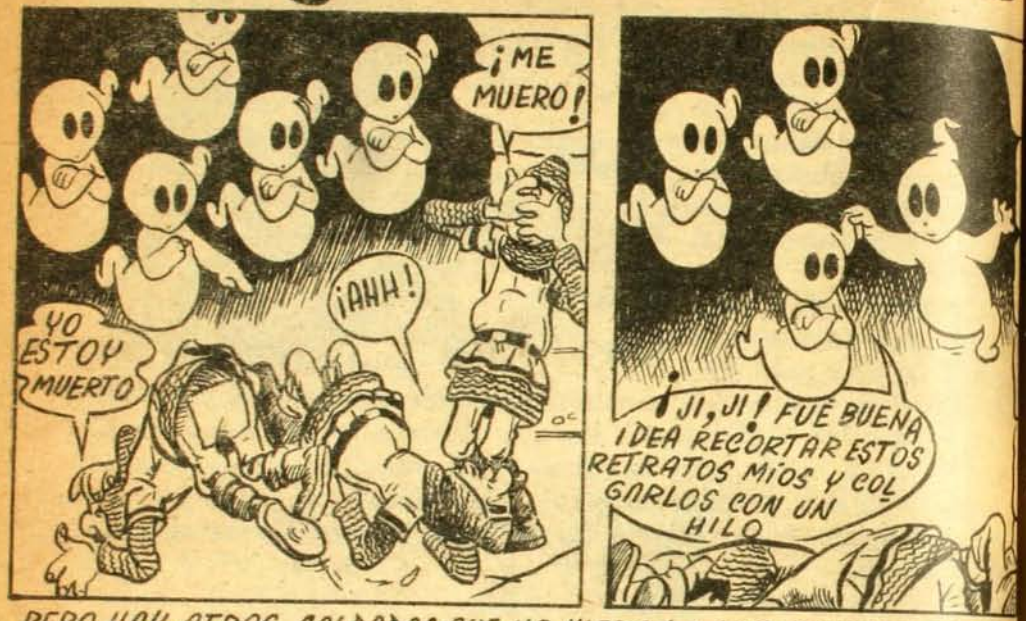
A medianoche arribaron los barcos de Miguel el Vasco. Ya estaba completa la dotación de hombres que intentaría el audaz asalto. Silenciosamente se reunieron. Las palabras que pronunció el Corsario Negro fueron repetidas a los recién llegados, que también se estremecieron. Ninguno retrocedería. Temían el castigo de las almas que vagan sin descanso y que en las noches de tormenta gimen.



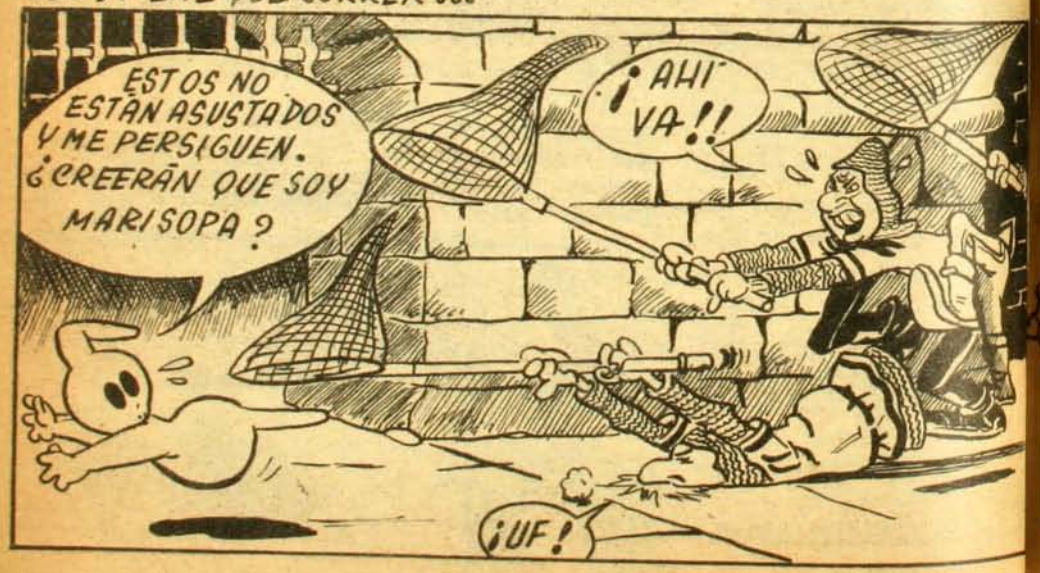
A medianoche arribaron los barcos de Miguel el Vasco.

(CONTINUARA)

El fantasmita

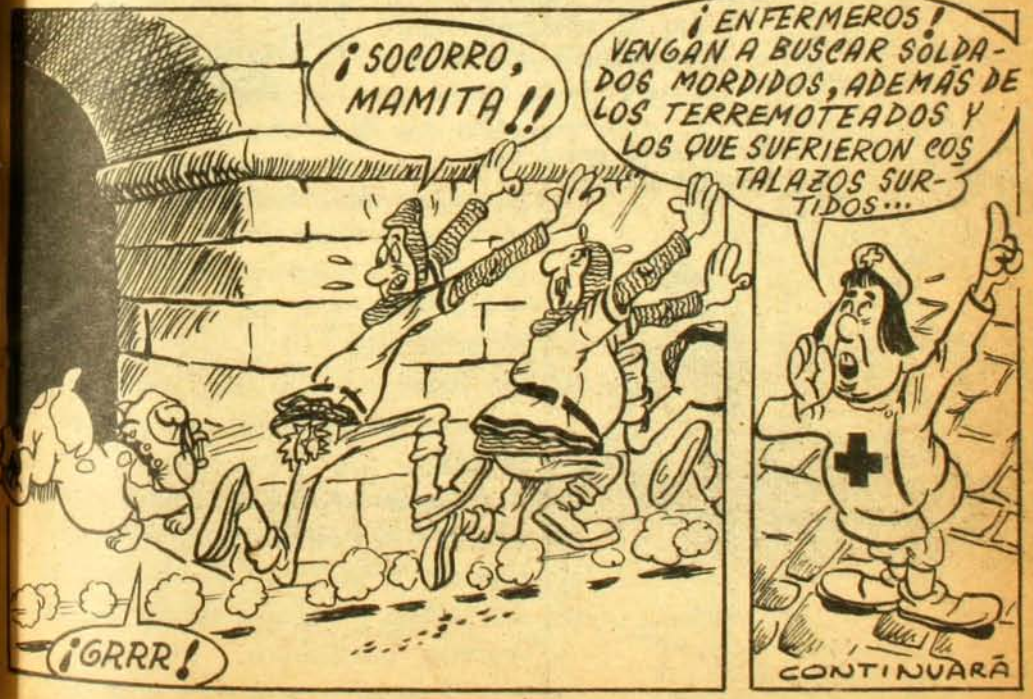


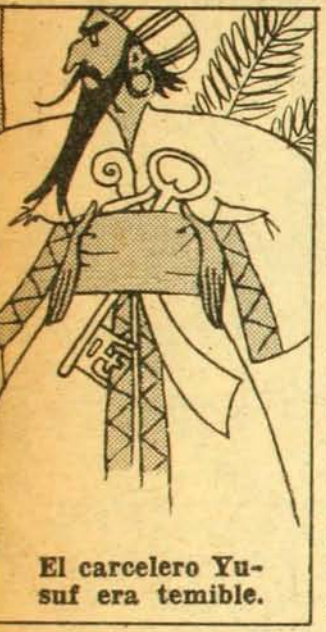
PERO HAY OTROS SOLDADOS QUE NO VIERON A LOS FANTASMITAS FLOTANTES Y COMO TERRIBLÍN NO SABE AÚN ATRAVESAR LAS PAREDES, TIENE QUE CORRER...











El carcelero Yusuf era temible.

CAPITULO V — La partida de ajedrez.

El príncipe Selim había recorrido muchos países en busca de Blancaflor, quien fué vendida como esclava por el sultán Osmán.

Al llegar a Babilonia, supo que en una torre de oro moraban ciento cuarenta esclavas y que la más bella de todas era una extranjera rubia. El príncipe viajero comprendió que la prisionera de la torre dorada era Blancaflor.



Se inició la partida de ajedrez.

El anciano mendigo que le había dado la noticia intentó disuadirlo de acercarse a ese alminar de oro, cuyo guardián era feroz y agresivo. Pero Selim dijo:

—No temas por mí, buen anciano. Seré prudente.

Un fugaz destello pasó por los apagados ojos del mendigo, que observó complacido:

—No eres impulsivo ni jactancioso. He conocido a muchos viajeros que se dirigieron a la torre con grandes gritos de desafío y seguros de vencer. Los vi regresar humillados..., a veces ni si-

* * * * * * * * * * * * * * *





Selim desafió a Yusuf.

quiera los vi regresar. El yatagán de Yusuf es temible.

Pareció sumirse un instante en vagas reflexiones, y después susurró:

—Tú vencerás, oh forastero, porque no sólo eres valiente, sino sagaz.

Selim buscó una posada. Oyó hablar también allí del carcelero. Todas las opiniones eran iguales: Yusuf no temía a nadie y, con su yatagán o simplemente con sus manos de gigante, mantenía alejados a los que intentaban merodear por la torre.

Entre los comentarios, Selim captó uno que agitó su corazón con la esperanza del triunfo. Tal vez allí estaba la clave para vencer. Yusuf era un fanático jugador de ajedrez, y su habilidad en el tablero lo convertía en un rival invencible.

Selim sonrió. Para derrotar a Yusuf no necesitaría desenvainar su espada.

Cuando se presentó ante el guardián real y le desafió a jugar, éste prorrumpió en estruendosas carcajadas.

—¿Y qué me darás cuando hayas perdido? —barbotó entre explosiones de risa.

* * * * * * * * * * * * * * *



—Tú me darás a la esclava llamada Blancaflor.



En una súbita inspiración, Selim hizo una jugada decisiva.

—Soy hijo de Osmán, rey de Armenia. Si pierdo, te daré todas mis riquezas.

—¿Y si ganas, qué debo darte? —preguntó Yusuf con ironía.

—La esclava llamada Blancaflor.

El carcelero vaciló sólo un instante. La codicia relucía en sus ojos. La tentación de jugar era demasiado poderosa.

Instantes después ambos adversarios estaban sentados ante el tablero. Una inmensa multitud presenciaba la partida. No quedó un palacio, ni una humilde vivienda donde no se conociera aquel desafío. Todos estaban seguros de que Yusuf sería el vencedor.



Blancaflor se precipitó a los brazos del príncipe.

Centenares de miradas ansiosas seguían el movimiento de las manos de los jugadores: las toscas y oscuras de Yusuf y las finas y ágiles del forastero desconocido. Vigilaban también las frentes pensativas o la expresión de aquellos rostros. Las pupilas de Yusuf relampagueaban bajo las pobladas cejas y su boca se contraía nerviosa e impaciente. Selim conservaba la calma, y algunos creyeron ver que la sombra de una sonrisa vagaba por sus labios.

De pronto el príncipe hizo una jugada sorpresiva, una jugada nunca vista, que su mente le sugirió. Yusuf, desconcertado, apartó sus ojos de las piezas de marfil y oro para contemplar a su vencedor. Todos contuvieron la respiración, temiendo que el ajedrecista prorrumpiera en insultos y maldiciones. Pero Yusuf era un buen jugador, y, aunque por primera vez se enfrentaba a la derrota, la aceptó.

Encaminándose hacia la puerta de la torre, la abrió. Minutos

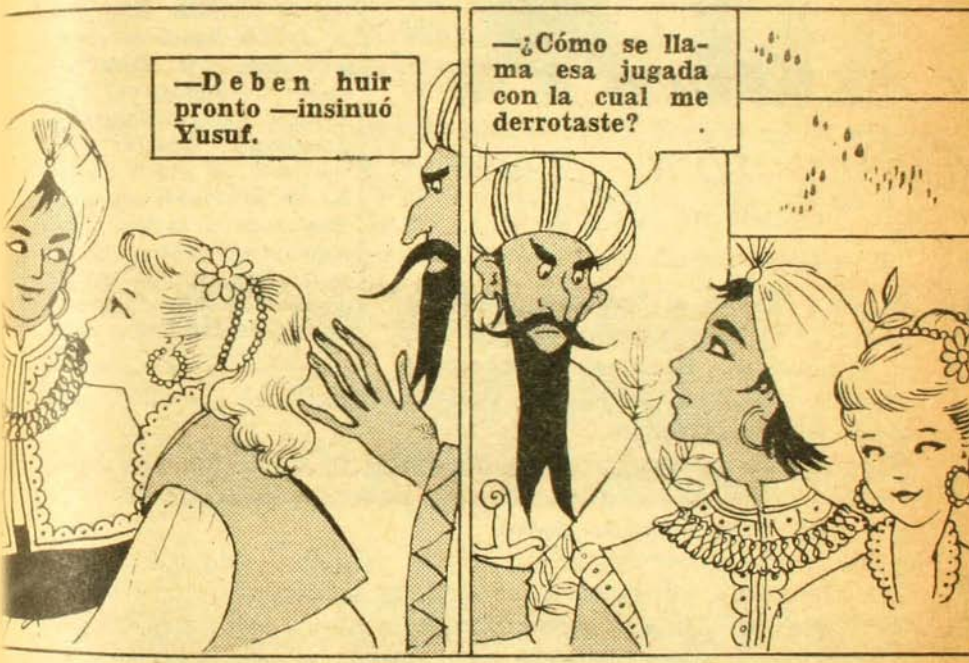
después aparecía Blancaflor, que, al ver a Selim, se precipitó en sus brazos.

—Te esperaba —murmuró, y él vió que de nuevo tenía junto a su corazón la llamarada de oro.

—Deben huir pronto —insinuó Yusuf—. El soberano de Babilonia ignora aún que he cedido a una de sus esclavas.

—Es verdad —asintió Selim, disponiéndose a partir.

—Un momento —dijo Yusuf, intrigado—. Antes de irte, ¿puedes



decirme cómo se llama esa jugada genial con la cual me derrotaste?

Selim sonrió al contestar:

—Fué una inspiración para rescatar a mi amada Blancaflor. Démosle un nombre a propósito: la jugada de los corazones reunidos.

(CONCLUIRA)



LA HIJA DEL SHEIK BLANCO

RESUMEN: Juana Varden llega al reino árabe de Marakand, para servir de dama de compañía a la princesa Jazmín, hija del Emir Harún el Solimán. Aldo Carol la escolta hasta el palacio y le habla del bandido a quien denominan el Sheik Blanco. Este misterioso encapuchado penetra en el aposento de Juana y le roba un prendedor que es recuerdo de su madre. Al día siguiente Juana reemplaza a Kachita en una cita con el Sheik Blanco y descubre que el proscrito es su padre.

CAPITULO III.— Cita en la "Gruta de las Perlas".

El emir Harún el Solimán acudió a recibir a su hija Jazmín, la que, con su exuberancia habitual, le refirió la heroica aventura de Juanita Varden cuando se encontró prisionera del Sheik Blanco.

Juanita bajó la vista, a fin de disimular su turbación. De ninguna manera podía ella confesar que no hubo heroísmo de su parte y que el proscrito era su padre.

—Es preciso aumentar la guardia de palacio —declaró el emir—. Me dicen que ese bandido se está atrincherando en la fortaleza de Istar y que el extranjero que se acerca a sus murallas queda prisionero. El Sheik Blanco tiene espías en Marakand.

—Ha de tenerlos, Excelencia —respondió Aldo Carol—, y ya estoy siguiendo una pista.

Después de un suculento almuerzo, Jazmín y Juanita se retiraron a un extremo del gran vestíbulo, mientras el emir y Aldo continuaban conversando sobre la captura del Sheik Blanco.

De pronto entró Irma Maxel, la hija del gran consejero de Harún el Solimán.

—Jazmín, venía a preguntarte qué piensas hacer esta tarde — dijo Irma a la princesa—. Papá insinuó que podríamos ir a tomar té a los jardines de la mezquita.

—Juanita y yo tenemos otros planes —indicó la princesa—. Quiero mostrarle mi nuevo traje y discutir los pormenores de una fiesta que pienso ofrecer en su honor.

Irma Maxel manifestó su desagrado con un gesto antipático, y en seguida dijo:

—Parece que Juana te acompañó esta mañana a los bazares de Marakand, pero encontró algo más interesante que tu compañía, Jazmín. Me dicen que tuvo una cordial entrevista con el Sheik Blanco...

Jazmín interrumpió a Irma para referirle la heroica actitud de su dama de compañía.

—Extraña coincidencia —exclamó Irma— que otra vez escapara ese bandido mientras hablaba con Juana. ¿Es ésa la faja del Sheik Blanco?

La intrigante hija del consejero Maxel cogió la faja de gruesa seda roja y la examinó prolijamente.

—Veo dos iniciales en la hebilla —dijo Irma—. Aldo, venga a examinar estas letras, por favor.

Juanita tembló de espanto. ¿Serían las verdaderas iniciales de su padre las marcadas en esa faja?

—Hay una marca —indicó Aldo Carol—, pero muy borrada ya. Necesitaríamos una lupa.

—Mi padre posee una muy poderosa —insinuó Irma—. Aldo, yo venía a buscarle porque mi papá ha esbozado un nuevo plan para la captura del Sheik Blanco.

Al decir esto, Irma daba una maliciosa mirada a Juana Varden. La joven institutriz resistió su mirada con firmeza, a pesar de que su corazón latía con fuerza. ¿Sospecharía algo Irma Maxel? ¿Esa hebilla con las iniciales ayudaría a descubrir la verdad?

"Tengo que prevenir a mi padre sobre este nuevo peligro", pensó Juana.

—Dejemos a Irma y Carol hablando de asuntos serios —interrumpió Jazmín—, y tú, Juanita, ven conmigo.

Cogiendo del brazo a su nueva amiga, la princesa trepó corriendo la escalera de mármol y entró como un torbellino en su lujoso aposento.

La princesa Jazmín.



—Juanita, vas a enseñarme a vestir como una dama europea —decía Jazmín a su institutriz.
—Para comenzar —declaró sonriendo Juana—, es preciso que seas más ordenada. Una niña inglesa no arruga sus trajes ni los deja tirados sobre sillas y divanes.
—Tengo tanto que aprender —suspiró la encantadora Jazmín, mientras se probaba el traje de amazona—. Mira, Juanita; parezco un muchacho.
—Te ves deliciosa —murmuró Juanita con verdadera admiración—. Ahora avanza sin mover los brazos. No rías con la boca abierta. Muy bien. Di: "¿Cómo está usted, señorita Varden?", efectuando una ligera inclinación. Muy mal... Otra vez.
Así pasaron varios minutos, hasta que Jazmín decidió despojarse de su tenida europea y probarse otro vestido muy hermoso que su padre le había obsequiado recientemente.
—Juanita —dijo de pronto la princesa—, como ya te dije, proyecto ofrecer una fiesta en tu honor. Un *garden-party*, como los que he visto en las películas.
—Los jardines del palacio se prestan para esa clase de fiestas —asintió Juanita—. Ya la organizaremos. Por el momento vas a recoger toda esta ropa que has dejado fuera de su sitio.
Estaban colgando las ricas sederías, cuando se entreabrieron los cortinajes y apareció Irma Maxel, diciendo con ironía:
—¿Muy ocupadas están ustedes?
—Estamos elaborando planes para una excursión. Esta tarde Juanita y yo iremos a la "Gruta de las Perlas".
Fué tal el estupor de Juanita al oír las palabras de la princesa, que un quimono que tenía en sus manos cayó al suelo. El Sheik Blanco le había dado una cita en la "Gruta de las Perlas", y si Jazmín decidía ir allá, ¿qué ocurriría?
—¿Por qué esta tarde? —inquirió Irma, sin apartar la vista de la turbada Juana.
—Yo creo que sería mejor dejar esta excursión para otra tarde —se atrevió a proponer Juana Varden—. Hoy fuimos a los bazares, y puedes cansarte...
—Cosas de institutrices —exclamó la insoportable Irma—. ¿Cómo se le ocurre pensar en cansancios y tonterías? ¿Parece, señorita, que a usted no le agrada la idea de ir a la "Gruta de las Perlas"?
—Por mí no —declaró Juanita—, pero tal vez el emir...



Irma Maxel interrumpió la amistosa charla de Juanita y Jazmín.

—Voy a pedirle permiso en el acto —expresó Jazmín—. Aguarden un momento.

Mientras se ausentaba la princesa, Juana Varden se dedicó a guardar los trajes, consciente de que Irma Maxel la observaba atentamente.

Jazmín entró como un torbellino en la estancia.

—Papá da permiso, y agregó que yo podía ir donde quisiera con Juanita, porque confiaba en su prudencia —declaró Jazmín—. Ahora, a preparar los víveres para el *picnic*.

La suerte estaba echada, y Juanita ya no podía oponerse a la voluntad de su empleadora.

—Que lo pasen bien —insinuó Irma—. Yo tengo otra cosa que hacer. Papá y el emir Harún el Solimán han forjado un plan para capturar al Sheik Blanco. Yo les acompañaré.

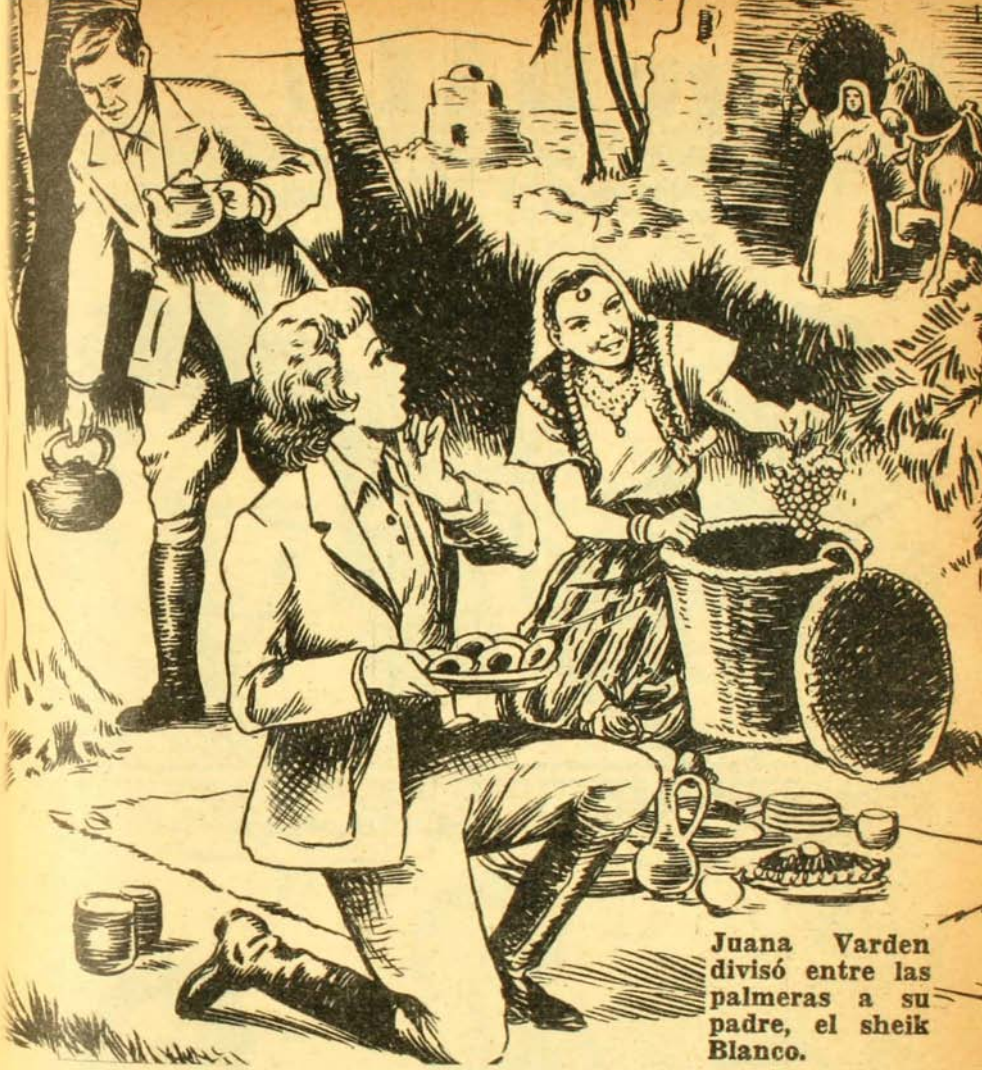
Diciendo esto, Irma se alejó.

—Nos vamos a divertir mucho —decía entretanto Jazmín—. He ordenado que ensillen dos caballos, porque la "Gruta de las Perlas" está lejos de aquí. Ve a cambiarte de ropa, Juanita.

—¿Y por qué esta misma tarde y no mañana? —sugirió de nuevo Juanita—. Yo creía que hoy íbamos a discutir el plan para la fiesta próxima.

—Yo quiero ir hoy —insistió la caprichosa princesa—, y siem-

pre hago lo que deseo. Regresaremos al atardecer. Verás qué linda es la "Gruta de las Perlas".
La hija del Sheik Blanco no se atrevió a insistir más, y, muy inquieta, decidió acompañar a Jazmín.
Aquel paseo a caballo por el desierto en otras circunstancias habría sido muy agradable para la viajera; pero esa tarde su padre la esperaba en la "Gruta de las Perlas", y la presencia de Jazmín sería peligrosa.
—Galopemos, Juanita —gritó la vivaracha princesa—. A ver quién llega primero a la "Gruta de las Perlas".
Tras una vertiginosa carrera, ambas niñas llegaron al oasis en el cual estaba situada la ruinosa mezquita.
Juana Varden paseó su vista por el verde follaje de palmeras y cocoteros, mientras Jazmín abría el cesto con frutas y panecillos para la merienda.
El cielo teñíase ya de celajes rojos y las palmeras daban sombra a la arena.
—Allá viene Aldo Carol —exclamó Jazmín con visible regocijo—. Aseguro que acude a vigilar nuestra conducta.
Aldo Carol desmontó y preguntó a las jóvenes:
—¿Qué hacen ustedes aquí?
—Hemos venido a visitar la "Gruta de las Perlas" —dijo Juanita, sin alzar la vista.
—Y preparan la merienda —agregó el simpático Aldo—. Buena idea. ¿Me invitan ustedes?
—Le admitimos, siempre que se conduzca bien —respondió Jazmín—. Después del té, Juanita y yo exploraremos el oasis.
—Y yo también lo exploraré —dijo Aldo, mirando a Juanita con cierta malicia y como escudriñando su turbado semblante—. Jazmín, yo me preocuparé de calentar el agua para el té, en tanto que ustedes colocan los manjares sobre el mantel.
Juanita entregó las teteras a Aldo Carol. Sus manos temblaban... Había llegado la hora de la cita y temía que su padre apareciera en cualquier momento.
De súbito oyó un débil silbido y su corazón se estremeció.
Inmóvil entre las sombras de las palmeras, con la mano sobre la brida de su corcel, se hallaba el Sheik Blanco.
Juana Varden desvió la vista hacia Carol y Jazmín. Con gran alivio advirtió que ninguno de los dos había divisado aún al Sheik Blanco. Ambos estaban discutiendo sobre la manera de preparar el té y reían con juvenil alegría.



Juana Varden divisó entre las palmeras a su padre, el sheik Blanco.

—Juanita —suplicó Jazmín—, interviene tú en esta discusión. Aldo nos dejará sin tomar té. Ignora cómo se prepara esta bebida. Juana se esforzó por sonreír, a fin de que Aldo no descubriera su ansiedad y terror. Aparentemente, el joven Carol no abrigaba sospechas del drama que se desarrollaba casi ante sus ojos. Los tres amigos rodearon el mantelillo y durante un cuarto de hora estuvieron charlando frívolamente.

Dos veces se atrevió Juana a mirar hacia el grupo de palmeras donde había aparecido el Sheik Blanco. La segunda vez tuvo suficiente serenidad para indicarle con la mano que se alejara.

(CONTINUARA)

Ponchito

por nato







EL REINO DESTRUIDO

CAPITULO VII.—Las sospechas de Cayo Sestilio.

El cónsul romano Cayo Sestilio había subido a bordo de la nave capitana de Valerio, para decir a éste que, por orden del César, debía capturar a Fulvio Luceri.

Valerio acogió con desagrado esta noticia. Era un marino intachable, con un rígido código del honor. Las persecuciones dispuestas por Nerón debían ser ejecutadas, según su criterio, por los esbirros de la guardia pretoriana.

Al advertir las vacilaciones del navegante, Cayo sugirió con maligna expresión:

—Se trata del arresto de un cristiano. Si te niegas, el emperador creerá que eres partidario de la cruz. Entonces las fieras del circo darán cuenta de ti...

Valerio no demostró temor. Obedecería la orden imperial, pero sin desplegar grandes esfuerzos. No lo guiaban el odio hacia el perseguido ni el deseo de halagar a Nerón.

Recordó en ese instante que su amigo el mercader Silio se había retirado, pretextando cansancio. Sin duda se dirigió a su nave "Minerva"..., más rápida que las galeras imperiales. La idea de que Silio prevendría tal vez a Fulvio sobre el peligro que lo amenazaba cruzó por la mente de Valerio.



—Se trata del arresto de un cristiano.

—¿En qué piensas? —indagó Cayo, sospechoso.

—En nada. Levaré anclas al amanecer.

—¿Puedo pasar la noche a bordo?

—Por cierto. Que los dioses velen tu sueño.

Al rayar el día, Cayo Sestilio su-

bió al puente. Se advertía gran agitación en las naves, que se preparaban para el viaje a Numidia.

—¡Salve! —le saludó el comandante de la flota—. ¿Has descansado bien?

—Me pareció oír a medianoche un tumulto, voces, rumores sofocados. ¿Qué era?



Valerio recordó que Silio se dirigió a su nave, "Minerva".

—El "Minerva", que salió mar afuera.

—¿En plena noche? ¿No te parece extraño?

Valerio presentía un oculto propósito en la actitud de Silio, pero no expresó sus deducciones. De todos modos, la misma idea se había infiltrado en el cerebro de Cayo Sestilio.

—¿Crees que le dará aviso a Fulvio para que huya?

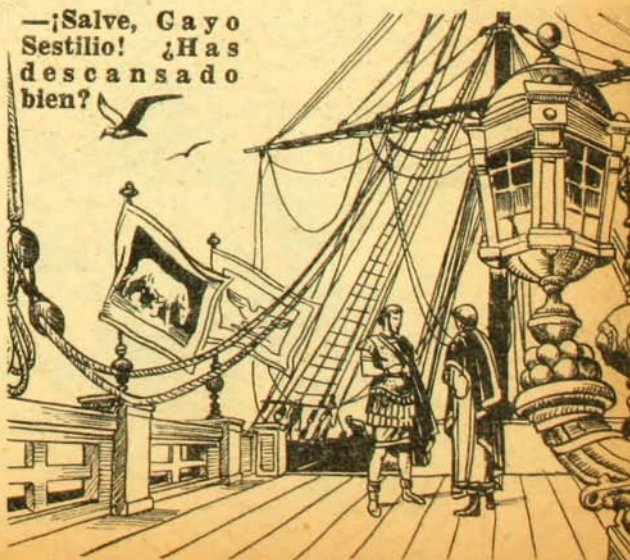
—Tus sospechas son exageradas. Dudas de todo. Pero, aun suponiendo que Silio navegue a velas desplegadas hacia Numidia, mi nave capitana lo alcanzará. ¿Estás satisfecho?

—Sí, y confío en que captures al enemigo del César.

El temor de que Fulvio pudiera escapar a la cólera del emperador, demudó su rostro. El había encendido la furia de Nerón, logrando que éste diera orden de perseguir al joven patricio.

—Tienes que arrestarlo —insistió, pálido de ansiedad—. Alcanza a ese maldito mercader.

—¿De qué lo acusas? —rebatió el marino, sin alterarse—. Silio tal vez se dedica tranquilamente a sus negocios mientras nosotros suponemos que ha ido a advertir al proscrito. ¡Por el olímpico Jove! ¿Por qué perdemos tiempo en falsas suposiciones?



—¡Salve, Cayo Sestilio! ¿Has descansado bien?



—Me pareció oir un tumulto a medianoche.

—Tal vez no sean falsas —insistió Cayo Sestilio sin abandonar sus recelos—. Ve con los ojos bien abiertos y no vaciles en hundir en los mares a Silio si descubres en él alguna señal de traición.

—Así lo haré —accedió Valerio con un gesto de cansancio.

Cuando el cónsul desembarcó, la galera se dispuso a abandonar Miseno, uno de los dos grandes puertos del imperio romano.

Acompasadamente los remos hendieron el agua, siguiendo el ritmo marcado por el hortator o jefe de los remeros.

Por su parte, Silio también vigilaba la marcha de su nave. Exigió a su hortator la máxima velocidad. Sobre las bancas, los galeotes impulsaban los remos con tal fuerza que casi los doblaban.

—¡Más rápidez! —clamaba Silio—. Tenemos que llegar a Numidia antes que Valerio.

—Es imposible exigir más a los galeotes —repuso el jefe de los

"Aunque el "Minerva" navegue a velas desplegadas..."



remeros—. Morirían y entonces sí que lamentarías, señor, la lentitud del "Minerva".

—Tienes razón —reconoció Silio entre dientes, observando con ansia el lejano horizonte. ¿Cuándo aparecerían las costas de Numidia?

(CONTINUARA)

Correspondencia

JOYITA BAHAMONDES. Desde Puerto Montt nos envía felicitaciones por esta pequeña gran revista que es el ídolo de todos los niños chilenos.

ELEANORA RIMASSA, LUCIA ARAYA, TRIGUITO FUENTES. Lectores asiduos de "SIMBAD", se complacen en declarar que como la revista "SIMBAD"... NO HAY...

FLORENTINA VELIZ. Todas las respuestas exactas se toman para el sorteo. Son tantas, que es imposible que todas salgan premiadas semanalmente.

EDMUNDO MARAMBIO, MAURICIO CERECEDA. Nos felicitan por la constante superación de la revista que más les agrada, y ésta es "SIMBAD".

JUAN ROJAS, MARCELA ROJAS. Agradecemos sus entusiastas felicitaciones.

BERTA REICHART. Por cierto que la recordamos como lectora antigua y fiel. Ahora está usted haciendo leer el "SIMBAD" a sus hermanitos pequeños, quienes se deleitan con "Juan y Juanita", "Fantasmita", "Pochito y Pelusita".

GABRIELA RIQUELME, XIMENA VERGARA. Transmitiremos sus felicitaciones a los dibujantes Nato y Elena Poirier, por sus lindos dibujos.

VITALIA OLIVOS, ADRIANA VILLARROEL, ESTER PAVEZ.—Nos felicitan por las seriales "Príncipes Fugitivos", "Corsario Negro" y "Princesa Muñeca". También envían felicitaciones a Elena Poirier y Nato por sus dibujos.

NESTOR LINCOPIL.—Enviamos el disco que obtuvo usted de premio. No tardará en llegar.

HIPOLITO OLIVARES, IBIS SEPULVEDA, CATALINA COSTA.—Muy fieles lectores de la pequeña gran revista "SIMBAD", que es la favorita de sus hogares y de todos sus compañeros de colegio. Retribuímos sus saludos.

SILVIO MEDONE, MONICA DELANO.—Los premios tardan en llegar, pero tengan paciencia y esperen confiados.

ROSA ESPINOZA, LEDDA VALDES.—Si no consiguen la revista, reclamen a los agentes de la EMPRESA EDITORA ZIG-ZAG en sus respectivas ciudades o en los quioscos que venden revistas de esta empresa.

CARLOS RODRIGUEZ.—"La Hija de las Islas" ha sido una de las seriales favoritas de nuestros lectores. A continuación leerán "Reino Destruído", serial histórica y muy interesante.

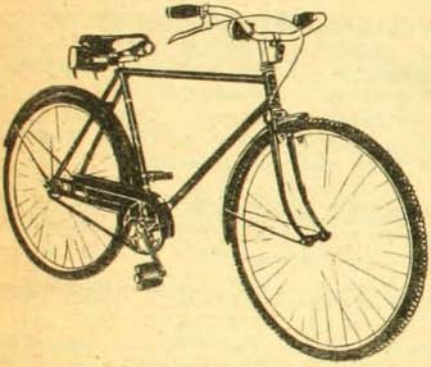
ROXANE.

Grandioso Sorteo de Fiestas Patrias

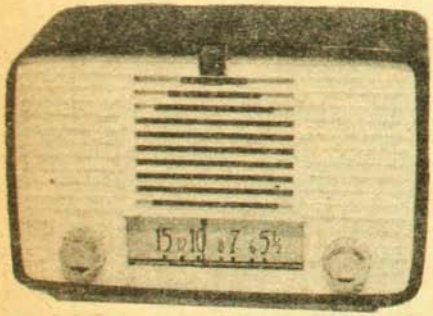
"SIMBAD" ofrece a sus lectores

$ 200.000.

en valiosos obsequios, a repartirse el sábado 10 de septiembre. Damos algunos de los principales premios que se sortearán entre los lectores de "SIMBAD" únicamente



¿Le gustaría esta hermosa bicicleta? Puede ser suya con sólo ser lector de "SIMBAD".



Aquí hay otro valioso premio para usted, asiduo lectorcito de "SIMBAD". En el próximo número verá las bases para este gran sorteo gratis de Fiestas Patrias. Reserve su ejemplar con anticipación.

¿LO SABES TU?

¿PODRIAS DECIRNOS EL NOMBRE DE LOS PAISES CENTROAMERICANOS?

Solución a "SIMBAD" 280: El 6 de enero se celebra la Pascua de los Negros.

Entre los niños que enviaron soluciones exactas se sortearon los siguientes nombres: UNA SUSCRIPCION TRIMESTRAL: Mónica Márquez, Santiago; Silvia Mora, Concepción; Oriana Morales, Santiago; Graciela Campos, Rancagua; Bruno Poblete, Talca; Juan Bustamante, Viña del Mar. CON CINCUENTA PESOS: Ana Luz Vial, Cisterna; Olga Cammás, Santiago; César Mendoza, Talcahuano; Nancy Rodríguez, Angol; Paulina Urzúa, Los Angeles; Guillermo Cepeda, Los Andes; Lucy Campusano, Valparaíso; Iris Medina, San Carlos; Guadalupe Toro, Las Condes; Rodrigo Castañeda, Constitución. UN LIBRO: J. Moreira, Victoria; Verónica de Godoy, Estación Altamira; Fernando Rodríguez, Pichilemu; Wilma Pedemonte, Copiapó; Carlos Sánchez, Peumo; Laura Molina, Valparaíso; Dina Rojas, Santiago; Irma Gómez, Talcahuano; Leonardo Ibáñez, Los Andes; Carmen González, Rancagua; Gladys Magdalena Chiquini, Santiago.



Los lectores de provincia recibirán sus premios por correo; los de Santiago deben cobrarlos en nuestras oficinas, Avda. Santa María 076, 2.º piso.

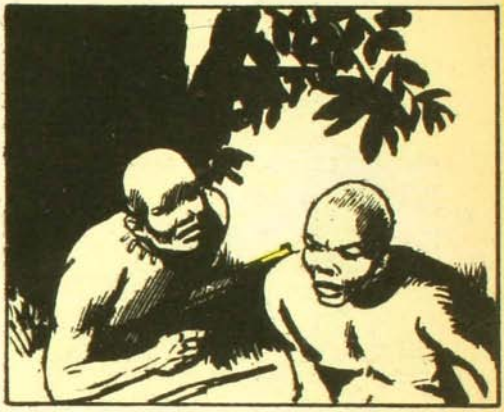
CUPON DEL CONCURSO Semanal

SIMBAD N.º 282

Empresa Editora Zig-Zag, S. A. — Santiago de Chile, 1955.

Juan y Juanita





3. Tipaya susurró: "—Bwana Juanito, los inganas se niegan a atacar, porque son amigos de Bozambo, guía del bwana Fox. Ve a decir a mis cazadores que rodeen el campamento del demonio blanco". En seguida dijo a uno de sus hombres: "—Listo para el asalto. No te descuides con el arma que lanza fuego".





4. El plan de Tipaya obtuvo éxito. Los cazadores surgieron silenciosos y amenazantes, rodeando a los inganas, que, al reconocerlos, no opusieron resistencia. También eran amigos de Tipaya, el gran cazador. Pálido de furia, el derrotado jefe se refugió detrás de un árbol.

(CONTINUARA)

PELUSITA POR NATO



Simbad

JUAN Y JUANITA N.º 283

$ 10.-



Juan y Juanita

CAPITULO LXII.—GRANDES AMIGOS





1. Bronson, un evadido de presidio, era el jefe de la tribu ingana, que, bajo su dirección, se había convertido en el terror de la selva. Pero los nativos se negaron a obedecerle cuando les ordenó atacar el campamento de Samuel Fox. Más tarde huyó, perseguido por los cazadores de Tipaya.





2. "—¡Condenados salvajes! —gruñía el forajido—. Los inganas me desobedecieron, primero porque son amigos de un maldito negro llamado Bozambo, guía de Samuel Fox, y después, porque también son amigos de Tipaya el cazador." Al llegar al río, se lanzó a él. De pronto surgió de las aguas un cocodrilo.

(Continúa en la penúltima página.)

Simbad

AÑO VI — 2-II-1955 — N.º 283

Directora: Elvira Santa Cruz (Roxane)
Suscripción anual: $ 490.—
Semestral: $ 250.—
Recargo por vía certificada: Anual: $ 21.—. Semestral: $ 11.—.
Extranjero:
Anual: U.S.$ 2,10
Semestral: U.S.$ 1,05
Recargo por vía certificada: Anual: U.S.$ 0,20
Semestral: U.S.$ 0,10

La Princesa Muñeca

CAPITULO IX.—El círculo mágico.

Mientras el mal canciller Rodar había dejado de ser un cuervo porque el hada Mirtala le devolvió su forma natural, la princesa-muñeca y Malvina volaban en la nube de oro con el hada Mirtala.

La nube se elevaba en el diáfano cielo.

—¿Dónde quieres ir? —preguntó Mirtala a su ahijada.

—Malvina tiene hambre y necesita reposo —dijo la princesa Veni.

El hada Mirtala condujo a sus protegidas hasta su maravillosa mansión. Esta se alzaba sobre muros de mosaico a orillas del río. Poseía riquezas inmensas en sus salones y praderas con lindas flores.



El mago Focio se transformó en un viejo leñador.

Malvina quedó atónita ante tanta belleza; le sirvieron en platos de oro exquisitos manjares, y, terminado el banquete, el hada Mirtala la llevó a un dormitorio tan regio como el resto del palacio.

Mirtala quedó sola con su ahijada.

—¿Qué harás con esa niña que has sacado de su casa a recorrer tan peligrosas aventuras? —preguntó el hada a la princesa-muñeca.

—Será mi mejor amiga y yo imitaré sus virtudes —respondió Veni.

—Te deseo éxito, pero tendrás que combatir contra terribles enemigos —declaró Mirtala.

Al día siguiente, el carruaje blanco estuvo a disposición de las viajeras y el hada Mirtala, para preservarlas de las asechanzas del mago Focio, las rodeó de un círculo mágico, prometiéndoles que velaría por ellas hasta que llegaran a casa del mago Silerio.

Largo fué el viaje de las niñas. Tuvieron que pasar por inmensas llanuras y bosques. De pronto, divisaron a un anciano cargado con un ato de leña.

—Pobre viejo —dijo Malvina, quien deseaba aparecer como persona caritativa—. ¿Quieres QUE LE AYUDEMOS A LLEVAR ESA LEÑA?

—Bueno —dijo la princesa-muñeca.

Pero los caballos del blanco carruaje, en vez de obedecer a las riendas, emprendieron veloz carrera.

—Sin duda, ese viejo leñador era el mago Focio —explicó Veni a Malvina—, y el hada Mirtala impidió que nos detuviéramos.

Un poco más lejos el coche se vió detenido por un gran tronco que cerraba el camino.

Malvina quiso bajarse, cuando divisó a corta distancia otro carruaje guiado por el auriga del mago Focio.

—No te muevas —indicó la princesa-muñeca—. Estamos rodeadas por un círculo mágico y Focio no podrá hacernos mal.

En ese instante apareció el mago Focio y con acento burlón gritó a las viajeras:

—Qué alegría de volver a verte, Malvina. Esta vez no te escaparás, ni tú ni la princesa-muñeca.

Y diciendo esto, el mago Focio alargó el brazo para coger a Malvina; pero un poder invisible le detuvo y le arrojó brutalmente hacia atrás.

—Están ustedes rodeadas de un círculo mágico —exclamó furioso el mago—, pero yo también tengo poder para impedir que el hada Mirtala se acerque a ustedes.

Describiendo en el aire un gran círculo, el mago Focio se sentó sobre el tronco que obstruía el camino.

—A pesar del círculo mágico, son ustedes mis prisioneras —declaró Focio, riendo diabólicamente.

—Paciencia —suplicó la princesa-muñeca a Malvina.

De pronto, la hija del guardabosque divisó entre los árboles una figura luminosa que le hacía cariñosas señales. Era el hada Mirtala, quien, no pudiendo aproximarse al sitio hechizado por el diabólico Focio, le indicaba que desde lejos trabajaría por ellas.



Un gran tronco impedía avanzar el carruaje que el mago detenía.



Malvina y su muñeca descendieron por un hoyo abierto por los duendes.

Transcurrieron las horas, y el mago Focio continuaba burlándose de las pobres viajeras. Atardecía ya, cuando la princesa-muñeca sintió que el cochecito blanco comenzaba a moverse suavemente.

Golpes leves y continuos resonaban bajo la tierra.

—Mira hacia abajo —dijo Veni a Malvina—. Algo ocurre en el subsuelo.

Malvina se inclinó y advirtió que la tierra se abría por el lado opuesto al cual las vigilaba el mago Focio.

—Bajen pronto y sin hacer ruido —murmuró el hada Mirtala desde el orificio abierto en la tierra.

Malvina y Veni se deslizaron del carruaje y se introdujeron en el hoyo, que inmediatamente se cerró.

Malvina se encontró en un túnel muy estrecho, poblado de duendecillos rojos armados de picas.

Uno de los duendes se aproximó al hada Mirtala.

—Terminado el trabajo, hermosa hada —dijo el rey de los duendecillos—. Tus protegidas están sanas y salvas en mis dominios.

—Gracias por tu ayuda, Kail —respondió el hada Mirtala—. Merced a ti y a tus buenos hermanitos he podido libertar a las prisioneras del mago Focio.

El rey de los duendes besó los finos dedos del hada Mirtala y desapareció con su corte.

—Ahora subiremos de nuevo al bosque —expresó Mirtala—, y nos detendremos en la mansión del mago Silerio.

Esta vez nada tenían que temer las viajeras, porque el hada Mirtala caminaba junto a ellas sin abandonarlas un instante.

Al confín de una vasta llanura se divisaba una regia mansión. Repercutía en el espacio el argentino son de miles de campanillas

formadas por corolas de flores. Todo era alegre y risueño en ese vergel florido.

—He aquí la mansión del mago Silerio —dijo el hada Mirtala—. Malvina, avanza hasta la puerta y yo te seguiré con la princesa-muñeca.

Veni quedó en los brazos de su madrina, en tanto que Malvina se aproximaba a la puerta y cogía el golpeador de diamante.

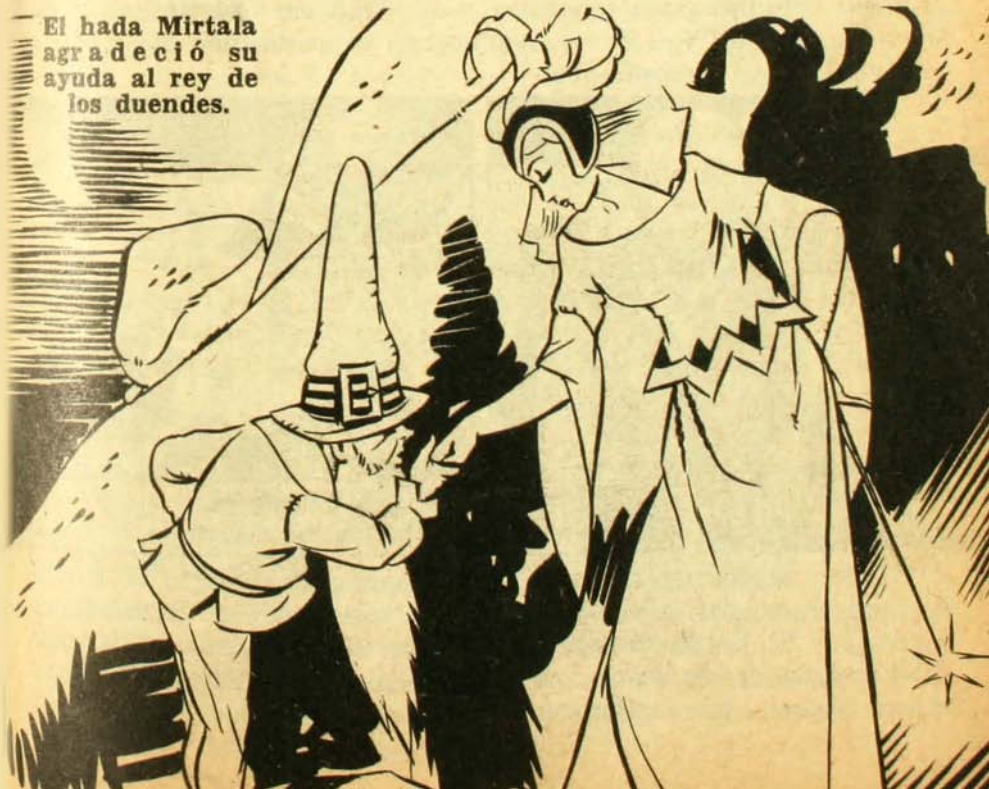
Al punto se abrió una puerta y la hija del guardabosque atravesó una galería al fondo de la cual se divisaba un enorme espejo.

—Mira a tu amiga Malvina —dijo el hada Mirtala a Veni—. Con cuánta confianza camina hacia su destino. Varias veces te he preguntado si dijiste a Malvina que si el espejo se empañaba, ella quedaría convertida en muñeca. Dime la verdad.

—Madrina, no se lo dije —murmuró Bienvenida—, pero estoy segura que Malvina es la niña perfecta.

—Siempre egoísta y mentirosa —suspiró el hada Mirtala—. Veni, Veni, tendrás aún mucho que sufrir antes de volver al reino de Giraldo.

(CONTINUARA)



El hada Mirtala agradeció su ayuda al rey de los duendes.

EL·SECRETO·DEL ALQUIMISTA

CAPITULO I.— EL MAGO Y EL HEROE



1. En la Edad Media existían numerosos alquimistas que hacían experimentos para fabricar oro por medio de la piedra filosofal. Helenio estudiaba sin descanso y el libro de Ostanés no tenía secretos para él. "— Es un hechicero", murmuraban las vecinas, mirándole con desconfianza.



2. La noticia de que Helenio por fin había descubierto la fórmula para trasmutar cualquier metal en oro puro se difundió por la región. El barón Grenai se estremeció de codicia al saberlo. "—Vuestros cofres están vacíos, observó Jean Gilés. El alquimista Helenio puede llenarlos".



3. Grenai observó complacido a su consejero. Era sagaz, ambicioso y maligno como un joven demonio. Entre los dos fraguaron un complot. Y mientras las pupilas del barón fulguraban ávidamente, una sonrisa de astucia recorría los labios de Jean. Ambos ignoraban la llegada de Ogier.



4. El doncel visitó antes que a nadie a Helenio, su padre adoptivo. "—Bien venido, hijo mío, exclamó el alquimista. Tu nombre es cantado por los trovadores de gestas. He oído hablar de tu brazo invencible y de tu corazón sin maldad". Ogier sonrió: "—Y yo he oído decir que fabricáis oro".

EL SECRETO DEL ALQUIMISTA





5. De pronto una expresión preocupada apagó su sonrisa. "—Debéis cuidaros mucho, maestro. El oro es una materia malsana, que atrae la codicia y el crimen". El alquimista repuso: "—No temas, hijo. Ve a saludar a tus amigos. Se alegrarán de verte. Y nada me sucederá, porque un héroe ha llegado junto a mí".





6. No estaba lejano el momento en que Helenio se vería amenazado. Grenai había dado instrucciones a sus esbirros y éstos, con expresiones torvas, se acercaron al solitario castillo donde moraba el mago. La luz de la luna iluminaba plácidamente las siniestras sombras que se deslizaban en silencio.





7. El anciano trabajaba en su laboratorio. No experimentaba temor alguno. Sabía que los alquimistas eran perseguidos por brujería y condenados a morir en la hoguera. Pero él no practicaba el ocultismo, ni era un charlatán, sino un verdadero sabio. De pronto se sintió asido por manos brutales.





8. Vislumbró un rostro fino, de rasgos astutos y crueles, y vió alzarse un mazo que caería sobre él para hundirle la cabeza. Pero el barón Grenai espiaba el momento oportuno y apareció de pronto, gritando: "—¡Deteneos, Gilés! Estáis trastornado. ¿Os convertiréis en un miserable asesino?". (CONTINUARA)



EL CORSARIO NEGRO

CAPITULO XVII.

La flota pirata se había reunido y los filibusteros desembarcaban para asaltar los fuertes de Gibraltar. Ordenado en columnas, el pequeño ejército, guiado por sus tres jefes marchó a través de los bosques. Veinte piratas quedaron de guardia para vigilar las chalupas.

Los filibusteros sabían que los españoles estaban alerta y que habían preparado emboscadas para diezmarlos antes de que llegaran a la plaza.

Cuando Pedro el Olonés avistó los dos fuertes almenados, gruñó:

—Va a ser difícil atacar sin artillería ni escalas. Será preciso hacer prodigios de valor, o si no, nos darán tal paliza que nos quitarán por mucho tiempo las ganas de volver a inquietar a los españoles.

—Los caminos están cerrados —añadió el Corsario Negro—. Y, además, mira aquel pantano que nos corta el paso y que nos obligará a construir puentes volantes.

—La llanura está inundada —terció Miguel el Vasco, lúgubremente—. ¡Mil tiburones! El comandante de la fortaleza ha echado mano de todos los recursos.

Los tres capitanes bucaneros deliberaron un instante, acordando que El Corsario Negro y el Vasco guiarían a sus hombres a través de las marismas, mientras el Olonés rodeaba la margen extrema y, marchando al amparo de los árboles, procuraría llegar sin ser visto debajo de los muros del primer fuerte.

—¿Y las escalas, Pedro? —observó el Corsario.

—Ya tengo mi plan —sonrió el formidable filibustero.

Trescientos ochenta hombres armados de sables y algunas pistolas, con treinta cargas solamente, se internaron en las ciénagas.

Llevaban haces de leña y gruesas ramas de árboles para lanzarlos sobre el fango y poder avanzar.

Apenas iniciaban la arriesgada travesía cuando la batería española emplazada en la ribera opuesta envió una andanada de fuego. Era una advertencia peligrosa, pero los audaces aventureros del mar no se detuvieron.



Bajo el fuego furioso, los audaces piratas atravesaron el pantano.

Aunque la metralla alzaba columnas de agua y fuego, el avance continuaba, fatigoso y heroico. Las ramas no eran suficientes para cruzar todo el pantano y aquellos valientes se veían obligados, siempre bajo el fuego de la batería, a sumergirse en el lodo para levantar los troncos y los haces y llevarlos adelante.

Las mortales descargas abatían a los hombres que iban en primera fila. En medio de aquel infierno, el Vasco y el Corsario Negro conservaban una sangre fría admirable. Animaban a todos con la voz y con el ejemplo, daban aliento a los heridos. Ya se adelantaban, ya volvían a retaguardia para dar prisa a los que portaban los troncos y los haces, e indicaban los lugares más cubiertos de cañas para no exponer a sus hombres al incesante fuego enemigo.

Aun cuando los filibusteros comenzaban a dudar del éxito de aquella empresa que consideraban como una locura suicida, no perdían su valor y trabajaban afanosamente, seguros de que si llegaban a pasar el pantano, vencerían fácilmente a los defensores del bastión. La metralla seguía ha-



Cayeron como furias desatadas contra los defensores del bastión.

ciendo estragos. Más de doce corsarios, heridos de muerte, habían desaparecido bajo el fango y otros veinte se debatían, alcanzados por las descargas. Pero no se quejaban y rehusaban ser socorridos, exclamando:

—¡Adelante, hermanos! ¡Vengadnos!

Tanta tenacidad, tanta audacia debían triunfar por fin.

Rebasado el último espacio, después de nuevas pérdidas y de inmensas fatigas, pusieron pie en tierra firme. Organizarse a escape y lanzarse al asalto, fué cuestión de segundos.

Nadie hubiera podido resistir la embestida de aquellos hombres terribles, sedientos de venganza. Como furias desatadas, vencieron a los artilleros y a los soldados.



—¿Sólo doce hombres? ¿Y los demás? —preguntó el Olonés, palideciendo.

Luego prosiguieron la marcha con renovados ánimos. Pero la segunda batería estaba defendida por muchas bocas de fuego y tropas numerosas. Las balas de los cañones gruesos hicieron huir en desbandada a los piratas. Sólo el Corsario Negro y doce hombres, entre ellos Carmaux y Stiller, no retrocedieron. Caminando a cubierto, entre los bosquecillos que flanqueaban la llanura, se reunieron con la banda del Olonés.

—¡Aquí llegan refuerzos! —gritó Pedro Nau, con alegría.

—Refuerzos bien pobres —repuso el Corsario Negro—. Son sólo doce hombres.

—¡Doce! ¿Y los demás? —dijo el Olonés, palideciendo.

—Han sido rechazados hacia la laguna, después de graves pérdidas.

—No importa. Daremos el asalto del fuerte más grande.

—¿Y cómo vamos a invadirlo? No tenemos escalas.

—Es cierto, pero obligaré a los españoles a salir, simulando una huida precipitada. Ya están prevenidos mis corsarios.



Los españoles abandonaron imprudentemente el fuerte.

Volviéndose hacia sus hombres, el Olonés gritó:

—¡Filibusteros de las Tortugas, al asalto!

Al verlos aparecer, los españoles dispararon para barrer la explanada, pero ya era demasiado tarde. Los asaltantes ascendían por las escarpas, disparando las pistolas. Algunos habían logrado subir cuando se oyó la voz tonante del Olonés:

—¡Hombres del mar! ¡En retirada!

Los piratas se apresuraron a obedecer y huyeron hacia el vecino bosque. Los defensores del fuerte, creyendo que los exterminarían con facilidad, en vez de ametrallarlos con los cañones, bajaron los puentes levadizos y se lanzaron imprudentemente al campo para caer sobre ellos. Esto era lo que esperaba el Olonés. Minutos después, se libraba una batalla descomunal.

(CONTINUARA)

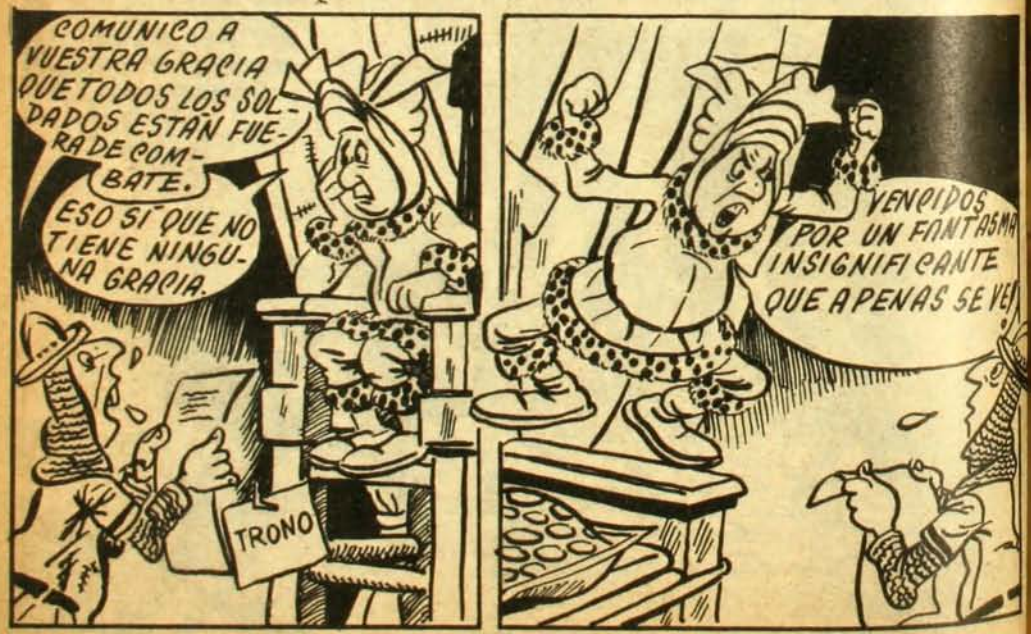


Se libró entonces una batalla descomunal.

El fantasmita

CASI TODOS LOS SOLDADOS DEL CASTILLO DE BALO YACEN HERIDOS POR PERSEGUIR AL FANTASMITA.















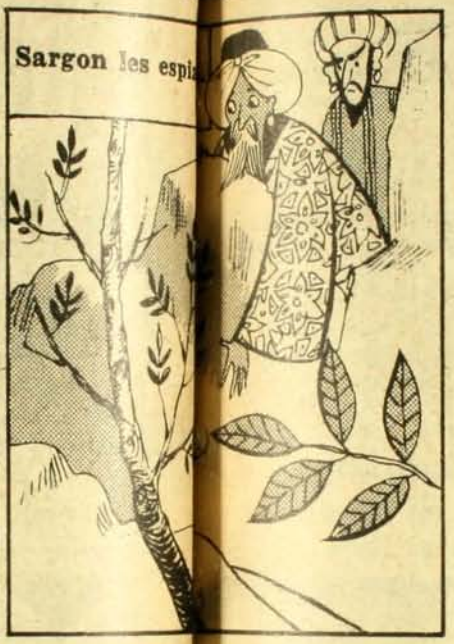
LA ESCLAVA BLANCAFLOR Y EL PRINCIPE SARRACENO



El rey de Babilonia llamó a sus guardias.



Los fugitivos se detuvieron ante un manantial.



CAPITULO VI y FINAL.—Dos Reinas.

El príncipe Selim había vencido a Yusuf en una partida de ajedrez. La jugada con la cual derrotó a su hábil adversario era desconocida. Selim la ideó pensando en Blancaflor, para libertarla de su carcelero.

El guardián de la torre de oro cumplió su promesa, dejando en libertad a la esclava blanca.

Cuando el rey de Babilonia supo que una de las prisioneras huía con un príncipe extranjero, llamó a sus guardias para decirles:

—Perseguid a los fugitivos. Luego me preocuparé del traidor Yusuf.

Blancaflor y su príncipe atravesaban un bosque. El doncel sarraceno se vió obligado a dejar su caballo en Babilonia, pues no tuvo tiempo de ir a buscarlo a la posada.

Fatigados, se detuvieron ante un fresco manantial.

—Bebe —murmuró Selim.

—Tú primero —sonrió ella, ofreciéndole agua en sus blancas manos. El se inclinó para calmar su sed en el vaso maravilloso.

El sultán Sargon les espiaba desde una roca.

—Rodeadlos sin hacer ruido —ordenó a sus guardias.

Selim y Blancaflor, sin sospechar el peligro que les amenazaba, no reanudaron su fuga. Creíanse a salvo en aquella apacible floresta.

—Toma este anillo —dijo Selim—. Torna invisible a aquel que lo lleva. Si te vieras en peligro...

—No —repuso Blancaflor—. Guárdalo tú, porque tu vida vale mil veces más que la mía.

El intentó deslizar el anillo en la diestra de la doncella, pero ésta cerró sus blancos dedos sobre la mano morena de Selim, susurrando:

—Moriría de tristeza si te sucede alguna desgracia, mientras yo, protegida por el anillo, permaneciera invisible para mis enemigos.

Comprendiendo que era inútil insistir, Selim decidió:

—Está bien. Lo lanzaremos al agua. Si vivi-







mos será para estar siempre unidos. Si morimos, mi mano no se separará de la tuya y mi espíritu reposará junto al tuyo.

Con expresión incrédula, el sultán de Babilonia oía aquellas palabras. Con un ademán indicó a su escolta que volviera al palacio.

—No separaré a dos seres que se aman con tanta sinceridad —murmuró emocionado—. Yusuf quizá ha sido más sabio que yo. No lo castigaré.

Silenciosamente, los guerreros se retiraron y nunca supieron Blancaflor y Selim cuán cerca estuvieron de caer en manos de Sargon. Tampoco supieron que fué el soberano babilonio quien envió detrás de ellos al mendigo para devolverles el caballo dejado en la posada.

—Gracias, buen anciano —exclamó el príncipe—. Tú me guiaste hacia la torre dorada y ahora me ayudas a huir. Alá te bendiga.

Entregó al mendigo una bolsa con monedas de oro y después se alejó, cabalgando velozmente. Se cumplía uno de los sueños de su infancia: rescatar a Blancaflor, prisionera de un rey poderoso y pérfido, y llevarla a su país. En aquella fuga vertiginosa, el

****

* *

viento silbó contra la tajante espada de Selim y se hundió en el oro de los cabellos de Blancaflor.

Cuando por fin llegaron a Armenia, el príncipe no debió enfrentar la cólera de Osmán. El monarca había reflexionado y no se opuso a que Blancaflor se convirtiera en la segunda reina del palacio. La primera soberana, Yazmina Selima, aceptó esa decisión con una radiante sonrisa de felicidad.

Aura había sido liberada de su esclavitud y regresó al castillo de Sicilia, donde el duque la esperaba con una fe inquebrantable. Cuando la isla fué asaltada por los sarracenos, él cayó gravemente herido. Sus siervos le hallaron al borde del foso. Al restablecerse de sus heridas, hizo expediciones a las costas del Asia, en busca de Aura, y, por fin, se recluyó en su castillo, confiado en que Dios le devolvería un día a su amada esposa.

Así ocurrió y los duques vivieron de nuevo felices. Cada cierto tiempo, les visitaban su hija Blancaflor y Selim, rey de Armenia.

FIN



**lancaflor se con-
irtió en la segun-
a reina del pala-
cio.**

LA HIJA DEL SHEIK BLANCO



RESUMEN: Juana Varden, dama de compañía de la princesa Jazmín, descubre que el Sheik Blanco es su padre y trata de evitar que sus enemigos le capturen. El misterioso encapuchado da cita a Juana en la "Gruta de las Perlas", pero ocurre que a ese sitio llega también Aldo Carol, el perseguidor máximo del Sheik Blanco.

CAPITULO IV —Juanita, cómplice del Sheik Blanco.

El misterioso bandido de Istar, terror de los habitantes de Marakand, estaba allí a pocos pasos de Aldo Carol y de la princesa Jazmín.

Entretanto, Juanita Varden, con cada fibra en tensión, bebía el té que le ofrecía la princesa Jazmín; pero jamás hubo para ella un picnic o paseo más angustiado.

"Tengo que hablar con mi padre —pensaba Juanita—, pero ¿cómo eludir la compañía de Jazmín y Aldo?"

Tal vez Jazmín, la simpática hija del Emir Harún el Solimán, no habría sido tan peligrosa, pero allí estaba Aldo Carol, enemigo acérrimo del Sheik Blanco.

—Princesa, usted no sirve para dueña de casa —decía chanceándose Aldo Carol—; deja enfriarse el agua y coloca el azúcar después de servido el té.

—Usted no es galante, señor inglés —replicaba Jazmín—, y desconoce nuestras costumbres. Cree que siempre es mejor el Occidente que el Oriente.

—Basta de querellar —suplicó Juanita—. ¿No les parece que con el tórrido calor toda disputa enardece más la sangre?

Aldo advirtió entonces el semblante congestionado de Juana, y dijo amablemente:
—Les propongo que busquemos la sombra de los árboles.
—Me gustaría ir hasta la vertiente y bañar ahí mi cara —insinuó Juanita.
—Te acompañaré —dijo la princesa Jazmín.
—Quédate aquí con Aldo —respondió Juana—. No tardaré en volver. Visiten ustedes la "Gruta de las Perlas" mientras yo voy a la vertiente.
Juanita avanzó por entre los árboles. A la sombra de una palmera divisó a su padre afirmado en su caballo árabe. Se veía hermosísimo con su albornoz y su capucha blanca.
—Juanita —murmuró el Sheik Blanco cogiendo las manos de su hija—; temía que no vinieras. Tus amigos...
—Ellos nada sospechan —se apresuró a decir Juanita—, pero no hay momento que perder, padre mío. Están planeando contra ti, en el palacio de Marakand, el Emir, Adolfo e Irma Maxel y también el joven Aldo Carol. ¿Por qué vive usted como un proscrito? ¿Por qué se presenta como el bandido de Istar?
—No puedo explicártelo —replicó el Sheik Blanco—, y sería peligroso que lo supieras. Te ruego que confíes en mí y que pienses que si obro así, es obligado por mis enemigos. Debo vengar una ofensa pero no soy criminal.
—Nunca lo creí —protestó Juanita—, y si yo pudiera ayudarte, padre mío...
—Puedes hacerlo —declaró el proscrito—; necesito tu ayuda, y a nadie más es posible pedirla.
—Dime qué deseas.
—Primeramente quiero saber quiénes son tus acompañantes —indicó el Sheik Blanco.
—La princesa Jazmín, hija del Emir Harún el Solimán, y Aldo Carol, un amigo de ella. ¿Cómo puedo ayudarte?
—Por ahora permaneciendo en el palacio de Marakand —expresó el Sheik Blanco—. Necesito una aliada allí. Toma... Guarda esto...
El Sheik entregó a su hija un papel y prosiguió:
—Lo leerás cuando estés sola. Son instrucciones de vital importancia y que debes cumplir. Ahora me voy.
En ese instante se escucharon pasos en la arena y un grito de estupor:

—¡Oh! ¡Oh!... ¡EL SHEIK BLANCO!
Jazmín estaba allí con sus ojos agrandados por el espanto.
—Juanita, ¿qué te dice ese hombre? —preguntó la princesa—. ¿Ha venido a raptarnos?
Juanita Varden cogió por un brazo a la princesa, temerosa de que lanzara un grito de auxilio.
El Sheik Blanco, con suave sonrisa, subió su capuchón hasta los ojos y murmuró con galantería:
—Yo no rapto a las damas. Este es mi oasis y les doy la bienvenida.
Jazmín avanzó tímidamente, pero Juanita la obligó a retroceder, instándola a que se retirara.
La princesa no obedeció, y dijo al Sheik Blanco:
—¿Es verdad que es usted un hombre malo? Usted se ha conducido bien con Juanita y conmigo... Sin embargo, entró al palacio de mi padre a robar.
—Basta —exclamó el Sheik Blanco—. Usted habla cosas que ignora; recuerde que la curiosidad es peligrosa. Adiós, señorita.
El Sheik Blanco colocó el pie en el estribo y, al hacerlo, cayó la capucha blanca sobre sus hombros.
—Juanita —balbuceó Jazmín—, es un hombre blanco. Tiene ojos azules como tú... Qué hermoso es...
Mientras Jazmín hablaba se oyó un grito cerca de la "Gruta de las Perlas". Era Aldo Carol que se acercaba y divisaba al perseguido Sheik. Inmediatamente el joven corrió en busca de su caballo, y, sacando su revólver, disparó un tiro al aire. Se comprendía que daba una señal.
El caballo del Sheik Blanco se encabritó y emprendió veloz carrera. Aldo Carol se disponía a perseguirle, y tal vez lograría aprisionar al proscrito.
En ese momento Juanita Varden octuó con un coraje nacido de su desesperación. Fingiendo correr a su vez en pos del fugitivo, se colocó al paso del caballo de Aldo, y el animal casi atropelló a la joven.
Aldo se dejó caer de la montura y muy inquieto alzó a Juanita.
—¿Está herida? —preguntó Carol.
—No —respondió Juanita, llevándose una mano a la frente.
—Pude matarla —exclamó Aldo—, y todo por culpa de ese bandido. ¿Qué hacía aquí el Sheik Blanco?
—Lo ignoro —respondió Juanita—. Sin duda estaba oculto en este oasis.



—Qué hermoso es el Sheik Blanco —dijo la princesa Jazmín.

–Yo vi su rostro —expresó Jazmín—. Es blanco y hermoso. No reo que sea un mal hombre.

–Es un perverso bandido —protestó Carol—. Fué una suerte ue yo abandonara a los otros para venir acá. Irma Maxel y su adre me aguardan en el serrallo de la caravana. Sabíamos que l bandido visitaría este lugar al atardecer y proyectábamos tenerle una celada. Ya no hay posibilidad de alcanzarle. Niñas, reesen ustedes al palacio.

arol ayudó a montar a Jazmín y a Juanita; les indicó el camino ue debían seguir para reunirse con Irma Maxel y partió en rápida carrera tras el Sheik Blanco.

¿Le cogerán?", iba pensando Juanita.

–Vamos más de prisa —dijo de pronto Jazmín—. Te apuesto na carrera.

–No corramos tanto —suplicaba Juanita, al ver que Jazmín ıstigaba con vigor al brioso corcel que montaba.

Abdul corría desbocado sin que la princesa pudiera detenerle. Juanita, desesperada por la locura de la princesa, trataba de colocarse junto al caballo de Jazmín, pero era imposible alcanzarle. Por fin, tras una hora de vertiginoso galopar, Jazmín logró sujetar al desbocado Abdul y, con acento contrito, dijo a su dama de compañía:

—Perdóname, Juanita. Soy una loca. Lo peor es que no sé dónde estamos y es difícil encontrar la senda en esta oscuridad.

Fatigadas e inquietas, por fin llegaron a las puertas del palacio de Marakand, justamente cuando salía de allí una cabalgata formada por el Emir en persona, Carol y varios soldados.

—¿Qué significa esto? —preguntó el Emir Harún el Solimán—. Señorita Varden, yo le confié a mi hija; ¿y ésa es la manera cómo cumple su misión?

—Tal vez Juana condujo a Jazmín a la guarida del Sheik Blanco —insinuó la pérfida Irma Maxel.

—No hables así de Juanita —protestó la princesa—. Ella me salvó la vida cuando Abdul se encabritó y corrió desbocado.

La simpática princesa, en su pintoresco lenguaje, dió una versión muy florida de aquella loca carrera por el desierto.

—Excúseme, señorita Varden —dijo el Emir, dando la mano a Juanita—. Como padre de mi rebelde hija estaba inquieto. Además, Carol me refirió su encuentro con el Sheik Blanco en el oasis y temí que el facineroso las raptara. En adelante traten de ser más prudentes. Avancen; vamos a cenar.

Juanita, con la cabeza inclinada, iba pensando en la furia del Emir si algún día descubría que ella era hija del odiado Sheik Blanco.

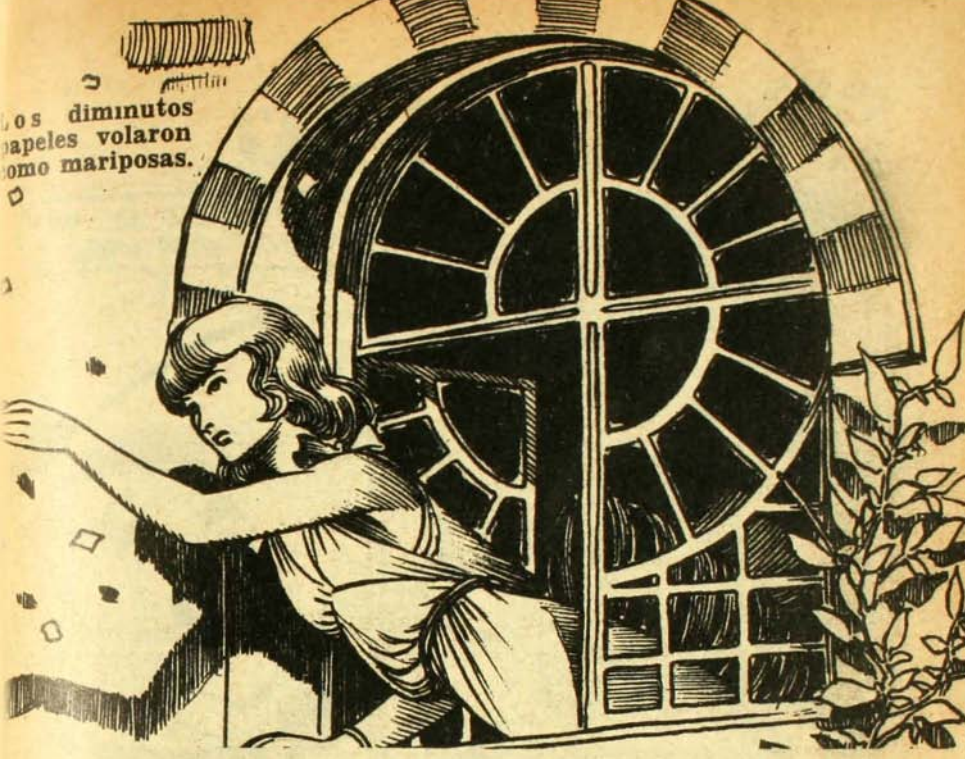
—Todo terminó bien, mi querida Juanita —decía poco después Aldo Carol—. El Emir tiene fobia contra el bandido de Istar y le preocupa la idea de que puede introducirse en este palacio.

—¿Por qué piensan que el Sheik Blanco quiera venir otra vez a este palacio? —preguntó Juanita—. ¿Qué puede atraerle a la zona del peligro?

—El Emir y yo —agregó Carol— estamos seguros de que ese nefasto individuo tiene espías en este palacio. Si logramos sorprender a un traidor, el Emir le quemaría vivo.

—Vengan a cenar y no hablen más del Sheik Blanco —gritó la simpática princesita—. Yo me muero de hambre.

Por suerte los Maxel no estaban invitados a la cena, y no se habló más de asuntos desagradables.



El Emir escuchaba con benevolencia los proyectos de Jazmín y Juanita para la fiesta de la noche siguiente. Sería un verdadero *garden-party*, en el cual Jazmín actuaría de dueña de casa y Juanita como maestro de ceremonias.

Juanita estaba ansiosa por recogerse a su dormitorio. Durante toda la tarde parecíale que el papel con la misiva del Sheik Blanco le quemaba el pecho.

A pesar de su curiosidad, leyó el mensaje cuando ya estaba en su lecho y sólo alumbraba la luna que entraba de lleno por la ventana.

Su faz palideció al leer las siguientes palabras:

Mañana por la noche abre la puerta del ala izquierda del palacio que conduce al gran patio. Haz esto por mí y nada temas.

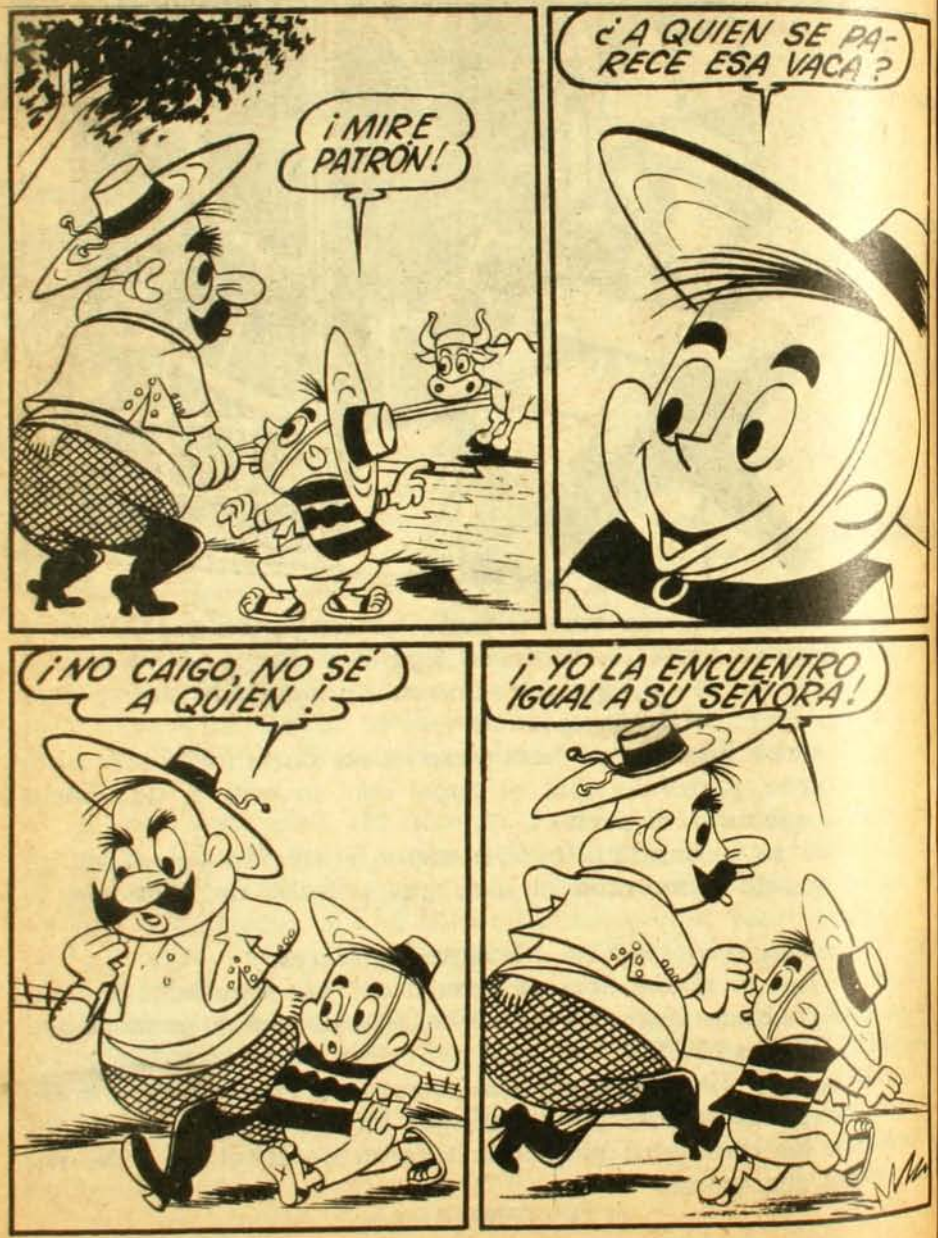
EL SHEIK BLANCO."

Dos veces leyó Juanita el extraño mensaje y en seguida lo rompió en pequeños trozos, que arrojó por la ventana. Se quedó allí hasta que los diminutos papelillos volaron de árbol en árbol como sutiles mariposas.

(CONTINUARA)

Ponchito

por nato







EL REINO DESTRUIDO

CAPITULO VIII.—Naves piratas

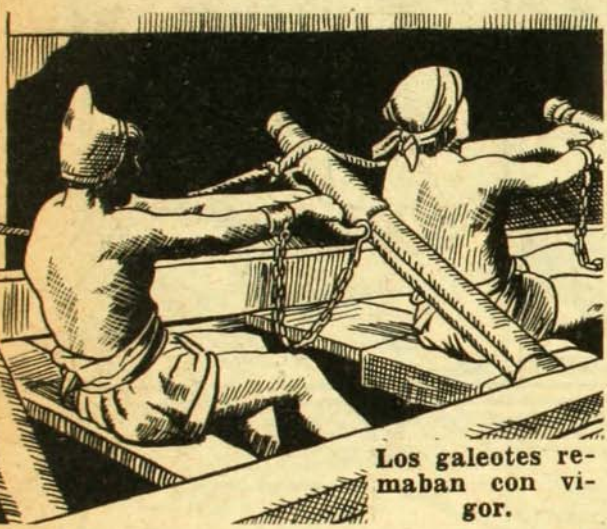
El mercader Silio urgía al "hortator" de a bordo

—¡Apresura la nave! Tenemos que arribar a Numidia antes que las galeras imperiales.

El jefe de los remeros contestó:

—Los galeotes hacen esfuerzos sobrehumanos para dar más velocidad al barco. Míralos.

Silio dirigió una mirada impaciente a los remeros, que se curvaban y luego distendían hacia atrás sus torsos. La musculatura de los brazos se marcaba tensa y el sudor bañaba las espaldas. Las cadenas que les retenían prisioneros a sus bancos rechinaban con cada movimiento. En realidad, no podía exigírseles más energía. Sin duda llegaban ya al límite de su resistencia.



Los galeotes remaban con vigor.

—Un galeote muerto sólo puede servir de cena a los peces —observó el "hortator", fríamente.

—Dispone el relevo y haz que descansen —ordenó Silio, reprimiendo su ansiedad. Sobre el mar en calma el velero continuó su carrera vertiginosa.



Sobre el mar en calma, el velero continuó su marcha vertiginosa.

El relevo de galeotes no atrasó la marcha, pero el cómitre (jefe de los remeros), contagiado por la nerviosidad de su amo, propuso:

—Tal vez usando el látigo...

Silio negó con firmeza:

—No. En mi barco no se matan esclavos, ni se les humilla.

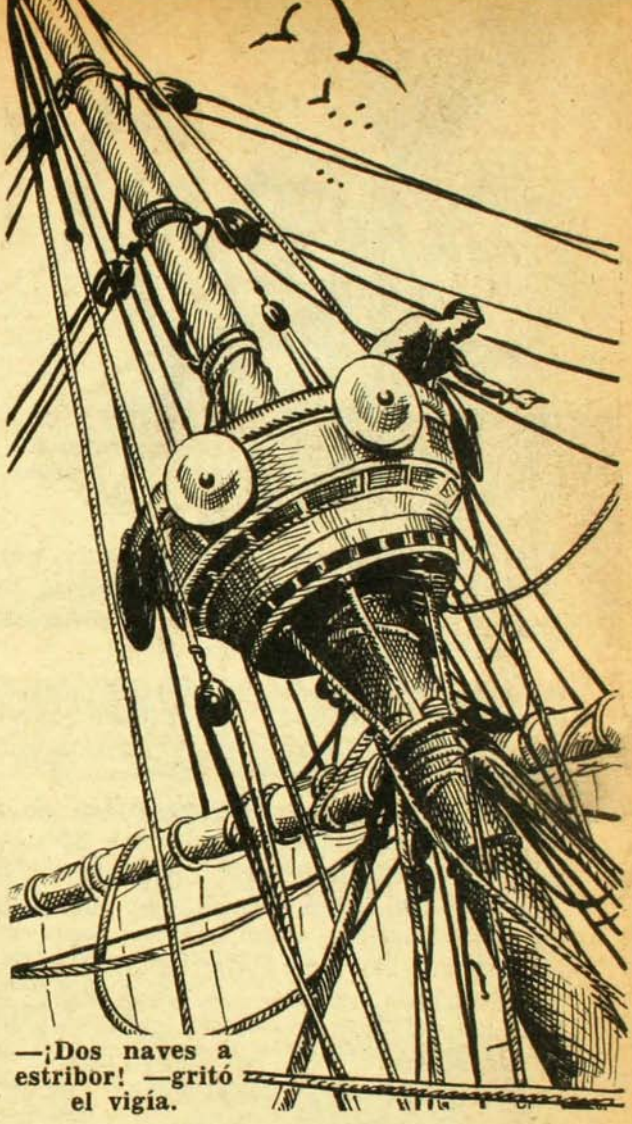
De pronto, en lo alto de la cofa, el vigía gritó:

—¡Dos naves a estribor! Vienen hacia nosotros.

Minutos después las identificaban. Eran embarcaciones tripuladas por piratas libios.

—Es preciso huir —dijo Silio—. No podríamos rechazar un asalto de esos merodeadores del mar y, además...

Su mirada se ensombreció. ¿Lograría llegar a tiempo a Numidia para avisar a Fulvio Luceri que los secuaces de Nerón le buscaban?



—¡Dos naves a estribor! —gritó el vigía.

—El viento sopla hacia levante. Iza todas las velas, Demetrio.

Su segundo obedeció, y el "Minerva" se distanció, seguido por las trirremes piratas.

La persecución se tornaba cada vez más dramática. Los libios acechaban a su presa, reunidos en cubierta, mientras la línea de remos hendía el agua con acompasado vigor.

El vigía de los piratas voceó:



—Son piratas libios. Es preciso huir.

—¡Barco a la vista! Es una galera de guerra.

Este anuncio causó desconcierto y alarma entre los libios, mientras a bordo del "Minerva" los romanos prorrumpían en gritos de alegría:

—¡Estamos salvados!

Silio guardó silencio. Aquella nave poderosa, que ostentaba cinco órdenes de remos y estaba bien equipada con armamento, ¿era quizás la que enviaba el emperador para dar caza a Fulvio Luceri? Y de paso capturaría a Silio, porque sin duda ya se sospechaba de que él era amigo del perseguido patricio.

—Nos librará de los piratas, pero tal vez me conduzca después a Roma. Aunque no soy cristiano, moriré en la arena, bajo las zarpas de las fieras. No es un porvenir placentero —meditaba Silio.

Se encogió de hombros. Estaba en una encrucijada. No sólo caería en poder de Nerón, sino que su sacrificio sería inútil. Fulvio Luceri no lograría eludir a sus enemigos y seguiría el camino del martirio, que había recorrido su madre, la noble Octavia. Y Junto



Las embarcaciones piratas perseguían al "Minerva".

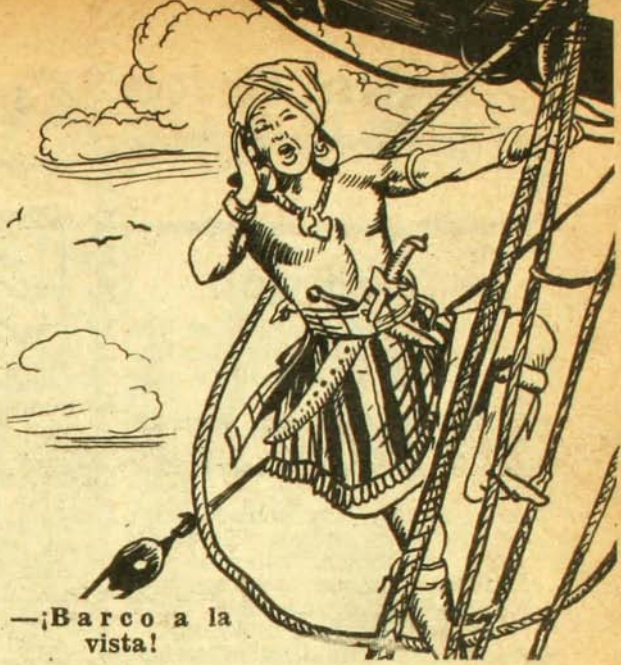
a él marcharía, pálida y temblorosa, la bella esclava Marcela.

—¡Por Pólux! —juró—, ¿por qué se cruzaron los libios en nuestra ruta y por qué la galera imperial acudió también?

Resignado al adverso destino, ordenó:

—Coloquen la nave al pairo y preparen todo para la defensa. La galera librará un combate en el cual tal vez debamos intervenir.

(CONTINUARA)



—¡Barco a la vista!

Correspondencia

CARMEN BOBADILLA.—Le han entusiasmado las seriales "La Hija del Sheik", "La Esclava Blanca" y "El Príncipe Sarraceno". Luego le daremos otras tan interesantes como éstas, y trataremos que cada vez sean mejores, para alegría y entretenimiento de nuestros lectores.

ALICIA DUARTE, SILVIA IBARRA.—Gracias por los elogios cariñosos que hacen de "SIMBAD".

OSCAR REYES.—Dice que es un nuevo colaborador de "SIMBAD". Nos complace saber que le agradan tanto las novelitas publicadas en la que será su revista favorita.

GERMAN PROSSEN, GLADYS SEPULVEDA.—Su premio de una lapicera fuente fué remitido en su oportunidad y esperamos ya esté en su poder.

ANITA KROYER.—Nos complace saber que el premio de $ 50.— lo recibió conforme. Gracias por sus felicitaciones tan cariñosas.

ALICIA MARCHANDON.—Siga tomando parte en los concursos de "SIMBAD", que la suerte la favorecerá pronto. Además, esta revista ofrecerá a sus lectores un gran sorteo de Fiestas Patrias con numerosos premios de valor.

JAIME RENDON.—Dice que recibió su premio de $ 100.—, nos alegramos mucho y esperamos siga siendo un ferviente colaborador y lector de "SIMBAD".

MARGARITA RAMOS.— Gracias por sus felicitaciones para nuestros colaboradores. Muy simpática su cariñosa cartita. Ahora la gran noticia: "SIMBAD" prepara un gran sorteo de Fiestas Patrias; esté atenta, no pierda ningún ejemplar.

MIGUEL VARGAS.—Agradecemos sus felicitaciones tan entusiastas por las novelas de "SIMBAD" y las páginas entretenidas de Ponchito, Pelusita y el Fantasmita.

ROXANE.

Grandioso Sorteo de Fiestas Patrias

"SIMBAD" ofrece a sus numerosos lectores

$ 200.000

en valiosos premios, que se repartirán únicamente entre los lectores de "SIMBAD" el 10 de septiembre.

PREMIO MAYOR: Una hermosa bicicleta para niño.

Segundo premio: Un radio Philips.

Otros premios: Hay muñecas, delantales para niñitas, pelotas de goma, cuadernos, útiles de escritorio, chombas, sweaters, poleras, soquetes, acuarelas, patines, zapatillas para niño, etc.

Para obtener cualquiera de los obsequios enumerados, sólo tendrá que juntar los cupones que aparecen al pie de esta página, semanalmente. Por cada serie de 5 cupones numerados del 1 al 5, obtendrá un boleto para optar a los



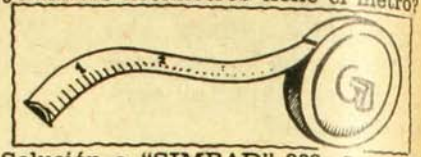
premios que repartirá "SIMBAD" el 10 de septiembre próximo. Ahora, lectores, a juntar muchos boletos para este gran sorteo.

Cupón N.º 1 - Serie N.º 1
Sorteo de Fiestas Patrias.
Cupón N.º 1 - Serie N.º 1
2 de febrero de 1955

¿LO SABES TU?

CONTESTA A ESTA PREGUNTA:

¿Cuántos decímetros tiene el metro?



Solución a "SIMBAD" 282: Los tres reinos de la naturaleza son: animal, vegetal y mineral. Entre los niños que enviaron soluciones exactas sorteamos los siguientes nombres: Gonzalo Fernández, Coronel; Guillermo Cepeda, Los Andes; Irma Gómez, Talcahuano; Gustavo Díaz, San Fernando; Manuel Almuna, Victoria; Ledda Valdés, Contulmo. CON CINCUENTA PESOS: Isabel Miranda, San Bernardo; Luis Jaque, Hospital; Héctor Avila, Concepción; Raúl Mesas, Valdivia; Germán Grosser, Temuco; Hilda González, Coronel; Hernán Canto, San Felipe; Mireya Villagra, Santiago; Mireya Cassalade, Parral; Juan Bustamante, Viña del Mar. CON UN LIBRO: Alejandro Sanhueza, Quilacoya; Sara Sobarzo, San Javier; Leticia Soto, Angol; Enrique Herrera, Chillán; Patricio Sepúlveda, Valparaíso; Artemio Acuña, Talcahuano; María Ramírez, Temuco; Gladys Rocha, Los Angeles; Rodolfo Bendel, Temuco; Norma Hidalgo, Carahue.

Los niños de Santiago deben cobrar sus premios en Avda. Santa María 076, 2.º piso. Los de provincia recibirán sus premios por correo.

CUPON DEL CONCURSO Semanal
SIMBAD N.º 283

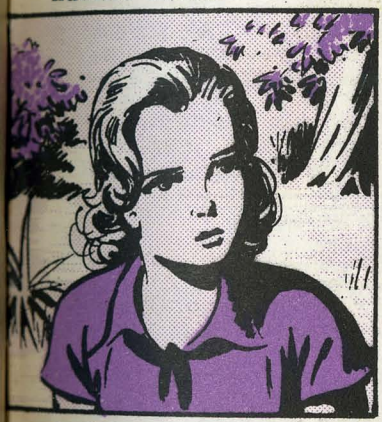
Empresa Editora Zig-Zag, S. A. — Santiago de Chile, 1955.

Juan y Juanita





3. Horrorizado, Bronson nadó de nuevo hacia la orilla, seguido de cerca por el temible reptil. Por cierto que cayó en poder de Tipaya y sus cazadores. El peligro de ser atacados por los inganas había desaparecido. Fox anunció: "—Ahora regresaremos a nuestra tierra".





4. El film desarrollado en Africa ya estaba terminado, a pesar de tantas aventuras y peripecias. Pero la noticia del regreso no alegró a Juanita. "—¿Dejaremos abandonados a Bob y Len?", murmuró con tristeza, recordando a los mellizos belgas que una vez les habían salvado de las garras de Rulán.

(CONTINUARA)

PELUSITA POR NATO



Simbad

N.º 284

EL SECRETO DEL ALQUIMISTA

$10.-



Juan y Juanita

CAPITULO LXIII.—EL MENSAJE DE BOB Y LEN





1. Juan y Juanita decidieron rescatar a los mellizos Bob y Len, a quienes el malvado Leopoldo Rulán trataba con crueldad. "—Ellos nos salvaron una vez a nosotros —dijeron los niños a Samuel Fox—. No podemos dejarlos abandonados." Bozambo se ofreció para guiarlos a través de la jungla.





2. El productor de cine, comprendiendo que el fiel Bozambo protegería a Juan y Juanita, les dió permiso para intentar el rescate. "—Nos reuniremos en Leopoldville —señaló—. ¿Cuántos hombres necesitas, Bozambo?" El africano respondió: "—Ninguno, bwana. Es mejor que vayamos los tres solos".

(Continúa en la penúltima página.)

Simbad

AÑO VI — 9-II-1955 — N.º 284

Directora: Elvira Santa Cruz (Roxane)
Suscripción anual: $ 490.—
Semestral: $ 250.—
Recargo por vía certificada: Anual: $ 21.—. Semestral: $ 11.—.
Extranjero:
Anual: U.S.$ 2,10
Semestral: U.S.$ 1,05
Recargo por vía certificada: Anual: U.S.$ 0,20
Semestral: U.S.$ 0,10

La Princesa Muñeca



El espejo mágico se empañó al mirarse en él Malvina.

CAPITULO X.—La prueba del espejo mágico.

Mirtala, con la princesa-muñeca en brazos, seguía a Malvina, quien se introducía a la mansión del mago Silerio, mirando extasiada la gran sala, a cuyo extremo se divisaba un enorme espejo.

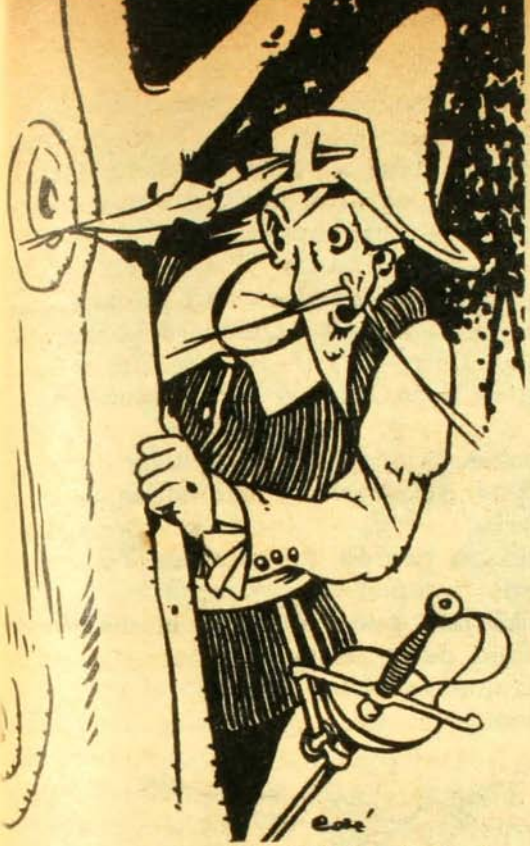
Un individuo de elevada estatura, ataviado con manteo rojo sujeto por una joya de coral, se aproximó a Malvina sin pronunciar una sola palabra. En silencio examinó a la niña de pies a cabeza.

—Mirtala —preguntó al hada—, ¿tú traes a esta pequeñuela?

—Es mi ahijada, la princesa Bienvenida, quien la ha descubierto —respondió Mirtala—. Ella cree que esta niña no tiene defectos.

—¿Y conoce esta niña la suer-

te que le espera si no es tan perfecta como la creen?
La princesa-muñeca tembló de miedo, pues, para conseguir que el hada le devolviera su forma natural, no le había dicho a Malvina que si tenía defectos se convertiría en una muñeca sin vida ni movimiento.
—Responde, niña —ordenó el mago a la princesa-muñeca—. ¿Sabe tu amiguita la suerte que le espera si no es perfecta?
Veni iba a confesar su falta de franqueza, cuando Malvina, deseosa de conquistar pronto un sitio en la corte de la princesa Bienvenida, se aproximó al espejo mágico.
Inmediatamente el espejo se empañó y quedó de un color gris oscuro.
—Orgullo, envidia, falsedad, hipocresía —dijo el mago Silerio—. Todos estos defectos reunía esta chica de apariencia bondadosa. Era una hábil comedianta. Hasta pronto, hada Mirtala. Por esta vez me quedo con mi talismán de coral.
Volvió a abrirse la puerta de bronce, y mientras la infeliz Malvina pasaba a ocupar un sitio en el estante de las niñas encantadas, Mirtala salía del castillo con la princesa-muñeca.
—Bienvenida —dijo el hada—, te has equivocado. Yo misma creí que esa niña era buena y resulta que es una vil comedianta. Ya ves tú que no pudo resistir a la prueba del espejo mágico.
—Madrina —murmuró desesperada Veni—, estoy muy afligida por lo que le ocurre a Malvina. Temiendo que no quisiera aventurarse, nunca le dije el peligro que corría si tenía algún defecto.
—Qué mala eres, Bienvenida —protestó el hada Mirtala—; has privado a unos padres amantes de su hija única, y la has condenado para siempre.
—Perdóname, madrina —suplicó Veni—. Yo repararé mi falta, y cuando encuentre una niña perfecta, trabajaré también por Malvina.
—No sólo eres frívola, sino desleal —dijo el hada—. Te abandono a tu suerte, y nunca más me dejaré conmover por tus lágrimas. Adiós.
—Madrina —gimió Veni—, perdóname.
Mirtala dejó caer a la princesa-muñeca sobre el césped, y se alejó, sin oír los ruegos de su ahijada.
Entretanto, el mago Focio, que había seguido a sus enemigas hasta el palacio de Silerio, vió la actitud del hada, y apenas ésta se alejó, corrió en busca de su presa.



El pérfido Focio espiaba a la princesa Bienvenida.

—Todos te abandonan —expresó el diabólico mago—. ¿Quieres venirte conmigo y ser mi amiga?

—No —respondió la princesa Bienvenida.

—¿Y qué harás sola en estos parajes siniestros? Corres peligros...

—Menos que en tu compañía, malvado Focio —indicó Veni.

—No me rechaces, yo te protegeré —insistió Focio.

La princesa-muñeca vaciló un instante y luego preguntó:

—¿Me devolverás mi forma natural, mi reino de Giralda y a mi novio, el príncipe Fedor?

—Si quieres ser mi aliada —dijo Focio—, yo obligaré al hada Mirtala a hacer todo lo que tú pides. En cambio, tú pasarás a ser súbdita de nuestro reino. Lucifer todo lo puede.

Al ver la expresión diabólica y feroz del mago, la princesa-muñeca gritó:

—Nunca te seguiré, demonio, y, aunque mi madrina me haya abandonado, jamás haré alianza con sus enemigos.

—Muy bien —declaró el mago Focio—. Espero que una bestia feroz te devore. No faltará un cuervo que te lleve en sus garras.

—Yo nunca renegaré de mi madrina el hada Mirtala —respondió la princesa Veni—; ni menos para ayudarte en tus miserables venganzas.

—Adiós —dijo el mago, fingiendo alejarse del bosque.

Pero no fué así. Oculto tras un árbol esperó largas horas, convencido de que el miedo haría ceder a la princesa Veni.

Pero aún en medio de la tenebrosa oscuridad, Veni no cedió a sus diabólicas ofertas.

Por fin, cerca de medianoche, el mago Focio, fatigado y furioso, decidió ir a coger por la fuerza a la altiva princesa de Giralda.

La muñeca ya no se hallaba en el sitio donde la había visto horas antes.

"No tiene movimiento —pensaba el mago—, por lo tanto, no ha podido cambiar de sitio por sí misma. ¿Quién se la llevaría? Malditas hadas...

Al abandonar a su ahijada, el hada Mirtala se arrepintió de su dureza.

"Sería cruel dejar a esa pobre princesita en un lugar tan solitario —pensó Mirtala—. Voy a llevarla a una aldea cercana, donde alguien pueda recogerla."

Mirtala volvió sobre sus pasos a tiempo que el mago Focio conversaba con la princesa Veni tratando de conquistarla.

De esta manera el hada Mirtala pudo escuchar el diálogo de ambos y comprobar la lealtad de su ahijada.

"Bienvenida es mejor de lo que yo creía —se dijo el hada—, y no es posible que la abandone."



—Nunca seré tu aliada —dijo Veni al mago Focio.



Cuando Focio quiso coger a Veni, ésta había desaparecido.

Apenas se alejó el mago Focio, Mirtala se acercó a la condolida muñeca, y cogiéndola en sus brazos le dijo:

—No llores más, mi querida ahijada. Vengo a buscarte, y te llevaré a una aldea cercana, donde puedas hallar amparo. Todavía tienes muchos defectos, y necesitas mayor bondad y humildad. Voy a procurarte una nueva oportunidad para que recobres tu forma natural.

—Gracias, madrina —balbuceó emocionada la princesa-muñeca.

—¿Qué te dijo el mago Focio? —interrogó poco después el hada Mirtala.

Veni, a quien la desgracia había hecho más sensible y buena, no quiso revelar a su madrina las viles ofertas del mago, y prefirió callar.

—Veo que haces progresos —murmuró Mirtala—, y que estás más humilde que antes. ¿Qué deseas ahora? Reflexiona bien, hijita, porque ya no volveré a ocuparme de ti sino en caso de que estés en peligro de muerte.

—Déjame en casa del Viejito de Pascua, madrina —suplicó Veni—. El sabrá regalarme a una niña buena.

(CONTINUARA)

EL·SECRETO·DEL ALQUIMISTA

CAPITULO II.—BATALLA EN EL LABORATORIO





1. El barón Grenai, en complicidad con Jean Gilés, simularon un asalto al alquimista Helenio. Grenai apareció en el momento oportuno para impedir que su secuaz asesinara al anciano. Los soldados del señor feudal arrestaron a Gilés, y Helenio quedó solo en el castillo, con su supuesto salvador.





2. "—Llegué a tiempo —dijo el pérfido barón—. No comprendo qué le ocurrió al caballero Jean Gilés. En un rapto de demencia intentó asesinaros. Mis soldados le tienen a buen recaudo, y podéis consideraros a salvo. Me debéis la vida, y supongo que me demostraréis vuestra gratitud."





3. La voz falsamente dulce del barón despertó la desconfianza de Helenio, quien repuso: "—No poseo riquezas para pagaros la comedia que habéis representado con vuestro cómplice Gilés. No soy tan ingenuo ni tan débil para revelaros mi secreto". Grenai, furioso, ordenó encerrar al sabio en el sótano.





4. Mientras tanto, el héroe Ogier visitaba alegremente a sus amigos, ignorando el peligro en que se hallaba su protector. Al anochecer, regresó al castillo de Helenio con Adalberto, su compañero de la infancia. Ambos se detuvieron asombrados al ver luz en el laboratorio.

EL SECRETO DEL ALQUIMISTA



5. En el primer instante pensaron que el sabio, absorto en sus estudios y experimentos, permanecía desvelado. Pero luego, vieron extrañas sombras, de movimientos presurosos, y a veces violentos. Con gran cautela, ambos jóvenes penetraron en el castillo, sorprendiendo en el laboratorio a Gilés y a un soldado.



6. Registraban febrilmente el laboratorio, vaciando cofres y cajones. Sin duda, buscaban la fórmula para fabricar oro. "—¿Quiénes sois, y qué pretendéis?", gritó Ogier, desenvainando su espada. Adalberto le imitó con rapidez. Los merodeadores nocturnos quedaron inmóviles por un instante.



7. No esperaban aquella súbita aparición, ni el interrogatorio subrayado por el filo de dos espadas. "—¡A ellos!", rugió Jean Gilés enfurecido. El esbirro de Grenai le obedeció, abalanzándose contra Adalberto. Gilés atacó a Ogier y logró derribarle. Un fulgor asesino apareció en sus ojos.



8. Pero no pudo asestar el golpe mortal, porque el pie de Ogier lo rechazó con fuerza, y luego el acero fulminante como un rayo atravesó su malvado corazón. Jean Gilés cayó inerte, y entonces Ogier persiguió al soldado que huía: "—¡Detente, maldito, y dime dónde está el sabio Helenio!"

(CONTINUARA)



EL CORSARIO NEGRO

CAPITULO XIX.—*La caída de Gibraltar.*

El audaz plan del pirata Pedro Nau había tenido éxito. Simulando una huída, obligó a los españoles a bajar los puentes levadizos y a salir del fuerte para perseguir a los filibusteros, que de pronto se volvieron contra ellos. Una batalla descomunal se libró en la explanada y ante los bastiones.

Corsarios y españoles luchaban con igual furor a cintarazos, a sablazos y a tiros de pistola, mientras que los que permanecían en los glacis disparaban torrentes de metralla que diezmaban igualmente a amigos y enemigos.

Los españoles casi habían logrado rechazar a los filibusteros y salvar a Gibraltar, cuando en el campo de la lucha apareció la banda de Miguel el Vasco, que había logrado abrirse camino a través del bosque y de la montaña.

Aquellos trescientos hombres decidieron la suerte de la contienda. Atacados por todos los flancos, los españoles se vieron impulsados al interior del fuerte, hasta donde les siguieron sus encarnizados enemigos.

El Corsario Negro combatía con la fría seguridad de un duelista invencible. De pronto se interpuso en su camino un caballero de soberbia apostura.

—¡Guardaos, caballero! —advirtió—. Os mataré.

El bucanero, que acababa de abatir a un capitán de arcabuceros, se volvió con rapidez hacia su nuevo adversario y un grito de estupor brotó de sus labios:

—¡Vos, conde de Lerma!

—Yo, caballero —contestó el castellano, saludándole con la espada—. Defendeos, porque ahora no estáis sometido a la crueldad de un hombre rencoroso. Combatís por el filibusterismo y yo por

la bandera de la vieja Castilla.

Aquel era, en efecto, el capitán del navío español a bordo del cual el Corsario estuvo prisionero. El conde de Lerma facilitó su fuga porque desaprobaba las crueldades de Van Guld. Lo salvó de morir en la horca, pero ahora lo desafiaba como a un enemigo irreconciliable.



—¡Vos, conde! —murmuró el Corsario Negro, deteniendo la estocada.

—Dejadme pasar, conde —indicó el Corsario, intentando lanzarse contra un grupo de combatientes.

—No, caballero. Es vuestra vida o la mía.

—Os lo ruego, conde. Ved, hay centenares de corsarios contra quienes blandir vuestra espada. No me obliguéis a heriros. Tengo con vos una deuda de gratitud.

—Os libero de ella. Antes de que se arríe la bandera, el conde de Lerma habrá muerto, igual que el gobernador de este fuerte y todos sus valientes oficiales.

Y dicho esto, se lanzó contra el Corsario atacándole con furia.

El joven bucanero retrocedió dos pasos, gritando:

—No me obliguéis a mataros.

—Sea —repuso el castellano, sonriendo—. Levantad esa espada, señor de Ventimiglia.

Mientras en derredor de ellos hervía la lucha con creciente furor, entre gritos y maldiciones, se acometieron con ánimo de vencer o morir.

El conde asaltaba con ímpetu, redoblando las



—¡Defendeos, caballero! —dijo el conde de Lerma.



Un soldado acudió en ayuda del noble castellano.

estocadas y cubriendo al Corsario con furioso centelleo de golpes que éste paraba con habilidad.

Además de la espada, ambos tiraron de los puñales.

El bucanero se limitaba a defenderse, pues no deseaba matar a su contendor. De una diestra estocada hizo saltar la espada del conde, pero éste se inclinó sobre un español que yacía sin vida y se apoderó del arma que retenía entre sus dedos crispados por la muerte.

En el mismo instante un soldado acudió en defensa del conde.

Obligado a hacer frente a dos enemigos, el Corsario ya no dudó. De un mandoble tendió al soldado y volviéndose contra el conde se tiró a fondo.

El castellano, que no esperaba aquel doble golpe, recibió la estocada en pleno corazón.

—¡Conde! —murmuró el filibustero, sosteniéndole antes de que cayese—. Triste victoria es ésta para mí, pero vos lo habéis querido.

El conde de Lerma le dirigió una pálida sonrisa.



—¡Triste victoria es ésta para mí!

—Es el destino, caballero. Por lo menos no veré arriar la bandera de Castilla.

Cerró los ojos, quiso sonreír de nuevo, y exhaló el último suspiro.

El Corsario, reprimiendo su emoción, depositó en el suelo el cuerpo inerte del noble y fiero hijo de España y se lanzó en medio del tumulto de la batalla bramando:

—¡A mí, hombres del mar!

En los bastiones, en los torreones y hasta en las casamatas se luchaba con denuedo. El valeroso comandante de Gibraltar, así como todos sus oficiales, habían sucumbido, pero los demás no se rendían.

Mientras los piratas del Olonés ocupaban el fuerte, el Vasco, con otra gruesa partida, asaltaba el segundo bastión, que se hallaba a escasa distancia.



—Es el destino, caballero —respondió el conde con voz exánime.

Tan ruda batalla, comenzada por la mañana, terminó a las dos. Cuatrocientos españoles y ciento veinte piratas yacían muertos.

Mientras los filibusteros, ávidos de saqueo, se desbordaban como torrente impetuoso por la ciudad indefensa, el Corsario Negro, Carmaux, Stiller y el africano Moro removían los cadáveres con la esperanza de encontrar entre ellos el del odiado Van Guld.

—Busca bien, compadre —dijo Stiller a Moro—, si no, no respondo de tus orejas...

El gigante africano dejó ver sus blancos dientes en el relampagueo de una sonrisa. Pero Carmaux no sonreía.

—¡Que me trague un tiburón! —gruñó—. ¿Es que ese perro flamenco ha escapado otra vez?

La expresión del Corsario Negro era aterradora. Cada vez que alzaba un cuerpo y veía un rostro desconocido, su gesto se tornaba más sombrío.

(CONTINUARA)



El Corsario Negro y sus hombres buscaban el cadáver de Van Guld.

El fantasmita

EL GATO SINRATÓN AYUDA AL FANTASMITA TERRIBLIN A REALIZAR SU GENIAL IDEA.





La ratita blanca

CAPITULO I.—LA BLANCA AMIGA



1. Luis XI, rey de Francia, viejo y enfermo, sentía su corazón roído por los remordimientos. Había sido cruel con sus enemigos y especialmente con Jacques de Armañac, duque de Nemours, a quien ordenó decapitar por una tentativa de revuelta. Arrepentido, dispuso una peregrinación a la catedral de Clery.



2. Acompañaban al soberano, su confesor Francisco de Paula, su médico Coictier, y Tristán L'Ermite, verdugo de la corte. El rey no encontró la paz que buscaba, y en vano rezó ante el altar. Y mientras él oraba con fervor, en los sótanos del castillo de Plesis los prisioneros gemían y agonizaban.





3. En la celda más lúgubre yacía un pálido doncel, el hijo del duque de Nemours, encerrado por mandato del mismo rey, que en ese instante imploraba piedad al cielo, sin corregir sus crueldades. En el palacio, otro mancebo también se sentía dominado por la tristeza: era Carlos, el delfín de Francia.





4. El heredero del trono, hijo de Luis XI, que reinaría más tarde como Carlos VIII, odiaba los sombríos muros del palacio, y el clima de terror implantado por su padre. "—Moriría de hastío y de tristeza si no tuviera...", cavilaba el delfín. "—Retiraos —ordenó a sus servidores—. Quiero estar solo."

La ratita blanca



5. Cuando sus siervos obedecieron, el príncipe Carlos registró los muebles, alfombras y tapices, llamando en voz baja: "—Blanquita..., ¿dónde estás? ¿Por qué te escondes? Estoy triste y te necesito..." Nadie respondía a su ansiosa voz. Nadie aparecía. ¿A quién buscaba el delfín de Francia?



6. Por fin un leve ruido se oyó en el desierto salón, y una ratita blanca atravesó el brillante piso, acercándose al delfín. Este, inclinándose, reprochó: "—Pequeña y dulce tontita, ¿dónde estabas? ¿Por qué no venías? Sabes que sólo tú puedes distraerme y consolarme."



7. El blanco y vivaz animalito se sentó, agitando sus patas delanteras. Parecía pedir algo..., no por cierto disculpas. Con una alegre carcajada, el delfín Carlos le dió migas de pan y otros manjares desmenuzados. "—Tus correrías te dan hambre, ¿verdad, pícara? Me imagino que vas muy lejos."



8. Una sombra de nostalgia cruzó por sus azules pupilas. La ratita blanca era libre, y si se cansaba de recorrer el enorme palacio, salía a la ciudad, al campo, a donde quisiera. El, en cambio, era un prisionero. Dominando su tristeza, habló de nuevo con su amiga: "—¿Puedes sugerirme alguna idea para distraerme?"

(CONTINUARA)



LA HIJA DEL SHEIK BLANCO

CAPITULO V.—El anillo del Emir Harún el Solimán

Juanita Varden despertó muy tarde y con el presentimiento de que algo terrible ocurriría esa noche.

Al recordar el mensaje de su padre, su cuerpo se estremeció.

"Quiere que abra la puerta del patio —pensaba Juana, con desesperación—. Esto significa que el Sheik Blanco acudirá esta noche al palacio del emir Harún el Solimán, tal como lo sospechaba Aldo Carol. ¿Qué haré, Dios mío?"

La simpática voz de la princesa Jazmín distrajo por un instante sus dolorosas cavilaciones.

—Juanita, ven pronto —decía Jazmín—, me estoy probando el traje que luciré esta noche.

Juanita saltó del lecho en quimono, y corrió al llamado de la bella princesita.

Después de varios arreglos en el traje de rica sedería, Jazmín se encontró tan elegante y hermosa, que derramó todo su entusiasmo en la joven, que tan bien hacía resaltar su belleza.

—Te adoro, Juanita —dijo Jazmín—, y no sé qué haría sin ti. Si alguna vez te encuentras en situación difícil, acude a mí.

Juana Varden sonrió y prosiguió discutiendo los planes para el *garden-party* de esa noche. Todas las habitaciones del palacio

RESUMEN: Juana Varden, dama de compañía de la princesa Jazmín, descubre que el Sheik Blanco es su padre y trata de evitar que sus enemigos le capturen. El misterioso encapuchado da cita a Juana en la "Gruta de las Perlas", pero ocurre que a ese sitio llega también Aldo Carol, el perseguidor máximo del Sheik Blanco. El proscrito entrega a Juanita un mensaje secreto, en el cual le ordena que le facilite la entrada al palacio de Marakand.

ueron engalanadas con flores y tapices; en los jardines se insaló una magnífica iluminación. El buffet era digno de un rey. A la hora de la fiesta, Juanita vestía un precioso traje oriental, obsequio de la princesa. Jazmín quiso que su institutriz vistiera esa noche a la usanza árabe, con pantalones bombachos, coselete bordado, sandalias con hebillas de brillantes, profusión de collares y diadema.

Cuando ya habían llegado algunos invitados, Juana se deslizó por las habitaciones del ala izquierda del palacio, y llegó hasta la puerta del gran patio de mármol. La llave estaba colocada en la cerradura, de manera que le fué fácil dejar entreabierto el portón.

Volvía ya después de haber cumplido la orden de su padre, el sheik Blanco, cuando se encontró con Aldo Carol.

—Hola—, exclamó el joven, que se veía muy guapo con su traje de etiqueta—. ¿Qué hace la maestra de ceremonias en este sitio? Juanita está usted encantadora.

Ambos bajaron charlando y sonriendo al jardín, donde ya se veía gran concurrencia. Predominaba entre ella una serie de magnates árabes, pero también había gente blanca.

Una docena de ojos se volvieron hacia la rubia Juanita.

—Te habías perdido —murmuró Jazmín—. Juanita, mis amigos están deseosos de conocerte. Les presento a Juana Varden.

La princesa enumeró una serie de nombres que parecían extraídos del libro de Las Mil y Una Noches.

Irma Maxel, rodeada de su grupo, miraba con envidia el visible triunfo social de la joven institutriz.

—Y ahora, ¿qué sugiere la maestra de ceremonias? —preguntó Carol a Juanita.

—Una partida de juegos de salón —dijo Juana—. ¿Les agradaría el muy infantil de "las escondidas"?

—Juego de niños a nuestra edad —protestó Irma Maxel—. Qué tontería.

Nadie dió oídos a la protesta de la antipática Irma Maxel.

—Comencemos dejando a la princesa Jazmín que busque a sus huéspedes —indicó Aldo Carol—. Princesa, ocúltese tras de este biombo, y prometa no mirar. Tiene usted que buscar a cinco jóvenes y a cinco niñas que se ocultarán en los salones o en los jardines. Que apaguen todas las luces por un momento.

—Yo no juego —declaró Irma, alejándose con tres o cuatro personas.

—Listo —gritó Aldo Carol—. A ocultarse las personas señaladas, y usted, Jazmín, cúbrase los ojos.
El gran vestíbulo quedó desierto, exceptuando el grupo de Irma Maxel.
Juanita corrió a ocultarse tras una cortina que formaba alcoba al extremo del corredor. Cautelosamente entreabrió esa cortina, y su corazón se estremeció al ver tras de ella al encapuchado sheik Blanco.
—Juanita —murmuró el proscrito—, *guarda este objeto como si fuera tu vida*. Que nadie lo vea. Recuerda tu promesa.
Juana recibió el pequeño paquete a tiempo que escuchaba un cercano murmullo de voces.
Aldo Carol gritaba con potente voz:
—El sheik Blanco está aquí. Custodien las puertas.
Juanita, estupefacta, cerró la cortina y permaneció suspensa, apretando en su mano el objeto que le había entregado su padre.
Soldados nativos corrían de un lado a otro, desenvainando sus cimitarras.
Desde un balcón contiguo al corredor, el sheik Blanco asomaba su capucha.
En ese momento el proscrito del desierto levantaba sus brazos con un gran macetero en sus manos. En seguida arrojó el pesado bulto al jardín, produciendo gran estruendo al romperse en las baldosas.
Los soldados, atraídos por el estruendo, corrieron al jardín, en tanto que el fugitivo salía del palacio por el corredor del ala izquierda, aprovechando la puerta que Juanita dejó sin llave horas antes.
—Se ha salvado —balbució Juanita, afirmada aún en el balcón.
Aldo Carol y Adolfo Maxel circulaban por los corredores.
—Juanita, preguntó Aldo al encontrarse con la joven junto al balcón—, ¿vió pasar por aquí al sheik Blanco?
—No —respondió Juanita.
El consejero Maxel fijó sus miradas en el semblante de Juana con visible hostilidad.
—Alguien abrió la puerta del ala izquierda —expresó Maxel—. Hay un traidor en este palacio. El sheik Blanco ha robado esta noche un valioso anillo del emir Harún el Solimán.
El antipático Maxel se alejó, y Aldo, colocando su mano sobre el brazo de Juanita, le dijo:



—Juanita —dijo el Sheik Blanco— guarda este anillo como si fuera tu vida.

—Volvamos al salón. Es preciso continuar la fiesta que nos aguó ese bandido.

—Voy en seguida —dijo Juanita—. Me molestan mucho los pantalones orientales, y deseo cambiar de ropa.

No había ni un asomo de desconfianza en la voz de Carol.

Juanita entró a su dormitorio y cerró con llave la puerta. Con los ojos agrandados por indecible espanto, advirtió que el objeto que tenía en su mano era un anillo de oro con una preciosa esmeralda.

¡El anillo del emir Harún el Solimán!

Aterrorizada por aquel descubrimiento que demostraba la culpabilidad de su padre, Juanita casi perdió los sentidos.

Para colmar su angustia, oyó la voz de la princesa Jazmín, que discutía con Irma Maxel.

La princesa golpeó a la puerta de Juanita, y entrando, le dijo, fastidiada:

—Dicen que el sheik Blanco está dentro del palacio.

Juana no podía hablar. Sus miradas se fijaban en el anillo que brillaba entre los objetos que había sobre el tocador.
Irma aún no lo había descubierto, pero, como de costumbre, lanzaba miradas sospechosas sobre su odiada rival.
—Supongo que usted andaría tras el fascinador sheik Blanco —musitó Irma, con ironía.
—Estaba conversando con Aldo Carol y luego vine a cambiar de traje —expresó Juanita con altivez—. Si usted tiene tanto miedo al sheik Blanco, ¿por qué no se va a su casa?
—Bien contestado —expresó Jazmín—. Juanita puede hacer lo que le agrade. Ni ella ni yo le tememos al sheik Blanco.
Jazmín avanzó sonriendo hasta el tocador y colocó disimuladamente su pañuelo sobre el sitio donde brillaba el anillo de esmeralda.
¿Lo hizo intencionalmente o fué solamente un gesto instintivo de la princesa?
Juanita fijó sus pupilas en el semblante plácido y bondadoso de Jazmín, quien le sonrió con cariño.
—Volvamos al salón —insinuó la princesa—. El Sheik Blanco nos aguó la fiesta, pero todavía podemos reanudarla. Irma, ve a reunirte con tus amigos, mientras Juanita y yo terminamos de arreglarnos.
Cogida del brazo de su institutriz y sin manifestar ni enojo, ni suspicacias, la princesa llegó al salón de baile.
Aldo Carol ya estaba allí animando la fiesta.
—Niñas —dijo poco después el joven Carol a Juanita y Jazmín—, el bandido escapó definitivamente, llevándose una valiosísima joya.
La princesa dió una mirada a Juanita, pero su mirada sólo encerraba simpatía y confianza.
—Alguien le ayuda en sus fechorías —aseguró Irma Maxel—; juraría que tiene un cómplice en este palacio.
—Así lo pensamos todos —asintió Carol—. Olvidemos ahora al Sheik Blanco y prosigamos la fiesta. Juanita, ¿qué propone usted ahora? Muestre su programa de entretenciones.
Juana examinó su programa y luego dijo:
—Se va a esconder un objeto que Aldo Carol buscará y cuando lo descubra se lo entregará a una niña; ésta debe dárselo a otra señorita y en seguida a otra, hasta que Aldo Carol lo vuelva a tener en sus manos.

—¡Bravo, bravo! —dijeron los jóvenes invitados—, procedamos. Juanita dejó que la juventud iniciara el juego y subió a su dormitorio, con el fin de ocultar el anillo del emir que había quedado sobre su mesa de tocador.

De pronto, y cuando lo tenía aún en la mano, envuelto en el pañuelo de Jazmín, apareció Aldo Carol.

—La prenda está en su mano, Juanita. Entréguemela —dijo el joven.

Tan aturdida estaba Juanita, que olvidó el juego que ella misma había inventado y creyó que Aldo venía a quitarle el anillo robado.

—¿Qué quiere decir? —preguntó espantada Juanita—. Yo no tengo esa prenda.

—Me lo han dicho —declaró Aldo—. Irma Maxel la vió subir y me instó a que la siguierà. Abra su mano, Juanita.

¡Irma, siempre Irma Maxel, atormentando a la hija del Sheik Blanco!

(CONTINUARA)



—¿Juanita, qué esconde Ud. en su mano? —preguntó Aldo Carol.

Ponchito

por nato





EL REINO DESTRUIDO

CAPITULO IX.—Ratas de agua.

La tripulación del "Minerva" lanzaba gritos de alegría porque la nave imperial de Valerio había aparecido justamente cuando eran perseguidos por una libúrnica, embarcación antigua, creada por los piratas de Liburnia (Dalmacia) para sus correrías. Eran naves de una ligereza extraordinaria, con varios órdenes de remos. Construídas de ciprés y abeto, las pintaban, así como las velas, palos, etc., de color verdoso, a fin de que pasaran más inadvertidas entre las olas.

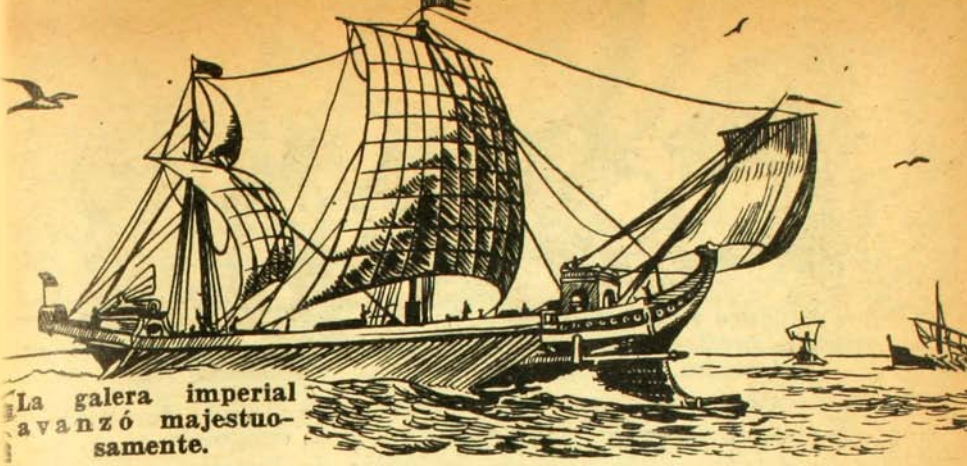
—¡Estamos salvados! —exclamaban los romanos, alzando sus brazos.

Pero el capitán del "Minerva" guardaba silencio. Sus temores se habían realizado. Aquel barco les libraría de los piratas, pero también los detendría en su ruta hacia Numidia.



—¡Estamos salvados!

—No podré advertir a Fulvio Luceri del peligro que le amenaza. Nerón, instigado por el rencoroso Cayo Sestilio, ordenó su captura —cavilaba Silio. Sin duda Valerio sospechaba de él. En Miseno la nave mercante de Silio abandonó clandestinamente el puerto, luego que su capitán asistió a la entrevista de Cayo y Valerio. Fácil era deducir, por lo tanto, que él pretendía impedir que se cumpliera la voluntad del emperador, y este delito era castigado



La galera imperial avanzó majestuosamente.

con la muerte. Las fieras del circo romano esperaban a Silio, aunque no era cristiano.

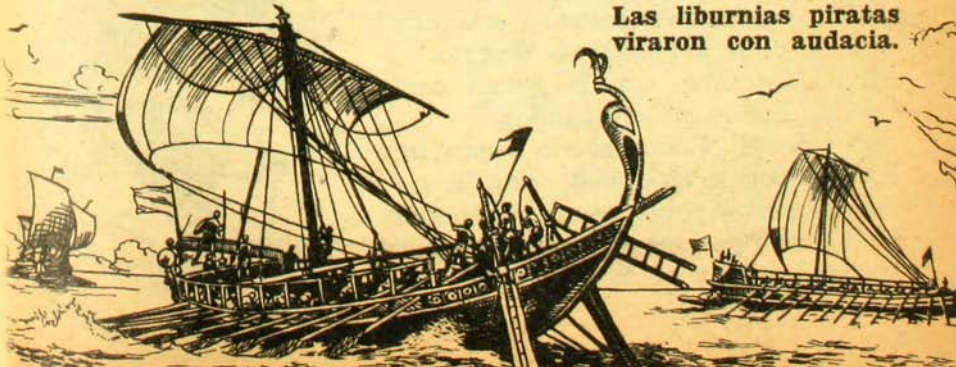
La galera de guerra avanzaba majestuosamente y las liburnas piratas viraron audazmente para atacarla. Una de ellas se aproximó por estribor y la otra a babor. Eran sin duda más pequeñas, pero estaban construídas especialmente para batallar y sus hombres no conocían el miedo.

—Son temerarios —observó Demetrio, el segundo de Silio—. Parecen furiosas ratas de agua que atacan a un monstruo del mar. Y tal vez...

La misma duda se agitó en la mente de los demás marinos del "Minerva". ¿Y si las liburnas lograban dominar a su colosal adversario?

—Huirán —sentenció Silio—. Si no son hundidas por la galera, las veremos tomar el largo hacia el mar más lejano.

La incertidumbre que había turbado a sus hombres no lo afectaba a él. Estaba tan seguro del triunfo de la galera como de que después él sería llevado prisionero.



Las liburnias piratas viraron con audacia.



Los soldados romanos estaban prestos para el asalto.

—Ah, Fulvio, amigo mío, mal encuentro ha sido el de los piratas y peor el de la galera imperial —suspiró, resignado.

Mientras tanto, en la cubierta del barco de Valerio se preparaba febrilmente el ataque.

Los soldados ocupaban sus puestos, con sus relucientes cascos y sus jabalinas que destellaban al sol. En los escudos veíanse las águilas imperiales.

Valerio, con sus arreos de batalla, observaba desde el puente a sus guerreros.

Por su parte, el cómitre o jefe de los remeros vigilaba el compás de los remos. Durante los encuentros navales, la faena de los galeotes tenía una importancia vital. La falta de coordinación o el desconcierto durante los asaltos furiosos o cuando el fuego griego, rasando las aguas, prendía en los flancos del barco, podían determinar la derrota.

Valerio gritó:

—Atacaremos primero a la liburna de sotavento. A la otra, mantenedla apartada. Los honderos y arqueros se encargarán de ello.

La tripulación obedeció con rapidez. Mientras tanto, el "Minerva" presenciaba aquellos preparativos, sabiendo que de ellos dependía su destino.

Silio observaba con la frente contraída. Seguía reflexionando:

"¡Por Jove! ¿Cómo puedo seguir mi ruta, si estoy bloqueado por la galera imperial y por esas condenadas liburnas? ¡Que me lleve Plutón! Némesis, la diosa de la venganza, pro-

Valerio observaba desde el puente.



tege a Cayo Sestilio."
Sonrió al advertir que juraba como un romano creyente de los dioses del Olimpo. El no profesaba tales creencias.
Se acercó a la borda para observar el movimiento de las naves guerreras. Los piratas aullaban, mientras los romanos preparaban sus armas.
El mercader observó el cielo. Obscuras nubes se desplazaban hacia el noroeste.



Cada tripulante ocupó el sitio que le correspondía.

—Una tempestad..., tal vez con una buena tormenta terminarían mis penurias —caviló el mercader.

(CONTINUARA)

Correspondencia

IRMA GOMEZ, NELSON PORTUS.—**Agradecemos sus felicitaciones por las lindas seriales que damos en "SIMBAD". Próximamente aparecerán las bases para el gran sorteo de Fiestas Patrias, que esta revista ofrece a sus numerosos lectores.**

RICARDO CERDA.—Sería muy difícil intercalar un papel con el cupón del concurso.

TERESA ALDUNATE.— Agradecemos sus felicitaciones y frases cariñosas.

NORA GUZMAN, MARIA LATORRE.—Envíen sus direcciones completas, pues de otra manera los premios se extravían en el Correo.

GUILLERMO MUÑOZ.— Aprenda pronto a leer solito, para que conozca a Ponchito, Pelusita y Fantasmita.

LUZ AMALIA DEL CANTO, ANTONIO TUSET.—Gustan de todas las seriales que publica esta magnífica revista infantil, que se ha adueñado de los corazones infantiles chilenos.

ELIANA FARIÑA, ROSA MARDONES y HUGO TEJEROS. Agradecemos sus entusiastas felicitaciones por las novelitas publicadas en "SIMBAD". Junten la mayor cantidad que puedan de los cupones que aparecen al pie de la última página y participarán en el Gran Sorteo Gratis de Fiestas Patrias.

BARBARA BENTE. Con todo gusto le despacharemos el libro que sacó de premio. Si no quiere perder de leer las novelas tan bonitas que trae "SIMBAD", puede suscribirse a esta revista y así tendrá seguro su ejemplar. Gracias por sus felicitaciones.

ROXANE.

Grandioso Sorteo de Fiestas Patrias

"SIMBAD" ofrece a sus numerosos lectores

$ 200.000

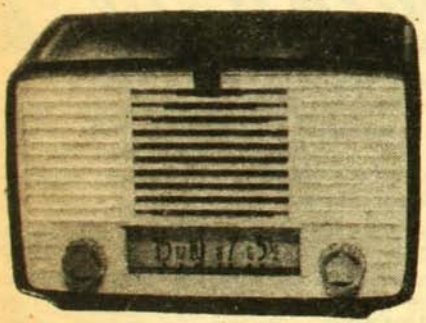
en valiosos premios, que se repartirán únicamente entre los lectores de "SIMBAD" el 10 de septiembre.

PREMIO MAYOR: Una hermosa bicicleta para niño.

Segundo premio: Un radio Philips.

Otros premios: Hay muñecas, delantales para niñitas, pelotas de goma, cuadernos, útiles de escritorio, chombas, sweaters, poleras, soquetes, acuarelas, patines, zapatillas para niño, etc.

Para obtener cualquiera de los obsequios enumerados, sólo tendrán que juntar los cupones que aparecen al pie de esta página, semanalmente. Por cada serie de 5 cupones nu-



merados del 1 al 5, obtendrán un boleto para optar a los premios que repartirá "SIMBAD" el 10 de septiembre próximo. Ahora, lectores, a juntar muchos boletos para este gran sorteo.

Cupón N.º 2 - Serie N.º 1
Sorteo de Fiestas Patrias.
Cupón N.º 2 - Serie N.º 1
9 de febrero de 1955.

¿LO SABES TU?

¿Pueden decirnos la fecha exacta del Combate Naval de IQUIQUE?



Solución a "SIMBAD" N.º 282: Los países centroamericanos son: Guatemala, El Salvador, Honduras, Nicaragua, Costa Rica y Panamá.

Entre los niños que enviaron soluciones exactas, salieron favorecidos los siguientes nombres:

CON CINCUENTA PESOS: María Cienfuegos, Parral; Rosa Carrasco, Rancagua; Luis A. Veas, Valparaíso; M. Angélica González, Talca; Isabel Luksic, Talcahuano; Roberto Troncoso, Santiago; M. Gabriela Larson, Rancagua; V. Selva Zepeda, Quillota; Eduardo Arriagada, Santiago; Elvira Rojas Cisternas, Santiago.

UNA SUSCRIPCION SEMESTRAL: María Escobar, Santiago; Manuel Muñoz Silva, La Cisterna, Santiago; Miguel Lagos, Longaví; Víctor Fuenzalida, San Fernando; Ana Alacid Salazar, La Unión.

UN LIBRO: Bernardo P. Arellano, La Calera; Miguel Figueroa, Concepción; Fernando Rodríguez, Buin; Adriana Barrientos, Concepción; Sergio Ferrada, Valparaíso; Guacolda Leyton, Santiago; Lily Radbil, Santiago; Gumercindo Orellana, Temuco; Germán Prosser, Temuco; David Barrientos, Collipulli.

CUPON DEL CONCURSO Semanal
SIMBAD N.º 284

Empresa Editora Zig-Zag, S. A. — Santiago de Chile, 1955.

Juan y Juanita





3. Tilín y Mincho despidieron a sus amigos: "—¡Buena suerte! Y tengan cuidado con Rulán". Tilín murmuró: "—No me fío de ese cerdo grasiento. Quisiera ir con ustedes". Pero Bozambo tenía razón: era preferible que fueran solamente los tres. Les sería más fácil deslizarse sin ser vistos.





4. Cuando llegaron a la aldea nativa, observaron que parecía desierta. "—Seamos prudentes", aconsejó Bozambo. Registraron cautelosamente cada cabaña. En una de ellas, Juanita encontró este mensaje: *"Rulán nos lleva hacia el norte del Congo. Confiamos en ustedes, amigos. B. y L."*

(CONTINUARA)

PELUSITA POR NATO



Simbad

PRINCESA MUÑECA

N.º 285

$ 10.-



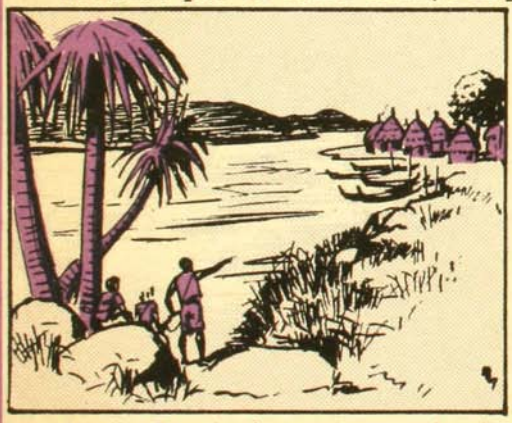
Juan y Juanita

CAPITULO LXIV.—EL REGRESO DE RULAN





1. Juan y Juanita, acompañados del guía Bozambo, intentaban rescatar a los mellizos belgas Bob y Len. Pero la aldea donde les habían dejado estaba ahora desierta. Los mellizos dejaron un mensaje, en el cual anunciaban que marcharían hacia el norte, llevados por su cruel tutor, Leopoldo Rulán.





2. "—Perderán el barco del bwana Fox", objetó Bozambo, pero Juan y Juanita estaban decididos a ir en auxilio de Bob y Len. Una semana más tarde llegaban al norte del Congo. Bozambo interrogó a un nativo, quien le dijo: "—La gente blanca por quien preguntas nos confió a dos niños enfermos".

(Continúa en la penúltima página.)

Simbad

AÑO VI — 16-II-1955 — N.º 285

Directora: Elvira Santa Cruz (Roxane)
Suscripción anual: $ 490.—
Semestral: $ 250.—
Recargo por vía certificada: Anual: $ 21.—. Semestral: $ 11.—.
Extranjero:
Anual: U.S.$ 2,10
Semestral: U.S.$ 1,05
Recargo por vía certificada: Anual: U.S.$ 0,20
Semestral: U.S.$ 0,10

La Princesa Muñeca

CAPITULO XI.—

Flora la campesina.

Después de tantas zozobras Bienvenida se sintió más reconfortada con la presencia de su madrina el hada Mirtala.

La pobre Malvina, por no ser perfecta, había quedado convertida en muñeca en el castillo del mago Silerio, y la princesa-muñeca tendría que buscar otra chica buena para que saliera de su encantamiento.

El hada Mirtala levantó del césped a la llorosa princesita Veni y partió con ella hacia las regiones glaciales del Viejito Pascual.

Durante el camino, el hada hacía recomendaciones a su ahijada:



Veny leyó al Viejito Pascual la carta de Flora.

—No te fíes nunca de las apariencias —le decía—, ni te apresures a juzgar a la niña que el destino te depare. Comprueba sus méritos y dale a conocer en qué condiciones debe soportar la prueba del espejo mágico. Ya has hecho una víctima... Malvina está convertida en muñeca y sus padres lloran a la hija perdida. No es posible que, por reconquistar tu felicidad, hagas una nueva víctima.

—Te lo prometo, madrina —respondió Bienvenida.

Como en su primera visita, los pajes del Viejito Pascual tendieron tapices sobre la nieve para dar paso a la hermosa hada, y el dueño de casa avanzó al encuentro de Mirtala.

—Mi querido amigo —explicó el hada—, le traigo de nuevo a mi ahijada, la princesa Bienvenida, heredera del reino de Giralda. Ella solicitó volver a esta casa.

—Ya terminé la distribución de juguetes en Navidad —declaró el Viejito Pascual—, pero me ha quedado mucha correspondencia atrasada y a veces, cuando me conmueven las cartas de algunas niñitas, salgo de viaje y les llevo algo, aunque no sea en Pascua. ¿Sabe leer tu ahijada?

—Lee muy bien —dijo el hada Mirtala—. Puede usted ocuparla en todo lo que necesite.

—Bien, hada Mirtala —dijo por fin el Viejito Pascual—; déjeme aquí a esta princesita, y creo que juntos lo pasaremos bien.

El viejo Noel entregó a la princesa-muñeca algunas cartas rezagadas, las que ella fué estudiando concienzudamente.

—Papá Noel —dijo un día Bienvenida—. Voy a leerle esta carta que me parece digna de atención. Dice así:

"Querido Viejito de Pascua: soy una pobre huérfana, que jamás he poseído una muñeca. Cuando mi mamacita estaba enferma no tenía tiempo para jugar, y ahora que Dios se la llevó al cielo, estoy viviendo con una tía y dos primos que nunca se preocupan de mí. Mándeme una muñequita para no sentirme tan sola en el mundo. Yo sé coser y le haré un vestidito bien lindo. Por favor, no se olvide de esta pobre campesina. Muy agradecida a usted,

FLORA

—Esta niñita me parece buena —insinuó la princesa Veni—. ¿Papá Noel, quiere depositarme en su casa?

—Bien —replicó el Viejito Pascual—. Escoge tú misma el traje

porque el que llevas, además de ser muy lujoso para una niña campesina, no te ha dado suerte.

La princesa Veni escogió un vestido de cretona florida y una cofia de organdí blanco.

Esa misma noche, y a pesar de no ser día de Navidad, el Viejito Pascual depositó sobre el lecho de Flora, la campesina, a la princesa-muñeca.

Como la chica dormía, Veni tuvo tiempo para examinarla con detención.

Era una pequeñuela de ocho a nueve años, de cabellos negros y tez pálida.

"Parece muy suave y bondadosa", pensó la princesa Veni.

Al despertar, Flora descubrió a la muñeca y la estrechó contra su corazón, con tal ternura, que Veni quedó emocionada.



Flora recogía flores para la princesa-muñeca.

La princesa de Giralda nunca tuvo que arrepentirse de su elección. Flora la llevaba a todas partes en sus brazos y cuando iba al campo cogía flores para ella y se las colocaba como collares sobre el pecho. Dábale los más tiernos apodos, y por la noche la hacía dormir junto a ella, besándola con cariño maternal.

Veni correspondía en silencio al amor de Flora compadeciéndose de la vida tan dura que llevaba la campesina. Su tía la reprendía continuamente y sus primos la molestaban.

Además la hacían trabajar en exceso, sin que jamás la chica pro-

testara ni manifestara desagrado.

"Si Blandina hubiera sido tan sincera como esta campesina —pensaba Veni—, ya estaríamos de nuevo en el reino de Giralda. Yo tendría mi corte real y a mi lado estaría mi novio el príncipe Fedor. ¡Ay!, cuando me acuerdo de Fedor y pienso que va a pasar años dormido en el sillón de mi palacio, me da una pena tan grande"...

Sin embargo, Bienvenida no se atrevía a decir una palabra a su amiguita Flora. El recuerdo de la suerte atroz de Malvina detenía la palabra en sus labios.



Flora adoraba a su cabrito blanco.

Hacía ya varios meses que vivía en casa de Flora, cuando una cabrita regalona de la chica tuvo un cabrito blanco.

El simpático animalito seguía por todas partes a Flora, y ésta le quería tanto como a su muñeca.

Pero toda felicidad tiene su término, y un día Carol, el mayor de sus primos, cogió al cabrito blanco y lo llevó al corral para degollarlo.

—No, no —gritó Flora, abrazándose al cuello del animalito—, lo quiero tanto. No puedes matarlo Carol.

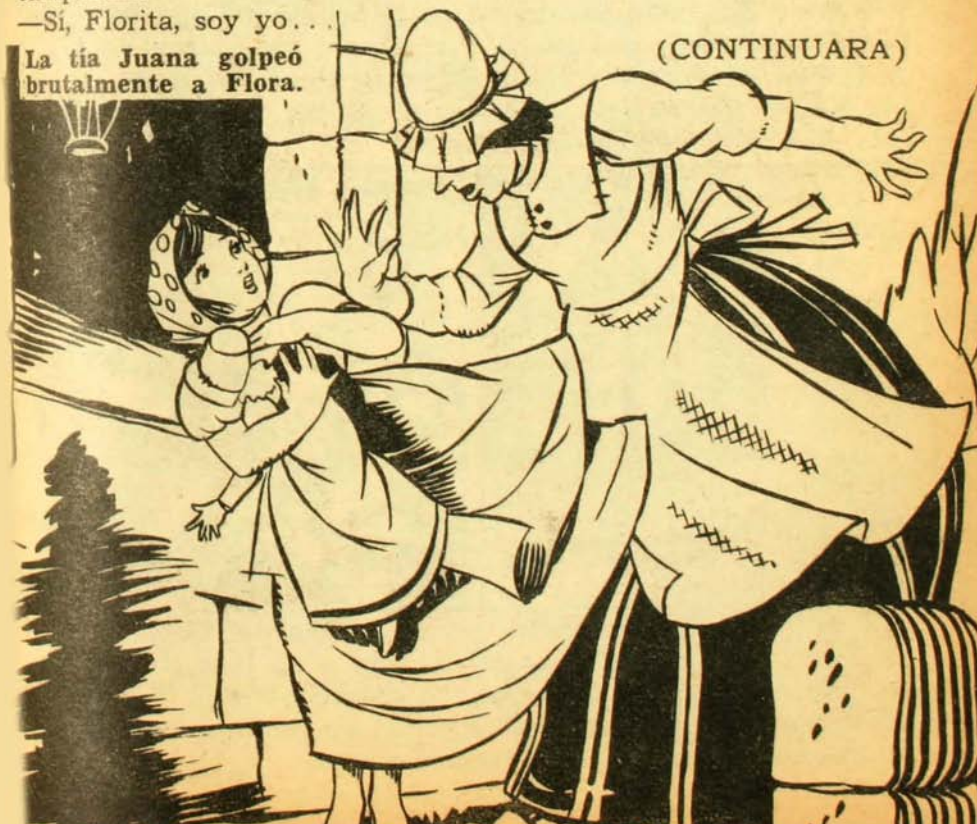
El muchacho se burló de su prima, y la granjera, furiosa con la algarabía de Flora, la arrojó brutalmente a la pesebrera.

—¿A qué tanta algazara? —exclamó la tía Juana—. ¿Para qué son los cabros sino para comerlos? No te quejarás si esta noche te doy una buena chuleta...

—No comeré la carne de mi cabrito regalón... Eso es cruel y sanguinario. Pobre mi cabrito...

—Tanto mejor —declaró Juana—. Mientras menos boca, más nos toca.
—¿Por qué lo matan? —murmuraba llorando Flora—. Hay tantas otras cosas que comer.
—Toma por idiota —gritó la tía Juana, dando una brutal palmada a Flora.
La campesina huyó hacia el bosque con su querida muñeca, y allí dió rienda suelta a su dolor.
—Mi pobre cabrito blanco era tan lindo y juguetón —gemía la pequeña Flora—. ¿Por qué lo matan? El me quería tanto, y era el único que me acariciaba. Soy tan desgraciada, tan sola...
—No estás sola, Florita —murmuró dulcemente la princesa-muñeca—; yo también te quiero y te consolaré.
Al escuchar estas palabras de su muñeca, Flora quedó estupefacta.
—¿Eres tú la que me hablas, preciosa muñequita? —preguntó la campesina.
—Sí, Florita, soy yo...

(CONTINUARA)



La tía Juana golpeó brutalmente a Flora.

EL·SECRETO·DEL ALQUIMISTA

CAPITULO III Y FINAL

— ORO PERDIDO





1. Ogier y Adalberto penetraron en el castillo del alquimista Helenio, descubriendo que estaba ocupado por los esbirros del barón de Grenai. El soldado a quien Ogier aprisionó con brazo de hierro confesó que su amo estaba en el sótano, torturando al sabio para obligarle a revelar su secreto.





2. A fin de pasar inadvertidos por la guardia del barón, Ogier y Adalberto vistieron las ropas del soldado y de Jean Gilés. Minutos después oían rugir a Grenai: "—¡Maldito brujo! Te obligaré a decirme cómo fabricas oro." Pero en ese instante pareció desencadenarse un huracán en el lúgubre sótano.





3. Los dos donceles cayeron sobre el barón, el verdugo y los guardias. Relampaguearon las espadas y a cada mandoble restallaban las maldiciones y los gritos de dolor y rabia. Adalberto se apresuró a cortar las ligaduras que distendían el enflaquecido cuerpo del alquimista.





4. El barón Grenai había intentado huir, pero Ogier, de un ágil salto, le cortó la retirada: "—¡Cobarde! —murmuró el doncel con fría cólera—. No tuviste piedad de un anciano indefenso y pagarás tu felonía." Efectivamente, el señor feudal recibió el castigo que merecía.

EL·SECRETO·DEL ALQUIMISTA



5. En seguida el vencedor se inclinó sobre Helenio para tratar de reanimarlo, pero comprendió que era inútil. "—Destruye la fórmula —susurró el alquimista moribundo—. Hazla desaparecer o traerá muchas desgracias." Ogier, pálido y turbado, juró respetar la última voluntad del sabio.



6. Los audaces donceles envolvieron la figura inerte y abandonaron el castillo sin ser detenidos, pues los guardias les confundieron con Jean Gilés y el soldado que lo escoltaba. Al día siguiente registraron el lugar señalado por Helenio, encontrando los valiosos documentos.



7. Adalberto exclamó: "—¡Aquí está el secreto de la piedra filosofal, que trasmuta los metales en oro! Cuántos darían su vida por poseer esta fórmula." El héroe Ogier observó: "—Precisamente porque puede destruir vidas humanas la quemaremos." Y lanzó las páginas al hogar.



8. Cuando se supo en la comarca que Grenai había muerto, el pueblo demostró su alegría con risas y cánticos. Odiaban al señor feudal por su crueldad y a Jean Gilés por su maligna astucia. La noticia de que la fórmula de Helenio había sido destruída les desconcertó, pero sin apagar su alegría.



EL CORSARIO NEGRO

CAPITULO XX. — *La expedición vengadora.*

El Corsario Negro y sus hombres buscaban al gobernador Van Guld entre los cuerpos yacentes de soldados y nobles españoles.

—¡Por mil tiburones! —rugió Carmaux—. Sospecho que el maldito ha huído.

En efecto, el gobernador de Maracaibo no se encontraba entre los cadáveres y las ruinas de Gibraltar.

De pronto Carmaux creyó reconocer un gemido entre los ayes de los heridos.

—Esa voz nasal... yo la conozco...

—Y yo también —añadió Stiller—. Es el español Bartolomé, que nos guió a través de la selva venezolana cuando perseguíamos al gobernador. El también lo odia, porque una vez ese condenado Van Guld ordenó darle veinticinco palos.

—Buscadle —señaló el Corsario Negro—. Necesita auxilio.

Por fin le hallaron, pálido y desgreñado, con la coraza de acero manchada de sangre.

—¡Eh, español de mi corazón! —gritó Carmaux alegremente—. ¿Supongo que no te habrán estropeado demasiado los huesos?

—¿En dónde estás herido? —le preguntó el Corsario, ayudándole a levantarse.

—Me dieron un sablazo en un hombro y otro en la cara, pero dicho sea sin ofensa, al pirata que me puso así lo ensarté como a un cabrito. Por la Virgen de Guadalupe, dadme un sorbo de agua.

Luego que hubo refrescado sus labios ardorosos de fiebre dijo:

—No habéis hallado al gobernador, ¿verdad?

—No. ¿Tú le has visto?

—¡Ah, señor! Habéis perdido la oportunidad de ahorcarle y yo

de devolverle los veinticinco palos.

—¿Qué quieres decir? —interrogó el Corsario con voz silbante.

—Que ese bribón, previendo que vosotros venceríais, no ha desembarcado aquí.

—Entonces, ¿adónde ha ido?

—Uno de los soldados que le acompañaban y que se quedó en Gibraltar me dijo que Van Guld enfiló hacias las costas occidentales del lago para huir de las naves corsarias y embarcarse en Coro.

—Aunque se esconda en el infierno, he de hallarle —r u g i ó el Corsario Negro.



—¿A dónde se dirigirá?

—A Puerto Cabello. Ahí tiene sus posesiones y sus parientes.

—¡Muerte y condenación! —rugió el bucanero con voz terrible—. Aunque se esconda en el infierno, he de hallarle.

—Y yo os acompañaré, señor —sugirió Bartolomé.

—Sí, tú vendrás. En las islas de las Tortugas organizaré la expedición vengadora. Moro, sígueme a la ciudad. Es preciso que hable con el Olonés.

Seguido por el africano, el joven salió del fuerte para dirigirse a la ciudad. En la plaza central, los filibusteros habían acumulado el oro y las riquezas que el Olonés supervigilaba con mirada de águila y un gesto de codicia satisfecha.

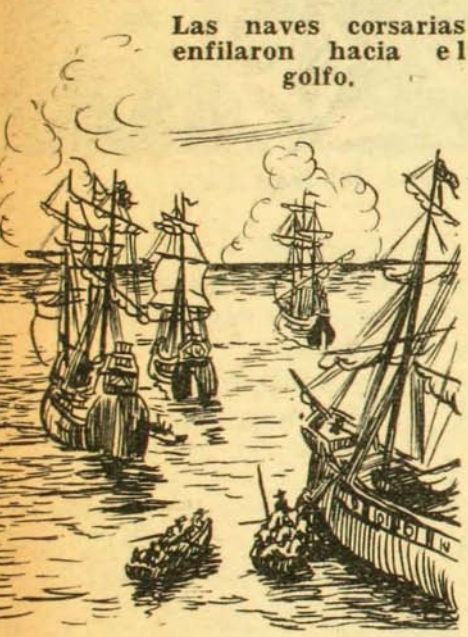
—Hermano —saludó al Corsario Negro—, ¿qué ocurre? No pareces contento.

—¿Irás sin mí? ¡Ah, no! —e x c l a m ó el Olonés.



—Por cierto que no. A estas horas Van Guld navega hacia las costas de Nicaragua.
—¡Maldición! ¿Y qué piensas hacer?
—Regreso a las Tortugas para organizar una expedición.
—¿Sin mí? ¡Ah, no! Yo no pierdo la caza de ese zorro apestoso.
—Nos encontraremos, entonces, en las islas, hermano.

Terminado el saqueo, los piratas se embarcaron en las chalupas que les envió su escuadra, la cual permanecía en la boca del lago.



Las naves corsarias enfilaron hacia el golfo.

Además de doscientos prisioneros, de los cuales esperaban obtener cuantiosos rescates, llevaban gran cantidad de víveres, de mercaderías y de oro. Aquel botín valía doscientas sesenta mil piastras.
El "Rayo", barco del Corsario Negro, estaba anclado a la salida del golfo para evitar una sorpresa de parte de las escuadras españolas, que hacían crucero a lo largo de las costas.
El tiempo amenazaba tormenta. Negros nubarrones oscurecían el cielo sobre la sierra de Santa María.
El Corsario y sus hombres bogaron hacia el "Rayo". Al avistarles, el segundo Morgan ordenó virar, y la rápida nave se acercó en cuatro bordadas para embarcar al comandante y a sus amigos.
Apenas el Corsario estuvo sobre la cubierta, le acogió un grito inmenso:
—¡Viva nuestro capitán!
Una figura blanca apareció en el alcázar de proa.
—¡Gracia! —murmuró el bucanero, palideciendo.
Ella le miraba, también pálida y ansiosa.
Un gran silencio se extendió por el barco. Morgan se movió inquieto. Vagamente había temido este encuentro del Corsario Ne-

gro con la que debiera ser su mortal enemiga, porque era hija del odiado Van Guld. Temía que la voz de la venganza fuera más poderosa que la del amor. Stiller y Carmaux, que en una ocasión embarcaron a Gracia Van Guld en el "Rayo", porque sabían que el capitán la amaba, también se estremecieron.

Un clima de ansiedad flotaba en el ambiente.



—¡Viva nuestro capitán! —gritó la tripulación.

El Corsario y la joven no advirtieron aquella tensión. Se miraban intensamente. La expresión sombría desapareció del rostro varonil. Una temblorosa sonrisa entreabrió los labios de Gracia. En aquel instante se oyó gritar:

—¡La hija de Van Guld! ¡Aquí! Respetada por los filibusteros a quienes su padre persigue sin compasión por todos los mares... Si no lo viera con mis propios ojos, no lo creería...

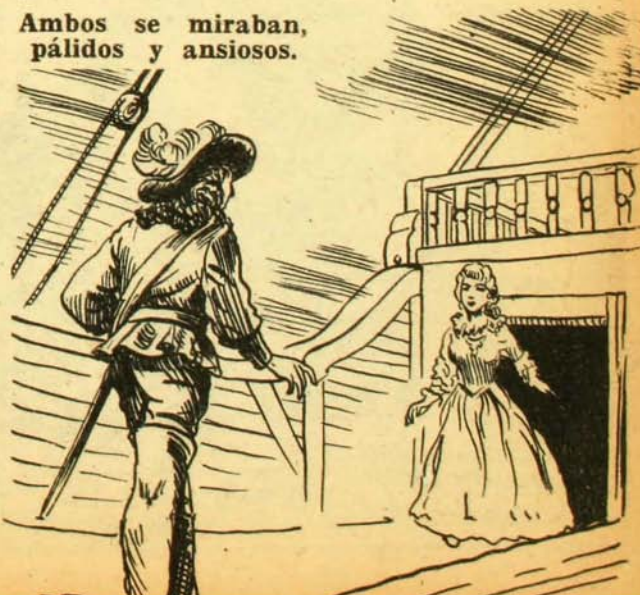
El que hablaba era el español Bartolomé.

Todos comprendieron que el embrujo acababa de romperse. Lo supieron al ver cómo se alteraban las facciones del Corsario Negro.

Oyeron su voz que restalló enfurecida:

—¡Silencio, perro!

El soldado retrocedió con espanto. Pero Gracia palideció aún más que él.



Ambos se miraban, pálidos y ansiosos.

(CONCLUIRA)

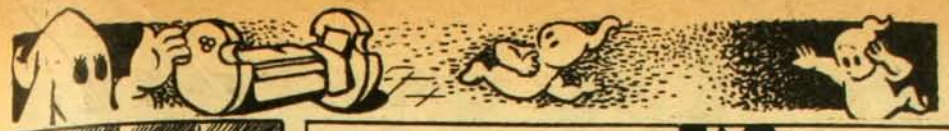
El fantasmita

LA NOTICIA DE QUE EL BARÓN BALO HA HUÍDO DEL CASTILLO CORRE POR TODAS LAS OREJAS, AÚN POR LAS SUCIAS...





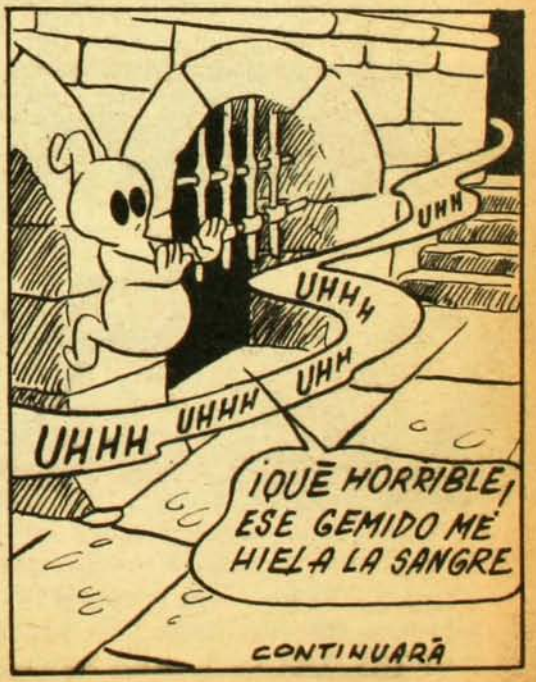












La ratita blanca

CAPITULO II.— EN LOS SÓTANOS DEL CASTILLO.





1. Nadie sospechaba en el castillo de Plesis que el príncipe Carlos, el Delfín de Francia, tenía una amiga blanca, fiel y alegre, una ratita a quien el heredero del trono confiaba sus tristezas: "—¿Cómo puedo distraerme?", le preguntó, y ella subió ágilmente a una mesa donde había un libro abierto.





2. "—No sólo sabes roer los libros, sino también leerlos", rió el Delfín, pero de pronto la risa se apagó en sus labios. Inclinándose leyó: "Visita a los prisioneros". "—Blanquita —murmuró pensativo—, me has dado una lección. Aprovecharé la ausencia de mi padre para bajar a los sótanos..."





3. Esa misma noche el príncipe, acompañado de un paje, atraviesa las estancias sumidas en el silencio y la penumbra. "—¿Quién va?", gritó el capitán de la ronda. Al reconocer al hijo del rey, balbuceó: "—¿Vos, monseñor?", Carlos dijo: "—Dadme paso. Voy a las prisiones subterráneas." En vano protestó el capitán.





4. "—El rey lo ha prohibido", insistía, pero guardó silencio cuando el Delfín repuso: "—Su Majestad está muy enfermo." Aquella astuta frase sugería que el rey podía morir y que entonces el soberano de Francia sería Carlos VIII. "—No me conviene disgustarlo", gruñó el capitán, atemorizado.

La ratita blanca



5. El carcelero tampoco opuso resistencia. "—Llevadme a la celda del joven duque de Armañac", ordenó el Delfín. Al bajar las gradas que rezumaban humedad y estaban corroídas por los años, se estremeció. Nunca imaginó que los sótanos fueran tan lúgubres. "—¡Qué horror!", exclamaba espantado.





6. "—Aquí está la celda del prisionero que buscáis —anunció el guardián—. Yo regresaré a la puerta, monseñor. Si me necesitáis, llamadme." La emoción del príncipe era tan profunda, que las lágrimas inundaban su rostro. El cautivo contempló asombrado aquel semblante hermoso y crispado.



7. "—Soy Carlos, el hijo del rey de Francia —dijo el Delfín—. No temas. Quiero ser tu amigo." El duque lo miró sin desconfianza y una sonrisa entreabrió sus pálidos labios. Luego interrogó con ansiedad: "—¿Qué sucede allá arriba, donde brilla el sol y ríe la gente? ¿Hay nuevos castillos, nuevas aldeas?"





8. "—Hace diez años que estoy encerrado", añadió tristemente. "—¡Diez años! —repitió el Delfín—. ¿Cómo has podido resistir?" El prisionero repuso: "—No lo sé. Estoy cargado de cadenas, el calabozo es tan húmedo, que no puedo acostarme. Los guardianes sólo me dan un miserable mendrugo y un sorbo de agua".

(CONTINUARA)



LA HIJA DEL SHEIK BLANCO

CAPITULO VI — *El cofre de cedro.*

—Abra la mano, Juanita —insistía Aldo Carol—. Irma Maxel insiste en que usted tiene la prenda del juego.

—Irma miente —exclamó Juanita—. Déjeme en paz. Me siento mal.

Aldo Carol, que no podía imaginarse el motivo de la turbación de Juana, le dijo:

—Perdóneme... Se trataba de un juego que usted misma inventó. Descanse, yo la disculparé ante la princesa...

La hija del Sheik Blanco cerró la puerta de su dormitorio y estalló en sollozos.

Un ruido de voces cercanas la estremeció. Carol y Adolfo Maxel conversaban junto a su puerta.

—Carol —dijo el consejero Maxel—, andaba en busca de usted. El anillo robado es el sello oficial del emir Harún el Solimán. Irma dice que el anillo aún no ha salido del palacio y que está en poder de su cómplice.

—¿En qué se funda para decirlo? —indagó Carol.

—En varias sospechas —respondió Maxel—. Vamos a presentarle

RESUMEN: Juana Varden, dama de compañía de la princesa Jazmín, descubre que el Sheik Blanco es su padre y trata de evitar que sus enemigos le capturen. El misterioso encapuchado da cita a Juana en la "Gruta de las Perlas", pero ocurre que a ese sitio llega también Aldo Carol, el perseguidor máximo del Sheik Blanco. El proscrito entrega a Juanita un mensaje secreto, en el cual le ordena que le facilite la entrada al palacio de Marakand. Durante la fiesta, el proscrito roba un anillo del emir y se lo entrega a Juanita, quien se ve acosada por Irma Maxel y Aldo Carol.

un plan al emir y hoy mismo descubriremos quién es su cómplice.
Las voces se alejaron y Juanita se dejó caer, extenuada, sobre un diván.
¿Qué podía hacer? El anillo del emir estaba en su poder. Suponiendo que Irma sostuviera sus sospechas contra ella, vendrían a registrar el aposento y descubrirían la joya robada.
Tentada estuvo Juanita por arrojar el anillo por la ventana.
"*Guárdalo como tu propia vida*", habíale dicho su padre.
Juanita desató el pañuelo en el cual había envuelto la joya de brillantes y esmeraldas y quedó suspensa.
El perentorio llamado de la princesa Jazmín la sobresaltó.
Rápidamente ocultó el anillo entre los vestidos que guardaba en su baúl.
—Ya se han marchado todos los invitados —díjole la princesa—. Nuestra fiesta fracasó por culpa del Sheik Blanco.
—No te desconsueles —suplicó Juanita—. Prepararemos otra aún más brillante.
La voluble princesa olvidó su pesar y preguntó cuándo iniciarían los preparativos.
—Lo principal es no fijar fecha —decía Jazmín—, a fin de que ese bandido no venga a molestarnos. Será un secreto entre tú, yo y Carol.
Ambas amigas continuaron charlando sin hacer mención del robo del anillo. Parecía que Jazmín había olvidado que ella misma permitió que Juana guardara el anillo robado.
A altas horas de la noche la princesa dijo a su amiga:
—Estoy muy cansada. Dame un beso, Juanita. Yo te quiero mucho y deseo que nunca te alejes de mí... No temas al Sheik Blanco, y cree que, si algún día te alejaras de mí, me moriría de pena.
Juana quedó cavilando sobre las últimas palabras de la hija del emir Harún el Solimán.
Nunca debe saber que soy hija del Sheik Blanco —pensaba la joven—, porque perdería su amistad. ¡Mi padre un ladrón!... No lo puedo creer, y, sin embargo, tengo la prueba de que él sustrajo el anillo del emir."
A la mañana siguiente todo parecía tranquilo en el palacio de Marakand.
Jazmín anunció a Juanita que deseaba ir a los bazares de la ciudad.

—Ordenaré que alisten el carruaje para después de almuerzo —indicó la princesa—, y visitaremos la casa de los perfumes egipcios.
Era día de feria en Marakand. Los bazares estaban concurridos por turistas y forasteros.
Jazmín compró cuanto agradó a su vista.
—Estos dos velos de gasa son preciosos —dijo Jazmín—. Compraré uno para ti y otro para mí. Juanita, advierto que estás muy pálida y fatigada. Ve a ese restaurante y pide una taza de café mientras yo escojo otras cosas.
En realidad, Juanita sentíase mareada con los perfumes del bazar y aceptó gustosa la indicación de Jazmín.
Estaba bebiendo su café, cuando se acercó un mendigo a pedirle limosna.
Juana Varden le dió una piastra, y el mendigo, acercándose más, le dijo:
—Traigo un mensaje para la señorita. Quiere hablar con usted el mercader que vende dátiles bajo la sombra del sicómoro.
Juanita terminó su taza de café y siguió al mendigo.
El árabe que vendía dátiles murmuró suavemente.
—Juanita.
—Padre —balbuceó la niña, con evidente sorpresa.
—Tenía que hablarte —dijo el disfrazado Sheik Blanco—; seguí tu carruaje y aquí me ves.
—Padre —expresó Juanita—, en el palacio sospechan que tú tienes un cómplice o espía. Están preparándote una celada.
—Puedo burlarme de ellos —afirmó el Sheik Blanco—. Lo único que me preocupa es saber si sospechan de ti.
—Aún no —dijo Juanita—. El anillo está en mi aposento. Padre, dime, ¿por qué has robado ese anillo al emir?
—¿Mi hija no confía en mí? ¿Cree que soy un ladrón? Escucha, Juanita... He robado ese anillo con un propósito que no me avergüenza. Pienso devolvérselo cuando... Es mejor que lo ignores, hija mía. Toma este cofre, echa en él el anillo y deposítalo al pie de la palmera que enfrenta con la puerta del parque. Iré a buscarlo después de la puesta del sol. Trata de que nadie te vea y mucha prudencia.
Juanita recibió el pequeño cofre de cedro y se alejó del sicómoro.
En ese mismo instante advirtió la presencia de Irma Maxel a pocos metros de distancia.
Su enemiga la espiaba con inquisidoras miradas.



Un mendigo se acercó a la mesa de Juana Varden.

La hija del Sheik Blanco fingió ignorar la presencia de Irma Maxel, y con el cofre en su mano volvió al bazar de perfumes.

—Juanita —suplicó la princesa—, ayúdame a llevar al coche esos paquetes.

—¡Cuántas compras! —exclamó sonriente Juanita—. Vas a llenar el carruaje. ¡Jazmín, qué maravillosos chales!...

—¿Te gustan? Uno es para ti y otro para mí —explicó Jazmín—. Puedes escoger el que te guste más. Los llevaremos en nuestra próxima fiesta. ¿Sabes, Juanita, que se me ha ocurrido efectuar un remate? Es muy divertido y la gente se entusiasma.

Allí, el cochero, acudió en auxilio de las jóvenes que cargaban voluminosos objetos. El criado árabe estaba habituado a las extravagancias de la riquísima hija del emir, y no se extrañó de tanta prodigalidad.

—Cuando lleguemos al palacio —decía la princesa—, vamos a efectuar un ensayo del remate. Aldo Carol conoce ese asunto, porque un día me dijo que había sido martillero en Londres.

La impetuosa princesa no tardó en llamar a Aldo Carol, quien se encontraba en animada charla con Irma Maxel en un extremo del parque.

Juanita comprendía que la espía estaba refiriendo a Carol su visita a los bazares y tal vez sus sospechas en contra del Sheik Blanco.

¿Qué alcanzaría a escuchar Irma de mi conversación con el falso vendedor de dátiles? —se dijo Juanita—. Aldo me lo dirá con su acostumbrada franqueza."

Desde lejos Carol respondió a Jazmín que por el momento estaba ocupado en un asunto urgente y que pronto volvería.
Juanita entretanto subió a su departamento y colocó el anillo del emir dentro del cofrecillo de cedro. Sus manos ardían al tocar la preciosa joya que tantas inquietudes le causaba.
Mientras Jazmín reposaba, Juanita logró escurrirse hasta los jardines.
El sitio indicado por el Sheik Blanco era algo emboscado y constituía un lugar espléndido para una cita.
"Aún no atardece —pensó Juanita—, pero prefiero desprenderme de este anillo cuanto antes"...
Agazapándose entre los arbustos, la atribulada niña llegó junto a la palmera y cautelosamente murmuró:
—Padre...
Había sentido movimiento en el invernadero y suponía que el Sheik Blanco la esperaba allí.
Un involuntario grito surgió de su garganta al ver aparecer a Aldo Carol por entre las ramas de un cocotero.
—Hola, Juanita, ¿explorando el parque? —preguntó el simpático Aldo—. Temo haber ofendido a la princesa por no acudir a su llamado, pero estoy preocupado de otro asunto. Hamid —añadió, volviéndose a un soldado árabe—, cierra con llave la puerta del parque, y vigila a los demás centinelas. El bandido no podrá entrar sin ser capturado.
—¿Qué ocurre? —preguntó Juanita.
—Irma nos ha comunicado que el Sheik Blanco vendrá esta tarde al palacio de Marakand —dijo Carol—, y estoy preparándole una celada. Ahora ya puedo complacer a la princesa. Vamos a las carpas, Juanita.
Encontraron a Jazmín en su elemento, dando órdenes a sus criados y colocando en una mesa los objetos valiosos que había comprado para el gran remate.
—Vengan —gritó a Juanita y Aldo—. Voy a ensayar mi papel de MARTILLERO. A ver, ¿quién me compra esta licorera? Dos piastras, tres piastras, cuatro piastras.
—Así no se remata —protestó Carol—. Escúcheme a mí, princesa. Usted muestra un objeto, lo alza y lo ofrece al público ponderando su valor, su antigüedad, etc. En seguida mira al público y espera que le ofrezcan más y más... Cuando nadie ofrezca mayor suma, golpea con un martillo la mesa y el objeto queda adjudicado.

—Buena lección —expresó el emir Harún el Solimán, acercándose con Irma y Adolfo Maxel—. Jazmín, veamos cómo ejerces tu nueva profesión. Si lo haces correctamente, el remate será válido.

La princesa examinó todos los objetos que estaban sobre la mesa y escogió precisamente el cofre de cedro que Juanita depositó allí inadvertidamente.

—Ese cofre no —suplicó Juanita—. Comienza por la licorera de cristal.

—¿Y por qué no? —preguntó la antipática Irma Maxel—. ¿Tiene usted interés particular en ese cofre?

—Jazmín —ordenó el emir—. Comienza el remate. Doy cinco piastras por el cofre.

—Diez —afirmó Aldo.

Juanita no podía dominar su terror. En cualquier momento abrirían el cofre y encontrarían allí el precioso anillo robado por el Sheik Blanco.

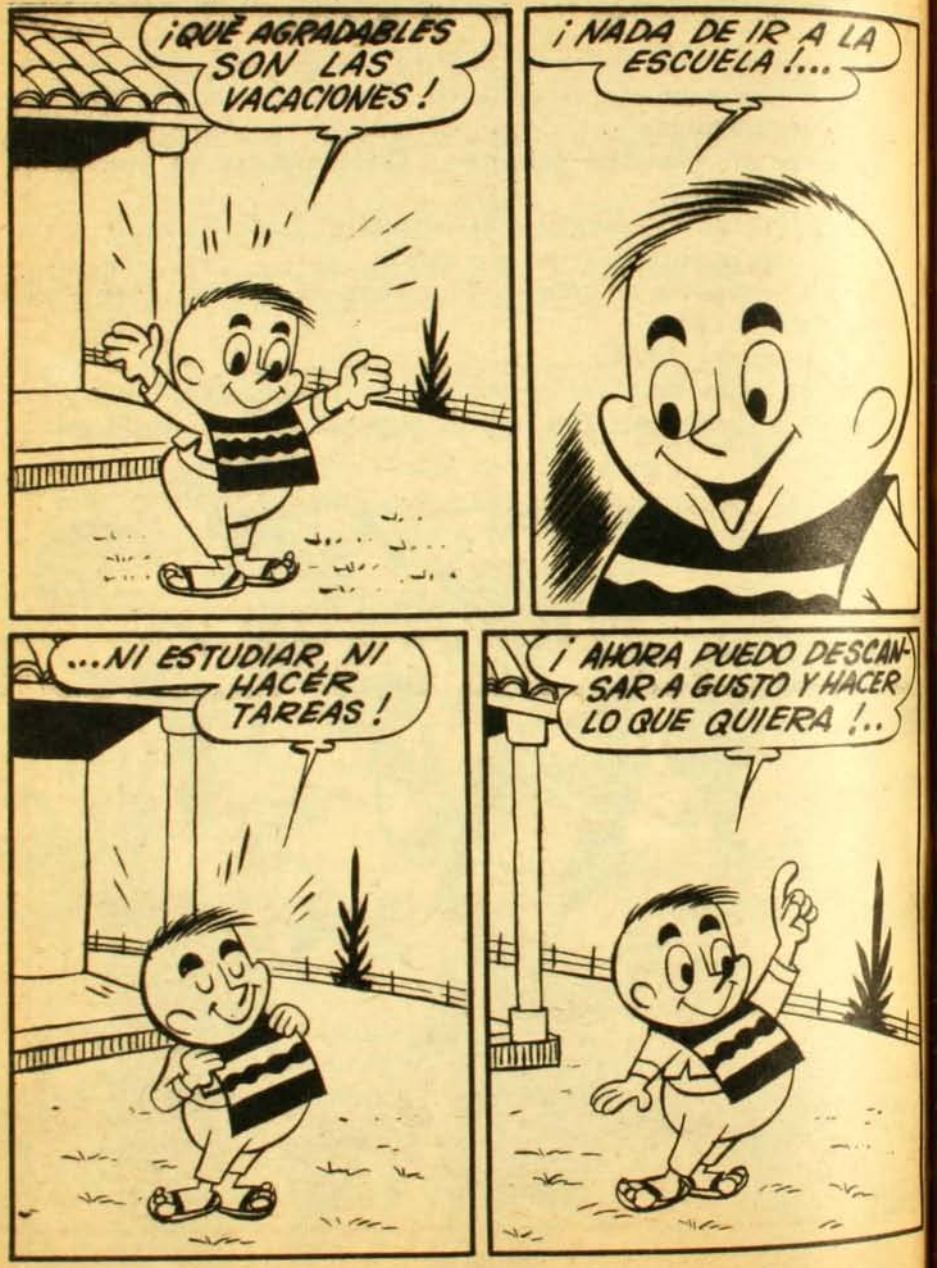
(CONTINUARA)



Juanita vió con espanto que iban a rematar el cofre con el anillo del Emir.

Ponchito

por nato





EL REINO DESTRUIDO

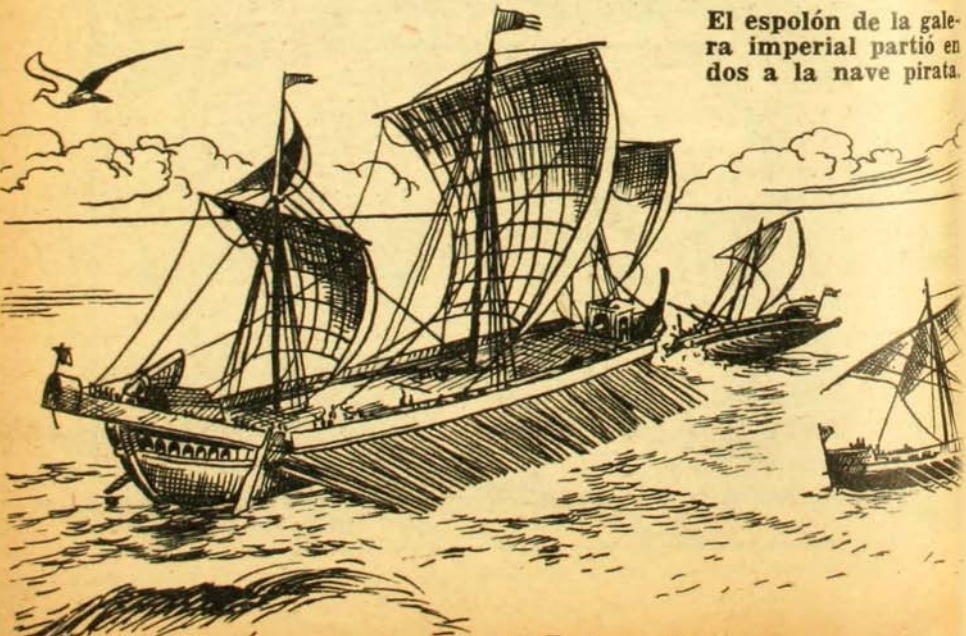
CAPITULO X.—El desembarco.

Al ser embestida por el espolón de bronce de la galera imperial, la liburna pirata quedó partida en dos. La otra nave, tripulada por aventureros libios, asaltó audazmente a los romanos, pero fué rechazada. Los piratas que intentaron el abordaje cayeron al mar profiriendo alaridos y maldiciones.

Los remos se habían detenido y los galeotes, en su prisión flotante, oían con indiferencia el tumulto sobre cubierta. Hacía mucho tiempo que sufrían la esclavitud y en sus espíritus apagados ya no ardían la esperanza ni la rebelión.

De súbito estalló una violenta tempestad. La liburna, frágil y liviana, se alejó, arrebatada por el huracán. El "Minerva", barco mercante de Silio, cogido de sorpresa con todas las velas desplegadas, bandeó peligrosamente y después enfiló hacia el noroeste.

—¡Arríen las velas! —gritó el contramaestre Demetrio.



El espolón de la galera imperial partió en dos a la nave pirata.

a tormenta duró tres ías. Combatido por las ıriosas olas, el "Miner- a" avanzaba entre andazos, mientras sus ıaderas crujían.

or fin avistaron tierra. ilio observó la costa fricana tratando de rientarse.

l piloto llevó hábil- ıente a la nave entre los escollos y alcanzó por fin la rada, de guas tranquilas.



Los piratas se lanzaron al abordaje.

–¡Por nuestro padre Rómulo! Creí que nos ahogaríamos —susiró un tripulante.

–¿Dónde estamos?

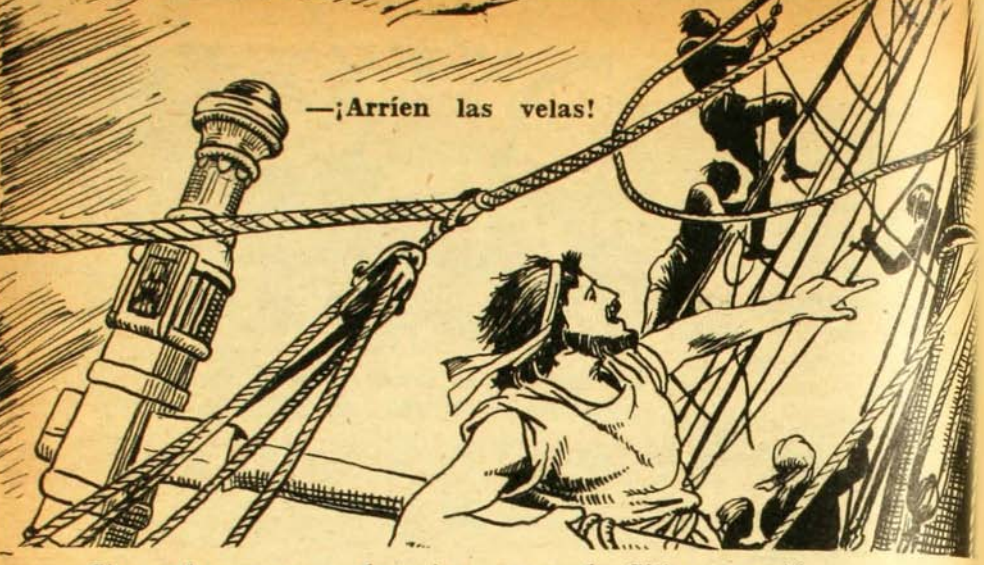
–En la costa algeriana.

os ojos de Silio reslandecieron de alegría. l destino le había uiado hasta la tierra onde hallaría a Fulvio uceri.

–Prepara mi desemarco, Demetrio —ordenó—. Bajaré solo. engo que visitar a un migo en Tagasto.

n bote se desprendió e la nave conduciendo a Silio a la playa. loras más tarde se encontraba en presencia e Fulvio Luceri. Era n patricio alto y vestía on arrogancia la blana toga. Sus ojos tenían n fuego intenso y dominante, pero las líneas e su boca eran suaves.

Estalló una violenta tempestad.



Sin embargo, se endurecieron cuando Silio anunció:

—Nerón te persigue. Ha ordenado tu captura. El cónsul Cayo Sestilio te denunció como cristiano y traidor.

Fulvio dijo:

—Esa acusación es falsa. No conozco la religión predicada por Jesús, pero si mi madre la abrazó, debe ser verdadera.

—No crees tampoco en nuestros dioses lares, ni en Jove, ni Pólux y Cástor. Tu alma, como la mía, está vacía.

—Te equivocas, Silio. Busco la luz y un día la hallaré. He oído hablar del Mesías, del extraño galileo que en su humildad es to-



El barco era arrastrado por la fuerza del viento.

dopoderoso. Anuncia un nuevo reino, de paz y buena voluntad. Roma está sentenciada a muerte. Su imperio, basado en la crueldad y en la ambición, será destruído.

Silio dijo pensativamente:

—¿Confías en El para que destrone a los tiranos? Recuerda que ha dicho: "Mi reino no es de este mundo".

—Sí... —vaciló Fulvio—. Pero sólo El puede salvarnos de la dominación romana.

Silio le miró asombrado.

—Eres un patricio, Fulvio. ¿Reniegas de tu raza?

—No, reniego de los emperadores déspotas.

—Fulvio, debes huir. ¿Marcela está contigo?

—Sí.



—Ella te ha atraído inocentemente el odio del César. Se la arrebataste a Cayo Sestilio y él no te perdona.

—No me inquieta el rencor de ese miserable. Marcela ya no es su esclava. Es libre.

—Sin duda. ¿Hacia dónde huirás?

—Atravesaré el Sahara. Y cuando deje a Marcela en lugar seguro, iré a Roma a vengar a mi madre.

La noble Octavia había muerto en la arena del circo romano, junto con otros mártires cristianos.

La mirada de Fulvio Luceri se ensombreció. Sentíase desorientado en aquel mundo de iniquidad y odio. El reinado de la paz era tal vez un sueño que nunca se realizaría. Quizás los cristianos morían inútilmente bajo las garras de los leones y la sonrisa fría de Nerón.

"El reino de la maldad subsistirá", susurraba una voz burlona y descreída.

"El reino de la maldad será destruído", rebatía otra voz serena.

Y el joven patricio vacilaba entre aquellas dos voces contradictorias.

(CONTINUARA)

Grandioso Sorteo de Fiestas Patrias

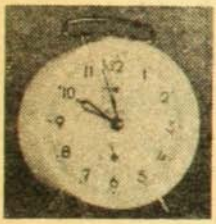
"SIMBAD" ofrece a sus numerosos lectores

$ 200.000

en valiosos premios, que se repartirán únicamente entre los lectores de "SIMBAD" el 10 de septiembre.



PREMIO MAYOR: Una hermosa bicicleta para niño.
Segundo premio: Un radio Philips.
Otros premios: Hay muñecas, delantales para niñitas, pelotas de goma, cuadernos, útiles de escritorio, chombas, sweaters, poleras, soquetes, acuarelas, patines, zapatillas para niño, etc.



Para obtener cualquiera de los obsequios enumerados, sólo tendrán que juntar los cupones que aparecen al pie de esta página, semanalmente. Por cada serie de 5 cupones, numerados del 1 al 5, obtendrán un boleto para optar a los premios que repartirá "SIMBAD" el 10 de septiembre próximo. Ahora, lectores, a juntar muchos boletos para este gran sorteo.

Cupón N.º 3 — Serie N.º 1
Sorteo de Fiestas Patrias.
Cupón N.º 3 — Serie N.º 1
16 de febrero de 1955

¿LO SABES TU?

CONTESTA A ESTA PREGUNTA



¿Pueden indicarnos qué hecho notable de nuestra historia tuvo lugar el 12 de febrero de 1541?

Solución a "SIMBAD" N.º 283: El metro tiene diez decímetros.

Entre los niños que enviaron soluciones exactas salieron favorecidos los siguientes nombres:

CINCUENTA PESOS: Inés Garrido Riquelme, Padre las Casas; Lilí Ruiz, Freirina; Eliana Ramírez Loncoche; Eduardo Severino, Llay Llay; Oscar Fuentes, Santiago; Germán Hidalgo, San Bernardo; Humberto Cortés, Valparaíso; Mónica Cádiz, San Fernando; Pedro Forbech, Santiago; Sylvia Urrutia, Peumo.

UNA SUSCRIPCION TRIMESTRAL: Berta Cerda, Santiago; Nelly Santibáñez, Osorno; Ricardo Oliva, Cañete; Tomás Fleming, Quintero; Hilda Robles, Viña del Mar, Manuel Gomberoff, Valparaíso.

UN LIBRO: Laura Leiva, Marruecos; Juan Giachine, Constitución; Mireya Flores, Osorno; Pastoriza Montes, Quillota; Moisés Zúñiga, Santiago; Ana Chávez, Santa Cruz; Carmen Ahumada, Rancagua; Olga Camus, Santiago; Alfonso José Erber, Máfil; Roque Gallegos, Linares.

Los niños de Santiago deben cobrar sus premios en Avda. Santa María 076, 2.º piso. Los de provincias recibirán sus premios por correo.

CUPON DEL CONCURSO Semanal

SIMBAD N.º 285

Empresa Editora Zig-Zag, S. A. — Santiago de Chile, 1955.

Juan y Juanita





3. Juan y Juanita corrieron hacia la choza indicada por el africano. Allí encontraron a Bob y Len, que yacían en un lecho. Sus caritas demacradas se iluminaron de alegría al ver a sus amigos. "—¡Por fin! —exclamaron—. Rulán nos dejó aquí porque tenemos fiebre palúdica."





4. "—Dijo que regresaría a buscarnos —añadió Bob, con expresión de temor—. Está cerca..., ya viene." Juanita murmuró: "—Cálmate, Bob. Rulán está lejos". Pero Bozambo llegaba corriendo para anunciar: "—Ha llegado". Y, en efecto, el malvado apareció y dijo burlesco: "—Volvieron los pajaritos al nido".

(CONTINUARA)

PELUSITA POR NATO



N.º 286

Simbad

LA HIJA DEL
SHEIK BLANCO



Juan y Juanita

CAPITULO LXV.—ABANDONADOS





1. Cuando Juan, Juanita y Bozambo encontraron a los mellizos Bob y Len, apareció la detestable figura de Leopoldo Rulan. "—Mi gran amigo Samuel Fox dejó abandonadas a sus estrellas —dijo, mascando su puro con un gesto regocijado—. ¿Qué harán ahora? ¿Esperar que un buen caníbal se los coma?"





2. Rulan estalló de risa ante su mal chiste. Juan respondió: "—Miente usted. El señor Fox prometió esperarnos." Rulan dijo: "—No lo dudo, pero lo cierto es que se han quedado en tierra. ¿Qué hacen aquí." El niño repuso: "—Vinimos a buscar a Bob y a Len, para librarlos de su cruel tutela."

(Continúa en la penúltima página.)

Simbad

AÑO VI — 23-II-1955 — N.º 286

Directora: Elvira Santa Cruz (Roxane)
Suscripción anual: $ 490.—
Semestral: $ 250.—
Recargo por vía certificada: Anual: $ 21.—. Semestral: $ 11.—.
Extranjero:
Anual: U.S.$ 2,10
Semestral: U.S.$ 1,05
Recargo por vía certificada: Anual: U.S.$ 0,20
Semestral: U.S.$ 0,10

La Princesa Muñeca

CAPITULO XII — El castigo de Carol.

La princesa Bienvenida, después del terrible fracaso con Malvina, a quien reyó una niña perfecta y esultó una comedianta ada más, vivía muy com-lacida en brazos de Flo-a, la chica campesina.

Cuando la vió tan afligida orque le mataron al ca-rito regalón, decidió ha-larle y consolarla.

—Muñequita mía —de-ale Flora—, ¿entonces i eres un ser viviente co-o yo? Sin embargo, tu arita es de porcelana y tu uerpo de trapo.

—Soy un ser viviente, pe-o no puedo aún salir de i encantamiento. Estoy astigada porque fuí una iña sin corazón —confesó



Flora partió con su muñeca hacia el bosque.

Veni—. Ahora estoy muy feliz a tu lado.
—¿Por qué no me lo dijiste antes? —preguntó Flora.
—Esperaba que llegara el momento en que mis palabras fueran un consuelo para ti —respondió Veni.
Flora estaba dichosa; le parecía que todo el bosque se iluminaba que el canto de las aves era más armonioso. Con su muñeca en brazos no temía la obscuridad ni las sombras del bosque.
—Serás mi hermana y mi amiga —murmuraba Flora, besando a su muñeca, quien correspondía a sus besos con suma ternura.
—Yo tampoco soy feliz —balbuceó Veni.
—¿Es posible que seas desdichada? —preguntó Flora—. Confíame tus penas y yo trataré de consolarte.
La princesa Veni juzgó prudente no revelar su secreto y prefirió aguardar un tiempo más. Sin duda que Flora era perfecta, pero ya la dura experiencia de Malvina reprimía sus impulsos. Veni no podía olvidar que allá en la mansión del mago Silerio, Malvina estaba convertida en muñeca, porque no pudo soportar la prueba del espejo mágico.
—Mi madrina estará contenta de mi discreción —se dijo Veni.
Pero no era el hada Mirtala quien escuchaba sus confidencias sino el pérfido mago Focio, quien, oculto tras un árbol, no perdía una palabra de la conversación de Flora con la princesa-muñeca.
—Me parece que esta vez la elección de la princesa Bienvenida ha sido buena —murmuró Focio—. Tengo que vigilar día y noche.
En ese momento la princesa Veni propuso a Flora que regresaran a la casa.
—Oh, no —suplicó Flora, sollozando de nuevo—. No quiero comer carne de mi cabrito blanco. Tengo un pedazo de pan en mi bolsillo y buscaré fresas en el bosque. Nadie se preocupará de mi ausencia.
—Tu deber es ayudar a tu tía Juana en los menesteres de la casa —aconsejó Veni—; el trabajo es necesario.
—Déjame saborear mi felicidad —exclamó la campesina—; deseo estar sola contigo y olvidar esa casa donde todos me maltratan.
La princesa Veni no se atrevió a insistir y Flora regresó a la casa de su tía Juana cuando ya atardecía.
—A la hora que apareces, vagabunda —chilló Carol, el mayor de sus primos—. ¿De dónde vienes, holgazana?
—Déjala tranquila, Carol —intercedió Pedro, el menor de su



—¿De dónde vienes, holgazana? —preguntó el cruel Carol.

primos, y que era más bondadoso—. Tú la martirizas siempre sin acordarte que es hija de nuestro tío Juan.

—¿Por qué te metes tú? —gritó más furioso Carol—. Te has puesto muy sensible con la primita...

—Más vale ser sensible que tener mal corazón —respondió Pedro.

Y en seguida el buen muchacho, dirigiéndose a Flora, le dijo:

—Aquí tienes un huevo, Florita, y no temas. Nadie te obligará a comer la carne de tu cabrito.

La tía Juana no se manifestó tan compasiva como el primo Pedro, y en castigo, por haberse quedado todo el día en el bosque, la obligó a hilar en el huso hasta medianoche.

Nada le importaba a Flora aquel castigo, pues tenía a su preciosa muñeca sobre las rodillas, y los ojos de Veni le sonreían a cada instante.

Terminada su tarea, ambas se acostaron y se durmieron estrechamente abrazadas.

Desde entonces Flora fué la niña más feliz. Su trabajo resultaba fácil, y terminado éste, Flora partía con su muñeca al bosque y eran eternas las conversaciones entre ambas niñas.

—Flora está loca de remate —decía el cruel Carol—. ¿Creerán ustedes que esta chiquilla le habla a su muñeca como si la comprendiera?

—Déjala en paz —intervino Pedro.

En la fisonomía de Carol se dibujó una sonrisa cruel y malvada.

Una noche, Flora se recogió como de costumbre a su dormitorio y colocando a la muñeca sobre la almohada se durmió profundamente.



Flora debió hilar, en castigo, hasta la medianoche.

Carol, que la espiaba desde el corredor, se introdujo en la habitación de la huerfanita y alargó su mano para robarle la muñeca. Pero apenas la tocó, sintió una dolorosa picadura en el dedo índice.

No pudo retener un grito de dolor, el cual despertó a Flora.

—¿Qué pasa? —preguntó la niña—. ¿Has venido a robarme mi muñeca?

—Te equivocas —dijo Carol, llevándose el dedo a la boca para mitigar su dolor—. Al pasar sentí ruido y creí que llamabas.

El cruel muchacho se alejó chillando de dolor. A cada momento se hacía más intenso ese dolor, y como era muy supersticioso creyó que el diablo le había castigado por su intento de robar la muñequita a Flora.

Al día siguiente Carol no podía mover la mano.

Sin confesar a nadie el motivo de esa hinchazón extraordinaria

dejó que su madre colocara cataplasmas y compresas en el dedo enfermo. Ningún remedio logró mitigar su dolor.

—Y ahora que tenemos más trabajo —se lamentaba la granjera Juana—, vienes a contraer una enfermedad que te impide toda labor.

La princesa-muñeca dijo a Flora:

—Tu primo Carol ha sido castigado porque quiso raptarme.

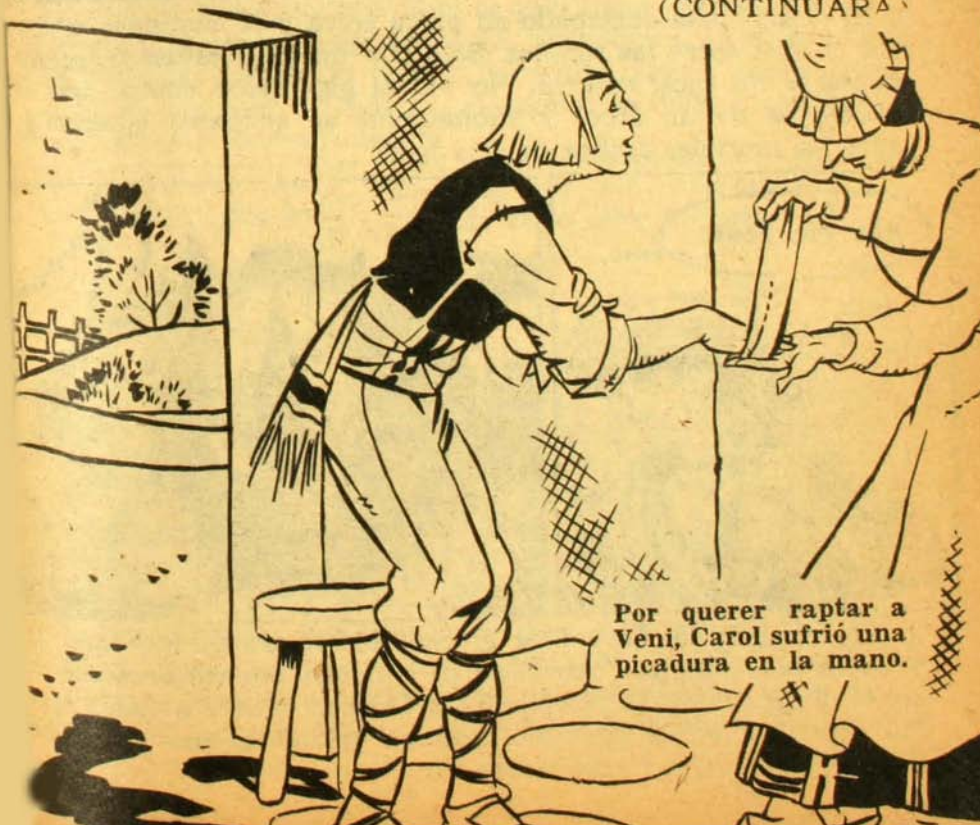
—Entonces tú podrías indicar el remedio para que sane —insinuó Flora—. Carol no ha sido bueno conmigo, pero me da mucha pena verle sufrir.

—¿En verdad deseas que sane? —interrogó Veni—. ¿Entonces no crees que merece ser castigado?

—Lo merece —aseguró Flora—, pero mi tía Juana no tiene quién le ayude a cortar leña ni a llevar al mercado la fruta y hortaliza; Pedro es demasiado niño.

—Qué buena eres —murmuró la princesa Veni—. Yo creo que pronto me atreveré a contarte mi historia.

(CONTINUARA)



Por querer raptar a Veni, Carol sufrió una picadura en la mano.

LOS ESCLAVOS DEL DOCTOR MARCUS

CAPITULO I.—EL HIJO DE PAO



1. El safari había acampado en plena selva y el centinela velaba con el fusil entre las rodillas. Sólo con un gran esfuerzo lograba mantener los ojos abiertos. No vió el gigantesco cuerpo que se descolgaba de un árbol y súbitamente se encontró aprisionado entre los mortales anillos de una boa.



2. El profundo sueño contra el cual había estado luchando se evaporó por completo. Aterrado, el indígena intentó desasirse de aquel abrazo fatal. El cazador Luis Durban acudió a defenderlo. De pronto la tierra retembló bajo un galope furioso y minutos después aparecía un rinoceronte.



3. La enorme serpiente dejó libre al guía Bausi y huyó para ocultarse entre la espesa vegetación. El rinoceronte, enceguecido de furia, embistió contra un jeep y su agudo cuerno horadó el estanque. Al ver fluir la bencina, el animal se detuvo, perplejo, y en ese instante Durban disparó.



4. "—Gracias, baas —murmuró Bausi—. ¡Oh matador de malvados y de fieras, sin ti hubiera muerto dos veces!" Luis Durban sonrió ante la ingenua declaración del guía. Reina, su esposa, a quien Bausi llamaba "Igeza" (la bella), murmuró: "—No te burles. Realmente estuvieron en peligro. ¿Cuándo dejaremos Africa?"

LOS ESCLAVOS DEL DOCTOR MARCUS





5. La sonrisa del joven cazador desapareció. "—Esta tierra es mi patria. Tú lo sabes, Reina. Aquí he nacido, y si la abandonara, moriría de tristeza." Reina suspiró, resignada. En realidad, ella sentía también el embrujo de Africa, pero temblaba por la vida de Durban en aquel mundo salvaje y primitivo.





6. Reina y Luis conocían la jungla y sabían interpretar sus silencios y sus rumores. A cierta distancia se desarrollaba un acontecimiento importante. Pao, el elefante, se aventuró por primera vez, seguido de su hijo, en el territorio de los grandes lagos. De pronto el cielo pareció estallar con horrísono estruendo.





7. Un pájaro que Pao jamás había visto acababa de estrellarse contra los árboles y esparció a su alrededor humo y fuego. Cuando venció su terror, Pao, impulsado por la curiosidad, avanzó para observar aquella ave extraña y vió salir de su interior a un hombre blanco. Resonó entonces otra detonación.





8. El hombre, creyéndose en peligro, había disparado contra el elefante y éste cayó herido de muerte. Al ver sus ojos de expresión suave, el aviador comprendió su error: mientras las lágrimas nublaban su vista, acarició al hijo de Pao, que había quedado huérfano.

(CONTINUARA)



EL CORSARIO NEGRO

CAPITULO XII y FINAL.—Juramento cumplido.

El Corsario Negro, después de tomar los poderosos fuertes de Gibraltar, regresó a bordo de su navío, el "Rayo". Sus hombres le acogieron con un grito inmenso. Gracia Van Guld, de pie en el alcázar de proa, lo observaba en silencio. Estaba pálida y su bello rostro veíase crispado por la ansiedad.

Un relámpago deslumbrador rasgó las tinieblas, seguido de un retumbar lejano. La fugaz claridad iluminó a la joven flamenca, y al verla, el español Bartolomé gritó:

—¡Ella! ¡La hija de Van Guld aquí! ¡Gran Dios!

El Corsario rugió con voz que no tenía nada de humana:

—¡Silencio, perro!

No ignoraba que Gracia era la hija de su odiado enemigo. Lo había olvidado en el vértigo de las luchas, en la sed de la venganza. A veces aquel recuerdo hería su corazón como un puñal lanzado desde las sombras por una mano traidora. Pero él ahogaba su eco. Ahora ya no podía esquivar por más tiempo la dolorosa verdad. Gracia Van Guld retrocedía lentamente, vacilando.

Durante algunos instantes reinó un silencio sombrío en la cubierta de la nave, interrumpido tan sólo por los roncos mugidos de las olas. Los ciento veinte hombres de la tripulación no respiraban siquiera. Sabían que había llegado el instante en que su capitán se resolvería y su decisión sería sin duda terrible.

Un hálito de espanto recorrió a aquellos hombres endurecidos. Una leyenda siniestra rodeaba el nombre del Corsario Negro. Algunos creían que era un espíritu del mar y lo habían visto sólo como un hombre verdadero cuando su mirada se cruzó con la de Gracia Van Guld.

Volvía a ser el hermano de dos espectros: el Corsario Rojo y el Corsario Verde.

Entre el fragor de las olas resonó la voz del capitán temido en todos los mares del Caribe:

—La noche que yo surqué estas aguas, trayendo el cadáver del Corsario Rojo, juré exterminar a toda la familia Van Guld. ¡Maldita sea aquella noche fatal en que condené sin saber a la mujer a quien amo!



—¡Silencio, perro! — bramó el Corsario Negro.

—¡Capitán! —dijo Morgan, acercándose.

—¡Silencio! —bramó el bucanero—. ¡Aquí mandan mis hermanos!

Un estremecimiento de terror supersticioso sacudió a la tripulación entera. Los filibusteros permanecían inmóviles y aterrados. El propio Morgan no se había atrevido a acercarse al capitán.

Pálido y demudado, el Corsario Negro invitó con un gesto a Gracia a penetrar en la cámara. Cuando estuvieron solos, se miraron a los ojos, con trágica desesperación.

—No puedo faltar a mi juramento —pronunció él—. Vos, señora..., moriréis.

La joven duquesa respondió a aquella amenaza diciendo:

—Pues bien, matadme. Ha querido el destino que mi padre se convirtiera en traidor y en asesino. Matadme, pero



Gracia Van Guld retrocedía.

vos, con vuestras propias manos. Moriré feliz, herida por el hombre a quien amo.
—¡Yo! —exclamó el Corsario, retrocediendo con espanto—. Yo no podría mataros.
Su palidez se había acentuado. Con voz apagada, añadió:
—Rogad a Dios que os proteja.
Abandonó la cámara con paso firme, y sin volver la cabeza atravesó la cubierta y llegó al puente de órdenes.
Los hombres de la tripulación no se habían movido. Unicamente el timonel guiaba el "Rayo" hacia el Norte, siguiendo a las otras naves filibusteras. El Corsario dijo a Morgan:



—Matadme, pero vos, con vuestras propias manos —suplicó ella.

—Ordenad que preparen un bote para echarlo al agua.
—¿Quién va a bajar? —se atrevió a inquirir el segundo.
—¡La hija del traidor!
—¡Señor...!
—¡Silencio! ¡Obedeced! Aquí, en este barco, manda el Corsario Negro.
Nadie se movía. La voz del filibustero estalló entonces amenazante:
—¡Hombres del mar, obedeced!
El contramaestre se dispuso a cumplir la orden. Cuando la embarcación fué bajada, provista de víveres, Gracia Van Guld abandonó la cámara. Todavía llevaba el vestido blanco y los cabellos esparcidos por la espalda y los hombros. Cruzó la cubierta sin pronunciar una palabra y como si apenas posara los pies sobre las tablas. Pero marchaba erguida, resuelta, sin vacilar. Cuando llegó junto a la escala, se detuvo un instante para mirar al Corsario, cuya negra figura se dibujaba siniestramente sobre el cielo, iluminado por relámpagos. Luego descendió, sin que él hiciera el menor gesto para detenerla. Un solo grito brotó de la tripulación:
—¡Salvadla!



El bote se alejó, llevado por el furioso oleaje.

El Corsario Negro no respondió. Inclinado sobre la amura observó el bote que el furioso oleaje llevaba mar adentro. Los piratas guardaban un consternado silencio, comprendiendo que habría sido inútil toda tentativa para conmover al vengador.

Y cuando, aterrados aún, volvieron su mirada hacia el puente, vieron que el Corsario se doblegaba sobre sí mismo y escondía el rostro entre las manos.

Carmaux dijo a Stiller con voz temblorosa:

—Mira hacia allá arriba: el Corsario Negro llora.

FIN



—El Corsario Negro llora —murmuró Carmaux.

El fantasmita

A MEDIANOCHE EN EL CASTILLO DEL BARÓN BALO...

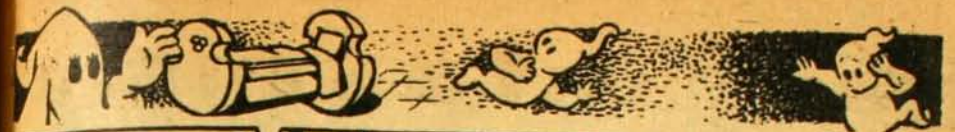




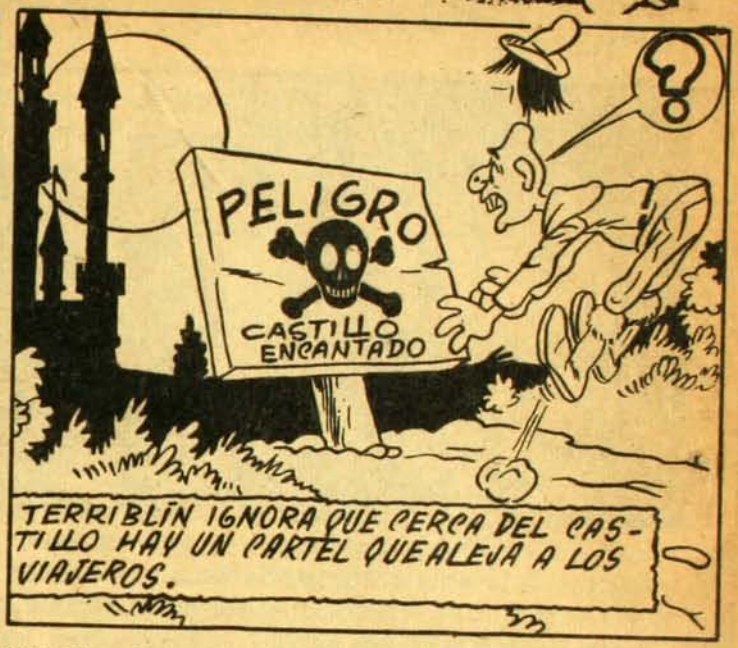
AHORA COMPRENDO. ESTOS SONIDOS ANUNCIAN LA LLEGADA DE PAPITO











PASA EL TIEMPO Y NADIE LLEGA AL CASTILLO ENCANTADO...





La ratita blanca

CAPITULO III.—EL [illegible]DA DE LAS LAGRIMAS



1. El joven duque de Armañac, que estaba prisionero en el castillo real de Plesis desde hacía diez años, conversaba con el Delfín de Francia. De pronto un tercer personaje se reunió con ellos: era la ratita blanca, que se dejó acariciar por el cautivo. "—¿Conocías a Blanquita?", exclamó el Delfín, asombrado.





2. "—Es mi única amiga y consuelo —respondió el duque—. Alteza, si no estuviera encadenado, ¿podría aspirar al honor de batirme en duelo con vos por los hermosos ojos de una ratita blanca?" El Delfín sonrió, pero luego dijo con tristeza: "—En realidad, quizás yo necesito a Blanca tanto como vos".





3. "—Mi vida es gris y monótona —confesó el heredero del rey—. Sin Blanquita, ya habría muerto de hastío. Dejemos que ella decida. *Mademoiselle ratita*, ¿a cuál de nosotros dos preferís?" La inteligente roedora corrió de uno a otro, señalando que deseaba pertenecer a ambos donceles.





4. "—Ella es más sabia que nosotros —dijo el Delfín—. Quiere indicarnos que seamos amigos. Nemours, no me llaméis más "Monseñor", sino hermano. Espero que pronto seré coronado rey y entonces vuestros sufrimientos terminarán. ¿Verdad, Blanquita? Devolveremos la libertad al hijo de Armañac."

La ratita blanca





5. Después de pronunciar esta promesa, el Delfín regresó a su aposento, dejando a Blanquita en los sótanos para que acompañara al cautivo. Un siglo antes de estos acontecimientos ocurrieron extraños sucesos en el país de las hadas. El castillo de la fantasía veíase más iluminado que nunca.





6. Las hadas llegaban en sus carruajes volantes tirados por libélulas. Otros eran llevados por gacelas. Hadas, magos y duendes invadieron las salas de nácar y oro. Se deslizaban por las escalas o traspasaban las paredes. Venían a visitar a la reina de la Dulce Mirada. Ella no tardó en aparecer.





7. "—Falta alguien —observó—. ¿Quién es?" Un mago repuso: "—El hada de las lágrimas, Majestad. Salió esta mañana y aún no ha regresado". En efecto, el hada había despertado al oír gemidos y llantos. "—Son niños que lloran en el bosque. Debo ir a consolarlos", murmuró, con el corazón oprimido.





8. Voló con tal suavidad que a su paso las hierbas no se estremecieron, ni las flores doblaron su tallo, pues el hada era más leve que la brisa. Se detuvo ante una cabaña. En su interior lloraban sin consuelo Pulgarcito y sus hermanos. ¿Qué tragedia les aflige?

(CONTINUARA)



LA HIJA DEL SHEIK BLANCO

CAPITULO VII

El cofre estaba vacío.

—Diez piastras por este cofre de cedro que perteneció a los faraones —decía la princesa Jazmín, ensayando a las mil maravillas su papel de martillero.

—Doce piastras —dijo Irma Maxel.

—Trece —se atrevió a indicar Juanita, con temblorosa voz.

Dentro de ese cofre, Juana Varden había colocado el anillo del emir para entregárselo al Sheik Blanco. Si a alguno de los presentes se le ocurría abrir el cofre, descubrirían el anillo, y, por consiguiente, le atribuirían a ella el robo o cierta complicidad con el bandido de Istar.

—Quince piastras —dijo el emir Harún el Solimán.

—Veinte —anunció Aldo Carol.

Jazmín dió un martillazo en la mesa y añadió:

—Adjudicado a este simpático joven... Pague las veinte piastras, señor.

—Yo creí que era solamente un ensayo —protestó Aldo Carol—. Este cofre vacío no vale ni cinco piastras.

RESUMEN: Juana Varden, dama de compañía de la princesa Jazmín, descubre que el Sheik Blanco es su padre y trata de evitar que sus enemigos le capturen. El misterioso encapuchado da cita a Juana en la "Gruta de las Perlas", pero ocurre que a ese sitio llega también Aldo Carol, el perseguidor máximo del Sheik Blanco. El proscrito entrega a Juanita un mensaje secreto, en el cual le ordena que le facilite la entrada al palacio de Marakand. Durante la fiesta el Sheik Blanco roba el anillo oficial, del Emir Harun el Soliman y lo entrega a Juana Varden para que lo guarde. La joven se ve acosada por sus enemigos. Poco después el Sheik Blanco da un cofre de cedro a Juanita para que oculte allí el anillo. Por desgracia este cofre pasa a poder de la princesa Jazmín quien ensaya la manera de hacer un remate.

-¿Cómo saben si está vacío? —preguntó la intrigante Irma
laxel.
-Es un cofre de misterios —sonrió el emir, alargando la mano
ara coger el discutido cofre.
uanita, enloquecida de espanto, alargó también la mano como
ara arrebatar el cofre. El emir iba a reprender severamente la
npertinencia de su empleada, cuando un súbito clamor y un dis-
aro cercano distrajeron su atención.
n criado nativo llegaba corriendo y sofocado.
-*Efendi* —dijo el soldado, dirigiéndose al emir—, uno de los
ntinelas ha visto al Sheik Blanco. Dice que se encuentra en
s jardines del palacio.
-¡EL SHEIK BLANCO! —gritaron todos.
on aquel dramático grito quedó olvidado el cofre de cedro. Jua-
ta se llevó la mano al corazón y su semblante palideció. Su
dre había acudido a la cita bajo la palmera en busca del anillo
tal.
emir daba órdenes a sus soldados, al mismo tiempo que se
eocupaba de su hija.
-Juana —ordenó el emir—, lleve a la princesa a sus habitacio-
s y no se muevan de allí. Carol, acompáñeme.
ientras caminaban, Jazmín decía a su institutriz:
El Sheik está aquí. Juanita, me gustaría verle, pero no de muy
rca. Es muy atrevido, pero a mí no me asusta.
Vamos, Jazmín —insistió Juana, guiando a la princesa hacia
palacio.
Me tratan como a un bebé —rezongó Jazmín, tendiéndose en
diván.
ıtretanto Juanita, demasiado inquieta por la suerte de su padre,
de un lado a otro de la habitación, mirando hacia los jardines
ıpretando las manos nerviosamente.
Jazmín —balbuceó de pronto Juana—, ¿te has quedado dor-
da?
princesa no respondió.
Duerme profundamente —se dijo Juana—. Voy a salir. Esta
uietud me mata.
enas la princesa vió salir a su dama de compañía, lanzó una
cajada y sus ojos brillaron con picaresca malicia.
anita caminaba sigilosamente hasta el invernadero contiguo a la
mera de la cita.

—Padre —musitó la niña, entreabriendo las ramas de un ibisco
En la penumbra del atardecer divisó una sombra replegada con
tra el muro. Allí estaba su padre con el blanco albornoz destro
zado y su rostro chorreando sangre por una herida en la frente
—Padre, estás herido —murmuró Juana.
—Un rasguño insignificante —respondió el valiente proscrito—
¿Traes el anillo de esmeralda, Juanita?
Juana refirió a su padre la escena del remate.
—Fatalidad —exclamó el Sheik Blanco—; yo creí que mi buena
suerte continuaría. Tú no tienes la culpa, Juanita; tendremos qu
esbozar otro plan. Ese anillo es de vital importancia para mí y
para nuestro futuro. ¿Dices que Aldo Carol tiene el cofre? ¿Es
joven es amigo tuyo?
—Creo que sí —respondió Juana Varden, sin atreverse a deci
que, si bien Carol era su amigo, no había en el palacio de Ma
rakand un enemigo más tenaz del Sheik Blanco.
—Suplícale que te devuelva el cofre —ordenó Varden—. Es po
sible que aún no lo haya abierto. Juanita, no dudes de mí; t
juro que todo lo que hago ahora es con un buen fin. Ayúdam
y trata de que no sospechen de ti, porque tu permanencia en cas
del emir me es necesaria.
Un ruido de pasos acompañado de gritos furibundos perturbó
la hija y al padre.
—Voy a escalar el alto muro —dijo el Sheik Blanco—. Adiós y
buena suerte, Juanita. Mañana por la noche enviaré a un mensa
jero en busca del anillo.
Comenzaba a escalar el alto muro cuando apareció tras el inver
nadero el emir Harún el Solimán, llevando del brazo a su rebel
de hija. Aldo Carol e Irma Maxel le seguían.
Juanita surgió de entre los arbustos como muñeca de resorte.
—¿Es así cómo cumple mis órdenes, señorita Varden? Dejé
Jazmín a su cuidado y la encuentro sola en estos jardines mien
tras el bandido de Istar anda por aquí —dijo el emir con terribl
ira.
—No se enfade con ella —suplicó la princesa—, Juanita me dej
durmiendo y yo me escapé.
Juanita, aterrorizada con la idea de que si alzaban la cabeza, ve
rían a su padre trepando el muro, no podía responder a la sever
reprensión del emir.



Entre las plantas del invernadero se ocultaba el Sheik Blanco.

Aldo Carol, con su acostumbrada caballerosidad, vino en su ayuda.

—Yo creo, emir —expresó el joven—, que Juanita estaba preocupada por los valiosos objetos que quedaron sobre la mesa y, como ella pensó que Jazmín dormía en su diván...

El emir Harún el Solimán pareció aceptar la excusa de Carol, tanto más que divisó sobre la mesa un juego de cristal Baccarat con tapas de oro.

—Lleven esos objetos al palacio —ordenó el magnate árabe.

Juanita se apresuró a coger la bandeja de oro. En ese preciso instante cayó una piedra del muro y todos alzaron la vista.

"Si yo no distraigo la atención del emir y de Carol, mi padre está perdido", se dijo la joven.

Fingiendo un mal paso, la astuta niña dejó caer al suelo la preciosa bandeja con los finos cristales.

—Qué torpeza —protestó el emir, con el semblante rojo de ira—. Parece que usted ha perdido el seso hoy día.

—Los nervios de la señorita Varden están excitados —insinuó la insoportable Irma Maxel—. Tal vez tiene turbia la conciencia.

Juanita había conseguido su objeto. Un lejano silbido le indicó que su padre ya estaba fuera del recinto palaciego.
—¿Qué tiene usted qué decir? —preguntó el emir, mostrando los cristales rotos.
—Que lamento mi torpeza y pido perdón —murmuró Juanita—. Mis manos temblaban.
—Es el terrible calor —declaró Aldo—. Juanita no está acostumbrada a este clima.
—Pero el clima no explica la desobediencia de esta señorita —prosiguió el emir—. Yo le ordené que permaneciera en el palacio con Jazmín.
—Seguramente Juana estaba ansiosa por la suerte del Sheik Blanco —intervino Irma Maxel—. Observen ustedes su rostro pálido y pregúntenle por qué se mostró tan nerviosa cuando Jazmín remataba el cofre de cedro. Se me ocurre que ese cofre tiene alguna relación con el Sheik Blanco.
El emir miró fijamente a Juanita y en seguida preguntó a Irma:
—¿Usted tiene sospechas de que el cofre encierra algún misterio? Aldo, traiga inmediatamente ese cofre.
El golpe tan temido iba a caer sobre la cabeza de Juana Varden. Si encontraban el anillo del emir dentro del cofre, la acusarían de complicidad en el robo de la joya y la despedirían en el acto.
Aldo fué en busca del cofre y declaró que no tenía la llave.
—La señorita Varden debe tenerla —dijo Irma Maxel—. Puede abrirlo en presencia nuestra.
Juana no podía dilatar más el fatal momento. El anillo del emir estaba en el cofre envuelto en un trocito de papel. Para agravar más su delito, en ese papel Juana había escrito algunas líneas advirtiendo a su padre que Irma sospechaba de ella.
Juana Varden cogió el cofre de manos de Aldo Carol y trató de meter la pequeña llave en la cerradura, pero como sus manos temblaban, no pudo hacerlo.
—Dámelo a mí, Juanita —expresó la princesa Jazmín—. Yo trataré de abrirlo. Conozco el mecanismo.
La princesita manipuleó la llave, alzó la tapa del cofre y quedó en descubierto sólo un papel de seda, de esos que sirven de relleno a los objetos vacíos.
—Un papel y nada más —exclamó la princesa Jazmín, apretando en su mano y reduciendo a una pelotilla el papel de seda—. El cofre estaba vacío. Qué lástima, Juanita. Yo creí que contenía chocolates ingleses...

Juanita miró atónita a Jazmín, la que a sus ojos pareció un hábil prestidigitador. Irma Maxél, fastidiada por su fracaso, arrebató el cofre a Jazmín y lo examinó con tenacidad.

—Vacío —murmuró con incredulidad y pesar.

Aldo Carol reía.

—¿Qué le dije yo, Irma? —exclamó el simpático joven—. Usted debe una excusa a Juanita. ¿Está satisfecho, emir?

Harún el Solimán, desconfiado como buen árabe, examinaba a su vez el cofre, y al verlo vacío, dió un suspiro de alivio.

—Señorita Varden —dijo el emir, entregándole el cofre—. Irma Maxel es algo temeraria en sus juicios, pero a todos nos extrañó su actitud. Parecía culpable por su gran ansiedad.

Irma se acercó a Juanita, y con una voz que parecía de víbora, le dijo:

—Lamento mi equivocación...

En seguida en voz baja añadió:

—Usted se cree muy hábil, señorita Varden, pero yo no soy tonta. Sé lo que sé y algún día me la pagará...

(CONTINUARA)



Juanita dejó caer la bandeja con finos cristales.

Ponchito

por nato



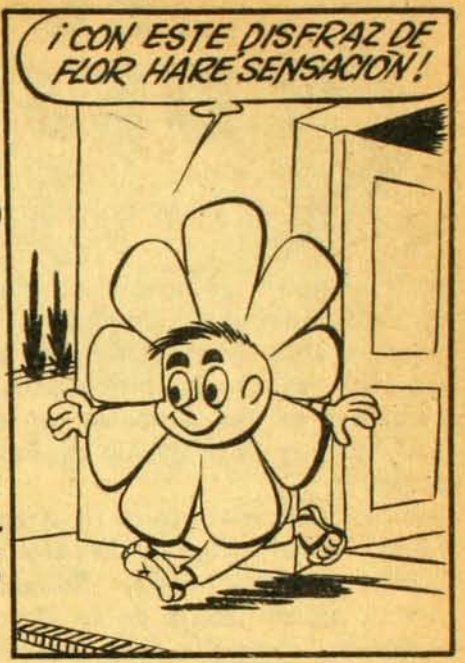


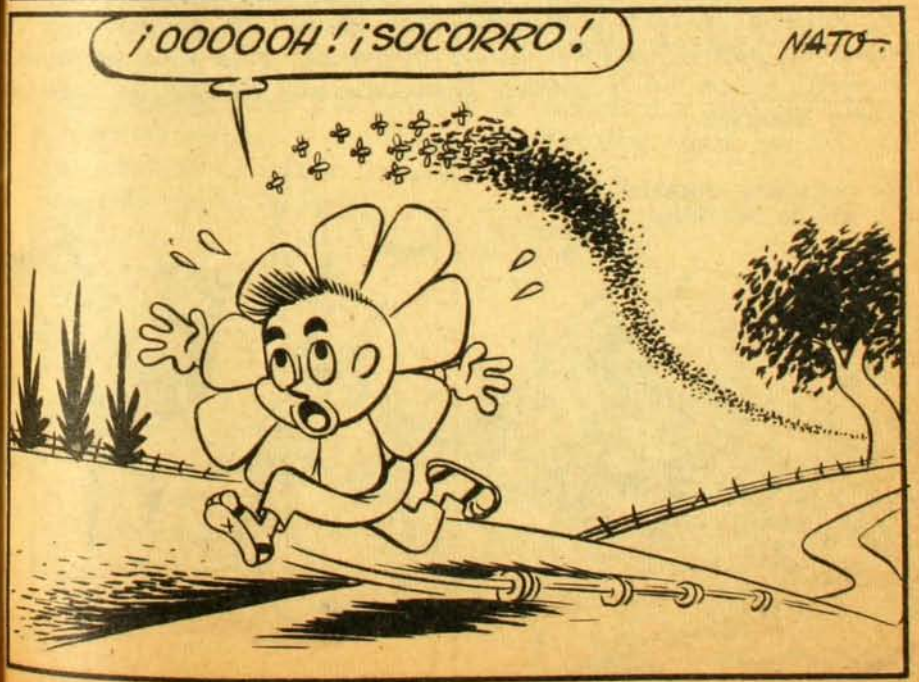






RATO DESPUES







EL REINO DESTRUIDO

CAPITULO XI.—La travesía del desier

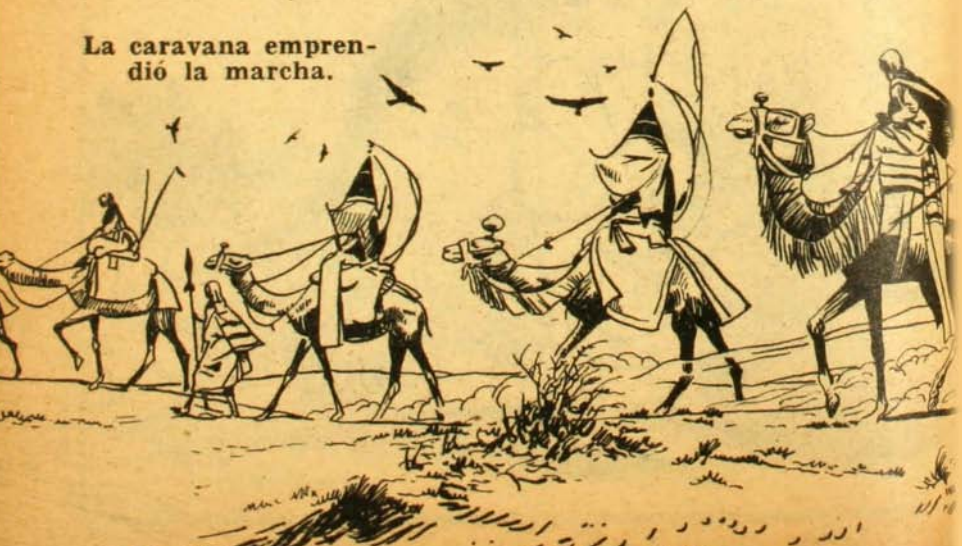
Fulvio Luceri, refugiado en Numidia, se vió obligado a huir po que el emperador Nerón había ordenado su captura. Con él vi jaba la bella liberta Marcela y sus más fieles siervos. Silio, a sioso de ayudarlo, desembarcó víveres de su nave mercante participó en los preparativos del viaje. Reunieron los camell necesarios y la provisión de agua que se precisaba para cruzar Sahara.

—Los dioses inmortales te acompañen —dijo Silio, abrazando co fuerza a su amigo—. Espero que los centuriones del César n encuentren tus huellas. Exagera tu prudencia, Fulvio. Duerm con el puñal debajo de la almohada y no te descuides.

—Queda tranquilo, Silio. Sabré defenderme.

El romano observó a Marcela, que aguardaba silenciosa el in tante de partir. Ya todo estaba preparado y la niña permanec inmóvil, de pie en el pórtico. Semejaba una estatua de líneas p ras y blancas.

La caravana emprendió la marcha.



—Marcela —llamó Fulvio suavemente.

—Manda, señor.

Una expresión de contrariedad obscureció la frente del patricio. Había protestado muchas veces por aquella humildad de Marcela. Ella insistía en demostrarle la sumisión que se debe a un amo.

—No eres mi esclava, Marcela.

—Mientras Cayo Sestilio no firme mi certificado de manumisión, seguiré siendo su sierva. Para olvidarme de esa horrible esclavitud, me complace pensar que tú eres mi amo. No me niegues esta alegría, señor.



Fulvio Luceri viajaba a la vanguardia.

Hablaba con una extraña mezcla de humildad y de altivez. Ceñíase voluntariamente unas cadenas queridas y rechazaba con orgullo la servidumbre que por derecho podía imponerle Cayo Sestilio.

En la hermosa boca del patricio se dibujó una sonrisa. Marcela era desconcertante. Voluntariamente actuaba como esclava, pero sin abandonar su sereno orgullo de patricia.

—Marcela, da la orden de partida.

Resplandecieron los ojos de la doncella al responder:

—Sí, amo.

Instantes más tarde la caravana emprendía la marcha. Viajaron sin descanso, bajo el sol calcinante. En toda la extensión que podía abarcar la mirada, sólo



Un día estalló el terrible viento del desierto.



Camellos y jinetes se tendieron en el suelo.

veíase arena. En las planicies barridas por el viento, en las dunas, en las secas ramas de mimosas, en los pozos agotados, ardía el calor como una llama invisible.

Fulvio encabezaba la caravana.

"¿Lograremos cruzar el desierto?", reflexionaba, atemorizado.

Advertía el esfuerzo y la fatiga de sus acompañantes. Marcela resistía con valor el clima sofocante y las penurias del viaje, pero sus energías se debilitaban.

Y un día estalló el terrible viento del desierto, que hace caminar a las dunas... Las nubes de arena cegaron a los emigrantes y en aquel torbellino furioso perdieron la orientación.

Los camellos y sus jinetes se tendieron para resistir la violencia del huracán.

Fulvio intentó acercarse a Marcela, pero no pudo avanzar contra el viento. La arena lo ahogaba y se vió obligado a extenderse en el suelo, ocultando su cabeza bajo el manto. Cuando recobró la



—Madre mía... —invocó Fulvio en su angustia.

respiración, se irguió de nuevo. Sentía sus ojos quemados, la garganta reseca. La muerte rondaba a la caravana.
Como un niño extraviado que se siente dominado por el terror, Fulvio Luceri invocó a su madre:
—Madre mía, protégeme... Ruega a tu Dios por nosotros...
También Marcela suplicaba, entre aquella vorágine quemante:
—Octavia, noble Octavia, no abandones a tu hijo...

(CONTINUARA)

Correspondencia

FERNANDO BASCUÑAN. Su cartita muy simpática, y tiene razón al afirmar que "SIMBAD" es la mejor revista infantil. Tome parte en el SORTEO GRATIS de Fiestas Patrias. Muchas gracias por sus calurosas felicitaciones.

OSCAR DEL RIO. Sus buenos deseos van cumpliéndose, pues "SIMBAD" cada día es más interesante y aumenta su número de lectores.

GLADYS SEPULVEDA. Su premio fué despachado oportunamente y ya debe estar en su poder.

GERMAN PROSSER. Nos alegramos al saber que recibió conforme el premio remitido por "SIMBAD". Gracias por sus cariñosos conceptos.

NORBERTO IBAÑEZ. Tome parte en el concurso de Fiestas Patrias, juntando la mayor cantidad de cupones y luego canjeándolos por boletos para este Gran Sorteo Gratis. Gracias por sus felicitaciones para nuestros colaboradores.

JAIME RENDON, GRACIELA DUVE.— Gracias por sus felicitaciones tan cariñosas. Sienten que haya terminado "La Esclava Blancaflor" y el "Príncipe Sarraceno"; en su reemplazo daremos otra tan hermosa como ésta.

FERNANDO PACHECO. Agradecemos sus felicitaciones para nuestra revista. Cada día trataremos de superarnos, a fin de dar gusto a los miles de lectores que gozan leyendo las novelitas de "SIMBAD".

RAUL MOLINA.— Nuestros dibujantes Nato y E. Poirier agradecen sus saludos y felicitaciones.

LILY RUIZ.— Trataremos de complacerla, publicando las novelitas que solicita con tanto interés. Gracias por sus calurosas felicitaciones.

ISABEL SEPULVEDA.— Nos complace saber que le agradan las novelitas "El Sheik Blanco", "Juan y Juanita", "Ponchito", etc. Agradecemos sus felicitaciones, recuerde que "SIMBAD' ofrecerá a sus lectores un gran sorteo de Fiestas Patrias, con valiosos premios. Junte los cupones que oportunamente avisaremos cuando comience el canje.

GUSTAVO G. DONOSO.— Para tomar parte en el sorteo de Fiestas Patrias, debe recortar los cupones que aparecen en la última página, y después remitirlos a la dirección de "SIMBAD", Casilla 84-D., Santiago, de donde le remitirán los boletos correspondientes.

ROXANE.

Grandioso Sorteo de Fiestas Patrias

"SIMBAD" ofrece a sus numerosos lectores

$ 200.000

en valiosos premios, que se repartirán únicamente entre los lectores de "SIMBAD" el 10 de septiembre.

PREMIO MAYOR: Una hermosa bicicleta para niño.
Segundo premio: Una radio Philips.
Otros premios: Hay muñecas, delantales para niñitas, pelotas de goma, cuadernos, útiles de escritorio, chombas, sweaters, poleras, soquetes, acuarelas, patines, zapatillas para niño, etc.

Para obtener cualquiera de los obsequios enumerados sólo tendrán que juntar los cupones que aparecen al pie de esta página, semanalmente. Por cada serie de 5 cupones, numerados del 1 al 5, obtendrán un boleto para optar a los premios que repartirá "SIMBAD", el 10 de septiembre próximo. Ahora, lectores, a juntar muchos boletos para este gran sorteo.



Cupón N.º 4 — Serie N.º 1
Sorteo de Fiestas Patrias.
Cupón N.º 4 — Serie N.º 1
23 de febrero de 1955

¿LO SABES TU?

CONTESTA A ESTA PREGUNTA:



¿Qué escritor chileno tiene el honor de haber recibido el premio Nóbel de Literatura?

Solución a "SIMBAD" 284. 21 de mayo de 1879.

Entre los niños que enviaron soluciones exactas, salieron favorecidos los siguientes nombres:

CON CINCUENTA PESOS: Luis Baeza H. Sewell, Rancagua; Jorge Fredes, Quillota; Guillermo González, Los Andes; M. Eugenia Zamudio, Santiago; Eliana Briceño, Santiago; Olga Riquelme, Collipulli; María Irribarra, Lota Bajo; Heriberto Paredes, Concepción; María Eugenia Ríos, Casablanca; José Muñoz, Coronel; Alicia Pedreros, Penco.

SUSCRIPCION TRIMESTRAL: Olga Espinoza, Rancagua; Javier Lorca, Santiago; Juan Luis Muñoz, Parral; Nelson Soto V., Angol; Manuel Muñoz, Temuco; Berta Olivares, Valparaíso.

UN LIBRO: Alicia Pedreros, Penco; Filomena Díaz, Los Andes; Lucrecia Vera, Contulmo; Sergio Morales, Valdivia; María Alarcón, Santiago; Juana Riquelme, Santiago; Luis Vannini, Temuco; Bruno Poblete, Talca; Eliana Fuentes, Rengo; M. Cecilia Cortés, Santiago.

Los niños de Santiago deben cobrar sus premios en Avda. Santa María 076, 2.º piso, de 10 a 13 horas. Los de provincias recibirán sus premios por correo.

CUPON DEL CONCURSO Semanal
SIMBAD N.º 286

Empresa Editora Zig-Zag, S. A. — Santiago de Chile, 1955.

Juan y Juanita





3. "—Pueden quedarse con ese par de bobos —contestó el mal-vado despreciativamente—. ¿A dónde los llevarán, suponiendo que se curen de la fiebre?" Juanita murmuró: "—No comprendo por qué el señor Fox partió sin nosotros. Es verdad que nos re-trasamos por buscar a Bob y Len, pero nunca pensé..."





Su voz se ahogó en un murmullo. Rulan, complaciéndose en la angustia de los niños, agregó: "—Arruiné a Fox, y su situación era tan desesperada, que se vió obligado a abandonar Africa pre-cipitadamente". Juan y Juanita, aterrados, guardaron silencio. ¿Cómo regresarían a su patria?

(CONTINUARA)

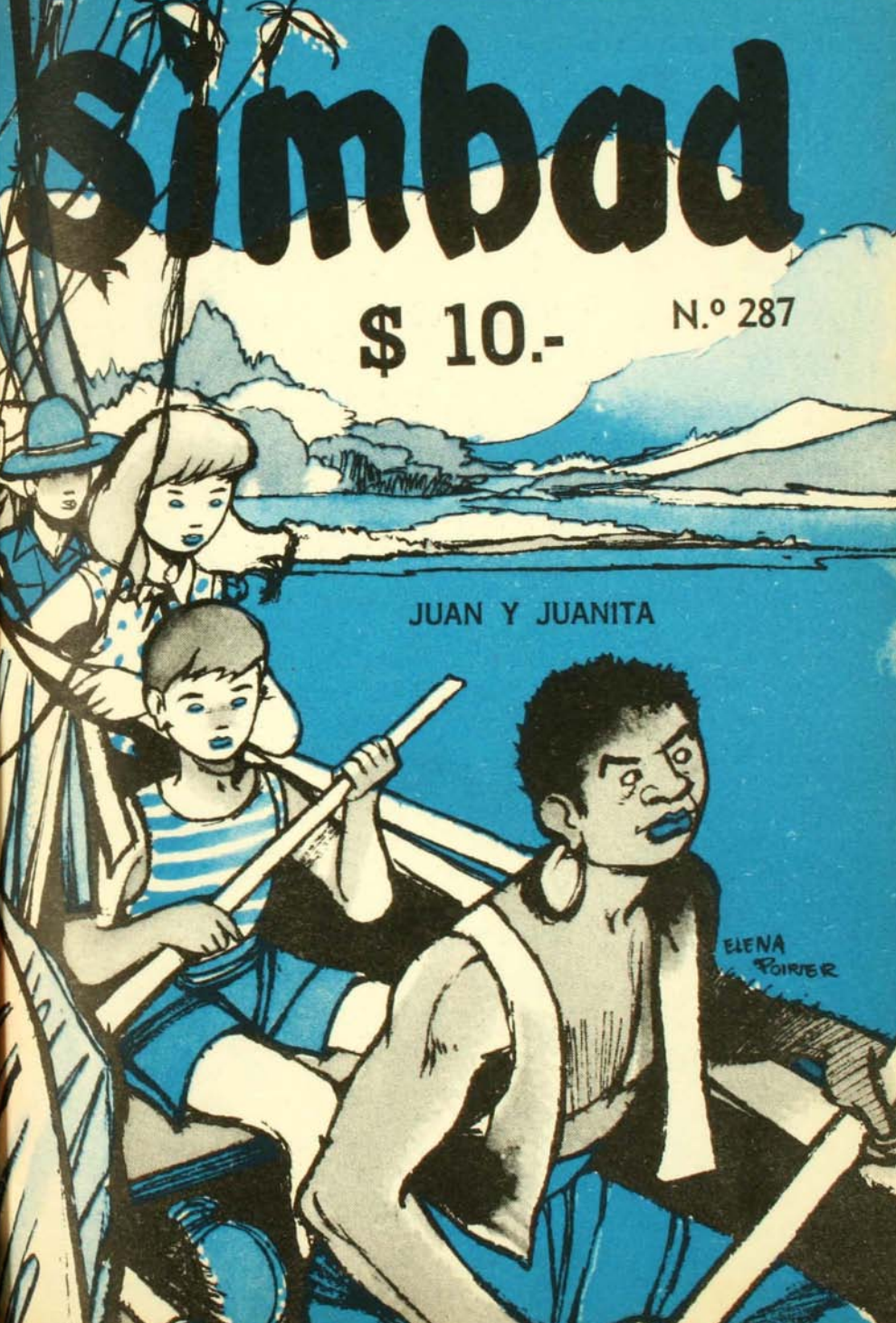
PELUSITA POR NATO



Simbad

$ 10.-

N.º 287



Juan y Juanita

CAPITULO LXVI.—LA CRUELDAD DE RULAN





1. Juan y Juanita, que se apartaron de Samuel Fox para buscar a los mellizos Bob y Len, lograron hallar a los mellizos belgas, pero, en cambio, perdieron el barco. Estaban abandonados en Africa, y Leopoldo Rulan se burlaba de ellos. "—Se quedarán en el continente negro hasta que sean viejos", decía riendo.





2. "—No pueden continuar en esta aldea —agregó—. Mientras más pronto se vayan, mejor. Y llévense a Bob y a Len". Juan protestó: "—Están enfermos. No pueden caminar". Rulan dijo: "—Les daré una piragua. Así soy yo, generoso y magnánimo". El fiel Bozambo, indignado, hizo rechinar los dientes.

(Continúa en la penúltima página.)

Simbad

ÑO VI — 2-III-1955 — N.º 287

Directora: Elvira Santa Cruz (Roxane)
Suscripción anual: $ 490.—
Semestral: $ 250.—
Recargo por vía certificada: Anual: $ 21.—. Semestral: $ 11.—.
Extranjero:
Anual: U.S.$ 2,10
Semestral: U.S.$ 1,05
Recargo por vía certificada: Anual: U.S.$ 0,20
Semestral: U.S.$ 0,10

La Princesa Muñeca

APITULO XIII.
-La mágica curación de Carol.

dos los habitantes de granja, donde vivía huerfanita Flora, esban desesperados con misteriosa hinchazón el dedo del muchaCarol.

ora presentía algo soenatural, pues el cruel rol sólo con tocar a muñeca quedó herien la mano.

vano Flora desvisa su muñeca, a fin ver si tenía un alfien su ropa. ¿Con qué lo clavar tan hondante el dedo de su no?

Dime, muñequita — Flora a la princesa i—, ¿con qué cla- a Carol?



—Dime, muñequita, ¿tú heriste a Carol? —preguntaba Flora.

La princesa-muñeca esperaba esa pregunta y, como aún no estaba resuelta a confesarle su historia, le respondió:
—Seguramente tú has oído hablar de las hadas... Una de éstas es mi madrina. Ella me castigó convirtiéndome en muñeca, pero para protegerme, me ha rodeado de un círculo mágico. Contra ese círculo se estrelló Carol.
—¿Y cómo yo nunca he sentido nada cuando te tengo en mis brazos? —preguntó Flora.
—Porque tú no pretendes hacerme daño —dijo Veni—. Este círculo es para mis enemigos. Más tarde lo comprenderás todo, Florita.
—Tú que todo lo puedes, sana a mi pobre primo —suplicó la campesina.
La princesa evocó al hada Mirtala, y de pronto cayó a los pies de Flora una rama de cardenal-hiedra.
—Has una cataplasma con esas hojas y verás el efecto —ordenó la princesa-muñeca.
—¿Sanará Carol?
—Ciertamente; pero no comuniques a tu tía Juana mi secreto —indicó Veni.
Flora corrió con su muñeca a la cabaña de sus tíos.
—Traigo un remedio para Carol —dijo Flora—. Una cataplasma de estas hojas que encontré en el bosque.
—¿Qué hojas son ésas? —interrogó Juana—. Te digo que la picadura de Carol es brujería. Le han *ojeado* y su mano está perdida.
Flora dió una mirada a su muñeca, y Carol sorprendió la emoción de su prima.
"Es esa endiablada muñeca —se dijo el muchacho—. Si no sabré yo que fué ella quién me pinchó el dedo. Si lo confieso, Pedro me dirá que eso me ocurre por mal corazón."
Sin embargo, Carol, que creía en brujerías, se dejó colocar la cataplasma de cardenal-hiedra. Al principio experimentó terribles punzadas; poco a poco movió los dedos y la hinchazón desapareció.
—¡Sané! —gritó Carol—. Miren ustedes cómo puedo coger la jarra de greda.
Flora estaba feliz y acariciaba a su muñeca.
Sin que nadie pudiera darse cuenta de la actitud de Carol, éste cogió violentamente a la muñeca y exclamó:

—Es esta muñeca la que me ha traído desgracias —la arrojó a la chimenea.

Flora, aún a riesgo de quemarse, tendió sus manos hacia las llamas.

Carol la detuvo riendo a gritos de la desesperación de su prima.

—Carol, no seas malo —suplicaba la niña.

De pronto el fuego se extinguió y la muñeca apareció sana y salva, sin que el fuego hubiera quemado su vestido.

Carol, estupefacto, soltó el brazo de Flora.

—Mi pobre muñequita —murmuró Flora, cogiendo a la princesa Veni—. Carol, eres un malvado y Dios te castigará.

Carol y Juana callaban. El terror y un espanto supersticioso enmudecían sus labios.

—¿Comprendes tú ese misterio, madre? —murmuró por fin Carol—. El fuego se apagó y quedaron cenizas grises. ¿Será una brujería?



l malvado Carol rrojó la muñeca a chimenea encendida.



Flora huyó al bosque con la princesa muñeca.

—Cállate y nunca vuelva a comentar este asunto —ordenó la campesina.

El fuego volvió a encenderse solo como por obra de encanto.

—No molestes más a tu prima —expresó Juana— Ya está visto que su ángel de la guardia la protege.

—O un demonio —refunfuñó Carol—. Esta muñeca ha traído mala suerte a esta casa y no dejaré en paz a Flora mientras no le haya quitado su embeleco.

Mientras tanto Flora había salido al bosque y con dulces palabras prodigaba tiernas caricias a su adorada muñeca.

—Cómo sufrirías con el fuego, pobrecita —decía Flora—. Voy a mecerte para que duermas.

—No tengo sueño —murmuró Veni— y las llamas no me molestaron, porque me defendí el círculo mágico. Tú eres buena, Flora, y quieres a los que te ofenden.

—Ahora veo que Carol no merece piedad —balbuceó Flora.

—Olvida tus penas —suplicó Veni—. ¿Quieres que te cuente un lindo cuento de hadas

—Cuenta, cuenta —respondió Flora, sentándose en un tronco de árbol.

La princesa Bienvenida pensó que había llegado la hora de referir su historia a esa niña tan perfecta.

—Había una vez una princesa —comenzó diciendo—, que tenía quince años y reinaba en un país que tú no conoces. Sus padres habían muerto y ella, olvidando sus sabios consejos y sus recomendaciones, sólo pensaba en divertirse y dar suntuosos bailes

Un mal consejero le insinuó la idea de exigir fuertes tributos a sus vasallos, y mientras ella vivía en la riqueza los pobres del reino morían de hambre. Su madrina, el hada Mirtala, la castigó por su mal corazón y la convirtió en muñeca.

—¿Esa eres tú? —preguntó Flora—. Pobre princesa, cuánto debiste sufrir.

—Sí, Flora, yo soy la princesa frívola y vanidosa. El hada transformó en mariposas a mis damas de honor, y a los pajes y servidumbre, en perros y gatos. Sólo el príncipe Fedor, mi novio, quedó dormido en el palacio de Giralda y es el único ser que vive allí.

—¿Y nunca recuperarás tu forma natural? —preguntó Flora, muy emocionada.

—La recobraré —confesó la princesa—, y eso es lo que me hace tener hoy grandes esperanzas.

—¿Qué necesitas para ello? —interrogó Flora.

—Busco una niña que sea bastante perfecta para soportar la prueba del espejo mágico —explicó Veni—. Has de saber tú que en la mansión del mago Silerio hay un gran espejo mágico y la niña que sea perfecta y llegue a mirarse en ese espejo, sin que su luna se empañe, obtendrá un talismán que consiste en una rama de coral. Si logra tener éxito, con ese talismán de coral podrá devolverme mi forma natural. (CONTINUARA)



Voy a contarte mi storia —dijo Veni a su amiga Flora.

LOS ESCLAVOS DEL DOCTOR MARCUS

CAPITULO II.—LA FIERA DOMINADA





1. El aviador que sobrevolaba el territorio de Tanganyka se vió obligado a aterrizar por una falla de los motores y se estrelló contra los árboles de la selva. Hirió de muerte a Pao, el elefante, y, arrepentido, adoptó al joven Pao. Mientras tanto, una expedición se acercaba.





2. Era el safari del cazador Luis Durban, a quien acompañaba su bella esposa Reina. El grupo de exploradores llegó hasta los lagos de Banao. El guía observó las huellas de un león. "—¡Simba! —exclamó—. ¡Simba!" Durban decidió iniciar la caza en cuanto se instalara el campamento.





3. Los negros dejaron en tierra los bultos. La rápida noche se abatió sobre la jungla. Las alegres estridencias que se oyen en la selva durante el día, formada por los gritos de los pájaros y de los monos y las alas rumorosas de los insectos, fué reemplazada por ruidos inquietantes.





4. Un rugido más poderoso que los demás resonó muy cerca. Un león rondaba el campamento. Al verlo aparecer, Durban disparó con certera puntería. El felino surcó el aire en un crispado salto y, antes de caer, hirió a uno de los indígenas. El infeliz se abatió, gimiendo de dolor.

LOS ESCLAVOS DEL DOCTOR MARCUS





5. El explorador lo auxilió con rapidez. Terminaba de vendar la herida, cuando unos pasos leves y pausados se oyeron detrás de él. Un murmullo de terror se elevó entre los nativos. La hembra del león se acercaba, pero sus pupilas verdosas no tenían un reflejo salvaje. Tampoco demostraba temor.





6. La fiera se aproximó dócilmente al joven cazador. Reina observaba con estupor a la leona. Jamás había visto otro ejemplar que demostrara tal sumisión y dulzura. Los indígenas retrocedieron, con supersticioso terror, mientras murmuraban: "—¡Tagati! ¡Tagati! (Está embrujada)".





7. Examinando a la leona, Durban descubrió que tenía una larga cicatriz detrás de la oreja. "—Es extraño —murmuró—, diría que esta fiera ha sufrido una operación. Bausi, trae una soga. La conduciremos al campamento." Aún les aguardaba otra sorpresa. En el camino hallaron los restos calcinados de un avión.





8. Bausi y su amo descubrieron las huellas del piloto. "—Logró salvarse antes de que el avión se incendiara —dedujo Luis Durban—. Los rastros son profundos e irregulares, lo cual demuestra que el aviador está herido. Pero no podemos iniciar su búsqueda hasta que amanezca. No debe haber ido muy lejos."

(CONCLUIRA)



CAPITULO I
—*La barrera de hielo.*

La expedición polar del sabio Pablo Carel había traspuesto ya los límites conocidos por exploradores anteriores.

Le acompañaban su hija Anita y un equipo de técnicos entre los cuales se contaban dos meteorólogos: Hugo Marty y Carlos Haines.

El plan de Carel era instalar una base avanzada, para estudiar el clima y las tormentas polares. El barco navegaba lentamente en el mar de hielo, cercado por gigantescos bloques. Al entrechocar entre sí los glaciares, se producía un estruendo aterrador.

Desde la cubierta, Anita observaba el impresionante panorama. Sólo durante algunas horas era posible contemplar los hielos, pues al caer la obscuridad, pasaban como una flota fantasma.

—¿En qué latitud estamos? —preguntó, volviéndose hacia Carlos Haines.

—Ochenta y cuatro grados.

—¿Podremos seguir avanzando?

—Anita, ni siquiera comprendo cómo hemos podido llegar hasta aquí. Es verdad que el barco es resistente. Llevamos equipo especial, que nos defiende del frío. Pero aún dudo de que hayamos traspasado la Barrera de Hielo, dejando atrás todas las bases descubiertas por nuestros antecesores.

—¿Estamos muy lejos de la Bahía de las Ballenas?

—Muy lejos.

Anita guardó silencio. Su equipo de viaje, las gruesas pieles, los anteojos de obscuro cristal, impedían distinguir a la niña, que se

asemejaba a las grotescas siluetas de los demás exploradores, excepto por la estatura. Pero Carlos sabía que era muy bella.

Una voz anunció:

—Estamos detenidos. Es imposible abrirnos camino.

Carel acudió a la cubierta.

—Bajaré a explorar —decidió.

—Permítame acompañarlo, señor —dijo Carlos.

—No, Haines. Iré solo.

—Papá —suplicó Anita—, quisiera ir con usted.



—Estamos detenidos.

—¡Qué absurdo! —protestó Hugo Marty, reuniéndose con ellos. Su voz resonaba áspera y desapacible—. Señor Carel, ha expuesto ya demasiado a su hija.

Sus ojos no se distinguían a través de los anteojos, pero Anita se estremeció, como si hubiera visto el siniestro resplandor de aquellas pupilas que, desde que se inició el viaje, la habían perseguido.

—Papá —insistió desesperada—, no me deje a bordo. Usted sabe que no soy débil, ni temerosa. No le causaré molestias y tal vez pueda ayudarlo.

—Está bien, hija —asintió el sabio.

Descendieron sobre el témpano gigantesco, cuyos bordes no se avistaban. Era tan extenso como un continente, o como un desierto de hielo. Sobre él se esparcía la nieve que el frío granula hasta dejarla tan fina como arena.



Anita observaba aquel mar de hielo.

Cuando las siluetas de Carel y la de su hija se perdieron en la distancia, los tripulantes volvieron a sus cabinas. Sólo les restaba esperar el regreso del sabio.



El sabio y su hija desembarcaron.

Marty se desprendió de su atavío polar. Apareció su rostro de líneas duras.

—No hallarán paso a través de estos hielos infernales —anunció, con un gesto de impaciencia.

Carel, en cambio, esperaba descubrir un camino. Las anteriores expediciones habían avanzado por las tierras australes y Amundsen descubrió el Polo Sur. Carel confiaba alcanzar la máxima latitud por mar.

Dirigió una rápida mirada a su hija. Estaba orgulloso de ella. Jamás había brotado una queja de sus labios y soportó las más bajas temperaturas, que descendían de los 50 grados.

El hielo se tornó liso y era muy fácil resbalar sobre él.

—Ahora comprendo por qué un explorador llamó el "Salón de Baile del Diablo" a uno de estos témpanos, donde es tan difícil equilibrarse —sonrió Anita.

Carel se detuvo. Tal vez era una temeridad inútil seguir avanzando.



Sólo restaba esperar.

El hielo era tan grueso, que no se percibía el rumor del oleaje, pero más adelante podía adelgazarse y aún abrirse en mortales brechas. Esas islas están eternamente amenazadas de ser llevadas por el océano, en medio de las súbitas tormentas polares. Aquella superficie parecía desaparecería de pronto bajo las oleadas



—No hallarán un paso entre estos hielos infernales —predijo Marty.

de hielo levantado y quebrado, atravesado por grietas, abismos y zonas de agua abierta.

—Regresemos —decidió, haciendo una señal a su hija.

Anita obedeció en silencio. Minutos después avistaban el barco, inmóvil entre la niebla gris. Vagamente se distinguía su nombre: "Aventura". En ese nombre se resumía el espíritu de los exploradores. No sólo cruzaban las regiones antárticas para hacer investigaciones sobre las tormentas magnéticas y las luces polares, sino también en busca de las emociones que experimentan los aventureros.

Cuando subió a bordo, el sabio anunció:

—No hay paso. Viremos hacia el norte.

Haines transmitió la orden a los tripulantes y el "Aventura" se movió lenta y pesadamente, retrocediendo entre los bloques.

—Ahora sólo falta que se haya cerrado el canal —masculló Marty—. Nos veremos obligados a invernar en un incómodo nido de hielo.

(CONTINUARA)



Carlos Haines trasmitió la orden de Carel.

El fantasmita

TERRIBLÍN NO SE EXPLICA POR QUÉ NADIE SE ACERCA AL CASTILLO DE BALO. PERO UN DÍA...

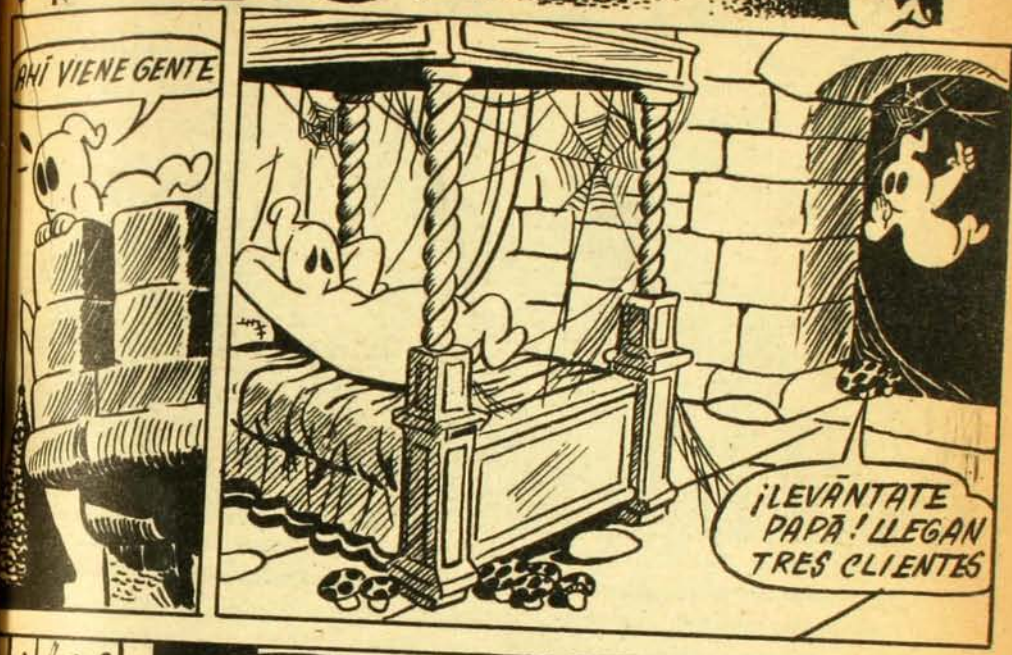
















(CONTINUARÁ)

La ratita blanca

CAPITULO IV.- VARITA MAGICA



1. El hada de las lágrimas había abandonado el Castillo de la Fantasía para acudir a la cabaña de un leñador, donde Pulgarcito y sus hermanos lloraban desconsolados. "—¿Qué sucede?", les preguntó con su dulce voz. Pulgarcito redobló sus lágrimas, mientras los demás niños seguían llorando a gritos.



2. "—Oh, consuélanos", suplicó Pulgarcito, enjugando con sus pequeñas manos los enormes lagrimones que rodaban por su rostro. El hada sonrió, diciendo: "—¿Cómo puedo consolarlos si no sé el motivo de su pena?" Pulgarcito dijo entonces: "—Nuestros padres salieron ayer en la noche y no han regresado".



3. "—Estamos solos y tenemos miedo de los ogros." Al oír ese terrible nombre, los hermanos de Pulgarcito lloraron con más fuerza. "—Calma —aconsejó el hada—. Vuestros padres han ido a trabajar muy lejos. Durante su ausencia les acompañaré. Antes que nada preparemos el desayuno."



4. Por cierto que los niños quedaron encantados con aquel desayuno mágico. Después suplicaron al hada que les contara cuentos, y cuando ella intentó marcharse, porque ya era tarde, prorrumpieron otra vez en llanto. "—No nos dejes solos —suplicaban—. Tenemos miedo."

La ratita blanca





5. El hada no pudo resistirse a aquellas súplicas y contó otras bellas historias a Pulgarcito y sus hermanos. Ellos la oían maravillados. De pronto, no se sabe de dónde, apareció un grillo que se puso a cantar en la ventana: "La cena ha comenzado en el palacio de la reina de las hadas".





6. El hada se sobresaltó. "—Debo irme", dijo a Pulgarcito. Este la cogió de las manos, implorando: "—No te vayas, quedaremos solos y el ogro nos devorará". Las lágrimas se desbordaron otra vez de sus ojos y sus hermanos le imitaron. Una gran mariposa apareció en ese instante.





7. "—Debes apresurarte —susurró el insecto—. La reina se disgustará." De pronto el trueno retumbó en el bosque y la cabaña del leñador quedó en tinieblas. Una voz severa pronunció: "—Ven pronto, Angelina, o perderé la paciencia". Entonces el hada se despidió de los niños.





8. Volaba ansiosa, con el corazón palpitante. No tardó en avistar el Castillo de la Fantasía y entonces respiró con alivio. "—Alcanzaré a presentarme a tiempo ante la reina", murmuró. Pero había perdido la varita de virtud y ella no lo advirtió en su prisa. Esta pérdida significaba su ruina.

(CONTINUARA)



LA HIJA DEL SHEIK BLANCO

CAPITULO VIII.— La espía del tupido velo.

—Carol —dijo el emir Harún el Solimán—, ese endiablado Sheik Blanco nos tiene con los nervios en tensión. Usted debe ayudarnos en su captura.

—Confíe en mí, emir —respondió el simpático Aldo Carol—. Tengo un plan para rodearle, pero necesito algunos datos efectivos.

—Vamos a discutir ese plan —dijo el emir—, y dejemos a esas dos niñitas en sus actividades. Señorita Varden, estoy contento de usted, pero recuerde que mis órdenes deben ser cumplidas. ¿Me comprende? En mi palacio, como compañera de Jazmín, comparte todos sus privilegios. En su interés está que no vuelva a darme un disgusto.

—Qué sermón tan grave —musitó Jazmín—. Todos con caras largas y fúnebres. Yo sólo pienso en la fiesta que daré en la próxima semana. Juanita, ven conmigo.

El emir sonrió con indulgencia y Juana aprovechó el momento para evadirse con su pupila.

Había pasado el peligro inmediato y su padre estaba libre. Cuando llegaron al primer pabellón de la proyectada *kermesse*, Juanita preguntó a Jazmín:

—El papel que sacaste del cofre ¿dónde está?

La princesita metió su mano al bolsillo, sacó el papel hecho una bola y lo entregó a Juanita, quien sintió latir su corazón al palpar en su mano el anillo del emir.

RESUMEN: Juana Varden, dama de compañía de la princesa Jazmín, es hija del proscrito a quien llaman el Sheik Blanco. Juana se vé envuelta en las intrigas de su padre y es acosada por su enemiga Irma Maxel. Aldo Carol y Jazmín manifiestan amistad por Juana Varden.

ntretanto, Jazmín, sin hacer el menor comentario, arreglaba los bjetos para la feria.
-Jazmín, yo... —balbuceó Juana.
-Yo no hago preguntas —dijo la princesita árabe—, porque tú es mi amiga y confío en ti. Ignoro lo que había en ese cofre, ero era algo que pertenecía a mi leal amiga y no quería que ma Maxel, ni Aldo Carol metieran su nariz en tus asuntos.
anita cogió ambas manos de Jazmín entre las suyas, y, con lágimas en los ojos, murmuró:
-Jazmín, nunca olvidaré... Tú no sabes, ni podrás comprender que has hecho por mí. Pido al cielo que algún día pueda serte y pagar tu bondad. Eres la niña más encantadora —añadió anita, dando un beso a Jazmín.
-Gracias —respondió la princesa—; algún día iré yo a Inglatea, y con tus sabias lecciones todos me creerán de tu raza. Alnos dirán: "¿Esa es la hija del emir Harún el Solimán? Pues arece una chica inglesa..." Y todo te lo deberé a ti, Juanita.
r fin terminó ese azaroso día y Juanita se retiró a descansar. ndremos que recordar que el Sheik Blanco había dicho a Juaque enviaría un mensajero en busca del anillo del emir. Con jeto de esperar al mensajero de su padre, Juana se mantuvo sta tarde en su ventana y al fin divisó una sombra que se esría entre las palmeras. La obscura silueta estaba envuelta en manto negro que le cubría hasta la cabeza.
enciosamente, aquel individuo alzó la mano y sacó de sus vesuras un puñal con mango de marfil, en forma de cabeza de uila.
a el signo del Sheik Blanco.
svanecidas sus dudas, Juanita se asomó fuera de la ventana ndicó al mensajero que debía aguardarla en el jardín.
¿Viene usted de parte de mi padre? —interrogó Juana Varden barbudo árabe.
Sí —dijo el mensajero—. Usted debe entregarme algo para el eik Blanco.
anita sacó el anillo de una bolsita de cuero y lo dió al enviado su padre.
hora puedo dormir en paz —suspiró la joven, volviendo a su rmitorio—. Nadie nos ha sorprendido y el anillo robado al emir ará pronto en manos de mi padre."
entras Juana dormía libre de preocupaciones, el fiel mensajero

del Sheik Blanco corría hacia el desierto seguido a la distancia por un espía del emir Harún el Solimán.
Transcurrieron varios días de tranquilidad en el palacio de Marakand. Se habían enviado las invitaciones para la gran *kermesse* y todo era bullicio y alegría en los jardines de la palaciega mansión.
Hasta el emir se interesaba en los preparativos de la magna fiesta.
—Señorita Varden —dijo el emir a Juanita—, usted está educando maravillosamente a mi hija. Es posible que tenga que ausentarme para visitar otra región de mis estados y creo que podré dejarla de guardiana de Jazmín con toda confianza. Pero todo dependerá de su conducta durante la fiesta.
—La fiesta será regia —interrumpió Jazmín—, y usted, padre, no encontrará para mí mejor guardiana que Juanita.
—¿Y yo? —preguntó Aldo Carol, llegando al sitio donde conversaban sus amigos.
—Al fin se aparece el buen mozo —exclamó Jazmín, con su proverbial jovialidad—. Dos días perdidos. Venga acá, Aldo... Ya le tenemos el traje de adivino.
La princesa arrastró a Carol a una carpa tapizada de sederías con símbolos mágicos, dragones y serpientes. En seguida insistió para que Aldo vistiera una túnica de mandarín chino.
—Faltan los bigotes y el tinte moreno —indicó Juanita.
—No se entusiasmen tanto —aconsejó Carol—, porque es posible que la noche de la fiesta me encuentre lejos del palacio. Ya estamos casi seguros de capturar al Sheik Blanco. Tenemos noticias de que vendrá con su caravana a Marakand y uno de sus vasallos le traicionará.
—¿Cómo lo sabe usted? —indagó Juana, dominando su emoción.
—Hace varias noches vino a palacio un mensajero del Sheik Blanco —expuso Aldo—, seguramente a tratar con el espía que tiene en este lugar. Irma le descubrió y envió a uno de los guardias tras el mensajero. Aquel sujeto nos trajo una valiosísima información.
—¿Algo que escuchó? —interrogó Juana.
—Mejor que eso —dijo Carol—. Trajo un mapa que marca los planes del Sheik Blanco. Tengo en mi bolsillo ese importante papel.
—Que incorregibles son ustedes —protestó la princesa Jazmín—. Siempre hablando de complots y capturas. Aldo, vista la túnica china. Pronto, amigo.



—Padre —dijo Juanita—, tus planes son conocidos y tus enemigos te persiguen.

arol se despojó de su vestón, dejándole en el interior de la carpa.
n demorar un instante, Juanita se deslizó dentro del pabellón
sacó el papel con el mapa del Sheik Blanco. Fué cuestión de
momento anotar en un cuadernillo líneas y nombres. Una se-
l con lápiz rojo indicaba la ruta hacia el "Valle de los Rubíes".
llá sorprenderán a mi padre —se dijo Juanita—. Si no consi-
avisarle con un mensajero, iré yo mismo esta tarde."
ro esa misma noche se verificaba la gran *Kermesse* en el pa-
io del emir y Jazmín no permitiría que su dama de compañía
alejara.
uevo dilema para la angustiada hija del Sheik Blanco.
Juanita —preguntó horas después la princesa Jazmín—, ¿por
é no te has vestido? Ya comienzan a llegar los invitados.
Jazmín —murmuró Juana—, estoy muy pesarosa y temo dis-
starte. Acabo de recibir un mensaje de un hotel de Marakand.
na amiga mía me llama con urgencia. Debo ir... Estaré de
greso a las seis de la tarde.
No, no —respondió la hija del emir—; es imposible. Yo no sé
eparar el té y todo fracasará. Parece que tú no me quieres,
mo yo te quiero, amiga.
iana Varden inclinó la cabeza.

—Anda a visitar a tu amiga —dijo poco después, la generosa princesita—. Yo me preocuparé de todo, pero prométeme estar aquí antes de las siete.

Juanita, encantada con el permiso de la princesa, montó en su yegua "Polvo de Estrella" y partió hacia Marakand.

Extrañeza le causó ver tantas caravanas de nómades y árabes cruzando la ruta del desierto. Los comerciantes ofrecían sus mercaderías y detenían los jinetes.

"Buena idea —pensó Juana—. Voy a comprar un traje árabe y un espeso velo. Así podré llegar inadvertida al "Valle de los Rubíes."

Buscando la sombra de un peñasco, la joven se colocó las vestiduras orientales y el espeso velo. Así transformada partió a galope por la ruta que conducía a su destino.

Desde lejos divisó un campamento y a numerosos árabes descansando junto a sus tiendas.

El señor de Istar, o sea, el Sheik Blanco, sería acorralado en ese valle antes del atardecer. Juanita dejó su yegua junto a un árbol y avanzó furtivamente.

En el acto un árabe saltó sobre ella y gritó:

—Una espía, Efendi. Esta mujer es una extraña en nuestra tribu.

—Suéltenla —ordenó el Sheik Blanco—, nosotros no hacemos la guerra a las mujeres.

—Padre —murmuró Juana Varden—, tus planes son conocidos y tus enemigos te tienden una celada. Levanta el campamento y huye.

El Sheik Blanco dió la voz de alarma a sus secuaces y en seguida dijo a Juana:

—Vendrás con nosotros...

—No puedo; los guardias del emir me conocen y no permitirán que pase por entre sus líneas.

Mientras hablaban un centinela llegó a comunicar que la tropa del emir avanzaba por el desierto.

Con el oportuno aviso de Juanita los guerreros de Istar ya estaban preparados para la fuga.

Entretanto, Juana Varden se escurría hacia el camino de Marakand, buscando a su yegua "Polvo de Estrella". Quiso la fatalidad que el animal, al verse libre, decidiera volver al palacio del emir y Juanita se vió obligada a caminar un largo trecho.

De pronto una voz que la hizo temblar detuvo su presurosa marcha.

Aldo Carol avanzaba por un grupo de palmeras y la cogía de un brazo.

—No trate de huir —ordenó Carol—. Por su vil traición se nos ha escapado el Sheik Blanco. Quiero ver su rostro. Quítese el velo.

—Joven blanco —respondió Juana, disimulando su voz—, usted no puede abusar de una mujer, ni obligarla a mostrar su rostro ante un extranjero.

—Sin embargo —replicó Aldo Carol—, si usted no quiere decirme quién es, ni dejarme ver su rostro, tendrá que acompañarme hasta el palacio del emir.

Por un instante Juanita tuvo la tentación de revelar su secreto a Carol, pero la idea de que éste le increpara su traición al emir y a Jazmín, la retuvo.

—Estoy en su poder —dijo por fin la velada mujer—. Haga conmigo lo que crea conveniente.

—Bien, monte usted este caballo —ordenó Carol—, pero no trate de evadirse, porque yo no soltaré sus riendas.

Juanita Varden inició su vergonzoso regreso al palacio de Marakand.

(CONTINUARA)



Aldo Carol cogió del brazo a la velada joven...

Ponchito

POR NATO





EL REINO DESTRUIDO

CAPITULO XII.—La egipcia Nefari.

Fulvio Luceri, Marcela y un reducido grupo de siervos cruzaban el desierto de Sahara. El simún, el terrible viento del desierto, arrasó las dunas. Al pasar las oleadas de arena quedaban al descubierto las osamentas de viajeros y camellos que habían caído en tormentas anteriores.

Cuando cesó el huracán, los fugitivos se levantaron, maltrechos y vacilantes.

Fulvio se acercó a la litera de Marcela. Ella estaba pálida y tenía el rostro crispado de angustia y temor. Al ver a Fulvio, susurró:

—Mi señor, estás a salvo.

—Sí, Marcela —repuso él—. Imploré al Dios de mi madre, que tuvo piedad de nosotros.

—¿Te refieres a... Jesús? —preguntó Marcela, cuyos ojos se dilataron de asombro.

Era la primera vez que oía hablar de aquel Dios al joven romano. Sabía, por supuesto, que la noble Octavia había muerto en la arena del circo de Roma, acusada de ser cristiana, pero no pensó que el hijo de la mártir abrazaría también la religión perseguida por el César.



Bajo la arena barrida por la tempestad, aparecían las huellas de la muerte.

—Sí, El nos protegió —dijo débilmente.

Al reorganizarse la caravana, los siervos comprobaron con un estremecimiento de horror que el camello que llevaba el agua se había perdido en la tormenta.

—Estamos malditos de Némesis, la diosa de la

venganza —gimieron—. Nuestro amo desafió al emperador y los dioses están airados...

—Silencio —ordenó Aulo, el anciano y fiel servidor de Fulvio—. No permitiré murmuraciones estúpidas.

Todos callaron, porque respetaban a Aulo.

Se prosiguió la marcha, con la esperanza de hallar un oasis o el rastro del camello extraviado.



El camello que llevaba el agua se había perdido en la tormenta.

El tormento de la sed no tardó en resecar las gargantas y en arder en las miradas febriles. Cada vez era más difícil avanzar por la arena quemante, bajo el sol que incendiaba el aire y cegaba los cansados ojos.

—¡Agua! —suplicaban los desventurados esclavos.

Fulvio caminaba en silencio. Los rasgos de su rostro se veían endurecidos y sus labios se plegaban en un gesto de impotente cólera. Su boca era tal vez la única que no se mostraba sedienta.

—¡Agua! ¡Agua! —gritó Elvio, el esclavo más joven.

El espejismo del desierto lo engañaba. En la distancia vislumbraba la línea fulgurante de una laguna.

Fulvio esforzó la mirada para distinguir la fuente, pero en vano. Los demás, contagiados por la alucinación de Elvio, corrieron ansiosos, con los brazos extendidos.



Prosiguieron la marcha con la esperanza de hallar un oasis.

Fulvio comprendió que sus hombres se precipitaban a la muerte, pues el oasis entrevisto no era real.

—¡Regresen! —gritó—. Allí no hay agua.

Los siervos, que un momento antes no tenían fuerzas ni para alzar la abatida cabeza, intentaban correr ahora.

—¡Insensatos! Morirán de insolación.

Nadie le oía. Marcela se incorporó en su litera, pero no pudo abandonarla. Cayó sobre las almohadas, gimiendo:

—Fulvio, mi señor... No podrás detenerlos...

Nefari, una esclava egipcia, sostuvo a la desfallecida Marcela y le dijo:

—No te desesperes, yo los detendré.

Era extraño que Nefari hablara. Casi siempre permanecía silenciosa, sumida en profundas meditaciones, hasta semejar una estatua de las antiguas reinas faraónicas.

Corrió velozmente, situándose ante el grupo de siervos.

—¡Atrás! —gritó—. ¡Atrás, la muerte los acecha!

Los hombres retrocedieron instintivamente. Nefari era una criatura misteriosa a quien respetaban y temían. Ocultaba un enigma extraño, y nadie sabía cuál había sido su vida antes de convertirse en esclava. Algunos suponían que era una princesa de Egipto, otros la creían una sacerdotisa y hasta había quienes hubieran jurado que era una diosa reencarnada.



Fulvio comprendió que sus hombres se precipitaban a la muerte.

Ella había dicho "La muerte les acecha", y ésta era una profecía en sus labios pintados de azul.

Elvio, que había sido el primero en abalanzarse hacia el falso oasis, fué también el primero en retroceder.

—Nefari, ¿ves la muerte? —susurró.

—Sí, la veo —repuso ella, y un estremecimiento recorrió a los fugitivos.



—¡Atrás! —gritó la egipcia Nefari.

Fulvio Luceri avanzó entonces calmadamente y dijo:

—Regresen junto a los camellos, y tú, Nefari, cuida a Marcela. Seguiremos caminando.

Todos obedecieron y la misteriosa hija del Nilo se dirigió hacia la litera de la doncella romana. Sus sandalias de oro parecían no rozar la arena y un hálito de misterio rodeaba su figura.

(CONTINUARA)

Correspondencia

LEONARDO BARRIENTOS.— La suscripción con que salió favorecido empezó a servirse desde el 284. Junte los cupones que aparecen en "SIMBAD" y tome parte en el sorteo del 10 de septiembre próximo.

FERNANDO NUÑEZ, Eliana Abarza, Sergio Morales.— Agradecemos sus felicitaciones por las hermosas novelas que aparecen en "SIMBAD". Gracias por sus felicitaciones.

MARIA TERESA ALDUNATE.— Oportunamente fué remitido su premio. Gracias por sus felicitaciones por las novelitas "La Princesa-Muñeca", "Juan y Juanita" y "El Corsario Negro".

SARA VALDIVIA.—Para tomar parte en el sorteo de Fiestas Patrias tiene que juntar los cupones numerados que aparecen en la última página y canjearlos por boletos que darán derecho a participar en el reparto de los numerosos premios que hay para nuestros lectores.

REBECA AHUMADA.—Agradecemos sus entusiastas felicitaciones por el éxito de "Simbad". Junte los cupones que aparecen en la última página de "Simbad", y así podrá participar en el gran sorteo de premios valiosos que les ofrecerá a sus numerosos lectores el 10 de septiembre próximo.

ROXANE.

Grandioso Sorteo de Fiestas Patrias

"SIMBAD" ofrece a sus numerosos lectores

$ 200.000

en valiosos premios, que se repartirán únicamente entre los lectores de "SIMBAD" el 10 de septiembre.

PREMIO MAYOR: Una hermosa bicicleta para niño.
Segundo premio: Una radio Philips.
Otros premios: Hay muñecas, delantales para niñitas, pelotas de goma, cuadernos, útiles de escritorio, chombas, sweaters, poleras, soquetes, acuarelas, patines, zapatillas para niño, etc.

Para obtener cualquiera de los obsequios enumerados sólo tendrán que juntar los cupones que aparecen al pie de esta página, semanalmente. Por cada serie de 5 cupones, numerados del 1 al 5, obtendrán un boleto para optar a los premios que repartirá "SIMBAD" el 10 de septiembre próximo. Ahora, lectores, a juntar muchos boletos para este gran sorteo.



CUPON N.º 5. SERIE N.º 1.
Sorteo de Fiestas Patrias.
CUPON N.º 5. SERIE N.º 1
2 de marzo de 1955.

¿LO SABES TU?

¿Qué pianista chileno es considerado por algunos críticos como el mejor del mundo actualmente?

Solución a "Simbad" N.º 286: La Fundación de Santiago.



Entre los niños que enviaron soluciones exactas, salieron favorecidos los siguientes nombres:

CON CINCUENTA PESOS: Alejandro Cangmé Villarreal, Santiago; Irma Sánchez, Curacautín; Alfonso Samlarali, Valparaíso; Jaime Zamorano, Rancagua; Ramón Muñoz, Teno; Erasmo Santana, Santiago; María Tuninetti, Traiguén; Raúl Mesa, Valdivia; Rudy Báez S., Santiago; Lily Badbil L., Santiago.

SUSCRIPCION TRIMESTRAL: Irma Gómez, Talcahuano; Enriqueta Carrasco, Talca; Raúl Acevedo, San Fernando; Luis Jaque, Hospital; Marta Elba Yáñez, Rancagua; María Cecilia Cortés, Santiago.

UN LIBRO: Lucy Valenzuela, Santiago; Maximiliano Sotomayor, Osorno; Ricardo Oliva, Cañete; Alfonso Sáenz, Curanilahue; Cristina Recart, Curacautín; Lidia Leal, Estación Millantú; Miguel Figueroa, Concepción; Manuel Martínez, Santiago; Sonia Carrasco, Santiago; Inés Layer, Coigüe.

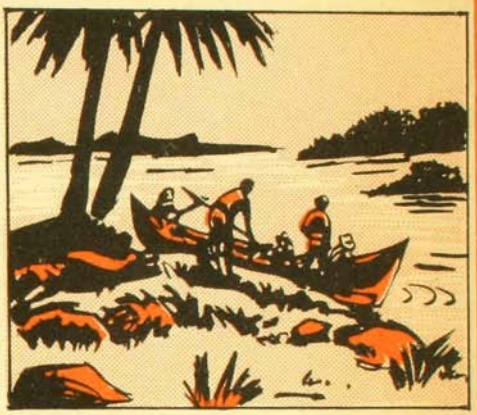
Los niños de Santiago deben cobrar sus premios en Avenida Santa María 076, 2.º piso, de 10 a 1 P. M. Los de provincias recibirán sus premios por correo.

CUPON DEL CONCURSO Semanal
SIMBAD N.º 287

Empresa Editora Zig-Zag, S. A. — Santiago de Chile, 1955.

Juan y Juanita





. Cuando la canoa se apartó de la orilla, Rulan gritó: "—¡Adiós, rotectores de huérfanos martirizados!" Juan gritó: "—Rulan, ecuerda estos dos nombres: Juan y Juanita. Volverás a oírlos". Jna carcajada fué la respuesta del malvado. Al caer la noche, os viajeros desembarcaron para descansar.





. Después de varios días de viaje, llegaron a Leopoldville. Bo-ambo dijo: "—Aquí tengo parientes que los recibirán con los razos abiertos". Los mellizos Bob y Len, que se sintieron revivir verse libres de Rulan, declararon: "—Volveremos a nuestro rfanato. Adiós, y gracias, Juan y Juanita".

(CONTINUARA)

PELUSITA POR NATO



Simbad

EL REINO DESTRUIDO

N.º 288

$ 10.-



Juan y Juanita

CAPITULO LXVII.—EL ULTIMO BARCO





1. Juan y Juanita rescataron a los mellizos Bob y Len de manos del cruel Leopoldo Rulan. Los niños regresaron al orfanato de Leopoldville, que era su hogar. El fiel Bozambo anunció horas más tarde a Juan y Juanita: "—¡Una carta del señor Fox! La dejó en el hotel donde se hospedó antes de embarcarse".





2. La carta decía: *"Queridos Juan y Juanita: no puedo esperarlos más, pero les dejaré el dinero para el viaje en la Sociedad de Transportes Marítimos de Boma. Adjunto algunos billetes para el viaje en tren. Hasta pronto.*—FOX." Juan suspiró: "—Yo sabía que no nos abandonaría".

(Continúa en la penúltima página.)

Simbad

AÑO VI — 9-III-1955 — N.º 288

Directora: Elvira Santa Cruz (Roxane)
Suscripción anual: $ 490.—
Semestral: $ 250.—
Recargo por vía certificada: Anual: $ 21.—. Semestral: $ 11.—.
Extranjero:
Anual: U.S.$ 2,10
Semestral: U.S.$ 1,05
Recargo por vía certificada: Anual: U.S.$ 0,20
Semestral: U.S.$ 0,10

La Princesa Muñeca

CAPITULO XIV.— La gruta de Bienvenida

Cuando la princesa Veni terminó de narrar su historia, la campesina Flora, en vez de ofrecerse para la difícil misión, como lo había hecho la hipócrita Malvina, murmuró con humildad:

—Qué daría yo porque encontraras una niña perfecta que te devolviera tu forma natural, querida princesita...

"Es tan modesta —pensó Bienvenida— que por eso no se cree perfecta. En cambio, Malvina, que era vanidosa e hipócrita, al punto creyó que podía salvarme. Sin embargo, yo no insistiré para que intente la aventura, pues para mí ya es atroz remordimiento

Carol buscó a dos pillastres para su venganza.



pensar que Malvina está convertida en muñeca por mi culpa. Por lo que se ve, la princesa-muñeca ya comenzaba a adquirir bondad y compasión por sus semejantes.

—Yo pienso —dijo después de un momento Flora— que el círculo mágico no pudo evitar que Carol te lanzase a las llamas de la chimenea. Explícame tú por qué el día que te tocó, cuando estabas en mi lecho, mi primo se clavó el dedo, y cuando te cogió para arrojarte a las llamas no experimentó dolencia alguna.

—Ya te he explicado que cuando estoy en tus brazos —dijo la princesa Veni—, el círculo mágico con que me protege el hada Mirtala desaparece. Flora, debo decirte que también tengo otros enemigos y aún más poderosos que Carol. Uno de ellos es el mago Focio, cuyo poder es tan grande como el de mi madrina el hada Mirtala.

Flora estaba encantada escuchando la narración de la princesa-muñeca. A ella le entusiasmaban los cuentos fantásticos de hadas, duendes y enanitos, pero nunca estuvo en contacto con personas hechizadas.

—Flora —suplicó Veni—, quiéreme como a una hermana o amiga y no creas que soy un ser extraordinario.

Cuando regresaron a la cabaña, Carol trabajaba tranquilamente y Juana no comentó los sucesos de la mañana. No obstante, Carol abrigaba un ferviente anhelo de venganza y a toda costa pretendía deshacerse de la muñeca para castigar a la campesina Flora.

Como era muy astuto, no quería exponerse, y días después buscó a dos compañeros suyos, tan pícaros como él, para cumplir sus siniestros planes.

Juana dijo a su hijo:

—¿A qué has traído aquí a esos malandrines?

—Calla, madre —respondió Carol—, mis amigos van a llevarse lejos a esa maldita muñeca que hace perder la cabeza a Flora.

Carol condujo a sus compañeros a una avenida del bosque donde Flora hilaba el huso, teniendo a su lado a la princesa-muñeca. Uno de los pillastres se acercó al banco y, cogiendo a la muñeca exclamó:

—¿Esta era la compañera inseparable de Florita? Qué linda es y qué elegante. Parece la reina de las muñecas.

Y, al decir esto, el pérfido muchacho, arrojó al aire a Veni como si hubiera sido una pelota de goma.

Daba pena ver la angustia de Flora, quien suplicaba que le devolvieran su tesoro.

Pero Bienvenida había desaparecido en el aire.

—Se evaporó —dijo encantado Carol—. Flora, vuelve a tu trabajo. Tanto mejor si los angelitos del cielo se llevaron a ese atado de trapos.

Flora recorrió la avenida mirando hacia la copa de los árboles y en seguida fué a sentarse en su banco. Grande fué su asombro al ver a la muñeca en el mismo sitio donde estaba antes del asalto de los tres pilletes.



Uno de los pilletes lanzó al aire a la muñeca.

—No llores, Florita —díjole la princesa-muñeca, tendiéndole los brazos—, ya ves que nada me ha ocurrido.

—¿Qué haremos para que no te veas expuesta a las maldades de mi primo Carol? —exclamó Flora—. Allí viene otra vez. Dios mío. ¿Dónde huir?

Flora se escurrió por entre los matorrales y desapareció antes de que Carol la divisara. En su afán por huir, la campesina había tomado un sendero desconocido para ella. De pronto divisó una pintoresca gruta orlada de fragantes trepadoras.

—Princesa Veni, ¿quieres quedarte aquí? —preguntó Flora—. Cada día vendré a esta gruta y así te libraré de las persecuciones de Carol. A este paraje seguramente nadie viene.

La princesa-muñeca aprobó esta idea y Flora le fabricó una camita de musgo y flores.

Al día siguiente, apenas se lo permitieron sus labores domésticas, Flora corrió a la gruta. La entrada estaba cerrada por un grueso vidrio que preservaba a la princesa Veni de animales, bichos y del frío de la noche.



Flora encontró a Veni en el mismo sitio.

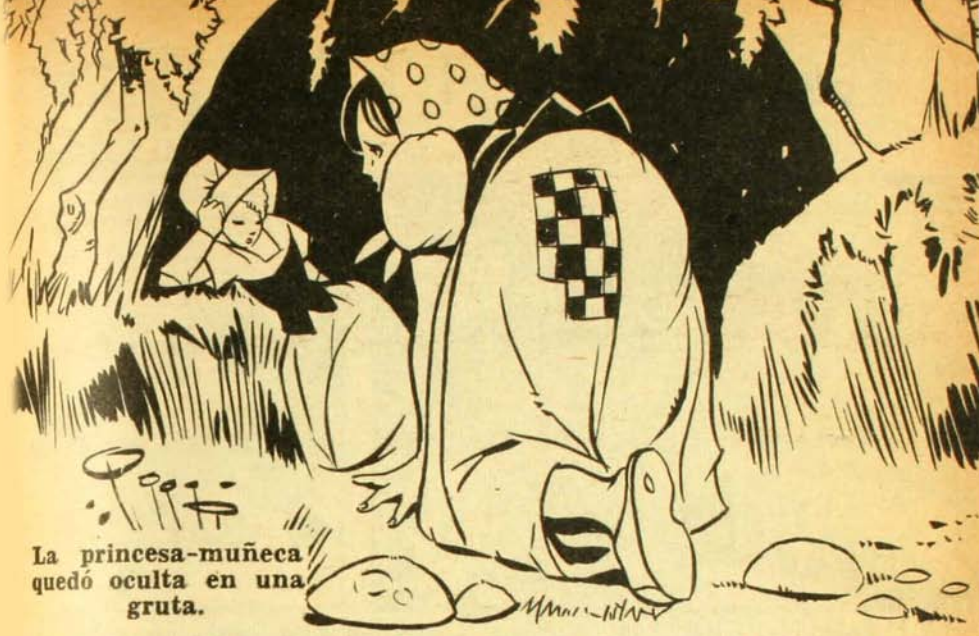
—Fué una gentil atención de mi madrina el hada Mirtala —explicó Veni—, y ahora tú también, Flora, cuando quieras, podrás dormir junto a mí sin que sufras de frío.

Flora se dedicó a engalanar la gruta con ramas de pino helechos y flores silvestres.

—No será tan hermosa como tu palacio —decía Flora a su muñequita—, pero estarás en paz.

Todos los días, terminado su trabajo, Flora venía a la gruta y pasaba largas horas con la princesa.

Pero cada día lamentaba más la obligada separación.



La princesa-muñeca quedó oculta en una gruta.

Con justa razón temía que Carol o el terrible mago Focio se presentaran mientras ella estuviera ausente y destruyeran su muñeca. Por fin un día Flora dijo a Veni:

—Princesa, tú ya me conoces bastante tiempo. ¿Me crees capaz de intentar la prueba del espejo mágico? Yo no me creo perfecta, pero afrontaría el peligro de fracasar en la prueba del mago Silerio con tal que tú recobraras tu forma natural.

—Grande es tu generosidad, mi querida Flora —respondió Veni—. Yo te creo perfecta, pero si no lo fueras pasarías a ocupar un sitio en la galería de muñecas del mago Silerio. Sin embargo, no creo que el espejo mágico se empañe con tu imagen.

—Poco me importa exponerme a todos los peligros —insistió la buena Flora—, porque yo te quiero a ti con toda mi alma y estoy decidida a ayudarte.

—Gracias, Flora —balbuceó la princesa-muñeca abrazando a la gentil campesina—. ¿Y qué dirá tu tía Juana si te ausentas de la granja? Ella jamás consentirá en este viaje.

—Partiré sin pedirle permiso —dijo Flora—. Después volveré a solicitar su perdón. ¿Cuándo quieres que emprendamos el viaje?

—Te lo diré mañana —expresó Bienvenida—, cuando haya consultado a mi madrina el hada Mirtala.

(CONTINUARA)

LOS ESCLAVOS DEL DOCTOR MARCUS

CAPITULO III Y FINAL.—

LABORATORIO DE ESCLAVOS





1. Desde el alba, Luis Durban y sus acompañantes buscaban al piloto de un avión cuyos restos calcinados hallaron la noche anterior. El sofocante calor les impedía avanzar con rapidez. Las huellas se tornaban confusas y de pronto desaparecieron. Durban se detuvo, desorientado.





2. Uara, la leona que le seguía dócilmente, se detuvo también. En realidad, parecía ser ella quien guiaba a los cazadores. Lanzó un leve gruñido y entonces apareció una pantera. No rugía, ni contrajo su ágil cuerpo para saltar sobre los exploradores. Parecía ser tan dócil como Uara.





3. Se internó tranquilamente en la selva y antes de que desapareciera, Luis Durban observó detrás de su oreja una larga cicatriz, igual a la que tenía Uara. "—No comprendo —murmuró, intrigado—, ¿quién ha sometido a estas fieras a una operación? Porque se trata sin duda de la obra de un cirujano."





4. Había visto claramente los puntos de la sutura. Un cirujano blanco o tal vez un hechicero de mentalidad torcida por la superstición realizaba esos extraños experimentos. Al día siguiente el joven avistó unas chozas que parecían deshabitadas y se adelantó hacia ellas, junto con su esposa.

LOS ESCLAVOS DEL DOCTOR MARCUS



5. Con profundo estupor descubrieron allí un laboratorio y una sala de operaciones. Un hombre yacía inconsciente sobre un lecho de campaña. Vestía uniforme y dedujeron que aquél era el aviador que buscaban. Un intenso olor a cloroformo flotaba en el ambiente. "—Cada vez comprendo menos", murmuró Durban.



6. "—Y después, cuando no tenga voluntad propia, su incomprensión será más absoluta", respondió una voz cavernosa. El cazador y Reina se volvieron con rapidez. En la puerta había aparecido un individuo que empuñaba un revólver de grueso calibre. "—Soy el doctor Marcus —anunció—, médico cirujano de la selva."



7. Una sarcástica sonrisa crispó sus labios. "—¿Les extraña hallar un laboratorio en plena jungla? Cometí un error en mi profesión y fuí expulsado del mundo de la medicina. A fin de vengarme, busqué la fórmula para someter a mi voluntad a todos los hombres. Experimenté primero con animales."



8. "—Ustedes han hallado sin duda en su camino, fieras de una docilidad extraña. Son mis esclavas, como lo serán después los seres humanos. Presenciarán ahora la primera operación practicada en un hombre." Pero Bausi, apareciendo súbitamente, lanzó su puñal, abatiendo al doctor Marcus.

FIN



CAPITULO II.—*El canal.*

El "Aventura" navegó por los mares de hielo, rumbo al Polo Sur,. Pablo Carel, jefe de la expedición, deseaba trasponer los límites alcanzados por sus antecesores. Un inmenso témpano lo detuvo. El sabio desembarcó para explorarlo, sin encontrar agua libre. Cuando regresó a bordo, los bloques habían cercado al barco.

Hugo Marty vociferó:

—Anuncié que quedaríamos bloqueados. Tenemos por comandante a un insensato que nos conducirá a la muerte.

Carlos Haines repuso con sequedad:

—Cuide sus expresiones, Marty. No le permitiré que insulte al señor Carel.

—¿Y tampoco me permitirá que admire a la hija del sabio? —repuso Marty, con un gesto sarcástico—. Oigame...

En ese instante apareció Pablo Carel. Al observar la actitud desafiante de ambos expedicionarios, interrogó:

—¿Qué sucede?

—Nada, señor —repuso Haines—. Supongo que todos estamos un poco ner-



La nieve se arremolinaba, agitada por las violentas ráfagas.

viosos. El "Aventura" permanece detenido. Será preciso abrir un canal con dinamita.

—En efecto. Es peligroso, pero no hay otro camino. ¿Quién llevará el explosivo?

—Yo, señor —contestó el joven.

—Mucha prudencia, Carlos —aconsejó Carel—. Se avecina una tempestad.

En efecto, las ventiscas llegaban aullando y la nieve se arremolinaba, agitada por las violentas ráfagas.



Carlos Haines abandonó el barco.

—¿Bastará un hombre para llevar la carga? —preguntó Marty, con ironía—. Tal vez Haines desee ir acompañado.

No obtuvo respuesta. Minutos después Carlos abandonaba el barco. Las densas sombras le impedían ver con nitidez. Detrás de él, silenciosamente, descendió otra figura. En cubierta, el perro Conquistador ladró desesperado e inquieto.

Al percibir esos ladridos entre la tormenta, Carlos reflexionó: "Conquistador está intranquilo. La tempestad lo afecta."

Pero no era el huracán la causa de esos ladridos frenéticos, sino una sombra que se detuvo junto a Carlos. El se estremeció al reconocerla:

—Anita, no debe venir. Es muy peligroso.



La densa sombra le impedía ver con nitidez.

Ella sonrió tal vez, porque hizo un gesto alegre con la mano. En ese instante bajaban la caja de explosivos y Carlos se vió obligado a dedicarle toda su atención:

—Despacio —gritó—, suavemente.

Cuando la caja quedó depositada sobre el hielo, Haines sugirió:



Conquistador ladraba inquieto.

—Suba a bordo, Anita.

—Es inútil, Carlos, iré con usted.

—Si la necesito, la llamaré. Por ahora, quédese aquí mientras coloco el explosivo.

Cada veinte metros, abrió una pequeña cavidad para depositar los cartuchos de dinamita, colocando las mechas de distinto largo para que todas estallaran al mismo tiempo luego de encenderlas. Retrocedió hasta el lugar donde estaba Anita y se refugiaron junto a unos glaciares, a fin de presenciar el estallido sin exponerse al peligro.

—El "Aventura" deberá avanzar a toda máquina entre los hielos destrozados para dejar el canal abierto. Después regresará a buscarnos —indicó el joven—. ¿Tiene frío, Anita?

—No, Carlos. No se preocupe por mí. He tratado siempre de tener tanto valor como cualquiera de ustedes.

—Quizás es más valiente aún. Ha soportado sin quejarse el invierno polar que dura 184 días.



La caja de explosivos fué bajada con gran precaución.

—Y en todo ese tiempo, el sol se ve sólo una semana. Es, en realidad, un mundo obscuro y frío, pero me fascina. ¿Cuánto tiempo hace que partimos de Tierra Victoria?

—Dos meses.

—¿Después continuaremos por tierra?

—Sí, lo más tarde posi-

ble, cuando ya el mar no quiera sostener al "Aventura".

En ese momento resonó la explosión y el témpano retembló, como sacudido por un oleaje furioso.

—Resultó perfecto — sonrió Haines—. Ahora, Anita, esperemos que el barco abra su ruta y después regrese a buscarnos.

El "Aventura" avanzó, ansioso de librarse de su prisión de hielo. Carel estaba tan preocupado que no advirtió la ausencia de su hija. En realidad, nadie a bordo sabía que Anita abandonó la nave. Esta llegó por fin a mar abierto, pero no regresó. ¿Qué había sucedido? El pérfido Marty podía dar respuesta a esta pregunta.



—Suba a bordo, Anita.

En vano aguardaron Anita y Carlos, en la densa obscuridad, rodeados de un frío mortal.

En el canal, los hielos flotaban, reuniéndose de nuevo. Pronto quedaría cerrada la vía de agua.

—No comprendo — murmuró Haines.

La nieve danzaba en el aire, sacudida por el viento que gradualmente aumentaba su fuerza y velocidad.

—Habrá tormenta — añadió el joven—. Abríguese bien, Anita. Sospecho que nuestra espera será larga.

Ella asintió en silencio.

(CONTINUARA)



Cada veinte metros abrió una cavidad.

El fantasmita

TERRIBLÓN, EL PAPÁ FANTASMA, SE SIENTE EMOCIONADO PORQUE, ¡AL FIN!, LLEGAN TRES HOMBRES AL CASTILLO.





La ratita blanca

CAPITULO V.—LA PROMESA REAL





1. Angelina, el hada de las lágrimas, llegó con gran atraso a la fiesta de las hadas, porque se detuvo en la cabaña de un leñador para consolar a Pulgarcito y a sus hermanos. La reina la acogió severamente. "—No veo tu varita de virtud", dijo, y sólo entonces el hada advirtió que la había perdido.





2. Las hadas y magos que ya estaban en la mesa del banquete, se levantaron horrorizados. El príncipe Mirtilo, que envidiaba a Angelina, pronunció: "—Debe ser castigada sin compasión. Exijo que comparezca ante el tribunal de los espíritus. Es justo que, si ha perdido su vara mágica, pierda también su poder".





3. El hada fué conducida a la sala del tribunal, donde los rígidos magos y los duendes adustos decidieron que era culpable. La reina elegiría el castigo que debía aplicarse a la acusada. "—Lamento castigarte —murmuró—. Eres mi favorita, por tu bondad y tu juventud. Pero no puedo cambiar nuestras reglas."





4. "—Decido que durante un siglo vivas en el mundo de los hombres bajo la forma de un animal. Puedes elegir el que tú desees." Angelina murmuró: "—Gracias, Majestad. Quisiera convertirme en una rata. Así podré entrar en los palacios y también en las pobres cabañas. Visitaré a los que sufren".

La ratita blanca



5. "—Serás, entonces, el hada ratita blanca —accedió la reina—. Durante cien años vivirás bajo esa forma. Adiós, Angelina, y recuerda siempre que eres mi preferida, y que si me llamas, acudiré a tu lado." Entonces, en el lugar donde resplandecía el hada, apareció una ratita blanca como la nieve.



6. De manera que Blanquita, la alegre y vivaz amiga del Delfín de Francia y del prisionero duque de Armañac, era en realidad un hada. Consolaba a ambos de sus tristezas. El Delfín, aunque el rey ya había regresado de su peregrinaje, continuaba visitando al joven duque en su sombría prisión.



7. Ambos conversaban amigablemente, mientras la ratita blanca escuchaba con atención. "—Dime, Carlos, ¿qué harás cuando seas rey?", preguntó un día el duquesito. Carlos respondió: "—Libertaré el Santo Sepulcro del poder de los sarracenos, conquistaré Italia, velaré por la felicidad de mi pueblo".



8. "—Suprimiré a los verdugos —terminó diciendo el Delfín, y entonces la ratita dió un brinco de alegría. "—Y haré algo por ti, Blanquita —prometió el príncipe—. Dictaré una ley para que todos los gatos sean desterrados de mi reino. Así vivirás tranquila, sin ser perseguida por esos odiosos felinos."

(CONTINUARA)



LA HIJA DEL SHEIK BLANCO

CAPITULO IX — Juanita acosada por Irma Maxel.

La velada joven y Aldo Carol iban al paso de sus cabalgaduras por el árido desierto africano. Aldo sujetaba las riendas del caballo que montaba su prisionera. De improviso la disfrazada Juanita inclinó su cabeza hasta el cuello del caballo fingiendo un desmayo.

—¿Qué le sucede? —preguntó el galante joven.

Sólo un gemido le respondió.

En el acto Aldo Carol saltó de su corcel y comenzó a desatar la cantimplora a fin de dar agua a la desfallecida prisionera.

Pero apenas Juanita se vió libre fustigó al caballo y emprendió tan veloz carrera que Aldo la perdió de vista.

—Pérfida mujer —rugió Aldo—. Hice mal en tratarla con tanta suavidad.

Cuando llegó a la ruta principal del camino a Marakand, su carrera se vió estorbada por las caravanas de mercaderes que acudían a los bazares.

Entretanto, Juanita se había escurrido hacia el oasis y allí, desprendiéndose de su velo y de sus vestiduras orientales, corrió sin descanso hasta la puerta inferior del palacio.

Aldo Carol, que también había pasado por el oasis, vió flotar como una bandera al viento, el velo de su traidora fugitiva.

RESUMEN.— Juana Varden, dama de compañía de la princesa Jazmín, es hija del proscrito a quien llaman el Sheik Blanco. Juana se ve envuelta en las intrigas de su padre y es acosada por su enemiga Irma Maxel. Aldo Carol y Jazmín manifiestan amistad por Juana Varden. Después de entregar el anillo del Emir a un emisario del Sheik Blanco, Juanita se impone de una celada contra su padre y corre al campamento para advertirle el peligro. Viste un traje árabe y cubre su rostro con un velo. Aldo Carol la captura y la lleva prisionera al palacio del Emir.

"Este velo me servirá para identificar a la espía —pensó Aldo—, porque tengo la certeza de que se trata de una de las criadas del emir Harún el Solimán."

Juana Varden tuvo la suerte de penetrar hasta el interior del palacio sin que nadie la sorprendiera. Mayor aún fué su satisfacción al divisar a la yegua "Polvo de Estrella" pastando en el corralillo del palacio.

En pocos minutos vistió un elegante traje y bajó a los jardines, donde se verificaba la gran *kermesse* organizada por la princesa Jazmín.

"Un enorme gentío —se dijo Juanita—; espero que mi ausencia no habrá causado molestias a Jazmín. He tenido una suerte maravillosa."

Esta alegría se trocó en dolorosa inquietud al oír las protestas del emir y de Irma Maxel.

—Esa muchacha es una impertinente —decía Irma—. Si ustedes le pagan para que les sirva, no debería ausentarse tanto cuando la necesitan.

—Aquí estoy —murmuró Juana Varden.

—Señorita —expresó el emir Harún el Solimán—, ¿es así cómo corresponde usted a mi confianza? ¿Dónde andaba usted? Solicito una explicación.

—Le ruego que me perdone, señor —murmuró Juanita, con palabras entrecortadas por la emoción—. Fuí llamada inesperadamente y traté de volver pronto; pero resultó imposible.

Un incrédulo murmullo acogió su explicación. Irma refunfuñó irónicamente y la frente del emir profundizó sus arrugas.

—Una extraña excusa, señorita Varden —objetó el emir—. Yo confié a usted la organización de esta fiesta y la hice responsable de su éxito. Habíamos invitado a toda la colonia europea en la seguridad de que usted debía atenderla, según los hábitos de la sociedad inglesa, y usted se aleja... Olvida que es una asalariada...

—Yo quería cumplir mi promesa —balbuceó Juanita—, pero algo ocurrió y tuve que ir a Marakand.

—No le crean a esta mujer —protestó Irma—. Ella es culpable y miente.

—Calla, Irma —interrumpió la princesa Jazmín—. Juanita es mi amiga y yo sé por qué se ausentó. Yo la autoricé para que fuera a visitar a una amiga enferma.

—¿Podría decir a quién fué a visitar? —insinuó la insoportable Irma Maxel.
—A una persona que necesita ayuda —respondió Juana.
—Ha de tener nombre esa persona —insistió Irma—. Yo conozco a toda la colonia inglesa que habita en Marakand. ¿Cómo se llama su amiga?
En ese preciso instante llegó Aldo Carol.
—¿Qué ocurre aquí? —preguntó el joven—. Los veo con caras largas. Han abandonado a sus huéspedes. Juanita, Jazmín, así no se atiende a la gente.
Olvidando el asunto de Juanita, el emir cogió del brazo a Carol y le preguntó:
—¿Cómo resultó su misión?
—El Sheik Blanco se escapó, porque un espía le advirtió el peligro —respondió Aldo Carol.
—¿Quién nos traicionó?
—Una dama velada y escurridiza —declaró Aldo—. La traía prisionera para que usted descubriera su fisonomía, pero la pícara se escapó.
Aldo refirió la aventura con gran colorido.
—Tengo un indicio que puede servir para identificar a la espía —agregó Carol, mostrando un velo de mujer—. Lo encontré flameando en el oasis.
Juanita tuvo un sobresalto al ver en manos de Carol el velo de muselina que ella había comprado en un bazar de Marakand.
—Déjeme examinar ese velo —dijo la intrusa Irma Maxel—. Es semejante al que usan todas las mujeres árabes, pero en cada tienda le colocan una marca especial. Yo averiguaré en los bazares quién compró este velo y mañana sabré quién es la dama velada.
Aldo Carol entregó el velo a la intrigante Irma e insistió en que debían atender a los numerosos invitados.
—Vamos, Juanita —añadió Aldo, cogiendo del brazo a su amiga—. ¿Por qué la noto triste y cavilosa?
—Irma Maxel la ha molestado —refirió Jazmín, mientras avanzaba hacia el sitio de la *kermesse*—. Ella tuvo que ir a visitar a una amiga a Marakand y acaba de volver. Mi padre se molestó mucho, pero fué por culpa de Irma. Es mala esa mujer.
—A divertirse ahora —exclamó Aldo, sin el menor asomo de sospecha—. Juanita, atienda a las personas de la colonia inglesa en tanto que yo voy a disfrazarme de faquir y adivino.



Aldo Carol presentó el velo que Juana dejó en el oasis.

Juanita resolvió rechazar sus temores y se entregó con entusiasmo a la fiesta que, desde ese momento, fué atractiva y bulliciosa. Sin embargo, la idea de que Irma Maxel estaba en posesión de su velo la tenía inquieta.

Con mucha prudencia se acercó a Irma Maxel y descubrió que su enemiga había envuelto el velo en uno de los papeles multicolores que servían como servilletas en las mesas del té.

"Si yo pudiera quitárselo", pensó Juanita.

—Amiga —llamó la princesa Jazmín—. Aldo ya está en su estudio de faquir. Traiga gente a la carpa.

Juanita trepó a una tribuna y, cual pregonero de feria, comenzó a llamar a los invitados, anunciándoles la presencia de un famoso adivino.

Todos los asistentes pugnaron por acercarse a la carpa misteriosa. Como Aldo conocía a todos los colonos de Marakand, le resultaba fácil decirles cuatro verdades, que les dejaban maravillados.

Entretanto Juanita urdía un atrevido plan. Cogiendo de una mesa un papel semejante al que envolvía el velo formó un paquete del mismo tamaño y lo ocultó en su bolsillo. En seguida dijo a la princesa Jazmín:

—Dile a Irma que entre a la carpa a consultar al faquir.
Hemos de advertir que sólo Jazmín y Juana sabían quién era el adivino.
Irma Maxel entró en la carpa del faquir y dejó el paquete con el velo sobre una mesa contigua a la ventanilla del seudo faquir.
Con rápido movimiento Juanita cambió los paquetes.
Aldo Carol, que aborrecía a Irma Maxel, comenzó a decirle pesadeces que encolerizaron a la muchacha.
—¡Basta! —exclamó Irma—. Yo no creo en tus estúpidos vaticinios.
—Aguarde, señorita —prosiguió el faquir, reteniendo la mano de la intrigante Irma—. Leo en su mano una catástrofe... Usted aparenta ser lo que no es... Está envuelta en una intriga y cuando la descubran...
Irma retiró violentamente la mano.
—Ahora que se acerque la señorita Varden —indicó Aldo Carol.
—Está sirviendo refrescos a nuestros invitados —dijo la princesa Jazmín—. Examine mi mano, señor faquir.
Juana no perdía de vista la escena que se desarrollaba junto a la carpa del adivino.
De pronto Irma Maxel lanzó un agudo grito. Sus nerviosas manos habían apretado el papel mal atado, y, al desenvolverlo, advirtió que el velo había desaparecido.
—Me han cambiado el paquete —gritaba Irma—. Este sólo contiene papeles.
Juanita perdió la cabeza. En vez de permanecer tranquila sirviendo refrescos se escurrió por entre las palmeras y corrió hacia el palacio.
Ni Aldo ni Jazmín la vieron huir, pero al oír que otras personas gritaban: "Allá va una mujer huyendo"..., comprendieron que ésa era la espía que había substraído el velo.
Inmediatamente Aldo ordenó a varios soldados nativos que corrieran tras la fugitiva. Por suerte sólo el recinto de la *kermesse* estaba iluminado y el resto de los inmensos jardines estaba en completa obscuridad.
Irma era la más empeñada en descubrir a la mujer que huía.
La atribulada Juanita corría de un lado a otro desgarrando su traje y enlodando sus zapatos.
"Me esconderé entre los arbustos y dejaré pasar a mis perseguidores", pensó la angustiada niña.

Un macizo de ibiscos le sirvió de escondite. Vió pasar frente a ella a Irma y a Aldo Carol acompañados de dos nativos y de Adolfo Maxel, padre de Irma.

—Disparen contra esa mujer si la divisan —ordenaba la pérfida Irma.

—No sea cruel, Irma —insinuó Aldo Carol—. Esa mujer está ayudando al Sheik Blanco, porque considera que ése es su deber. No olvide que es una mujer como usted y que actúa conforme a sus sentimientos.

—Parece que usted simpatiza con el Sheik Blanco —protestó Irma—. Se lo diré al emir.

—Se equivoca —replicó Aldo—. Yo más que nadie deseo apoderarme de esa espía que se ha burlado de mí. Pero otra cosa es usar armas de fuego contra ella.

Juanita escuchaba la conversación de Aldo e Irma desde su escondite. De súbito Irma Maxel exclamó:

—Miren, allí diviso el papel multicolor que envolvía el velo. Síganme por el puentecillo.

Irma Maxel hizo retroceder a los perseguidores de Juanita y ésta fué la salvación de la fugitiva.

La joven había logrado despistar a sus enemigos, pero tenía que subir a su departamento para arreglar su traje destrozado y peinar sus cabellos. Era importante que esto lo hiciera con rapidez, a fin de que nadie advirtiera su ausencia de la *kermesse*.

(CONTINUARA)

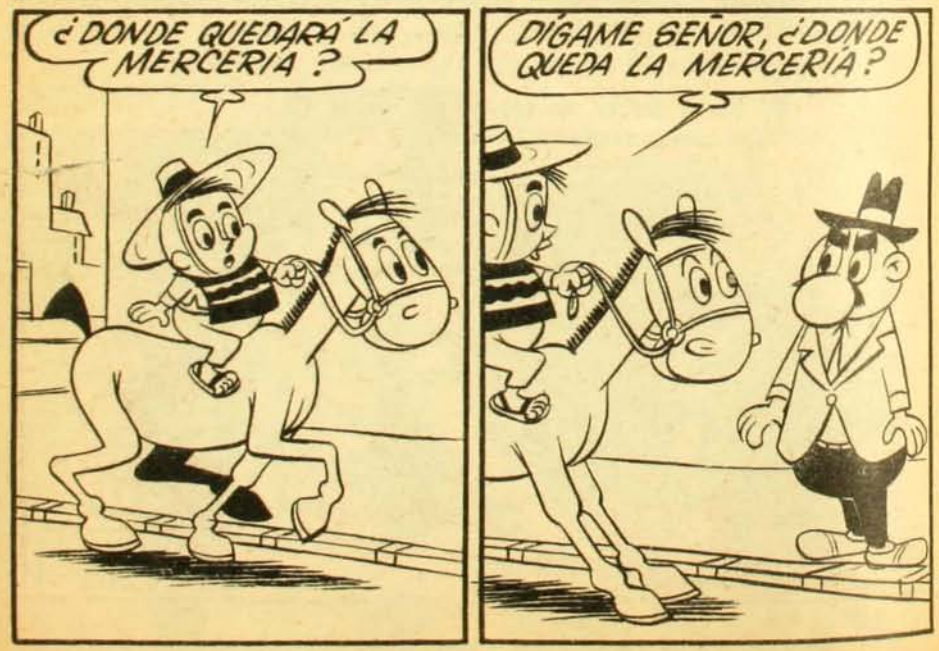


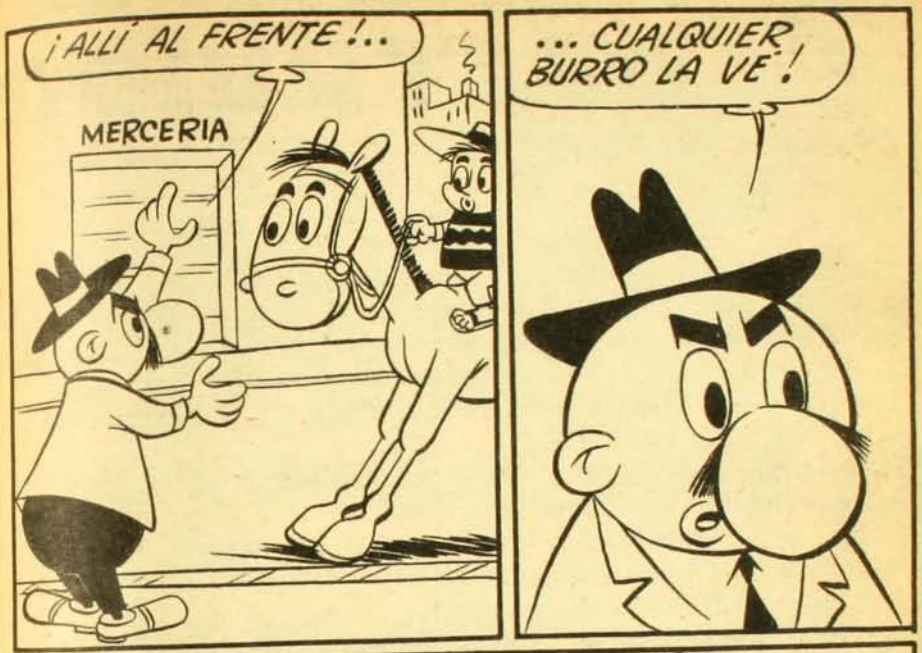
El falso fakir vaticinaba desgracias a Irma Maxel.

Ponchito

POR NATO











EL REINO DESTRUIDO

CAPITULO XIII.— Los jinetes del desierto.

La caravana de Fulvio Luceri marchaba resignadamente a través del Sahara. Enloquecidos por la sed, los siervos habían corrido hacia un oasis imaginario, pero la egipcia Nefari los detuvo. La vieron erguirse como una profetisa que anunciaba la muerte y entonces retrocedieron, temerosos y dominados.

El calor, en oleadas de fuego, aniquilaba a los caminantes. El sol implacable caía sobre ellos.

Marcela no pudo resistir más y se desvaneció en la litera. Nefari no intentó reanimarla. Era inútil.

Como en un vago sueño, Fulvio seguía caminando. También él sufrió alucinaciones, distinguiendo una laguna en la lejanía.

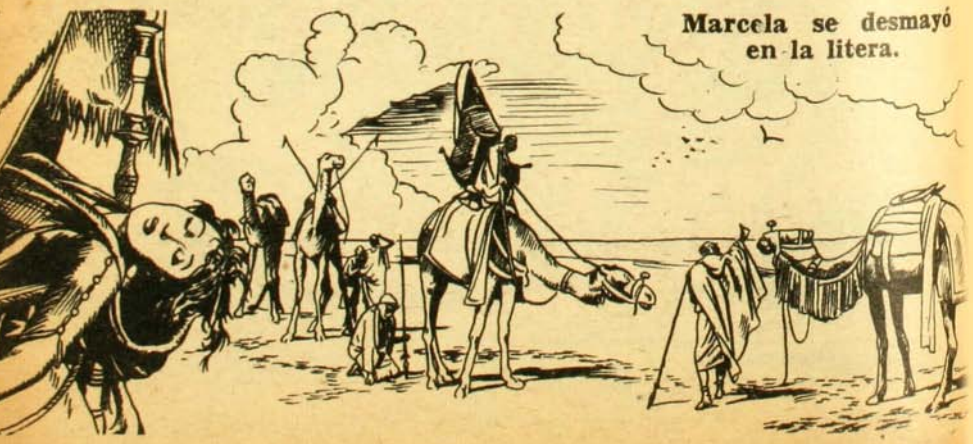
—¡Agua! —exclamó con voz ronca.

Sus hombres alzaron la cabeza, fatigados. Las pupilas brillaban ardorosas. Los labios, agrietados por la sequedad, se entreabrieron, pero ningún sonido brotó de ellos.

—Agua —repitió Fulvio, cayendo sobre la arena quemante.

Los siervos le miraban con rostros inexpresivos. Sus brazos flácidos no se extendieron para ayudarlo a levantarse.

Nefari se adelantó entonces y cogiendo las riendas de un camello, pronunció:



Marcela se desmayó en la litera.

—Khee... Khee.

Era la orden para que el camello se arrodillara. Cuando la bestia obedeció, Nefari dijo a Elvio:

—Ayuda a nuestro amo. Alzalo sobre la silla.

El joven esclavo obedeció, aunque sentíase muy débil. Continuaron avanzando, cada vez con mayor lentitud. Uno tras otro el desierto los abatió. Iba quedando sobre la arena la caravana deshecha, que más tarde sería atacada por los chacales y los buitres.



Nefari ordenó que el cuerpo de Fulvio fuera depositado sobre un camello.

Pero ya cuando toda esperanza parecía perdida, aparecieron unos jinetes sobre las dunas. Eran los tuareg, que se acercaban en sus veloces caballos.

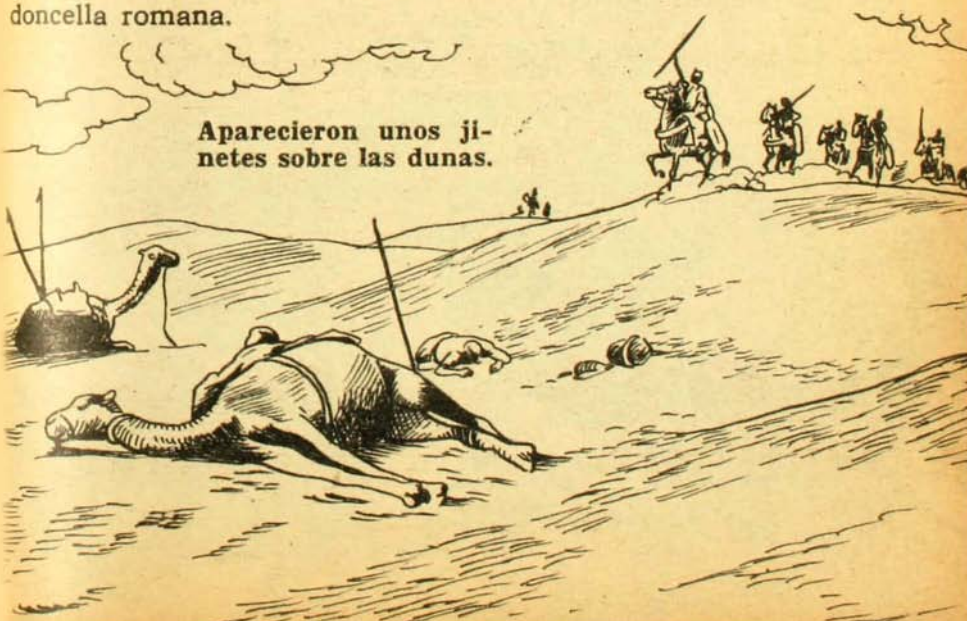
Al avistarlos, Marcela gritó:

—¡Auxilio!

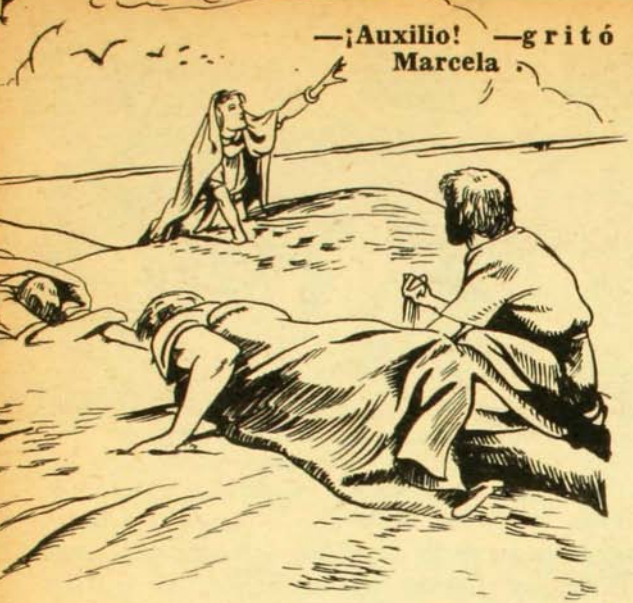
Los jinetes del desierto desmontaron junto a los desfallecidos fugitivos.

—Oro —ofreció Marcela—, a cambio de agua.

Nefari habló en lengua targui para traducir el ofrecimiento de la doncella romana.



Aparecieron unos jinetes sobre las dunas.



—¡Auxilio! —gritó Marcela.

Sobre el velo que cubría su semblante, brillaron las pupilas de los tuareg. Sin emitir palabra, se dedicaron a atender a la caravana. El agua se vertió sobre los labios resecos y humedeció las frentes sollamadas por la fiebre. Luego los árabes guiaron a los viajeros a un oasis, donde se sintieron revivir.

El agua, los dátiles y la leche de cabra repusieron las fuerzas de la caravana.

—Gracias —dijo Fulvio al jefe targui, entregándole el oro prometido.

Al día siguiente reanudaron la marcha, escoltados por los jinetes. Cerca de las montañas, los tuareg se separaron de los viajeros, alejándose rápidamente.

—Nefari nos salvó por segunda vez —dijo Marcela a Fulvio—, ella habló la lengua de esos bárbaros. Estoy segura de que impidió que nos asaltaran.



Los tuareg desmontaron junto a la deshecha caravana.



Los jinetes del desierto se alejaron rápidamente.

—Nefari es una doncella extraña —contestó el patricio—. Hace años que pertenece a mi casa y nunca la he comprendido. Cuando vaya a Roma, le daré su libertad... a ella y a todos.

La bella faz de Marcela se ensombreció.

—¿Por qué regresar a Roma, señor? —murmuró—. El César te persigue. El ordenó que tu madre, la noble Octavia, fuera sacrificada.

—Esa es la razón por la cual regreso —repuso Fulvio mientras su expresión se endurecía—. Mi madre será vengada.

—La religión cristiana prohibe la violencia, señor.

Fulvio no respondió. Llegaban ya ante los montes Atlanta. Por aquella selva se internaría la caravana que huía de la furia de Nerón.

(CONTINUARA)

Correspondencia

JORGE FREDES, QUILLOTA; LILY RUIZ, FREIRINA; y MARIA EUGENIA RIOS. Reclamen cartas certificadas en el correo respectivo. Próximamente aparecerá la gran serial gráfica "Búffalo Bill". Reserven su ejemplar.

ANGELICA PINO. Trataremos de complacerla. En breve se dará en esta revista "Búffalo Bill".

ORIANA. Su reclamo, atendido. La revista empezará a recibirla desde el número 288.

GERMAN PROSSER.— Ya hemos remitido los premios con que ha salido favorecido, y esperamos estén en su poder.

ERCILIA ARRIAGADA.— Su libro fué enviado oportunamente.

ROMEO CIENFUEGOS.— Gracias por sus felicitaciones tan cariñosas. Pronto verá publicada la gran serial gráfica Buffalo Bill. Reserve su ejemplar con anticipación, pues "SIMBAD" se agota rápidamente.

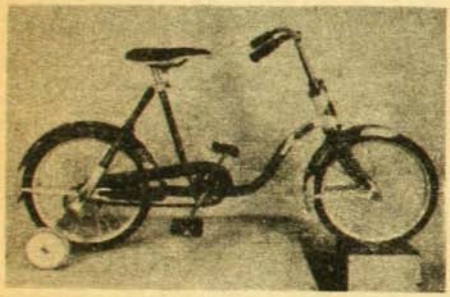
Grandioso Sorteo de Fiestas Patrias

"SIMBAD" ofrece a sus numerosos lectores

$ 200.000.-

en valiosos premios, que se repartirán únicamente entre los lectores de "SIMBAD" el 10 de septiembre.

PREMIO MAYOR: Una hermosa bicicleta para niño.
Segundo premio: Una radio Philips.
Otros premios: Hay muñecas, delantales para niñitas, pelotas de goma, cuadernos, útiles de escritorio, chombas, sweaters, poleras, soquetes, acuarelas, patines, zapatillas para niño, etc.



Para obtener cualquiera de los obsequios enumerados sólo tendrán que juntar los cupones que aparecen al pie de esta página, semanalmente. Por cada serie de 5 cupones, numerados del 1 al 5, obtendrán un boleto para optar a los premios que repartirá "SIMBAD" el 10 de septiembre próximo. Ahora, lectores, a juntar muchos boletos para este gran sorteo.

CUPON N.º 1 — SERIE N.º 2
SORTEO DE FIESTAS PATRIAS.
CUPON N.º 1 — SERIE N.º 2
9 de marzo de 1955.

¿LO SABES TU?

CONTESTA A ESTA PREGUNTA:

¿Qué significa la palabra "Zootecnia"?



Solución al "Simbad" N.º 286.
Gabriela Mistral.
Entre los niños que enviaron soluciones exactas, salieron favorecidos los siguientes nombres:

CON CINCUENTA PESOS: Fernando Gleiser, Santiago; María L. Muñoz, Santiago; Alberto Moena, Concepción; Rosa Sandoval, Chillán; Isaac Alalup, Valparaíso; Ramón Caamaño, Bulnes; Mercedes Castillo, Collipulli; Ramón Román, Santiago; Hugo Vera, Contulmo; Eliana Molina, La Unión.

SUSCRIPCION TRIMESTRAL: Marta Bustos, Los Andes; Ximena Peña, Linares; Olga Cammas, Santiago; Ester Guzmán, San Fernando; Alfonso Sáenz, Bío-Bío; Luis G. García, Putaendo.

UN LIBRO: Juana Barría, Ancud; Patricio Palma, Concepción; Dina Fuentes, Rengo; Juan Miguel Heiremans, Santiago; Nelson Rojas, Valparaíso; Olga Espinoza, Rancagua; Juan Bustamante, Viña del Mar; Eduardo Bustamante, Llay-Llay; Manuel Martínez, Santiago; Hugo Núñez, Teno.

Los niños de Santiago deben cobrar sus premios en Avda. Santa María 076, 2.º piso, de 10 a 13 horas. Los de provincias recibirán sus premios por correo.

CUPON DEL CONCURSO Semanal
SIMBAD N.º 288

Juan y Juanita





3. Después de enviar un telegrama al presidente de la compañía marítima, los niños emprendieron el viaje. Se despidieron del buen Bozambo, que no sólo había sido un fiel guía, sino que les brindó hospedaje en casa de su familia. El señor Lerin los esperaba en la estación.





4. "—Bien venidos —saludó el presidente con voz cordial—. El señor Fox me encargó que los atendiera. Pero se han demorado más de lo previsto y sólo hay un barco de carga, que no hará el viaje directo". Juan preguntó: "—¿Dónde hará escalas?" Lerin contestó: "—En Madagascar, Djibuti, Suez y Marsella."

(CONTINUARA)

PELUSITA POR NATO



Simbad

N.º 289

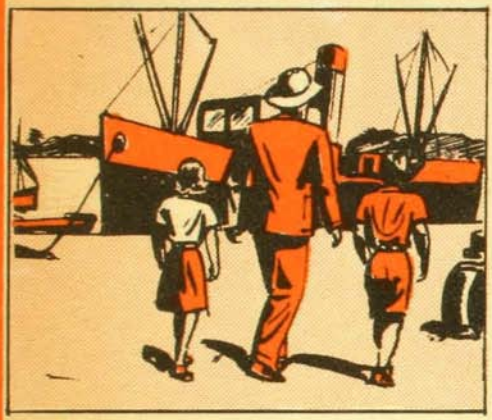
LA PRINCESA MUÑECA

$ 10.-



Juan y Juanita

CAPITULO LXVIII.—UN CAPITAN BRUSCO





1. Juan y Juanita perdieron el último barco de la compañía naviera de Boma. El presidente decidió conseguirles pasaje en el "Pez Volador". El capitán Lugo les acogió con hostilidad: "—Este no es barco para pasajeros ociosos —gruñó—. Los niños molestan a bordo, y yo no soy niñera".





2. Juanita sugirió tímidamente: "—Yo puedo cocinar". El rudo capitán repuso: "—No quiero que envenenes a mi tripulación". El señor Lerin intervino con voz conciliadora: "—No sea tan descortés, Lugo. Juan y Juanita están ansiosos por regresar a su país. No se niegue a llevarlos".

(Continúa en la penúltima página.)

Simbad

AÑO VI — 16-III-1955 — N.º 289

Directora: Elvira Santa Cruz (Roxane)
Suscripción anual: $ 490.—
Semestral: $ 250.—
Recargo por vía certificada: Anual: $ 21.—. Semestral: $ 11.—.
Extranjero:
Anual: U.S.$ 2,10
Semestral: U.S.$ 1,05
Recargo por vía certificada: Anual: U.S.$ 0,20
Semestral: U.S.$ 0,10

La Princesa Muñeca

CAPITULO XV.— La tentación del mago Focio.

La campesina Flora estaba decidida a partir hacia la mansión del mago Silerio y afrontar la prueba del espejo mágico, a fin de que la princesa Veni recobrara su forma natural.

Despidiéndose de su adorada muñeca, Flora la dejó acurrucadita en la gruta y partió en dirección a la granja de su tía Juana.

No era oportuno hablar con su tía esa tarde sobre su proyectado viaje, porque Carol se había herido un pie y todos estaban de mal humor en la casa.

Al día siguiente, Flora corrió hacia la gruta, deseosa de saber qué había de-



Flora advirtió que la gruta se había convertido en un montón de piedras.

cidido el hada Mirtala con respecto al viaje de la princesa Veni. Pero al llegar al claro del bosque desde donde se divisaba la gruta, Flora quedó estupefacta. La roca que formaba la gruta y la caverna habían desaparecido y un montón de piedras marcaba el sitio donde se ubicaba el refugio de la princesa-muñeca. Sobre la copa de los árboles revoloteaba un enorme cuervo. Era éste el canciller Rodar, cómplice del mago Focio y enemigo mortal de la princesa de Giralda.

—¿Qué ha ocurrido aquí? —exclamó Flora—; no comprendo cómo ha podido derrumbarse la gruta. Bienvenida, Bienvenida, ¿dónde estás?. —sollozaba la campesina—. ¿Te habrán aplastado las piedras? Seguramente es el mago Focio quien ha hecho esa maldad...

Sentada sobre el montón de piedras, la huerfanita lloraba sin consuelo, cuando se le acercó un anciano de barba blanca. Flora quiso huir y, olvidando que ya no tenía a su muñeca entre los brazos, apretó ambas manos contra su pecho como para defenderla.

—Pobrecita, ¿por qué lloras? —preguntó el anciano a la niña—. ¿Tienes mucha pena?

—Sí, buen anciano —respondió Flora, llorando a mares.

—¿Quieres confiarme el motivo de tu dolor, niñita? Los poderes invisibles me han concedido dones y sería para mí un placer devolverte la alegría.

Acariciando los cabellos de la huérfana, el tentador continuó:

—Te conozco bien, Florita... Varias veces te he visto pasar por el bosque. Eres buena con las plantas y con los animales. Habla y yo trataré de complacerte.

Flora le contó que tenía una muñeca muy querida y que para salvarla de las persecuciones de su primo Carol, la había ocultado en la gruta.

—Y ahora esa gruta se ha derrumbado y sólo queda un montón de piedras —terminó diciendo Flora.

—¿Y no es más que eso? —replicó el anciano—. Consuélate, hijita. Yo te daré otra muñeca más linda. Ven conmigo y no vuelvas más a este sitio. El derrumbe de esta caverna indica que el genio de la montaña está airado y vengativo. Ven conmigo.

—Gracias, buen anciano —murmuró Flora, sin apartarse del montón de piedras—, si no encuentro a Bienvenida, nunca tendré otra muñeca.



Carol suplicó a Flora que curara su pierna herida.

—No seas necia —insinuó el anciano—. Una muñeca da tanto como otra. La que yo te daré es grande y bella. Tendrá todos los trajes que quieras y un cochecito para pasearla. Mira, ¿quieres verla?

El mago Focio (porque ya habrán adivinado que el anciano era el enemigo de la princesa Veni) hizo un signo misterioso y al punto apareció un cochecito con una soberbia muñeca de porcelana que parecía dormir.

—No, no —protestó Flora—, yo quiero a mi muñeca y no a ésa, aunque sea muy linda.

—Tontilla —rezongó el mago, envolviendo a la niña en una mirada de odio y de cólera.

Cuando Flora alzó la vista, el anciano había desaparecido.

La huérfana regresó muy triste a la granja de su tía Juana y pasó todo el día hilando y llorando.

Cuál no sería su sorpresa cuando por la tarde su primo Carol, que tan cruel se había manifestado siempre con ella, le dijo afectuosamente.

—¿Por qué estás tan triste, Florita?

—He perdido mi muñeca...

—No llores más —insinuó Carol—; para la Navidad el viejo Pascual te traerá otra muñeca.

—No, Carol, no quiero otra. Quiero a mi Veni.

Sin embargo, la amabilidad de Carol no era desinteresada. La herida del pie estaba muy inflamada y el muchacho, que había sanado días antes de la infectada picadura en un dedo con las

hojas de cardenal-hiedra que le colocó Flora, pensaba que esta vez también podría curarse con ellas de su nueva dolencia.
Así se lo pidió a la huerfanita momento después.
—No tengo más hojas de cardenal-hiedra —dijo Flora—, ni sé dónde pueda conseguirlas.
—Vete en busca de esas hojas —gritó la granjera Juana—, y ¡ay de ti! si no regresas con ellas.
Pero el hijo menor de Juana tuvo compasión de su prima Flora y salió tras ella hacia el bosque.
Pero la desdichada Flora tenía la certeza de que no encontraría las hojas curativas que en pasada ocasión le había proporcionado la princesa-muñeca, con intervención del hada Mirtala. Pesarosa



Pedro siguió a la llorosa Flora por el bosque.

se dirigió al montón de piedras que cubría la derruída gruta. Sin advertir que el muchacho Pedro la seguía, comenzó a sollozar y a llamar con acongojado grito:
—Bienvenida, mi adorada princesita, ¿dónde estás?
De súbito le pareció oír una voz muy débil y tenue.
Sin darse cuenta del trabajo que constituía remover el montón de piedras, la huérfana inició la difícil tarea.
—Bienvenida, mi princesita —repitió Flora, a medida que separaba algunas piedras.
—Flora —respondió una voz apenas perceptible.
Pedro, entretanto, espiaba a su prima y no se explicaba su actitud. Al verla remover piedra tras piedra y llamar a Bienvenida, el muchacho pensó que su prima se había vuelto loca.

—Flora, ¿qué haces ahí? —preguntó Pedro, avanzando hacia la niña.

—Pedro, tú has sido siempre muy bueno conmigo —suplicó Flora—. Ayúdame a remover esas piedras que han sepultado a mi muñequita.

—¿Cómo lo sabes tú? —preguntó Pedro.

—Ella está ahí —insistió Flora—. Mi muñequita me ha llamado. Yo escuché su voz.

Pedro lanzó una carcajada. Era evidente que su prima estaba trastornada.

—Ayúdame —insistió Flora—, y no me creas loca. Mi muñeca es ahijada del hada Mirtala. Habla como un ser humano. Sé bueno y ayúdame a salvarla.

(CONTINUARA)



—Ayúdame a retirar estas piedras —dijo Flora a Pedro.

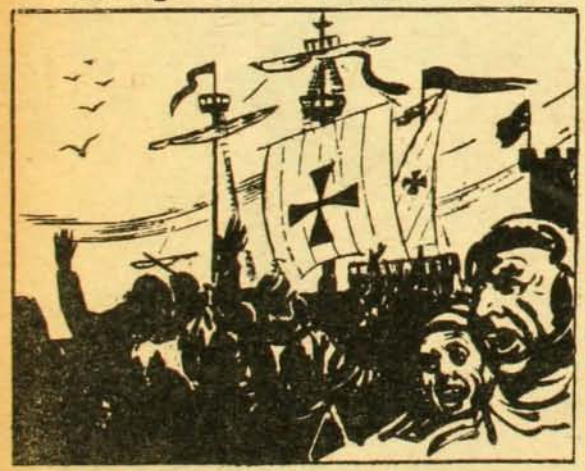
EL GRAN NAVEGANTE

CAPITULO I.—LA RUTA DE LA INDIA





1. Vasco de Gama y su hermano Pablo, soñaban con navegar en gallardos barcos para descubrir tierras y mares desconocidos. Los relatos del navegante Bartolomé Díaz les fascinaban. Anhelaban imitarlo, y un día vieron su sueño realizado: el rey Manuel de Portugal ofreció a Vasco el mando de una flota.





2. La misión de aquellos barcos era hallar un camino hacia la India, con la cual Portugal quería iniciar relaciones comerciales. El joven capitán salió del puerto de Lisboa. Pablo decía sonriente: "—En esta expedición hallaremos la fortuna y la gloria. Vasco, se terminaron los tiempos en que suspirábamos frente al mar."





3. "—Ahora somos capitanes aventureros y audaces" —añadió el alegre Pablo. Un mes más tarde, anclaron en la isla de Santiago, donde se abastecieron de agua y víveres. Siguiendo la navegación, doblaron el cabo de Buena Esperanza. Descubrieron una tierra baja a la que dieron el nombre de Buenas Señales (Quelimane).

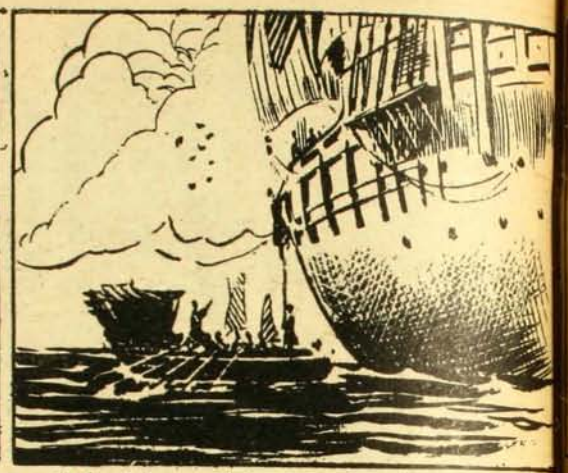




4. Los indígenas de aquel lugar les acogieron amistosamente. "—Son amables, pero no pueden darnos el menor dato sobre derroteros marinos —observó Pablo de Gama—. Tendremos que seguir a la ventura." Una tempestad sorprendió a las naves en alta mar y casi las destruyó.

EL GRAN NAVEGANTE





5. Entraron, por fin, en el canal de Mozambique y fondearon en la isla de Mombaze. "—Hemos superado a nuestro héroe Bartolomé —dijo Pablo a su hermano—. El sólo llegó hasta Natal." Por fin alcanzaron la costa de Malabar, gracias al monzón que soplaba del suroeste. Ya estaban en la India.





6. Se efectuó el desembarco en Calicut, que era una de las principales factorías de la India, en el comercio de especias. La ciudad y sus cercanías estaban en poder de un rajá llamado el Zamorin, que dominaba a los demás soberanos de Malabar. Los navegantes advirtieron que eran recibidos con desconfianza.





7. "—No hablamos el endiablado idioma de los hombres de Calicut —dijo Pablo—. ¿Cómo negociaremos con ellos?" Vasco de Gama llevaba a bordo un moro de Túnez, que sabía hablar el español. "—El nos servirá de intérprete" —decidió, mientras miraba con recelo a los jinetes de el Zamorin.





8. Los guerreros habían desplegado sus fuerzas en la playa y, con esa exhibición militar acogieron a los extranjeros. "—Sospecho que no será tan fácil cerrar trato con tu rajá —sugirió Pablo de Gama—. ¿Crees que sea prudente desembarcar?" Por cierto que Vasco no vaciló en bajar a tierra.

(CONTINUARA)



CAPITULO III.—El barco en la niebla.

Carlos Haines había colocado una línea de explosivos para abrir camino al "Aventura" entre los hielos del Polo Sur. Obtuvo éxito en su tentativa, pero luego observó, preocupado, que el barco no retrocedía en su busca.

—No comprendo —balbució—. El canal se cerrará y entonces...

Se estremeció. No temía por su propia vida, sino por la de Anita, que había insistido en acompañarlo en la arriesgada expedición.

—¿Por qué no regresa? —murmuró la niña.

Carlos distinguió su ansioso rostro a través de la nieve, que caía lentamente.

—Valor, Anita. Ya vendrán.

Dudaba de aquel regreso. No se atrevía a decir a Anita que estaban abandonados. Calculó que la temperatura era de 46 grados bajo cero, tal vez menos.

—Abríguese más —indicó a Ana.

La desesperación empezó a dominarlo. Estaban indefensos. Tenían sólo sus trajes especiales para resistir las bajas temperaturas. La picota que usó para perforar el hielo a fin de colocar la dinamita podía servirle para excavar un refugio. Pero carecían de sacos de dormir y de mantas. La amenaza de morir congelados era cierta. Jamás había sentido una impresión más aguda de desamparo. Los primeros hombres que emergieron vacilantes de las sombras de la última Edad de Hielo, sin duda, no se sintieron tan angustiados, porque ellos enfrentaban solos la muerte. En cambio, él veía jun-



Haines había abierto un camino en el hielo.

to a él, atemorizada y silenciosa,. a una niña, a la cual no podía proteger.

De pronto percibió un ruido que lo alarmó: el hielo se quebraba con estruendo a cierta distancia. ¿Qué ocurría?

Anita había oído también aquel rumor lejano. La inquietud de ambos jóvenes se convirtió en un suspiro de alivio cuando vieron aparecer la mole obscura del barco, abriéndose paso de regreso.

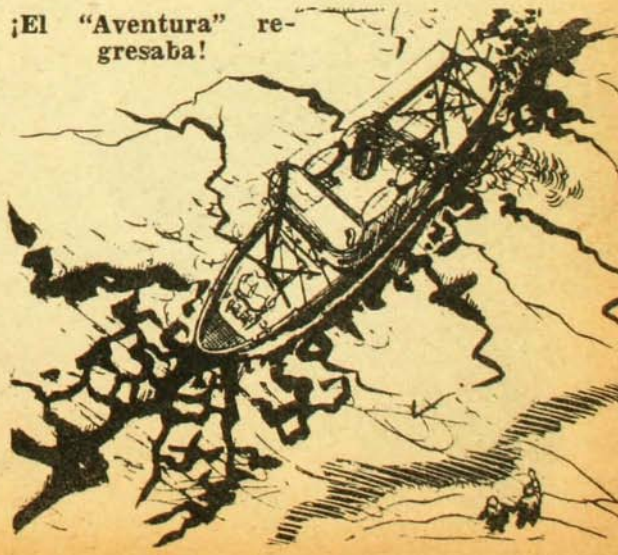
Fué tan intensa la alegría de Haines, que la demostró dando saltos, como un niño. Anita no pudo contener una sonrisa.

—¡Vuelven! —gritaba él—. Anita, ¿los ves?

A través de la bruma se distinguía cada vez con más nitidez la forma del navío.

—¿Cuánto se demorarán en llegar hasta aquí?

—Algunos minutos. Haremos señales luminosas para que nos ubiquen más rápidamente.



¡El "Aventura" regresaba!



A través de la bruma se distinguía la nave.

—El hielo había empezado a cerrarse. Quizás avanzan con dificultad —reflexionó ella.

—Sí; pero llegarán hasta nosotros. Descansemos mientras, Anita. Se instalaron junto a un elevado glaciar, que los resguardaba del viento. La niebla se tornó más espesa y era difícil distinguir al "Aventura", pero oíase el crujido de los hielos quebrados por la poderoso quilla.



Carlos Haines saltaba de alegría.

Haines hacía conjeturas sobre las razones que retardaron la vuelta del barco. Sospechaba que el rencoroso Hugo Marty había intervenido en alguna forma violenta y maligna.

"Tal vez me equivoqué —reflexionó—. Quizá esta demora se debe a un desperfecto mecánico. No debo anticiparme a culpar a Marty."

Pero Anita compartía

las sospechas del joven. "Marty quiso dejar abandonado a Carlos, pero cuando advirtió mi ausencia, decidió regresar —meditaba—. ¿Qué habrá sucedido a bordo? Confío que mi padre esté bien y que Marty no haya insubordinado a la tripulación."

Transcurría el tiempo. Anita y Carlos se levantaron para moverse. El frío les trasminaba la piel.



—Llegarán hasta nosotros —dijo Carlos.

La hija del sabio reprimió el deseo de preguntar de nuevo: "¿Cuánto tardarán?" Sólo les restaba esperar hasta que el barco se detuviera junto a ellos, surgiendo de la niebla.

(CONTINUARA)



Aguardaban confiadamente junto a un alto glaciar.

El fantasmita

El valiente soldado Tato avanza por los sombríos corredores del castillo...

















La ratita blanca

CAPITULO VI.—CARLOS VIII, REY DE FRANCIA



1. Carlos, Delfín de Francia, hablaba con su amigo el duque de Armañac, prisionero en los lúgubres sótanos del castillo real. "—Cuando sea rey —prometió— velaré por la felicidad de mi pueblo y te daré la libertad. Pero —caviló con tristeza—, ¿cuándo ascenderé al trono para terminar el reinado del terror?"



2. "—¡Jamás!", gritó una voz irritada. El príncipe y el prisionero se estremecieron. El rey Luis XI apareció en la derruída puerta. Le acompañaba la guardia real. Acercándose a su hijo, dijo con voz ahogada de furia: "—¿Conque anhelas mi muerte para reinar? No se cumplirán tus deseos, pequeño señor".



3. "—Entrega tu espada", añadió el airado monarca. L'Ermite se acercó, a fin de recibir el arma. Carlos, retrocediendo horrorizado, exclamó: "—No entregaré mi espada al verdugo de la corte". Desenvainando su acero, lo ofreció a un gentilhombre de la escolta real, en un gesto altivo.



4. Cuando el príncipe desapareció en las tenebrosas galerías, conducido prisionero, Nemours advirtió que el rey susurraba algunas palabras al oído del verdugo y se estremeció, presintiendo una amenaza. En efecto, Luis XI decía: "—Es preciso ejecutar al duque y entonces mi hijo volverá a someterse a mi voluntad".

La ratita blanca





5. Las sombras y el silencio invadieron de nuevo la siniestra prisión. Nemours dijo a la ratita blanca: "—Sólo me resta una hora de vida. Sálvate, querida amiga, o si no los verdugos también te matarán". No esperaba piedad del rey y había perdido la protección del príncipe. Unos pasos resonaron lúgubremente.





6. Creyó que soñaba cuando el guardia pronunció: "—Duque de Nemours, estáis en libertad". El joven le observó, indeciso, creyendo que el soldado se burlaba de él en aquel trágico instante. Pero antes de que pudiera protestar o gemir, se acercó el Delfín de Francia, quien dijo: "—Mi padre acaba de morir de un ataque".



7. El grito de "¡El rey ha muerto! ¡Viva el rey!" retumbó entre los sombríos muros donde antes sólo se oyeran lamentos. Los cortesanos acudían a rendir homenaje al nuevo soberano. Con imperturbable serenidad, el joven rey aguardó que el clamor se apagara para decir: "—Abrid las celdas".





8. Se abrieron todas las prisiones, menos la del duque de Armañac, pues fué imposible hallar la llave. "—Quitad la reja", ordenó Carlos VIII. Un herrero acudió, y luego de examinar los barrotes, dijo: "—No son de fierro, sino de diamante. Nada los hará ceder, Majestad". Un consternado silencio acogió estas palabras.

(CONCLUIRA)



LA HIJA DEL SHEIK BLANCO

CAPITULO X.—La traición de Irma Maxel

Defendiéndose con las sombras de la noche, que ya cubrían los jardines del palacio oriental, Juana Varden entró en el patio interior y de allí a una galería que daba acceso a su departamento. Sin encender luz, la atribulada hija del Sheik Blanco ocultó el acusador velo en el ropero y decidió arreglar su traje que las espinas de un cacto habían destrozado. Estaba reparando el desorden de su peinado, cuando oyó voces en la habitación contigua.

—¿Dónde está Juana Varden? —preguntaba Irma Maxel.

—Yo creí que andaba con usted y con Aldo Carol buscando a la espía del Sheik Blanco —respondió Jazmín.

—No estaba con nosotros —aseguró Irma—. La perdí de vista desde que desapareció el velo. En verdad, esto es muy extraño...

—¿Por qué tan extraño? —preguntó la princesa.

—¿Te parece poco sospechoso que Juana desapareciera en el instante en que la espía huía por los jardines? —replicó la intri-

RESUMEN.—Juana Varden, dama de compañía de la princesa Jazmín, es hija del proscrito a quien llaman el Sheik Blanco. Juana se ve envuelta en las intrigas de su padre y es acosada por su enemiga Irma Maxel. Aldo Carol y Jazmín manifiestan amistad por Juana Varden. Después de entregar el anillo del Emir a un emisario del Sheik Blanco, Juanita se impone de una celada contra su padre y corre al campamento para advertirle el peligro. Viste un traje árabe y cubre su rostro con un velo. Aldo Carol la captura y la lleva prisionera al palacio del Emir. Juanita logra escaparse, pero Aldo encuentra el velo que cubría el rostro de la espía y lo entrega a Irma Maxel. Temiendo verse descubierta Juanita roba ese velo y huye al palacio.

gante Irma—. Aldo y yo estamos seguros de que Juana Varden oculta algo.
—Qué tontería —protestó Jazmín—. Vuelva a los jardines, Irma, y busque a Juana en el sitio de la *kermesse*.
—Bien, pero antes quiero cerciorarme de si está en su dormitorio —expresó Irma.
La hija del Sheik Blanco, al oír estas palabras, casi desfalleció, y fué tal su turbación, que dejó caer la escobilla con la cual peinaba su cabellera.
—¿Qué ruido es ése? —preguntó Irma.
—Nada he oído —dijo Jazmín, interponiéndose ante la puerta del dormitorio de Juana—. Espéreme aquí, Irma... Yo sola entraré al departamento de mi amiga.
Al ver que Jazmín abría la puerta, Juana quedó inmóvil en medio del aposento. Jazmín tenía que verla, porque filtraba abundante luz por la ventana abierta.
—No está aquí —dijo Jazmín a Irma, cerrando la puerta—. Ya se lo había dicho yo.
La hija del consejero Adolfo Maxel se retiró furiosa.
Jazmín esperó que bajara la escalera; en seguida volvió al dormitorio de Juana y encendió la luz eléctrica.
—¿Estaba aquí mi amiga? —exclamó con suavidad la bondadosa Jazmín.
—Princesa —balbuceó Juana—, tú me viste.
—Yo no veo cuando mis ojos están cerrados —repuso sonriendo Jazmín—, y por eso no mentí al decir a Irma, la intrusa de largas narices, que tú estabas aquí.
—Jazmín, tú debes sospechar... —comenzó a decir Juana.
—Yo no sospecho —dijo Jazmín—, ni hago preguntas. Tú eres mi amiga y me siento feliz cuando tú estás contenta. Estás cansada y pálida, mi pobre amiga. ¿Quieres que comamos las dos en nuestro departamento? Sí... Conversaremos de fiestas, paseos y excursiones. Voy a dar órdenes a los criados...
Dando un beso a su amiga, Jazmín salió corriendo del dormitorio. Juana estaba visiblemente emocionada por la bondad de la princesa.
"¿Cuánto tiempo más permaneceré en este palacio? —pensaba la atribulada Juanita—. ¿Hasta cuándo podré seguir siendo la espía de mi padre? Puede ordenarme algo peligroso y tendré que obedecerle. Y mi pobre Jazmín sufrirá."

Juanita oyó ruido de pasos y voces en sordina al pie de su ventana.
Dos siluetas se acercaban a la fuente del patio. Eran Irma Maxel y un forastero.
Este individuo vestía la indumentaria de los nómades del desierto y envolvía su cabeza en un negro capuchón. Juanita alcanzó a ver que ese hombre tenía una cicatriz en la mejilla.
—Entregue esto a su padre —dijo el forastero a Irma—. Es urgente actuar en el acto. Mientras el Sheik Blanco esté en libertad, nuestros planes peligran. El emir puede recibir aviso del complot antes de que tengamos tiempo para obrar.
Las voces se apagaron y Juanita se retiró de la ventana.
Su primer impulso fué correr al aposento del emir Harún el Solimán, para delatar la traición que había descubierto, pero se detuvo convencida de que no creerían sus palabras si carecía de pruebas. Además, Adolfo Maxel, era consejero del emir, y, si ella lo delataba, la creerían loca o visionaria.
—Los Maxel son malvados y traidores —murmuró Juanita—. No se dejarán vencer tan fácilmente. Comunicaré a mi padre la traición que proyectan.
A la mañana siguiente Jazmín invitó a su dama de compañía a tomar el desayuno en la terraza del departamento.
—¿Otra vez con ese aire solemne, amiga? —preguntó la risueña princesa—. Esta gloriosa mañana invita a la alegría y al placer. Mira... Llega una caravana de camellos. Bajemos.
Una docena de camellos pacían en los jardines mientras los criados del emir ensillaban algunos, y a otros cargaban con bultos y maletas.
—No es una caravana de mercaderes —explicó Jazmín a Juanita—. Estos camellos pertenecen a mi padre. Los reconozco por los cascabeles que van atados a sus cuellos.
Jazmín y su dama de compañía ya estaban en el patio de los camellos.
—¿Te gustaría montar en un camello? —interrogó la princesa a Juanita—. Voy a decirles a los camelleros que nos reserven dos.
A poco volvió Jazmín con el semblante encendido en ira.
—Qué gente más estúpida —protestó Jazmín—. Dicen que van en misión secreta y no me entregan los camellos que pido. ¿Que no soy yo la hija del emir? Pero no les haré caso. Ven, Juanita.
—No podemos montar sin permiso —insinuó Juana Varden.



—Mis ojos están cerrados cuando no quiero ver —dijo Jazmín a Juanita.

Pero ya la indómita princesa se había apoderado de un camello. Dándole un suave golpe en las patas delanteras, le obligó a doblar las rodillas y saltó a la montura.

—Sube fú a otro camello —ordenó Jazmín a Juana.

—Deténganse —ordenó la voz varonil de Aldo Carol—. Jazmín, venga...

—Juanita y yo vamos a dar un paseo en camello —respondió la rebelde niña.

—No lo dará —dijo Carol, deteniendo las bridas del camello.

—No bajo, ni me sujeta nadie —exclamó Jazmín—. Mi padre ha salido fuera del palacio, y a él le pediré permiso.

—¡Jazmín, ven acá! —gritó Juanita—. Aldo..., alcáncela... Se caerá... Mire cómo sale galopando.

—No se caerá esa pícara muchacha —expresó Aldo Carol—. Suba usted en otro camello, Juanita, y los dos iremos a buscarla. Venga... Arriba... Yo le daré la primera lección.

Juana Varden montó con timidez al enjaezado camello y siguió tras de Carol.

—Me caigo —decía Juana, asustada con el vaivén del camello.

Aldo se colocó a su lado y la instó a seguir. El tintineo de los

cascabeles, el cielo azul sin nubes, las palmeras de los límites del desierto formaban un cuadro de ensoñación que hizo olvidar a Juanita sus terribles preocupaciones.
—Usted no puede imaginarse adónde me dirijo hoy —dijo Aldo a la joven—. Guárdeme el secreto. Hemos sabido que el Sheik Blanco piensa dar un golpe... Adolfo Maxel cree que el bandido de Istar proyecta apoderarse del emir y hacerle su prisionero. Voy en busca de noticias. Deséeme buena suerte.
Juanita palideció, pero Aldo Carol no advirtió su angustia, porque en ese momento divisó a Jazmín corriendo en dirección al coche del emir que avanzaba por la carretera.
El carruaje del emir, tirado por dos magníficos corceles de brioso trote, venía hacia el palacio.
Juanita miraba al emir y a la vez a la princesa Jazmín, que agitaba su pañuelo, indicando a Juana y a Carol que fueran a reunirse con ella.
De improviso algo se movió entre las palmeras y una piedra golpeó la pata delantera del camello que montaba Juanita.
El camello se espantó, lanzándose a la carrera, Juana Varden no pudo sujetarse en la silla y cayó casi al paso del carruaje del emir Harún el Solimán.
El auriga sujetó frenéticamente las riendas de la pareja de caballos, y de esta manera, evitó la muerte de la hija del Sheik Blanco.
—¡Aldo! —gritó Jazmín, corriendo en auxilio de su amiga.
Carol ya estaba junto a Juana Varden y la arrastraba fuera del camino.
—Juanita, ¿estás herida? —preguntó la princesa, llorando con desesperación.
—Aturdida nada más —respondió Juana.
Entretanto el emir y Adolfo Maxel se acercaban también al grupo y discutían con enfado.
—¿Qué significa esta nueva desobediencia, señorita Varden? —inquirió el enfurecido emir—. Usted, en vez de cuidar a mi hija, la induce a graves peligros.
—Fué culpa mía, señor —intervino Aldo Carol—. Yo ofrecí a Juana enseñarle a montar en camello. Algo asustó al animal.
—Ella quiso darse ínfulas de valiente —interrumpió Adolfo Maxel.
—No calumnie a Juanita —protestó Jazmín—. Ella no quería que yo subiera al camello y lo hice contra su voluntad.



La princesa golpeó suavemente las patas del camello y éste se arrodilló.

—De todas maneras la conducta de la señorita Varden es reprochable —declaró el emir—. Jazmín, sube a mi carruaje, y usted, Carol, prepare la caravana y aguarde mis instrucciones.

Aldo cogió las bridas de los tres camellos y siguió tras el carruaje del emir.

Juana Varden, aún aturdida por el golpe, permaneció sentada en un tronco de palmera rememorando los sucesos.

"Me pareció oír un ruido entre los matorrales —pensaba la joven—, y en seguida un objeto cayó en las patas del camello. Alguien urdió esta maldad."

Al llegar a las puertas del palacio, Juanita divisó la silueta de Irma Maxel escurriéndose como una culpable.

Presa de justa indignación, Juana se precipitó al encuentro de su enemiga y, cogiéndola del brazo, le dijo:

—Usted arrojó la piedra al camello.

—No tengo idea de lo que dice —respondió la hipócrita Irma—. Porque el emir se ha fastidiado con usted, viene a desquitar su furia conmigo. Déjeme pasar.

Juana quiso sujetarla y hasta tuvo un instante la idea de darle una merecida bofetada.

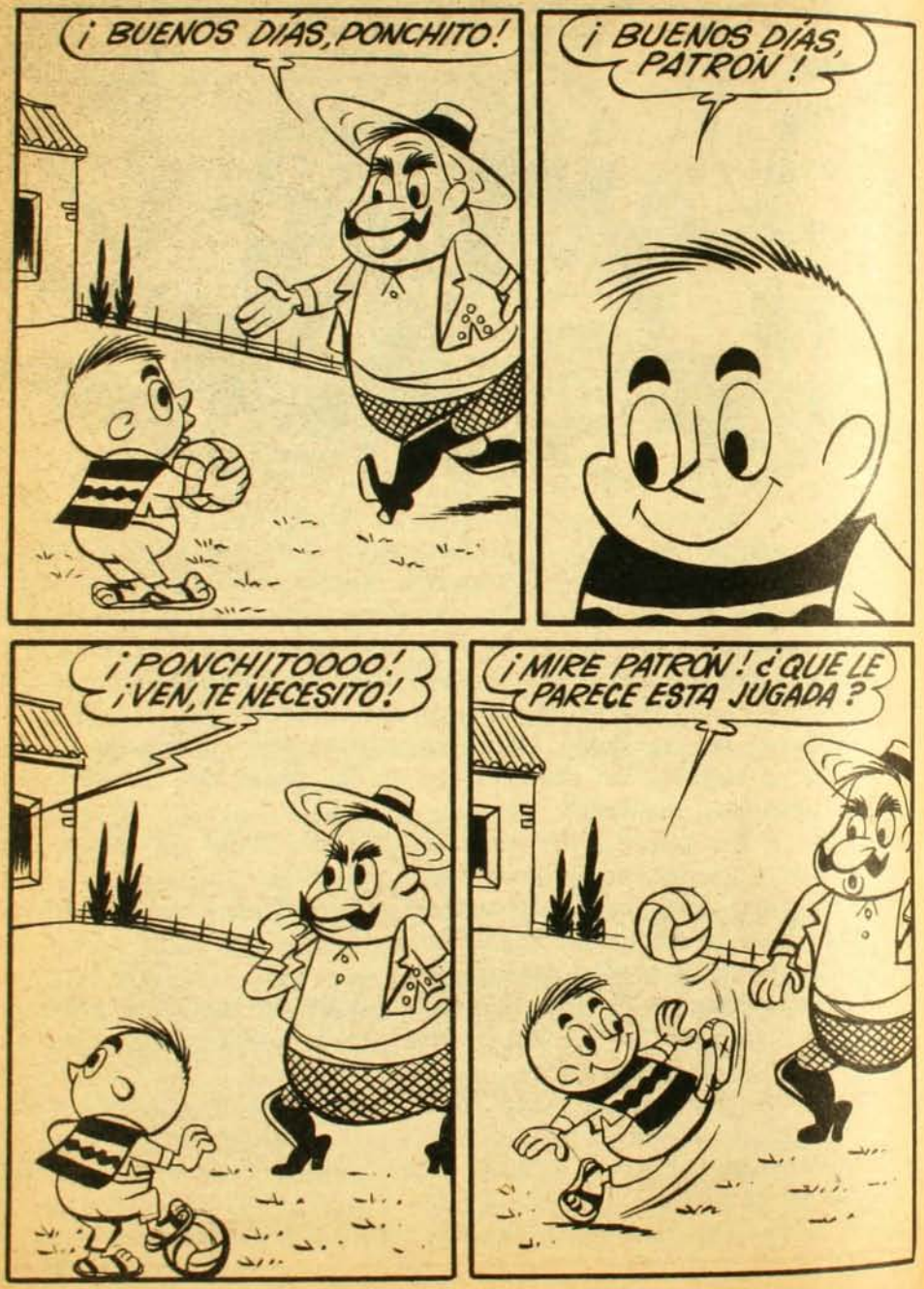
En la corta lucha, Irma Maxel había dejado caer un papel del bolsillo de su abrigo.

Juana lo recogió instintivamente y subió a sus habitaciones.

(CONTINUARA)

Ponchito

POR NATO







EL REINO DESTRUIDO

CAPITULO XIV.—El sabio.

La caravana de Fulvio Luceri se había salvado de la muerte gracias a unos jinetes tuareg. que acudieron en su auxilio.

Marcela descansaba en la litera, mecida por el paso del camello. Su mirada se detuvo en la frágil silueta de Nefari, que caminaba sin separarse de ella. No se veía fatigada, ni ansiosa.

—Nefari..., ¿qué hablaste con los árabes? Juraría que les diste orden de no atacarnos.

La egipcia alzó hacia Marcela sus ojos misteriosos. Por un instante guardó silencio. Después contestó:

—No fué una orden... Sólo..., les reconocí.

—¿Les reconociste? ¿Quiénes eran?

—Mis hermanos.

Y, sin añadir otra palabra, se alejó. Marcela hubiera deseado llamarla, pero se contuvo.



—Nefari, ¿qué le dijiste a los tuareg?

La caravana se internó por los bosques y roquedales. Horas más tarde, el joven esclavo Elvio anunció:

—Estamos extraviados. Reconozco este lugar. Hemos pasado por aquí antes, lo cual demuestra que estamos caminando en círculos.

Fulvio comprobó que su siervo tenía razón. Desorientados, intentaron hallar el camino, y en ese momento, cómo

surgidos por una magia extraña, los tuareg aparecieron en un recodo.

—Les guiaremos a la gruta del Sabio —dijeron.

Fulvio vaciló, y en un gesto instintivo, su mirada se dirigió hacia Nefari. Ella asintió en silencio. La incertidumbre del joven patricio desapareció entonces y dió orden a sus hombres de seguir a la partida de jinetes targui.



—Eran mis hermanos —respondió la misteriosa Nefari.

Avanzaron por senderos escarpados y colinas silenciosas, por donde no parecía haber transitado antes el hombre. Parecía aquél un mundo primitivo, aislado. Llegaron, no a una gruta, como anunciaran los tuareg, sino a una ciudad fortificada. Atravesaron la puerta de hierro y un hombre anciano salió a recibirles.

—Soy Ben Kaid —se presentó con voz serena y pausada—. Bien venidos.

Fulvio advirtió que los ojos del anciano estaban privados de luz. Nefari se inclinó como ante un soberano:



En aquella ciudad gobernaba un anciano ciego.



—Este es un refugio —anunció Ben Kaid.

—¿Le conoces? —susurró Marcela.

Nefari no respondió.

—¿Quién eres? —interrogó Fulvio Luceri a Ben Kaid—. ¿Cómo has llegado hasta aquí, a través del desierto, siendo ciego?

—EL dijo: "Yo soy la luz del mundo", y yo creo en sus palabras. No necesito que mis ojos vean para guiarme —respondió Ben Kaid.



—Regresaré a Roma.

—¿Qué ciudad es ésta?

—Un refugio para los que huyen del dolor y de la maldad —repuso el anciano—. Tú huyes de Nerón.

Fulvio le miró con asombro. ¿Cómo conocía aquel hombre su secreto?

—He huído sólo para salvar a mis fieles siervos y a Marcela —contestó con orgullo—. Regresaré a Roma.

Marcela, sin saber por qué, comprendió que aquel anciano sereno, podía disuadir a Fulvio, y suplicó:



Ben Kaid pareció advertir la mirada de Nefari.

—Dile que no regrese, buen anciano. Allá encontrará la muerte, porque el César no perdona.

—Sólo EL tiene poder para imponer SU voluntad a los hombres —dijo Ben Kaid.

—¿De quién hablas? —interrogó Fulvio, impaciente.

Ben Kaid extendió su mano hacia Nefari.

—Ella lo sabe. Ella...

Se interrumpió, cómo si percibiera la mirada de la egipcia. Marcela, que la examinaba con atención, vió su expresión reticente.

—Nefari...

En la voz de Ben Kaid vibraba un acento de interrogación.

—Está bien, hombre santo —accedió ella—. No ocultaré por más tiempo que soy cristiana. Estuve en presencia del César justamente cuando se decidía la suerte de mi amo Fulvio Luceri, y decidí reunirme con él para compartir su destierro.

Fulvio se estremeció. Era verdad. Nefari llegó a Numidia días antes de que apareciera Silio para advertirle que, el emperador había ordenado su persecución. Nefari había estado en el palacio imperial, junto al sacerdote de That y fué ella quien trazó la cruz junto al escarabajo del Nilo, causando el desconcierto de Nerón.

—Eres cristiana, como mi madre —murmuró el patricio romano.

"Y como yo", hubiera deseado añadir Marcela.

(CONTINUARA)

Grandioso Sorteo de Fiestas Patrias

"SIMBAD" ofrece a sus numerosos lectores

$ 200.000

en valiosos premios, que se repartirán únicamente entre los lectores de "SIMBAD" el 10 de septiembre.

PREMIO MAYOR: Una hermosa bicicleta para niño.
Segundo premio: Un radio Philips.
Otros premios: Hay muñecas, delantales para niñitas, pelotas de goma, cuadernos, útiles de escritorio, chombas, sweaters, poleras, soquetes, acuarelas, patines, zapatillas para niño, etc.



Para obtener cualquiera de los obsequios enumerados sólo tendrán que juntar los cupones que aparecen al pie de esta página, semanalmente. Por cada serie de 5 cupones, numerados del 1 al 5, obtendrán un boleto para optar a los premios que repartirá "SIMBAD" el 10 de septiempre próximo. Ahora, lectores, a juntar muchos boletos para este gran sorteo.

Cupón N.º 2 — Serie N.º 2
Sorteo de Fiestas Patrias
Cupón N.º 2 — Serie N.º 2
16 de marzo de 1955

Atención: AVISAREMOS en "SIMBAD" la fecha del Canje de Cupones del Sorteo de Fiestas Patrias. Los lectores que ya han enviado sus cupones recibirán sus boletos correspondientes cuando empiece el Canje.

¿LO SABES TU?

CONTESTA A ESTA PREGUNTA:



¿Puedes decirnos cómo se llamaba el cerro Santa Lucía durante la Colonia?

Solución a "SIMBAD" N.º 287: CLAUDIO ARRAU.

Entre los lectores que enviaron soluciones exactas, salieron favorecidos los siguientes nombres: CON $ 50: P. Rodríguez, Mulchén; Carlos M. Proust, Traiguén; María I. Bécker, Villarrica; Iván Pacheco, Osorno; María Alarcón, Santiago; Pedro E. Recart, Curacautín; Iván Coste M., Valparaíso; Guillermo Pacheco, Stgo.; Fesna Rendic, La Serena; Sonia Carrasco, Stgo. UNA SUSCRIPCION TRIMESTRAL: Patricio Montenegro, Valparaíso; Patricia Nilo, Rengo; Margot Díaz, Ovalle; Guillermo Mathews, Stgo.; Luis Faz, Lebu; Rafael Sanhueza, Stgo. UN LIBRO: Roberto Báez, Stgo.; María M. Moya, Stgo.; Ismenia Tapia, Requínoa; Guillermo González, Los Andes; Hugo Cuevas, Chillán Viejo; Armandina Unzueta, Curicó; Alicia Bravo, Osorno; Rosa Carrasco, Rancagua; Rolando Retamal, Chillán; Juan Rojas, Villa Alemana; Miguel Figueroa, Concepción.

Los lectores de Santiago deben cobrar sus premios en Avda. Santa María 076, 2.º piso, de 10 a 13 horas. Los de provincias recibirán sus premios por correo.

CUPON DEL CONCURSO Semanal
SIMBAD N.º 289

Empresa Editora Zig-Zag, S A. — Santiago de Chile, 1955.

Juan y Juanita





3. "—Está bien —aceptó el capitán—, pero que no exijan comodidades, ni se quejen. Si se demuestran descontentos, los desembarcaré sin contemplaciones en el primer puerto". El presidente de la compañía marítima pagó el valor del pasaje, y se despidió de los niños, deseándoles buen viaje.

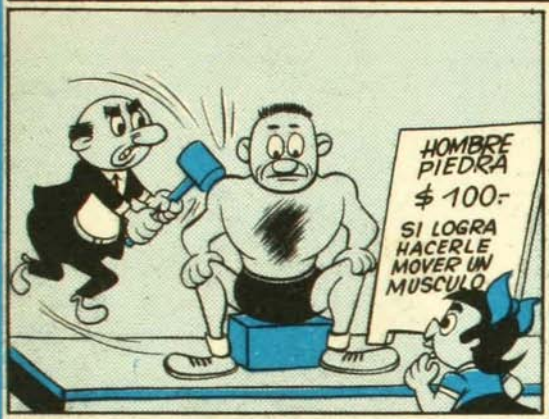




4. Lugo llamó a su segundo: "—Señor Brady, haga colocar dos hamacas para estos pasajeros". Minutos después señaló a Juan y Juanita sus lechos a bordo, y recalcó: "—No quiero lamentaciones. Después les indicaré el trabajo que harán, porque no deseo llevar zánganos en la cubierta."

(CONTINUARA)

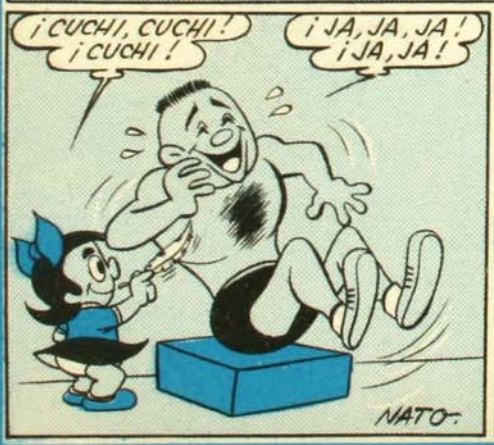
PELUSITA POR NATO













Simbad

N.º 290

LA RATITA BLANCA



$ 10.-

ELENA POIRIER

Juan y Juanita

CAPITULO LXX.—RUMBO DESCONOCIDO





1. Juan y Juanita navegaban a bordo del "Pez Volador", con rumbo a su patria. El capitán Lugo se demostraba severo y brusco. Los niños soportaban con resignación su mal carácter, porque estaban ansiosos de abandonar Africa. "—Ten valor, Juanita —susurró Juan—. No es un viaje muy largo."





2. Brady, el segundo de a bordo, les daba la faena más pesada. "—Limpien la cubierta —ordenó—. Quiero verla brillante, antes de una hora." Juanita y su hermano trabajaban con ahinco. De pronto Juan lanzó una exclamación de dolor. Se había herido la mano contra una tabla saliente.

(Continúa en la penúltima página.)

Simbad

AÑO VI — 23-III-1955 — N.º 290

Directora: Elvira Santa Cruz (Roxane)
Suscripción anual: $ 490.—
Semestral: $ 250.—
Recargo por vía certificada: Anual: $ 21.—. Semestral: $ 11.—.
Extranjero:
Anual: U.S.$ 2,10
Semestral: U.S.$ 1,05
Recargo por vía certificada: Anual: U.S.$ 0,20
Semestral: U.S.$ 0,10

La Princesa Muñeca

CAPITULO XVI.
—El mago Focio ataca a la princesa.

Pedro, el hijo menor de la granjera Juana, ayudaba a Flora a retirar las piedras que cubrían la gruta donde reposaba la princesa-muñeca.
—Tenemos que salvar a mi muñequita —insistía Flora—. Un genio malo destruyó la gruta y la sepultó allí.
—Ni en una semana terminaremos —decía Pedro a su prima.
—Pobre muñequita —murmuraba Flora—; ya te digo que ella habla como la gente y es ahijada de un hada.
Pedro continuaba su trabajo por complacer a la huerfanita, pero en



Pedro y Flora removían el montón de piedras.

realidad estaba convencido de que Flora era una loca de atar. El trabajo resultó muy fácil; las piedras parecían de algodón por lo livianas. Al fin apareció la muñequita y Flora la cogió en brazos, besándola con amor.

—Está loca —murmuró Pedrín.

Pero su sorpresa fué enorme al advertir que la muñeca respondía a las preguntas de Flora.

Momentos después caía a los pies de Flora una rama de cardenal-hiedra igual a la que días antes había servido para sanar la herida de Carol.

—Pedro —dijo Flora a su primo—, el hada me ha concedido de nuevo la hierba que cura heridas y Carol sanará de su pie. Pero como es muy cruel y malo, es preciso que ignore la presencia de mi muñequita en casa. Tú me ayudarás a ocultarla. Además, yo necesito partir y quiero que mi tía me dé permiso.

—¿Adónde quieres ir?

—Ese es mi secreto —declaró Flora—. Partiré con mi muñeca y sólo volveré cuando haya realizado mi misión.

Al llegar a la granja de los campesinos, Flora entregó su adorada muñeca a Pedro, indicándole que la ocultara bajo la ropa de su cama, y ella, entretanto, se dirigió a la cocina y preparó las cataplasmas de cardenal-hiedra con las cuales curó el pie herido de Carol. Como la vez anterior, la llaga quedó sana en pocos momentos.

Después de la comida y cuando Carol estaba ausente, Pedro dió parte a su madre del deseo que abrigaba Flora de partir por un tiempo en un largo viaje.

—Estás muy joven para ir a rodar tierras —dijo Juana—. Te he concedido demasiada libertad, Flora. En adelante no vagabundearás más por los bosques.

Flora se fué sumamente triste a su cuarto y confió sus penas a la princesa Veni.

—Paciencia, Flora —respondió la princesa-muñeca—, aguardemos un tiempo más.

—¿Y si tu madrina nos ayudara? —insinuó Flora.

—Ella siempre vela por mí —expresó Veni—, y yo me resigno porque estoy expiando mis faltas. Si no hubiera sido frívola y caprichosa estaría en mi reino de Giralda al lado de mi novio el príncipe Fedor. Ahora el pobre Fedor yace dormido en un sillón de mi palacio, mis damas de honor están convertidas en mariposas y no hay un ser humano en el palacio real.



La campesina Juana enfermó gravemente.

—Princesita, no te aflijas —murmuró Flora—. Tu hada madrina te perdonará algún día.

Transcurrió una semana y todos, menos Pedro, creían que la muñeca de Flora había desaparecido para siempre.

Una mañana la campesina Juana amaneció enferma de extraña dolencia.

—Me han echado una suerte —dijo Juana—. Alguna brujería será.

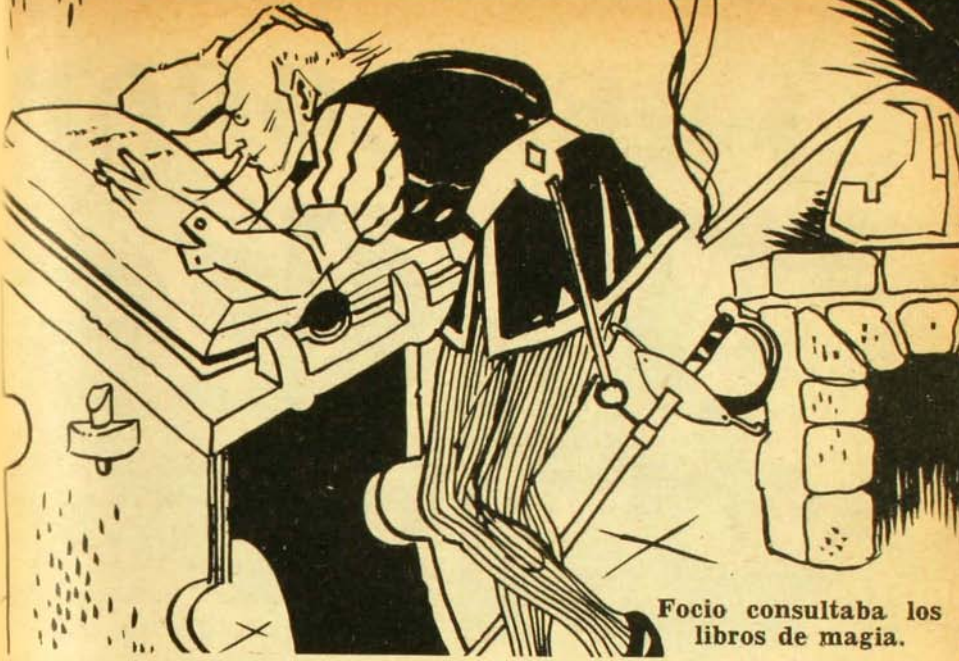
—Madre —insinuó Pedro—, ¿por qué no permites que Flora cumpla su promesa de partir en su misterioso viaje? Ella está protegida por invisibles poderes, y tú sabes que los espíritus no permiten que se opongan a sus deseos.

—Que parta —replicó Juana—. Llama a Flora.
Juana dió a la huerfanita la autorización necesaria y la niña murmuró:
—Gracias, tía, pero yo no te abandonaré hasta que estés sana, pues ¿quién cocinaría para ustedes?
La enferma se incorporó en el lecho y un bienestar desconocido se apoderó de ella.
—Estoy sana —exclamó la mujer, con radiante alegría—. Abrázame, Florita.
Era la primera vez que la campesina abrazaba a su sobrina.
Flora corrió a su dormitorio a dar parte de la feliz noticia a la princesa Veni. Pero inmenso fué su dolor al advertir que la princesa Veni no le respondía y permanecía inmóvil, con los ojos cerrados y como muerta.
—Veni, ¿estás durmiendo? —balbuceó desesperada Flora.
Ni sus caricias ni sus lágrimas consiguieron revivir a la princesa. Era como todas las muñecas: *insensible y muda.*



El cuervo Rodar habló con el mago Focio.

—El mago Focio se ha vengado de nosotras —exclamó Flora, desesperada.
La niña pasó toda la noche reflexionando sobre lo que debía hacer y por fin se dijo:
—Partiré a casa del mago Silerio y trataré de salvar a mi princesita aunque pierda la vida.
Flora tenía razón al suponer que la inmovilidad de Veni era obra del mago Focio. Enfurecido por el fracaso de su primera intriga cuando sepultó a Veni bajo las piedras, Focio, aconsejado por el cancille Rodar, resolvió privar Bienvenida de toda sensibilidad.



Focio consultaba los libros de magia.

—Sin nadie que la guíe —dijo Rodar—, la chica Flora nunca podrá llegar a la mansión del mago Silerio. Consulta los libros de magia y allí encontrarás una fórmula mágica.

Focio sacó de la estantería un libro antiquísimo y buscó una fórmula para hacer insensible a la princesa-muñeca.

—He triunfado —dijo Focio, después de tres días y tres noches de estudio—. No sólo podré vengarme de la princesa de Giralda, sino también del hada Mirtala. Ven conmigo, Rodar; iremos juntos a casa de Flora, y, mientras yo pronuncio la fórmula mágica, tú, que estás convertido en cuervo, podrás vigilar desde la copa de un árbol.

El mago Focio realizó su pérfida obra sin ningún estorbo.

Entretanto, Flora, a pesar de la insensibilidad de su muñeca, efectuó los preparativos para su viaje a casa del mago Silerio.

Con su muñeca en brazos y un cestillo con provisiones, la huérfana salió de la granja en compañía de Pedro.

—Florita —suplicó el buen Pedrín—, prométeme que volverás. Tú sabes que yo te he querido siempre.

—Sí, Pedro; tú has sido bueno conmigo y me has protegido. No te olvidaré. Adiós.

—¿Volverás?

—Si no me comen los lobos —respondió sonriendo Flora.

(CONTINUARA)

EL GRAN NAVEGANTE

CAPITULO II.– VEINTE REHENES





1. Vasco de Gama desembarcó en Calicut, haciéndose conducir con gran pompa al palacio de El Zamorín. Este le interrogó con desconfianza: "—¿A qué has venido, extranjero?" El navegante portugués respondió: "—Mi rey me encarga saludarte como amigo. Desea establecer relaciones durables y pacíficas con la India".





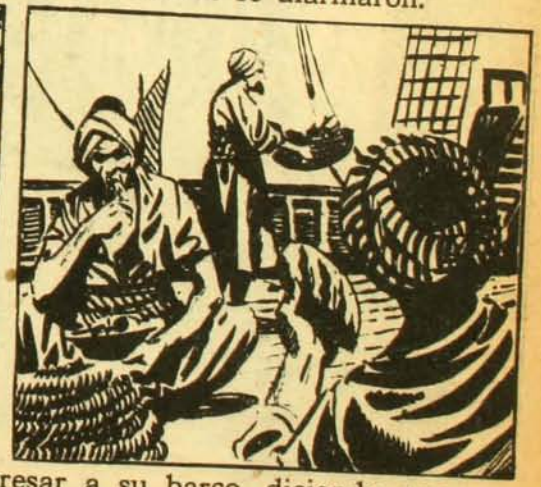
2. El rajá ordenó dar hospedaje en el palacio al enviado de Portugal. No dió respuesta a la oferta de Vasco de Gama y la expresión de desconfianza no desapareció de su rostro. Vasco no tardó en descubrir que estaba prisionero, pero uno de sus hombres logró llegar hasta él. Era un tripulante de la carabela "Berrio".





3. "—El capitán Nicolás Coello espera sus órdenes, señor —anunció en voz baja—. Ha sabido que el rajá lo detiene en palacio." Vasco de Gama repuso: "—Preparen las armas. No era mi intención guerrear, pero si no queda otro camino..." Al saber la decisión del portugués, los mercaderes de Calicut se alarmaron.





4. Permitieron al navegante regresar a su barco, diciendo que aceptaban el intercambio de las mercaderías portuguesas por productos de la India. Ya a bordo del "San Gabriel", Vasco de Gama escribió al rajá de Calicut, insitiendo en que sus intenciones eran pacíficas.

EL GRAN NAVEGANTE



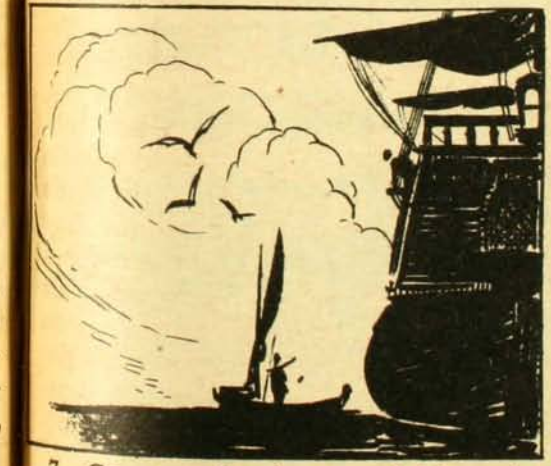
5. Algunos naturales del país habían subido a bordo para cambiar pescado por pan. Vasco de Gama deseaba demostrar que había llegado a la costa de la India sólo para comerciar y dijo a su piloto Diego Díaz: "—Tendremos que establecer en Calicut nuestra primera factoría. Llevad estos presentes al rajá". En seguida eligió paños de seda y oro, espejos y armas con empuñadura de oro y pedrería. Vasco de Gama observó: "—No me río de El Zamorín ni de la cáfila de intrigantes que hay junto a su trono. Los mercaderes de Calicut tratarán por todos los medios de alejarnos, porque temen que les hagamos competencia. Espero que, por lo menos, nos dejarán escapar con vida. Id, Diego, amigo mío, y buena suerte."

* * *





6. El Zamorín recibió con indiferencia los presentes y declaró: "Decid a vuestro capitán que abandone el puerto... con otro piloto. El sahib Diego Díaz quedará en calidad de rehén..." Esta noticia desconcertó a Vasco de Gama y una silenciosa cólera lo dominó.





7. Comprendiendo que debía actuar con audacia, envió al rajá, como tributo, un puñado de espléndidas perlas, insistiendo en que deseaba comerciar. Aquel resplandeciente anzuelo atrajo a bordo del "San Rafael" a una veintena de comerciantes hindúes, a quienes Vasco de Gama retuvo prisioneros.

(CONTINUARA)



CAPITULO IV.—El traidor

Carlos Haines y Anita Carel, solos en un mundo de hielo y bruma, esperaban que el "Aventura" acudiera a rescatarles. Vieron en la niebla el barco, abriéndose camino entre los témpanos.

—Ya debiera estar aquí —suspiró Anita.

En realidad, transcurrían los minutos y la nave no aparecía.

De nuevo Carlos evocó al maligno Hugo Marty. ¿Evitaba él que el barco les recogiera?

—Están detrás de ese muro de niebla, ¿verdad? —interrogó la hija del sabio Carel.

Haines no respondió. Un sombrío presentimiento oprimía su corazón.

La temperatura seguía bajando. Llegaría un instante en que no podrían resistirla, a pesar de su vestimenta y de los ejercicios violentos. Además, oíase el oleaje. Las mareas y corrientes trabajaban incesantemente sobre el fondo del hielo. Las grietas podían abrirse en cualquier instante y aquella superficie pareja quedaría convertida en un mar petrificado, de altas crestas y profundos abismos.

—¡Cobardes! —exclamó Carlos—. Nos han abandonado.

No pudo contener la maldición que acudía a sus labios. Anita, pálida, guardó silencio.

Un instante después gimió:

—Tengo frío.

El procuró darle calor mediante golpes regulares en la espalda



—Están detrás de ese muro de niebla, ¿verdad?, interrogó Anita.



Estaban solos en aquella región fría y hostil.

y los brazos y obligándola a caminar y moverse. El mismo intentó combatir el frío con movimientos bruscos.

—Tal vez estoy equivocado —murmuró—. El barco se detuvo quizás a causa de una avería.

Anita no parecía escucharlo. Sus ojos estaban fijos en un punto lejano y de pronto se lanzó a correr sobre la nieve.

—¡Anita! —llamó Carlos, aterrado.

No comprendía aquel súbito impulso, pero después vió dos sombras que se acercaban, luchando contra el viento. Con una exclamación de alegría reconoció a Pablo Carel y a otro tripulante del "Aventura".

—¡Hija mía! —susurraba el sabio, estrechando entre sus brazos a su hija casi yerta de frío—. Mi niñita querida, cuánto has su-



—Tengo frío —gimió la niña.



Haines procuró darle calor.



Con movimientos bruscos intentaba defenderse del frío.

frido. Pero ya terminó este sueño horrible. El "Aventura" no pudo avanzar más porque el canal está cerrado. Lo alcanzaremos.

Algo en su acento estremeció a Haines.

Carel advirtió la expresión del joven y después, dirigiendo su mirada a Anita, vió que también ella vacilaba.

—No sé mentir —confesó—. Sus sospechas son ciertas, Haines. No podremos embarcarnos. Marty se apoderó del "Aventura". Aún me resisto a creer en su traición.

Con un gesto abrumado se cubrió el rostro con las manos. Después habló lentamente:

—La tripulación celebró con grandes gritos la abertura del canal. Cuando se apagó el eco de la explosión, Marty dió orden de avanzar a toda máquina. Ni la menor sospecha cruzó por mi mente, así es que le permití que dirigiera la maniobra. Iván Bosco, el radiooperador, anunció con su alegre vozarrón: "Exito completo. Ahora volveremos en busca de Haines". Marty contestó sin mirarlo: "¿Entre esta niebla endiablada y cuando se anuncia una tempestad? Sería una estupidez arriesgarnos. El canal se cerrará pronto". Bosco guardó silencio un instante y luego sugirió: "Si procedemos con rapidez, no habrá peligro de quedar bloqueados". Marty rugió: "Ya has oído mis órdenes, Bosco. El "Aventura" no retrocede ni un milímetro. ¿Entendido?" Ni una sola voz de protesta se alzó entre los tripulantes... Entonces yo dije: "—Desembarcaré inmediatamente. Avisen a mi hija". Sólo entonces descubrimos la ausencia de Anita...



—¡Anita! —llamó el joven, aterrado.



—Hija mía —balbuceó el explorador.



—Aún me resisto a creer en la traición de Marty —dijo Carel, abrumado.

Se interrumpió, abatido:

—La buscamos por todo el barco, sin encontrarla —continuó después—. Comprendiendo que había desembarcado junto con Haines insistí en abandonar el "Aventura". Marty se negó al principio. La ira deformaba su rostro. "¡Maldito sea Haines! —le oí rugir—. Ella le siguió... Bien, no será por mi culpa si muere de frío en esta condenada región...". Repetí que deseaba desembarcar y cuando Marty rehusó, un clamor amenazante estalló entre los hombres de la tripulación. No aprobaban esa última crueldad de Marty: impedir a un padre rescatar a su propia hija.

(CONTINUARA)



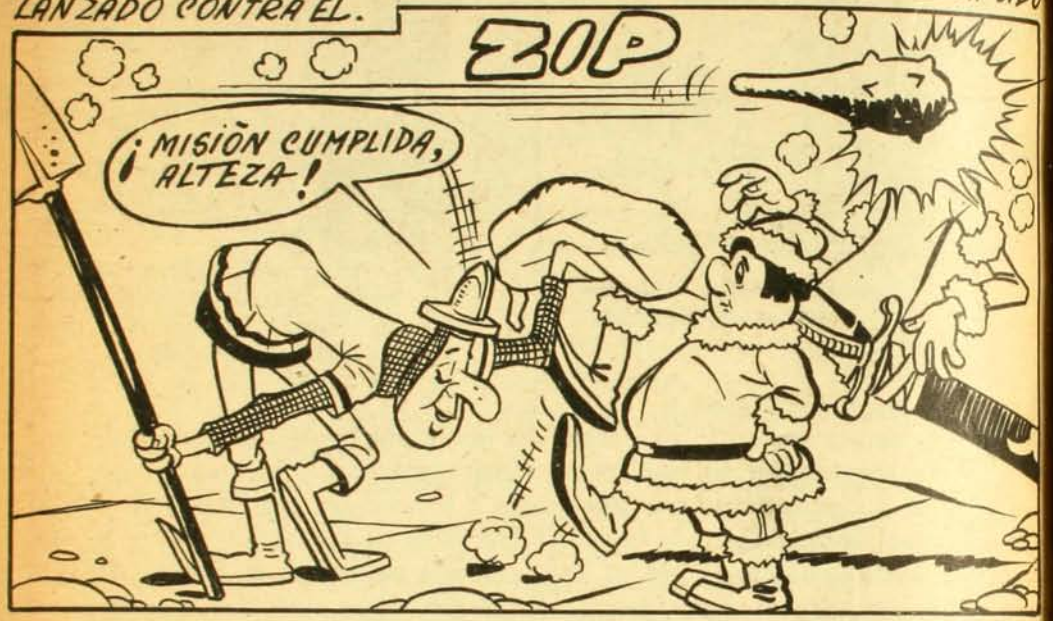
Marty dió orden de avanzar a toda máquina.



—El "Aventura" no retrocederá ni un milímetro, ¿entendido?

El fantasmita

EL SOLDADO TATO HA RECOGIDO UNA SÁBANA, SIN SABER QUE ES UN FANTASMA DESMAYADO. TAMPOCO SABE QUE UN GARROTE HA SIDO LANZADO CONTRA ÉL.

















La ratita blanca

CAPITULO VII Y FINAL.—AS DOCE HORAS MAGICAS





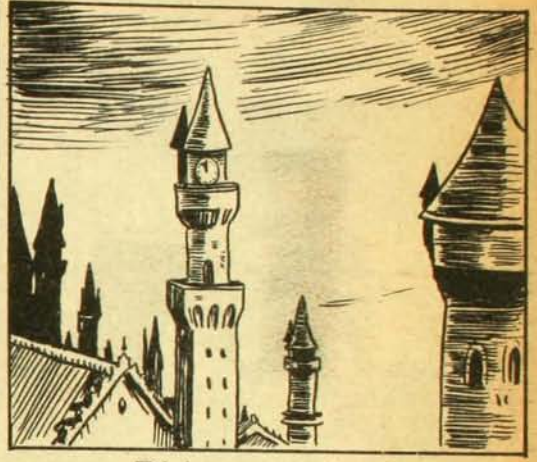
1. Al morir el cruel rey Luis XI, el Delfín de Francia ascendió al trono. De inmediato dió libertad a los prisioneros del castillo de Plesis, pero el joven duque de Armañac no pudo salir, porque los barrotes de su celda eran indestructibles. "—Un antiguo mago los construyó", dijo el guardia.





2. "—Enviad heraldos a todo el reino para anunciar que deseo ver a ese mago", indicó el rey. Nemours gimió: "—Si ha muerto, estoy condenado a sucumbir en esta lóbrega celda. Es terrible haber vislumbrado una esperanza, para caer de nuevo en la desesperación. Blanquita, ¿no te compadeces de mí?"





3. "—Te veo más tranquila que nunca. Diría que estás alegre, mientras yo desfallezco de angustia", murmuró el doncel, y las lágrimas nublaron sus ojos. Pero Blanquita no tenía motivos para sentirse triste. En algunos minutos más el reloj del castillo daría la medianoche y entonces...





4. A las doce justas, se cumplía un siglo desde que el hada Angelina fué convertida en una ratita blanca, en castigo por haber perdido su varita de virtud. Una tras otra vibraron las doce campanadas. La ratita blanca irradió una luz intensa y los barrotes se fundieron como nieve a los rayos del sol.

La ratita blanca



5. Las cadenas cayeron también, destruídas. El duque y el rey se abrazaron con alegría. "—¡Eres libre, Nemours!", balbucía Carlos VIII. El joven duque preguntó de pronto: "—¿Y Blanquita? ¿Dónde está? La hemos olvidado y desapareció". Una dulce voz respondió: "—Aquí estoy. Aún no me separo de vosotros".



6. Ante los ojos asombrados de ambos donceles sonreía un hada de maravillosa hermosura. Su presencia iluminaba los lúgubres sótanos. "—No es posible", murmuró Su Majestad. El duquesito dijo: "—Este es un sueño". El hada Angelina explicó: "—Estaba transformada en una ratita blanca, pero ahora..."



7. Refirió al rey y al duque la aventura ocurrida cien años antes. "—Se cumplió el plazo de mi castigo y he recobrado mi verdadera apariencia y mi poder." Carlos inquirió, alarmado: "—¿Y nos abandonarás?" Ella inclinó su resplandeciente cabeza. En un mismo impulso, los jóvenes se arrodillaron.

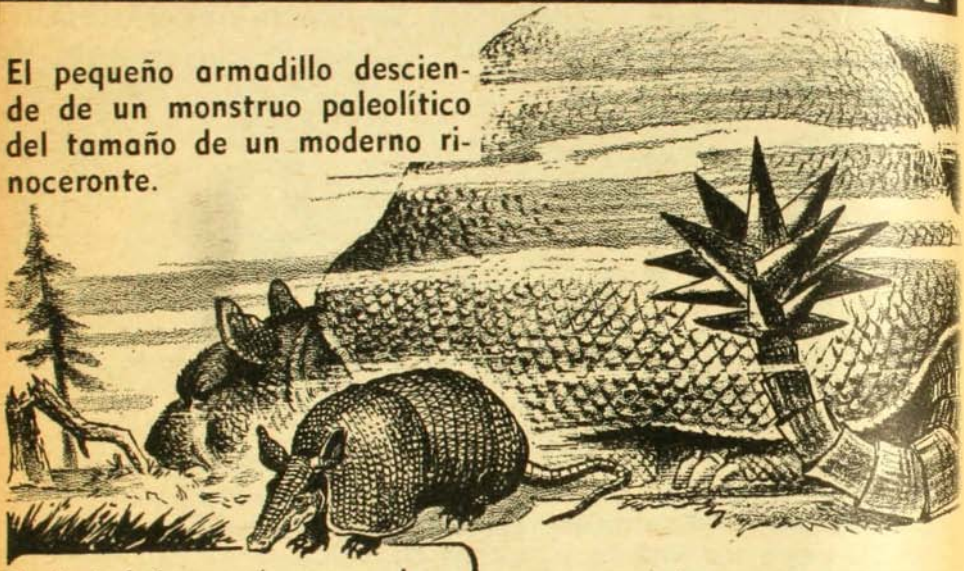


8. "—Quédate con nosotros", suplicaban, pero ella repuso: "—Tengo una misión que cumplir. Soy el hada de las lágrimas y vosotros ya no me necesitáis, porque sois felices. Oigo llorar a alguien. Debo ir a consolarle". Y antes que el rey de Francia y el duquesito pudieran detenerla, desapareció.

WALT DISNEY AVENTURAS DEL MUNDO ANIMAL

ANTEPASADO GIGANTE

El pequeño armadillo desciende de un monstruo paleolítico del tamaño de un moderno rinoceronte.



Casi indefenso (carece de dientes), se enrosca sobre sí mismo convirtiéndose en una bola de dura caparazón y espera que su enemigo se aleje.



El armadillo cruza los arroyos angostos caminando por el fondo...



...y atraviesa los anchos inflándose con aire y flotando sobre el agua.





LA HIJA DEL SHEIK BLANCO

CAPITULO XI.—El Trovador del Desierto.

Juana subió a su dormitorio y lavó las magulladuras dejadas en su cuerpo por su caída del camello. De pronto recordó el papel que había caído del bolsillo de su enemiga Irma Maxel y lo desdobló.

Estaba indudablemente escrito por un indígena. Decía así:

A mi amigo Adolfo Maxel, saludos. Ha llegado la hora de apretar. El emir nada sospecha y es preciso silenciar al Sheik Blanco. El emir posee la LLAVE DE ORO. Este emblema del poder está oculto en el palacio. Necesitamos descubrirla a toda costa. Dejo esta misión en sus manos.

La firma no se entendía.

Por fin tenía Juana Varden una prueba clara y definitiva de la traición de los Maxel.

"La entregaré a mi padre apenas pueda tener una entrevista con él", se dijo Juana, guardando la misiva que demostraba la culpabilidad de Adolfo Maxel.

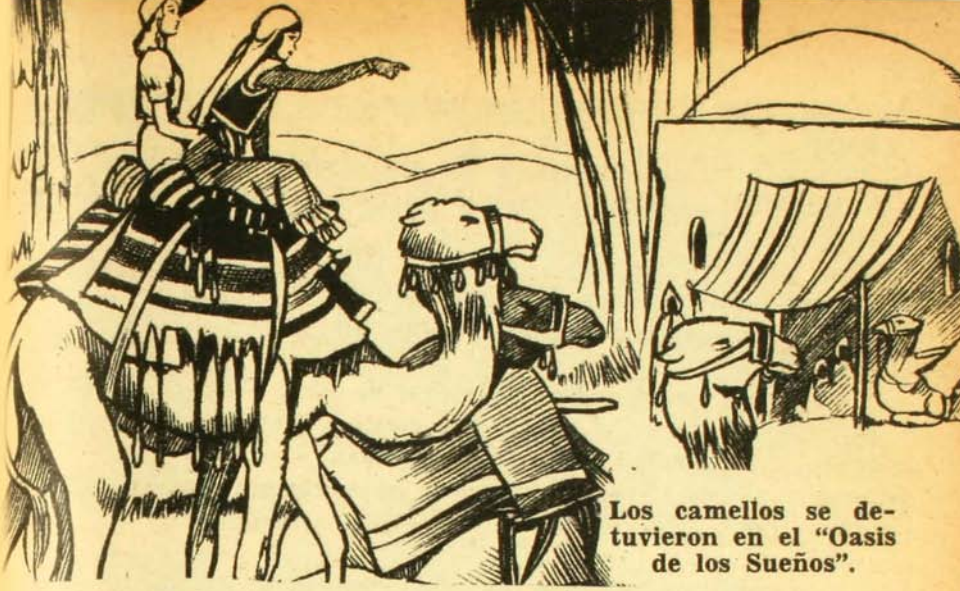
Pocos momentos después llegaba la princesa Jazmín.

—He tratado de convencer a mi padre de que tú no eres desobediente ni rebelde —declaró la princesita—, pero su consejero Maxel me venció.

—¿Quieres decir...?

RESUMEN: Juana Varden llega al estado africano de Marakand, para servir de dama de compañía de la princesa Jazmín, hija del Emir Harún el Solimán y allí descubre que el bandido del desierto a quien llaman el Sheik Blanco es su padre. Juanita trata de ayudar al proscrito y se ve envuelta en terribles tragedias. Son sus enemigos Adolfo e Irma Maxel, y sus amigos, Aldo Carol y Jazmín. Juan sospecha que los Maxel traicionan al Emir.

—Que mi padre se ha marchado a visitar su reino y nos ha dejado bajo la vigilancia de Maxel. Permanecerá lejos ocho o quince días. No te aflijas, Juanita. Los Maxel nada pueden contra mí, que soy la hija del emir Harún el Solimán.
—Jazmín —preguntó poco después Juanita—, ¿es verdad que en estos dominios hay emblemas del poder, a los cuales obedecen las tribus como a objetos sagrados?
—Sí, amiga —confesó Jazmín—. El emblema de mi padre es una llave de oro con preciosos rubíes. Sólo él y yo sabemos dónde se guarda. ¿Quieres que vayamos a verla esta noche?
—¿No sería indiscreto? —preguntó Juanita.
—No, amiga —dijo la impetuosa princesa—. Vamos al momento. Está en la torre.
La princesa cogió de la mano a su amiga y ambas subieron por una escalera de caracol hasta la torre del palacio.
En la puerta de una habitación circular, Jazmín se detuvo y metió una llave en la cerradura. Entraron en una pequeña estancia, amoblada con refinado lujo.
—¿Ves ese armario? —dijo Jazmín—. Tras él está la caja de fondos con la LLAVE DE ORO y otras reliquias de mis abuelos. Guarda el secreto, amiga, y que todos ignoren este asunto. Lo sabe mi fiel amiga y nadie más.
Después de haber cerrado la puerta, ambas bajaron la escalera de la torre.
Cuando descendían los últimos peldaños de la escalera a Juanita le pareció divisar una silueta en la obscuridad.
"Será algún criado", pensó la hija del Sheik Blanco.
Sin embargo, en su espíritu anidó una ligera inquietud.
Al día siguiente Aldo Carol anunció a sus amigas que partiría al "Oasis de los Sueños" para capturar al Sheik Blanco.
—Si ustedes desean ir les doy permiso —dijo Adolfo Maxel a Jazmín y Juanita.
—Yo también iré —agregó Irma Maxel.
Como Jazmín adoraba los paseos y excursiones, en el acto acogió el proyecto de ir al "Oasis de los Sueños".
A las nueve de la mañana partía la caravana de camellos con un grupo de soldados indígenas y los criados del palacio de Marakand.
De pronto la vivaracha Jazmín exclamó:
—Mi camello Mustafá tiene ganas de apostar una carrera. Síganme, Aldo y Juanita.



Los camellos se detuvieron en el "Oasis de los Sueños".

Jazmín fustigó al camello, que partió corriendo por la blanca arena del desierto. Juana y Aldo la siguieron.

—Han pisado el palito —dijo Adolfo Maxel a su hija Irma—. Juana nos ayudará a tenderle una celada al Sheik Blanco.

—Esa muchacha es un peligro para usted, papá —declaró Irma—. Lo mejor sería que la encerraras en un calabozo mientras dure la ausencia del emir.

—Tus arrebatos y antipatías harán fracasar mis planes —protestó Adolfo Maxel—. Mas se gana con la astucia que con la violencia. Trata de no querellarte con Juana durante esta excursión.

Aldo, Jazmín y Juanita ya habían llegado al "Oasis de los Sueños", y se detenían junto a un grupo de palmeras. Allí erguíase una casa de blancos muros y a pocos metros se divisaba una pequeña laguna.

—Ha llegado una caravana de nómades —explicó Carol, mostrando un grupo de árabes que acampaban cerca de la casa.

—Escuchen —exclamó Jazmín—, un trovador del desierto toca la guitarra.

Era costumbre entre las tribus del desierto llevar en sus caravanas un trovador que alegrara sus veladas en el oasis.

Los viajeros dieron una mirada al trovador cuando desmontaron en la posada.

Era un individuo alto, de túnica bordada vistosamente y un capuchón que daba sombra a su rostro. Los nómades escuchaban en silencio la melodiosa música.

Al pasar, Aldo Carol dejó caer una moneda en la escarcela del trovador.
El músico hizo una reverencia sin abandonar su guitarra.
—Estoy muy fatigada —observó Jazmín, buscando un cómodo asiento en el interior de la posada.
—¿Tan pronto fatigada? —preguntó Aldo—. Bueno, jovencitas, descansen aquí mientras doy una vuelta por el oasis.
—Qué muchacho tan inquieto —insinuó Jazmín—. ¿Tras qué andará ahora?
—Yo también tengo deseos de visitar el oasis —expresó Juanita.
—Mientras tanto yo dormiré una siesta —respondió Jazmín—. Despiértame cuando sea hora de almorzar.
Juanita vagó por el tupido grupo de palmeras sin divisar a Carol. De pronto oyó una voz que murmuraba en sordina:
—Juana...
La joven miró en derredor, pero sólo vió el grupo de nómades sentados en el patio de la posada y entre ellos al trovador pulsando la guitarra.
—Juana, no vuelvas la cabeza... Necesito hablar a solas contigo.
Juanita comprendió quién la llamaba. Era el misterioso trovador quien pronunciaba suavemente estas palabras, siguiendo el ritmo de las cuerdas de la guitarra.
—"Junto a las palmeras, una noria donde crecen cocoteros —proseguía el trovador en rítmicas melopeas—. Cinco minutos más por un camino en desvío. Que nadie te siga."
Con tranquilos pasos la niña caminó por entre las palmeras, se detuvo a contemplar el panorama como curiosa turista y, cuando vió que nadie la seguía, se introdujo en lo más espeso del matorral.
El trovador del desierto la aguardaba afirmado en el tronco de una palmera.
—Padre —expresó Juanita—, he descubierto algo sorprendente. Lea usted este papel.
Juana entregó a su padre la misiva del amigo de Maxel y en seguida le refirió su visita al cuarto de la torre donde se guardaba la famosa LLAVE DE ORO.
—¿Sospechará el traidor Adolfo Maxel donde se guarda esa llave? —interrogó el Sheik Blanco.
—Creo que no —respondió Juana Varden—. Jazmín me ha dicho que sólo ella y el emir conocen ese escondite.

—Juanita —murmuró el Sheik Blanco—, yo sospechaba que Adolfo Maxel era mi peor enemigo, pero no tenía pruebas de ello. El es quien ha envenenado el espíritu del emir Harún el Solimán en mi contra. Ahora comprendo su juego. Nada más puedo decirte, pero te aseguro que si Maxel logra apoderarse de la LLAVE DE ORO, todo está perdido.

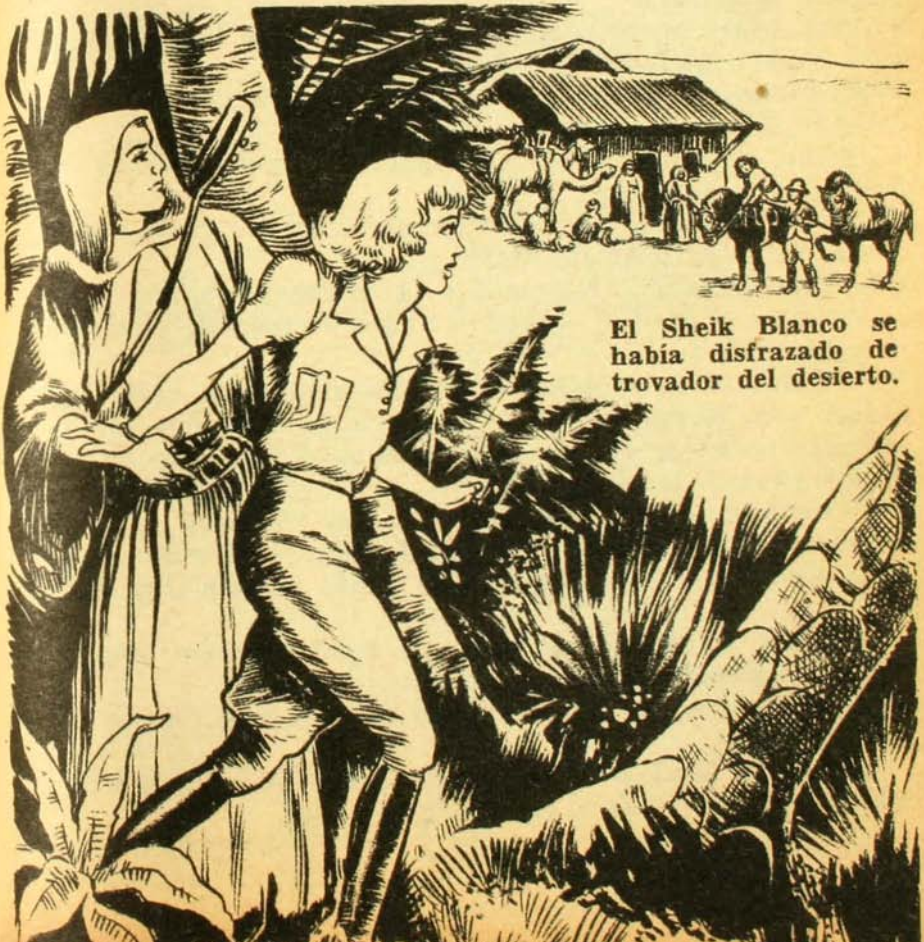
—¿Qué puedo hacer yo? —inquirió Juana.

—Trata de hacerte grata al emir, porque tu presencia en el palacio me es necesaria —dijo el Sheik Blanco—. Escucha... Alguien se acerca.

Juanita entreabrió el follaje y exclamó llena de espanto:

—Los Maxel...

—Nos han tendido una celada —expresó Ricardo Varden—. Vé-



El Sheik Blanco se había disfrazado de trovador del desierto.

te, Juanita... Ellos ignoran que el trovador del desierto es el Sheik Blanco, y si yo puedo llegar hasta donde dejé mi caballo, nadie me alcanzará.
—¿Dónde está su caballo?
—Atado a un árbol tras la posada —indicó el Sheik Blanco—. Sal a recibir a mis perseguidores y dales una pista falsa.
La valiente joven entreabrió las ramas del matorral y se presentó a Carol, que venía al mando de los guerreros.
—Juanita —preguntó Aldo a su amiga—, ¿ha visto usted al trovador del desierto?
—Le vi caminar hacia la laguna —dijo Juanita.
—¡Miente, miente! —rugía Adolfo Maxel, acercándose con su hija—. Irma la vió conversando con el trovador. Juana trata de amparar al bandido.
—¿Qué ocurre aquí? —interrogó de improviso la princesa Jazmín—, ¿por qué tanto grito y enojo?
—Su preciosa amiga es uña y carne con el facineroso Sheik Blanco —respondió el enfurecido Maxel.
—¿Dónde está el bandido? —preguntó Jazmín, con ojos centellantes.
El eco de los cascos de un caballo se escuchaba en la vecindad.
—¡Ahí va! —gritó Adolfo Maxel.
Una alegre carcajada respondió a su estridente alarido.
—¡Píllenme si pueden! —gritó el valiente proscrito, emprendiendo veloz carrera.
Aldo montó en su cabalgadura y otro tanto iba a hacer Adolfo Maxel, pero Jazmín, fingiendo distracción, fustigó con una rama al brioso corcel de Maxel y el animal salió disparado antes que el jinete estuviera en su lomo.
—¡Maldición! —rugió Maxel—. Aquí hay traidores.
—Por cierto que los hay —asintió Jazmín, con ironía.
Aldo Carol regresaba después de inútil carrera tras el Sheik Blanco.
—Vamos a la posada, me muero de hambre —dijo la princesa Jazmín, cogiendo del brazo a Juanita.
—Jazmín —preguntó Juana en voz baja—, ¿qué piensas tú del Sheik Blanco?
—Que es un hombre valiente y que yo te quiero a ti más que nunca —dijo la princesa, besando a su amiga.

(CONTINUARA)

Ponchito

NATO





EL REINO DESTRUIDO

CAPITULO XV.—Simón el Cirineo.

Un anciano ciego, a quien llamaban el Sabio, gobernaba en una ciudad fortificada construída en los montes Atlanta. El patricio romano Fulvio Luceri y su caravana fueron guiados hasta allí por una partida de jinetes tuareg.

Respondiendo a las interrogaciones de Fulvio, el anciano Ben Kaid habló con lentitud:

—Hace mucho tiempo regresaba con mi hijo Simón del campo de labranza. Vimos pasar un condenado a muerte, custodiado por los soldados del fuerte de Minoa. Con los ojos llenos de lágrimas, Simón me suplicó: "Ayúdalo, padre, mira cómo sufre. Ya no tiene fuerzas para llevar la cruz..." En ese instante, uno de los guardias me ordenó: "Extranjero, ayuda al galileo..." Obedecí, temblando. No era el soldado quien me atemorizaba, sino aquel hombre que llevaba una corona de espinas. Ahora comprendo que no tuve miedo de él, sino de su grandeza. Marché con la mirada baja, sobre las huellas santas. Cuando lo crucificaron, tembló la tierra y el mundo se obscureció. El terror dominó a la muchedumbre y oí decir: "Era, en verdad, el Hijo de Dios".

¡El Hijo de Dios! Esas palabras resonaron en el corazón de Ful-



Los ojos del pequeño Simón se llenaron de lágrimas.



—Extranjero, ayuda al galileo —ordenó el



—Ahora comprendo que no tuve miedo de él, sino de su grandeza.

vio Luceri y la imagen de su madre se presentó ante él. La noble Octavia había ofrendado su vida por la religión cristiana. El emperador de Roma ordenó que fuera lanzada a las fieras del circo y ella no vaciló en aceptar el martirio.

Marcela observaba con atención el expresivo semblante del joven y advirtió sus vacilaciones y su ansiedad.

"Noble Octavia —suplicó a la mártir—, haz que tu hijo reconozca la verdadera fe y protégelo. Yo... creo en Dios."

—El está ahora entre nosotros —continuó Ben Kaid—. Ha entrado en esta gruta, con su paso leve que no dobla las hierbas... Yo lo veo. ¡Señor, protege a tus fieles!

Una luz radiante iluminó la gruta y el silencio que se produjo parecía anunciar un milagro. Fulvio y todos los presentes cayeron de rodillas. El patricio murmuró:

—¡Señor, creo en Ti!

Uno de los peregrinos que vivían en el retiro de Ben Kaid se presentó con una fuente. Ben Kaid sumergió en ella la mano y vertiendo un poco de agua sobre la cabeza de Fulvio pro-



Tembló la tierra y el mundo se oscureció.



Fulvio Luceri evocó a la mártir Octavia.

nunció las palabras sacramentales:

—Yo te bautizo en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo...

Todos los siervos esclavos del patricio fueron también bautizados.

—Háblanos más del Nazareno —suplicó después Fulvio Luceri a Simón el Cireneo, llamado Ben Kaid por los árabes.

—Mientras vivió, realizó milagros increíbles. Después de su muerte, la fe que El predicó sigue viviendo y produciendo milagros. Si tú, como yo, le hubieras conocido, si hubieras mirado sus ojos..., no habrías tenido dificultad en creer que él podía hacer cualquier cosa que quisiera. Si él decía: "¡Deja esas muletas!", las dejabas. Si decía: "Devuelve el dinero que has robado", lo devolvías. Y también dijo una vez: "¡Levántate y anda!", a un hombre que estaba muerto.



Una luz intensa iluminó la gruta.

—Su poder es infinito —murmuró Fulvio Luceri—, si hubiera querido reinar, destronando a los emperadores que gobiernan con un corazón cruel y una mente torcida, los que amenazan a sus pueblos con las fieras hambrientas, las cárceles y las galeras.

—Jesús dijo: "Mi reino no es de este mundo", pero no temas. Destrui-



—¡Señor, creo en Ti!



Nefari fué también bautizada.

rá el reinado de la maldad. Confía en Dios, Fulvio Luceri.

El rostro de Marcela resplandecía de felicidad. Sus oraciones habían sido escuchadas. Fulvio se convirtió a la religión cristiana. La doncella romana ya no temblaba por él, ya no se angustiaba ante la temible sombra de Nerón, porque Fulvio estaba ahora protegido por Dios.

(CONTINUARA)

Correspondencia

GISELA A. OBREQUE. Gracias por sus felicitaciones. Para tomar parte en el sorteo de Fiestas Patrias debe usted juntar los cupones que aparecen en la última página y después remitirlos a esta dirección para su canje por el boleto definitivo que le dará opción a participar en este gran sorteo gratis.

VICTOR FUENZALIDA. Nos complace saber que le gustan las novelitas que aparecen en "SIMBAD". Próximamente daremos la serial gráfica "Búffalo Bill". La suscripción con que salió favorecido empezará a recibirla desde el N.º 286.

ISABEL MARGARITA. Agradecemos sus felicitaciones.

IDA URRUTIA. Gracias por sus felicitaciones por las novelitas que publica esta revista.

GABRIEL AQUEVEQUE. Empezará a recibir su suscripción desde el número 288 de "SIMBAD".

ELIANA, FLORENCIA y ROSITA. Muy simpáticas sus cartitas de felicitación para nuestros dibujantes. Se cumplirán sus deseos y en breve verán aparecer la gran serial gráfica "Búffalo Bill". Junten los cupones y canjéenlos por números para nuestro gran sorteo gratis del 10 de septiembre, con valiosos premios para los lectorcitos de "SIMBAD".

ROXANE.

Grandioso Sorteo de Fiestas Patrias

"SIMBAD" ofrece a sus numerosos lectores

$ 200.000

en valiosos premios, que se repartirán únicamente entre los lectores de "SIMBAD" el 10 de septiembre.

PREMIO MAYOR: Una hermosa bicicleta para niño.
Segundo premio: Un radio Phillips.
Otros premios: Hay muñecas, delantales para niñitas, pelotas de goma, cuadernos, útiles de escritorio, chombas, sweaters, poleras, soquetes, acuarelas, patines, zapatillas para niño, etc.



Para obtener cualesquiera de los obsequios enumerados sólo tendrán que juntar los cupones que aparecen al pie de ésta página, semanalmente. Por cada serie de 5 cupones, numerados del 1 al 5, obtendrán un boleto para optar a los premios que repartirá "SIMBAD" el 10 de septiembre próximo. Ahora, lectores, a juntar muchos boletos para este gran sorteo.

Cupón N.º 3 — Serie N.º 2
SORTEO DE FIESTAS PATRIAS.
Cupón N.º 3 — Serie N.º 2
23 de marzo de 1955.

¿LO SABES TU?

CONTESTA A ESTA PREGUNTA:



¿Podrías decirnos cuál es el lema de nuestro Escudo Nacional?
Solución a "SIMBAD" N.º 288: ZOOCTENIA es el arte de la cría, mejora y multiplicación de los animales domésticos.
Entre los lectores que enviaron soluciones exactas, salieron sorteados los siguientes nombres: CON CINCUENTA PESOS: Eliana Muñoz, Los Angeles; Inés Véliz, Rancagua; Tita Cuevas, Ovalle; Raúl Molina, Osorno; Guillermo González, Los Andes; Cecilia García González, Concepción; Eduardo Bustamante, Llay-Llay; Alfonso Sáenz, Concepción; Ivette Severino Cofré, Llay-Llay; Anne Elizabeth Sharles, Viña del Mar. UNA SUSCRIPCION TRIMESTRAL: Ruth Talamilla, Cabildo; Armando Farreaut, Valparaíso; Luis A. Veas, Valparaíso; Marta Pino, Valparaíso; Marta Vial, Llay-Llay; Mercedes Escobar, Millantú. UN LIBRO: Nelly Rojas, Valparaíso; Juan C. Rodrigo Berner, Santiago; Leonardo Ibáñez, Los Andes; Toño y Pepe Saavedra Crisóstomo, Santiago; Julieta Montebruno, Santiago; Ramón Muñoz, Teno; Francisco Dendarún, Traiguén; José Navarrete, Carahue; Juan Guillermo Pacheco, Santiago; Ana Zamudio, Santiago.

CUPON DEL CONCURSO Semanal
SIMBAD N.º 290

Empresa Editora Zig-Zag, S. A. — Santiago de Chile, 1955.

Juan y Juanita





3. "—Es una trampa mal cerrada", descubrió Juanita. El muchacho la abrió sin vacilar y propuso: "—Bajemos. Conduce a la bodega". Encendió un fósforo para ver los escalones y un instante después examinaban la carga del barco. En los fardos y cajones estaba escrita la palabra "Colombo".

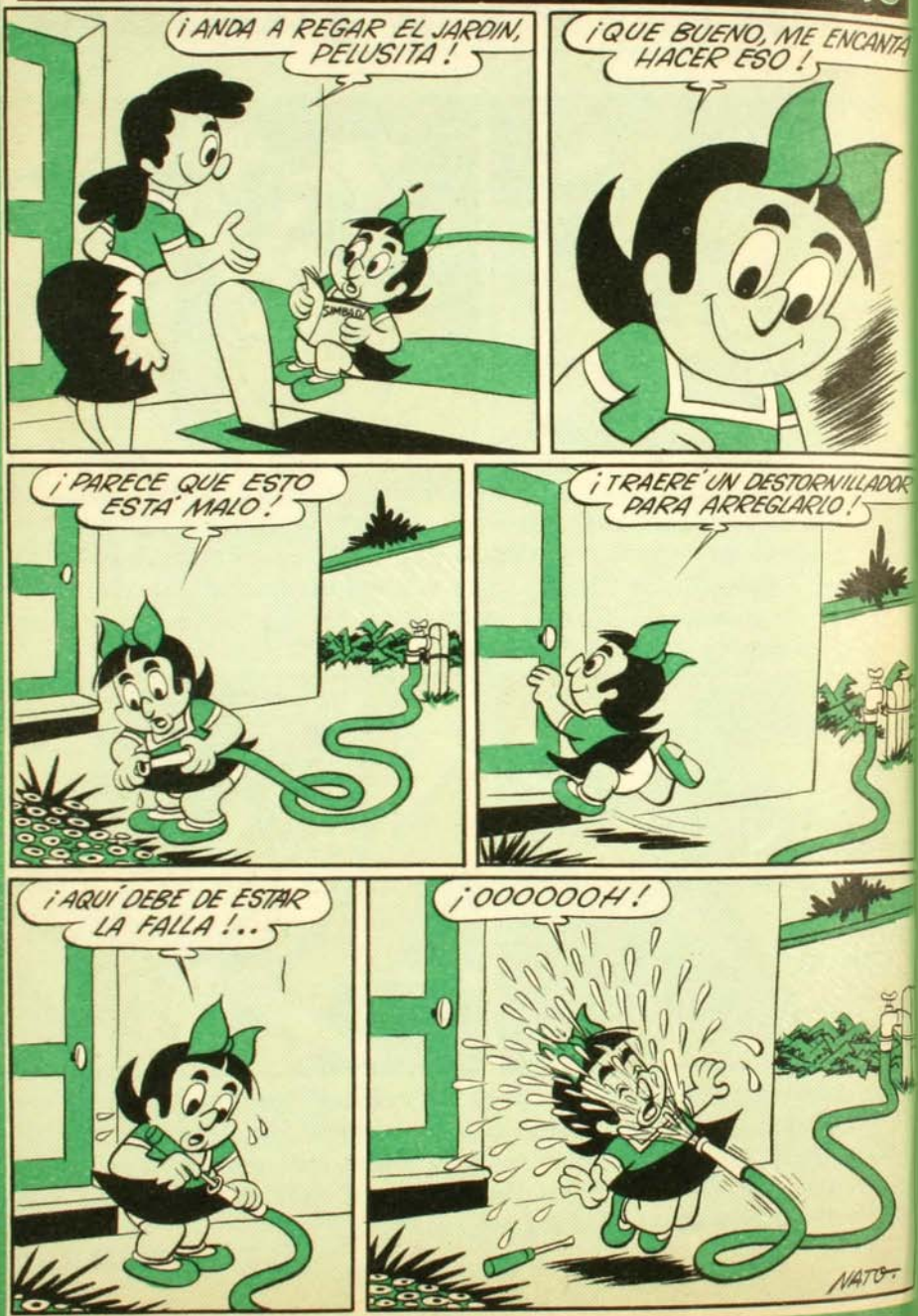




4. "—¿No nos dirigimos entonces a Francia?" exclamó Juan, alarmado. Juanita palideció. ¿Qué rumbo llevaba aquel barco? Se miraron con ansiedad. Su deseo más ferviente era regresar a su tierra natal, pero tal vez Lugo les llevaba a un país extraño. Una voz rugió: "—¿Qué demonios hacen allí?"

(CONTINUARA)

PELUSITA POR NATO



Simbad

N.º 291

EL GRAN NAVEGANTE

$ 10.-



Juan y Juanita

CAPITULO LXXI.—PELIGRO





1. Juan y Juanita habían bajado a la bodega del "Pez Volador", donde descubrieron que el cargamento estaba destinado a Colombo. Ellos creían viajar con rumbo a Francia y se miraban desconcertados cuando apareció el capitán Lugo. "—¿Qué hacen aquí, malditos espías?", rugió, alzando su mano.





2. Les hubiera golpeado con brutalidad, pero en ese momento se presentó el contramaestre Brady, para anunciar: "—Un mensaje urgente, capitán". Lugo leyó el papel y en seguida ordenó a Juan y Juanita: "—Síganme. Quiero saber qué hacían en la cala y les aconsejo no mentir, o..."

(Continúa en la penúltima página.)

Simbad

AÑO VI — 30-III-1955 — N.º 291

Directora: Elvira Santa Cruz (Roxane)
Suscripción anual: $ 490.—
Semestral: $ 250.—
Recargo por vía certificada: Anual: $ 21.—. Semestral: $ 11.—.
Extranjero:
Anual: U.S.$ 2,10
Semestral: U.S.$ 1,05
Recargo por vía certificada: Anual: U.S.$ 0,20
Semestral: U.S.$ 0,10

La Princesa Muñeca

CAPITULO XVII.- Flora, cautiva del mago Focio.

Salir a rodar tierras sin rumbo ni dirección, era tarea difícil para una chica de doce años.

—Si la princesa Veni pudiera guiarme —murmuraba la campesina Flora—; pero ahora no habla, ni oye, ni ve. El mago Focio se ha vengado de nosotras.

Apenas salió Flora del bosque, un inmenso cuervo batió sus alas sobre la cabeza de la viajera. Era el canciller Rodar, a quien el hada Mirtala convirtió en cuervo para castigarle por sus maldades.

La valiente niña caminaba con la vista fija en las lejanas montañas sin mirar ni a la derecha ni a la iz-



La princesa-muñeca estaba fría e insensible.

quierda, insensible al cansancio, pues todo su deseo era llegar pronto a la mansión del mago Silerio.
Por la tarde Flora se detuvo a reposar junto a un árbol.
—Se me cierran los ojos —balbuceó al niña—, y si me duermo, vendrán los enemigos de mi princesita muñeca para hacerle daño.
Pero por más que luchó contra el sueño, a poco se quedó dormida y, cuando despertó, ya no se encontraba en las proximidades de la aldea, ni bajo el árbol, sino en una inmensa y pedregosa llanura.
Flora también advirtió que había desaparecido su cesto con provisiones. Lo buscó por todas partes y comprendió que alguno de los magos adversos a la princesa Veni se lo había substraído para dejarla morir de hambre.
—No importa —exclamó la valiente pastorcita—; siempre conservo a mi lado a Veni y eso es lo principal.
Flora erró de un lado a otro hasta llegar al pie de una montaña y, sentándose sobre las rocas de una quebrada, reflexionó sobre su terrible situación.
—He sido muy necia al pensar que yo tendría éxito cuando otras han fracasado en esta empresa. Si mi princesita pudiera guiarme... Pero no me pesa haber intentado este viaje para favorecerla. Si Veni recobra su forma natural, doy por bien empleados mis sufrimientos.
Flora besaba la carita fría e insensible de su muñeca y murmuraba palabras cariñosas.
Muy entrada la noche, Flora llegó a una gruta montañosa, juntó un montón de hojas secas y se tendió a reposar con su muñeca en los brazos.
De pronto comenzaron a caer piedras de lo alto de la gruta. Era como una granizada que caía sobre su cabeza.
—Vamos a morir sepultadas bajo un montón de piedras —murmuró Flora, apretando contra su pecho a la insensible muñeca—. ¿Es posible que el mago Focio sea tan cruel? ¿O quiere castigarme por mi amor a la princesa Bienvenida?
En ese instante se sintió un temblor tan fuerte que parecía mecer las rocas. Las piedras se entrechocaban y se abrió un inmenso hoyo por el cual Flora rodó cabeza abajo con su muñeca.
De pronto su frente chocó contra un objeto puntiagudo y perdió los sentidos.
Entonces, por el túnel subterráneo, donde había caído la infor-



La gruta comenzó a derrumbarse sobre la cabeza de Flora.

tunada Flora, penetró el mago Focio y, con diabólico gesto, se inclinó sobre la niña, posando su mano sobre el corazón de la desmayada viajera.

A la princesa muñeca no podía tocarla porque, como sabemos, Veni estaba rodeada de un círculo mágico que la defendía.

—No está muerta —dijo el pícaro mago, cogiendo en sus brazos a Flora y llevándola a una caverna subterránea.

Allí curó sus heridas con bálsamos misteriosos y en el acto desaparecieron todas las magulladuras y contusiones de la desmayada niña.

Flora recobró los sentidos. Al abrir sus ojos vió la siniestra faz del mago Focio, y fué tal su espanto, que entornó los párpados a fin de substraerse a la odiada visión de su enemigo.

—Estoy perdida —se dijo Flora—. Focio me tiene prisionera en sus cavernas infernales.

El mago Focio, como ya dijimos, no pudo quitarle la princesa-muñeca, y esto le dió un poco de esperanza a la cautiva.

—Florita —díjole el mago, presentándole una jarra con leche y una torta—, nada temas. Te he salvado de la muerte y he curado tus heridas. Pobrecita, el terremoto te sepultó en la montaña.

A pesar de tanta solicitud, Flora temblaba ante la mirada de fuego del secuaz de Satanás.

—Acuéstate, niña —insinuó el mago Focio, mostrándole un cómodo lecho—. Debes estar muy fatigada.
Flora, siempre con su muñeca estrechada en sus brazos, se recostó en la blanda cama y se quedó profundamente dormida.
Al día siguiente el mago Focio volvió trayéndole otra jarra de leche y salió cerrando con llave la puerta de la caverna.
Flora trató de saber dónde se encontraba y a tientas en la obscuridad fué dando vueltas en la pequeña estancia que le servía de cárcel.
—Esta caverna es parte de un largo subterráneo —exclamó por fin la niña—. ¿Cuánto tiempo pensará tenerme prisionera el malvado Focio?
Flora espiaba al mago cada vez que venía a traerle la comida y alcanzó así a divisar otra habitación vecina con muchos libros, redomas y tubos.
"El laboratorio de sus brujerías seguramente —pensó Flora—. Pero ¿cómo huir de aquí si me deja encerrada con llave?"
Al tercer día, Flora se atrevió a pedir a Focio que la dejara en libertad.
—¿No estás bien aquí? —preguntó el mago—. Tienes todo lo que



El mago Focio ofreció alimentos a su prisionera.

más amas en el mundo: a tu muñeca, por quien has abandonado a tu familia.

—Pero... —murmuró Flora.

—¿Querrías correr tierras y aventuras? Ya ves dónde te han conducido tus locuras, pobrecilla... Necia, idiota, ¿cómo pudiste creer en las mentiras de esa muñeca? Mi poder es mayor que el de todas las hadas. Quisiste luchar contra mí y ahora tienes tu castigo. Tanto peor para ti si no estás contenta. Si yo no te hubiera recogido estarías aplastada bajo las piedras.

—Tú provocaste ese terremoto —insinuó Flora.

—¡Ah! ¡Ah! —rió el mago—, ya voy viendo que reconoces mi poder. Mece a tu muñeca, chiquilla loca...



—Creíste en las mentiras de una muñeca —decía Focio a Flora.

Flora no pudo reprimir el llanto y el mago Focio, al ver las lágrimas que corrían por las mejillas de su prisionera, le dijo:

—Te propongo un medio de recobrar tu libertad y de volver a tu casa.

La campesina pensó que su deseo no era volver a la granja de la tía Juana, sino proseguir su viaje al palacio del mago Silerio, con el fin de someterse a la prueba del espejo mágico y devolver a la princesa Veni su forma natural, su palacio de Giralda, su corte y su novio el príncipe Fedor.

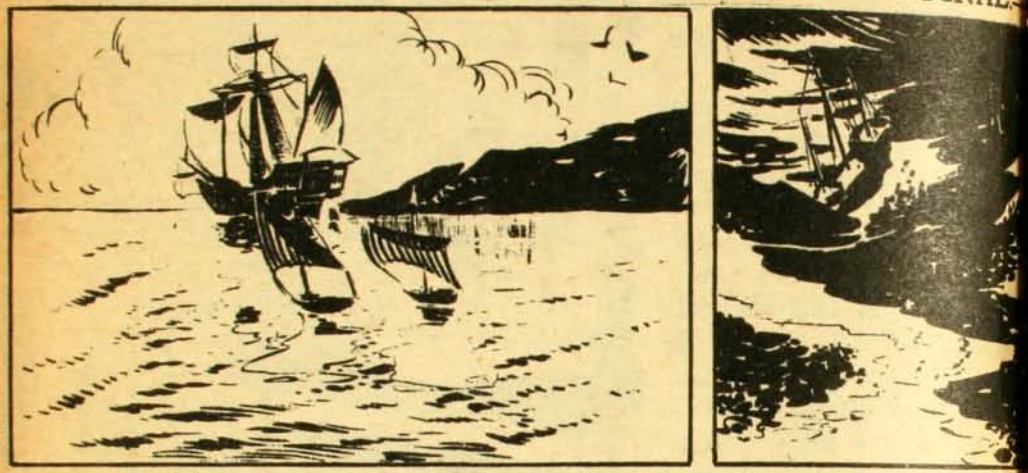
—¿Qué medio me propones? —interrogó Flora.

—Déjame aquí a tu muñeca —comenzó a decir el mago Focio.

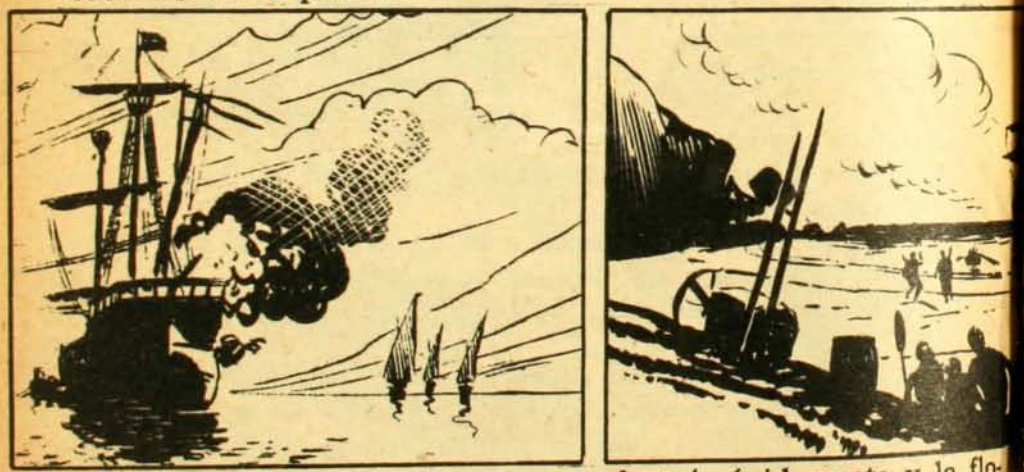
(CONTINUARA)

EL GRAN NAVEGANTE

CAPITULO III Y FINAL

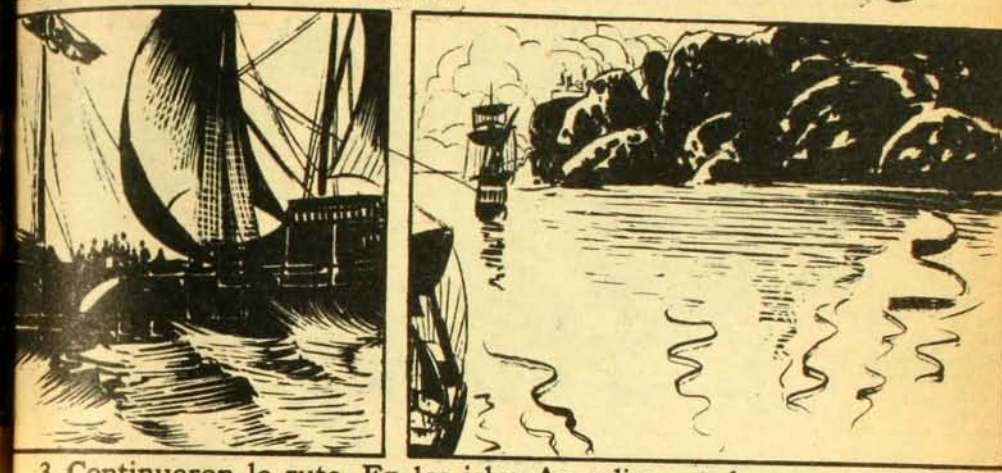


1. Mediante la astucia, Vasco de Gama logró que veinte importantes mercaderes de Calicut subieron a bordo de la nave capitana. Los retuvo prisioneros, exigiendo a cambio de su libertad que El Zamorín devolviera a los marinos portugueses que tenía cautivos en su palacio.



2. El intercambio de prisioneros se efectuó rápidamente y la flota de Vasco de Gama abandonó el hostil puerto de Calicut. "—Nos persiguen", anunciaba después el vigía, señalando las embarcaciones orientales. Las alejaron a cañonazos y horas más tarde fondeaban en una isla para abastecerse de agua.

EL REGRESO A PORTUGAL



3. Continuaron la ruta. En las islas Angedivas embarrancaron dos de las tres embarcaciones que componían la expedición. Hechas las reparaciones, abandonaron la costa de Malabar y después de una travesía penosa, en la que murieron 30 hombres del escorbuto, llegaron a Melinde.



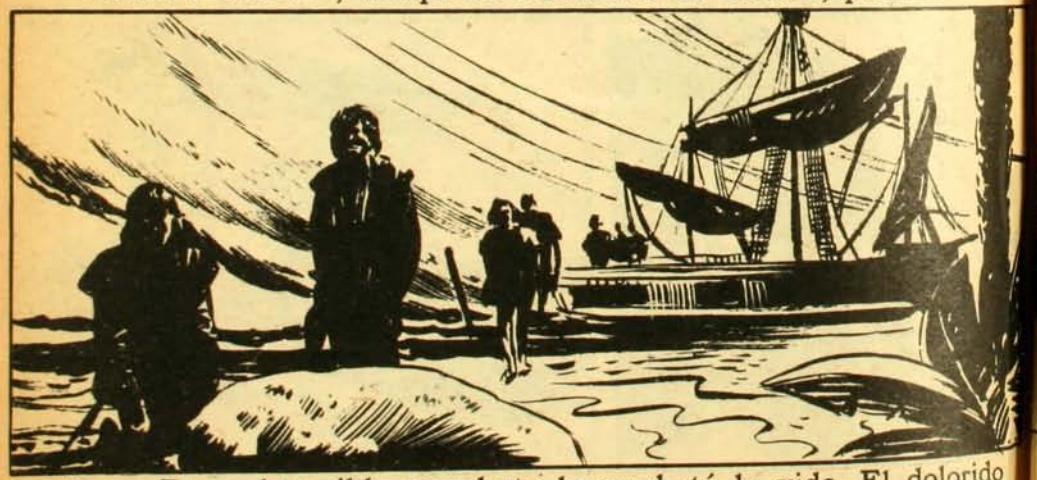
4. Aún en tierra, el escorbuto siguió diezmando a los hombres. Luego de incendiar el "San Rafael", pues no quedaban tripulantes para maniobrar tres naves, reanudaron el viaje. El 20 de marzo de 1549 doblaron el Cabo de Buena Esperanza. Un violento huracán separó a ambos barcos, a la altura del Cabo.

EL GRAN NAVEGANTE

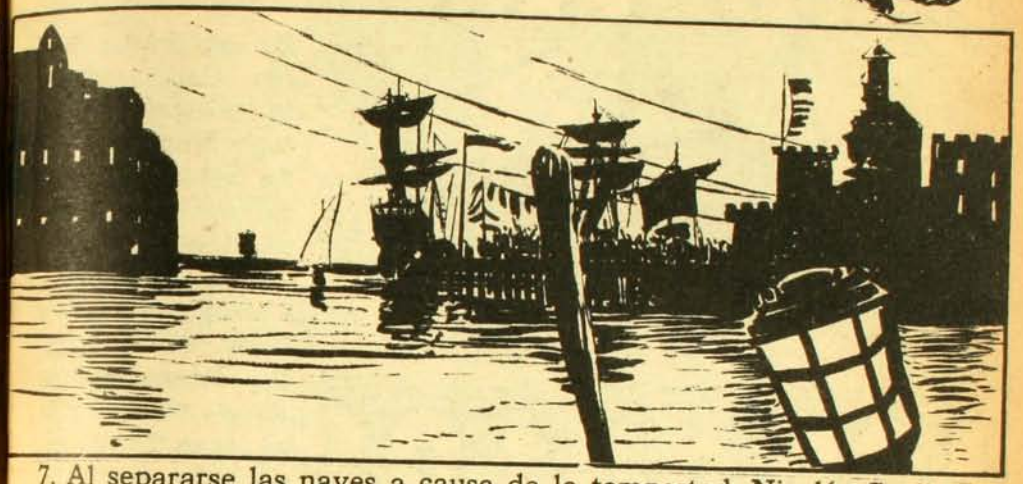




5. Vasco de Gama, que tenía a todos sus hombres enfermos y a su hermano Pablo casi agonizante, abandonó la isla de Santiago, donde había fondeado, para dirigirse a Portugal, pero habiéndose agravado Pablo llegó de arribada forzosa a Angra. "—Me muero —susurró Pablo—; escapé de los moros de Calicut, pero..."



6. ...Pero el terrible escorbuto le arrebató la vida. El dolorido Vasco de Gama, que acababa de explorar un nuevo mundo para su patria, dispuso el entierro de su hermano. El precio de la gloria había sido cruel. Pablo, el hermano alegre que emprendió la gran aventura con una sonrisa, acababa de morir.



7. Al separarse las naves a causa de la tempestad, Nicolás Coello se adelantó a sus compañeros, siendo el primero en llegar a Lisboa. Dos meses más tarde arribó Vasco de Gama, siendo recibido con grandes fiestas. Días después, el rey Manuel le ofreció una espléndida recepción.





8. El navegante portugués refirió su viaje, anunciando que el camino para comerciar con la India estaba abierto. El rey le concedió una renta de trescientos mil reales para él y sus herederos y el título de Almirante del Mar de las Indias. Vasco de Gama había cumplido su sueño.

FIN



CAPITULO V. — Motín a bordo.

El explorador Pablo Carel refería la traición del geólogo Hugo Marty. Se había apoderado del barco, negándose a regresar por el canal que Carlos Haines abrió en el hielo. Su intención era dejar abandonado al joven. Carel, indignado, insistió en desembarcar y, al descubrir que su hija tampoco estaba a bordo, exclamó:

—No puede negarme el derecho de rescatar a mi hija, Marty. Comprendo que está cegado por su odio a Haines, pero debe reconocer que mi petición es justa.

La tripulación guardaba un hosco silencio. Era evidente que desaprobaba aquella crueldad de Marty.

—Eres un miserable, Marty —gritó Iván Bosco—. Estás condenando a muerte no sólo a un hombre, sino también a una niña indefensa. ¡Cobarde!

Crispó sus puños con furia y se hubiera abalanzado contra Hugo, pero los cómplices de éste lo dominaron.

—Encierren a ese imbécil en la cala —ordenó el geólogo—. Y a cualquier otro que pretenda insubordinarse, lo lanzaré por la borda.

Nadie dudó de que cumpliría su amenaza y la tripulación se mantuvo indecisa.

Bosco no opuso resistencia, pero cuando atravesaban la cubierta, atacó sorpresivamente a sus captores. Los derribó con golpes precisos y un instante después bajaba como un celaje la escalera que conducía a la sala de máquinas.

—Supongo que el valiente Bosco logró convencer al personal de




Los cómplices de Marty dominaron a Bosco.

las máquinas —continuó Carel—. El "Aventura" volvió sobre la marcha, retrocediendo dificultosamente. Luego se detuvo. Mientras se desarrollaban esos acontecimientos y Marty con sus cómplices trataban de descerrajar la puerta para recapturar a Bosco, yo preparé mi desembarco. Marcial me siguió y aquí estamos.

Un funesto silencio se abatió sobre los cuatro náufragos. El sabio había traído víveres y mantas, pero era difícil sobrevivir en aquel páramo de hielo, combatido por recias tempestades. El viento cortaba como el filo de un cuchillo y la obscuridad se tornaba tan densa que la luz de las linternas sólo creaba una mancha de luz en medio de la polvareda de nieve. Todos se estremecieron ante el presentimiento de que sucumbirían.

Silenciosamente los hombres construyeron un refugio.




Bosco se libró de sus captores.



Bajó velozmente la escala.

Mientras tanto, a bordo del "Aventura", Bosco y sus amigos se mantenían encerrados en la sala. Habían detenido las máquinas, aún a riesgo de que el navío quedara bloqueado.

—Antes de continuar, tenemos que despejar de basuras el puente —declaró Bosco—. Yo me entenderé con Marty.

—No sólo tú —repuso un fogonero de formidable estatura.

Decididos a impedir que Marty cumpliera su siniestro plan, subieron la escala y minutos después emergían en cubierta como demonios dispuestos a arrasar con todo.

Los amotinados estaban preparados para rechazar el ataque. La batalla fué descomunal. Bajo la nieve arremolinada, los hombres se atacaban con furor. Las manos enguantadas dejaban manchas lívidas sobre los rostros, que se contraían en gestos de ira y dolor. Al silbar del viento se mezclaban los gemidos y las maldiciones de los combatientes.

La fuerza del temporal aumentaba gradualmente y en la misma proporción crecían la cólera y el odio. El "Aventura", inmóvil entre los témpanos polares, servía de escenario a la violencia.

Iván Bosco se enfrentó con Hugo Marty. Por un instante se mi-



Estaban decididos a impedir que Marty cumpliera su siniestro plan.

raron con los ojos fulgurantes de rencor.

—¡Estúpidos! —masculló Marty—, ¿no comprenden que nos exponemos a quedar bloqueados? Cada minuto que transcurre es mortal.

—También es mortal para Haines, Anita y el señor Carel —replicó Bosco—. No has pensado en eso, ¿verdad, alimaña?



Se inició una batalla descomunal.

Un instante después ambos estaban trabados en una lucha furiosa. ¿Quién triunfaría? ¿Los hombres fieles al explorador, o los secuaces de Marty?

Aquella expedición, realizada para hacer estudios sobre el clima polar, se había convertido en un crucero del odio, a causa de un hombre de corazón vengativo.

Las sombras se diluían lentamente y la aurora boreal brilló en el cielo con sus maravillosos y resplandecientes dibujos de rayos, arcos, cortinas, bandas y coronas. Pero nadie los admiró a bordo del "Aventura".

Entretanto Anita y Carlos, ignorantes de los sucesos que se desarrollaban en el barco, aguardaban ansiosos y trasminados de frío. ¿Cómo iban a suponer que en tan crítica situación, el malvado Marty prefiriera ejecutar su venganza antes de salvar su vida?

—¿Qué será de nosotros? —suspiraba Anita—. No podremos soportar otra noche más.

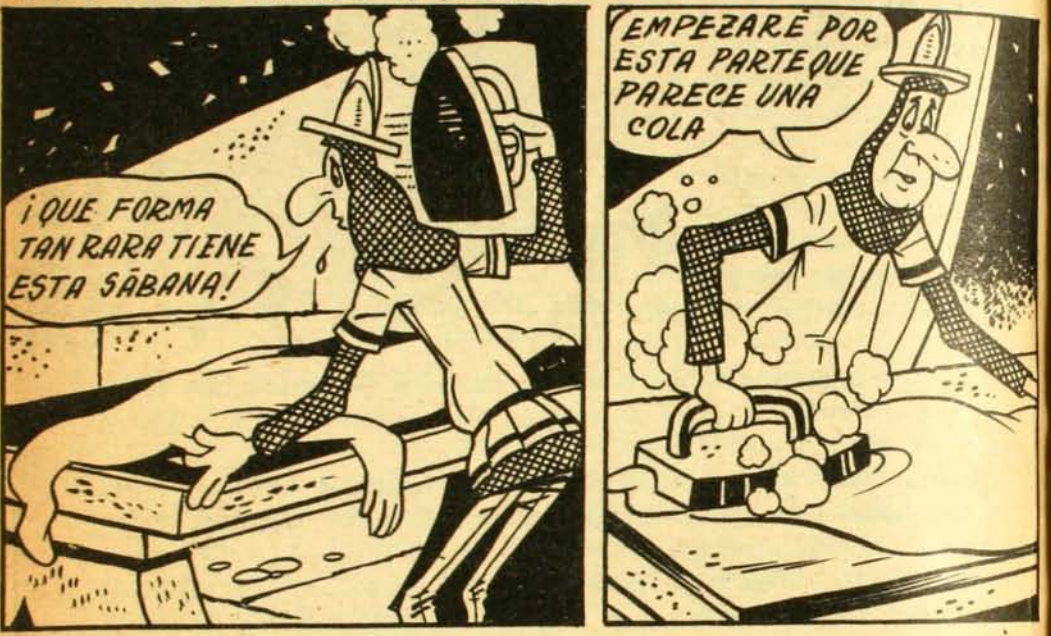
(CONTINUARA)

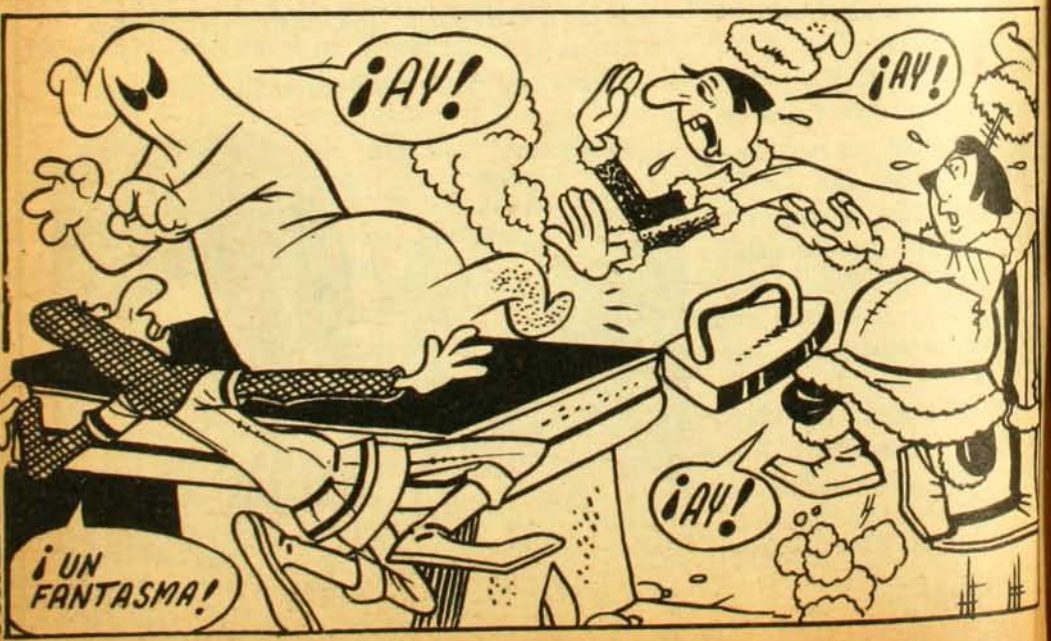


—¡Estúpidos! —rugió Marty.

El fantasmita

EL SOLDADO TATO SE DISPONE A APLANCHAR UNA SÁBANA, SIN SABER QUE ES UN FANTASMA DESMAYADO.

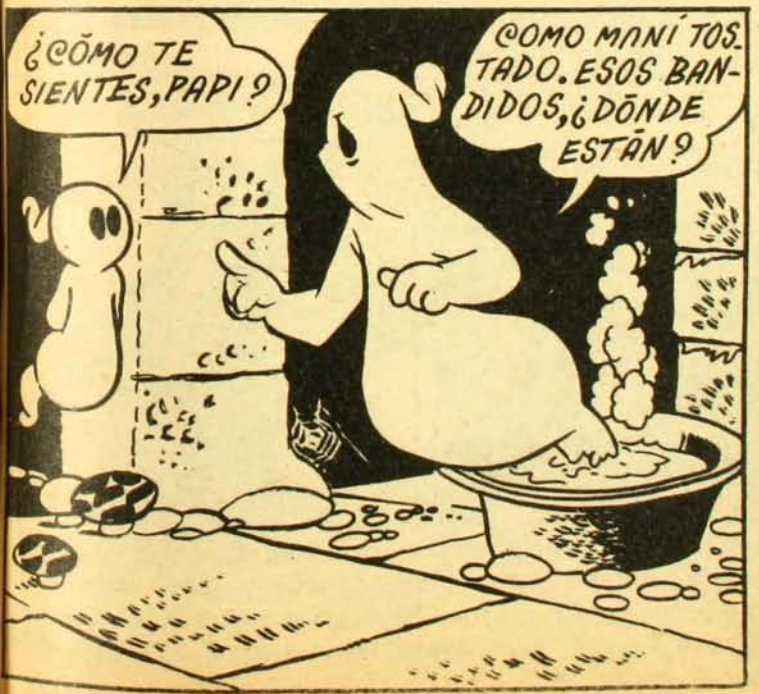














BUFALO BILL

CAPITULO I: GACELA BLANCA





1. El general Sheridan, que comandaba el Fuerte Kearney, dijo a Búfalo Bill, jefe de sus exploradores: "—Nos amenaza una guerra con los sioux. Vaya al territorio indio a investigar la causa de esa hostilidad". Búfalo Bill obedeció la orden y horas más tarde cruzaba un profundo valle.





2. No sospechó que ojos malignos lo espiaban desde las rocas. Una doncella india intentó advertirle el peligro, pero la ruda mano de un sioux ahogó su voz. "—Hermanos, ahí viene el rostro pálido "Cabello Largo". Lo mataré", dijo uno de los guerreros, aprontando el arma.





3. Resonó un disparo y el caballo de Búfalo Bill cayó, con un relincho de dolor. El explorador, viendo que estaba mal herido, lo cubrió rápidamente con una manta y luego corrió al encuentro de sus cobardes atacantes. "—¡Muere, perro blanco!", aulló un sioux.





4. Búfalo Bill gatilló su arma y el indio rodó por la ladera cubierta de nieve. Un segundo adversario fué sacudido por los vigorosos puños del explorador. El hacha de guerra saltó lejos y el sioux perdió el conocimiento. Búfalo Bill no alcanzó a levantarse.

BUFALO BILL





5. El tercer indio se abalanzaba sobre él, enarbolando con furia su *tomahawk*. Pero se abatió de pronto, con el semblante contorsionado de dolor. Búfalo Bill, asombrado, vió avanzar a una doncella india, que aún sostenía en sus manos el rifle humeante. "—Eres de la raza cheyene", observó él.





6. "—¿Qué hacías entre los guerreros siuox?" Ella replicó: "—Me llamo Gacela Blanca. Los sioux incendiaron mi *wigwam* (vivienda) y mataron a mis padres". Búfalo Bill preguntó: "—¿Sabes por qué han desenterrado el hacha de la guerra?" Gacela Blanca repuso: "—Un rostro pálido los incita a combatir".





7. "—¿Quién?", interrogó el explorador. "—Le llaman "Cara Cortada", fué la respuesta. Al oír ese nombre, la faz de Búfalo Bill se contrajo y un reflejo de desprecio brilló en sus pupilas. En seguida indicó: "—Vamos junto a mi caballo. Está mal herido". El noble animal yacía consumido por la fiebre.





8. "—Debemos construir un refugio, para resguardarlo del frío", murmuró Búfalo Bill. Gacela Blanca, observando el cielo, dijo: "—Se aproxima otra ventisca. Será difícil salvar a tu caballo". El exclamó: "—¡Tengo que librarlo de la muerte! Es mi compañero, mi fiel amigo, y en muchas ocasiones ha salvado mi vida".

(CONTINUARA)

EL PEQUEÑO LUCHADOR

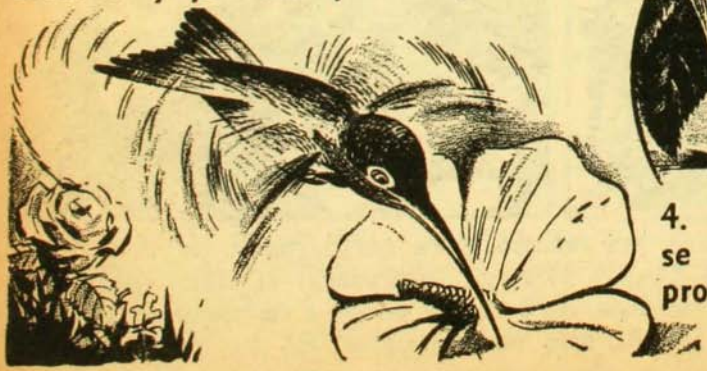
1. El picaflor o pájaro mosca, a pesar de ser el más pequeño en el mundo de las aves, no conoce el miedo. Ataca a pájaros muchas veces más grandes que él.



2. Los gatos tiemblan ante su pico agudo y temible como una lanceta.



3. Se alimenta continuamente durante su vuelo, para reponer sus energías gastadas por la veloz agitación de sus alas... y por sus querellas.





4. Al caer la noche se sume en un sueño profundo.



LA HIJA DEL SHEIK BLANCO

CAPITULO XII.— Se pierde la "Llave de Oro"

No se volvió a comentar la fuga del Sheik Blanco desde el "Oasis de los Sueños" y el regreso de la excursión se desarrolló apaciblemente.

Ya de nuevo en el palacio de Marakand, Juanita y la princesa Jazmín se retiraron a sus departamentos.

"¿Qué ocurriría si los enemigos del emir Harún el Solimán robaran la "Llave de Oro"? —había preguntado Juana al Sheik Blanco.

—Sería el desastre para mí y para el emir —había respondido el proscrito.

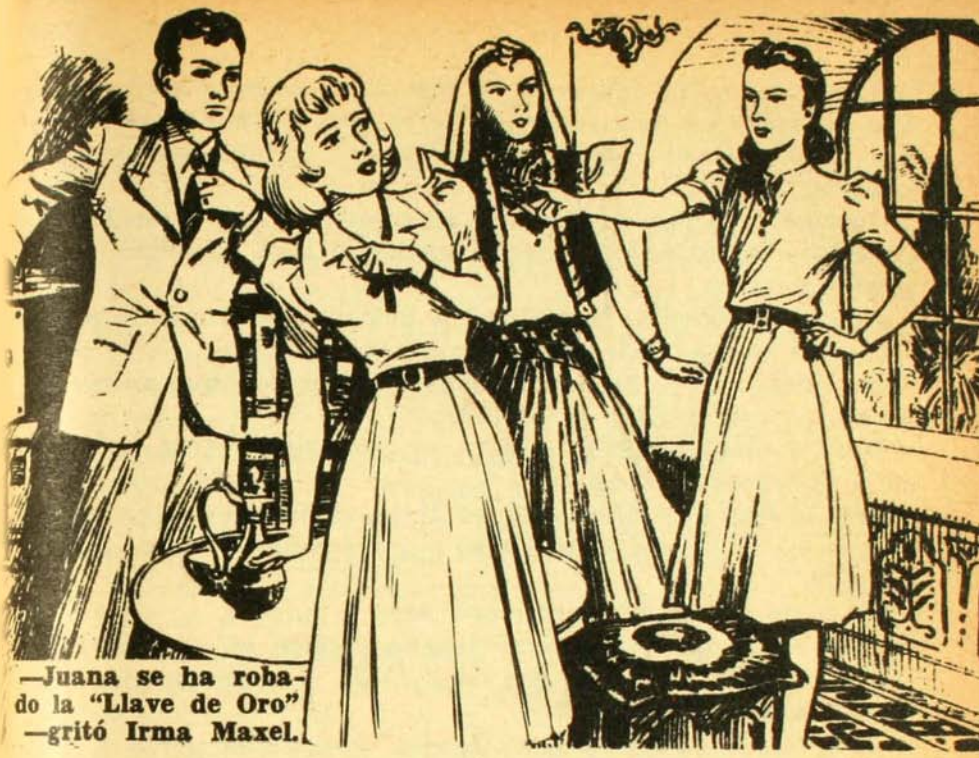
Sobre estas palabras meditaba Juanita afirmada en su ventana cuando oyó el grito del centinela que custodiaba la puerta del palacio y poco después el ruido de cascos en el patio.

Uno de los capitanes más leales del emir hablaba con Aldo Carol en la puerta del palacio y recibía una misiva de Harún el Solimán.

—Cumpliré inmediatamente las órdenes del emir —dijo Aldo al mensajero.

RESUMEN: Juana Varden llega al estado africano de Marakand, para servir de dama de compañía de la princesa Jazmín, hija del Emir Harún el Solimán y allí descubre que el bandido del desierto a quien llaman el Sheik Blanco es su padre. Juanita trata de ayudar al proscrito y se ve envuelta en terribles tragedias. Son sus enemigos Adolfo e Irma Maxel, y sus amigos, Aldo Carol y Jazmín. Juan sospecha que los Maxel traicionan al Emir. Jazmín muestra a Juanita la "LLAVE DE ORO", signo del poder supremo del Emir. Poco después Juana Varden se entrevista con su padre y le comunica la traición de los Maxel.

"Qué ocurrirá —pensó Juanita—. ¿Habrá iniciado ya el traidor Maxel sus nefastas intrigas?"
Juana abrió sigilosamente la puerta de su dormitorio y se asomó al corredor.
Todo parecía tranquilo. Su vista se volvió instintivamente a la escalera que conducía a la torre.
El corazón de Juanita dió un vuelco en su pecho. Tal como en otra ocasión, divisó una sombra deslizándose junto al gabinete privado del emir Harún el Solimán. En un instante la sombra había desaparecido por la escalera de la torre.
Juanita siguió a la obscura silueta por los estrechos tramos, pero cuando llegó al último peldaño la sombra se desvaneció.
La puerta de la habitación circular donde se encontraba la famosa "LLAVE DE ORO" estaba entreabierta.
"Ayer Jazmín dejó esta puerta con llave —pensó Juanita—. Hay aquí un misterio o una intriga que aclarar."
Resueltamente penetró en la pequeña estancia de la torre y un grito de espanto la inmovilizó. Alguien había retirado el armario, dejando a la vista la caja de fondos donde el emir Harún el Solimán guardaba el emblema de su poder.
Juana iba a descender la escalera, cuando sintió pasos y voces. La princesa Jazmín y Aldo Carol e Irma Maxel subían la escalera de caracol.
—Estas son las instrucciones del emir —decía Aldo a Irma Maxel—; como no he podido encontrar al señor Maxel, debo abrir yo mismo la caja de fondos y ustedes me servirán de testigos. En esa caja hay objetos sagrados que el emir aguarda. Ha enviado por ellos a su más leal ayudante.
—Es primera vez que oigo hablar de esa caja de fondos —dijo Irma—, y creo que mi padre también lo ignora. ¿Y usted, princesa Jazmín?
—Yo lo sabía, pero no comunico mis secretos sino a...
La princesa se detuvo a tiempo mordiendo sus indiscretos labios. Entretanto Juanita, pálida de terror, apretaba sus manos. Aldo, Irma y Jazmín la descubrirían en ese cuarto. ¿Qué pensarían de ella?
—Tengo que ocultarme —balbuceó la atribulada niña.
Miró a todos lados y no vió un sitio donde ocultarse. La voz de Jazmín se oía muy cerca.
—Miren —dijo Jazmín—, la puerta está entreabierta.



—Juana se ha robado la "Llave de Oro" —gritó Irma Maxel.

—Y la llave en la cerradura —añadió Aldo—. Es muy extraño.
Al entrar en la pequeña estancia, Jazmín divisó a Juana y sus ojos la miraron con estupor.
—Juana, ¿qué hace usted aquí? —preguntó Aldo Carol.
Irma lanzó una carcajada irónica.
—Ya se comprende lo que hacía aquí —añadió la pérfida mujer, señalando la caja de fondos.
—¿Podría explicarnos esto? —preguntó Aldo Carol a Juana.
—Acabo de entrar aquí —explicó Juana—, y con sorpresa vi el armario removido y a la vista la caja de fondos.
—Supongo que usted sabe qué contiene esa caja de fondos —insinuó Irma.
La princesa Jazmín cogió la mano de su amiga y la estrechó como para darle valor.
—Sí —dijo Juanita—; lo sabía, porque Jazmín me lo comunicó y subí a la torre siguiendo una sombra o silueta obscura que se deslizaba por la escalera.
—Bonita historia —exclamó Irma—. Aldo, registre la caja de fondos.

Aldo movió un dial siguiendo las instrucciones escritas en el mensaje del emir. La puertecilla de hierro giró. Cuatro pares de ojos enfocaron el interior de la caja de fondos. Estaba completamente vacía.

La princesa Jazmín continuaba apretando la mano de Juanita; Irma levantó un dedo acusador señalando a su enemiga, y Aldo quedó taciturno.

—Aparte de Jazmín, Juana era la única que conocía el secreto —declaró Irma—. Ella es la ladrona.

—No comprendo —balbuceó Juanita—. Les juro que yo no abrí la caja de fondos. Digo la verdad.

—Irma —preguntó Aldo—, ¿qué motivos tiene usted para acusar a la señorita Varden?

—Ella misma lo confesó —gritó Irma, enfurecida—. La encontramos aquí y ha dicho que siguió a una sombra... Una disculpa estúpida.

—¿Y usted qué dice? —interrogó Aldo a Juanita.

Antes que Juana respondiera, Jazmín replicó impetuosamente:

—Soy yo quién tiene algo que decir, Aldo, y también a Irma por su lengua de víbora.

—¿Qué dice? —exclamó Irma Maxel, al ver a la suave y risueña hija del emir con sus ojos negros chispeantes de ira.

—Usted se cree muy hábil, Aldo Carol —prosiguió Jazmín—, pero no ve más allá de sus narices. Yo creo en la palabra de Juanita. Yo le diré a Irma dónde se vaya si se atreve a agregar una palabra más. Escuche, Irma, estoy cansada de usted y de sus intrigas. Desde que llegó Juana Varden no ha cesado de molestarla. Se lo diré a mi padre cuando regrese y, como *yo soy la princesa de Marakand,* ustedes saldrán muy pronto de mi palacio.

—Calma, Jazmín —suplicó Aldo Carol.

—No puedo tener calma —protestó la princesa—. Pueden los Maxel acusarme a mi padre, pero cuando él regrese, yo le contaré otra historia... Ven, Juanita. Estoy fatigada.

Impulsivamente Jazmín arrastró a Juana fuera de la estancia. La hija del Sheik Blanco hubiera deseado hablar con Aldo Carol para referirle la traición de los Maxel, pero sólo pudo darle una angustiosa mirada antes de bajar la escalera.

La ira de Jazmín se evaporó cuando estuvo en su aposento. Tendiéndose en un diván, dijo a su amiga:

—Ese pobre e ingenuo Aldo... ¿Le viste la cara? No debí enojarme tanto, pero no puedo soportar a la malvada Irma. Mi padre se informará de todo y nunca creerá que tú eres culpable de ese robo.

—Eres muy buena —murmuró Juanita—, pero la situación es difícil, y la "Llave de Oro" ha desaparecido. Comprendo la desesperación de Carol y también que juzgue mal de mí.

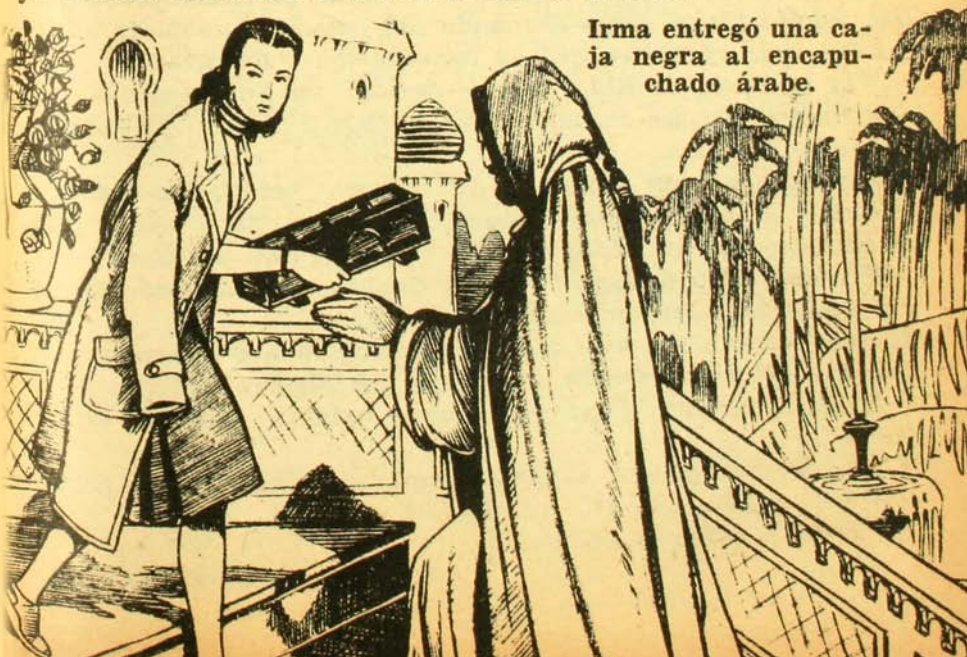
—Es un loco si te juzga mal —declaró la princesa—. ¿Cómo puede ocurrírsele que tú fueras a robar algo, amiga. Yo tengo mi propia idea sobre este punto.

—Si yo pudiera probar lo contrario —suspiró Juana—, pero no hay pruebas. Irma estaba con Aldo Carol...

—Y *Adolfo Maxel muy ocupado*, según dijo Aldo, quién no lo pudo encontrar. Es posible que ese hombre estuviera oculto en la torre. Ya lo averiguaremos. Yo haré investigaciones. Juanita, estás muy cansada. Ordenaré que nos traigan aquí la comida. Recuéstate en el diván.

Dando un beso a su amiga, Jazmín salió del aposento.

Juanita se paseaba de un lado a otro por las habitaciones, pensando en el extraño robo de la "LLAVE DE ORO" y demás objetos de la caja de fondos. Así llegó hasta su dormitorio, por cuya ventana entraba a raudales la luz de la luna.



Irma entregó una caja negra al encapuchado árabe.

Distraídamente la hija del Sheik Blanco se afirmó en el alféizar y miró hacia las palmeras que formaban como un abanico alado junto al palacio. Había una gran calma en el jardín y sólo se escuchaba el rumor de la fuente.

De súbito Juanita divisó una silueta obscura que se detenía en la escalinata del palacio. Era el mismo encapuchado de la cicatriz en la mejilla que noches antes había entregado un mensaje a los Maxel.

Momentos después apareció otra figura en el patio. Era Irma Maxel, quien traía en sus manos una caja larga y negra.

El árabe encapuchado avanzó para recibir la caja.

—¿Está todo ahí? —preguntó el hombre de la cicatriz en la mejilla.

—Todo.

—¿Han sospechado de alguien? —preguntó el árabe.

—Mi padre sabe muy bien arreglarlo todo —dijo la pérfida Irma.

—Bien —dijo el mensajero—. Todo va con éxito para nuestra causa. Los días del emir están contados y el Sheik Blanco sufrirá la suerte de los traidores.

Juanita Varden tembló de espanto al oír esas terribles amenazas. En su desesperación, pensó dar la voz de alarma, llamar a los criados y enrostrar a los Maxel su villanía, pero, comprendiendo que Adolfo Maxel tenía el mando del palacio durante la ausencia del emir, consideró que su intervención fracasaría.

—Voy en busca de Aldo Carol —decidió por fin Juanita—, y le comunicaré que ese árabe se lleva la "Llave de Oro". El seguirá al traidor.

Como no había un momento que perder, Juanita no esperó a Jazmín y salió corriendo en busca de Carol. Al atravesar el patio se encontró con un criado moreno y le preguntó por Carol.

—El señor Aldo pasó por aquí en dirección al viejo edificio del ala izquierda —respondió el criado negro.

Juanita corrió a ese sitio que nadie frecuentaba y al atravesar la arquería del viejo torreón le pareció que alguien la llamaba.

—Aldo —murmuró Juanita—. Quiero hablarle. Hay un extranjero...

Y no dijo más, porque alguien la empujó dentro de una habitación y la puerta se cerró con doble llave.

Juana había caído en una celada.

(CONTINUARA)

Ponchito

NATO





EL REINO DESTRUIDO

CAPITULO XVI.—Cazadores de leones.

El patricio romano Fulvio Luceri, perseguido por el emperador Nerón, se había refugiado en una ciudad de los montes Atlantes. En realidad, aquélla era sólo una gruta, donde vivía un apóstol ciego que predicaba la doctrina cristiana. Pero estaba fortificada y sus puertas de hierro sólo eran atravesadas por los creyentes de Dios y por aquellos que buscaban amparo. Simón el Cireneo, a quien los árabes llamaban Ben Kaid el Sabio, bautizó a Fulvio y a sus siervos. El patricio sintió que las sombras del dolor y del odio desaparecían de su corazón.

—Creo en Ti, señor —murmuró.

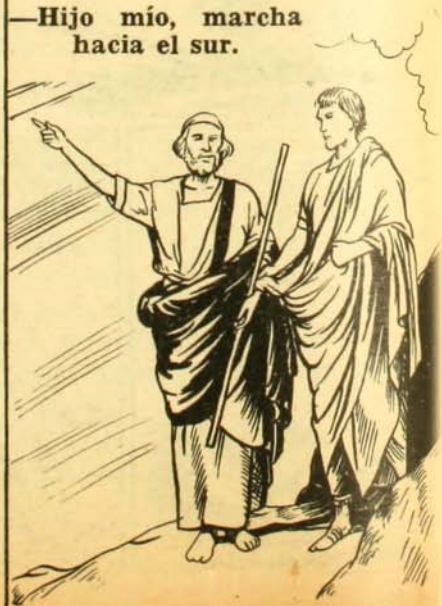
Había abrazado la misma religión de su madre, la noble Octavia, que ofrendó su vida en las arenas del circo romano.

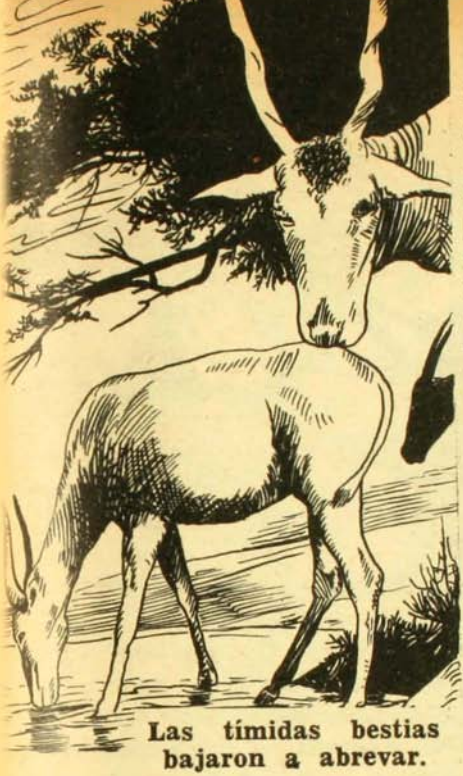
—Hijo mío, marcha hacia el sur —indicó después Ben Kaid—.

El patricio sintió que las sombras del dolor y del odio desaparecían de su corazón.



—Hijo mío, marcha hacia el sur.





Las tímidas bestias bajaron a abrevar.

Hallarás una tierra de promisión y de paz, donde no puede alcanzarte la venganza del César. Pero para llegar a ella, debes afrontar tal vez un terrible peligro: los leones.

—No los temo —repuso Fulvio tranquilamente—. Dios nos protege.

Al atardecer, los viajeros descendieron por las ásperas laderas de los montes Atlantes.

Después de semanas y semanas de camino, avistaron un río. Junto a él acamparon, disponiéndose a descansar. Al ocultarse el sol, la selva se animó con rumor de pasos cautelosos, rugidos, voces surgidas de gargantas salvajes. Las tímidas bestias bajaron a abrevar al río, manteniéndose alertas al menor ruido que anunciara peligro.

De pronto sobrevino un silencio de presagio y temor. Un león, seguido de su compañera, avanzó con lenta majestad. Se detuvo después, con el cuerpo tenso y, sacudiendo su poblada cabeza, lanzó un amenazante rugido.

—¡Los leones!

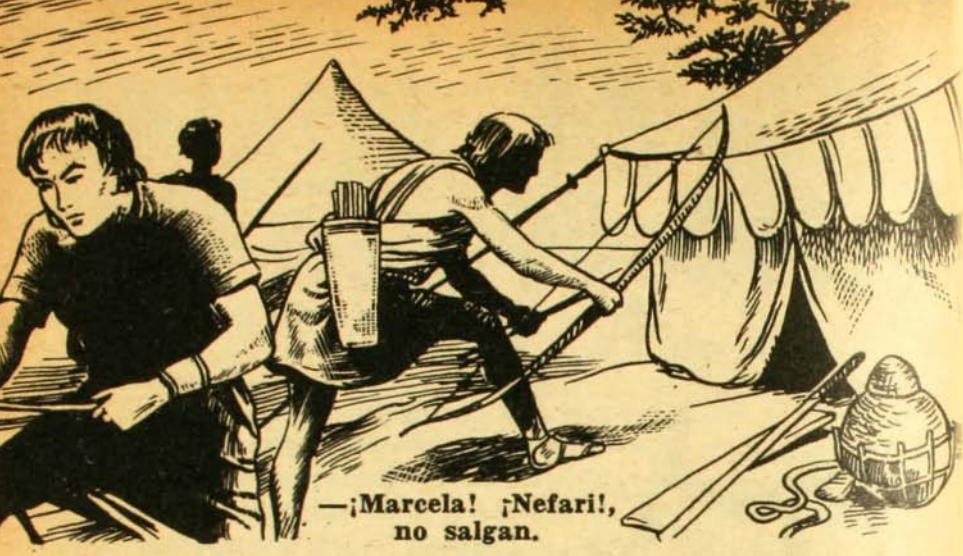
La voz de alarma se esparció por el campamento.

Se oyó de nuevo el rugido, tan poderoso que parecía surgir desde todos los ámbitos. Súbitamente cesó y aquel silencio era aún más aterrador que la voz de la fiera.

Fulvio Luceri cogió su arco. Los esclavos Elvio y Marco le imitaron sin vacilar.

El león avanzó con lenta majestad.





—¡Marcela! ¡Nefari!, no salgan.

—¡Marcela! ¡Nefari! —pronunció Fulvio—, no salgan de la tienda por ningún motivo.

Los tres jóvenes se situaron ante el felino. Cuando éste surcó el aire, tres flechas lo alcanzaron, pero sin herirlo de muerte.

Un rugido se alzó estridente. La hembra había sido también herida de muerte. Luego de la selva emergieron silenciosas figuras.

—Negros salvajes —murmuró Fulvio—. ¡Gran Dios!

Fulvio sostenía aún en su diestra la lanza con la cual derribó a las fieras.

Vió que Elvio colocaba una flecha en el arco. Posando su mano en el brazo del doncel, ordenó:



—Tranquilo, Elvio —ordenó Fulvio Luceri.



Iniciaron una danza frenética.

—Tranquilo, Elvio.

En seguida, se dirigió hacia el grupo de guerreros negros. Uno de ellos, de alta estatura y emplumada cabeza, avanzó a su encuentro y luego de saludarlo con una profunda reverencia, señaló con admiración a los felinos que yacían en tierra. El cacique pronunció algunas palabras en su lenguaje. Brotaron alaridos en el clan, hasta ese momento silencioso, y luego se desarrolló una danza frenética.

Las lanzas y los cuchillos giraban sobre las cabezas de los romanos, pero sin tocarlos.

Fulvio comprendió instintivamente que por el momento no había peligro.

(CONTINUARA)

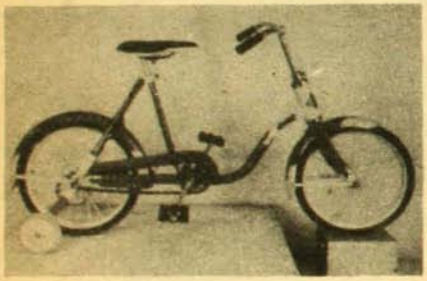
GRANDIOSO *Sorteo de Fiestas* PATRIAS

"SIMBAD" ofrece a sus numerosos lectores

$ 200.000

en valiosos premios, que se repartirán únicamente entre los lectores de "SIMBAD" el 10 de septiembre.

PREMIO MAYOR: Una hermosa bicicleta para niño.
Segundo premio: Un radio Phillips.
Otros premios: Hay muñecas, delantales para niñitas, pelotas de goma, cuadernos, útiles de escritorio, chombas, sweaters, poleras, soquetes, acuarelas, patines, zapatillas para niños, etc.



Para obtener cualquiera de los obsequios enumerados sólo tendrán que juntar los cupones que aparecen al pie de esta página, semanalmente. Por cada serie de 5 cupones, numerados del 1 al 5, obtendrán un boleto para optar a los premios que repartirá "SIMBAD" el 10 de septiembre próximo. Ahora, lectores, a juntar muchos boletos para este gran sorteo.

Cupón N.º 4 — Serie N.º 2.
SORTEO DE FIESTAS PATRIAS
Cupón N.º 4 — Serie N.º 2.
30 de marzo de 1955.

¿LO SABES TU?

CONTESTA A ESTA PREGUNTA:



¿Quién es el autor de la música de nuestra Canción Nacional?

Solución a "SIMBAD" N.º 289: El Santa Lucía se llamaba Huelén.

Entre los niños que enviaron soluciones exactas, salieron favorecidos los siguientes nombres:

CON CINCUENTA PESOS: Luis Obreque, Chillán; Terri Sánchez, Santiago; Eva Rairatti, Valdivia; Silvia Camiruaga, Chimbarongo; Margot Angelbeck, Lautaro; Gastón Lara, Valparaíso; Enrique Pérez, Santiago; Jaime Rendón, Concepción; Irene del D. Domínguez, Río Bueno; Juan Luis Muñoz, Parral.

SUSCRIPCION TRIMESTRAL: Alonso Millán, Osorno; Ricardo Oliva, Cañete; Eugenia Zamudio, Santiago; Juan Milavilovic, Santiago; Héctor Morales, Molina; Angélica Weisser, Osorno.

UN LIBRO: Rosa Muñoz, Valparaíso; Irma Avilés, Arauco; Ramón Collao, Santiago; Mario Muñoz, Valparaíso; Arturo Conste B., Quillota; Elena Cádiz, San Fernando; Eduardo Bustamante, Llay-Llay; Eliana Hernández, Temuco; Bruno Poblete, Talca; Berta Cerda, Santiago.

Los niños de Santiago deben cobrar sus premios en Avenida Santa María 076, 2.º piso, de 10 a 13 horas. Los de provincias recibirán sus premios por correo.

CUPON DEL CONCURSO Semanal
SIMBAD N.º 291

Empresa Editora Zig-Zag, S. A. — Santiago de Chile, 1955.

Juan y Juanita





3. En su voz vibraba una terrible amenaza. Juan respondió: "—No espiábamos, señor. Pero hemos descubierto que su barco viaja a Colombo y nosotros queremos ir a Francia". Lugo rugió enfurecido: "—Soy yo el capitán y quién decide la ruta. Vuelvan a su trabajo o los haré azotar".





4. Juan y Juanita obedecieron. Estaban inquietos. ¿Cuáles eran las secretas intenciones de Lugo? ¿Qué clase de cargamento llevaba el "Pez Volador"? Al disponerse esa noche a descansar en sus hamacas, hallaron un mensaje con estas palabras: "Peligro. Tengan cuidado".

(CONTINUARA)

PELUSITA POR NATO



Simbad

N.º 292

LA HIJA DEL SHEIK BLANCO

$ 10.-



Juan y Juanita

CAPITULO LXXII.—DESCONCIERTO A BORDO





1. Juan se sentía inquieto e intrigado. Navegaba a bordo del "Pez Volador", barco mercante del capitán Lugo, y en alta mar descubrió que el navío no se dirigía a Francia, sino a Colombo. "—Tal vez nos obliguen a desembarcar en ese puerto de Ceylán", dijo a su hermana Juanita.





2. El sueño de ambos niños fué intranquilo. Al día siguiente, a la hora de almuerzo, se reunieron con la tripulación. Los rudos marineros les acogieron con burlas. "—Tenemos un nuevo grumete y una muñeca rubia a bordo. ¿Sabes decir "mamá", muñequita? ¿Y tú, sabes distinguir la vela perico de la trinquete?"

(Continúa en la penúltima página.)

Simbad

AÑO VI — 6-IV-1955 — N.º 292

Directora: Elvira Santa Cruz (Roxane)
Suscripción anual: $ 490.—
Semestral: $ 250.—
Recargo por vía certificada: Anual: $ 21.—. Semestral: $ 11.—.
Extranjero:
Anual: U.S.$ 2,10
Semestral: U.S.$ 1,05
Recargo por vía certificada: Anual: U.S.$ 0,20
Semestral: U.S.$ 0,10

La Princesa Muñeca

CAPITULO XVIII.—El hada Mirtala busca a Flora.

—En vez de llorar, respóndeme —dijo el mago Focio a la prisionera Flora.

Pero la humilde campesina, apretando contra su pecho a la princesa-muñeca, continuaba llorando con desesperación.

—Tu muñeca de nada sirve ya —prosiguió el terrible mago—. Ha perdido el uso de la palabra y no lo recobrará jamás. Déjamela aquí y te devolveré la libertad; más aún, te conduciré hasta el bosque cercano a tu casa en una de mis calesas. Si aceptas te daré, además, tanto dinero, que tu tía y tu primo Carol



El mago Focio estaba furioso por el rechazo de Flora.

tendrán que tratarte bien y servirte como a una señorita. ¿No tienes deseos de salir de este subterráneo y de volver a ver el sol, los pájaros, las flores y a tus cabritos?
Como Flora no respondiera, el mago continuó:
—Te obsequiaré lindos trajes, joyas y un castillo. ¿Qué más recompensas quieres por ese juguete inútil?
Flora miró de frente al mago y replicó:
—Nada me tienta y sólo amo a mi muñeca. No podría ser feliz sin ella. Guarda tus tesoros, mago Focio.
La furia del mago fué atroz.
—Necia, idiota, ¿no sabes que has intentado una tarea imposible? ¿Ignoras lo que te sucederá si fracasas? ¿O te crees perfecta? ¿Te han dicho que el mago Silerio tiene un espejo mágico el cual se empaña si se mira en él un ser imperfecto? Tú serás una víctima más y tu desgracia no salvará a la princesa Bienvenida. Ya perdió a Malvina, la hija del guardabosques, y, cuando tú te quedes convertida en muñeca, la muy pérfida Veni irá en busca de otra chica a quien hacer infeliz.
—Es posible que yo fracase —murmuró Flora—, pero fuí yo quien ofrecí mi vida a la princesa Veni y se la doy sin ningún pesar.
—Tonta —exclamó Focio—, no sabes lo que pierdes.
Flora abrazó más tiernamente aún a su muñeca, y besándola con ternura, exclamó:
—Nunca te abandonaré, mi adorada princesita. Ya vendrá el hada a rescatarnos.
—Te equivocas si piensas que vendrá a salvarte el hada Mirtala —gritó el mago Focio—. Yo la he reducido a la impotencia. Tú morirás en este subterráneo con tu muñeca.
Y el mago Focio desapareció.
Durante esos días nefastos para Flora, el hada Mirtala, que ignoraba la victoria de Focio, aguardó el resultado de la generosa tentativa de Flora.
Pero, transcurrida una semana, Mirtala comenzó a inquietarse en su dorado palacio y, dirigiéndose a una habitación rodeada de cristales mágicos, empezó a buscar por todas partes a su ahijada, la princesa de Giralda.
Dos pajecillos sostenían una esfera de cristal, que el hada Mirtala examinaba atentamente. Por fin descubrió en la esfera un montón de piedras derrumbadas y advirtió que éstas se hallaban



El hada Mirtala descubrió en la esfera un montón de piedras.

cerca de la vivienda del mago Focio. Mirtala ignoraba la catástrofe provocada por su enemigo, pero tuvo sospechas de su maldad.

—¿Sería posible que la princesa Veni y Flora estuvieran bajo un montón de piedras? —balbuceó el hada.

En el acto envió a sus pajes en busca de la carroza de cristal que le servía para volar sobre las nubes, pero apenas colocó sobre ella su pie, la carroza se rompió en mil pedazos.

—¿Qué significa esto? —exclamó el hada Mirtala—. Tráiganme otro globo de cristal. No es posible que el mago Focio me venza en esta odisea.

Pero el globo estalló igual que la carroza.

Poco después quiso servirse Mirtala de su varilla de virtud, y ésta también se rompió.

Las damas de honor del hada observaban esos fracasos con terror y sorpresa.

—Qué enganchen mi calesa de oro —ordenó el hada a sus lacayos.

Los siervos de Mirtala acercaron la dorada calesa tirada por corceles albos y briosos.

—Ahora sí que venceré —dijo Mirtala, ocupando un sitio en la calesa.

Pero los caballos parecían petrificados y no hubo poder humano que los obligara a moverse.



Los corceles de la calesa estaban petrificados.

—¿Qué hice yo para que las potencias ocultas me abandonen? —gimió la buena hada Mirtala—. Tal vez me castigan por mi severidad con la princesa Veni. ¿Cómo ir en auxilio de Flora, si ya no tengo poder?

Pensando en la manera de socorrer a Flora, el hada recordó que la huérfana tenía un primo que era muy gentil con la chica.

"Pedro es el único que puede ayudarme —se dijo Mirtala—; iré a la granja disfrazada de aldeana, y le pediré que me dé noticias de Flora y de su muñeca."

Cuando el hada, disfrazada de anciana, se disponía a emprender el viaje, un cuervo voló sobre los árboles de sus jardines.

—El canciller Rodar me espía —murmuró Mirtala—, pero recobraré pronto mi poder mágico y entonces mi venganza será terrible. Cuervo malvado, ya veremos quién triunfa al fin.

El hada volvió a entrar en su palacio encantado y esperó que las tinieblas de la noche invadieran la tierra para salir furtivamente, sin que la espiara el cuervo Rodar. Ya sabemos que cuando Bienvenida quedó convertida en muñeca, el hada Mirtala castigó a su mal consejero Rodar, transformándolo en cuervo; sabemos, también, que Rodar era el cómplice más temible del mago Focio.

Deslizándose por los bosques, el hada Mirtala llegó a la granja

de la tía de Flora. Sentándose sobre un tronco de árbol, aguardó que viniera Pedro a cortar leña.

—Hermoso niño —preguntó la falsa anciana—, ¿podrías darme noticias de Flora, la pastorcilla de cabras?

—Flora partió hace varios días y nada sabemos de ella —dijo Pedrín, tristemente.

—Me parece que la pobre chica ha sucumbido en el derrumbe de la montaña —expresó el hada—. Al pasar por allí vi un montón de piedras y sospecho...

—¿Y habrá muerto mi pobre primita? —suspiró Pedro—. Vamos a buscarla, señora. Usted me indicará el camino.

—Sígueme, querido niño —insinuó la falsa anciana—; yo no puedo levantar piedras, y, si tú me ayudas, es posible que encontremos a la pobre Flora.

Pedrín cogió el hacha y siguió al hada.

Caminaron dos días y dos noches, sin detenerse sino para reparar sus fuerzas. Ninguno de los dos viajeros se quejaba de cansancio, pues ambos ansiaban salvar a la pastorcilla Flora.

(CONTINUARA)



Pedro divisó a una anciana sentada en un tronco de árbol.

EL TEMPLO DEL SOL

CAPITULO I.—ORO AZTECA





1. Un destello de triunfo brilló en los ojos del explorador Ronny Clayton, al observar un amarillento plano. "—Esta vez estoy seguro de no equivocarme", dijo, aspirando con fuerza el humo de su pipa. Una voz gritó en ese momento: "—¡Una carta para usted, señor Ronny! Viene de lejos."





2. Clayton recibió la carta de manos del mexicano, y, después de leerla, la lanzó al suelo, con un gesto despreciativo. "—Usted me está fastidiando, señor Merken", dijo entre dientes. Su amigo Alberto Fag, le preguntó: "—¿Qué sucede, Ronny?" A una señal del explorador, recogió la carta.





3. Era del profesor Ariel, y decía: *"Merken está impaciente por que aún no se obtienen resultados positivos en las exploraciones. Usted sabe por qué debo soportar a este infecto personaje. Le ruego que me indique la forma de apaciguarlo."* Ronny exclamó: "—¡Ese maldito codicioso!"





4. Evocó el día en que había llegado a México para buscar un antiguo templo azteca. El profesor Ariel le confió aquella misión, diciéndole: "—Será un descubrimiento muy importante para el estudio de las civilizaciones aztecas y mayas. Sólo hay un aspecto desagradable..."

EL TEMPLO DEL SOL





5. El semblante del sabio se había ensombrecido al añadir: "—No dispongo de recursos para financiar la expedición, y me vi obligado a aceptar la ayuda de Boris Merken. Para él esta búsqueda no tiene interés arqueológico, ni científico. Solamente lo seduce el oro azteca..."





6. "—Hijo mío —añadió Ariel—, encuentra el templo, y, si de paso hallas una mina para Merken, tanto mejor... Antes de partir debes hablar con él. Te ruego que te domines si sientes deseos de insultarlo." La entrevista con Merken fué en realidad, una dura prueba para Ronny Clayton.





7. Contuvo su impulso de golpear al cínico individuo cuando éste le dió su último consejo: "—Créame, joven amigo, no hay que tener la mano blanda con esos indígenas. Hágalos obedecer a fuerza de latigazos." Había transcurrido un mes, y la selva mexicana guardaba aún su impenetrable secreto.





8. Pero una noche, Alberto fué despertado bruscamente por su amigo. "—¿Qué ocurre?", gruñó, soñoliento. "—He encontrado algo —repuso Ronny—. Ven." Alberto se vistió, protestando aún, y siguió al explorador a través de la floresta. Ronny enfocó una roca, y allí...

(CONTINUARA)



CAPITULO VI. ¡Hombre al agua!

La descomunal batalla que se desarrollaba a bordo del "Aventura" no se decidía aún. Ambos bandos luchaban con denuedo y furia. Los secuaces de Marty procuraban rechazar a los hombres de Bosco hacia la escotilla, para encerrarlos.

Sobre el puente, barrido por el viento, restallaban las maldiciones. Oíanse la respiración jadeante de los adversarios y el seco golpe de los puños.

—¡Animo, amigos! —aullaba Iván Bosco.

Los tripulantes que se habían negado a traicionar al jefe de la expedición hacían retroceder palmo a palmo a los amotinados hacia el alcázar de proa.

De pronto se enfrentaron Iván y Marty.

—¡Cobarde! —gritó el radiooperador—, ahora nos vemos las caras, y te aseguro que la tuya me da náuseas.

Marty, ciego de cólera, se precipitó contra Bosco. Este le aventajaba en corpulencia, y Hugo Marty no tardó en comprender que sería derrotado. Luchó, sin embargo, procurando romper la guardia de su enemigo.

—Te enseñaré a no dejar abandonados a los compañeros —dijo Bosco, y sus formidables puños sacudieron con fuerza a Marty—. Te arrancaré los colmillos, serpiente venenosa, para que no hagas daño a nadie más.

Castigaba con intensidad aquel rostro que ya no tenía una expresión maligna, sino aterrorizada, y de pronto uno de aquellos golpes violentos lanzó a Marty por la borda.

En vano intentó Iván coger el cuerpo que caía al agua glacial.



La descomunal batalla a bordo del "Aventura" no se decidía aún.

—¡Hombre al agua! —gritó Bosco, llamando a los demás hombres para que le ayudaran a rescatar a Marty.

La lucha cesó instantáneamente. Los hombres se inclinaron sobre la borda, para escrutar las sombrías aguas. No se advertía sobre ellas ninguna señal de vida.

—¡Se ha ahogado! —murmuró un marinero.

Un estremecimiento recorrió a la tripulación. Desaparecido el cabecilla del motín, permanecían ahora indecisos y consternados.

—¡Pronto, bajen un bote! —ordenó Bosco—. Tal vez aún podamos salvarlo.

La patrulla de salvamento se organizó con rapidez. Pero la embarcación recorrió inútilmente el mar sembrado de hielos. Era peligroso alejarse demasiado del "Aventura". Reinaba una obscu-



Sobre el puente barrido por el viento restallaban las maldiciones.

—¡Animo, amigos! — aullaba Iván Bosco.



—¡Cobarde!, ahora nos veremos las caras.



Marty se precipitó contra Bosco.

ridad casi completa. Y nadie se atrevió a sumergirse en las ondas, cuyo sólo contacto congelaba los huesos.

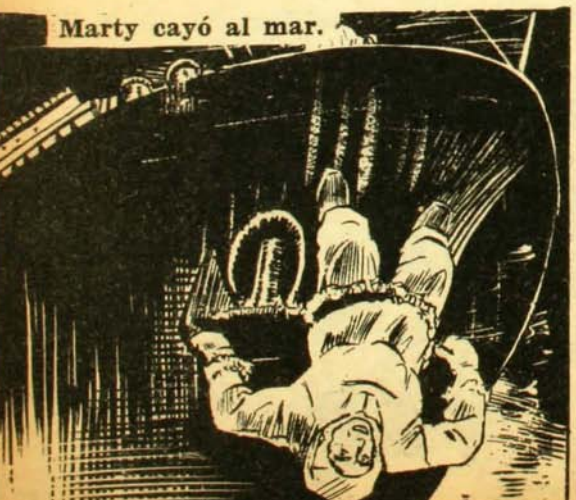
—Es inútil —masculló Iván Bosco.

Regresaron al costado del barco, y el bote fué izado. Un profundo silencio se abatió sobre la nave.

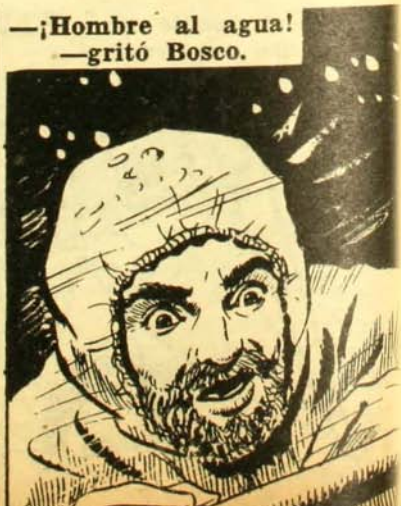
De pie en el puente, Bosco dijo con voz tonante:

—El segundo de a bordo, el geólogo Hugo Marty, ha muerto debido a un accidente. No fué mi intención lanzarlo por la borda, sino sólo propinarle una paliza por su villanía. Intentamos rescatarlo, pero el destino había decidido que muriera. Señor capellán, usted tiene la palabra.

El capellán, que durante la batalla campal había intentado en vano imponer la paz, dirigió a los tripulantes un sermón vibrante de ira, antes de pronunciar las últimas oraciones por el alma de Hugo Marty.



Marty cayó al mar.



—¡Hombre al agua! —gritó Bosco.



Permanecían ahora indecisos y consternados.



La búsqueda fué inútil.

Contritos y arrepentidos, los hombres inclinaron sus cabezas, mientras la nieve y el sermón caían sobre ellos.

—Ahora, volveremos por el canal, para tratar de ubicar al profesor Carel y a sus acompañantes —decidió Bosco al terminarse la ceremonia.

De nuevo la gran mole del barco se abrió paso entre los témpanos. El tiempo era amenazante, y el termógrafo marcaba 52º C. La respiración de los hombres parecía vibrar contra la atmósfera.

—¿Resistirán aún este frío de los mil demonios? —gruñó Bosco, pensando en los cuatro náufragos que en alguna región de aquel mundo desolado habían perdido, tal vez, las esperanzas de ser rescatados.

(CONCLUIRA)



Iván Bosco dió órdenes para que el "Aventura" regresara por el canal.

El fantasmita

SIR BEPOCO Y EL CABALLERO SE INTERNAN POR UNA LÚGUBRE GALERÍA Y ENCUENTRAN...















BUFALO BILL

CAPITULO II.—PADRE ACTIVO DE DOS OSITOS





1. Búfalo Bill construyó un refugio para guarecer a su caballo del frío y de la nieve. Hacía dos días que el noble animal yacía herido en aquella región desierta. "—Gacela Blanca —dijo el explorador a la doncella cheyene—, cuídalo. Iré a buscar hierbas o cortezas para alimentarlo.





2. Descubrió huellas de león, y avanzaba cautelosamente, cuando distinguió en la distancia la gigantesca silueta de un oso: "—¡Qué extraño —murmuró—. El rastro no corresponde al de un oso." Apuntó cuidadosamente su arma y disparó. La enorme mole negra se desplomó sobre la colina.





3. Al acercarse, Búfalo Bill comprobó que había dado muerte a una osa. Dos cachorritos gemían junto a ella. Consternado, el cazador murmuró: "—¡Maldición! Por mi culpa estos oseznos han quedado sin amparo." Al inclinarse para examinar el cuerpo sin vida, advirtió en él las marcas de unas garras.





4. "—La osa había sido atacada por un león, y quizás estaba moribunda cuando hice fuego contra ella —reflexionó Búfalo Bill—. La fiera debe merodear aún por las cercanías, acechando un momento propicio para devorar a los ositos. ¡Qué situación endiablada!" El explorador permanecía indeciso.

BUFALO BILL



5. "—La carne de la osa nos servirá de alimento a Gacela Blanca y a mí, pero... ¿y estos cachorros abandonados?" Empezó a caminar, advirtiendo que los oseznos lo seguían. "—¡Dejen de gemir! —exclamó—. Ya estoy convencido de que no me libraré fácilmente de ustedes. Cazaré al puma."



6. Súbitamente la fiera saltó desde las rocas. Los oseznos prorrumpieron en chillidos de terror. Con un rápido movimiento, Búfalo Bill se llevó el Winchester al hombro, y disparó. El rugiente puma había caído sobre los cachorros, que se debatían, tratando de huir de las terribles garras.



7. Era difícil herir al feroz puma, sin dañar a los ositos. Pero la certera bala atravesó el corazón del felino. Los oseznos rodaron chillando sobre la nieve. Búfalo Bill los examinó: "—Están bien, muchachitos. Sólo fué un susto." En seguida, con su cuchillo de caza, cortó dos trozos del puma muerto.



8. Y mientras los cachorros saciaban su hambre, Búfalo Bill cubrió con nieve el cuerpo de la osa. "—Tal vez así la olviden", murmuró. Luego construyó unas angarillas para transportar la carne del puma, y, seguido de los pequeños osos, emprendió el regreso, con una expresión no muy complacida.

(CONTINUARA)



LA HIJA DEL SHEIK BLANCO

CAPITULO XIII.— *El rapto de la Princesa Jazmín.*

Juana Varden se acercó a la maciza puerta de su prisión y la golpeó con fuerza. Una voz irónica le respondió desde el exterior:

—Lamento mucho verme obligado a tan severa medida, señorita Varden; pero usted tiene la culpa.

—Déjeme salir —gritó Juanita, poseída de incontenible indignación—; necesito hablar con Aldo Carol.

—Demasiado tarde —respondió Adolfo Maxel—. Aldo Carol ha partido al campamento del emir a participarle su robo, señorita Varden.

Los pasos de Adolfo Maxel se alejaron. Juanita examinó su prisión. El cuarto sólo tenía una puerta maciza y una ventana con barrotes. Allí tendría que permanecer hasta el regreso del emir. "Qué pensará Jazmín —murmuraba Juanita—; me imagino su indignación cuando conozca la conducta de Maxel. Aunque hija del emir Harún el Solimán, y heredera de Marakand, ese hombre la ha privado de toda autoridad."

RESUMEN: Juana Varden llega al estado africano de Marakand, para servir de dama de compañía de la princesa Jazmín, hija del Emir Harún el Solimán, y allí descubre que el bandido del desierto a quien llaman el Sheik Blanco es su padre. Juanita trata de ayudar al proscrito y se ve envuelta en terribles tragedias. Son sus enemigos Adolfo e Irma Maxel, y sus amigos, Aldo Carol y Jazmín. Juana sospecha que los Maxel traicionan al Emir. Jazmín muestra a Juanita la "LLAVE DE ORO", signo del poder supremo del Emir. Poco después Juana Varden se entrevista con su padre y le comunica la traición de los Maxel. Por la noche alguien se roba la "Llave de Oro", e Irma culpa a Juana Varden. Esta descubre que los Maxel entregan una caja al árabe de la cicatriz y cuando pretende seguirles cae en una celada.

En cuanto a Carol, la hija del Sheik Blanco sabía que podía contar con su amistad, pero él estaba muy lejos y la creía culpable del robo de la "Llave de Oro".

Sus tumultuosas cavilaciones se vieron interrumpidas por un movimiento en la puerta del calabozo; giró la llave, y se presentó la antipática Irma Maxel.

—Buenas tardes, señorita Juana —dijo Irma—. Le traje su comida.

—Gracias —respondió Juana, mirando la bandeja con una jarra de agua y pan.

—Espero que no hará más escándalos —prosiguió Irma.

Juanita reprimió su ira y no replicó a la insolente muchacha. A pesar de que tenía hambre, resolvió no tocar el pan.

"Si pudiera hablar con Jazmín un momento", suspiraba la cautiva.

Una voz respondió a su clamor:

—Hablarás conmigo por más de un momento, amiga —dijo la princesa Jazmín, asomándose por los barrotes de la ventanilla.

—Jazmín —exclamó Juana, acercándose a la ventana.

—Ya ves como te encontré —dijo la princesa árabe—, a pesar



Irma Maxel espiaba a su prisionera y a la princesa Jazmín.

de que los Maxel me dijeron que te habías fugado. No lo creí, y seguí a Irma. La vi entrar a este cuarto, y comprendí todo. En seguida trepé al muro, y aquí estoy. Es fácil...
—Podrías caer, Jazmín —dijo Juanita con ansiedad—, o los Maxel te sorprenderán. Es peligroso.
—Soy como un gato para trepar muros —indicó la sonriente Jazmín—, y en cuanto a los Maxel, les diré que se marchen de mi palacio. Espera, amiga. Primero tenemos que comer. Te he traído ricos emparedados.
Juanita devoró los exquisitos manjares. Todo le parecía un sueño. Ella prisionera y la hija del emir visitándola en su prisión, cual hada bienhechora.
Cuando terminaron la merienda, Juanita cogió las oscuras manos de Jazmín y le dijo:
—Los Maxel piensan tenerme encerrada aquí hasta que llegue el emir.
—Eso piensan ellos, pero yo he dispuesto otra cosa —declaró Jazmín—. Escucha, amiga, tú crees que yo no me he dado cuenta de tu cariño por ese hombre proscrito. Te he oído suspirar y hablar dormida, y sé que el Sheik Blanco es un hombre de tu raza y que no es un bandido.
—¿Qué quieres decir, Jazmín?
—Que el Sheik Blanco no es malo, y que mi amiga lo quiere —respondió Jazmín—. Sé también que si tú y yo estuviéramos en peligro, él nos salvaría. Por eso yo siempre estuve a tu lado. ¿Te acuerdas cuando quisieron atraparle en el "Oasis de los Sueños"?
—Jazmín, yo deseaba confesarte un secreto —balbuceó Juanita—, pero prometí no revelarlo.
—No lo reveles —interrumpió Jazmín—. ¿Crees tú que el Sheik Blanco vendría a rescatarte si supiera que estás prisionera?
—Sí —dijo Juana Varden—, pero no podrá saberlo.
—Yo se lo diré —afirmó Jazmín—. Esta noche me dirigiré a la ciudad secreta de Istar.
—Sería muy peligroso —insinuó Juana—. Pensemos otro plan.
—Yo tengo el mío —insistió Jazmín—. Uno de mis fieles criados, que odia a los Maxel, tiene ya ensillados los caballos. Saldremos pronto, y mañana vendremos por ti. Deséame buena suerte, amiga. Volveré con el Sheik Blanco.
La princesa abrazó y besó a Juana Varden, y se deslizó del muro. Ambas amigas ignoraban que su plan había sido sorprendido por

rma Maxel. La miserable muchacha les espiaba por el tragaluz le la puerta.
ué una noche trágica para Juanita Varden.
Si algo le ocurriera a Jazmín —pensaba desesperada—. Hay antas tribus nómades que pueden secuestrarla para pedir su rescate. El emir me hará responsable de la locura de su hija."
De súbito sintió pasos en el corredor y creyó que se acercaba su salvación.
—Buenas noches, señorita Juana —dijo la voz áspera y cínica de Irma Maxel—, que duerma bien.
Juana Varden no respondió, pero acercó su oído a la puerta y oyó que Irma daba órdenes al criado que debía custodiar a la prisionera.

Entretanto, Jazmín corría por el desierto con su fiel criado.
—Hassan —preguntó de improviso la princesa—, ¿cuánto falta para llegar a Istar?
—Cinco kilómetros —respondió el fiel Hassan—. Temo que el Sheik Blanco nos trate mal.
—El Sheik Blanco es un caballero —protestó Jazmín—, y nos ayudará. Se acerca una caravana, Hassan. Parecen espectros. ¿Quienes son?
—Lo ignoro, princesa —dijo Hassan aterrorizado por la súbita aparición de los encapuchados—. Colóquese tras de mí, princesa.
Los jinetes fantasmas se acercaron y formaron un círculo en torno de Hassan y Jazmín.
—¿Quiénes son ustedes? —preguntó Hassan.
—Soy el Sheik Blanco —respondió uno de los encapuchados.
—No —exclamó la princesa Jazmín—. Esa no es la voz del Sheik Blanco. ¿Qué pasa? ¿Quién disparó?
Una bala había atravesado el hombro del fiel Hassan, quien caía del caballo como un muerto. Jazmín se dejó caer para socorrer al criado, pero uno de los encapuchados la cogió en sus brazos y la montó sobre su corcel.
—Tú no eres el Sheik Blanco —repitió Jazmín, tratando de libertarse—. El Sheik Blanco no maltrata ni cautiva a las mujeres.
El raptor le tapó la boca con su morena mano y ordenó a los jinetes que prosiguieran su marcha por el desierto.

Un rayo de sol, filtrando por la ventanilla, despertó a Juana Var-

den de su inquieto sueño. Se incorporó en su colchón de paja, y miró a su rededor.
Al punto recordó los trágicos sucesos del día anterior y la partida de Jazmín en busca del Sheik Blanco.
¿Qué suerte habría corrido la generosa princesa? ¿Habría regresado Carol?
"Tengo que salir de esta prisión —pensaba Juanita—. La inquietud me mata. Soy capaz de ahogar en mis manos a la primera persona que entre aquí. Mi desesperación raya en la locura. Jazmín, Jazmín, ¿dónde estás?"
Pasaron las horas, y por fin escuchó pasos en el corredor. Irma Maxel entraba con una jarra de café y pan.
—Supongo que habrás oído las últimas noticias —dijo la pérfida muchacha.
—¿Qué noticias?
—¿Te gustaría saberlas? —dijo la intrigante mujer—. Te conciernen a ti y a otra persona que te interesa. Alguien está en peligro. No me gustaría estar donde se encuentra esa personita. ¡Qué horror! ¡Qué suplicio!...
—Alguien en peligro —suspiró Juana, pálida y demudada.
Después de un corto silencio, Juana dijo a su enemiga:
—Si tú me refieres esas noticias, yo te diré algo muy importante.
Las pupilas de Irma brillaron como ascuas.
—Compromiso —replicó Irma—. ¿Qué tienes que confesarme?
Juana llevó un dedo a sus labios, y con temor balbuceó:
—El guardián puede oír. Ordénale que se retire y espere en el patio hasta que tú le llames.
Irma asintió y mandó al patio al criado que custodiaba a la prisionera.
—Habla ahora —dijo acercándose a Juana.
La hija del Sheik Blanco se aproximó a Irma como para decirle algo al oído. Irma aguardaba ansiosa. Entonces, Juanita, con desesperado gesto, le arrancó con su mano izquierda el manojo de llaves, y con su derecha lanzó a su enemiga al rincón del calabozo.
Cogida de sorpresa, Irma cayó de espaldas sobre las baldosas, y quedó semiaturdida.
Más ligera que un relámpago, Juanita corrió hacia la puerta, salió y dejó encerrada con llave a la pícara Irma.
—¡Auxilio, socorro! —gritaba la prisionera Irma, pero sus gritos no serían escuchados tan pronto.

Entretanto, la fugitiva corrió hacia el invernadero, decidida a escalar el muro y huir del palacio.

De pronto divisó a Adolfo Maxel, regente del palacio de Marakand durante la ausencia del emir Harún el Solimán.

—Alí —gritó Maxel—, envíame a ese hombre que quiere hablarme.

Un árabe, con el traje despedazado y lleno de sangre, caminaba afirmado en el hombro de Alí.

Con horror, Juanita reconoció al fiel Hassan.

—Traigo noticias espantosas, *effendi* —balbuceó el herido.

—¿Juras decir la verdad? —preguntó el traidor Maxel.

—Lo juro, *effendi* —declaró Hassan—. La princesa fué raptada. Yo lo vi con mis propios ojos.

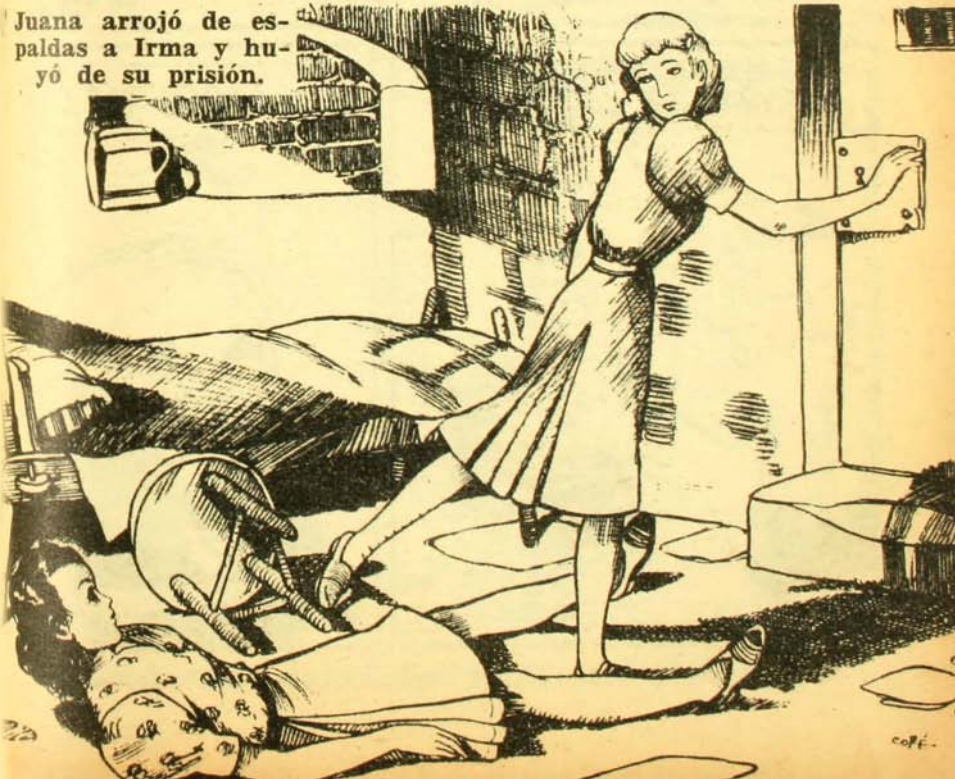
—¿Por quién?

—Me dijeron que era el Sheik Blanco —murmuró Hassan.

—Basta —ordenó Maxel—. Serás convocado como testigo ante el emir. Ese bandido sufrirá las mil muertes que ordena Mahoma para sus traidores.

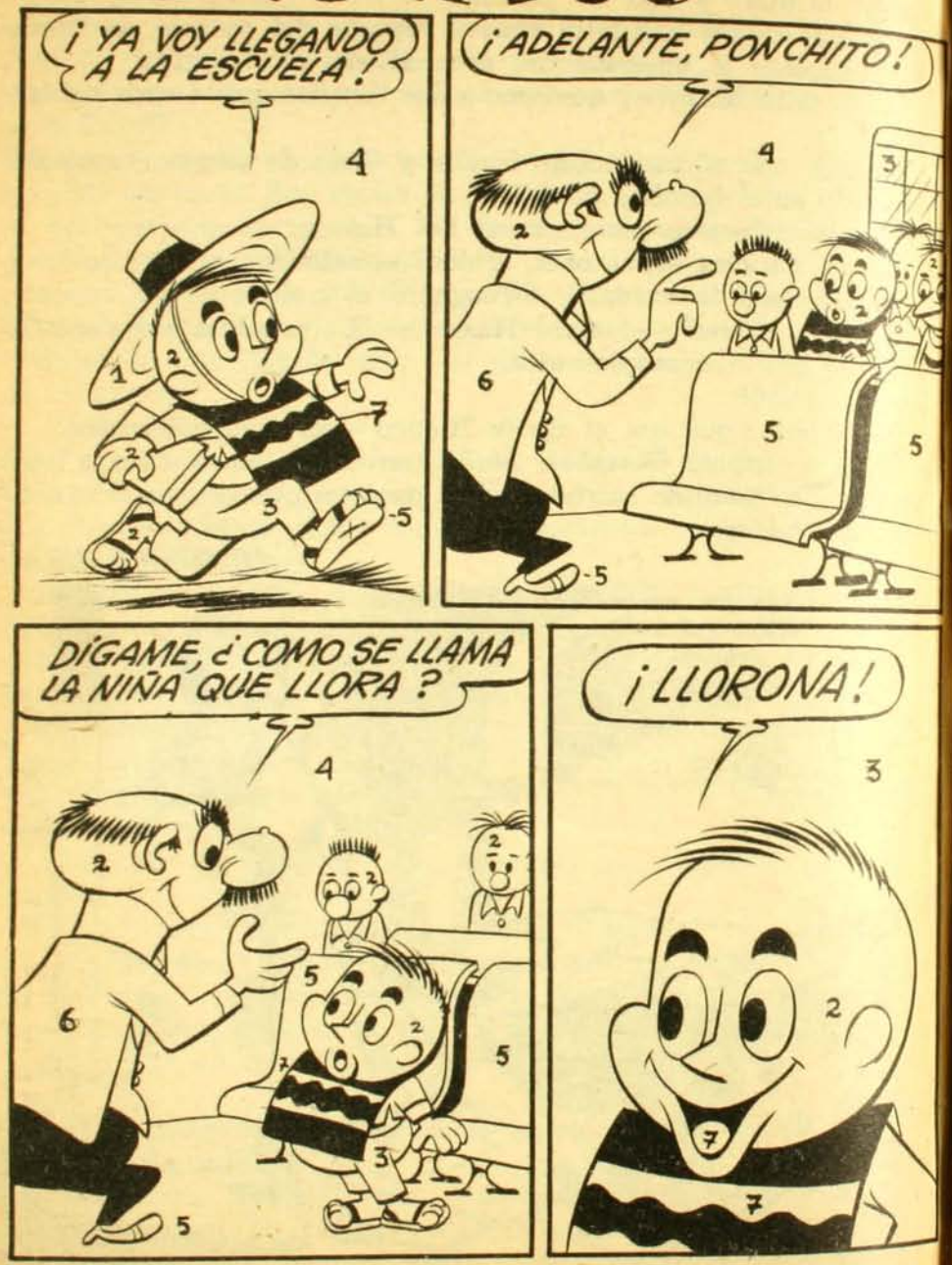
(CONTINUARA)

Juana arrojó de espaldas a Irma y huyó de su prisión.



Ponchito

POR NATO



Estos dibujos son hechos especialmente para colorear:



1 amarillo; 2 rosado; 3 azul; 4 naranja; 5 café; 6 verde; 7 rojo.



EL REINO DESTRUIDO

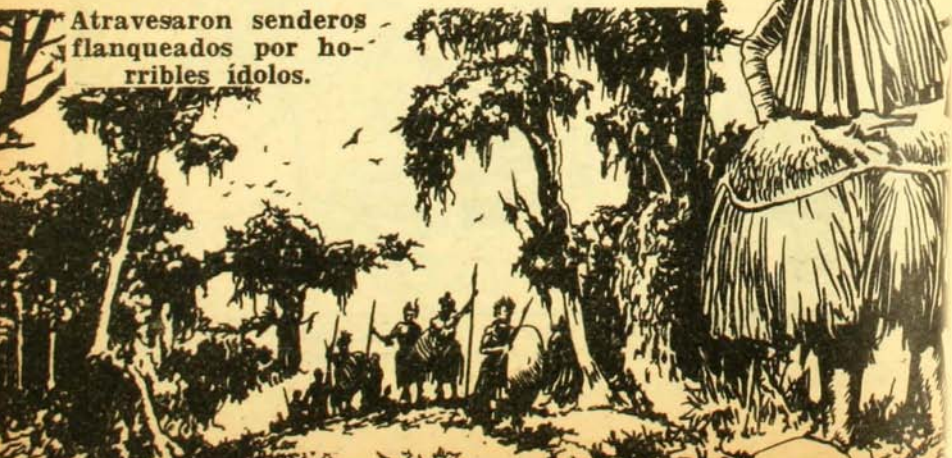
CAPITULO XVII.—El hechicero.

Fulvio Luceri había atravesado los montes Atlantes acompañado sólo de sus siervos Marco y Elvio, y de las esclavas Marcela y Nefari. Las demás personas de su escolta habían quedado en la gruta de Ben Kaid, incapaces de continuar aquella huída a través de Africa.

El joven patricio dió muerte a dos leones, sin advertir que una tribu de salvajes lo rodeaba silenciosamente, presenciando su hazaña. Los aborígenes veneraban a los matadores de leones, y rindieron homenaje al romano. Danzaron ante él y sus atemorizados siervos enarbolando lanzas y cuchillos.

Terminada la frenética danza, invitaron con gestos a los blancos a que les siguieran. Por cierto que ninguno se opuso. Atravesaron senderos flanqueados por horribles ídolos. Una intensa palidez cubría el bello semblante de Marcela. Nefari, en cambio, permanecía inmutable.

Un profundo silencio reinaba en la selva,



Atravesaron senderos flanqueados por horribles ídolos.



En aquel claro se alzaban enormes fetiches

interrumpido sólo por el crujir de las hojas bajo los pies negros de los salvajes, y bajo las sandalias de los romanos. Por fin llegaron a una aldea, donde el número de fetiches aumentaba en forma notable. Se erguían sobre sus pedestales de madera como extraños y monstruosos sueños convertidos en realidad. Eran ídolos compuestos de figuras humanas y animales.

De súbito, de uno de aquellos pedestales saltó a tierra una de las grotescas figuras. Marcela contuvo un grito de horror.

El ídolo que había cobrado vida avanzó, agitando los bastones que sostenía en sus manos.

—Es un hechicero —murmuró Fulvio al oído de la desfallecida Marcela.

El brujo empezó a danzar, modulando una extraña canción.

—¿Qué significará esta farsa? —murmuró Fulvio, con el ceño contraído.

—Es, tal vez, una demostración de amistad —sugirió Marcela.

Nefari dijo sombríamente:

—No me fío del negro que



Uno de los ídolos pareció adquirir vida.



—No me fío del negro que danza ni del cocodrilo que duerme...

danza, ni del cocodrilo que duerme...

La danza del brujo parecía no tener término. De pronto el llanto de un niño hizo alzar los ojos a Fulvio, que sólo en ese instante advirtió que se encontraba en una aldea, cuyas cabañas estaban construídas en lo alto de los árboles. Por fin el brujo cesó de bailar, y junto con el jefe de la tribu se acercó al joven romano y le habló en su dialecto. Por cierto que Fulvio no comprendió una palabra.

De pronto Nefari pronunció una frase en aquel gutural lenguaje, respondiendo al hechicero. Después explicó a su amo:

—Dice que harán una fiesta en tu honor, y te ruega que aceptes la hospitalidad que te ofrece.

Fulvio no pudo contener un suspiro de alivio. De nuevo Nefari acudía en su ayuda. Conocía el idioma de los aborígenes, y había servido de intérprete.

—Diles que acepto su generosa hospitalidad —indicó a su sierva.

Marcela también dirigió una mirada de agradecimiento a la joven egipcia. Al oírla hablar el dialecto africano, se sintió menos indefensa.

Con voz tranquila, Nefari pronunció:

—*Aimú zeven da kirimba makombo.*

Una expresión complacida apareció en el oscuro semblante del monarca africano.

El hechicero alzó los brazos, imponiendo silencio a la tribu. En seguida habló con voz estridente y gestos desaforados.

—¿Qué dice? —preguntó Fulvio.

Nefari tradujo:

—Está hablando al pueblo y les dice: "El gran cazador blanco acepta la hospitalidad del rey. Permanecerá con nosotros, y si el espíritu del mal nos amenaza, todos los leones que él ha matado se levantarán de la tierra para venir a defendernos."

Un grito de enorme júbilo resonó sobre los árboles. El clan celebraba la llegada de aquel cazador blanco, que con una sola lanza había dado muerte a dos leones.

Una tras otra, las negras y ágiles figuras de los africanos se dejaron caer desde sus cabañas aéreas y rodearon a los romanos. El rey hizo una señal amistosa a Fulvio para que lo siguiera hasta un recinto rodeado por una empalizada de bambú.

(CONTINUARA)



Las cabañas estaban construídas sobre los árboles.



El brujo empezó a hablar con voz estridente.

GRANDIOSO sorteo de Fiestas PATRIAS

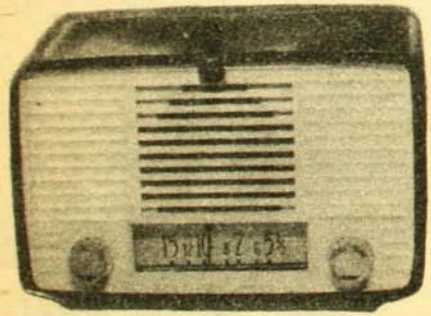
"SIMBAD" ofrece a sus numerosos lectores

$ 200.000

en valiosos premios, que se repartirán únicamente entre los lectores de "SIMBAD" el 10 de septiembre.

PREMIO MAYOR: Una hermosa bicicleta para niño.
Segundo premio: Un radio Phillips.
Otros premios: Hay muñecas, delantales para niñitas, pelotas de goma, cuadernos, útiles de escritorio, chombas, sweaters, poleras, soquetes, acuarelas, patines, zapatillas para niños, etc.

Para obtener cualquiera de los obsequios enumerados sólo tendrán que juntar los cupones que aparecen al pie de esta página, semanalmente. Por cada serie de 5 cupones, numerados del 1 al 5, obtendrán un boleto para optar a los premios que repartirá "SIMBAD" el 10 de septiembre próximo. Ahora, lectores, a juntar muchos boletos para este gran sorteo.



Cupón N.º 5 — Serie N.º 2
Sorteo de Fiestas Patrias
Cupón N.º 5 — Serie N.º 2
6 de abril de 1955

¿LO SABES TU?

CONTESTA A ESTA PREGUNTA



¿Cuántas provincias tiene Chile?

Solución a "SIMBAD" N.º 290.
"Por la Razón o la Fuerza" es el lema de nuestro escudo nacional.

Entre los niños que enviaron soluciones exactas, salieron favorecidos los siguientes nombres:

CON CINCUENTA PESOS: María Iribarren, Lota Bajo; María Cristina Recart, Curacautín; Augusto Raggio, Los Andes; María Isabel Agurto, Talcahuano; María Cecilia Cortés, Santiago; Juan Guillermo Pacheco, Santiago; Juan B. Rojas, Santiago; Eugenia Bunster, Angol; Oscar Torrealba, Cauquenes; Carmen Ahumada, Rancagua.

SUSCRIPCION TRIMESTRAL: José Gutiérrez, Victoria; Sonia Carrasco, Santiago; Eliana Godoy, Los Andes; Julieta Montehumo, Santiago; Juan Castro, Villa Alemana; Manuel Sánchez, Valparaíso.

UN LIBRO: Miguel Lagos, Longaví; Iván Schmidt, Puerto Montt; Guillermo Hornung, Collipulli; Carlos Miranda, Santiago; María Eugenia Veloso, Temuco; Eduardo Iglesias V., Casilla 136, Molina; Luisa Cortés, Santiago; Inés Bravo, Osorno; Alicia Fuenzalida, Curicó; Hugo Núñez, Teno.

CUPON DEL CONCURSO Semanal
SIMBAD N.º 292

Empresa Editora Zig-Zag, S. A. — Santiago de Chile, 1955

Juan y Juanita





3. "—Déjenlos tranquilos. Ustedes los asustan", dijo un marino. "—Aldo tiene razón —agregó otro—. Aunque tengamos maneras de osos, no somos malos. Confíen en nosotros, Juan y Juanita." La niña refirió entonces su reciente aventura en Africa. "—Regresamos ahora a nuestra patria", terminó diciendo.





4. "—El viaje durará más o menos un mes —indicó Aldo—. El tiempo pasará rápidamente." Juanita murmuró: "—Esa era también nuestra esperanza. Pero hemos descubierto que el barco se dirige a Colombo. Nos alejaremos cada vez más de las costas de Francia". Esta declaración causó estupor entre los tripulantes.

(CONTINUARA)

PELUSITA POR NATO



Simbad

N.º 293

LA PRINCESA MUÑECA

$ 10.-



Juan y Juanita

CAPITULO LXXIII.—CONTRABANDO DE ARMAS





1. Juanita había declarado que el barco mercante "Pez Volador" no se dirigía a Francia, sino a Colombo. Esta noticia desconcertó a la tripulación. "—Es preciso pedir una explicación al capitán —dijo Aldo, con expresión sombría—. Nos ha engañado." Nadie advirtió que un marinero se retiraba furtivamente.





2. Minutos después aparecía Lugo, seguido de su contramaestre Brady y del soplón Romero. "—¿Tienen alguna queja?", preguntó con dureza. Aldo repuso: "—Nos hemos desviado de la ruta primitiva. Yo no estoy dispuesto a prolongar este viaje". Lugo dijo con una sonrisa astuta: "—¿Y si les hiciera una propuesta?"

(Continúa en la penúltima página.)

Simbad

AÑO VI — 13-IV-1955 N.º 293

Directora: Elvira Santa Cruz (Roxane)
Suscripción anual: $ 490.—
Semestral: $ 250.—
Recargo por vía certificada: Anual: $ 21.—. Semestral: $ 11.—.
Extranjero:
Anual: U.S.$ 2,10
Semestral: U.S.$ 1,05
Recargo por vía certificada: Anual: U.S.$ 0,20
Semestral: U.S.$ 0,10

La Princesa Muñeca

CAPITULO XIX.—Mirtala y Pedro llegan a la montaña.

El hada Mirtala, disfrazada de vieja mendiga, y Pedro, el primo de Flora, llevaban ya tres días y tres noches caminando hacia la montaña.

—¿Estás muy cansado, Pedrín? —preguntó el hada.

—Aunque tuviese que caminar hasta el infierno, aunque tuviese que derribar toda la montaña —respondió el primo de Flora—, no desmayaría un momento.

Por fin llegaron al montón de piedras, las mismas que el hada Mirtala había visto tras la esfera mágica desde su real palacio.

—Yo creo que Flora se encuentra bajo esas piedras —dijo la anciana a Pedro—; necesitarás mucha perseverancia y esfuerzo para removerlas.



Pedro no sentía ni hambre ni fatiga en su caminata.

Pero ya el joven leñador iniciaba su trabajo y, con ayuda del hacha, removía el inmenso montón.
De pronto se desprendió un pedazo de roca y apareció un agujero semejante a una larga chimenea.
Mirtala se inclinó sobre el hoyo y le pareció escuchar la voz del mago Focio.
—No te muevas —ordenó Mirtala a Pedro.
Esperaron breves segundos en perfecto silencio.
—No se escucha ruido alguno —dijo Mirtala—; tal vez convendría bajar a ese precipicio, mi buen Pedro. ¿Cómo hacerlo?
—Con mi cinturón de cuero y los cordeles que llevo para atar la leña —respondió Pedro—. Yo bajaré primero y le diré lo que ocurre en el subterráneo.
—Tu idea es excelente —declaró Mirtala—, y yo voy a destrozar mi delantal para alargar la cuerda. Así podrás hacerle varios nudos que te ayudarán a bajar.
Pedro ató la punta de la soga improvisada a un pico del peñasco y se enrolló el resto a la cintura.
—Que tengas suerte —dijo la falsa anciana a Pedro, acariciándole la mejilla.
El muchacho sintió como si le rozaran con alas de seda y un valor inusitado invadió todo su ser.
Poco a poco fué deslizándose hasta llegar a una inmensa caverna donde puso pie en tierra sin desatar el cordel que pendía de su cintura.
De pronto sintió ruido en una obscura galería y se ocultó.
—Parece que alguien se acerca —balbuceó aterrado el leñador—; vienen hacia acá.
Un rayo de luz artificial brilló en la distancia; pero sólo un momento y en seguida dominaron el silencio y la obscuridad.
Pedro vacilaba, hasta que de pronto escuchó una voz furiosa y estridente.
—Dime, Flora, ¿no estás aún cansada de tu prisión y soledad? —preguntaba la voz—. Si vieras lo hermoso que está el día.
—Cerrando los ojos veo cosas muy bellas —respondió Flora—; ya sabes que en compañía de mi querida muñeca estoy feliz.
—¡Ah! ¡Ah! ¡Ah! ¡Qué tontería! —exclamó Focio—; estoy seguro de que tú piensas que la princesa de Giralda te dará un sitio de honor en su corte. Necia y estúpida campesina... Si llega otra vez a reinar, te arrojará a los corrales del palacio a cuidar



Caminaron tres días y tres noches hasta la montaña.

sus cerdos. O te devolverá a casa de tu tía Juana, quien te molerá a palos.

Pedro no perdía una palabra de esta conversación. Furioso con la maldad del diabólico mago, el niño quiso avanzar, pero se lo impidió la cuerda que le sujetaba de la cintura.

—Mi amor por mi muñeca no es interesado —respondió Flora, con triste acento—, y si no me separan de ella, no importa en cuál sitio me coloquen. Seré siempre su servidora, porque ella me consoló en mi triste vida de huérfana.

El mago dió un feroz gruñido y salió de la estancia donde estaba prisionera la infeliz pastorcilla.

Focio no podía arrebatarle a la princesa-muñeca, porque estaba rodeada de un círculo mágico que impedía a sus enemigos cogerla por la fuerza.

Pedro volvió a subir por la cuerda y dió parte al hada Mirtala de lo que había descubierto.

—Si yo conservara aún mi poder —murmuró la falsa anciana—, llamaría al rey de los enanos y él me ayudaría a salvar a mis protegidas. Pero ahora sólo soy una pobre mujer desvalida.

—¿Qué podemos hacer? —interrogó Pedrín—. Yo sería capaz de matar a ese mago.

—Ten cuidado —objetó el hada—, se acerca el cuervo hechizado. Ocultémonos tras las rocas. Si nos descubre estamos perdidos.



Pedro se dejó caer a subterráneo, sosteni do por una cuerda.

El ave de rapiña, que no era otro que el canciller Rodar, se posó sobre una roca, a pocos metros de distancia.

Pedro y Mirtala retuvieron la respiración, a fin de no dar a conocer su presencia.

—¿Por qué ocultarnos? —protestó Pedro—; yo he muerto a cuervos mucho más grandes que ése. Basta escoger el momento y darle fuerte con el hacha. ¿Quiere que lo mate, señora?

—No —respondió Mirtala—; ese cuervo delatarja nuestra presencia en estos parajes al mago Focio.

—¿Y si lo mato antes? —insistió Pedrín.

—Tiene un poder oculto y es amigo del secuestrador de tu prima —declaró el hada.

Pedro se violentaba para no desobedecer a la anciana y en un movimiento que hizo rodó una piedra.

Grande fué el espanto del leñador al ver que el cuervo dirigía la palabra a la vieja mendiga.



El valiente Pedro mató al cuervo con su hacha.

—¡Ah, ah, ah! —chilló el cuervo—; ahora las potencias invisibles me protegen a mí, hada Mirtala. ¿Tú creías que te había perdido de vista? En efecto, nunca creí que fueras tan necia para venir a colocarte en la boca del lobo...

—Estamos perdidos —murmuró la anciana.

—Todavía no —dijo el valiente Pedro.

Y antes de que el cuervo tuviera tiempo para sospechar el ataque, el muchacho le asestó un fuerte golpe con la filuda hacha. El cuervo exhaló un gemido y quedó inmóvil.

—Y ahora lo vamos a enterrar entre estas piedras —dijo el heroico muchacho—, a fin de que no lo descubran ni los magos ni los diablos. ¿No le decía yo que era capaz de matar cuervos y buitres más grandes que éste? Ya ve usted, señora hada, que no está todo perdido.

—Eres un valiente niño y te felicito por tu hazaña —dijo el hada Mirtala.

Pedro cogió por las tiesas patas al difunto cuervo y lo sepultó bajo un montón de piedras.

En seguida, el muchacho dijo a la anciana:

—Ahora ocupémonos de mi prima Flora y de su muñeca. Convendría que alargáramos la cuerda, porque no me alcanza para llegar al sitio donde tienen prisionera a mi prima.

—Ya rompí mi delantal —dijo el hada Mirtala—. Ahora romperé mi enagua y así se alargará la soga.

(CONTINUARA)

EL TEMPLO DEL SOL

CAPITULO II.—EL IDOLO DE PIEDRA





1. El joven explorador Ronny Clayton guió a su amigo Alberto Fag ante una roca, en la cual se veía la impresión de unos dedos. "—Tú sabes que los aztecas conocían el secreto de ablandar la superficie de las piedras. Mañana iniciaré las excavaciones en este lugar", dijo con entusiasmo.





2. "—¿Mañana? —protestó el soñoliento Fag—. ¿Y para esto interrumpiste mis encantadores sueños? ¿Por qué no empiezas a cavar ahora?" Ronny sonrió: "—Es una buena idea. Ofreceré doble paga a los hombres, y si aceptan..." Casi al amanecer empezaron a aparecer las ruinas en la cantera.





3. Los trabajos continuaron durante una semana. Un pequeño idolo fué hallado. "—Fag —ordenó Ronny—, saca una fotografía de esta cabeza, de manera que se adviertan claramente hasta los menores detalles, para enviarla al profesor. Creo que pertenece al templo."





4. El explorador hablaba incansablemente de las excavaciones. Alberto Fag sugirió: "—Estás chiflado con tu templo del "Espejo llameante". ¿No te das cuenta de que el tiempo pasa y no has encontrado ni un gramo de oro? Merken estallará de rabia cuando sepa que sólo estás juntando piedras".

EL TEMPLO DEL SOL





5. Ronny estaba fascinado con aquella búsqueda y no oyó las advertencias de su amigo. Casi no dormía, vigilando el trabajo de los indígenas. "—Señor Ronny —anunció un mexicano—, en el pueblo lo espera un señor muy furioso. Le envía este mensaje y quiere que vaya inmediatamente."





6. Después de una fugaz mirada a la carta, Ronny contestó: "—Dígale a ese impaciente señor que estaré ocupado todo el día y que si se digna esperarme lo veré a la noche". Cuando quedaron solos, Alberto Fag preguntó: "—¿El amable Merken ha llegado?" Ronny dijo: "—No es él, sino su secretario".





7. El enviado de Merken era un individuo alto, vestido con elegancia y que mostraba en su rostro una expresión insolente. "—¿Por fin los buscadores de oro me conceden el honor de verlos?", preguntó, conteniendo su ira. Fag sonrió con lástima al ver que los puños de Ronny se crispaban.





8. Pero no se produjo la descomunal riña que Fag había presentido. Ronny se dominó con esfuerzo y dijo: "—Necesito más tiempo. Hallaré el oro que el señor Merken codicia, pero antes..." El secretario interrumpió: "—Antes quiere divertirse con sus ídolos de barro. Pues, no, señor".

(CONTINUARA)



CAPITULO VII y FINAL.—Romance.

Iván Bosco había dominado el motín que estalló a bordo del "Aventura". Hugo Marty, el instigador de la revuelta, cayó al mar sembrado de hielos y no pudo ser rescatado.

El "Aventura" retrocedió por el canal, para buscar al profesor Carel, su hija Anita, un marinero y Carlos Haines.

Cada cierto tiempo, el vigía lanzaba su llamado en la densa sombra de la noche polar:

—¡Señor Carel! ¡Señorita Ana! ¡Carlos!

"Conquistador", el perro de Anita, ladraba con desesperación.

Ninguna voz respondía. Empezaba a soplar el viento del este, que trae nubes de nieve en polvo y ráfagas aullantes. El rompehielos del barco tal vez quedaría inutilizado en la temperatura cada vez más baja. Existía el riesgo de permanecer bloqueados entre los glaciares altos como montañas.

Debido al frío, la piel de las manos de los tripulantes empezó a cubrirse de hinchadas ampollas amarillentas. Los hombres se mordían los labios, a fin de contener los gemidos y deslizaban sus manos ateridas bajo su "parka" para aprovechar el calor del cuerpo.

—Ni siquiera nosotros resistiremos mucho tiempo —dijo Bosco, sombríamente.

De nuevo se alzó la voz del vigía, más apremiante. Desde la distancia llegó una respuesta.

—¡Ohe! —gritaba Carlos—. ¡Eh, los del "Aventura"! ¡Aquí estamos!



—¡Señor Carel! ¡Señorita Ana! ¡Carlos!



—¡Estamos salvados!

Carel se irguió, con una expresión incrédula, mientras Anita lanzaba una exclamación de alegría.

—¡Estamos salvados!

Una embarcación acudió al rescate de los náufragos, que minutos después se hallaban a bordo. Bebieron café caliente. Mientras Anita acariciaba al fiel "Conquistador", Carel preguntó:

—¿Y Marty? No lo he visto. ¿Lo tienen prisionero?

Bosco vaciló antes de responder.

—El barco sufrió una avería... —empezó a decir, desorientado. Luego, decidiéndose, agregó—: Todo estaba conforme a bordo, señor. Los compañeros reconocieron que habían procedido mal y estaban dispuestos a rescatarlo. El señor Marty no se opuso....



Anita acariciaba al fiel "Conquistador".



—Todo estaba conforme a bordo, señor...



Iván Bosco evocó el drama.



—Los buscamos inútilmente.

pero, desgraciadamente, durante una reparación, cayó por la borda. Lo buscamos inútilmente.

Carel comprendió que Bosco no deseaba acusar de insubordinación a los tripulantes que habían participado en el motín y dijo:

—Comprendo, Iván. Lamento la muerte de Marty. Debemos proseguir viaje, y para tener éxito en la expedición es necesario que la tripulación esté unida y reine la armonía a bordo del "Aventura". Gracias, Iván. Le ruego que ocupe el puesto que Marty dejó vacante.

Cuando el jefe de la expedición se dirigió a sus hombres y les agradeció su lealtad, se produjo un silencio confuso.

—Señor —exclamó uno de los tripulantes, avanzando un paso.

—Regresa a tu sitio —ordenó el capellán con voz severa.



—Comprendo —dijo Carel.

Desde ese instante, nadie pronunció una sola palabra sobre el fracasado motín, y con el tiempo se olvidó, como si nunca hubiera existido.

El "Aventura" prosiguió su viaje en el mar de hielo, acercándose al Polo Sur. Se detuvo cuando ante él se extendió la tierra blanca y fría.

El sabio escribiría sus experiencias y daría a conocer los resultados de su misión científica, daría

conferencias interesantes, recibiría felicitaciones entusiastas y hasta quizás el premio Nóbel.

Pero nadie sospecharía el drama vivido en la Barrea de Hielo, bajo las sombras de la más obscura y larga noche, a los resplandores intensos y cegadores de la aurora boreal.

Tampoco sabrían que entre el odio y la violencia nació un romance profundo entre Carlos Haines y Anita Carel. De regreso al mundo de la luz y el calor, unieron sus vidas con la aprobación del explorador y ante la sonrisa feliz del fiel Iván Bosco, que comentó:



—Los corazones no se hielan en el Polo y veo que también allá hay primavera. En otro viaje que haga, veré si nacen flores en el hielo, o si también puedo yo encontrar un bello romance que termine con mi vida errante.

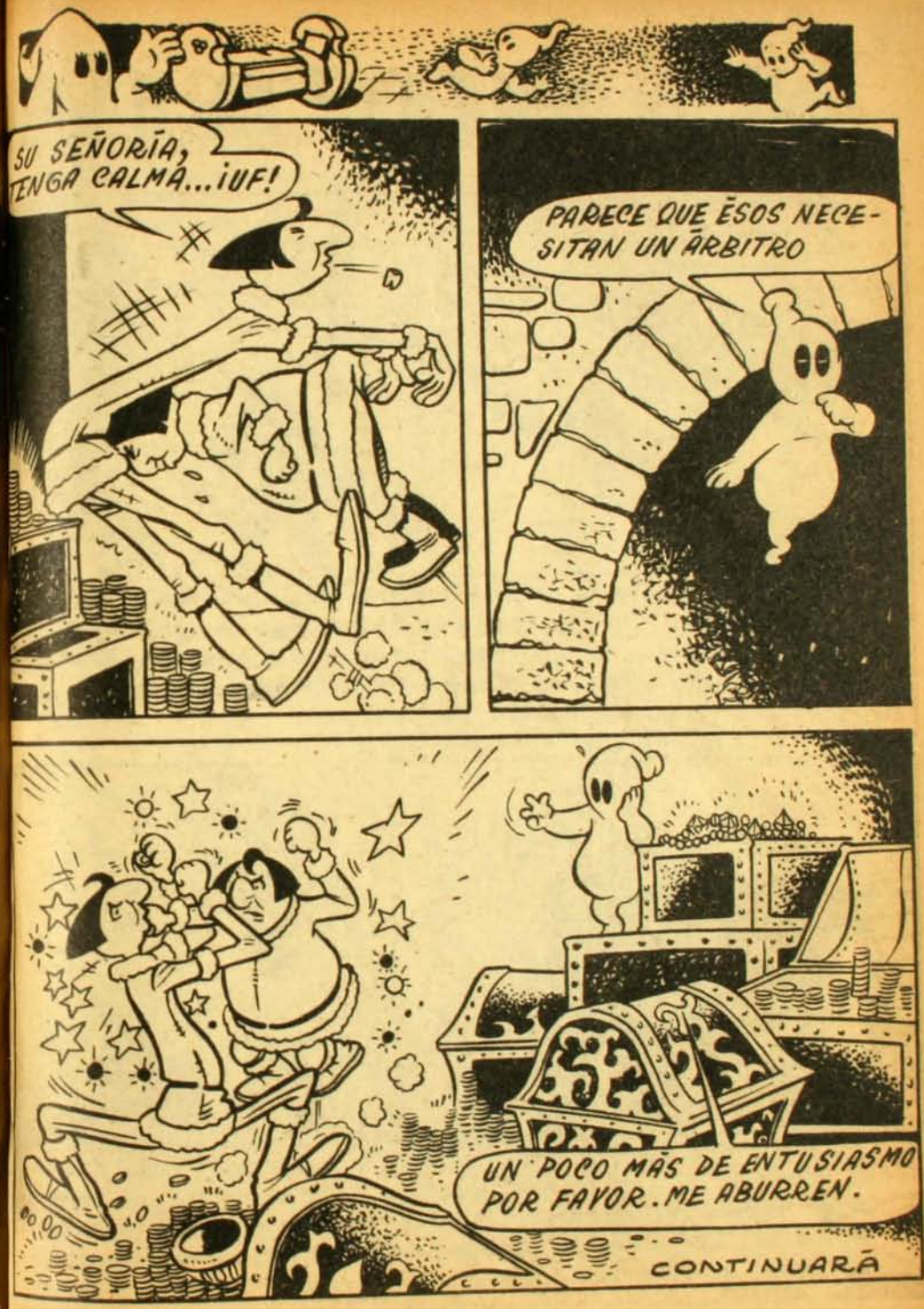
FIN



El fantasmita

SIR BEPOCO Y EL CABALLERO TIRIFILO ENCUENTRAN UN TESORO EN EL CASTILLO DE BALO...





BUFALO BILL

CAPITULO II EL ASALTO





1. Búfalo Bill buscaba pasto y cortezas para su caballo herido, cuando avistó a una osa, contra la cual disparó. La bestia había sido atacada antes por un puma. Sus cachorros quedaron desamparados, y Búfalo Bill decidió protegerlos. Regresó al campamento, con los oseznos y la carne del puma.





2. La indiecita Gacela Blanca lo acogió con alegría, pero luego su expresión radiante se ensombreció: "—Tu caballo se ha agravado". Búfalo Bill murmuró: "¡Pobre "Galante"! Seguiré buscando hierba". Los ositos decidieron acompañarlo y se adelantaron. De pronto se detuvieron, olisqueando el aire.





3. "—Huelen algo, y, sea lo que fuere, no le temen", dijo Búfalo Bill. Se aproximó con cautela al árbol, sin descubrir nada detrás de él. "—Quizás esté dentro, entonces", caviló, y no tardó en descubrir que por las grietas del tronco manaba un líquido espeso y dorado.





4. "—Estos diablillos, con sus naricillas traviesas, descubrieron un árbol de la miel", exclamó Búfalo Bill, y sus gritos atrajeron a Gacela Blanca. La doncella cheyene alzó en sus brazos a los ositos y dijo: "—Han salvado a tu caballo, que está muy débil para alimentarse con hierba".

BUFALO BILL





5. "—La miel es suave y le devolverá las fuerzas". Mientras el explorador atendía a su fiel cabalgadura, Gacela Blanca aspiró el aire. "—La primavera llegará pronto, Cabello Largo. Derretirá la nieve y entonces podremos seguir viaje... Llevándonos a Chuby y Tuby".





6. "—¿Les has dado nombre a esos diablillos? —sonrió Búfalo Bill—. "Galante" se restablecerá pronto." En efecto, dos días más tarde el caballo estaba en condiciones de iniciar la marcha. "—Iremos al Fuerte Kearney. Los sioux de "Toro Sentado" lo asaltarán en cuanto los caminos queden libres de nieve."





7. El explorador y su bella compañera no sospecharon que eran espiados por dos pieles rojas que tenían el semblante pintado con tatuajes de guerra. Los sioux se acercaron sigilosamente a la desprevenida Gacela Blanca. Búfalo Bill se había alejado del campamento, para explorar los alrededores.





8. Los asaltantes se dejaron caer sobre la indiecita. El esbelto cuerpo de ella se retorció en un movimiento instintivo y vigoroso. Uno de los sioux, cogido por los finos brazos, fué lanzado al suelo. El otro golpeó con su garrote a la doncella cheyene. "—¡Aug! —gruñó—. La maldita *squaw* no molestará más."

(CONTINUARA)



LA HIJA DEL SHEIK BLANCO

CAPITULO XIV.— Jazmín, prisionera de Ben Rachid.

—Tú aseguras que fué el Sheik Blanco quien raptó a la princesa Jazmín — dijo Adolfo Maxel al criado Hassan.

—Yo dije que nòs había atacado una tribu de jinetes encapuchados —se atrevió a decir Hassan.

—¡Te equivocas! —gritó Maxel, sacudiendo el brazo herido de Hassan—. Tú confesaste que era el Sheik Blanco quien había raptado a la princesa. Eso tendrás que decirle al emir. Alí, llévate a este hombre.

Hassan, aún manando sangre de su herida en el hombro, se alejó hacia el palacio.

Entonces Adolfo Maxel llamó a un mensajero de toda su confianza y, sacando de su dedo un anillo, le dijo:

—Entrega este anillo al emir Harún el Solimán y lleva este mensaje. Dirás al emir que su hija Jazmín fué raptada por una banda de nómades ladrones, cuyo jefe es el Sheik Blanco.

Juanita Varden, oculta tras un macizo ibisco, casi sin atreverse a respirar, escuchaba las palabras sediciosas del infame Maxel.

—Jazmín raptada —decíase Juana—, y por mi padre... No es posible. Debe ser una mentira, una calumnia de ese hombre malvado.

RESUMEN.—Después de muchas intrigas en las que se ve envuelta Juana Varden por sus enemigos Adolfo e Irma Maxel, la hija del Sheik Blanco es acusada de haber robado la "Llave de Oro", emblema del poder en Marakand. Irma cautiva a Juanita, pero la princesa Jazmín sale en busca del Sheik Blanco para que la liberte. Jazmín cae prisionera en el desierto, y Juana, al saberlo, acomete contra Irma Maxel y huye de su prisión dejando encerrada a Irma.

Cuando se alejó Adolfo Maxel, Juana salió del invernadero, decidida a ir al encuentro de Jazmín y salvarla del peligro. Temía, sin embargo, que ya hubieran descubierto su fuga de la prisión y que los gritos de Irma, encerrada en el calabozo, dieran la voz de alarma en el palacio.

Era preciso obrar con rapidez.

"Necesito un caballo —pensó Juana—, y también un disfraz para salir de aquí."

Su natural atrevimiento la impulsó a subir a sus habitaciones y buscar allí a la camarera de la princesa Jazmín. Suavemente abrió la puerta del aposento de Karata y vió a la muchacha árabe sollozando con desesperación. Karata ya conocía el rapto de su ama.

—Señorita Juana —exclamó la muchacha, con viva sorpresa—, me habían dicho que usted se había fugado después del robo de la "Llave de Oro".

—Mentían —respondió Juana—, y también mienten los que afirman que el Sheik Blanco raptó a la princesa Jazmín. Karata, tu ama está en peligro y necesito tu ayuda para salvarla.

—¿Qué puedo hacer? —preguntó Karata.

—Préstame un traje tuyo y un tupido velo —indicó Juana Varden— para salir disfrazada del palacio.

Karata ayudó a Juanita a vestir la indumentaria oriental y le explicó la manera de escurrirse sin llamar la atención de la guardia palaciega.

—Confía en mí, Karata —dijo, por fin, Juana—. Volveré con la princesa.

La fiel muchacha entregó a Juana un cesto con ropa y la acompañó hasta el patio de la servidumbre. Los árabes la dejaron pasar y así llegó hasta las pesebreras.

Rápidamente Juana ensilló la yegua "Polvo de Estrella" y partió en veloz carrera.

—"Polvo de Estrella" —decía Juanita al inteligente animal—, vamos en busca de la princesa Jazmín. Debes correr más ligero que el viento.

Galoparon durante dos horas hasta llegar al primer oasis del desierto; descansaron a la sombra de las palmeras, bebieron agua de la vertiente y prosiguieron su ruta por el árido desierto.

El sol quemaba la arena y "Polvo de Estrella" continuaba galopando. Juanita comenzaba a sentir el tormento de la sed, pero

no desmayaba. De súbito divisó en lontananza un oasis verde y acogedor.
—Animo, "Polvo de Estrella" —murmuró la desfallecida niña—. Ya llegaremos a beber agua clara de la fuente.
Pero a medida que avanzaban, el oasis parecía retirarse más y más. "Polvo de Estrella" ya no corría; de improviso sus patas se doblaron y cayó sobre la quemante arena.
—Levántate —suplicaba Juana a la exhausta yegua—. Tu amanos aguarda.
"Polvo de Estrella" cerró sus párpados y quedó inmóvil.
—Seguiré a pie hasta el oasis —declaró la intrépida niña.
Poseída de locura, Juana Varden corría y corría en pos del oasis que siempre se alejaba.
—Es un espejismo del desierto —exclamó por fin Juanita—. Ya me habían contado el efecto de esas visiones que engañan a los viajeros. Un espejismo, una visión óptica y nada más. Estoy perdida.
Un sollozo de angustia brotó de sus labios resecos, su razón se turbó y cayó para no levantarse en ese traidor arenal.
A lo lejos cabalgaba un jinete de blancas vestiduras. Los cascos del caballo no hacían ruido en la arena, de modo que el jinete pudo acercarse a la joven desmayada y examinar su rostro.
—Juanita —murmuró el viajero del desierto, sacando rápidamente de su cintura una botella con agua.
Juana Varden, al sentir sobre sus labios y en su frente un chorro de agua fría, abrió los ojos y creyó soñar al ver inclinado sobre ella el fino rostro del Sheik Blanco.
—Juanita, hija mía, ¿qué hacías en este desierto? —preguntó el proscrito.
—Han raptado a la princesa Jazmín —balbuceó Juana—, y el pérfido Maxel ha enviado un mensaje al emir Harún el Solimán, declarando que tú eres el raptor.
—Qué nueva villanía intenta Adolfo Maxel —exclamó el Sheik Blanco—. Los malvados pagarán cara esta calumnia. Vamos a rescatar a tu amiga, Juanita. Te doy mi palabra de honor. Arriba, hijita mía.
El Sheik Blanco cogió de la cintura a Juanita y la depositó junto a él en su caballo.
—¿Y "Polvo de Estrella"? —preguntó Juana.
—Mi gente se ocupará de tu yegua —declaró el Sheik Blanco—. No podemos perder tiempo. Mi campamento está cerca de aquí



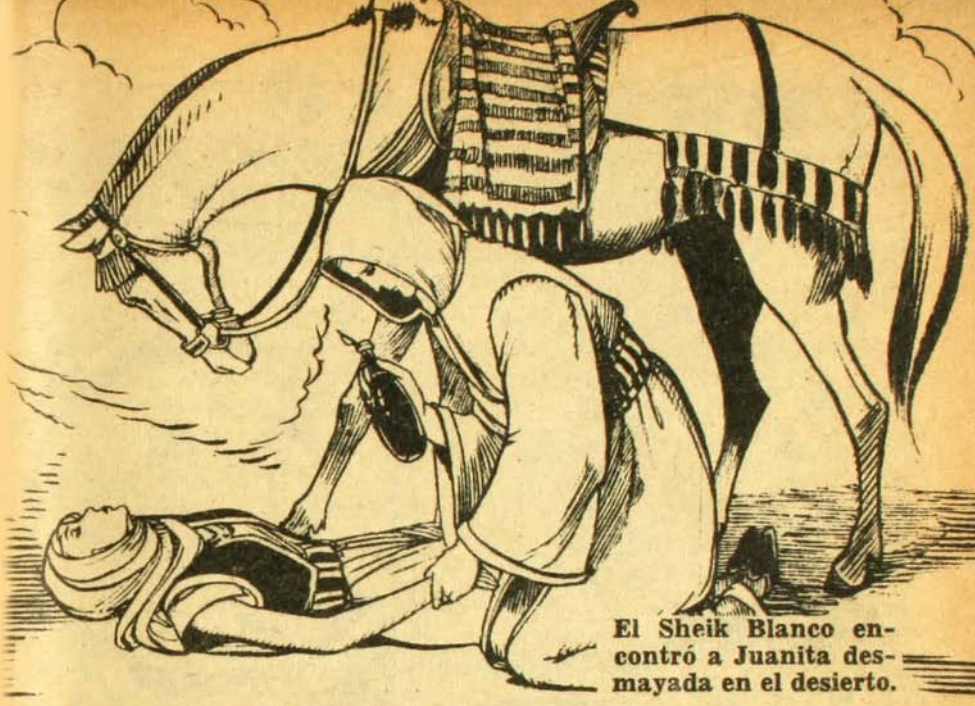
Adolfo Maxel entregó su anillo al árabe que llevaba un mensaje al emir.

y, cuando hayas descansado, partiremos en busca de Jazmín.
Momentos después el padre y la hija llegaban al campamento de la tribu de Istar, capitaneada por el Sheik Blanco.

* * *

Entretanto la princesa Jazmín se hallaba desde la noche anterior en la lujosa tienda de campaña de su villano raptor.
—Déjenme partir. Esto no puede continuar —clamaba la princesa, caminando como avecilla en jaula, de un lado a otro de la carpa.
En un extremo situábase un negro de Nubia, con su amenazadora lanza, y en otro rincón, un soldado árabe con carabina y puñal.
—¿Está usted sordo? —gritaba Jazmín al soldado árabe—. Veinte veces le he dirigido la palabra y no responde. ¿Dónde está mi criado Hassan? ¿Qué ha hecho de él? ¿Por qué me tienen prisionera?
El árabe y el nubiano parecían estatuas.
Una negra entró en la tienda con una bandeja de plata, en la cual se veían exquisitas frutas, manjares y una jarra con agua. Jazmín bebió el fresco líquido pero rechazó los alimentos.
—Habla tú, esclava —gritó Jazmín, sujetando a la negra—, y ve a decir a tu amo, que es un bandido, un bellaco, un malandrín. Dile que se presente y que yo le diré...

—¿En verdad, princesa Jazmín, qué desea decirme? —dijo una voz varonil.
Jazmín volvió la cabeza y advirtió que se abrían las sedosas cortinas, para dar paso a un personaje ataviado con rica indumentaria.
—¡Oh! —murmuró Jazmín, ahogando un grito de espanto al ver la maligna fisonomía de su raptor. Infundía aún mayor repulsión la cicatriz roja que partía la mejilla de aquel individuo.
—Tenga la bondad de sentarse, princesa —suplicó el villano hombre señalando a Jazmín un cómodo diván—. No es propio que la hija del emir Harún el Solimán permanezca de pie ante uno de sus vasallos.
—¡Yo te conozco, malvado! —gritó la princesa con incontenible furor—. Tú eres el jefe de la tribu amiga de los Maxel. Te he visto varias veces en mi palacio, después que mi padre partió. Tú eres Ben Rachid...
—La princesa tiene ojos penetrantes —dijo el árabe, con burlesco acento—. Su inteligencia ha de servirme mucho.
—No comprendo —dijo Jazmín—. Tú eres un vasallo de mi padre y te atreves a tenerme prisionera. Pagarás con la muerte ese atrevimiento.
—Calma, calma, princesa —interrumpió el cínico Ben Rachid—. Usted es mi huésped y yo aprecio este honor. No me enfade hasta hacerme perder la cortesía que le debo.
—Eso depende de ti —declaró Jazmín—. ¿Quieres dejarme partir? Tengo una misión que cumplir.
Se recordará que Jazmín partió al desierto en busca del Sheik Blanco cuando Irma Maxel aprisionó a Juanita Varden. Los Maxel habían desbaratado sus planes, capturándola a ella en el desierto.
—Usted regresará a su palacio cuando me diga lo que deseo saber —respondió Ben Rachid—. Primeramente cuál es el objeto de su viaje al desierto.
—Ese es asunto mío —replicó Jazmín.
—Sin duda —dijo Ben Rachid—, pero también me concierne a mí y tengo motivos para sospechar que usted intentaba visitar al facineroso Sheik Blanco.
—Yo soy la princesa de Marakand y puedo visitar a quién me plazca —declaró Jazmín—. Además, el Sheik Blanco no es un facineroso.
—Otros lo califican así —expresó Ben Rachid—. El emir, por



El Sheik Blanco encontró a Juanita desmayada en el desierto.

ejemplo. Pero prosigamos... ¿Su visita tenía relación con su amiga Juana Varden?

—Qué disparate —exclamó la prudente Jazmín—. Juanita nada tiene que ver con el Sheik Blanco.

—Miente usted —protestó furioso Ben Rachid, colocando su mano en el hombro de la princesa de Marakand—. Esa mujer, esa Juana Varden, es una espía que traiciona al emir. Le juro que ella complota contra ustedes, intrigada por el Sheik Blanco. Es una víbora que se introduce en palacio para vomitar veneno.

—¿Cómo te atreves a calumniar así a mi amiga? —vociferó Jazmín—. Tú eres la hiena y la víbora.

Y al decir esto, Jazmín alzó su morena mano y dió dos fuertes palmadas en la cortada mejilla de su raptor.

El árabe sacó de su cintura un látigo y gritó furioso:

—Ahora tendrás que confesar a latigazos...

Iba el vil hombre a descargar el látigo sobre la frágil princesa cuando entró un mensajero jadeante y sudoroso.

—Ben Rachid, nos han traicionado —dijo el polvoriento individuo—. Una banda de jinetes avanza hacia el campamento. Con ellos viene una mujer blanca.

(CONTINUARA)

Ponchito

POR NATO





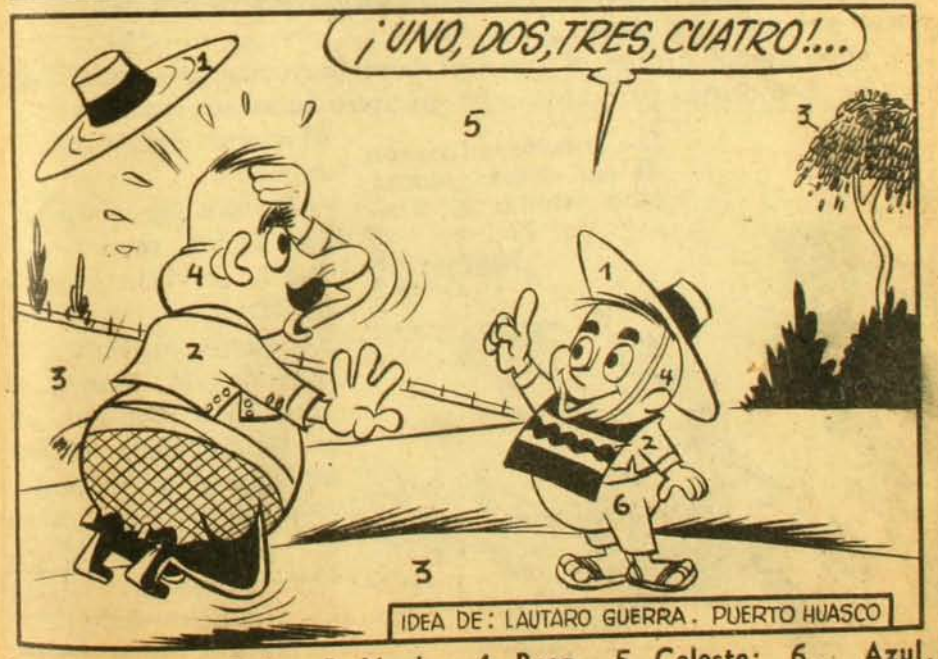




Estos dibujos son hechos especialmente para colorear:







1. Amarillo. 2. Rojo. 3. Verde. 4. Rosa. 5. Celeste: 6. Azul.



EL REINO DESTRUIDO

CAPITULO XVIII.—El mensaje de los tambores.

Fulvio Luceri y sus acompañantes fueron conducidos a una aldea africana. Los aborígenes le rindieron homenaje porque el joven patricio mató a dos leones. Después que los guerreros le saludaron agitando sus lanzas, Fulvio siguió al rey hasta un lugar rodeado de una empalizada de bambúes.

A una señal del jefe de la tribu, varias nativas se acercaron con grandes cestos de frutas. Les sirvieron además una bebida dulce, en calabazas que pasaban de mano en mano.

—No es agradable beber en una vasija donde ellos han colocado sus negros labios —dijo Elvio.

—Bebe —ordenó Fulvio—, si no lo haces, pueden ofenderse.

La desconfianza de Elvio aumentó cuando los negros se presentaron con un topo atado a un palo.

—¡Topo asado! —gritó el joven esclavo, horrorizado—. ¿También tendré que comer eso? ¡Ay, amo, prefiero morir de hambre!



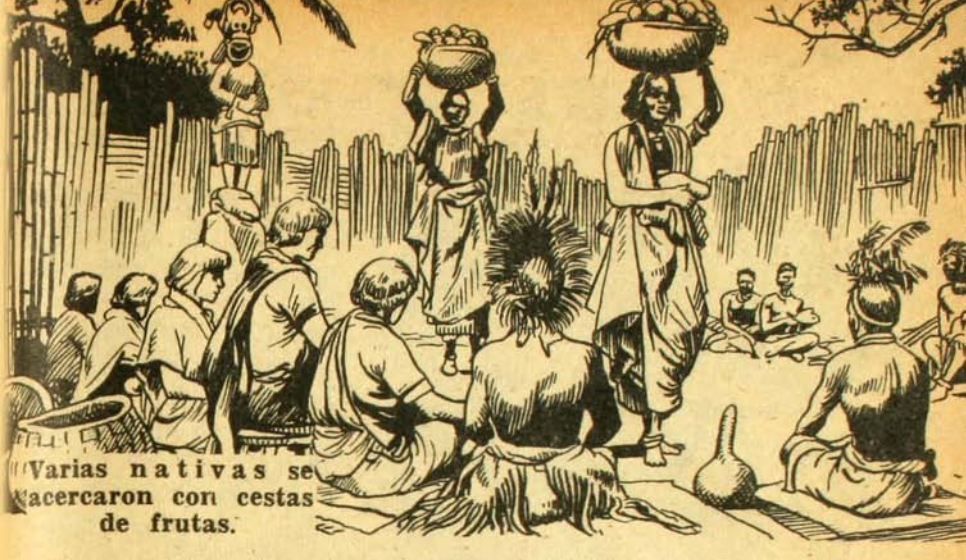
Los guerreros bajaron de sus chozas aéreas para saludar al cazador blanco.

Marco dijo con toda calma:

—Pues si he de comer ese bicho, menos mal que lo servirán asado y no crudo.

En cuanto a Fulvio, el cazador de leones, el héroe del banquete, casi se desmayó al ver aquel dudoso manjar.

—Señor —suplicó Marco—, finge que lo comes y después deja caer disimuladamente el bocado en el pasto.



Varias nativas se acercaron con cestas de frutas.

—Imposible —contestó el joven patricio, estremeciéndose. Se dominaba para que la repugnancia no se reflejara en sus facciones. Marco recibió el animalito y en un impulso de cortesía, lo ofreció al rey, indicando que su amo le cedía aquel plato. El africano se demostró muy complacido por el honor y saboreó el asado que causó tantas inquietudes a sus huéspedes.

Terminada la merienda, un negro gigantesco, sólidamente atado con lianas, fué conducido a presencia del rey. Al verlo, se alzó un coro de alaridos entre los aborígenes, que blandieron sus lanzas y sus armas de sílice.



Suspendido de un palo traían un topo asado.



—¡Qué horror! ¡Un topo! —exclamó Elvio.



Marco solucionó el problema ofreciendo el manjar al rey.

—¿En qué terminará este banquete? — se preguntó Fulvio con recelo.

El rey, señalando furiosamente al prisionero, hablaba con vehemencia.

—Nefari, tradúceme sus palabras —ordenó el joven romano.

La esclava egipcia obedeció:

—El rey ha dicho: "Gran cazador blanco, matador de leones, te permito matar a este hombre".

—¿Matarlo? ¿Y por qué?

—Es un prisionero de guerra.

El rostro de Fulvio se endureció al responder:

—Dile que en mi país el que mata a un hombre es castigado.

Nefari sacudió su hermosa cabeza en un gesto negativo.



Un prisionero de guerra fué conducido a presencia de los huéspedes.

—No puedo darle esa respuesta, señor. No la comprendería.

—Dile entonces que no mataré a un hombre maniatado.

Al oír la contestación del cazador de leones, el rey dispuso que el prisionero fuera desatado y tendió a Fulvio su propia lanza. El patricio cogió el arma, diciendo:

—Nefari, haz comprender a este bárbaro que ahora el prisionero me pertenece y que puedo hacer con él lo que me plazca.



En el silencio de la noche, un tam -tam resonaba lúgubremente.

—El responde, señor, que tú eres su huésped y que tu voluntad es ley.

—Bien, Nefari, en esta fiesta celebrada en mi honor, hago gracia de la vida al prisionero y le devuelvo la libertad.

El africano vaciló un instante. Luego alzó la mano, señalando el camino libre a su cautivo. Este no esperó que se repitiera aquella señal y se alejó velozmente.

—El prisionero volverá y traerá la guerra a la floresta —vaticinó el rey, sombríamente.

Esa noche vibraron en la selva los siniestros sones de un tam-tam.

¿Anunciaban la guerra, o transmitían la generosa actitud del cazador blanco que había libertado a un prisionero enemigo?

Fulvio Luceri no supo interpretar el mensaje de los tambores. Pero no tardó en conocerlo. ¡Una manada de elefantes enfurecidos avanzaba por la selva, destrozando todo a su paso!

Los enormes paquidermos se aproximaban haciendo temblar la tierra. El joven patricio presintió que un peligro terrible les amenazaba y se aprestó a defender muy caro sus vidas.

(CONTINUARA)

GRANDIOSO sorteo de Fiestas PATRIAS

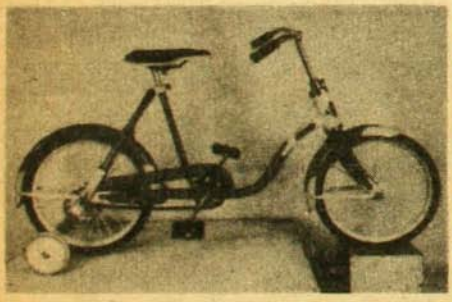
"SIMBAD" ofrece a sus numerosos lectores

$ 200.000

en valiosos premios, que se repartirán únicamente entre los lectores de "SIMBAD" el 10 de septiembre.

PREMIO MAYOR: Una hermosa bicicleta para niño.
Segundo premio: Un radio Philips.
Otros premios: Hay muñecas, delantales para niñitas, pelotas de goma, cuadernos, útiles de escritorio, chombas, sweaters, poleras, soquetes, acuarelas, patines, zapatillas para niños, etc.

Para obtener cualquiera de los obsequios enumerados sólo tendrán que juntar los cupones que aparecen al pie de esta página, semanalmente. Por cada serie de 5 cupones, numerados del 1 al 5, obtendrán un boleto para optar a los premios que repartirá "SIMBAD" el 10 de septiembre próximo. Ahora, lectores, a juntar muchos boletos para este gran sorteo.



Cupón N.º 1 — Serie N.º 3
Sorteo de Fiestas Patrias
Cupón N.º 1 — Serie N.º 3
13 de abril de 1955

¿LO SABES TU?

CONTESTA A ESTA PREGUNTA:



¿Cuál es el puerto principal de Chile?

Solución a "SIMBAD" 291: Ramón Carnicer es el autor de la música de nuestra Canción Nacional.

Entre los niños que enviaron soluciones exactas, salieron favorecidos los siguientes:

CON CINCUENTA PESOS: Isabel Vergara Varas, Santiago; Lía Chenquelaf, Lautaro; Olga Fuentes, Santiago; Oscar Torrealba, Cauquenes; Zunilda Quiñones, Cabildo; Adolfo Romero, San Javier; Nelson Rojas, Valparaíso; Teresa Varela, Chimbarongo; Lina A. Garrido, Concepción; Margarita Troncoso, Purén.

SUSCRIPCION TRIMESTRAL: Luis Alvarez, Rengo; Ascensión Aldea, Ñipas; Hugo Ramos, Molina; Pedro Palma, Inca de Oro; Eliana Hernández, Santiago; Berta Reichart, Valparaíso.

UN LIBRO: Ricardo Joselevsky, Santiago; Regina Riquelme, Los Angeles; Clara Saavedra, San Fernando; Héctor Morales, Molina; Leticia Rojas, Santiago; Elena Rosseau, Rengo; Antonieta González, San Bernardo; Arnoldo Castro, Talca; Armandina Unzueta, Santiago; Hernán F. Erber, Máfil.

CUPON DEL CONCURSO Semanal
SIMBAD N.º 29

Empresa Editora Zig-Zag, S. A. — Santiago de Chile, 1955.

Juan y Juanita





3. "—Se trata de algo muy conveniente para todos —añadió, mientras sus hombres escuchaban con profunda atención—. Llevamos un cargamento de armas, para venderlas en la India —continuó Lugo—. Esto significa dinero, mucho dinero." Por un instante, la tripulación guardó silencio.





4. "—¿Contrabando de armas? —dijo por fin Aldo—. Me niego a ser cómplice de esa fechoría." Lugo replicó: "—No seas cabeza dura. Tus compañeros están de acuerdo. ¿Los ves? Ninguno protesta". Juan y Juanita respondieron: "—Nosotros también nos negamos a participar en ese contrabando".

(CONTINUARA)

PELUSITA POR NATO



Simbad

N.º 294

EL REINO DESTRUIDO

10.-



Juan y Juanita

CAPITULO LXXV.—VISITANTE NOCTURNO





1. Juan, Juanita y el marinero Aldo se habían negado a ser cómplices del capitán Lugo, quien llevaba contrabando de armas a Colombo. "—Enciérrenlos, por estúpidos", ordenó el capitán del "Pez Volador". Todos los demás tripulantes habían aceptado participar en la ilícita entrega de armas.





2. "—Ya debemos estar cerca del puerto —indicó Aldo—. No sé si el capitán nos desembarcará o..." Una sospecha inquietante cruzó por sus ojos. ¿Sería Lugo tan desalmado que ordenara sepultarlos en el mar? Juanita sugirió: "—Tenemos a bordo un amigo desconocido. Confiemos en él".

(Continúa en la penúltima página.)

Simbad

AÑO VI — 20-IV-1955 N.º 294

Directora: Elvira Santa Cruz (Roxane)
Suscripción anual: $ 490.—
Semestral: $ 250.—
Recargo por vía certificada: Anual: $ 21.—. Semestral: $ 11.—.
Extranjero:
Anual: U.S.$ 2,10
Semestral: U.S.$ 1,05
Recargo por vía certificada: Anual: U.S.$ 0,20
Semestral: U.S.$ 0,10

La Princesa Muñeca

CAPITULO XX

—El heroísmo de Pedro.

El hada Mirtala y Pedro, el primo bueno de Flora, alargaron la cuerda para bajar al subterráneo donde tenía su guarida el mago Focio.

—Si no encuentras ninguna puerta que comunique con la prisión de Flora —explicó el hada Mirtala a Pedro—, esto significa que existe una fórmula mágica para abrirla. Conviene que espíes al mago Focio y observes cómo procede ese mago para abrir sus puertas.

Pedro obedeció punto por punto las recomendaciones del hada Mirtala, y, bajando por la cuerda, avanzó por las



Pedro penetró en los subterráneos del mago Focio.

galerías subterráneas sin hacer el menor ruido. En seguida, cuando llegó al sitio donde terminaba la galería, se detuvo y aguardó inmóvil.

"Aquí llegué la primera vez y aquí aguardaré hasta que descubra la misteriosa entrada a la prisión de mi prima", se dijo el muchacho.

Transcurrieron varias horas, que fueron muy angustiosas para Pedro. Ya sentía calambres en sus piernas por la prolongada inmovilidad cuando divisó una luz tenue y vacilante.

¿Sería el mago Focio quien venía a visitar a la prisionera?

La luz permanecía en el mismo sitio; por lo tanto estaba fija en algún escondrijo de la roca.

Pedro se aproximó a una puerta y por las hendiduras divisó un farolillo colgando del muro.

Ya iba a coger la manilla de la puerta, cuando sintió pasos en el interior de la habitación.

Rápidamente se arrojó al suelo y se disimuló entre las piedras que orillaban el túnel.

Tan seguro estaba el mago de su completa soledad, que no tomó la precaución de cerrar tras sí la puerta.

Luego que el ruido de sus pasos se perdió en la lejanía, Pedro se introdujo en el laboratorio de Focio. Allí fabricaba el mago sus filtros diabólicos y componía sus hechicerías con viejas fórmulas sacadas de libros antiquísimos.

Hornos, alambiques y redomas llenaban la estancia del mago.

"Aquí ejecuta sus venganzas ese demonio que tiene prisionera a mi primita Flora", exclamó Pedro.

De pronto sintió ruido de pasos y, como ya no era posible huir, se ocultó bajo una mesa cubierta con una carpeta larga. Por un instante se creyó perdido y esperó temblando su última hora.

Focio parecía inquieto. Iba de un lado a otro y daba furiosos gritos jurando venganza.

"Sin duda ya sabe que murió el cuervo Rodar", pensó el leñador.

Por fin el mago se aproximó a un armario y, en vez de abrirlo con la mano en la perilla, se inclinó sobre el madero y murmuró estas palabras mágicas:

—*Mascarasla, Sopilareta-tara.*

Inmediatamente se abrieron las puertas del armario y en seguida se cerraron tras del mago.

Pedro trató de grabar en su mente las mágicas palabras, sin articularlas, de miedo que tuvieran un efecto fatal en él.

"Cuando llegue a la galería donde está encerrada mi prima Flora las pronunciaré —murmuró el valiente muchacho—, y, mientras tanto, por si me resulta, voy a darle dos vueltas a la llave del armario. Si el mago queda encerrado allí por algunas horas, tanto mejor."

El primo de Flora salió de la embrujada estancia y volvió a colocar en su cinturón la cuerda que le había servido para bajar al subterráneo.

Después se aproximó a la abertura que señalaba la prisión de Flora y murmuró:

—*Mascarasla, Sopilareta-tara.*

Inmediatamente se entreabrió la roca.



—¡F l o ra ! —exclamó Pedro.

—¿Quién llama? —preguntó la cautiva del m a g o Focio, abandonando el rincón sombrío donde se hallaba con su querida muñeca.

—Soy tu primo Pedro; ven pronto... El hada Mirtala nos agu a r d a arriba.

Flora se arrojó en brazos de Pedro y sollozó de alegría.

Ambos primos subieron por la cuerda hacia la cima de la montaña, y por cierto que Flora no abandonó ni por un instante a su princesa-muñeca.

—Cielos —dijo el hada Mirtala, quien, como saben nuestros lectores, se

había disfrazado de vieja mendiga—, han privado de vida y movimiento a mi ahijada la princesa Bienvenida. Ya recobrará vida y, además, su forma natural. Pero no nos detengamos aquí. Estos parajes son peligrosos.

—Por fortuna el cuervo ya no nos espía —dijo Pedro, mostrando su cadáver.

—¿Quién lo mató? —preguntó estupefacta Flora.

—Yo —dijo Pedro con orgullo.

Entretanto el panorama había cambiado como por arte de encan-



tamiento. En vez de escombros y piedras se divisaba un inmenso lago cuyas aguas llegaban hasta el pie de las escarpadas montañas.

Resultaba imposible caminar alrededor de ese lago. Los tres fugitivos buscaban un medio de salir de ese antro tenebroso.

—Volver atrás sería caer en manos del mago Focio —exclamó el hada Mirtala—, y avanzar es imposible. ¿Por qué me habrán abandonado los poderes invisibles? Si yo pudiera sorprender al mago en sus artimañas y hechicerías, destruiría toda brujería.

Los ojos penetrantes de Flora se fijaron en una barquichuela diminuta atada a cierta distancia.

El hada, Pedro y Flora corrieron hacia ella.

La barquilla era tan pequeña, que no resolvía la dificultad.

—Haremos tres viajes —decidió Pedro—. Flora, tú primero, que

eres la más expuesta a las acechanzas del mago Focio, en seguida el hada Mirtala y después yo.

El muchacho ató la cuerda a la barquilla y Flora se embarcó en ella.

Pero apenas cogió los remos para atravesar el lago, éstos saltaron de sus manos: la barquilla comenzó a zozobrar y por fin se inundó de agua.

Flora era valiente, y en vez de desesperarse, tuvo bastante serenidad para cogerse de un peñasco y de allí saltó a tierra firme.

La barquilla había desaparecido y ni Pedro ni el hada Mirtala pudieron seguirla.

Otra vez se encontraba Flora aislada y sin protección. Tampoco sabía cuál ruta seguir en aquella vasta llanura, porque, como sabemos, su muñeca estaba sin vida y sin movimiento.

—Mi pobre princesita —suspiraba Flora—, cómo debes sufrir en este trance diabólico. Pero no importa, sufriré por ti frío, hambre, prisiones y malos tratos hasta que logre devolverte tu forma natural.

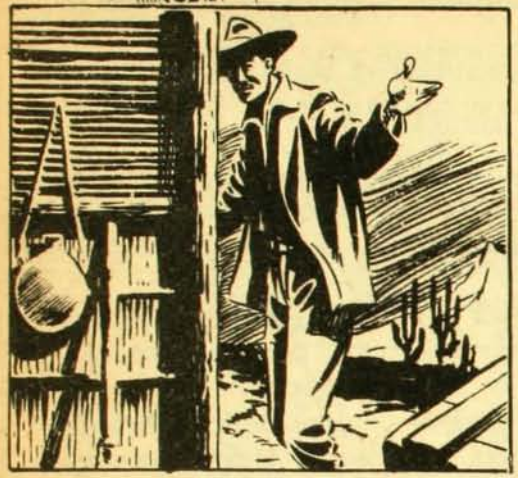
(CONTINUARA)

La barquilla comenzó a saltar en medio del lago.



EL TEMPLO DEL SOL

CAPITULO III Y FINAL
ORO SECRETO





1. Boris Merken envió a su secretario para hablar con el explorador Ronny Clayton. "—El señor Merken se niega a seguir financiando la expedición, porque sabe que usted, en vez de buscar oro, se dedica a desenterrar miserables ídolos de piedra", dijo el secretario, alejándose con una sonrisa burlona.





2. Ronny comprendió, desalentado, que tendría que suspender las excavaciones. La voz del indio Pablo interrumpió sus sombríos pensamientos: "—Señor, hemos encontrado este... metal". La voz del mexicano era vacilante. En su mano extendida mostraba un refulgente cuarzo. ¡Oro!





3. "—¿Estás seguro de que hay un yacimiento de oro? —interrogó Clayton, con acento cauteloso—. Puede tratarse sólo de oro abandonado en el templo..." El indio repuso: "—Estoy seguro. Soy cateador antiguo y sé que en esta tierra hay un mineral maldito, que nos traerá sufrimientos".





4. La expresión de Pablo no reflejaba odio, sino tristeza y resignación. Aceptaba con fatalismo aquel hallazgo, que atraería a hombres ávidos y crueles para quienes los indígenas sólo serían bestias de carga. "—Mis hermanos de raza morirán. El látigo, la pólvora y la codicia los matarán."

EL TEMPLO DEL SOL





5. "—Usted, señor Ronny, sería un amo bueno —continuó Pablo—. Pero es imposible guardar el secreto y otros hombres llegarían, con el corazón lleno de codicia y maldad, con la fiebre del oro en sus almas condenadas." Clayton fumaba pensativamente. "—¿Quién otro sabe esta noticia?", preguntó después.





6. "—Sólo dos o tres de mis hermanos", respondió el indio Pablo, y en sus ojos llenos de mansedumbre se encendió un fulgor de esperanza. "—Entonces no divulgues la noticia y aconséjales que guarden silencio —indicó el explorador—. Vete tranquilo, Pablo, que tu raza no sufrirá con la maldición del oro."





7. Ronny habló con su amigo Alberto Fag, diciéndole que Pablo había hallado oro. Este se encontraba a una gran profundidad y era difícil que otro minero lo descubriera. Las excavaciones se desviaron y en la nueva dirección se ubicó el templo del sol, con sus tesoros arqueológicos.





8. La misión de Ronny había terminado triunfalmente para la ciencia y la historia. Cuando se despidió de sus trabajadores, Pablo musitó emocionado: "—Gracias, amo Ronny". Ya en el avión, Fag rió a carcajadas, diciendo: "—Si supiera Merken que en vez de desenterrarle "su" oro, se lo hemos enterrado más".

FIN



CAPITULO I.—Inexplicable ausencia.

Clara y David llegaron a Manantiales para reunirse con su padre, Eduardo Pinal.

—En sus cartas nos dice que viaja por la región de los lagos, negociando en ganado —observó la niña—. En el río nos espera la chalana "Fugitiva".

—Mira, el caballo percherón —añadió David—. Falta un personaje: el perrito "Capitán". ¿Dónde estará?

Clara atravesó el puente. Inclinada sobre la escotilla, gritó:

—¡Papá! ¡Hemos llegado!

No obtuvo respuesta.

—Esta es una verdadera casa flotante —dijo David, examinando la embarcación—. Bajemos.

De pronto detuvo a su hermana, que se dirigía impulsivamente a la cabina.

Se oía una especie de gruñido, una respiración extraña.

—Papá hubiera contestado —susurró David—. Hay un desconocido a bordo..., un desconocido tal vez peligroso...

Avanzaron con cautela y prorrumpieron en carcajadas al descubrir a "Capitán", que ostentaba sobre su cabeza la gorra de su amo. Cesó de gruñir al ver a los jóvenes y les miró tranquilamente, esperando tal vez un elogio por su tenida marinera.

—¡Qué encanto! —exclamó Clara, acariciando al perrito. Este pareció complacido y después empezó a dar brincos y ladridos. Sus patas hacían crujir una y otra vez un papel.

—Es una carta —dijo David—. "Capitán" quiere que la leamos.

Era un mensaje de Eduardo Pinal. Decía:



—¡Papá! Hemos llegado —gritó Clara.



David detuvo a su hermana, presintiendo un peligro.

Lamento no estar aquí para recibirlos con los brazos abiertos. Debo alejarme, por una razón importante. Les dejo dinero e instrucciones para conducir la chalana. Cuiden la linterna de marino que hay a bordo y por ningún motivo la enciendan.

Esta última recomendación intrigó a Clara y David.

—Esta inesperada ausencia de papá y sus consejos sobre ese farol... ¿no te parecen desconcertantes? —sugirió David.

Leyeron en seguida las indicaciones escritas por Eduardo Pinal,

Avanzaron con cautela.



"Capitán" esperaba un elogio.





"Capitán" trataba de atraer la atención hacia un papel escrito.

mientras "Capitán" les miraba con sus ojos vivaces.

—Si "Capitán" pudiera hablar —suspiró Clara—. El nos explicaría la situación.

Permanecieron indecisos.

—Papá se dedica ahora a negocios de ganadería —caviló el muchacho—. No sabemos cuándo regresará.

—Lo cierto es que tendremos que vivir solos por un tiempo. Iremos a buscar víveres al pueblo más cercano.

—¿Cuál es? ¿"Paso Perdido", "Pueblo sin Nombre", "Nido Vacío", "Rincón sin Gente" o "Peladero del Sur"?

Ella contestó riendo:



—Esa es la linterna misteriosa.

—No seas pesimista. No estamos en un desierto, ni fuera de la civilización. Papá nos indica en su carta dónde está el pueblo. Iremos a caballo y "Capitán" quedará cuidando el barco.

—Está bien, capitana —sonrió él—. Haremos una lista de las compras.

Terminados los preparativos, Clara dijo a "Capitán":

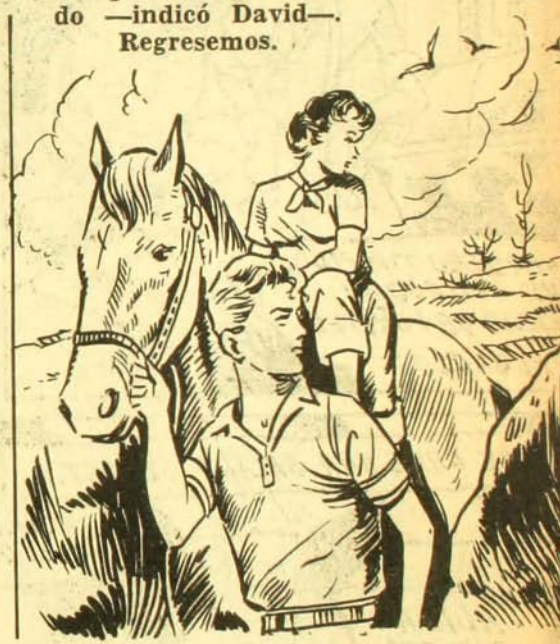
—Quedas a cargo del buque. No dejes que lo

aborden los piratas. Ojo con los tiburones y las tempestades.
El perrito sacudió la cabeza.
—Dice que sí —señaló David—. Vamos. Todo queda en orden a bordo.
Ayudó a su hermana a montar el percherón y advirtió:
—Buen caballo. Es grande, dócil y vigoroso. Mi papá lo emplea para arrastrar la chalana por la ribera. Es una manera tranquila de navegar, sin zozobras, ni esfuerzo.
Mientras hablaban confiados, una sombra furtiva se deslizó junto



La ávida mano se extendió hacia el farol.

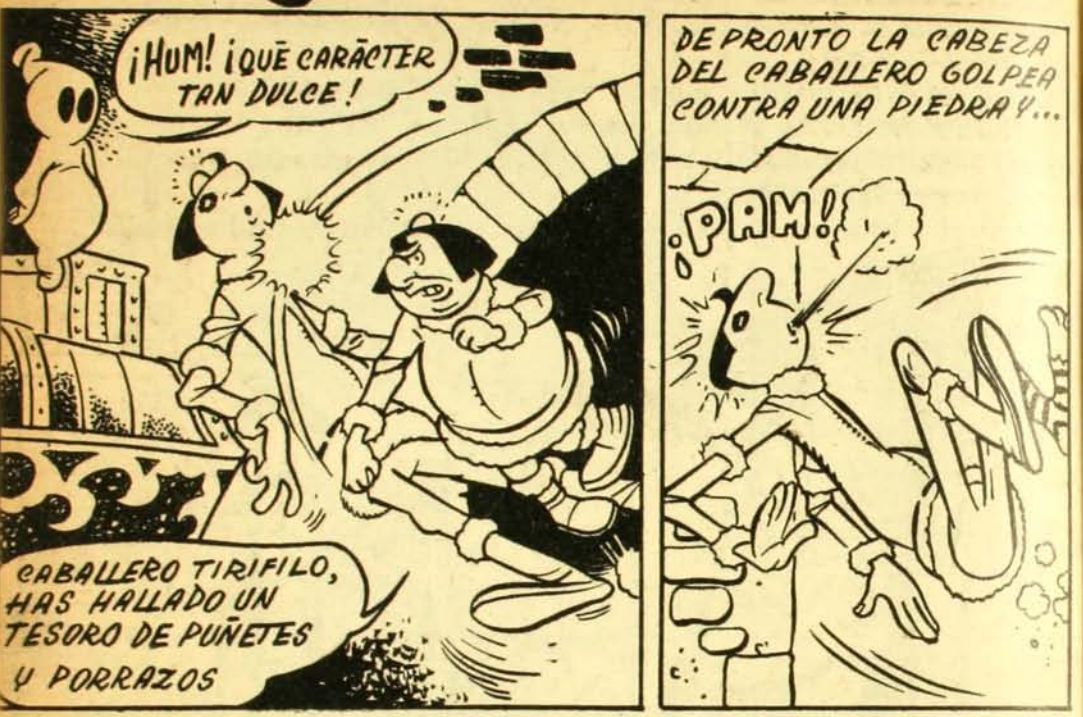
—Algo sucede a bordo —indicó David—. Regresemos.

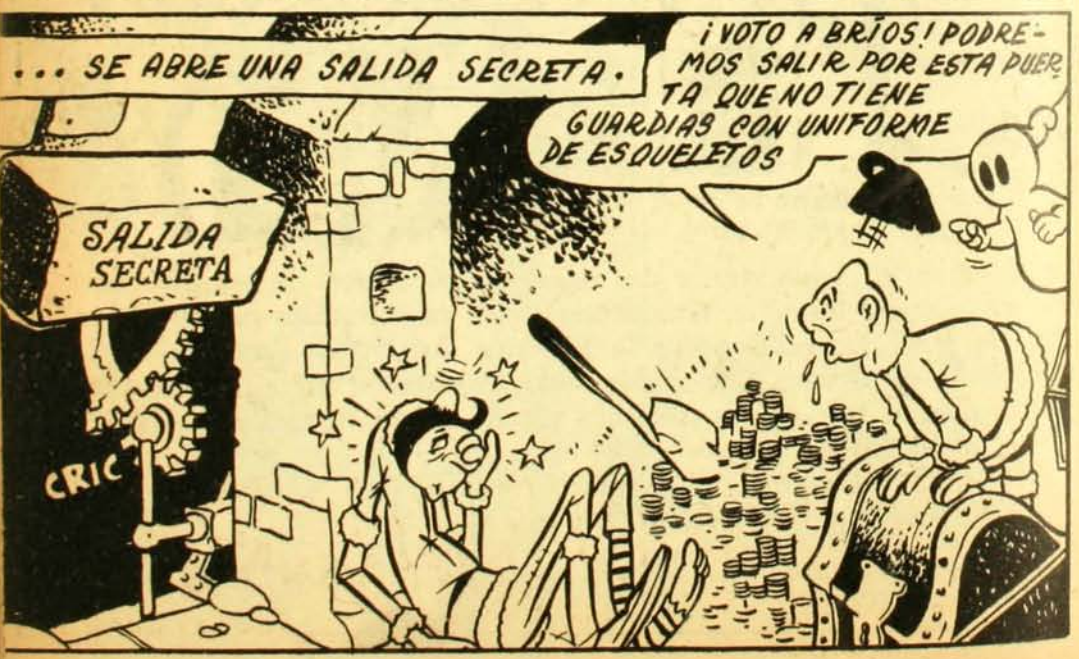


a la barca. El vago rumor del río apagaba el eco de las pisadas sobre la arena húmeda. Una mano ávida se introdujo por la ventanilla y se extendió hacia la linterna inmóvil y apagada, que guardaba su secreto. Los toscos dedos rozaron el metal y después se dirigieron con un movimiento rápido hacia el garfio que sostenía al misterioso farol.
Clara y David oyeron los frenéticos ladridos de "Capitán".
—Algo sucede a bordo. Regresemos.

(CONTINUARA)

El fantasmita

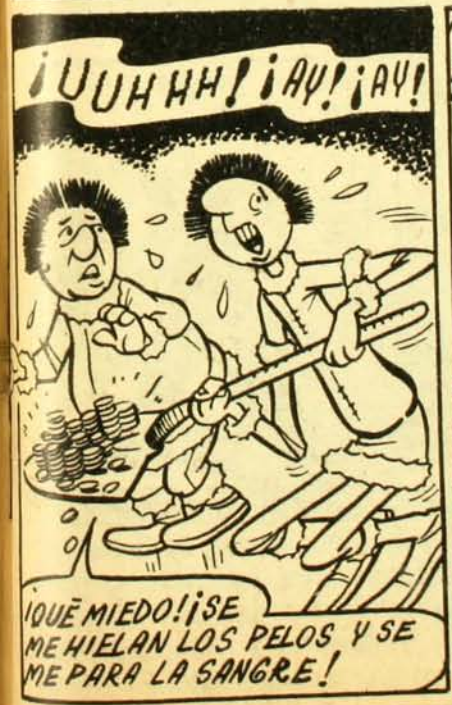














BUFALO BILL

CAPITULO IV.—UNA LA Y UN LAZO



1. Dos indios sioux, de la tribu de Caballo Loco, atacaron sorpresivamente a Gacela Blanca, doncella cheyene. Ella se defendió, pero uno de los guerreros la derribó con un traicionero golpe. "—La "squaw" ya no causará molestias —gruñó el sioux—. Vamos, hermano, y llevémosla prisionera."





2. Los ositos Chuby y Tuby habían huído del campo de batalla y cuando vieron que los indios se alejaban con la cautiva, corrieron en busca de Búfalo Bill. El explorador se extrañó al verlos y después murmuró, palideciendo: "—Gimen y tiemblan de terror. ¡Gran Dios! Algo ha sucedido en el campamento".





3. Agitado por un sombrío presentimiento, atravesó el bosque. Ante el refugio construído para albergar a "Galante", aún ardía la fogata, pero no había rastros de la joven india, ni del caballo. Observando el suelo, Búfalo Bill descubrió huellas de mocasines. "—Guerreros sioux", murmuró sombríamente.





4. Mientras tanto los secuestradores de Gacela Blanca intentaban apresurar el paso, pero el caballo de Búfalo Bill, recién restablecido de una grave herida, avanzaba con lentitud. "—Abandonemos a este maldito animal", gruñó uno de los sioux. Minutos después el explorador avistaba a su cabalgadura.

BUFALO BILL





5. "—"Galante", mi viejo", susurró Búfalo Bill, acariciando al caballo, que relinchó lastimeramente, sacudiendo su cabeza de largas crines mientras sus cascos golpeaban la tierra. "—Estás impaciente por seguirlos, ¿verdad, amigo? —dijo Búfalo Bill—. Vamos. Alcanzaremos a esos chacales."





6. Los indios no habían tenido tiempo de alejarse y Búfalo Bill no tardó en tenerlos a tiro de fusil. "—No puedo disparar contra el que lleva a Gacela Blanca. Pero el otro..." Con un aullido de dolor, el piel roja que cabalgaba solo cayó a tierra. Un instante más tarde Búfalo Bill saltaba sobre su caballo.





7. El joven cabalgaba con la velocidad del viento y se adelantó al guerrero, para aguardarle emboscado y con el lazo dispuesto. El sioux había presionado con fuerza sus mocasines contra los flancos de su caballo, para huir, y una siniestra sonrisa flotaba en sus labios.





8. Algo silbó repentinamente y una forma alargada y rápida surcó el aire. Ojo Maligno levantó su rifle, pero ya era tarde. El lazo se cerró sobre su cuerpo y el indio, arrebatado violentamente de su montura, cayó quedando inerte. Búfalo Bill dijo inclinándose: "—Me llevaré tu rifle, para que no estorbe tu sueño".

(CONTINUARA)



LA HIJA DEL SHEIK BLANCO

CAPITULO XV.— El Sheik Blanco salva a Jazmín.

Ben Rachid, el raptor de la princesa Jazmín, al saber que se aproximaban las huestes del Sheik Blanco, comenzó a dar órdenes para la defensa del campamento.

—El Sheik Blanco y mi amiga Juanita —decía la prisionera princesa con gran regocijo.

Furioso con la actitud de Jazmín, Ben Rachid amordazó a la princesa.

Mientras tanto, Juana Varden y el Sheik Blanco continuaban avanzando.

—Tendremos que cercarlos —dijo el Sheik Blanco— y tener prudencia, pues si entramos en batalla, podríamos herir a la princesa Jazmín.

De pronto todas las miradas de los nómades se fijaron en una silueta frágil y femenina que avanzaba trayendo en su mano una bandera blanca.

—¡Jazmín! —gritó Juanita—. Nos hace señales. Voy a recibirla.

Impulsivamente la joven Varden corrió a reunirse con su amiga sin oír la voz del Sheik Blanco que le ordenaba volver atrás.

RESUMEN: Después de muchas intrigas, en las que se vé envuelta Juana Varden, por sus enemigos Adolfo e Irma Maxel, la hija del Sheik Blanco es acusada de haber robado la "Llave de Oro", emblema del poder en Marakand. Irma cautiva a Juanita, pero la princesa Jazmín sale en busca del Sheik Blanco para que la liberte. Jazmín cae prisionera en el desierto, y Juanita, al saberlo, acomete contra Irma Maxel y huye de su prisión, dejando encerrada a Irma. Juanita Varden logra evadirse del palacio y galopa por el desierto hasta que cae extenuada por la sed. La salva su padre, el Sheik Blanco. Entretanto, la princesa Jazmín está prisionera del malvado árabe Ben Rachid.

En tanto, la princesa, obligada por el traidor Ben Rachid, continuaba avanzando por las dunas con la bandera de paz en la mano. Sus negras pupilas relampagueaban y había en ellas un desesperado ruego que Juanita no comprendió.

—¡Jazmín! —volvió a gritar a la distancia la hija del Sheik Blanco.

Sin soltar la bandera blanca, Jazmín, con su mano izquierda, desprendió de su cintura una faja escarlata y la dejó caer sobre la arena.

—Peligro —se dijo Juana, tratando de retroceder.

Pero ya salía un árabe por entre las dunas y decía con amenazante voz:

—¡Alto! Si gritas peligra tu vida y la de tu amiga.

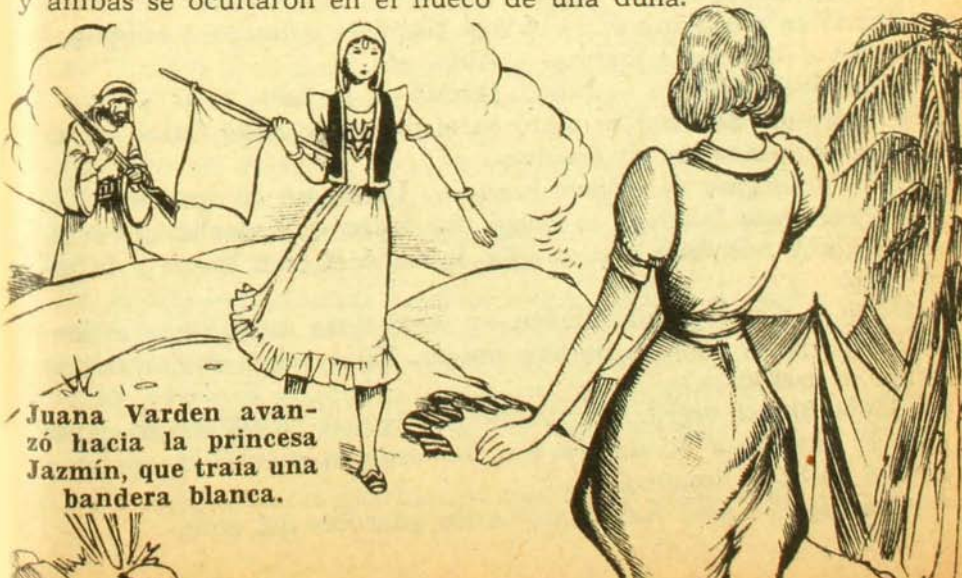
Juana Varden vió a un individuo alto, barbudo, con una cicatriz en la mejilla, que le apuntaba con su rifle tras la duna. Otras siluetas emergieron por entre los montones de arena apuntando a ambas jóvenes con sus carabinas.

Habían caído en la trampa urdida por Ben Rachid para capturar al Sheik Blanco.

¿Qué podía hacer Juanita para evitar el desastre?

Ya el Sheik Blanco avanzaba hacia el campamento acompañado de doce hombres envueltos en amplios y blancos albornoces.

Era tal la desesperación de Juana Varden que decidió actuar aún a riesgo de su vida. Con prontitud cogió la mano de Jazmín y ambas se ocultaron en el hueco de una duna.



Juana Varden avanzó hacia la princesa Jazmín, que traía una bandera blanca.

—¡Cuidado! —gritó Juana al Sheik Blanco—. Le preparan una celada.
Una bala pasó rozando los cabellos de la joven.
Ben Rachid daba órdenes a sus guerreros, y por el momento se creyó que el Sheik Blanco estaba perdido.
Entonces sucedió algo sorprendente. Como por arte de magia, el Sheik Blanco y sus acompañantes echaron atrás sus albos mantos y apuntaron con las ocultas armas a los raptores de Juanita y Jazmín. Cogidos de sorpresa, los cobardes secuaces de Ben Rachid se dispersaron.
El furibundo jefe quiso reunirles de nuevo y presentar batalla. Sus gritos se vieron apagados por el ruido de una cabalgata que se acercaba en rápida carrera.
Dirigiendo a los jinetes venía un muchacho de gallarda figura.
—Aldo Carol —murmuró Juanita—, y la guardia del emir. Jazmín, estamos salvadas.
Se produjo una terrible confusión entre las huestes de Ben Rachid, quien dió el ejemplo de deserción con su precipitada fuga.
Aldo Carol saltó de su caballo y preguntó a las dos cautivas:
—¿Están heridas ustedes?
—Sanas y salvas —replicó Jazmín, con su adorable sonrisa.
Aldo Carol volvió sus miradas hacia el hombre encapuchado que se mantenía solitario y afirmado en su rifle.
—Joven —díjole el Sheik Blanco—, ha llegado usted a tiempo. Si hubiera tardado más...
—¿Quién es ese hombre? —indagó Carol—. ¿Amigo o enemigo?
—Amigo —balbuceó Juanita—. Aldo, es...
—Es el Sheik Blanco —indicó Jazmín—; él fué...
Una expresión de furor se pintó en el rostro de Aldo Carol, quien sacó inmediatamente su revólver.
—Aldo, deténgase —suplicó Juana—. Usted no comprende.
Y al decir esto la joven se colgó del brazo que alzaba el revólver. Jazmín, imitando a su amiga, le cogió el otro brazo y le inmovilizó.
—Joven —dijo el Sheik Blanco—; usted tiene mucho que aprender. Escuche el consejo de sus amigas. Ellas saben mejor dónde están los traidores.
El Sheik Blanco escribió rápidamente algunas líneas en un papel y se lo entregó a Juana Varden. En seguida montó su corcel y galopó hacia el desierto.
—¡Atájenlo! —gritó Aldo Carol a los guardias del emir.

—Nadie se mueva —ordenó la princesa Jazmín.
—Están ustedes locas —protestó Carol—. El emir no perdonará la actitud de ustedes.
—¿Mi padre ha regresado? —interrogó Jazmín.
—Inmediatamente que conoció los recientes sucesos volvió a Marakand y organizó esta expedición para rescatar a usted... Ahí llega.
Juana se sintió desfallecer al ver al sultán Harún el Solimán.
—Jazmín, mi hija adorada —exclamó el magnate árabe—. ¿Quién te libertó? ¿Dónde está el bandido que...?
—El Sheik Blanco ha escapado, señor —dijo Aldo Carol— y yo soy culpable de su fuga.
—No es verdad —exclamó Jazmín—; nosotras le dejamos escapar porque es un hombre bueno. El me rescató y Juanita me salvó la vida. Fué Ben Rachid quien me raptó. Juanita le avisó al Sheik Blanco y él acudió en mi auxilio.
El emir escuchó entonces toda la siniestra historia del rapto y de la liberación de su hija.
—Es increíble —suspiró el emir—. Largo tiempo sospeché la traición de Ben Rachid, pero jamás creí que el Sheik Blanco fuera capaz de una bella acción.
—Creo que usted y yo nos hemos equivocado —insinuó Aldo Carol.
—Señorita Juana —preguntó poco después el emir—, ¿tiene usted alguna relación con el Sheik Blanco? ¿Cómo pudo prevenirle el peligro que corría mi hija? ¿Le conocía usted?
Juana inclinó la cabeza y quedó en suspenso.
El emir Harún el Solimán acarició su negra barba y tras breve silencio, exclamó suavemente:
—Advierto un misterio, pero reconozco que he juzgado mal al Sheik Blanco. Su noble actitud de hoy le redime ante mis ojos. Sin embargo, me gustaría saber quién es ese hombre. Señorita Varden, ¿puede darme una respuesta?
—No puedo —respondió Juanita—, sólo sé que es leal y valiente súbdito de usted, señor, y que se ha visto obligado a vivir como un proscrito por causa de sus enemigos.
Juanita estuvo a punto de nombrarle a Irma y Adolfo Maxel, pero comprendiendo que carecía de pruebas para delatar a los traidores, guardó silencio.
El emir dió orden de regresar al palacio de Marakand.

Jazmín y Juanita cabalgaban juntas y ya la princesa había recobrado su habitual jovialidad.
Aldo Carol se acercó a Juanita, y como ésta no respondiera a una observación suya, Aldo le dijo:
—¿Qué le ocurre a usted, Juanita? ¿Está enojada conmigo?
—Usted es el mejor juez para saberlo —replicó Juana—. Supongo que todavía me cree ladrona.
—No sea cándida —protestó Carol—. Nunca creí que usted hubiera substraído la "Llave de Oro" de la caja de fondos y así se lo dije al emir cuando recibió el mensaje de Adolfo Maxel. Harún y yo sospechamos que era el Sheik Blanco el culpable de ese robo, pero ahora dudo... Irma y su padre han estado envenenando el alma del emir en contra del Sheik Blanco y de usted. Son pérfidos.
—Más pérfidos de lo que usted se imagina —indicó Juana.
Ya llegaban al palacio y los criados acudieron a recibir a sus amos.
Adolfo e Irma Maxel escucharon con mal disimulada ira las alabanzas que hacía el emir Harún el Solimán sobre el heroísmo del Sheik Blanco, pero ambos ocultaron sus sentimientos.
Ya en su departamento, Juanita leyó la misiva de su padre. Decía así:
Querida hija: En caso de que los sucesos me aparten de ti por un tiempo, recuerda que nunca estaré lejos. Es indispensable que permanezcas en el palacio del emir. Ten cuidado. Mis enemigos trabajan en la sombra y ya tienen combinado un plan. En cualquier momento pueden dar el golpe. Cuando llegue estaré allí para custodiarte y luchar. Ten valor y todo terminará bien.
Juanita durmió esa noche con un sueño profundo y reparador.
Muy entrada la mañana la hija del Sheik Blanco despertó a la voz cariñosa de la princesa Jazmín.
—Despierta, amiga —díjole la gentil morenita—. Tenemos que celebrar nuestra liberación con una fiesta. Vístete. Nos servirán el desayuno en la terraza. Estoy tan contenta, Juanita. Te quiero más que nunca.
Aldo Carol esperaba a sus amigas en la terraza.
Al verlas tan alegres y felices les sonrió graciosamente.
—¿Saben ustedes qué día es mañana? —preguntó el joven a las muchachas.
—No.

—Es el cuarto aniversario de la ascensión al poder del emir Harún —explicó Aldo—. Se realizarán festejos públicos en Marakand y una fiesta en palacio sería oportuna. ¿Qué sugiere usted, Juanita?

—Se me ocurre que podríamos representar algunos cuadros plásticos con escenas acaecidas durante el reinado del emir —sugirió Juana.

—Eres un genio —exclamó Jazmín—. Mi padre podrá proporcionarnos trajes, joyas, etc.

El emir aceptó con gusto la idea de la fiesta y de los cuadros vivos.

—Tendrán que comenzar por un cuadro que represente la terrible sublevación, en la cual mi hermano Omar fué asesinado —dijo el emir—. Porque ha de saber usted, señorita Juana, que yo subí al trono en dolorosas circunstancias. Un enemigo secreto, que aún no se ha descubierto, encendió la revuelta y en ella murió mi hermano Omar. El asesino escapó con las joyas de la corona y sólo por un milagro se consiguió retener la "Llave de Oro", que es la insignia suprema del poder.

—Pero esa "Llave de Oro" fué robada últimamente —observó Juanita.

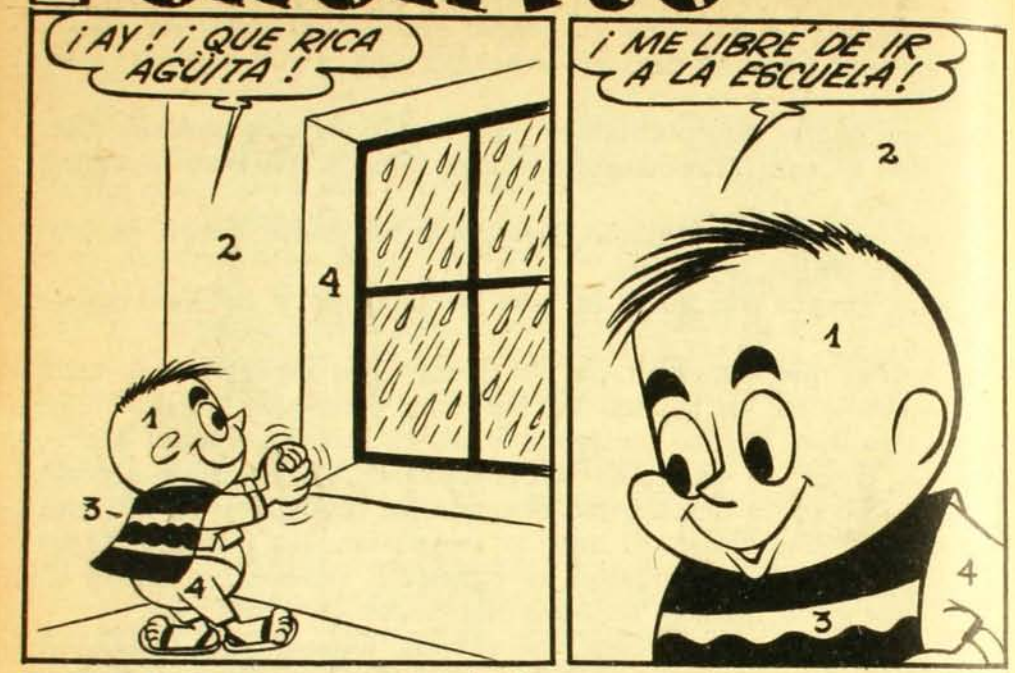
—La verdadera "Llave de Oro" no —dijo sonriendo el emir—. Esa la llevo siempre conmigo pendiente de una cadena de oro. Aquí la tengo colgada de mi cuello.

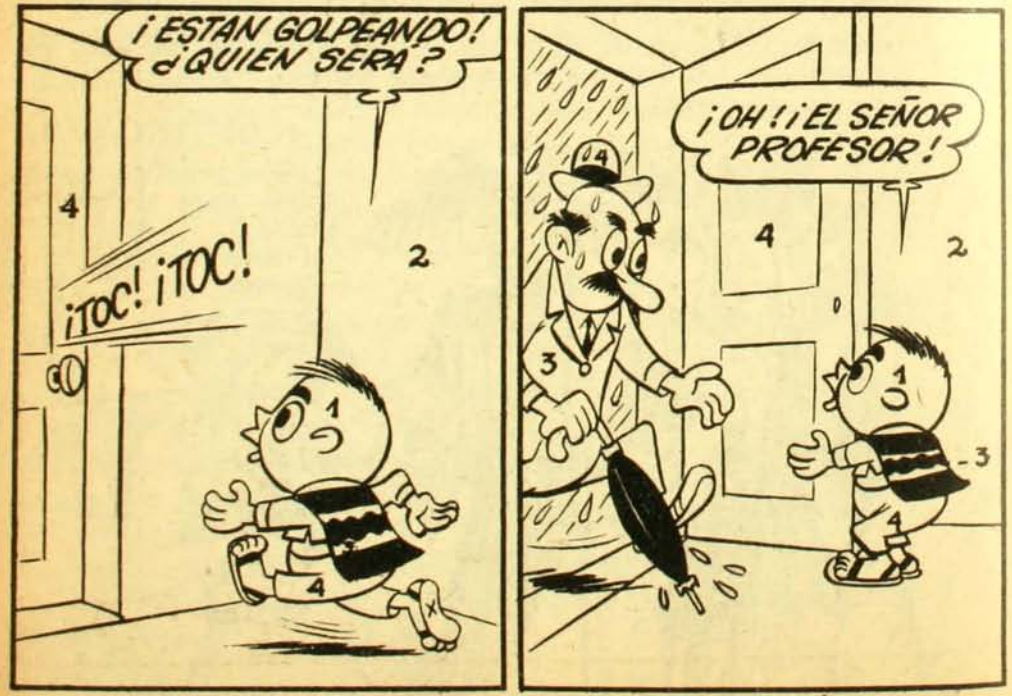
(CONTINUARA)



—¿Qué relación tiene usted con el Sheik Blanco? —preguntó el Emir a Juanita.

Ponchito





Estos dibujos son hechos especialmente para colorear:

POR NATO





1.— Rosado. 2.— Azul. 3.— Rojo. 4.— Amarillo.



EL REINO DESTRUIDO

CAPITULO XIX.—Desbande.

Fulvio Luceri, acompañado de sus siervos Elvio y Marco y de las esclavas Marcela y Nefari, fué acogido como huésped en una tribu africana, luego de atravesar los montes Atlantes.



—Marco, permanece en la aldea para proteger a Marcela y Nefari —ordenó Fulvio.

El tam-tam de la selva anunció con sus lúgubres sones que una manada de elefantes enfurecidos avanzaba destrozando todo a su paso.

Fulvio, el cazador blanco, venerado por los nativos porque había dado muerte a dos leones, indicó:

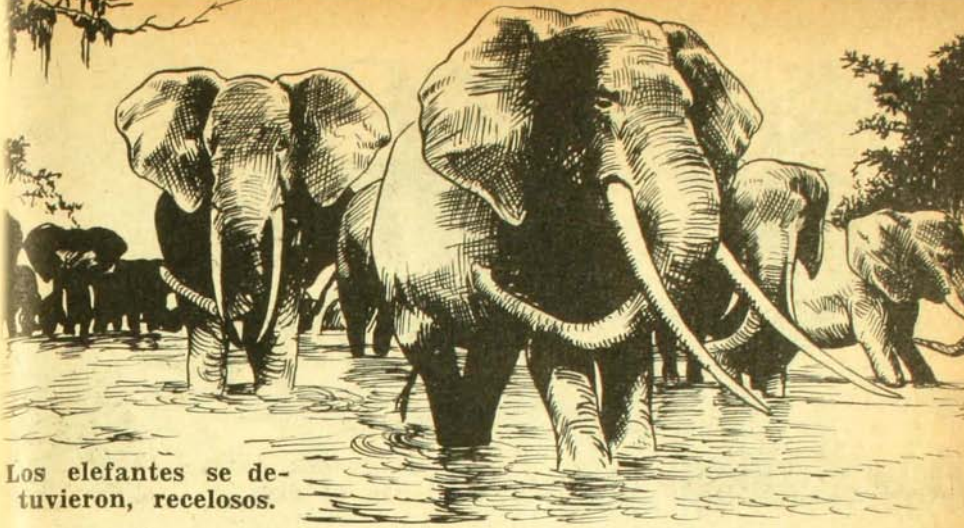
—Tengo una idea para detener a los elefantes. Elvio, ven conmigo. Tú, Marco, permanece en la aldea, a fin de proteger a Marcela y a Nefari.

Seguido del joven esclavo, el patricio romano se distanció de la aldea. Llevaba su arco, y antes de partir, encendió una antorcha en la gran fogata.

Alzando sobre su cabeza la tea encendida, Fulvio corrió velozmente hacia la jungla. Elvio lo precedía ágilmente. Cruzaron entre los árboles, sintiendo cada vez más cercano el trompetear de los elefantes. Retem-

Encendieron sus antorchas en la fogata.





Los elefantes se detuvieron, recelosos.

blaba la tierra y, en la selva sobrecogida, ningún animal o ave se atrevía a alzar la voz. La manada furiosa dominaba aquel mundo salvaje.

Fulvio trepó a un árbol, a fin de ubicar al temible tropel.

—Ya atraviesan el lago, Elvio —anunció—. ¿Estás preparado?

—Sí, amo —repuso el joven.

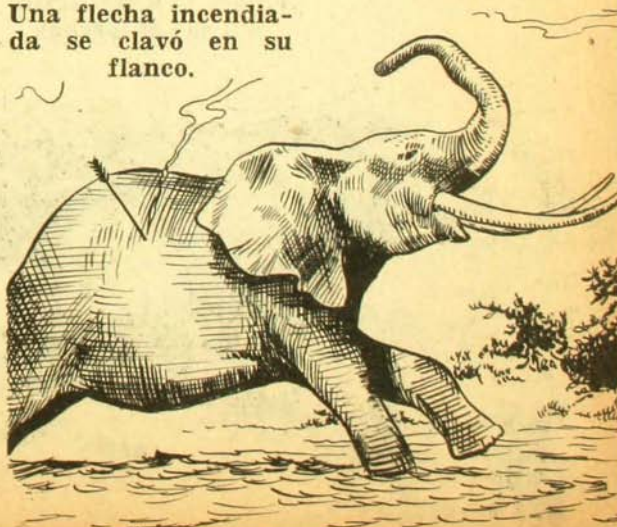
Las bestias habían advertido tal vez la presencia de seres humanos y se detuvieron en el agua, recelosos e inquietos. Los agudos berridos de aquellos gigantes de la selva formaban un coro ensordecedor. Los colmillos de marfil relumbraban bajo la luz de la luna.

—Apunta con cuidado, Elvio, y dispara una flecha tras otra —susurró Fulvio.

El esclavo asintió en silencio, mientras terminaba de envolver en la punta de la última flecha una angosta banda de tela aceitada.

De pronto el elefante que marchaba a la vanguardia lanzó un rugido de dolor. Una flecha incendiada se había clavado en su flanco. Otros dardos surcaron el aire

Una flecha incendiada se clavó en su flanco.





Otros dardos surcaron el aire.

y varios paquidermos recibieron heridas y sintieron la quemante cercanía del fuego.

Se produjo en la manada un movimiento de desconcierto y terror. Los elefantes se espantan fácilmente y todas las criaturas de la selva saben que es más temible un elefante aterrorizado que uno furioso.

Súbitamente Fulvio y Elvio se presentaron ante la manada, agitando sus antorchas. A la vista del fuego, cuyo contacto habían sufrido, las bestias huyeron, orientadas en una nueva dirección. Esta huída tuvo un resultado inesperado. La tribu del africano cautivo, a quien Fulvio concedió la vida y la libertad, acudía en son de guerra. Los combatientes no alcanzaron a llegar a la aldea, pues se interpuso entre ellos un muro de colmillos, una barrera gris que resoplaba de furia: los elefantes.

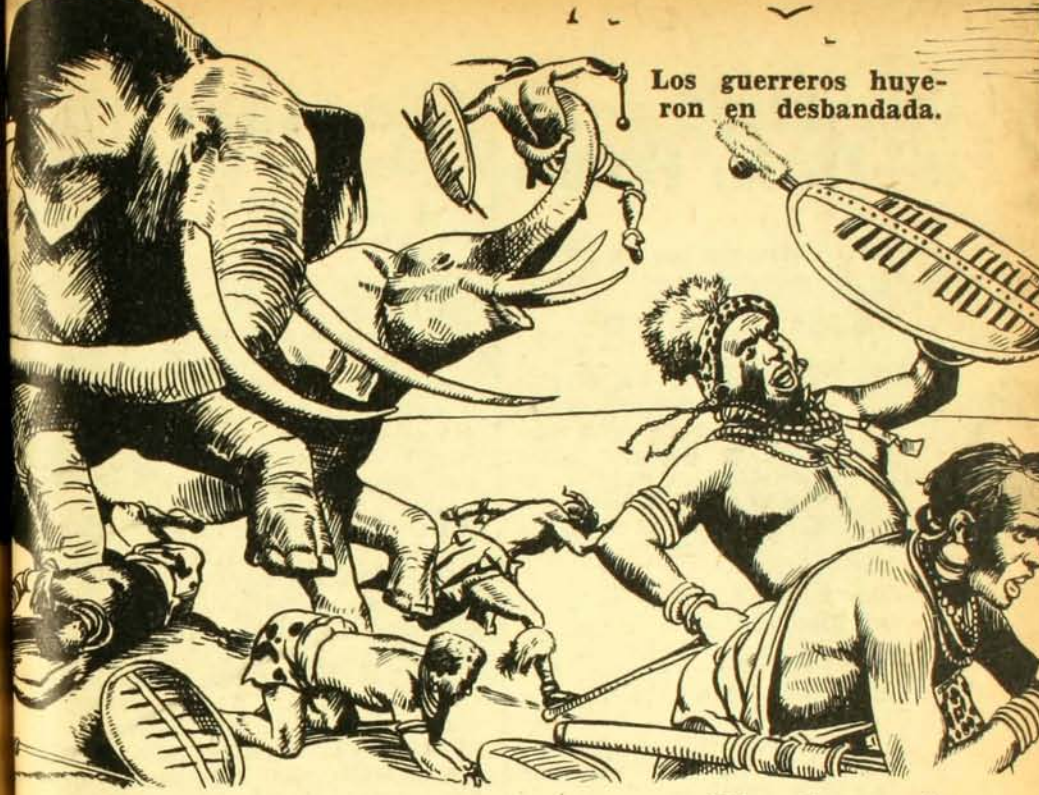


Fulvio y Elvio agitaron sus antorchas.

Los guerreros que pudieron eludir la mortal embestida, se desbandaron, chillando de espanto.

De pie al borde del lago, Fulvio y su siervo observaban la escena.

—Dios les castigó por



Los guerreros huyeron en desbandada.

desagradecidos —dijo Elvio, con sencillez—. Tú, señor, perdonaste la vida a uno de los hombres de ese clan y ellos, en cambio, pretendían asolar la aldea del rey nativo que nos dió refugio y...

Iba a añadir: "y alimento" cuando recordó el topo asado que casi se vieron obligados a comer. El rey Umbopa era bondadoso, pero los manjares que ofrecía a sus huéspedes inspiraban a éstos deseos de desaparecer o de huir.

—Los dos peligros que nos amenazaban están conjurados —sonrió Fulvio—. Regresemos con las buenas noticias.

Por cierto que hubo gran algazara en la villa nativa. Desde sus chozas aéreas, los aborígenes saltaron a tierra y prepararon activamente una gran celebración, en homenaje al "matador de leones", que ahuyentaba a los elefantes enfurecidos y a las tribus hostiles.

Entre aquellos seres de corazón simple y primitivo, lejos de Roma y de la amenaza del César, Fulvio y sus acompañantes podían considerarse a salvo.

(CONTINUARA)

GRANDIOSO Sorteo de Fiestas PATRIAS

"SIMBAD" ofrece a sus numerosos lectores

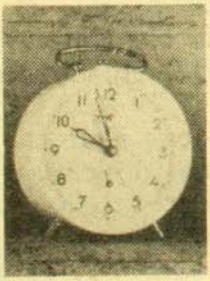
$ 200.000



en valiosos premios, que se repartirán únicamente entre los lectores de "SIMBAD" el 10 de septiembre.

PREMIO MAYOR: Una hermosa bicicleta para niño.
Segundo premio: Un radio Philips.
Otros premios: Hay muñecas, delantales para niñitas, pelotas de goma, cuadernos, útiles de escritorio, chombas, sweaters, poleras, soquetes, acuarelas, patines, zapatillas para niños, etc.

Para obtener cualquiera de los obsequios enumerados sólo tendrán que juntar los cupones que aparecen al pie de esta página, semanalmente. Por cada serie de 5 cupones, numerados de 1 al 5, obtendrán un boleto para optar a los premios que repartirá "SIMBAD" el 10 de septiembre próximo. Ahora, lectores, a juntar muchos boletos para este gran sorteo.



CUPON N.º 2 — SERIE N.º 3
Sorteo de Fiestas Patrias
CUPON N.º 2 — SERIE N.º 3
20 de abril de 1955.

¿LO SABES TU?

CONTESTA A ESTA PREGUNTA:



¿Por qué provincia pasa el río Copiapó?
Solución a "SIMBAD" N.º 292: Chile tiene 25 provincias.
Entre los niños que enviaron soluciones exactas, salieron favorecidos los siguientes nombres:

CON CINCUENTA PESOS: Manuel Ovalle, Talcahuano; Carlos Rodríguez, Santiago; Olga Pavez, Santiago; María Latorre, Arauco; Alicia Schiding, Santiago; Rosa Casanova, Los Andes; Luis Barrera, Valparaíso; Alicia Fuenzalida, Cunco; Mario Fernández, Nueva Imperial; Omar Barrientos, Río Negro.
SUSCRIPCION TRIMESTRAL: Ana Rivas, Quilacoya; Francisco Illanes, San Javier; Humberto J. G. Huidobro, Quirihue; Miguel Munita, Los Andes; Cristina Vargas, Angol; Eliana Gutiérrez, Victoria.
UN LIBRO: Emma Vásquez, Casablanca; Blanca R. Soto, Valparaíso; María C. Cortés, Santiago; Félix Hermosilla, Nacimiento; Nelson Sánchez, Curacautín; Irma Espinoza, Parral; Oscar Torrealba, Cauquenes; Inés Bravo, Osorno; Luzmira Muñoz, Talcahuano; Sergio Urra, Chimbarongo.

Los niños de Santiago se pagan en Santa María 076, 3er. piso, de 10 a 13 horas. Los de provincias recibirán sus premios por correo.

CUPON DEL CONCURSO Semanal
SIMBAD N.º 294

Empresa Editora Zig-Zag, S. A. — Santiago de Chile, 1955.

Juan y Juanita





3. Aquel amigo les había dejado un mensaje, aconsejándoles prudencia. Se alzó la tapa de la escotilla y Lugo bajó, seguido de un marinero. "—Los inspectores de la aduana subirán a revisar la carga —anunció—. Les amordazaré para que no canten." Minutos después llegaban los inspectores.





4. No tardaron en retirarse, sin sospechar que detrás de los cajones yacían tres prisioneros. Al anochecer una sombra furtiva se deslizó entre los fardos. Un cuchillo relampagueaba en su mano. Juanita despertó alarmada, y aquella sombra huyo rápidamente de la obscura bodega.

(CONTINUARA)

PELUSITA POR NATO













Simbad

° 295

$ 10.-



BUFALO BILL

Juan y Juanita

CAPITULO LXXVI.—EL CONTRABANDO





1. Juan, Juanita y el marinero Aldo estaban prisioneros en la ca la del "Pez Volador", nave que llevaba a la India un contraban do de armas. A medianoche una sombra furtiva se deslizó hast ellos. Juanita despertó alarmada, y Juan dijo: "—¡Qué extraño Tengo las manos libres. Alguien cortó la soga".





2. Por cierto que desató presurosamente a Juanita y Aldo. Con gran cautela subieron a cubierta. El capitán Lugo hablaba con un desconocido, quien expresó: "—Las órdenes han cambiado Las mercaderías serán embarcadas en la costa de Malabar". Na die sorprendió a los fugitivos.

(Continúa en la penúltima página.)

Simbad

AÑO VI — 27-IV-1955 — N.º 295

Directora: Elvira Santa Cruz (Roxane)
Suscripción anual: $ 490.—
Semestral: $ 250.—
Recargo por vía certificada: Anual: $ 21.—. Semestral: $ 11.—.
Extranjero:
Anual: U.S.$ 2,10
Semestral: U.S.$ 1,05
Recargo por vía certificada: Anual: U.S.$ 0,20
Semestral: U.S.$ 0,10

La Princesa Muñeca

CAPITULO XXI
El triunfo de Flora la campesina.

Flora había logrado llegar a tierra después de la terrible tragedia del lago, pero ya no la acompañaban ni su primo Pedro ni el hada Mirtala.

La campesina se encontraba en la ribera opuesta del lago y sólo divisaba a mucha distancia, y como dos puntos imperceptibles, las siluetas de Pedro y del hada Mirtala, quien, como ya sabemos, estaba disfrazada de anciana mendiga.

De nada le servía quedarse allí mirando a sus amigos. Más prudente era alejarse cuanto an-



Flora caminaba hacia el palacio de coral.

tes de las cercanías del mago Focio y buscar un refugio más allá de las altas montañas.
—El diabólico mago tiene hechizados estos parajes —se dijo Flora—. Tan pronto los transforma en lagos como en parajes rocosos. Caminaré sin dirección ni rumbo hasta que se agoten mis fuerzas.
Por la noche una gruta de ramas secas le sirvió de refugio. Al día siguiente reanudó su camino. Pero cuál no sería su desesperación al advertir que, después de tanto andar, había llegado al punto de partida.
Un grupo de niños jugaban en la pradera. Flora quiso preguntarles dónde se encontraba, y los muchachos, en lugar de responder, huyeron de ella como si fuera una réproba o endemoniada.
—¿Será otra prueba del malvado Focio —murmuró Flora—, para hacerme perder la paciencia? ¿Es posible que sea tan malo conmigo cuando yo nunca le hice daño? Yo no desmayaré... Continuaré luchando por mi princesita Veni.
Después de subir por abruptas montañas a riesgo de perder la vida, de atravesar correntosas vertientes y grandes praderas, Florita divisó a lo lejos un palacio de color rosa coral.
"¿Será ése el palacio del mago Silerio? —pensó Flora—. ¿Habré llegado, por fin, al término de mi penosa jornada?"
La niña, como atraída por el majestuoso castillo, guió sus pasos hacia él. A pesar del lindo bosque y de la profusión de jardines con preciosas flores, no se veía una sola casa, ni una persona en toda la comarca. Al contrario, se diría que todos huían de ella como poseídos de terrible pánico.
Muerta de hambre y yerta de frío, la campesina se afirmaba sobre un bastón de leña y continuaba su interminable ruta. Lo curioso era que después de tres días de marcha no acortaba la distancia que la separaba del castillo color rosa coral.
"Es algo mágico —decíase la viajera—, yo avanzo, camino, doy pasos, y, sin embargo, el castillo se me presenta a la misma distancia."
—Otra prueba; tal vez la última, mi princesita —balbuceó Flora, besando la carita insensible de su muñeca.
Por fin llegó a la avenida que conducía al castillo de coral. Una multitud de campanitas rosadas tintineaban suavemente entre la perfumada arboleda.
—Ya me había dicho la princesa que existían campanitas melo-



La valiente niña golpeó el aldabón de brillantes.

diosas junto al castillo del mago Silerio —murmuró Flora, estrechando más tiernamente a su inmóvil muñeca—. Ya llegaremos, mi amada princesa; tú serás feliz volviendo a tu reino de Giralda o yo me veré convertida en insensible muñeca.

Sin vacilar y sin pensar que podía perder la vida, Flora entró radiante al pórtico del palacio de coral. Con firme ademán alzó el albadón de brillantes que cerraba la puerta.

El portón se abrió de par en par, apenas Flora tocó el aldabón. Al fondo de la sala se encontraba el espejo mágico y a ambos lados grandes estanterías con todas las muñecas que habían intentado la prueba del espejo mágico.

Centenares, millares de niñas que se creían perfectas y que en realidad eran orgullosas, egoístas, mezquinas, adulonas y sin corazón para los que sufren y lloran.

Allí estaban todas las niñitas desobedientes, flojas y de malos instintos. Ellas se creían perfectas porque, como poseían todos los bienes de la tierra, nadie las había contrariado... Eran regalonas... Hacían todo lo que querían.



El mago Silerio saludó a la pequeña visitante.

Rompían sus juguetes y sus vestidos, sin pensar que podían regalárselos a otras niñitas más pobres que ellas.

Y, sin embargo, creyéndose perfectas como Malvina, la hija del guardabosque, habían intentado la prueba del espejo mágico. Y el espejo mágico se había empañado.

¿Le correspondería igual suerte a nuestra buena Flora, la campesina que adoraba a los cabritos y perdonaba a los malos?

El mago Silerio, con su gran capa roja prendida con la rama de coral, se presentó a la visitante.

—¿Qué deseas, niñita? —preguntó a Flora.

—Deseo sufrir la prueba del espejo mágico y volver la vida a esta muñeca —respondió Flora.

—¿Conoces la suerte que se te espera si no eres una niña perfecta? —interrogó el mago Silerio, examinando atentamente a la pequeña campesina.

Flora inclinó la cabeza y apretó contra su angustiado pecho a la princesa-muñeca.

—Estoy pronta —suspiró, con débil voz.

Silerio cogió a la princesa Veni, la depositó en un casillero vacío y en seguida condujo a Flora ante el gran espejo.

La inmensa luna no se empañó y la imagen de Flora se reflejó nítidamente en el espejo.

El mago, maravillado de la inocencia y virtud de Flora, se inclinó ante ella:

—Me has vencido, Flora —dijo el mago—; la rama de coral te pertenece.

Y al decir esto desprendió el lindo aderezo de coral que sujetaba su rojo manto y lo entregó a la triunfadora.

Flora apenas miró el talismán. Toda su atención estaba concentrada en la princesa Bienvenida.

De todos los casilleros surgían niñitas que saltaban jubilosas. Había grandes y pequeñas, feas y bonitas. Algunas parecían princesas y otras aldeanas.

Todas acudieron a inclinarse ante Flora y le rindieron homenaje.

—¿Dónde está mi princesita Veni? —preguntó Flora, llena de inquietud.

De súbito una hermosísima niña de quince años se aproximó a Flora y, abrazándola, le dijo:

—Gracias, Florita, mi buena libertadora.

—¿Es usted la princesa Bienvenida, reina de Giralda? —exclamó atónita Flora—. Qué linda es... Le entrego la rama de coral que le devolverá su reino.

(CONCLUIRA)



El espejo mágico reflejó nítidamente la imagen de Flora.

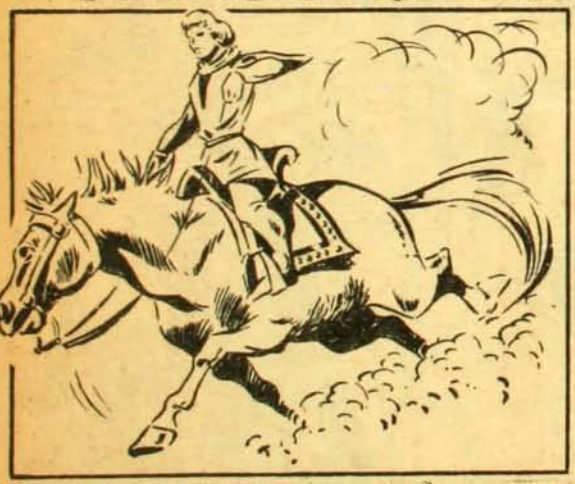
San-Luis DE FRANCIA

CAPITULO I. LA REBELION





1. El rey Luis IX de Francia nació en Poissy, en 1214. El relato de su vida es una mezcla de santidad y heroísmo. Su madre, Blanca de Castilla, lo educó severamente. Los sacerdotes que lo instruían le amaban profundamente y para ellos era más natural llamarle "hijo mío" que "Su Alteza Real".



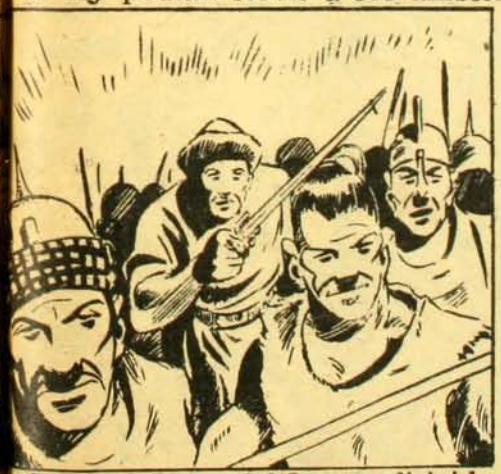


2. Por cierto que ante la severa reina ocultaban su paternal ternura. El príncipe recibía también lecciones de armas y caballería para fortalecerse. Era un guerrero hábil y un jinete veloz. Al atardecer de cada día, cuando reunía en su palacio a cien pobres, les servía con sus propias manos.





3. El joven rey pedía a sus maestros que le narraran la historia de las Cruzadas, la cual oía con apasionado interés. En esos tiempos Palestina fué invadida por las hordas asiáticas. Un príncipe musulmán, llamado "El Roustem", vió que esas bandas sin dios ni ley podían servir a sus ambiciones.





4. Las huestes bárbaras, dirigidas por el cruel sarraceno, se apoderaron de la ciudad de Jerusalén. Los cristianos huyeron aterrorizados. "—Jerusalén es nuestra —dijo El Roustem a los príncipes musulmanes que se habían aliado con él—. Ya no necesito a los bárbaros."

San-Luis de Francia





5. A medianoche, la horda asiática abandonó la ciudad conquistada. El Roustem había dicho con una maligna sonrisa: "—Yo me encargo de ellos", y, mediante engaños, alejó a la temible hueste. "—¿Hacia dónde vamos? —preguntaban algunos soldados—. En busca de nuevas victorias... o de la muerte..."





6. Mientras ellos, engañados, marchaban por los polvorientos caminos, El Roustem y sus aliados se posesionaban de Jerusalén. La bandera de la media luna fué izada sobre las torres. Y en un país lejano, un joven rey francés, entre el esplendor de su corte, pensaba en la reconquista de la Ciudad Santa.





7. Esa idea, aún vaga en el corazón de San Luis, quedó relegada porque un clima de agitación sacudió a Francia. Algunos nobles barones se rebelaron contra el rey. El más agresivo era el Conde de la Marca, Hugo de Lusignan, quien decía: "—Prefiero someterme al rey de Inglaterra".





8. Luis reinaba bajo la regencia de la reina Blanca de Castilla. Esta regencia era muy combatida, y cuando el Conde de la Marca se declaró en rebelión, todos los señores del sur y del sudeste se unieron a él. Este movimiento, aunque intentó mantenerse en secreto, fué conocido en el palacio real.

(CONTINUARA)



CAPITULO II.—Valiente capitán.

Clara y David Pinal se instalaron en la barcaza "Fugitiva". Esperaban hallar ahí a su padre, pero éste se ausentó, dejándoles un mensaje donde les advertía que debían cuidar una linterna de marino que había a bordo.

Por cierto que ese consejo causó extrañeza a los hermanos. También los intrigaba la repentina ausencia de Eduardo Pinal.

—Nunca permanece mucho tiempo junto a nosotros —reflexionaba David—. Sus viajes son siempre súbitos y las explicaciones que nos da son vagas. Tal vez en esos viajes enfrenta un peligro que no quiere revelarnos...

Clara sonreía, diciendo:

—No imagines misterios ni dramas. Papá es sin duda reservado, pero no lo encuentro enigmático.

Se disponían a ir al pueblo cercano para comprar provisiones.

—Viviremos en una embarcación, como los chinos que tienen su hogar en un junco o un sampán —observó David.

—No es necesario compararse con habitantes de un país tan lejano —dijo Clara—. Viviremos como chilotes, en su barca inmóvil. Bien, ¿partimos?

Estaba montada sobre el percherón y lo animaba para iniciar la marcha cuando se oyeron los ladridos frenéticos del fiel "Capitán", el perrito que vigilaba la chalana.

Clara desmontó de un salto y siguió a su hermano, que ya corría velozmente hacia la ribera. Distinguieron a un hombre que, introduciendo su mano a través de una de las ventanillas, se apoderaba de la linterna de marino.

Clara y David sorprendieron al ladrón.

—¡Eh! —gritó David—. ¿Qué significa esto?

El vagabundo no tuvo tiempo de huir. Intentó esconder la linterna, pero después comprendió que aquel gesto era inútil. Lanzando una mirada a David, bajo sus enmarañadas cejas, explicó:

—Admiraba este farol, patroncito. Es de los antiguos y me gustó. Quisiera comprarlo.

—¿Sí? ¿Y pensaba enviarme el dinero por giro telegráfico?

—No se burle, patroncito. Le aseguro que puede hacer un buen

—¿Qué significa esto? —dijo David severamente.



—Quiero comprarle la linterna, patroncito.

negocio. Hay una señorita que busca un farol de esta clase y...

—Pues tendrá que seguir buscando, porque éste no se vende. Y ahora váyase, y recuerde que los compradores como usted se encuentran un día frente a un carabinero y allí se termina el negocio.

El hombre contuvo un movimiento de ira.

—¿Cree que soy un ladrón? —protestó después con falsa humildad.

—Váyase —repitió David, con firmeza.

El vagabundo se alejó.

—¿Crees que en realidad intentaba robarlo? —inquirió Clara, pensativamente.

—Tal vez. Pero olvidémoslo. "Capitán" merece ser felicitado.

Cruzaron el puente, acercándose al perrito que ya no ladraba y que, en actitud atenta y aprobadora, había escuchado la voz de su amo cuando discutía con el presunto ladrón. Lucía una gorra de tamaño apropiado a su cabeza, que Clara encontró en un armario y que era una copia fiel de la del verdadero capitán de la barcaza. Al marcharse intempestivamente, Eduardo Pinal le había colocado su propia gorra, tal vez para asegurar a sus hijos que el mensaje provenía realmente de él.



El vagabundo se alejó.

—Muy bien, "Capitán" —aplaudió David—. Merece no sólo vigilar esta chalana, sino un velero bergan-

tín. Estudiaremos un ascenso para usted.

"Capitán" acogió esas palabras con solemne expresión. No dudaba de que eran promesas serias.

—Recibe el saludo de esta marinera —añadió Clara, riendo—. Te has conducido como un valiente. Luego de cerrar con gran cuidado la puerta y las ventanas, a fin de prevenir cualquier otro intento de robo, Clara y David se encaminaron hacia el pueblo.



—Felicitaciones, "Capitán" —dijo David.

—Si ese sujeto intentaba robar la linterna, papá tenía razón al decirnos que la guardáramos bien —observó la niña—. Empiezo a sospechar que hay un misterio.

—Te he contagiado con mis visiones —dijo David, con una burlona sonrisa—. Yo soy el que inventa aventuras extrañas. Tú eres la niña de cabeza despejada, que sólo ve la realidad. No cambies, Clarita, o terminaremos por crear entre los dos una banda completa de forajidos, un monstruo que vive en el río y quizás cuántas otras cosas extravagantes.

(CONTINUARA)

Correspondencia

SILVIA MORA, Eduardo Bustamante, Berta Olivares. Oportunamente le fueron enviados sus premios. Ya les llegarán.

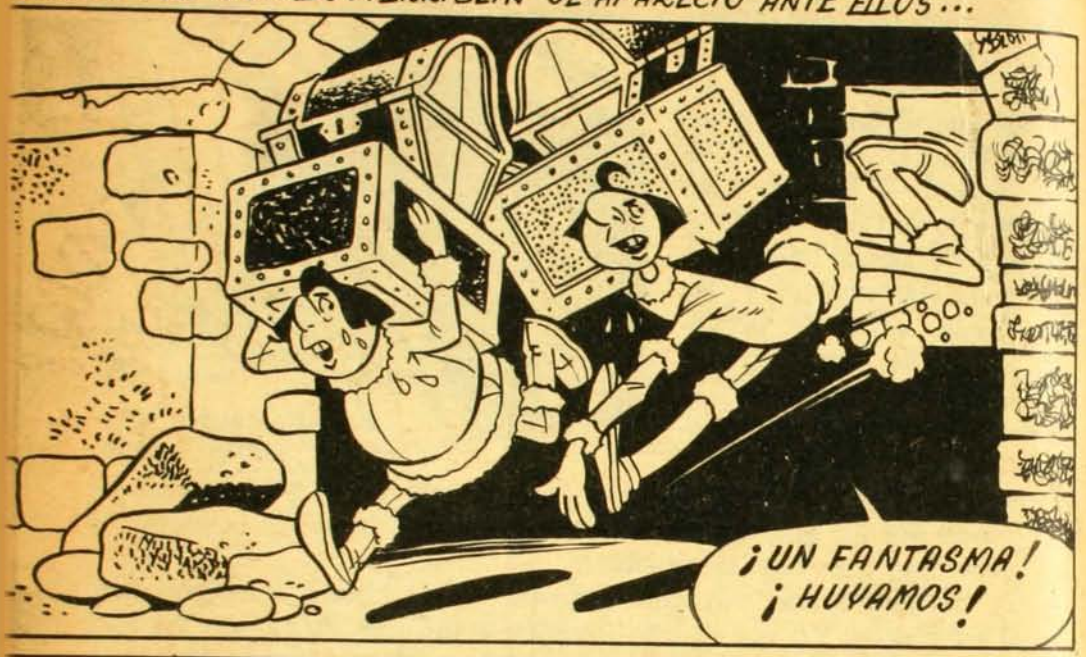
ANA G. CORREA. Gracias por sus elogios a la pequeña gran revista "Simbad", que constituye el deleite de las chillanejas. Espero que continúe con sus aficiones literarias y que llegue a ser una gran escritora.

IVAN SCHMIDT. Nos complace su entusiasmo por la PRINCESA MUÑECA y sus deseos de que pronto encuentre a la niña perfecta que le devuelva su forma natural. Bienvenida volverá a su reino y será una buena soberana. Pronto daremos otras seriales muy interesantes: BUFALO BILL, el "Secreto de la Linterna", "La Torre del Ogro", que les deleitarán.

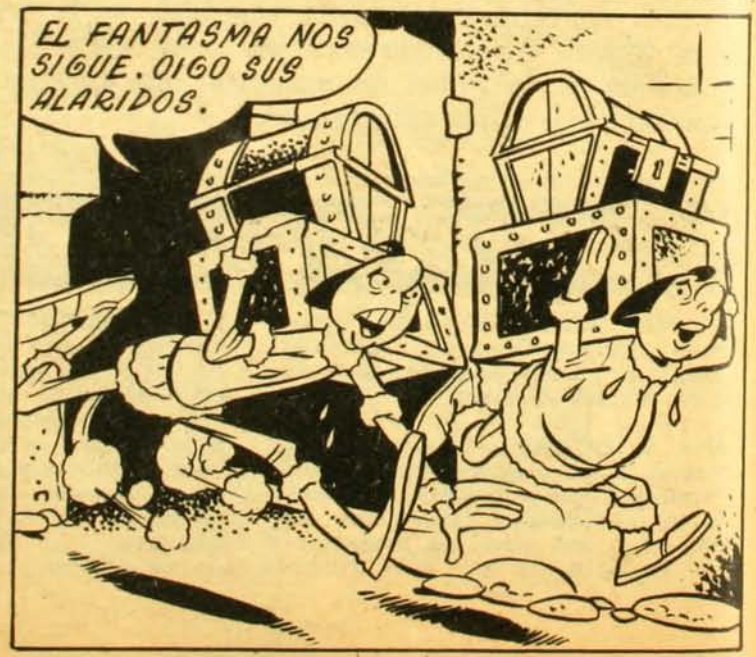
ROXANE.

El fantasmita

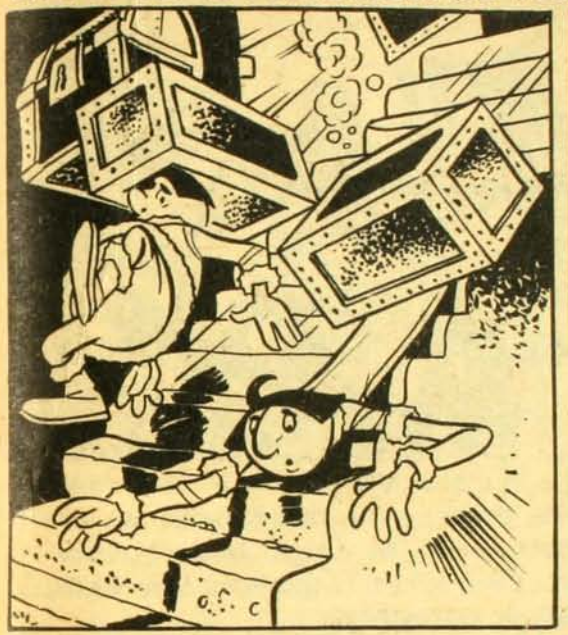
SIR BEPOCO Y EL CABALLERO TIRIFILO HALLARON UN TESORO EN EL SÓTANO DEL CASTILLO. TERRIBLÍN SE APARECIÓ ANTE ELLOS...

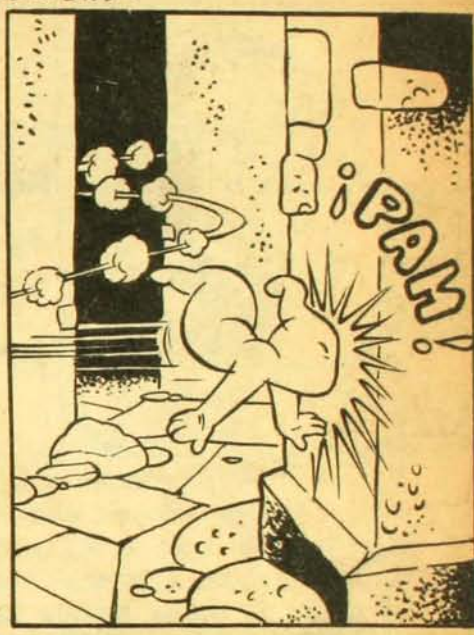




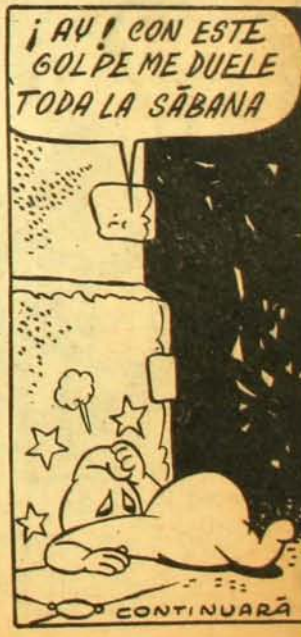


LOS FUGITIVOS CAEN ESCALERAS ABAJO Y EL FANTASMITA SUFRE UN ACCIDENTE POR EXCESO DE VELOCIDAD.









BUFALO BILL

CAPITULO V.—EL RESCATE DE GACELA BLANCA



1. Búfalo Bill perseguía a Ojo Maligno, un sioux que había raptado a Gacela Blanca, doncella cheyene. Le derribó con su lazo y, al advertir que el indio yacía inerte, se dirigió hacia el caballo para desatar a la prisionera. Pero sobre la montura sólo había un atado de pieles. Búfalo Bill se estremeció.



2. ¿Qué había sucedido? El guerrero se libró de la cautiva, abandonándola en el camino, tal vez herida... "—Debo obligar a ese indio a que confiese", murmuró el explorador. Su rostro se endureció y la expresión que fulguraba en sus azules ojos hubiera intimidado al sioux más valiente.





3. Pero cuando llegó al lugar donde cayó el piel roja comprobó que éste había huído. "—¡Maldición! Tendré que buscar a esa alimaña. Seguramente se ha escondido en el bosque", dijo Búfalo Bill. En la lejanía oyó el inquieto relincho de "Galante", que presentía también el peligro y la traición.





4. Llevando los caballos de los dos indios vencidos, Búfalo Bill se reunió con su cabalgadura. "—La encontraremos, "Galante". Puedes venir conmigo, pues avanzaremos con cautela. Esta vez no es preciso lanzarse en una carrera endemoniada. Sígueme, sin apresurarte y en silencio."

BUFALO BILL





5. No tardaron en oír unos gemidos ahogados. "—No es voz humana —caviló Búfalo Bill, guiando a los caballos entre la espesura—. Tal vez sean los oseznos..." En efecto, eran Tuby y Chuby que, lamentándose, examinaban con inquietud una figura inerte. "—¡Gacela Blanca!", exclamó Búfalo Bill.





6. De un salto estuvo junto a la doncella cheyene. Alzándola con suavidad, murmuró: "—Gacela Blanca..., respóndeme". El bello rostro permanecía inmóvil, y Búfalo Bill, en un gesto de desconcierto, acarició los negros cabellos a los cuales se habían adherido briznas de pasto y florecillas silvestres.





7. "—Gacela Blanca —repitió—. ¿Le habrá dado muerte ese miserable? No..., si estuviera sin vida, los ositos no tratarían de reanimarla." Inclinándose percibió el débil aliento de la niña india. "Galante" y los pequeños osos asistían con interés a aquella escena. Los oseznos reanudaron sus gemidos.





8. La hermosa boca de Gacela Blanca tembló, pronunciando: "—Bill... Búfalo Bill". Después las pupilas, que se veían extrañamente claras en el rostro cobrizo, miraron con alegría al explorador. "—¡Cabello Largo!", susurró, dando esta vez a Búfalo Bill el nombre que le daban los pieles rojas.

(CONTINUARA)



LA HIJA DEL SHEIK BLANCO

CAPITULO XVI.— Fiesta en el palacio del Emir.

—¿Dice usted, señor, que la "Llave de Oro" que estaba en la caja de fondos es falsa? —preguntó Juana Varden al emir.

—Exactamente —respondió el magnate árabe—. Temiendo siempre una perfidia de mis enemigos, ordené que fabricaran una llave falsa, pero la verdadera la llevo sobre mi pecho.

El emir entreabrió su túnica y mostró a Juanita y Jazmín una llave de oro purísimo, con incrustaciones de piedras preciosas.

—Ten cuidado, padre —murmuró Jazmín—; recuerda que hace un mes te robaron el anillo con el sello real.

—Lo recuerdo —dijo el emir—, y esto me confirma en la idea de que preparan una revuelta semejante a la que motivó el asesinato de mi hermano Omar.

Juanita Varden, al oír la referencia al anillo con el sello real, recordó que fué el Sheik Blanco quien substrajo ese anillo.

"Ahora comprendo por qué mi padre me pidió que no le creyera un ladrón —pensó Juanita—. El quiso evitar que el sello real

RESUMEN: Después de muchas intrigas, en las que se ve envuelta Juana Varden por sus enemigos Adolfo e Irma Maxel, la hija del Sheik Blanco es acusada de haber robado la "Llave de Oro", emblema del poder en Marakand. Irma cautiva a Juanita, pero la princesa Jazmín sale en busca del Sheik Blanco para que la liberte. Jazmín cae prisionera en el desierto, y Juanita, al saberlo, acomete contra Irma Maxel y huye de su prisión, dejando encerrada a Irma. Juanita Varden logra evadirse del palacio y galopa por el desierto hasta que cae extenuada por la sed. La salva su padre, el Sheik Blanco. Entretanto, la princesa Jazmín está prisionera del malvado árabe Ben Rachid. Juanita y Jazmín son rescatadas por el Sheik Blanco. El Emir Harún Solimán comienza a sospechar el engaño de los Maxel.

cayera en poder de Adolfo Maxel y Ben Rachid. El Sheik Blanco trabaja a favor del emir y no en contra como lo cree Aldo Carol."

En seguida se habló de la fiesta que proyectaban dar en palacio para conmemorar el cuarto aniversario de la ascensión al trono del emir Harún el Solimán.

—Para disipar el rumor de que se ha perdido la "Llave de Oro" —dijo el emir—, ustedes pueden introducir en uno de los cuadros plásticos una escena en la cual muestren al público la insignia real.

—¿Y si intentan robarla? —balbuceó Juana Varden.

—Se tomarán precauciones —expresó Harún el Solimán—. A nadie comuniquen este secreto. Sólo Aldo Carol será informado.

Cuando el emir se alejó, la princesa Jazmín cogió en sus brazos a Juanita, diciéndole:

—Mi padre tiene plena confianza en ti, amiga. De nada han servido las intrigas de Adolfo Maxel y de su hija Irma.

Ambas niñas decidieron buscar sus colaboradores entre los más fieles amigos del emir.

—Mi camarera Karata, el buen Hassan y Aldo Carol —indicó Jazmín—. Hay que tener cuidado con los que escuchan tras las puertas...

—Yo soy uno de ellos —declaró Aldo Carol, acercándose sigilosamente a las dos amigas—. Espero que no moleste mi presencia.

—Por cierto que no —dijo Juanita—. Jazmín y yo estábamos discutiendo nuestros planes para la fiesta de mañana.

—Los conozco —indicó Carol—, y creo que el emir se arriesga demasiado.

—Aguarden un momento —interrumpió Jaz-



El Emir prometió a Juanita enviarle el cofre con la llave de oro.

mín—. Voy a conversar con Karata sobre los trajes que debe sacar de los baúles.
—Me gustaría que Jazmín fuera menos frívola —expresó poco después Carol—. Juanita, me consta que una intriga muy honda se prepara y creo que Ben Rachid obedece órdenes ocultas.
—Yo también lo creo —alcanzó a decir Juanita cuando cayó una piedra junto a ellos.
—Alguien la arrojó por el muro —exclamó Aldo, recogiendo la piedra a la cual venía atado un papel.
—Está dirigido a usted, Juanita —dijo el joven.
Juana Varden perdió el color de sus mejillas y desdobló la misiva ante las miradas inquisidoras de Carol. Parecía la letra del Sheik Blanco, pero escrita con menos nitidez y firmeza.
Necesito verte mañana a las nueve de la noche. Te espero junto al invernadero. Si aprecias la vida, no comuniques este secreto.
Eso era todo. Ni firma, ni explicación. Sólo la orden perentoria de la cita.
—¿Malas noticias, Juanita? —inquirió Aldo.
—No —dijo la niña—. Un mensaje de una amiga mía.
A un llamado de la impaciente Jazmín, Aldo Carol cogió el brazo de Juanita y subió con ella al palacio. ¿Qué iría pensando Carol? ¿Qué sospecharía?
Karata había sacado magníficos trajes de los viejos baúles del emir y los esparcía sobre divanes y sillas.
—Hay aquí indumentaria para veinte cuadros plásticos —dijo Aldo Carol, lleno de admiración.
—En un cuadro mudo —insinuó Jazmín—, lo principal es el vestuario. Juanita, ¿cuál es la primera escena?
—La llegada de los mensajeros trayendo a la princesa Jazmín la noticia de que su padre ha ascendido al trono de Marakand —declaró Juanita.
—Está bien —observó Aldo—, pero cuidado con que la princesa se ría y eche a perder el cuadro.
—Me quedaré inmóvil como una estatua —aseguró Jazmín—. El segundo cuadro, Juanita.
—La entrada triunfal del emir en Marakand. El emir estará representado por Hassan y se verá entre las cortinas de una litera mientras que la princesa saluda a la multitud. El tercer cuadro —prosiguió Juanita— es algo simbólico. Usted, Aldo, presentará al *genio* benéfico de Marakand.

—¿Aldo como Aladino y la Lámpara Maravillosa? —preguntó Carol.
—Este *genio* —informó Juana Varden— será el guardián de la "Llave de Oro". El emir cumplirá así su deseo de que el público vea la famosa llave. Usted, Aldo, la expondrá a la vista de la concurrencia. En seguida el *genio* se la entregará a la princesa Jazmín y ella, a su vez, la pondrá en manos del emir. Yo estaré allí como dama de honor de la princesa para recibir en un cofre la preciosa "Llave de Oro".
—Bonita idea —dijo Carol—, pero les ruego que guarden secreto y que todos ignoren el episodio de la "Llave de Oro".
Durante toda la tarde los tres amigos estuvieron ensayando y organizando la fiesta.
El emir acudió también a ver los preparativos en compañía de Adolfo y su hija Irma Maxel. Los dos traidores habían perdido su arrogancia y estaban furiosos por la confianza que Harún el Solimán demostraba a Juana Varden.
—Esos Maxel no permanecerán largo tiempo en mi palacio —decía Jazmín a Juanita—. Irma y su padre están verdes de rabia.
—Son tan malos —suspiró Juana— que no me extrañaría que estuvieran preparando una nueva intriga.
Terminó aquel día sin mayores novedades. El emir comió en compañía de su hija, de Aldo Carol y Juanita, en cordial intimidad. La hija del Sheik Blanco durmió tranquila, y a la mañana siguiente acudió en compañía de Jazmín y de todos los habitantes del palacio de Marakand, a cumplimentar al emir, por el cuarto aniversario de su ascensión al trono.
Con la ayuda de Aldo Carol, Jazmín y Juanita completaron los arreglos del gran escenario. Los criados cargaban plantas, tapices, decorados magníficos y había gran agitación en parques y jardines.
A las siete de la tarde comenzaron a llegar los jefes de tribus, los magnates árabes de la comarca y algunos miembros de las colonias europeas.
Timbales y cítaras unían sus sonidos melodiosos a los tambores indígenas. Las bailarinas de Marakand parecían ninfas aladas en medio de los prados. Todo era alegría en la grandiosa mansión de Harún el Solimán.
Juana Varden vestía un traje oriental obsequiado por Jazmín y cubría su rostro un lindísimo velo de gasa.

—Qué linda está mi bella odalisca —díjole Aldo Carol—. Lleva muy bien ese traje, Juanita.
—Apaga con su belleza a su amiga Jazmín —exclamó la buena princesita.
—Por favor —murmuró Aldo, al oído de sus dos amigas—, actúen con suma cautela. He colocado una doble guardia en palacio. Ahora vamos al salón. Están bailando ya los invitados.
Era una escena de las Mil y Una Noches. El emir, en todo su esplendor, recibía las congratulaciones de los magnates árabes y el elemento joven bailaba con entusiasmo.
—Dancemos —propuso Aldo a Juanita.
La joven aceptó la invitación, pero sentía crecer en ella un malestar que no pasó inadvertido a los ojos de Carol.
—Algo te preocupa, Juanita —díjole Aldo—. ¿Por qué no confías en mí?
—Es grande mi responsabilidad en esta fiesta —suspiró Juanita—. Jazmín nos llama. Vamos.
En efecto, llegaba la hora de iniciar el primer cuadro plástico, que era el más suntuoso y de gran aparato escénico.
Aldo anunció en un breve discurso el comienzo de la función y el motivo de ella.
Todo resultó admirable. El emir, acercándose a Juanita, la felicitó y le dijo al oído:
—Yo le enviaré el cofre con la "Llave de Oro" en el último instante y con mi fiel Hassan, quien se la entregará a usted al iniciarse el tercer cuadro. Supongo que habrán guardado el más profundo secreto.
—Sí, señor —dijo Juanita—. Sólo Jazmín y Carol lo saben.
Juanita volvió a su sitio entre bastidores y comenzó a distribuir a la gente que debía actuar en la entrada triunfal del emir.
Después del segundo cuadro habría un entreacto para servir la comida a los invitados.
Todo resultó a maravillas. Jazmín se condujo como una gran artista y el público la aplaudió con frenesí.
Como ya se acercaba la hora de la cita, Juanita dijo a su amiga:
—Voy a reposar un momento. Princesita, atiende tú a los concurrentes.
Jazmín estaba tan rodeada de jefes de tribu y de magnates árabes que no volvió a preocuparse de su querida amiga.

Eran las nueve en punto cuando Juanita, ataviada con su traje oriental y cubierta con un tupido velo, bajó a los jardines y de allí al invernadero.

De pronto Juana divisó a Carol circulando por los jardines. Temiendo ser descubierta, se ocultó tras una escalinata y aguardó que el joven prosiguiera hasta la puerta del palacio.

Entrando al obscuro invernadero Juana vió dibujarse una silueta alta y blanca.

—Juana —murmuró una voz queda.

—Padre —replicó Juana, avanzando en la obscuridad con los brazos extendidos.

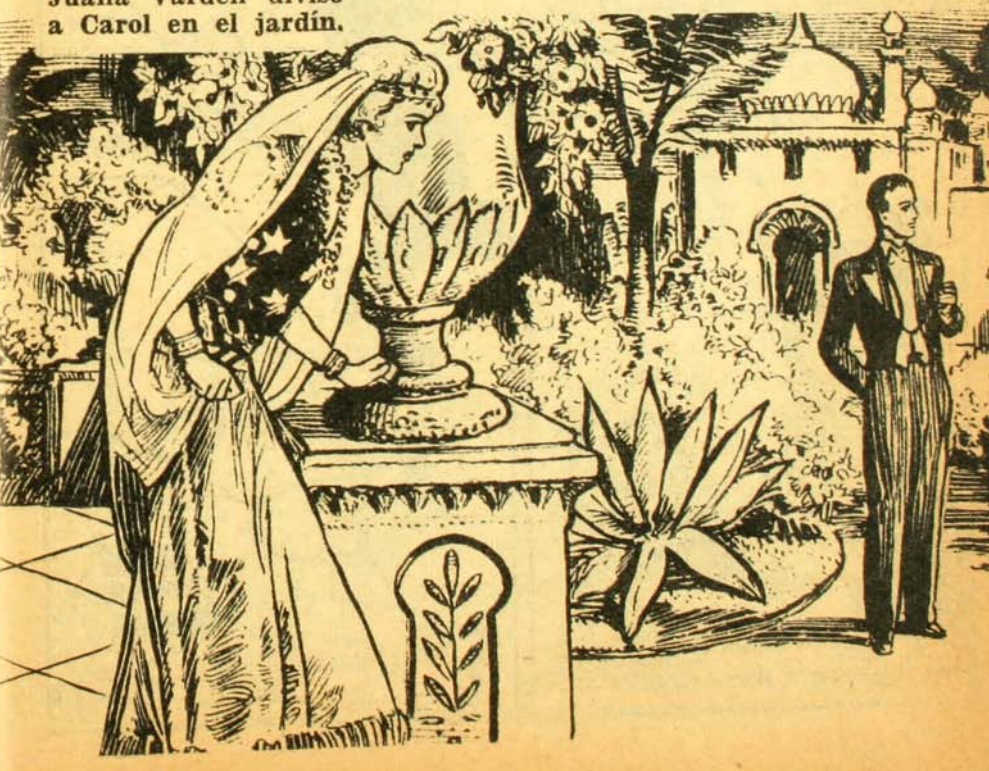
Algo pesado y burdo cayó sobre su cabeza, envolviéndole hasta el busto.

Juanita quiso gritar pero el raptor le colocaba en sus narices un fuerte narcótico que le hizo perder los sentidos.

—Pronto —dijo el villano raptor a su cómplice—. Ahora preocúpate de la "Llave de Oro". Nadie sospechará.

(CONTINUARA)

Al acudir a su cita, Juana Varden divisó a Carol en el jardín.



Ponchito



POR NATO





EL REINO DESTRUIDO

CAPITULO XX.—El río.

Fulvio Luceri, ayudado por su esclavo Elvio, puso en fuga a una manada de elefantes furiosos, que se precipitaba sobre una aldea nativa. Mediante flechas incendiadas logró desviar a los paquidermos, quienes, al orientarse en una nueva dirección, arrasaron con una partida de guerreros enemigos, que acudía a atacar a los súbditos de Umbopa.

—Ya no hay peligro, Elvio —anunció el patricio romano, que observaba desde un alto árbol el desbande de elefantes y guerreros.

Regresaron a la aldea, donde fueron acogidos con un gran clamor. Los nativos bajaron de sus chozas construídas en los árboles y, agitando sus lanzas, rodearon a los héroes blancos. Las mujeres y los niños cantaban un cadencioso ritmo negro.

—Oh matador de leones —habló el rey—, has salvado a mi tribu, y Umbopa quiere demostrarte su agradecimiento.

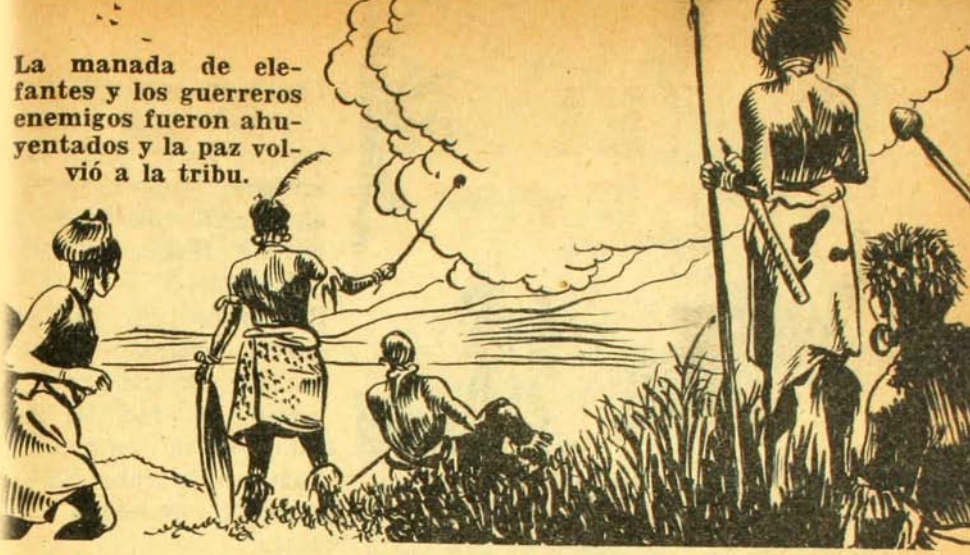


—Ya no hay peligro —anunció Fulvio.

Elvio palideció. Veía que se avecinaba un nuevo banquete... con topos asados. Tal vez, por tratarse de una celebración más importante que la anterior, habría manjares especiales, alimañas desconocidas, platos sospechosos.

—¡Gran Dios, no! —gimió.

Fulvio, aunque también sentíase receloso, oprimió con su mano el hombro del mancebo, instándole a que irguiera la cabeza y demostrara una expresión osada, como corresponde a un héroe.



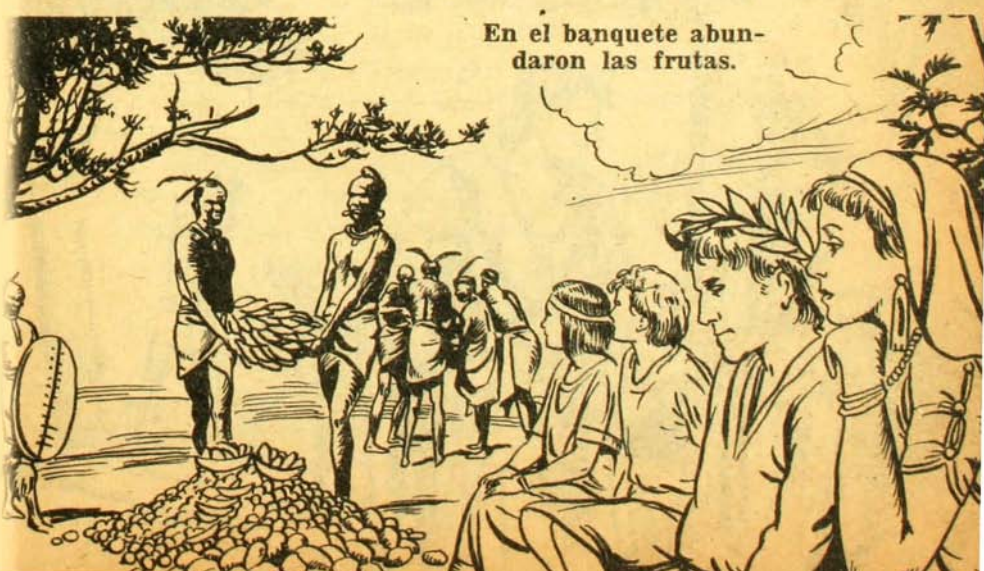
La manada de elefantes y los guerreros enemigos fueron ahuyentados y la paz volvió a la tribu.

El joven esclavo se dominó con un gran esfuerzo, mientras en sus ojos azules aparecía una sombra de resignación.

Afortunadamente los temores de Elvio no se confirmaron. En el banquete abundaron las frutas.

Fulvio, que con su rápida inteligencia había aprendido algunas palabras del dialecto, agradeció el homenaje. Si vacilaba, sin saber cómo terminar la frase, Nefari susurraba las palabras necesarias.

Cuando el matador de leones cesó de hablar, un inmenso clamor estremeció la selva. Los aborígenes saludaban a su protector.



En el banquete abundaron las frutas.



Por todas partes había centinalas.

Umbopa interrogó:

—¿Qué deseas, cazador blanco, ante quien los elefantes huyen y los enemigos muerden el polvo? Habla y serás obedecido.

Fulvio declaró que deseaba continuar su viaje. Vió contraerse la obscura faz del rey, mientras de los gruesos labios brotaba un torrente de palabras.

—¿Qué dice? —preguntó el patricio a Nefari.

—No te dejará ir... nunca —repuso la egipcia—. Dice que has traído la fortuna y la paz a su clan y que debes permanecer entre ellos por toda la vida.

No tardaron los romanos en comprobar que Umbopa y su tribu estaban decididos a retenerlos. Por todas partes había centinelas y un guerrero velaba el sueño del cazador blanco y de sus compañeros.

—¿Cómo huiremos? —se preguntaban desalentados.

—Por el río —dijo Nefari un día—. Umbopa y sus hombres no

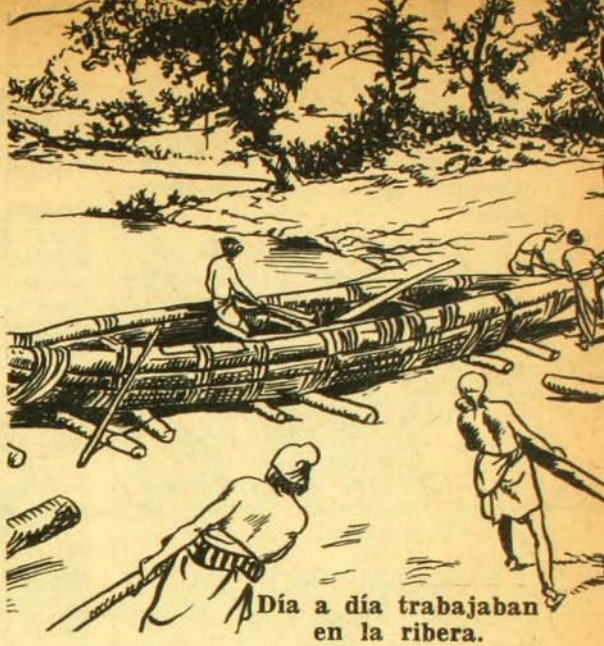


—Marco, triunfaremos —exclamó Fulvio.

conocen la navegación. Jamás han visto una barca, ni conocen su uso. Simulemos que nos hemos resignado al cautiverio y, cuando hayamos conquistado su confianza, haz tú, amo, que construyan una canoa.

—Nefari, eres magnífica —exclamó Fulvio.

Marcela miraba con admiración a la egipcia. Les había salvado muchas veces. Primero fué como una sacerdotisa, una esfinge viviente que los guiaba y protegía con sus poderes misteriosos. Después de ser bautizada por Simón el Cirineo, se transformó. Continuaba siendo silenciosa, pero su silencio era humilde y el misterio extraño, la especie de magia que antes fulguraba en sus verdes ojos, desapareció. La fe cristiana le daba ahora un poder sereno, inmutable. Sus compañeros no la consideraban ya una extranjera enigmática y tal vez temible, sino una hermana abnegada.



Día a día trabajaban en la ribera.

Siguiendo el consejo de Nefari, los prisioneros ya no dieron más señales de impaciencia, ni demostraron ansias de huir. Vivían tranquilos, compartiendo las faenas de la tribu. Marcela y Nefari atendían a los nativos que eran heridos en alguna cacería o que caían enfermos.

Umbopa, que deseaba agradar a Fulvio Luceri, no se opuso a que construyeran un extraño objeto con troncos y lianas. Ordenó a sus súbditos que talaran árboles y reunieran el material que pidiera el gran cazador, siguiendo todas sus órdenes.

—Marco, triunfaremos —murmuró Fulvio, con emoción.

Día a día trabajaban en el linde del bosque, próximo al río, y por fin la canoa estuvo terminada. Sólo faltaba el velamen, que Marcela y Nefari tejían de fibra en su tiempo libre, ante los sorprendidos ojos de las negras y de los niños.

(CONTINUARA)

GRANDIOSO Sorteo de Fiestas PATRIAS

"SIMBAD" ofrece a sus numerosos lectores

$ 200.000

en valiosos premios, que se repartirán únicamente entre los lectores de "SIMBAD" el 10 de septiembre.

PREMIO MAYOR: Una hermosa bicicleta para niño.

Segundo premio: Un radio Philips.

Otros premios: Hay muñecas, delantales para niñitas, pelotas de goma, cuadernos, útiles de escritorio, chombas, sweaters, poleras, soquetes, acuarelas, patines, zapatillas para niños, etc.



Para obtener cualquiera de los obsequios enumerados sólo tendrán que juntar los cupones que aparecen al pie de esta página, semanalmente. Por cada serie de 5 cupones, numerados del 1 al 5, obtendrán un boleto para optar a los premios que repartirá "SIMBAD" el 10 de septiembre próximo. Ahora, lectores, a juntar muchos boletos para este gran sorteo.

Cupón N.º 3 — Serie N.º 3.
Sorteo de Fiestas Patrias.
Cupón N.º 3 — Serie N.º 3.
20 de abril de 1955.

NOTA: Al remitir los cupones que aparecen en la revista para canjearlos por boletos para el Sorteo de Fiestas Patrias, deben acompañar sobre estampillado con nombre y dirección bien claros.

¿LO SABES TU?

Contesta a esta pregunta:



¿Quién inauguró la base militar "Bernardo O'Higgins" en la Antártica Chilena y en qué año?

Solución a "SIMBAD" N.º 293: Valparaíso es el puerto principal de Chile. Entre los niños que enviaron soluciones exactas salieron favorecidos los siguientes nombres:

CON CINCUENTA PESOS: José Manuel Rodríguez, Viña del Mar; Blanca A. Soto, Valparaíso; Regina Mónica Kobrinsky, Santiago; Margarita Guajardo, Santiago; Clara Saavedra, San Fernando; Isabel Vergara, Santiago; Ana Valdés S., Los Angeles; Silvia Villegas, San Fernando; Berta Montecinos, San Carlos; Irma Gómez, Talcahuano.

SUSCRIPCION TRIMESTRAL: Sergio Ferrada, Valparaíso; Margot Angelbeck; María Eliana Gautier, Santiago; Silvia Escanilla, Santiago; Miriam Brieba, Lota Alto; Miriam Ramírez, Rancagua.

UN LIBRO: Bruno Poblete, Talca; María I. Baixas, Santiago; Sonia Berios, Los Andes; Teresa Varela, Chimbarongo; Marcela Rodríguez, Santiago; Enrique Celedón, Quillota; Ramón Muñoz, Teno; Eliana Muñoz, Los Angeles; María Alarcón, Santiago; Sonia Carrasco, Santiago; Rosa López, San Fernando.

Los premios de Santiago se pagan en Santa María 076, 2.º piso, de 10 a 1 P. M. Los de provincias recibirán sus premios por correo.

CUPON DEL CONCURSO Semanal
SIMBAD N.º 295

Empresa Editora Zig-Zag, S. A. — Santiago de Chile, 1955.

Juan y Juanita





3. Arribaron sin dificultad al muelle de Colombo. Aldo sugirió: "—Esperemos aquí al hombre que habló con el capitán. Sé que se llama Morgan. Le seguiremos y quizás nos guíe a la guarida de los contrabandistas". Juan y Juanita aprobaron la idea del marinero y siguieron al tenebroso individuo.





4. En una oficina de transportes, Morgan preguntó: "—¿Está listo el flete para Mangalore? Allí se hará el embarque". Juan, Juanita y Aldo penetraron en las bodegas, donde había un camión. "—Haremos el viaje a Mangalore en ese camión —decidió Juan—. No es muy cómodo, pero nos arreglaremos."

(CONTINUARA)

PELUSITA POR NATO

